

Rafael Baena

Siempre fue ahora o nunca

Rafael Baena

es autor de Tanta sangre vista (Alfaguara, 2007),
¡Vuelvan caras, carajo!, Samaria Films XXX y La bala
vendida (Alfaguara, 2011). Lector y escritor de tiempo
completo.

Rafael Baena

Siempre fue ahora o nunca

ALFAGUARA

© 2014. Rafael Buena

de esta edición:

2014. Distribuidora y Editora Aguilar, Altea,
Taurus, Alfaguara, S. A,

Carrera 14 N° 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7 05 77 77

Bogotá - Colombia

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.

Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,

México, D. F. C. P 03100

Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avda. de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos,
Madrid

ISBN: 978-958-758-688-6

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Primera edición en Colombia, abril de 2014

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

© Fotografía de cubierta: Archivo particular

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en
rodo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un
sistema de recuperación de información, en ninguna
forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico,

electrónico, magnético, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

- PRISA EDICIONES

Nunca fui a la guerra, ni falta que me hace, para ver la soldadesca lavando los blancos estandartes y luego oírlos hablar de la paz al pie de la legión de las estatuas.

JUAN MANUEL ROCA

Fama y pudor

Es falsa la creencia según la cual los periodistas derivan un especial placer cuando son portadores de malas noticias. Debedlo en este momento no siento ningún goce o deleite al transmitir otra mala noticia: este libro ha sido escrito por mí, Raquel Arbeláez. una periodista. Nada sorprendente, dado que tos carga ladrillos con ínfulas de literatos somos una de las plagas contemporáneas mayormente extendidas junto con los textos de auto- ayuda. las memorias, las autobiografías de personajes con egos inversamente proporcionales a su importancia y la profusión de obras en las que el autor pretende que el lector aporte la magia y haga el trabajo que él no hizo.

Por otra parte lamento que no sea una novela, aunque

espero que su ritmo y cadencia logren que parezca una de ellas. Se trata de una crónica escrita a partir de mis recuerdos y de testimonios cuya literalidad intenté respetar grabando las voces de algunos de los protagonistas. La que escribe soy yo, pero fueron ellos quienes realmente me llevaron a emborronar cuartillas.

Desde jovencita, al descubrir el gozo que me producía referir historias, muchas de ellas fantásticos episodios en los que la protagonista no era yo sino algún personaje real o imaginario, acaricié la idea de ser escritora y obré en consecuencia: contaba un pequeño cuento o garabateaba a los trompicones tal o cual verso, siempre con el tácito propósito de convertirme en poeta, convencida de que mis reflexiones y pequeñas epifanías adolescentes podían ser leídas como versos.

Muy pronto entendí que si de verdad deseaba cumplir mi sueño necesitaba tener algo que decir, lo cual no era el caso. Cada idea que venía a mi mente era superada efe inmediato por mis lecturas, a todas luces superiores a cualquier invención propia. (Son mis versos el problema era más grave, porque a pesar de la métrica aprendida en las clases de español, el resultado era malo de solemnidad, para decirlo de una buena vez. Por eso a la hora de graduarme del colegio y elegir cómo ganarme el pan opte por estudiar derecho, como escalón previo al ejercicio del periodismo, un oficio no necesariamente literario que me permitiría llenar con hechos el vacío de ideas y en el que abunda la materia prima para cualquier prosista que sepa dónde buscar. Y a partir de entonces no he escrito nada distinto a textos de prensa, siempre respaldados por los apuntes de mi libreta de reportera, que lo he sido a mucho honor.

Y entonces, después de toda una vida ejerciendo el oficio, justo al llegar a esa cierta edad en la que una percibe el final del camino y al mismo tiempo repasa el trecho recorrido, mi amigo Toño me pidió que le ayudara a persuadir a su padre, el general Almanzor, para que me dictara un libro con sus memorias.

Al principio el veterano soldado no quería siquiera hablar del tema, pues no creía que su vida tuviera algo de extraordinario. Ni Toño ni yo estábamos de acuerdo y la actitud del general nos pareció una falsa modestia más relacionada con la soberbia que con el recato. Después, en pleno forcejeo de persuasión, cuando su hijo y yo le argumentamos que él era un testigo privilegiado de la historia del siglo xx, dijo estar de acuerdo con que esos años merecían ser

contados, pero no a través de él sino de nosotros, los herederos de lo que él considera un legado desastroso. No lo dijo de esa forma sino que lo expresó con esa muy particular mirada suya que te traspasa y te hace sentir idiota, débil e ignorante.

Desde aquella conversación en que salí con su negativa entre pecho y espalda volví a visitarlo algunas veces por si acaso cambiaba de opinión, pero lo único que conseguí fue el amable ofrecimiento de tomar una taza de café antes de devolverme por donde había llegado. A la postre terminaría accediendo, pero en el entretanto concluí que él tenía razón y que no estaba de más dejar constancia, escribir las memorias de mi generación, una crónica bastante particular, un subjetivo reportaje sobre el mundo que nos tocó en suerte. Siendo lo contemporáneo el tema, no me importa reconocer mi clara intención de afianzarme sobre el trípode sexo-drogas-rock and roll para cumplir con mi propósito, pero sin dejar de lado el colombianísimo ingrediente de la violencia que según creemos los pesimistas determina nuestro ADN nacionales.

De modo que entremos en materia. Si empleo la *prime* u persona del plural no es por embeleo mayestático sino con el explícito propósito de incluirlo a usted, amable lector, o lectora. Envuelvo los dos géneros para que nadie sienta la tentación de acusarme de empezar este testo con pie políticamente incorrecto. Es una forma de vacunarme contra ese tipo de imputaciones, porque esta segura de que en adelante me serán reprochadas todas las incorrecciones políticas en las que incurriré a lo largo de mi travesía por el pantanal de documentos y recuerdos que constituyen mi arsenal para salir airosa del trance. Incorrecciones por las cuales no voy a pedir excusas, ni más faltaba.

También considero necesario referirme al pudor de publicar para ser leída. Se supone que a estas alturas debería estar curada de ese espanto, dado que me he pasado la vida respaldando con mi firma los artículos que escribo. Bueno, no todos, dado que en mi oficio se produce más mierda que diamantes y para cualquier redactor de prensa resulta imposible sustraerse a la obligación de escribir morralla, que puede ir desde los pies de foto de las páginas sociales hasta el horóscopo, sin olvidar uno que otro favor solicitado por un anunciante amigo del director, caso muy frecuente en los medios donde se considera que el oficio debe estar, primero que todo, al servicio del orden económico y, ya en segundo plano, para defender la verdad, la objetividad y todo ese rosario de valores que

poco a poco van diluyéndose en el día a día de la supervivencia editorial.

En fin, hablaba antes del pudor que me asalta a la hora de escribir un libro, acto más asociado con la literatura que con el periodismo. Hasta ahora esa vergüenza ha resultado para mí una salvaguarda contra el ridículo y la producción de mala literatura, pues tengo la certeza de que cultivar esta última es tomar el camino más corto entre el anonimato y el desprestigio. Un anonimato que en el fondo siempre quise guardar, razón por la cual hice muy poco periodismo en televisión o radio, donde es probable que algo de persistencia me hubiera valido para alcanzar el éxito. Pero la simple firma al principio de los artículos que escribía ya me parecía demasiada exposición ante la siempre incomprensiva y caníbal galería, la insaciable bestia con millones de bocas dispuestas a convertirme en bagazo, en escoria, en el polvo que cubre el peldaño más bajo en la escala de la infamia. Y ni hablar si te das a conocer lo suficiente a través de las pantallas, y mucho más si tienes éxito, porque la bestia deriva especial placer a la hora de tragarse a todo aquel que asome la cabeza o se destaque de una u otra forma. De modo tal que mi deseo de reconocimiento resulta ínfimo al lado del temor reverencial que me produce la exposición ante los ojos de la medusa, que además te exige perfección física porque alguien, no sé quién, asumió que el respetable público prefiere la belleza antes que la información de calidad. Y francamente a mí, en el momento en que se me presentó la oportunidad de hacer carrera como presentadora de televisión, me dio pánico poner la cara, pues además estaba en los treinta y empezaba a parecer algo veterana al lado de tanta frescura juvenil reforzada con silicona.

Trazadoras en la cañada

Encendé pues esa grabadora, estimada Raquel, para que podas contar con pelos y señales la manera en que los soldados nos cazaron como si fuéramos micos. A ellos, a los chulos, les bas-taba con apuntar al bulto y listo, un compa menos.

Aquello de las fuerzas aliadas guerrilleras resultó ser a duras penas un sueño de mentes afiebradas, un recurso de los co-mandantes para aunar voluntades alrededor del propósito que rodos teníamos. Pa' qué niego que por aquel entonces nadie se atresia a decir que nuestro proyecto fracasaría, no por miedo sino porque de lo puro lindo era imposible pensar que podría salir mal. El anhelo de entrar a la capital con la muchachada echando tiros al aire, sentada sobre las capotas de los jeeps y apeñuscada en las jaulas de los camiones lanzando vivas a la erre mayúscula, más que un deseo era para nosotros una realidad bastante posible, pues había quedado muy claro que el gobierno le seguía fallando al pueblo por enésima década consecutiva, y en forma grave. Sólo que ahora sí íbamos a pasarles la cuenta de cobro a los poderosos, no fueran a creer que iban a continuar pasando de agache frente a unas masas a las que nosotros pretendíamos representar. Queríamos creer que nosotros representábamos al pueblo, mientras cada mañana sintonizábamos Radio Habana para llenarnos de mística al escuchar los versos de Vicente Feliú y las andanadas de bombo del Quinteto Tiempo, tan patéticamente latinoamericanos. Tales pensamientos eran posibles en un ambiente en el que permanecían frescos los recientes sucesos de Nicaragua, y nadie dudaba de que en El Salvador también resultaría vencedora la bandera rojinegra representativa del valor y el martirio, la libertad o la muerte.

Pero me pierdo en recovecos ideológicos y no quiero ha-cerlo porque bajo la perspectiva que me dan los anos siento que mis palabras suenan huecas, En aquel entonces era más que lícito hablar en tales términos porque muchos de nosotros habíamos invertido la vida en el propósito de darle la vuelta a la tortilla y refundar la nación, y cuando uno se mete en honduras de semejante magnitud hasta el lenguaje debe adaptarse a las circunstancias. Para nosotros el uso de la fuerza estaba éticamente justificado en la medida en la que el sistema, La superestructura, compañera, ejercía sobre nosotros todas sus formas de violencia y represión económica y militar.

El caso es que llevábamos más de un mes de marchas y

contramarchas de entrenamiento, dele pa'riba y dele pa'bajo por valles y cañadas con el propósito de que las gentes de las distintas guerrillas nos conociéramos y aprendiéramos cuáles y cómo eran los modos de los otros. ¡Y eche plomo!, porque había munición suficiente para desperdiciar en ejercicios de polígono, en cacería de animalitos para mejorar el rancho, y en tratar de abatir el helicóptero del ejército que de vez en cuando sobrevolaba sobre nosotros, retador, procurando conservar la altura suficiente para que las balas no llegaran hasta su panza, que muy seguramente no tenía plancha blindada.

Así que más o menos desde el principio conocíamos toda la amplia zona donde operaríamos como fuerza aliada, antes de conseguir expandirnos hacia centros urbanos pequeños y desde allí poner en jaque a una capital de departamento, los mandos decidirían cuál. Teníamos, o por lo menos ese era mi caso, un completísimo mapa mental en el que estaban registrados cada corte de montaña, cada río, cada quebrada, cada vega y cada casita campesina, las de nuestros colaboradores y las de los potenciales enemigos e informantes del ejército.

El estado mayor estaba integrado por el compa de mayor rango de cada una de las columnas, una del M-19 y una del EPL, y yo era una especie de oficial de enlace y además el más veterano, casi anciano diría yo, porque andaba en esos trotes desde mediados de los años sesenta. Pero además había como un consenso tácito que me otorgaba cierta responsabilidad, y por tal razón marchaba casi siempre al frente en compañía de los dos compás comandantes, aunque nuestras respectivas columnas rota-ban su posición durante la marcha, alternándose la vanguardia y la retaguardia.

Como dije, yo creía tener toda la topografía de aquella provincia en mi cabeza, hasta que una tarde, a eso de las tres, desembocamos en una cañada que no figuraba en mi inventario, a lo mejor por encontrarse en los límites de nuestra zona de operaciones.

Era un lugar precioso. Una quebrada de unos dos metros de ancho nos salpicaba con rocío al saltar sobre unas piedras grises, azules, verdes e incluso rojas, con tonos imposibles de describir de lo puro exacerbados que estaban por la humedad, que formaba nubecitas adornadas con pequeños arcoíris. Las riberas,

placenteramente planas para quienes no conocíamos nada distinto a echar pata de loma en loma, estaban cubiertas por una grama natural tan mullida que invitaba a quitarse las botas pantaneras y a caminar sobre ella.

A medida que avanzábamos las paredes del desfiladero se hacían más y más altas, cada vez más verticales, hasta alcanzar una altura como de cincuenta metros y producir la sensación de que las dos cumbres se tocaban arriba hasta casi ocultar el cielo, al tiempo que abajo la quebrada aumentaba su velocidad, el rumor cantarín del agua se convertía en estruendo y las vereditas de las orillas se angostaban haciendo que la columna de combatientes se compactara más de lo aconsejable. Durante una fracción de segundo pensé en el desastre de la brigada ligera en Balaclava y agradecí que no fuéramos los ingleses porque después de todo nosotros éramos los buenos de la película, y volteé a mirar hacia atrás para comprobar, hasta donde me lo permitían los recodos, cómo iba la marcha de la gente, justo en el instante en que una línea de balas trazadoras pasó sobre mi cabeza antes de ir a rebanar en pedacitos a los muchachos de la sección central, que apenas tuvieron tiempo de escuchar el tableteo de las ametralladoras M-60 que los fumigaban en forma inmisericorde.

Conviene un poco de franqueza

Es indudable que debo superar el miedo y asumir que, si deseo levantar esta suerte de acta generacional, la única salida es escribir las memorias de las que hablé antes. No obstante, surge de inmediato un problema capital: ¿serán las memorias de mis vivencias personales, o las crónicas de los destinos que les tocaron en suerte a mis contemporáneos? No lo sé. Quizás ambas. Mi única certeza es que, como dice un amigo escritor, en América Latina la mejor literatura de los últimos años es la que han hecho los periodistas al tratar de informar. Eso debe sumarse a la inatajable tendencia de las letras mundiales a producir obras en que el autor se involucra en su texto, o incluso se convierte en uno de los protagonistas y no tiene empacho en fabular los hechos de su vida inmiscuyéndose como uno más de los personajes de la historia que narra. Para mí, educada profesionalmente en el culto al bajo perfil, algo así resulta abominable en principio, pero creo que en este caso podría ser necesario incurrir en ese absurdo si pretendo cierta eficacia narrativa. A la larga y a la corta se trata de vender libros y ha llegado el momento de reconocerlo: no me vendrían mal las mieles del éxito en la recta final de esta mi vida profesional, consagrada hasta ahora, siempre desde la sombra, siempre tras bambalinas, a lograr que otros cosechen méritos y reconocimientos gracias a mi esfuerzo. Lo sé, es la ley de la vida, y en todos los oficios ocurre lo mismo, pero en periodismo es más común de lo que cabría esperar, así como el cumplimiento de aquel principio según el cual todos alcanzamos nuestro nivel de incompetencia.

Pero me desvíó más de lo necesario al intentar explicar por qué creo gozar de cierta patente de corso narrativa. Superado el precedente paréntesis gremial, el caso concreto es que suspiro para que este libro no pase desapercibido, hasta el punto de reconocer que, bien miradas las cosas, no me importa arriesgarme a ser reconocida, incluso exponiéndome a que el resultado final sea mi desprestigio. De modo que al chorizo con el pudor, adelante con los faroles, a despojarme de prejuicios y a echar el cuento con el mismo desenfado con que lo hacen otros, en especial los hoy tan en boga plumíferos del hemisferio norte, que se dejan venir en andanadas de quinientas, setecientas y mil páginas con un desparpajo envidiable mientras tú pasas y pasas los folios y los capítulos sin saber si el mamotreto todavía no empieza, o si es que está a punco de llegar al final, o si es que el destino ha terminado por cobrar en tus

entenderas el precio de tantos vistazos a la pantalla del computador, o si quiere hacerte pagar caro tu culto al folletín decimonónico y a las narraciones de paraperiodistas como Southern, Wolfe, Thompson y compañía.

O puede darse el caso de que tu mala suerte te lleve a estrellarte contra una prosa que parece salida de una coctelera en la que se batieron buenos textos de Cortázar con ilegibles reportajes de Mailer, más los delirios de algún autor que en apariencia nunca pudo sobreponerse al trauma que le produjo La náusea, más un largo etcétera. Es sólo un ejemplo, pero todo puede ocurrir cuando eres tan ingenua como para dejarte obnubilar por ese juego de espejitos y te montas en una ola de imitaciones cuyo impulso, esperas, llevará tu obra maestra hasta las repisas de aquella librería donde sueles gastar en libros de dudosa calidad un dineral que, para ser franca, estaría mejor empleado en whisky fino y fiestas con rus amistades más divertidas, no necesariamente en ese orden.

Me estoy poniendo radical y corro el peligro de aburrirme, lo cual sería imperdonable porque debo creer en lo que estoy haciendo si en verdad deseo alcanzar la notoriedad, dicho así sin más, sin empacho ni vaguedades, dado que acabo de meterme en camisa de once varas, refrán que en este caso resulta ser un contrasentido porque normalmente cuando una hace striptease no se mete en una camisa sino que se la quita.

Una vez entrada en gastos, sigo adelante con este relato que quién sabe dónde y cómo terminará. Lo único seguro es que cuando pienso en lo que quisiera decir siento resonar el rock dentro de mi cabeza, como si fuera la banda sonora del relato. Su que existen otros géneros musicales más auténticos, digamos Están la salsa y la música andina, por supuesto, pero yo pertenezco a la primera generación cuya autenticidad no obedece a nacionalismos sino a tendencias planetarias y por lo tanto para mí es inevitable vibrar con aquello que Ringo Starr llamara el golpe del rock and roll. Puedo ir a bailar salsa sin problemas, pero para mí se trata de una experiencia bastante tortuosa, relacionada más con otras cosas que con el gozo producido por la música-

Lo digo porque sentada ahora ante el teclado, y como de costumbre avasallada por la dictadura de Word, rindiendo culto a san Bill Gates, siento que de alguna manera agito aguas que sería mejor mantener tranquilas, pero malditas las ganas que tengo de

regular en este momento, sin intentar al menos unas cuantas páginas más, suficientes para explicar que en este trance, en este punto y hora, me siento la protagonista de aquella canción en la que una chica se enamora del diablo y desobedece las advertencias de sus padres. No voy a posar ahora de jovencita diciendo que pertenezco a la generación de Aterciopelados, pero conozco bien los versos porque solía cantarlos con las hijas de mi amiga Lola cuando tomábamos el carro para irnos de paseo o de vacaciones: «En mi casa me decían! que con eso no se juega.! ¡Si a la hora del rosario! te da un bostezo, ten cuidado.! Yo rezaba todo el día, pero la tentación llega.! Lo mejor es no nombrarlo. Huele a azufre, es el diablo.! Y ahora residía que ayer lo conocí, y no adivinan, de él me enamoré. Oí su voz recia, jay, Dios! ¡Me estremecí! 'Este hombre es el diablo y turbada yo pensé.! ¡Toda la vida, toda mi vida! he temido al diablo...».

Pues igual que la protagonista de la canción, me temo que en el infierno yo arderé, porque voy a llevarle la contraria a los consejos y advertencias que vengan de afuera o de dentro de mí misma, aunque ello implique quemarme en el caldero más profundo del infierno y los fantasmas me impidan conciliar el sueño. Ser una chica aún más mala será mi fórmula para sacarme de encima esta picazón que me asalta de un tiempo a esta parte sin darme tregua, esta urgencia de echar para afuera todas las cosas calladas por mí. Y también las no calladas pero que merecerían alguna revisión, digo yo, acariciando la idea de practicar la revolución dentro de la revolución.

Sumo y sigo, dice Joaquín Sabina, la nuestra, la mía, ha sido una vida adobada con todos los ingredientes que cabe imaginar. De modo que es alto el riesgo de quedarme corta en esta crónica que intento hilar al ritmo de Gimme Shelter, aquella canción de los Stones que para mí tiene más voltaje y significado que el himno nacional de cualquier país, incluido el nuestro: ¡Oh, a storm is threat ring! my very life today! ¡If don get some shelter! Oh yeah, I'm gonna fade away,,

Y sí, mis compañeros de viaje emocional y yo nacimos bajo la amenaza de la tormenta, sintiendo desde las primeras de cambio que si no encontrábamos algún tipo de refugio moriríamos, nos desvaneceríamos. Eso gemía y aún gime Jagger en la primera estrofa de la canción, antes de dejarse venir con sus lúcidas sentencias acerca del fuego en la calle y la guerra a sólo un disparo

de distancia; igual que el amor, que está apenas a la distancia de un beso. Esa ha sido mi vida, para abandonar de una vez por todas el nos pontifical y corporativo. No voy a posar aquí de veterana de mil batallas ni de curtidora corresponsal de guerra, aunque lo haya sido en alguna etapa de mi ejercicio, pero los versos de sus satánicas majestades, por alguna bienaventurada razón, encajan perfectamente en la historia que pretendo contar. Por eso es probable que en adelante deba volver a ellos para explicar algunas cosas acerca de esta vida que, como en Ricardo III, atravesó largos inviernos de descontento y desventura, seguidos por primaveras y veranos de amores, la mayoría de ellos apacibles y rutinarios frente a unos pocos desaforados y hormonales, por desgracia menos frecuentes. Una vida signada por la violencia que durante décadas ha sido la materia prima de mi trabajo y el de mis colegas. Violencia consuetudinaria a la que, ya en el ámbito de lo personal, se suman el bendito rock, el sexo y, claro, las inevitables drogas, para que no se diga que dejó incompleto nuestro tridente generacional.

Hace unos días, mientras pensaba en el tono que desearía imprimirle a esta glosa de la realidad y escarbaba entre mis cada vez más vaporosos recuerdos, vino a mi mente la idea de que la voz narradora debería recordar la de ai piel replicante de combate que agotado y cansado, en la escena final de Blade Runner le dice a su perseguidor Rick Deckard-Harrison Ford que él ha visto «cosas que los humanos no creerían. Naves de ataque incendiadas más allá de Orión y el brillo de los rayos C cerca de la Puerta de Tannhausen Cosas y momentos que se perderán con el tiempo, como lágrimas en la lluvia». Y enseguida muere.

Pues Bien, me puse contenta ante el hallazgo porque me pareció que ese podría ser el tono más adecuado, hasta que caí en cuenta de que era muy difícil para una mujer escribir con una voz tan masculina. Incluso difícil para mí, que desde siempre he sido algo ruda, gracias a lo cual estuve a un tris de ser etiquetada como machorra. Me salvó mi aspecto, que sí es definitivamente femenino, aunque desde la infancia prefería jugar con los carros de mis hermanos y detestaba visceralmente las muñecas, en especial las barbies.

La carcacha varada

Lola Casasbuenas y yo teníamos catorce años y una tarde en que el sol entraba por la ventana de mi habitación nos echamos sobre el cuadrado de luz que se marcaba en el tapete para calentarnos un poco, pues estábamos entumecidas tras haber estudiado a lo largo de todo el día para un examen de trigonometría. Después de un rato, ella tuvo la idea de quitarse la ropa bajo la resolana bogotana que abrasaba la piel debido al efecto lupa del vidrio, y yo hice lo propio. Una al lado de la otra, comenzamos a curiosear nuestros cuerpos con la mirada y nos reímos con picardía cuando me levanté para asegurar la puerta garantizando nuestra privacidad. Éramos amigas, vecinas de barrio y compañeras de estudio, pero después de aquel cómplice atardecer bogotano en el

que no paramos de fumar y de moler reputaciones a punta de chismes nuestra relación pasó a ser un vínculo para toda la vida, un apego mutuo en el que nunca se agotan los temas de conversación y se habla de frente y sin anestesia.

Y si bien la geografía, o incluso los caminos que cada una terminó recorriendo han intentado separarnos, siempre hemos buscado las oportunidades para estar juntas, ponernos al tanto de todo cuanto nos pasa y darnos consejos no pedidos. Por eso la invité a que me acompañara a una de mis periódicas visitas al general en su finca de la Sierra, con el pretexto de llevarle al viejo una encomienda remitida por Toño. Obvio, le conté a Lola en el proyecto en el que andaba y cuál era el verdadero propósito del viaje, que como todos resultó agradabilísimo, aunque fallido porque, fiel a sí mismo, el general Almanzor se hizo el gringo y continuó eludiendo mis intentos para escarbar en su memoria.

Ya en ruta de regreso a Santa Marta, donde dormiríamos esa noche, el jeep Willys que me había prestado Maní, mi exmarido costeño, quedó varado sobre la trocha que con bastante osadía los locales llamaban carretera. Bajo uno de esos aguaceros que sólo ocurren en la Biblia y en el Caribe, y sin comunicaciones porque la señal del celular no era buena, no me quedó más remedio que asumir las cosas con estoicismo y tratar de capotear el mal genio de Lola, que perdía su reservación para volar a Bogotá a primera hora del día siguiente.

Me dispuse a trasnochar echando cháchara con ella al calor de una botella de whisky que llevaba en mi equipaje y, tramposa. decidí grabar subrepticamente nuestra conversación porque me pareció buena idea recoger de esa forma su visión de la vida y, de paso, hacer apuntes de audio con mis propias opiniones. Un ejercicio de deslealtad que, después de todo, no iba a hacerle mal a nadie. De la conversación de esa noche extraje los apartes más pertinentes para la elaboración del perfil de Lola, sin cambiar nada. Sólo omití transcribir lo que me pareció más intrascendente. El resto quedó tal cual.

—Ya sabía yo que esta carcacha iba a dejarnos botadas —dijo malhumorada.

—Perdóname, pero hay cosas imposibles de prever, y la varada de un carro es una de ellas.

—¡Y en esta lejura! Por aquí no pasa nadie. ¿Crees que puedan venir a ayudarnos en medio de este aguacero y con esta neblina?

—La verdad, lo dudo. La señal del teléfono no entra ni sale desde esta mañana, cuando subíamos a la Sierra. Pero al amanecer seguro pasará alguien que pueda ayudarnos.

—¡Por Dios! ¡Vamos a pasar la noche aquí...!

—Más vale que te acostumbres a la idea. ¡Mira que no es tan grave! Aún nos quedan unos sánduches, tenemos agua y la botella de Old Parr. Puedes dormir en el asiento trasero y yo lo haré aquí frente al timón.

—Es ridículo estar en esta situación por culpa de una carcacha en la que, dicho sea de paso, me niego a dormir. Es que ni siquiera le sirve la carpa, que está llena de góteras.

—Entonces aprovechemos para hablar. Te propongo que juguemos a la sinceridad.

—¿Igual que en los paseos del colegio? No seas patéticos.

—Claro que soy patética, pero al menos debes reconocer que era un juego entretenido, y aunque hacia cierto punto tú y yo lo hemos practicado mucho durante todos estos años, nunca sobra insistir. Hagamos de cuenta que no nos conocemos y empecemos desde cero. Supongamos que a mí me produce curiosidad la opinión que puedas tener de mí, y también saber qué ha sido de ti en todo este tiempo en que, a pesar de vernos esporádicamente, quizá no hayamos llegado al fondo de los pensamientos de la otra.

—Está bien. Si me contaras qué interés persigues con la propuesta, hasta me atrevería a hacerlo —dijo resignada.

—Realmente ninguno —mentí—. Simplemente quisiera contarte que tengo en mente un libro sobre nuestra generación y para hacerlo no sólo debo hablar contigo sino con todo el que pueda.

—¿Y para qué vas a meterte en semejante berenjenal? Deja que otros la embarren haciendo libritos, que tú ya has alcanzado suficiente notoriedad con tu profesión.

—Querida Lola: lo que tú y los demás consideran mi éxito profesional y notoriedad no es más que una serie de frustraciones.

—Sin ánimo de joder, pienso que te concedes demasiada importancia a ti misma. Finalmente, a estas alturas de la vida, ¿qué importa lo que puedas sentir respecto a tu profesión, a lo que eres y has sido como persona? Me parece que exageras, que miras mucho tu ombligo. Háblame mejor de tu primera entrevista fallida con el general Almanzor, aquella que me contaste esta mañana mientras subíamos a su finca. Esa sí resultaría ser una buena historia tuya, más concreta y menos existencial, si me hago entender.

—¡Ah! La que conté para explicarte mi taha de interés incluso en temas que se supone son de mi incumbencia...

—Exactamente.

—Bien. Hubieras visto ese día al general. No presentaba ese aire ausente que acabamos de ver hoy, sino que era un hombre bastante distinto. Era domingo y vestía unos ¿amarros de cuero gastados por el trabajo, lullidos en la cara interna de la pierna por el sudor de los caballos. Estaba lucido y no aparentaba la edad que tiene. Surgió del tundo de la casa con paso lento y seguro, la piel de la cara atesada por el agua fría y la espuma de la crema de afeitarse que acababa de aplicarse para recibirme en la sala, donde caminó resuelto hasta estrecharme la mano mientras con un gesto de la barbilla me indicaba el sillón donde quería que me sentara. Después de tanto tiempo y de tanto insistir, por fin lo tenía al frente.

—¿Y fue en ese momento cuando le pediste que te con-testara el cuestionario que llevabas preparado?

—No, no fue de una, ni más faltaba. No soy tan torpe, querida Lola. Fue después, ya entrada en confianza, porque se trataba de dorarle la píldora primero que todo, o al menos de in-tentarlo, hablándole primero de su servicio en la guerra de Corea.

—Ya veo. Diste un rodeo. Desde que te conozco sé que te encanta dar rodeos. ¿No crees que no ir de una vez al grano resulta un estorbo si quieres ser una buena periodista, que a la larga ha sido siempre la almendra de tus pretensiones?

—Suave, suave, mi amor. No tienes por qué venírte encima a los porrazos. Puede ser que lo de mis rodeos sea una manía, lo reconozco, pero no estoy de acuerdo en cuanto a que eso me impide hacer buen periodismo. Quizá sí resulte una mala entrevistadora, pero eso no me convierte en una mala reportera, o viceversa, tú verás qué escoges, porque a mí ya me tiene sin

cuidado establecer cualquier clase de categorías, diferencias o definiciones respecto a una profesión que sigo adorando pero que me tiene hastiada, no por ella en sí misma sino por los personajes que la ejercen...

—Excepción hecha de ti, claro está, porque supongo que querrás eximirte de responsabilidad en el pecado gremial colectivo... —concluyó con sorna.

—Pues sí, excepción hecha de mí y de varios otros que la hemos practicado sin aspavientos, desde un discreto segundo plano, sin usarla como escalera social o instrumento de un poder que en realidad no existe.

—¿Y dónde queda aquello del «cuarto poder»? No me digas que es un embeleco.

—En efecto, y desde hace mucho tiempo, cuando la gente dejó de comprar periódicos para ver el color del trapo que iba a agitar el día de las elecciones.

—No te creo, entre otras cosas porque a ustedes los periodistas no puede creérseles nada, incluso cuando juran sobre la tumba de su madre. Es un hecho que los medios continúan teniendo gran influencia y están amangualados con la clase política.

—Si no me crees, estás en tu derecho, pero no desconozcas el mío de continuar amando el ejercicio de la única profesión que me ha permitido comer y pagar los impuestos, así de vez en cuando me tocara, y aún me toque, tragarme algunos sapos y hacerme la de las gafas frente a ciertas prácticas que en otros tiempos sólo me generaban indignación.

—Ya nos desviamos del tema. Vuelve a aquel encuentro fallido con el general Almanzor y después, si quieres, podremos pasar a otra cosa. Voy a demostrarte, no sólo que te prestas demasiada atención a ti misma, sino que soy mejor terapeuta que el mejor de los psiquiatras...

Cerrar el pico sería mejor

La primera vez que usted me hizo la propuesta de ayudarme con mis memorias me pregunté qué estaría imaginándose aquella tarde de nuestra primera entrevista. Después insistiría alentada por Antonio, pero decidí hacerla sufrir un rato antes de acceder, eso sí bajo mis condiciones. Usted podía ser muy simpática, bien informada, prestigiosa y escribir para el diario más influyente del país, pero como yo a esas cosas no les doy más valor del que se merecen, conmigo tacó burro. Quería lucirse —y seguro ganar un premio nacional de prensa a costillas mías— al hacerme soltar la

lengua y contar todo, pero yo estaba resuelto a dejarla con los crespos hechos y a llevarme para el más allá todos mis recuerdos y todas mis opiniones respecto al destino tomado desde que tengo memoria por este remedo de país. Sobre todo después de que con otros oficiales nos atrevimos a decir que a Colombia se la iba a llevar el patas si los políticos no se hacían cargo de la situación, como en efecto sucedió. Los hechos nos han dado la razón, como puede constatar cualquiera con sólo mirar un poco alrededor.

Usted quería que le dijera sí, señora, cómo no, dado que es amiga y colega de mi hijo estaré encantado de dejar consignadas en su grabadora todas mis opiniones respecto a este pavoroso burdel, concurrido por ladrones de cuello blanco y donde los comunistas no se han tomado el poder de puro milagro. Bueno, milagro no, en realidad. No ha sido ningún prodigio propiciado por la providencia sino puro mérito de las Fuerzas Armadas, en especial del Ejército, impedir que la marea roja se apodere del país escudada en el pretexto de la corrupción y la ineptitud de la clase política.

Porque permítame recordarle que nosotros los militares de carrera, o al menos la gran mayoría, sí hicimos nuestro trabajo, cumplimos con la tarca y respetamos el juramento que hicimos desde cadetes. Incluso en las otras partes del inundo a donde fui-mos a defender la libertad frente a las potencias comunistas.

Pero después cambié de opinión y decidí hablarle porque usted me resultó simpática y porque quise, no porque nadie me persuadiera de ello o sintiera que la muerte estaba cerca, y mucho menos porque al ser Navidad era presa de un ataque de nostalgia y empezara a recordar cosas, como por ejemplo aquel 24 de diciembre en Corea, cuando después de estar atascados en una trinchera y rodeados por un mar de nieve, salimos en patrullaje de reconocimiento y encontramos, colgadas de la serpentina del alambre de púas, unas tarjetas de Navidad dejadas allí por los chinos como para demostrarnos lo cerca que habían estado, y que si no nos exterminaban de una buena vez era porque no les daba la gana y no porque no pudieran.

Claro que igual nos respetaban, porque les habíamos dado en la torre cada vez que se nos presentó la oportunidad de hacerlo, y en muchas ocasiones debieron replegarse arrastrando a sus muertos bajo nuestras descargas de fusilería, que de lo puro animadas muy pronto se hicieron célebres en aquella península tan

lejana y bella como inhóspita para nuestras pieles colombianas, más acostumbradas a soportar los mordiscos de los mosquitos que las cuchilladas del frío.

«Unos tipos duros de pelar a la hora de echar plomo, estos mestizos tropicales» era el comentario generalizado entre la oficialidad de las Naciones Unidas, presidida por los gringos, portadores del estandarte anticomunista y forjadores de la Guerra Fría en nombre de todos los países de la Tierra. Guerra que para nosotros de fría no tenía sino el nombre porque había que ver la cantidad de fuego con el que nos rociaban los amarillos. Debe ser que los gringos le dicen Guerra Fría por la nieve, capitán Almanzor, anotaba mordaz el sargento mayor Medina, que no desperdiciaba oportunidad para burlarse de cualquier cosa que no estuviese relacionada con mujeres, comida e instrucción militar.

Hasta ese momento en que accedí a hablarle yo quería que todas esas cosas continuaran siendo patrimonio exclusivo mío y no estaba dispuesto a que ningún poder humano, ni siquiera la insistencia de Antonio, lograra convencerme de lo contrario.

Tampoco argumentos tan idiotas como una supuesta memoria histórica que merecen conocer los descendientes de quienes habitan esta tierra macerada. Idioteces. Pretendía cerrar el pico no sólo para mis nietos sino para los nietos de todos, porque para demostrar que de verdad los quiero y que me interesa su suerte no necesitaría echar más leña al fuego sino callar, conservar mi dignidad y la de mi familia, dar ejemplo de cordura en el patio del manicomio en que han convertido los políticos a esta pobre nación. Pero ya ve usted, aquí estoy hablándole, con la condición de que no use este material en ningún artículo de prensa sino como parte del libro que dice estar escribiendo. Tengo aquí a la mano un documento de compromiso, redactado por mi abogado, que quiero que firme antes de seguir adelante. Puede leerlo, claro está, pero le anticipo que en él se compromete usted a no publicar nada en la prensa sino a utilizarlo como parte de una investigación en la que aparecerán otros testimonios. Adicionalmente, retengo la prerrogativa de dar la aprobación final antes de imprimir cualquier dicho mío.

Hombres vs. Raquel

Decía que desvié siempre, desde mucho antes de escuchar por primera vez la palabra «feminismo», término que me choca y cabrea sobremanera, me comporté como un hombrecito. Ya mencioné lo de pasar el tiempo jugando con carritos, pero olvidé algo quizá más importante: no sólo evitaba las muñecas y las estufitas, sino que, cuando era forzada por las circunstancias a desempeñar el papel de niña pulcra que se esperaba de mí, tan pronto como podía me las arreglaba para sabotear todo el montaje,

pues la simple idea de cantar a coro «Los pollos de mi cazuela/ no sirven para comer...» me sacaba de casillas y me hacía querer matar y comer del muerto. Recuerdo que cuando mamá me dejaba al cuidado de mi tía, y mis primas me llevaban de la mano a la casita de muñecas que tenían en el patio de atrás de su caserón, yo adoraba hacer un nudo con la falda para meterla entre los calzones antes de subirme al techo de un salto, desde allí trepar a la rama de un pino y de allí a la rama de otro y de allí al siguiente, una verdadera proeza considerando que los zapatos de charol no eran los más indicados para un ejercicio de tal naturaleza, por no hablar de los raspones que las cortezas de los árboles me dejaban en piernas y muslos. Si mis primas, unas lloronas de miedo, me acusaban con su mamita o su papito, en mi defensa argumentaba que jugaba a la familia Robinson y que el tío debía mandar a subir la casita a los árboles en lugar de dejarla bajo sus ramas.

Y cuando se trataba de montar en bicicleta, como me aburrían los paseos apacibles y sin rumbo en los parques, retaba a los niños a una carrera porque no sólo me encantaba verlos humillados en la derrota sino que, una vez conseguido esto último, era muy probable que buscaran salida a su frustración y terminásemos yéndonos a las manos. Si yo ganaba el combate, cosa que ocurría con frecuencia, arrastrar por el suelo el prestigio varonil de mi oponente me proporcionaba un placer que se sumaba al entusiasmo del roce de los cuerpos y al forcejeo de la lucha libre sobre el suelo. Y si perdía siempre tenía la excusa tic pertenecer al sexo débil, con lo cual salvaba las apariencias, aunque no disminuiera el dolor de los golpes, los arañazos y el orgullo. En cualquiera de los dos casos, cuando aparecían los adultos a ejercer de árbitros y a impartir justicia, mis rivales siempre quedaban como unos cobardes por atreverse a entrarle a trompadas a una niña que, según la proverbial norma, no debía ser tocada ni con el pétalo de una rosa. En realidad yo era una pequeña fiera motivada por una furia interior que sólo podría haberse frenado con un garrote, aunque más le valía tenerse firme al que lo esgrimiese.

Abandoné tan pendenciera predilección cuando llegué a la pubertad y empezaron a atraerme algunos de mis amigos o primos. Ahora no quería ahuyentarlos sino atraerlos, seducirlos; pero era muy torpe y al mismo tiempo tenía ya ganada una pesuña reputación, de modo que fui una muchacha más bien solitaria y agreste, refugiada en mis pensamientos, leyendo de día los libros

que me recetaba mi padre y, de noche, los que se suponía sólo podría leer más adelante, una vez creciera y madurara, según él, viejo picarón que en medio de las maravillas de su vasta biblioteca escondía tesoros del erotismo que pusieron a volar mi imaginación al ritmo de mis hormonas, de modo que tuve sueños inconfesables con el jardinero de los Chatterley, con los personajes de los cuentos escritos por encargo a Anáis Nin y con las pecaminosas relaciones narradas por Pierre Louys. Pero después, y gracias a que Roberto José, hermano de mi amiga Lola y conocido desde entonces por su apodo de R. J., escondía bajo el colchón cienos secretos, pude conocer a Grushenka, novela anónima que leí al tiempo que sentía la necesidad de explorar mi cuerpo. Pasada esa etapa me identifiqué con una tal Candy, protagonista de la historia homónima de Terry Southern (¡tú me dejó presta para perder la virginidad y continuar confrontando al género masculino, sólo que ahora con armas mucho más contundentes en mi arsenal, (a mayoría de ellas facilitadas por hanny Hilly Tom Jones. Lui desflorada en un episodio más parecido a mis combates del pasado que a los encuentros amorosos que me esperaba» en el futuro, y por esa razón no vale la pena gastar renglones en asunto tan soso.

Cuento todo esto para decir que aún sigo siendo la misma en el fondo, sin importar la cantidad de capas de pintura real o intelectual que me hayan caído encima: una mujer que preferiría comportarse como un hombre, aunque un poco menos áspera. lo cual significa que, volviendo al tono deseado para estas memorias, espero no correr el peligro de ser etiquetada como poco femenina. Casi puedo imaginar la cara del editor cuando vea estas líneas y sienta que no encajan en esa cosa amorfa que algunos denominan literatura femenina.

Lo cierto es que no tengo más recurso que acudir al muy periodístico método de las voces prestadas, dado que no conozco otro más eficaz y porque es el único cuya práctica me resulta familiar, Aunque intentaré respetar al máximo la autenticidad en las voces de todos los protagonistas, por momento será inevitable que el tono de algunos se parezca al de otros, pero eso ocurrirá porque finalmente la redacción es mía.

El correo del zar entre dos fuegos

El dilema de Toño es tremendo, aunque su papá apenas acaba de explicarle el significado de la palabra dilema: es cuando una persona no sabe qué camino tomar, le ha dicho.

Y es que si durante el recreo de media hora sale a jugar con sus compañeros de curso, lo más seguro es que Jiménez surja del escondite donde suele emboscar a los más pequeños para hacerles la vida imposible, y de ese modo ganar el aplauso de la pandilla que

le sigue a todas partes para ver quién es su próximo torturado. Jiménez es perverso. Para que nadie diga que es incapaz de enfrentar a sus iguales, escoge víctimas entre los alumnos de los cursos superiores al suyo, pero de menor estatura y corpulencia. De ese modo puede ufanarse de que él, apenas cursando tercero elemental, le ha zampado la mano a uno de cuarto, o de quinto.

Zampar la mano. Qué antipático le resulta a Toño ese término, incluso sin estar asociado con los ataques de Jiménez. «Te voy a zampar la mano, pelaíto», te amenazan. O cuentan que «a fulano le zamparon la mano». «Zámpale la mano, ¿tú eres marica, o qué?». El que no zampe la mano, o sea el que no presente pelea, incluso si está en condiciones de inferioridad, queda automáticamente catalogado como marica. Zampar la mano significa no ser marica y el que la zampa es macho. Aprovecharse de los más débiles para ratificar cada tanto la hombría es un asunto secundario en el que pocos reparan.

Entonces lo mejor es mantenerse rondando por los corredores y no salir al patio de recreo, salvo quizás una corta carrerita a la tienda para buscar la gaseosa de media mañana. Con un poco de suerte, Jiménez estará entretenido luciéndose con otro infortunado y a él no le tocará pasar otra vez por la vergüenza de ser derribado y soportar el peso del matón sobre su estómago, las rodillas clavadas sobre sus brazos inmóviles y su bocota de labios gruesos lanzándole insultos y saliva sobre la cara mientras el corrillo alrededor celebra, no tanto la tortura de la que son testigos sino el hecho de no ser ellos el objeto de tamaña humillación delante de todo el colegio.

Si escoge deambular por los pasillos puede toparse de frente con el hermano Jonatán, el encargado de Cuarto B> con su corte de pelo a lo cepillo y copete, sus ojos pequeños y azules apostados en ambos lados de una nariz de gancho que cuelga enrojecida sobre una sonrisa de dientes afilados, iguales a los del pez que intenta tragarse a Arturo en La espada en la piedra. Su cara también recuerda a esos soldados alemanes de las películas o de los cómics —aquí en Barranquilla a los cómics les dicen «paquitos»— que alquilan en la Zapatería y Remontadora Guarro, su completa satisfacción o la devolución de su dinero. La imagen se refuerza porque el hermano Jonatán, además de ser el encargado de Cuarto B, se ocupa de mantener alimentados a los demás hermanos de la comunidad religiosa y sale a hacer mercado

recorriendo de arriba abajo Barranquilla al timón de una camioneta Power Wagon gris mate con ruedas dentadas, que también parece surgida de las películas de guerra o de los paquitos donde salen nazis.

Por ser el encargado de su curso, es el profesor con el que más contacto ha tenido Toño desde su llegada al colegio, transferido desde el Liceo Francisco de Quevedo de Bogotá, donde se consideraba parte del método de enseñanza que los curas propinaran cocotazos y cachetadas a los alumnos. Pero el hermano Jonatán no pega sino que sonríe y es amable, incluso cuando levanta la voz para regañar a alguno, por lo que Toño no sólo lo admira y estima sino que para él es la única persona que puede representar un refugio seguro y confiable en aquel colegio ocupado por una horda que corre y pateo, suda mares jugando interminables partidos de fútbol y se tuesta al sol bajo la canícula, palabra que acaba de escuchar por primera vez en boca del profesor Chevrolet, pronunciado así pero escrito Chevrolet, igual que la marca de carros.

Algunos miembros de esa horda llevan en las manos unos coloridos caballitos de plástico con jinetes que pueden montarse y desmontarse gracias a un mecanismo que a Toño le parece ingeniosísimo. Pregunta dónde se consiguen y le cuentan que el hermano Jonatán los regala, pero la simple idea de pedirle uno le resulta insoportable por lo infantil. Él ya es un niño grande que acaba de leer Corazón y va por la mitad de Miguel Strogoff, escucha en radio a Los Chaparrines, las aventuras de Kalimán, el hombre increíble y La ingeniosa escuelita que dirige doña Rita, de modo que rogar por uno de aquellos jinetes en miniatura le resulta del todo imposible, aunque le parezcan los juguetes más bonitos que ha visto en toda su vida.

Sin embargo, al ver lo conveniente que alguno de ellos resultaría para esos momentos en que juega en solitario al correo del zar, un día traga en seco y decide pedir uno, pero se sorprende cuando el hermano le dice que no. ¿No? ¿Por qué los otros niños sí los merecen y él no? Muchos sacan peores calificaciones que las suyas y ni siquiera pueden leer en voz alta y de corrido, pero han sido premiados con caballitos. No tolera la idea de ser considerado inferior a otros que a su vez él considera inferiores, pues a duras penas usan la cabeza para algo más que hacer bromas idiotas sobre los defectos de los demás.

Ahora sí que de verdad desea uno de aquellos caballitos, no tanto por el juguete en sí mismo sino porque tener uno es la manera de entrar al grupo de los preferidos del hermano Jonatán. De modo que insiste en su pedido y choca una y otra vez con la sonriente negativa de los dientes afilados, tan amarillentos como las yemas de unos dedos que durante los recreos suelen sostener un Pielroja encendido. Pero al no tener otra salida insiste e insiste hasta que el hermano accede con un gesto y le pide que lo siga hasta el salón de clases. Toma asiento tras el escritorio destinado al maestro, agarra el brazo de Toño para atraerlo hacia sí y abre el cajón, cuyo fondo es un abigarrado montón de indios y vaqueros con sus respectivos caballos. El niño los quiere rodos, y por un instante acaricia la idea de que el hermano le regale varios, pero este le dice que sólo puede escoger uno y cuando Toño pasea su indecisa mirada por el fondo del cajón aprovecha para agarrarle el pipí.

Paralizado por el desconcierto, el muchacho sólo atina a tomar un vaquerito azul y un caballo negro antes de mirar el rostro del hermano Jonatán, que le observa sonriente mientras lo manipula de una forma que para el niño resulta inevitable recordar las ocasiones en que vio ordeñar vacas en la finca que tiene su papá en Boyacá.

Cuando el hermano intenta decirle algo, él corre hacia la salida del salón con la voz del soldado alemán gritándole palabras que Toño no entiende porque ya no quiere entender nada más.

Y ahora está de nuevo en el pasillo, sólo que no tiene dónde esconderse mientras espera el sonido del timbre que anuncia la reanudación de las clases. Si Jiménez lo sorprendiera rondando por allí, ya no podría correr a ponerse a salvo cerca de la sotana blanca del hermano Jonatán.

Flower power

Al llegar el momento de hacer un balance de su vida, Roberto José Casasbuenas reafirmó su convicción de que todo lo bueno y todo lo malo que había vivido, incluso cuando aún no fundía

su vida con la de Virginie, tenía su razón de ser en los niños. No la Juana y el Santiago que soñaba tener y que finalmente nunca se hicieron realidad por diversas circunstancias, sino los que adoptó tras la desaparición de sus padres.

Siempre supo que los demás ponían muy en duda sus calidades como jefe de familia, pero le importaba un carajo porque tenía la convicción de haber hecho lo que tocaba con los tres muchachos que quedaron bajo su responsabilidad y la de la hermosa Virginie, que siempre fue capaz de desequilibrarlo cuando lo miraba con esos ojos color violeta que a él le sorbieron el coco desde el primer momento en que la vio en Central Park, Nueva York. Estaba torcido, claro, pues acababa de fumarse él solo un joint tamaño familiar, y en medio de la cálida sensación que le embargaba, con el sol tostándole la cara y los brazos, se sentía inmerso en una escena de Jesucristo superestrella o de Hair, el espectáculo de Broadway al que asistía cada vez que sus recursos se lo permitían; esto es, cuando le sobraban dólares después de comprar marihuana, discos de larga duración, raciones de comida congelada y tiquetes de tren hasta la isla de Manhattan, en ese orden.

Virginie cayó fácil en brazos de Roberto José, pues estaba imbuida del espíritu del flower power y practicaba con una convicción casi religiosa aquello de hacer el amor antes que la guerra. Algunos de sus exnovios le explicaron a Roberto José que la habían apodado Poison by porque You can look but w..! better not touch. Meterse con ella era enconada segura, lo cual no era malo en sí misino, salvo porque ella reciclaba compañeros de cama con una frialdad que le había roto las costuras del corazón a más de uno. De nacionalidad mitad francesa mitad venezolana, era sorprendentemente blanca para ser una nativa de Martinica e hija de cuarterona. pero bromeaba con ello diciendo que su piel de alabastro se debía a que cuando niña su madre la había dejado caer accidentalmente en una batea de blanqueador para ropa. También era estudiante, pero sus padres no le pagaban sus estudios en New York University sino que los financiaba con una beca ganada y conservada gracias a su inteligencia y su consagrado al estudio del mundo y las culturas de la Antigüedad, carrera que había escogido con el fin de complementar los conocimientos aborígenes heredados de su madre.

No sólo el color de su piel semejava mármol, sino que su

cuerpo parecía realmente rallado en piedra, como pudo comprobar Roberto José esa misma tarde estival, cuando la tomó en sus brazos para bailar con ella varias piezas interpretadas en una de las plazoleas del parque por un sexteto de música antillana de Harlem. Lo único que hubiese podido sugerir que por sus venas corría sangre negra y caribe era su cabellera, larga, tupida y muy risada, tostada por el sol hasta el punto de imprimirle un color de miel tan acentuado que anulaba de entrada cualquier presupuesto racial.

Para romper el hielo inicial, él intentó bromear llamándola Josephine de Martinique, pero no siguió adelante con la alusión napoleónica cuando ella le dijo estar hasta la coronilla de los apodos. Y ese fue todo el malentendido que hubo entre ellos durante aquel primer año de marihuana punto rojo, rocanrol y rencuentros apasionados, pues Roberto José viajaba semanalmente a verla porque no vivía en la ciudad sino en Athica, en una residencia para estudiantes en el campus de Cornell University, donde más que estudiar fingía interesarse en la carrera de administración de negocios, único recurso que le permitía continuar disfrutando del apoyo económico de su familia.

Por alguna razón que ella misma no hubiese podido explicar, durante ese periodo Virginie abandonó la promiscuidad porque sólo descalza estar con Roberto José, aquel larguirucho que le resultaba sumamente seductor gracias a su espíritu iconoclasta y alegre, que la hacía reír a carcajadas y no parecía sentir celos cuando la atención de ella era demandada por otras personas, lo cual sucedía todo el tiempo dada su naturaleza amistosa y su fama de mujer sin prejuicios. Su carácter tranquilo y afable le permitía a él sostener con los amigos las más álgidas discusiones políticas sobre temas como las drogas, la urgencia de echar abajo el establishment que bombardeaba Vietnam y la necesidad de una prensa alternativa que hiciera contrapeso al espíritu imperialista que reclutaba soldados entre las minorías raciales para llevarlos a matar orientales. Todo con el evidente propósito de mantener en funcionamiento la maquinaria industrial que fabricaba aviones de guerra, bombas de fósforo blanco y defoliantes para macerar aquel pequeño país del sudeste asiático. La guerra como método para incrementar el producto interno bruto, solía sentenciar aquel inteligente suramericano que ansiaba irse a vivir al área de la bahía de San Francisco, donde según él estaban teniendo lugar cambios muy importantes no sólo para la juventud sino para la humanidad. A

Virginie le encantaba llevarle la contraria, únicamente por el simple placer de verlo escarbar en su cerebro en busca de argumentos válidos de discusión.

Ese rasgo los acercó aún más. Tanto, que era como si él la considerara más su amiga que su novia, si bien en algún momento se había tomado el trabajo de invitarla a un restaurante del Village donde le pidió que lo dejara ser su guardián, su esclavo, su caballero andante, en un acto de cursilería que no dejaba dudas: estaba descubriendo el verdadero amor de su vida, pues le faltó poco para hincar la rodilla en tierra y pedir su mano trente a toda la clientela de aquella trattoria de mala muerte repleta de turistas que, ante la escena de ese par de hippies tomados de las manos bajo la luz de las velas, sentían frente a ellos el verdadero espíritu del downtown neoyorquino.

A partir de entonces todo cambio para ambos, aunque Virginie se las arregló para culminar sus estudios, algo que su novio no hizo porque dejó Cornell sin despedirse de nadie, se mudó a su cama en forma intempestiva y permanente. Llegó con una enorme tula de marinero sobre la espalda, diciendo que había renunciado a la universidad por no soportar más una institución donde juntos parecían estar ciegos ante la realidad de una guerra con características de genocidio. De momento, él prefería hacer activismo antibélico en Nueva York para no sentirse tan frustrado como en Achica, donde sus arengas eran escuchadas como quien ove llover por una multitud indiferente y embrutecida por el espíritu competitivo. guerra de Vietnam era una realidad tan tremenda como un cáncer, y si no se detenía iba a perjudicar severamente a la sociedad, aseguró mientras daba chupadas a un bareto con el tamaño de un zepelín. Lo probaba la existencia de bandas de traficantes de heroína que mandaban su merca en los cadáveres de soldados remitidos a casa por vía aérea. En realidad él no había visto tal horror con sus propios ojos, pero tenía amigos que sí daban fe de la existencia de una mafia de burócratas militares que manejaba tan macabro tráfico.

Por aquellos días la pareja viajó hacia el norte, hasta un lugar llamado Woodstock donde se celebraba un festival de rock con bandas muy reconocidas y otras no tanto. Una agrupación chicana que venía desde San Francisco tocó una pieza anunciada como Soul Sacrifice, que los puso a bailar y saltar juntos como en un ritual primitivo, embargados por una alegría contagiosa que parecía

fundirlos con el barro del suelo. El frenesí danzante de su Virginie no cesó a lo largo de los tres días del evento, y por su parte Roberto José, con espíritu más filosófico que fiestero, levantó los brazos hacia el cielo en varias ocasiones para agradecer a los dioses el haberle permitido por primera vez en toda su vida sentirse parte de la humanidad, experimentar la sensación de la hermandad universal y ser objeto del amor de la gentecita más linda que jamás había encontrado en el camino.

Después de aquella prolongada fiesta humedecida por la lluvia veraniega sintió que era otro, que algo había cambiado en su interior. Regresaron a Nueva York tomados de la mano, convencidos de que la fórmula de la vida en comuna podría ser una buena salida para sus vidas. De momento vivían en un sótano de Alphabet City en compañía de tres condiscípulos de ella, que tras las presentaciones iniciales optaron muy rápido por re sumir el nombre de Roberto José en un casi onomatopéyico Bob Jo que en cuestión de semanas devino en B. J., Biyei para los amigos. Con ese seudónimo firmó algunas de las colaboraciones espontáneas que envió al Village Voice, pensando que era el único medio apto para publicar los textos de un desconocido, cosa que en efecto ocurrió con la mayoría de sus conos y agudos artículos sobre lo divino y lo humano. Al tiempo, se proclamó estudiante perpetuo de artes y se dedicó a visitar galerías, museos y librerías de viejo donde compraba toda clase de catálogos y libros de pintura y escultura que lo convinieron en dueño de una muy completa biblioteca que, esperaba, le resultaría muy útil en algún momento del futuro.

El mismo día en que Virginie recibía su grado llegó la noticia de la muerte del padre de Roberto José, que le pidió viajar con él a Bogotá para asistir al sepelio. Sin expresarlo abiertamente, esperaba que la herencia dejada por el doctor Casas- buenas les permitiese casarse y cumplir la meta de irse a vivir a California. Ignorante de esto último, ella aceptó acompañarlo de buen grado, acicateada por un espíritu aventurero que la impulsaba a conocer aquel país en el que no había estado nunca, a pesar de ser vecino de la Venezuela de su propio padre, un ingeniero civil trashumante y alcohólico ya desvanecido junco con la mayoría de sus recuerdos de infancia. Según le habían dicho, en Colombia se podía estar en dos e incluso tres climas distintos en apenas una hora de recorrido por carretera. De modo que empacó la maleta y asió con entusiasmo la mano de B. J. en el momento de emprender el viaje.

Con los muertos a la espalda

Nuestro centro quedó vuelto picadillo en menos de un minuto. Supondrás que cuando uso la palabra picadillo exagero y caigo en un lugar común, pero cambiarías de idea si alguna vez llegaras a ver los estragos de un plomo 7.62 en el cuerpo de una persona. Y si son varios impactos, pues ni hablar.

Pero en ese momento los del M-19, Que formábamos la vanguardia de la columna, apenas tuvimos tiempo de examinar los daños porque como mínimo debía haber unas cuatro M-60 que no nos daban tregua y, para colmo de males, envalentonados por lo jodidos que nos veían, los chulos apostados al frente y en la retaguardia sumaron el fuego de sus fusiles disparando a todo el que intentara refugiarse entre las rocas de la base de la pared. Después supe que en la retaguardia había ocurrido algo similar, según contaría el único sobreviviente de esa parte de la formación.

En cuanto a nosotros los de la vanguardia, a medida que conseguimos parapetarnos entre los ángulos de las rocas, poco a poco fuimos haciéndonos cargo de las dimensiones de la derrota, con el agravante de que aún seguíamos atrapados y que para darnos el golpe de gracia el ejército podía darse el lujo de limitarse a esperar a que saliéramos uno por uno, si es que antes no empezaban a darnos bala desde la cima de la pared opuesta o, como hubiera hecho yo de encontrarme en su posición, arrojar granadas y morterazos hacia la base del risco hasta no dejar títere con cabeza.

Estaba tan consciente de la inminencia de la muerte que sentí unas enormes ganas de cagar, pero preferí gritar convocando a los compañeros que se escondían cerca de mí, hasta que pasándonos la voz establecimos que quedábamos todavía vivos unos veinticinco de nuestro movimiento y otro tanto de la gente del EPL, que había llevado la peor parte. Lo confirmaban sus gritos desesperados, que en ese momento me parecieron un tanto histéricos porque, a pesar de la gravedad de las circunstancias, yo sentía que esa actitud sólo contribuiría a que el enemigo se animara aún más a continuar golpeándonos con todo lo que tenía, que no era poco.

De repente, cuando el fuego de ellos se redujo a una M-60

que esporádicamente nos recordaba la imposibilidad de avanzar por la cañada, entendí que la relativa pausa significaba que los chulos se movían hacia posiciones más favorables para terminar de destrozarnos. La pregunta era cuánto tiempo demorarían en dar el rodeo necesario, pero como no quería quedarme quieto mientras conocía la respuesta emprendí el único camino posible: trepar por la pared. El ascenso por las cornisas de piedra era también la única esperanza que teníamos de salvar el pellejo, les dije a mis vecinos de escondite antes de terciarme el fierro a la espalda y empezar a subir, no sin antes sacar del morral todo aquello que constituyera un lastre. No es que cargara cosas de sobra, pero la simple idea de que el peso de mis encaprichamientos me costara la vida resultaba insoportable. Sólo conservé las dos latas de atún que —debido a lo que el mando hubiera definido como un muy pequeñooburgués instinto de conservación— había cargado en los últimos meses; también el cepillo de dientes, un jabón, una camiseta y una antología de obras de Shakespeare, pues por aquellos días estaba encarretado leyendo Ricardo III Un caballo, un caballo, mi reino por un caballo o al menos por una cuerda de rapel que me sacara de allí, suspiré al emprender el ascenso raspándome el estómago y el pecho con las afiladas salientes de piedra, teniendo buen cuidado de elegir una ruca donde no me alcanzara la guadañadora de la M-60, que de vez en cuando ladraba para llevarse otra vida.

Al mirar hacia arriba divisé con alivio las suelas de las botas de varios compás jóvenes, que subían con rapidez envidiable y agilidad de arañas. Como tengo miedo a las alturas evitaba en lo posible mirar hacia abajo, pero en algún momento unos gritos me obligaron a hacerlo. Eran los epeles, que se negaban a dejar atrás sus bajas y pretendían ascender la pared con muertos y heridos a cuestas, como si de repente rodos estuvieran poseídos por el espíritu de Siervo Joya. Gente rara esa, la verdad, en la que había detectado un comportamiento casi católico durante las semanas precedentes, pero aquello ya escapaba por completo a mi comprensión. Los maldije y grité todos los insultos que se me ocurrieron en el momento, que eran muchos porque de alguna manera sentía que aquellas plañideras podían dar al traste con nuestro escape. No arrugues el ceño de esa forma cuando me es-cuchas hablar de unos compás en esos términos, pero es que la verdad aún me produce rabia y sorpresa recordar cómo, a pesar de mis insultos de advertencia y del simple sentido común, echaron hacia arriba con sus compañeros guindados en las espaldas.

Obvio, trepaban tan lento que nosotros ya estábamos parapetados en la cima, cubiertos y a la espera de que aparecieran en la otra atalaya los chulos, y ellos ni siquiera iban en la mitad del ascenso, pues el operario de la m-60, cada vez que veía asomar algún bulto en medio de las piedras, echaba plomo a lo desgualetao, generando aún más bajas de las que ya soportábamos.

La estudiante omnívora

—Tú estás loca, Raquel...

—¡Psss! Sí, seguro que la loca soy yo... Y según tú, ¿en qué consiste mi locura?

—Estás chalada por la frustración, por el desengaño, porque miras hacia atrás y te parece que equivocaste el rumbo.

—Mi querida Lola, de las dos tú eres la que más necesitaría consultar un psiquiatra, con todo respeto. Si bien soy algo frustrada, por razones que dicho sea de paso ambas conocemos, creo que tus niveles de desengaño igualan y quizá superan a los míos.

—¿Por qué habría de sentirme así, cuando, objetivamente y sin falsa modestia, puedo preciarme de haber hecho con mi vida lo que quise? Estudié una carrera acorde con lo que deseaba ser en la vida y convertirme en artista plástica me ha servido como base para aprender otras cosas y dedicarme a ellas. Y si lo dices por mi papel de ama de casa, déjame decirte que sacar adelante a las niñas ha sido una labor tanto o más meritoria que cualquier otra. Si se tratara de dinero, puedo preciarme de haber ahorrado unos pesitos, más de los que la mayoría de los profesionales podrían lograr en toda una vida de ejercicio.

—Probablemente. Gracias a que te casaste con un tipo acomodado. Así cualquiera ahorra...

—Ajá... Reconozco que eso es cierto. El apoyo material de Carlos Alfonso fue y ha sido muy importante, pero no me resta méritos.

—¿De verdad crees que eres una mujer de esas que en nuestros tiempos llamaban «realizada», a pesar de haber tenido que consagrar buena parte de tu vida primero al matrimonio y luego a la crianza?

—De verdad lo creo. ¿Tú no?

—No, porque observa que en los triunfos que mencionas falta el ingrediente amor. No me refiero al de las niñas, ni los que se convierten en costumbre. Hablo del otro, del gran amor que buscabas casi obsesivamente antes de casarte.

—¡Ah! Ya decía yo que ibas salirme con esa babosada, porque eres de las que creen que sólo no es posible conocer el amor cuando se hace vida en pareja.

—No, no lo digo por eso. Lo digo porque desde que te conozco siempre he percibido en ti una especie de vacío, como algo que no has podido llenar.

—Probablemente, pero eso es lo que le pasa a todo el mundo. Los humanos estamos llenos de vacíos, si me permites la paradoja. Hasta tú, primero casada, después separada y enseguida con pretendientes de todas clases, sientes como si te faltara algo.

—De pronto sí, aunque mi punto flaco está más por el lado profesional, por el hecho de nunca haber podido dedicarme a la literatura, a escribirla. Pero volvamos a tu caso y después, si quieres, seguimos con el mío: fuimos amigas desde muy niñas, y por eso recuerdo que al entrar a la universidad presumías de liberada y obrabas en consecuencia.

—Jajá. Sí. Me volví bastante ambiciosa en esas materias. y en la U me apodaron mercado público porque cualquiera podía entrar y había comida para todos...

—¿Y sí había para todos?

—Sabes muy bien que sí, boba. Pero mientras todos creían que me comían en realidad sucedía todo lo contrario. Me volví omnívora. Embriagada por el poder que podía ejercer con mi cuerpo, me bastaba un pequeño guiño para que la presa cayera, y una vez la tenía en mi telaraña me aseguraba de que jamás me olvidara.

—Tenías la misma actitud, talante y talento de Casa- nova, sólo que en cuerpo de mujer. Reconozco los síntomas porque yo soy muy parecida. Debo haber aprendido algo de ti en ese sentido...

—Por aquel entonces estaba descubriendo el sexo y cada nueva experiencia me conducía hacia otras rutas. Como los

profesores también estaban en el menú, hubiera podido graduarme suma cum laude en caso de habérmelo propuesto. Desistí de hacerlo porque detecté cienos riesgos.

—¿Cómo cuáles?

—Nada serio. Simplemente que al iniciar octavo semestre un profe, mirándome fijo a los ojos, pero en voz muy alta para que todos lo oyeran, anunció que sería un semestre infernal y que dispararía a matar. «De paso, quiero decirles que mis preferencias sexuales hacen que conmigo no valga el truco de presentar exámenes en el catre», sentenció. Con eso declaró ser maricón sin pronunciar la palabra.

—¿Y qué le dijiste? Recuerdo que a esas alturas tenías fama de contestataria, de que no te guardabas ni la más mínima opinión.

—¿Qué podía decirle distinto a que al declararse gay me cerraba las puertas a mí pero se las abría al resto de mis compañeros varones, varios de los cuales estarían dichosos ante la posibilidad?

—¿Y se lo dijiste?

—¡Cómo se te ocurre que iba a ser tan bruta! No hubiera pasado la materia, cosa que logré, aunque no con excelentes calificaciones. La misoginia del hijueputa me arruinó el promedio que necesitaba para la beca de posgrado, pero con codo y eso terminé consiguiéndola.

—Ajá.

—Pero, ¿en qué paró la historia del general? Volvamos ahora a hablar de ti y de tus cosas. ¿En qué paró la cosa?

—En nada. No soltó prenda en esa primera ocasión. Cada vez que le insistí me respondió lo mismo: cero grabadoras, cero fotos, «no quiero figurar, ni perder la tranquilidad de la que he disfrutado durante todos estos años. Sin ánimo de ofenderla, señora periodista, salir en la prensa de este país, para bien o para mal, resulta sumamente inconveniente, por decir lo menos. Ustedes todo lo tergiversan, no tienen sentido de la historia ni de la oportunidad».

—Tiene razón el hombre, pa' qué lo negamos si es así.

—De acuerdo, aunque me siento un poco traidora al decirlo.

Claro que yo sí hubiera hecho un artículo decente con su relato, pero en ese momento él no tenía por qué saberlo.

Mejor pelear en Corea

Mi reticencia a dar declaraciones a la prensa obedecía y aún obedece a que temo ser tergiversado, a la certeza de que nadie sería capaz de interpretar cabalmente mis palabras. Ya me ocurrió en el pasado, cuando después de despacharme contra los políticos en aquel banquete ofrecido por los oficiales de la reserva, no faltaron quienes pretendieron utilizarme como mascarón de proa para sus ocultos propósitos, supuestamente renovadores pero que en el fondo no eran muy diferentes a los de la camarilla gobernante. La misma que tenía y todavía tiene postrado a este país, la misma que a principios de los años cincuenta no nos dejó, a varios oficiales del Ejército, más alternativa que ofrecernos como voluntarios para ir a pelear en Corea.

Maquiavélicos, los políticos metieron al país en esa lucha con pretensiones de cruzada internacional, con la esperanza de que los Estados Unidos no sólo nos dieran armamento sino instrucción. Pero modernizar a las Fuerzas Armadas no era su propósito prioritario, ni más faltaba, porque la palabra modernización no estaba en su diccionario y aún no lo está. Lo que realmente deseaban era convertirnos en una guardia pretoriana, conseguir que los gringos entrenaran al Ejército para combatir la sedición interna y, de paso, disuadir toda oposición política mediante la fuerza militar.

Alguna versión dijo después que los oficiales que peleamos en Corea fuimos escogidos en razón de nuestra filiación partidista, y, aunque nunca pensé que ese fuera mi caso, creo que sí fue el de algunos de mis compañeros de expedición. Yo recibí una orden disfrazada de amable sugerencia para ofrecermé como voluntario y ya está: me pareció lo más indicado ir a combatir en otro escenario porque de ese modo alejaba la posibilidad de que me viera abocado a disparar contra los civiles, una labor poco grata e injustificada desde todo punto de vista, a menos que esos civiles resultaran ser

bandoleros, lo cual no era siempre el caso.

Porque ya desde entonces, cuando apenas tenía el grado de capitán, empecé a pensar que denominar bandoleros a todos los alzados en armas era una ligereza. Para decirlo de una manera simple, algunos de ellos eran secuelas de violencias anteriores, heridas de la sociedad que nadie había procurado sanar de la forma adecuada, como no fuera mediante la vieja fórmula de sangre y fuego. Soy un militar de academia, entrenado para vencer o morir en el intento, y por tanto se supone que las dudas no deben minar mis convicciones. Pero, por otro lado, no me hice soldado para convertirme en una irreflexiva máquina de exterminio y destrucción sino para defender a mi país y a sus ciudadanos. Todos sus ciudadanos, dice la Constitución con claridad.

Por eso asumí que pelear en aquella lejana era una buena oportunidad para eludir una situación que me resultaba imposible de manejar. Quizá debido a mi juventud no me atrevía a comunicar mis inquietudes, ni siquiera a mis compañeros de academia más cercanos, pues temía ser malinterpretado y que eso me costara mi carrera, el tesoro máspreciado que creía tener entonces, excepción hecha de Patricia, la novia que se convertiría en mi esposa.

Y pasó que sí, que peleamos como campeones en Corea y nadie pudo decir nunca que no lo hicimos hasta más allá del límite del deber, cosa que en mi caso no revestía mucho mérito porque estaba en mi elemento, en esa guerra entre dos bandos perfectamente definidos ideológicamente, dos tendencias mundiales de dominación. Y la que yo defendía me parecía y aún me sigue pareciendo la más indicada, porque estoy de acuerdo con aquello de que la democracia es el menos imperfecto de todos los sistemas.

De alguna manera los comunistas chinos, al dejar en Nochebuena aquellas tarjetas de Navidad a pocos pasos de nuestra trinchera, ayudaron a profundizar las dudas con las que yo había llegado a esa, mi primera y única gran guerra convencional, la que le permitía a mi afiebrada mente juvenil imaginarme ser un héroe en la bolsa de Bastogne, dadas la crudeza del invierno y la circunstancia de unos ejércitos enterrados en la nieve. Digo mal al decir dudas, porque en realidad ya estas habían sido sustituidas por la certeza de que por sobre todas las cosas, incluida la ideología política, está el ser humano.

Por eso a mi regreso, ya ascendido a coronel, agradecí ser

reenviado a un curso de administración y logística en la Escuela de las Américas en Panamá, lo cual me permitió continuar guardando la suficiente distancia mientras las cosas se aclaraban, cosa que no ocurrió hasta que el general Rojas se decidió a tomar el poder por invitación y con la venia de los caciques políticos, que le dieron su anuencia cuando los muy paparotes se dieron cuenta de que sus fórmulas de conveniencia se les habían agotado.

El mejor vivero, aun sin televisión

Ya sin chance de recurrir al hermano Jonatán en busca de protección, tampoco vale la pena pedírsela a otro de los hermanos o algún profesor, mucho menos al director de elementales, aquel hombre con gafas y sotana negra que le hizo la entrevista de admisión al día siguiente de llegar a Barranquilla, está muy bonita ciudad que a la hora de la resolana duerme bajo los almendros y que por las tardes es barrida por una brisa olorosa a chocolate, agua salina y a un feo aroma a químicos industriales que su abuelo prefiere describir como «cabuyita e guindá mondongo».

Un temor no identificado le impide a Toño elevar su queja ante cualquier instancia, y todo por causa del general, que en el día de las matrículas no tuvo inconveniente en recomendarlo al prefecto de elementales, señalando que como su hijo se había acostumbrado a recibir cachetadas y cocotazos en el colegio de Bogotá, no dudara en recurrir a ese método en caso de considerarlo necesario. Era verdad que estaba acostumbrado a esa clase de maltrato, pero que su propio padre autorizara a la máxima autoridad para entrarle a los totazos lo llenó de tristeza. No tuvo entonces forma de expresar lo que sentía, ni tampoco la audacia, pero acababa de descubrir el significado cabal de la palabra decepción.

Por fortuna el prefecto no ha hecho nunca uso de la licencia para golpearlo, pero de cualquier modo Toño evita acercársele y ahora está indefenso, cercado entre los puños de Jiménez y los largos dedos del hermano Jonatán. Cuando el timbre marca el inicio del recreo todos se alegran, menos él, que debe sobrevivir escurriéndose por rincones y pasillos, aplastado por la certeza de que es inútil contarle al general acerca de Jiménez porque lo más

seguro es que le diga que se comporte como un macho, justo como él, que estuvo en la guerra y no le tiene miedo a nada, ni siquiera a quedarse solo durante largas temporadas en la finca de la Sierra, rodeado por gente que nunca lo ayudaría si le pasara algo, y por fieras, muchas fieras, de las de cuatro patas y piel moteada, y también de bestias humanas, según cuenta cuando llega Je visita. Y respecto a la experiencia con Jonatán, pues ni hablar. Es tan inverosímil que ni su padre ni nadie le creería que ese curita tan simpático, ese dechado de santidad, sea realmente un viejo corrompido.

Si no fuera por su lejanía, el general sería el papá perfecto porque quiere a Toño hasta preferirlo sobre sus otros hermanos, eso también es seguro. Y el sentimiento es mutuo desde siempre. Se supone que las personas no guardan memoria de la época en que usaban pañales, pero Toño se recuerda con nitidez, de pie, aferrado a la baranda metálica de una cuna blanca, llorando in-consolable la ausencia de su padre, que ha partido hacia alguno de los destinos impuestos por su profesión. En su recuerdo él llora, grita y se desgañita, pero nadie acude a consolarlo y mucho menos a preguntarle la razón de su tristeza, que es mucha y termina por aplastarlo contra el colchón cuando, rendido y afónico, se echa bocarriba en la cuna y se queda dormido.

Después están todos los demás recuerdos de infancia allá en la casa de Lijacá, en los extramuros de Bogotá, donde su papá le enseñó a saber reconocer las zanahorias que estaban listas, sacarlas del surco jalándolas por el tallo, limpiarlas con el agua del lavadero de ropas y comérselas crudas. Le enseñaba con tanta suavidad y cariño que era difícil pensar que se trataba del mismo hombre que le hizo aprender las letras de los himnos del Ejército y de la Armada antes que la del himno nacional, un arma de doble filo porque cuando las profesoras del jardín infantil lo escogieron para hacer el papel de marinero en la celebración del día de la madre, no apoyó a Toño en su negativa a hacer el ridículo sobre un escenario sino que fue hasta un almacén a comprarle la réplica de un quepis de oficial naval. De modo que a los pocos días y después de interminables ensayos corales en compañía de niñas que lo miraban como a un bicho raro y le sacaban la lengua para provocarlo, Toño se escuchó a sí mismo, frente a un auditorio de emocionados padres de familia con rostros bobalicones, cantar ¡Yo soy un marinerito! marinerito entre flores.! ¡Para mí son los amores! y para otros son

las flores», o una ridiculez parecida.

Pero, como sí quisiera indemnizado, también es el general quien autoriza a mamá a comprarle sus primeros pantalones largos, cuando a punto de finalizar kínder se queja por ser el único de su clase que todavía usa cortos. Nadie tendría palabras para describir el agradecimiento del niño hacia el hombre que para él representa todo lo bueno y lo malo, a pesar de su torpeza como papá, pues pasa de las gratificaciones exageradas a la represión más irracional. Hoy, día de Navidad, te regala una bicicleta haciéndose pasar por el Niño Dios, pero mañana te da una muenda con la correa «por responder con tres piedras en la mano» a una orden de mamá ordenándole sentarse a la mesa, pues ya está bueno de pedalear como un poseso de arriba abajo de la calle, sintiéndose Cochise, el Nato Suárez o alguno de los velocísimos ciclistas belgas que salen a veces en la televisión.

Televisión. ¿Habrá algo mejor que la televisión? Aquí a Barranquilla no llega aún la señal, pero allá en Bogotá sí tenían un aparato grande, lleno de tubos encendidos por dentro, que demoraba una eternidad en prenderse y apagarse. El televisor es una de las principales razones por las cuales Toño añora su vida anterior, porque en él vio desde las carreras de caballos en el hipódromo hasta las aventuras de la familia Cartwright en Bonanza, pasando por El Llanero Solitario, Mister Ed Hechizada y la existencia de un país llamado Estados Unidos, donde mataron a un presidente y todo el mundo pudo ver el saludo militar de su hijito ante el paso del ataúd y la tristeza de la viuda, de la que todos dicen es una belleza pero que a él le parece una horrible bruja con esos sombreros ridículos y ese peinado que recuerda una concha de coco seca.

Aquí en Barranquilla no hay televisión todavía, aunque dicen que no demora en llegar, pero en cambio sí están los domingos en la playa y los amigos de la cuadra, que si te parean durante un partido de bolaetrapo es sólo por accidente, y También unas gaseosas de variados sabores que son deliciosas, sobre todo cuando pasan mucho tiempo en el congelador y el líquido se vuelve hielo dentro de la botella.

Si no fuera por Jiménez y Jonatán. aún sin televisión Barranquilla sería el mejor vivero del mundo, piensa Toño un sábado por la mañana mientras da chupadas al envase de una

Tamarindo Lux y lee un poquito de Chanoc alquilado en la remontadora de calzado. No obstante y aun a pesar de sus dos torturadores, el lunes siguiente la ciudad termina convirtiéndose en el mejor lugar del mundo, cuando al apearse con su hermano del bus del colegio que los ha llevado a casa, el general los recoge para llevarlos a ver la valla que en letras grandes anuncia la construcción de la sede barranquillera del Liceo Francisco de Quevedo, donde Toño estudiará el año siguiente. Unas pocas semanas más y su pesadilla habrá terminado, concluye esa noche, aliviado al mirar el caballito de plástico y a su jinete en el contraluz de la ventana por donde la brisa trae olores a mojarra frita con patacones y arroz de chipichipi.

Aterrizaje forzoso en la realidad

En el despacho de un notario Roberto José comprobó que, en efecto, su padre, el doctor Casasbuenas, sí lo había tenido en cuenta en el testamento, aunque el legado contenía varias sorpresas: la primera, que la fortuna no era tan grande como la imaginaban los herederos y, segundo, todos los bienes quedaban depositados en una fiducia a cargo de una sociedad familiar cuya administradora sería Marta Marina, la hermana mayor.

En cuanto a la casa paterna, una de esas antiguas construcciones de tres plantas de El Nogal, coronadas en su gran mayoría por mansardas estilo europeo y con anexos suficientes para albergar una servidumbre numerosa, permanecería abierta a todo miembro del clan que necesitara vivir en ella, con la prohibición expresa de venderla o alquilarla sin previo y unánime acuerdo de los herederos y, en todo caso, no antes de veinte años contados a partir de la fecha de lectura del testamento. En la práctica serviría de vivienda para Mana Marina y Lola, la hermana menor que aún asistía al colegio y estaba a punto de graduarse. Su madre había muerto hacía ya mucho tiempo y Alberto Mario, el hermano mayor, dueño de una firma de banca de inversión que se sentía orgulloso por haber trabajado como consultor del Banco Mundial y del Fondo Monetario, tenía su vida resuelta y no demostraba ni un mínimo interés en establecerse en una Colombia de la que había huido despavorido a la primera oportunidad por considerar que su hermosa geografía no era más que un salvaje matadero habitado por seres de mentalidad precaria. «Demasiados indios y zambos

ubicados un escalón más abajo en la escala de la evolución», repetía en cono belicoso en las escasas ocasiones en que los miembros de la familia coincidían en un mismo lugar.

Roberto José hubiese querido tener suficiente capacidad histriónica para disimular su desencanto por lo magro del legado, pero le resultó imposible cuando se enteró de que a partir de ese momento la mesada que venía recibiendo quedaba reducida a la mitad y no en dólares sino en moneda local. Calculada para que él no atravesara dificultades, la suma no alcanzaba, sin embargo, para constituir y sostener una familia, tampoco para regresar a vivir a San Francisco y mucho menos para sacar adelante un proyecto de vida según el cual él fundaría una galería de arte mientras Virginie, gracias a la fronda de títulos académicos que adornaban su hoja de vida, ejercería la docencia universitaria.

Intentó apelar la decisión póstuma ante Marta Marina, pero esta no sólo permaneció en sus trece sino que le reveló que las razones de su padre para limitar sus ingresos tenían origen en d chasco producido por su desertión de la universidad para «aman-cebarse con una hippie greñuda». La hermana tuvo buen cuidado de enfatizar lo suficiente en el calificativo y lo hizo con tal complacencia y sevicia que Roberto José concluyó que era de la propia cosecha de ella, envidiosa ante la belleza fresca de Virginie. Mujer de físico anodino, Marta Marina no era fea pero carecía de cualquier calidad o rasgo que le permitiera llamar la atención del sexo opuesto, pues de contera era un bloque de hielo bajo aquel traje sastre de grueso paño con prendedor de oro y brillantes en la solapa. Su desangelada hermana debía ser virgen, comentó Roberto José a Lola después del sepelio. «Ella es como es porque está mal tirada, y lo está porque pertenece a ese grupo de mujeres cuyo temperamento explica por qué algunos hombres prefieren enamorarse de sus congéneres», sentenció con humor y tono fatalista mientras miraba hacia la ventana del estudio de su padre, convertido ahora en la oficina desde donde se administraría la sociedad familiar.

No le quedaba más salida que descartar el proyecto de la galería y cambiar de planes, sólo que no tenía forma de hacerlo de una manera digna, puesto que no poseía ninguna habilidad que le permitiera ganarse la vida. Sin título universitario, no conocía ningún oficio y quizá su única destreza radicaba en su capacidad para relacionarse fácilmente con los demás y con los animales.

Casi llorando, desplegó ante Virginie el nuevo e inesperado panorama, temeroso de que ella decidiera mudar de aires, olvidarse del matrimonio y echar mano de su pasaporte para dejarlo abandonado y pobre en aquel caserón, sin su amor y a merced de la mala leche de Marta Marina. Pero su novia, aparte de estar fascinada con Bogotá, lo quería con un amor que trascendía cualquier clase de expectativa de vida en común que no tuviese como propósito básico buscar la felicidad. No iban a dejarse aco-bardar por no tener dinero, ni más faltaba, lo animó revolviéndole la melena. Trabajarían para engrosar la mesada, ella como profesora en alguna universidad, pues tenía credenciales suficientes para lograr una cátedra importante. Y él... ¿en qué podría trabajar él? ¿Qué sabía hacer? ¿Qué le gustaba?, le preguntó con una insistencia que B. J. agradecería después porque lo obligó a escarbar en su mente hasta descubrir que su mayor deseo era vivir en el campo, y que su segundo mayor deseo era criar caballos de silla, no sabía muy bien con qué fin, pero ya se le ocurriría la manera de convertir esa pasión en un negocio lucrativo. Los asuntos equinos y ecuestres se le daban bien, le dijo a Virginie.

Tras decidir que permanecerían en Colombia se sintieron livianos e iniciaron la búsqueda de una finca cercana a Bogotá apropiada para la crianza de caballos, pero muy rápido descubrieron que, dada la precariedad de sus finanzas, tal cosa sólo sería posible donde la tierra fuera más barata. En concreto, los Llanos Orientales, lo cual significaba que Virginie debería olvidarse de conseguir un empleo como profesora. Ella se encogió de hombros y no le dio importancia al asunto, al tiempo que se concentró en los trámites para la boda, que tuvo su momento el mismo día en que firmaron el contrato de compraventa de un terreno que B. J. rebautizó Martinica en honor de su esposa.

Y hacia allá partieron en busca de su nueva vida, no sin antes soportar la nutrida lluvia de arroz lanzada por los amigos de infancia del novio y algunos otros, comunes a los dos, llegados desde Nueva York para sumarse a la tiesta y celebrar que finalmente alguien había logrado domesticar a Poison by para siempre.

Flechas y canciones

Los soldados demoraron su tiempo en llegar a apostarse al otro lado del cañón, pero lo hicieron justo para ver a los compás del EPL subiendo por los estribos de piedra. Decir ver no es exacto, porque no se limitaron a mirar el penoso espectáculo de aquel grupo de hombres y mujeres que en su desespero exponían sus vidas para salvar a sus compañeros malheridos o cargaban sobre las espaldas a sus muertos.

Ya relativamente a salvo de este lado de la cañada, nosotros empezamos a hacer fuego para contener al ejército y cubrirles el ascenso, pero después de tenernos en la puerta del horno, por no decir ya horneados y listos para meternos en bolsas de plástico negro, los chulos no nos iban a dejar escapar así no más. Y como no eran reclutas comunes y corrientes sino fuerzas especiales, se desplegaron de tal forma que mientras unos acababan de destrozar a los que trepaban, los otros nos daban candela a los que habíamos coronado la cima con todo lo que tenían, que no era poco, porque aparte de contar con buen armamento sabían sacarle muy buen partido. Aun así aguantamos como pudimos durante un rato, pero donde nos atrincherábamos no apareció ninguno de los compás que esperábamos. Lo único que llegó fue plomo ventiao. Tanto, que a duras penas podíamos asomar los cañones de los fierros para

responderles como tocaba. Y eso que aún no tienen apoyo aéreo, me dije mientras escudriñaba las nubes detrás de las que se empezaba a escuchar un creciente sonido de helicópteros aproximándose. Teníamos que ahuecar el ala y no dar más papaya, dejar atrás a los compañeros con su mística del martirio y empezar a recular bien agachadnos, cuidándonos muy bien de no levantar la cabeza y de reagruparnos más allá de los límites aconsejados por la prudencia.

Cuando ya pudimos ponernos en pie y hacer un balance de pérdidas, convenientemente resguardados de los helicópteros bajo las sombras de un robledal, nos dimos cuenta de que éramos apenas unos cuantos gatos; veinte, para ser exactos, la cuarta parte de la flamante fuerza guerrillera aliada, el nunca antes visto experimento de impedir que barreras y parcelaciones ideológicas se interpusieran en nuestro camino hacia la toma del poder.

Llegar hasta allí había significado andar por un camino largo y sufrido, al menos para tipos como yo, que estábamos haciendo la guerra desde el principio, desde el brote de la guerrilla comunista, a la que en su momento me sumé con entusiasmo. Tiempos de mucha pobreza material y mucha improvisación, pero también de fiebre revolucionaria, de una mística casi enfermiza y suicida, porque vos no me creerás, pero por aquellos años del surgimiento de las Farc en las selvas del Putumayo y Caquetá, después de ser golpeados y acorralados por el ejército, decidimos emboscar a una patrulla del enemigo apenas con tres escopetas de fisto y otras dos robadas a los celadores de la petrolera, más cerbatanas, más arcos con flechas envenenadas. A vos te da risa pero ocurrió así como te lo cuento. Si no me crees pregúntale a otros militantes de aquella época, varios de los cuales andan todavía por ahí con el recelo tallado en la cara.

Y claro, como era de esperarse nos partieron el culo en un dos por tres, cosa que sabíamos iba a ocurrir desde el mismo momento en que empezamos a planear la operación, pero no nos importaba porque por aquel entonces nos gustaba dejar sentados precedentes, marcas en el terreno, así fuera con muertos como aquellos indios y negros que quedaron destripados sobre los arenales de los ríos sin saber qué carajos era el comunismo, sin entender muy bien por qué unos estudiantes venían a decirles que era un nuevo amanecer, el de un nuevo estado, el de un gobierno que garantizaría comida, finca y educación para esa muchachada

barrigona que correteaba de aquí para allá dondequiera que asomábamos la cabeza, intentábamos convencerlos con el discurso de que había llegado la hora del pueblo, el turno para los desposeídos, el momento en que los habitantes de las casas de cartón dijeran basta y se echaran a las calles y a los campos a desalambrar que la tierra es tuya de este y de aquel, de Pedro y María de Juan y José. Se me ocurre justo ahora que algún día alguien debería estudiar el influjo de la canción protesta sobre las mentes de quienes abrazamos causas revolucionarias, pues aquellos versos de tu fusil, amor, es la música más linda bajo el sol, o sobre combatientes que van cortando rosas rojas, roja flor de la guerrilla, tuvieron para muchos de nosotros un valor más determinante del que puede parecer a primera vista.

Creíamos, o queríamos creer, que nuestros argumentos bastaban no sólo para convencer a los pobres sobre la conveniencia de abrir los ojos a los nuevos tiempos sino para llenarlos de fervor revolucionario, pero era evidente que la mayoría se enrolaban porque no tenían nada que perder y porque apostaban a que de pronto, si se daba el caso de que pelearan en el bando nuestro y estuvieran a la altura de las circunstancias, era probable que pudieran conseguir lo que les prometíamos en aquella lejura donde nosotros éramos todo, porque hasta allá no alcanzaban a llegar los brazos del Estado.

No trato aquí de restarle méritos a nuestro trabajo de aquellos años en las Farc, pero sí hacerte entender cómo ha funcionado el reclutamiento de los movimientos guerrilleros en América, porque en ese punto radica su fuerza y también su principal debilidad. El enemigo no es tonto y también les ofrece leche y miel al final de la jornada a hombres y muchachos que, nosotros nos empeñábamos en creer, necesaria y naturalmente eran reclutas nuestros, terreno abonado para la revolución.

Una vez que me pasé al Eme pude darme cuenta de que si bien las cosas no eran del todo distintas, había matices, y que la procedencia social de los muchachos no era la misma que en las Farc, en las que predominaban los combatientes campesinos, pero esa es otra historia. Lo que toca ahora es terminar de contarte cómo terminó aquella retirada después del que siempre será recordado por mí como el combate de la pared de piedra.

Riesgos profesionales

—La verdad es que no has sido una mala periodista, si me permites decirlo. Hubieras hecho un texto impecable con la entrevista al general Almanzor.

—Hubiera, pero él no soltó prenda y, con un tacto sorprendente para un hombre acostumbrado a mandar, me señaló la salida dejando caer como de pasada que estaba cansado por haber tenido una dura jornada vacunando al ganado.

—¿Vacunando ganado? ¡Ese sí que es trabajo duro para un anciano! ¿Cuántos años dijiste que tenía?

—Todos.

—¿Casi tantos como este cacharro desvencijado? Entre otras, ¿no mejora la señal del teléfono?

—Nada. No marca ni una rayita. Pero tranquilízate, que alguien aparecerá para ayudarnos.

—Yo estoy tranquila, mientras no me aburra. ¿Y tú no hiciste

un último intento para convencerlo?

—La experiencia indica que a veces es mejor no insistir. Me retiré diciéndole que en mi humilde opinión él mismo debía escribir sus memorias, no para publicarlas sino para sus nietos.

—... y bisnietos, que no demora mucho en tenerlos. Pues mis respetos, Raquerida. No debió ser fácil tragarse la frustración.

—No, no fue fácil, aunque a la larga tampoco resultó muy difícil. Otra de las ventajas de la veteranía es saber que a veces las cosas se te dan y a veces no. En eso consiste buena parte del encanto de mi trabajo.

—Yo no podría. Lo habría insultado diciéndole qué se yo... cualquier cosa, sin importarme el respeto debido a sus canas.

—Si yo hubiera insultado y echado madres cada vez que encontré una talanquera al frente, querida Lola, no habría ejercido durante tres décadas ni estaría aquí.

—¿Sabes que ahora caigo en cuenta de una cosa? Cuando estudiábamos en la U nunca dijiste que deseabas ser periodista. Después, al alejarnos un tanto, me contaron que no ejercías la abogacía porque trabajabas en una revista. Yo me perdí ese tránsito tuyo entre el derecho y el periodismo...

—Acuérdate que yo lo que quería era ser escritora.

—Pues no me acuerdo.

—Así era. aunque quizá nunca te lo dije. Pero desde primer año. cuando apenas llevaba pocas semanas asistiendo a clases, empecé a sentirme agobiada por el temor de terminar pareciéndome a esos profesores que recitaban artículos de códigos caminando de un lado a otro del salón con los pulgares en la pretina del pantalón. En especial el de derecho civil, un cretino de marca mayor.

—Y un facho, además. Las malas lenguas aseguran que apoyó la creación de los paramilitares en Cundinamarca.

—Esa parte no me consta. Facho, lo que se dice facho. Hernando Montano, el de ciencia política. Casado con una de las alumnas de cuarto año, en los exámenes orales el muy cabrón gozaba avasallando a los estudiantes con labia de camorrero de juzgado y una vasta erudición basada en su memoria enciclopedia. Recitaba a los filósofos, reivindicaba la figura de Primo de Rivera y

pan él los colombianos más importantes de la historia, excepción hecha de Bolívar, eran Gilberto Álzate y Laureano Gómez,

—Sí, recuerdo haberlo visto caminando por los pasillos, pero a mí no me producía esa misma impresión. Más bien me parecía un dandi con fama de buen abogado, cosa que se probó después cuando defendió al ministro en el juicio por peculado y lo sacó libre. Pero sigues sin decirme cómo y a qué horas cambiaste tu rumbo hacia el periodismo...

—Como todo en la vida, fue una mezcla de deseo y azar. Por entonces las dos estábamos un poco alejadas. Tú tomándote muy en serio el mundo de las artes y dizque estableciendo buenas relaciones para el futuro, y yo en la bohemia, metiendo barcia desde que me despertaba hasta que me acostaba para ver si de esa forma podía llegar a la graduación sin que el tedio y el miedo a un futuro árido y gris me volvieran loca.

—Recuerdo esos días: apenas saludabas y me mirabas como reprochándome por nuestro alejamiento, como si yo fuera la única que debía sentirse culpable.

—Algo había de eso, quizá porque aún no te perdonaba haberte alejado de mí para amistararte con todo ese personal de mochila arhuaca, suéter de lana virgen y botines de suela de goma. Hubo un momento en que creí que no lo superaría.

—Si quieres habíamos después de eso, pero termina antes tu idea.

—No hay mucho más que decir. Cuando creía que iba a terminar ejerciendo el derecho como empleada de algún banco o como abogada de tercera en un bufete, una amiga me presentó a un pretendiente suyo que dirigía una revista llamada Sonar y que me propuso trabajar free lance. De esa revista dedicada al tema de la música que, debo anotar, fue pionera en su momento, saltaría después a un periódico y luego a Placas, revista donde no sólo se me permitía, sino que se me exigía tratar temas judiciales, pues el jefe de redacción pensaba que una fulana graduada en derecho tenía el perfil adecuado para ser enviada a zonas de orden público alterado.

—Siempre me he preguntado qué tanto has arriesgado en tu trabajo. Conociéndote, estoy segura de que no eres la clásica a-mí-me-gusta-mirar-a-la-muerte-de-frente.

—Para nada. Y eso del riesgo de la profesión es tan re-lativo... Nada más empezar a trabajar, me di cuenta de que a los corresponsales de guerra les gusta exagerar un poco la nota cuando hablan de ese aspecto del oficio, o bien para hacerse los importantes o bien...

— para que les paguen mejores sueldos y viáticos.

—A lo mejor, pero nunca conocí a nadie que ganara nía-, por ir a zona de combate. Ese reportero podía ganar lo mismo que el que cubría las páginas de Farándula y cuadraba la teleguía.

—Me parece justo. En general, el periodismo es una pro-fesión de alto riesgo, según creo. Sobre todo de riesgo mental, porque en pocos años de acelere, trasnocho y escaso tiempo para dedicar a las cosas realmente importantes puedes quedar conver-tida en una cretina. Lo se porque en mi trabajo he debido lidiar con cada colega tuso que... ¡válgame Dios!

—Recuerdo esos días: apenas saludabas y me mirabas como reprochándome por nuestro alejamiento, como si yo fuera la única que debía sentirse culpable.

—Algo había de eso, quizá porque aún no te perdonaba haberte alejado de mí para amistararte con todo ese personal de mochila arhuaca, suéter de lana virgen y botines de suela de goma. Hubo un momento en que creí que no lo superaría.

—Si quieres hablamos después de eso, pero termina antes tu idea.

—No hay mucho más que decir. Cuando creía que iba a terminar ejerciendo el derecho como empleada de algún banco o como abogada de tercera en un bufete, una amiga me presentó a un pretendiente suyo que dirigía una revista llamada Sonar y que me propuso trabajar free lance. De esa revista dedicada al tema de la música que, debo anotar, fue pionera en su momento, saltaría después a un periódico y luego a Placas, revista donde no sólo se me permitía sino que se me exigía tratar temas judiciales, pues el jefe de redacción pensaba que una fulana graduada en derecho tenía el perfil adecuado para ser enviada a zonas de orden público alterado.

—Siempre me he preguntado qué tanto has arriesgado en tu trabajo. Conociéndote, estoy segura de que no eres la clásica

a-mí-me-gusta-mirar-a-la-muerte-de-frente.

—Para nada. Y eso del riesgo de la profesión es tan re-lativo... Nada más empezar a trabajar, me di cuenta de que a los corresponsales de guerra les gusta exagerar un poco la nota cuando hablan de ese aspecto del oficio, o bien para hacerse los importantes o bien...

—... para que les paguen mejores sueldos y viáticos.

—A lo mejor, pero nunca conocí a nadie que ganara más por ir a zona de combate. Ese reportero podía ganar lo mismo que el que cubría las páginas de farándula y cuadraba la teleguía.

—Me parece justo. En general, el periodismo es una pro-fesión de alto riesgo, según creo. Sobre todo de riesgo mental, porque en pocos años de acelere, trasnocho y escaso tiempo para dedicar a las casas realmente importantes puedes quedar convertida en una cetrina. Lo sé porque en un trabajo he debido lidiar con cada colega tuvo que... ¡válgame Dios!

El pecado de la soberbia

Estudiar logística en la Escuela de las Américas me sirvió para permanecer en el Ejército durante la dictadura de Rojas Pinilla sin untarme de política. De política partidista, se entiende, porque tampoco voy a posar de apolítico y ya para entonces tenía claro que los dos partidos tradicionales eran una sola peste, fuentes de corrupción, intolerancia y, en últimas, de muerte.

Y menos mal me aparté, porque hacia finales de ese pe-riodo de transición entre dos periodos de violencia, incluso mi querido Batallón Colombia, veterano de Corea y con toda clase de condecoraciones pegadas en su bandera, cometió la bestialidad de disparar contra los estudiantes, dando de baja a un muchacho de la Nacional llamado Uriel Gutiérrez, si mi memoria no me falla. Recuerdo también que ese y otros eventos similares corroboraron

mi sospecha de que habíamos recibido entrenamiento para convertirnos en una fuerza represora. Sólo que, para hacerme más dolorosas las cosas, la orden de disparar había partido de un gobierno militar y no de uno civil. No obstante, yo continuaba pensando que si permanecía en las filas podría ayudar mejor a que todo cambiara.

Por otro lado mis estudios de logística, sumados a mis buenas calificaciones en matemáticas en la academia militar, me valieron ser destinado a un cargo técnico, lejos del mando de tropa, no fueran a ocurrírseme malas ideas, me di jo claramente el general Rojas medio en serio medio en broma, durante una de las tantas fiestas que por aquellos días tuvieron lugar para echarle cepillo y celebrar el advenimiento del salvador de la patria. Amén, correspondería bromear ahora, aunque los asuntos de la religión y la espiritualidad merezcan todo mi respeto y agradecimiento, dado que no puedo perder de vista que algo proveniente de allá arriba ha sido lo que me salvó de morir en tantas situaciones comprometidas, manteniéndome aún vivo a pesar de los añares que tengo encima.

Sería muy entretenido ver cómo se las arreglará usted para transcribir este soliloquio terrorífico en el que hasta ahora no he producido nada distinto a divagaciones, procurando, como la caballería del duque de Marlborough, describir espirales alrededor del objetivo, que en mi caso no sería otro distinto a contar todo lo que sé. sin rodeos e incluso confesando uno que otro pecadillo, porque nadie es perfecto, pa qué voy a negarlo ahora, justo cuando la parca me rasca los puentes de los pies por las noches y trata de meterme miedo cada mañana al cruzar veloz tras la cortina de la ducha.

Por ejemplo, cometí el pecado de la soberbia, que me atacó cuando les di a conocer a mis compañeros de promoción lo que pensaba decir en aquel banquete del Hotel Aristi de Cali, y ellos me animaron diciéndome que yo era un tipo brillante y además con cojones por atreverme a decir lo que iba a decir.

Y claro, después de semejante aprobación prematura, que me dejó agrandado como pavo real, quedé sin más alternativa que soltar todo mi embuchado en aquel discurso tan bien exento, de cuyas líneas no despegué los ojos a lo largo de sus cinco y media hojas a doble espacio y en tamaño oficio. Una vez hube terminado, lo espeso del silencio hizo que unos pocos aplausos de helada

cortesía resonaran como pistoletazos de fogueo contra el techo del salón. La dictadura había caído hacía más de un año, pero el ambiente era tan inestable y peligroso como la santabárbara de un barco de guerra fondeado bajo el sol. Me aprobaban en privado, pero en público se hacían los de la vista gorda.

Tomé entonces asiento con deliberada parsimonia mientras el oferente del homenaje a la alta oficialidad desplegaba las hojas de su escrito y, previo agradecimiento a quienes habían garantizado la calma durante el gobierno de transición, señaló a los presentes la necesidad de rodear a las instituciones de la República como única fórmula de salvación para todos, ricos y pobres. Había que cambiar la manera de concebir los planes de desarrollo, dijo, de modo que el ingreso nacional resultara beneficioso, si bien no para todos, al menos sí para la mayoría.

Sonaba tan coherente en ese momento que yo, sentado tres sillas más acá en la mesa principal, no podía hacer nada distinto a asentir cada tanto ante la ligazón y el sentido común de sus planteamientos. Eran pura paja, claro, como tendría oportunidad de ver después, cuando las cosas se pusieron duras en el interior de los partidos y todos aquellos políticos de nuevo cuño, educados en las universidades del Primer Mundo, se convinieron en politicastros aún más ineptos, más clientelistas y más corruptos que sus padres, porque en un ochenta por ciento de los casos todos pertenecían a familias que habían ejercido la política y que, por tanto, sentían que el Estado eran ellos, que la cosa pública era de su propiedad y que por designios de la divina Providencia, o algo semejante, la riqueza nacional constituía una gigantesca e inagotable teta hereditaria destinada a darles de mamar a perpetuidad.

Meses después de aquel evento algunos pretendieron Fun-dar una suerte de tercer partido, una cosa amorfa que buscaba insuflar aires de renovación. Pendejo yo que dejándome llevar por sus cantos de sirena creí en sus elogios sin darme cuenta de que estaban utilizándome como mascarón de proa para lograr un relevo generacional en las estructuras de siempre, pero sin cambiar su esencia, porque de otro modo no se explicaba por qué utilizaban a un soldado para dar palmadas sobre la mesa.

Con el ego más inflado que globo de parque, repetí los mismos planteamientos del discurso anterior frente a la grabadora de una periodista de una emisora radial, y aunque apenas

alcanzaron a oírme en el centro del país, se armó la de Dios es Cristo y el alto mando me llamó para que explicara ipso facto, de manera inequívoca, si todavía podían contar con mis leales servicios en el Ministerio de Guerra. Respondí cordial y desprevenidamente que sí. que mi opinión acerca del mal funcionamiento de la democracia y del aparato estatal no necesariamente implicaba que yo estuviese en contra del gobierno.

No me creyeron, claro. O quizá sí, pero a lo mejor quisieron hacer escarmiento y esa noche, cuando llegue a mi casa, me alcanzó una copia del decreto en que el presidente me llamaba a calificar servicios. Así fue que pasé a ser oficial en uso de buen retiro, con cierto prestigio en círculos académicos y políticos que, dada su ideología con limes izquierdistas, jamás imaginé estuviesen de acuerdo con un hombre de uniforme.

78

Igual, estaba hasta las cachas de retórica política y decidí irme para la costa, comprar finca en las laderas de la Sierra Nevada de Santa Marta y dedicarme a la siembra de café y a la cría de ganado. Como no quería que mis hijos se enterraran conmigo en medio de surcos y corrales, establecí nuestra casa en la relativamente cercana Barranquilla, la ciudad donde estaban los colegios que yo quería para ellos. Para ejercer mis deberes de padre y esposo, yo iría y vendría todo el tiempo entre la finca y la casa. al vaivén de las cosechas y de los periodos de vacaciones y de fiestas.

La bola pica y se extiende

De malas Toño, en el nuevo colegio también es un blanco móvil. El edificio recién inaugurado aún huele a cemento fresco y cuenca con un sistema de altoparlantes y micrófonos que permite al padre Santaolaya, prefecto de disciplina, oír todo lo que sucede en el salón de clases y, a través de un parlante, poner fin al bullicio en caso de que algún profesor tarde en llegar. Es aterrador saber que a uno puede escucharlo alguien desde un lugar de las oficinas al que ninguno de los alumnos ha tenido o tendrá jamás acceso. Igual que en una película de espías.

Estos curas españoles no tienen propiamente el tempe-ramento de El Padrecito de Cantinflas sino que son realmente aterradores, sobre todo por su muñeca rápida que a la

menor oportunidad reparten golpes que van desde un cocotazo de afecto hacia el que aplica su atención sobre el cuaderno de aritmética hasta una sonora cachetada de castigo para el inquieto que no puede borrar la sonrisa del rostro después de hacer alguna travesura. En cualquier caso, golpe va y golpe viene con una impresionante naturalidad.

Son los mismos padres del Liceo de Quevedo de Bogotá, que han descendido hasta la costa con su seseo chapetón y ese aroma a sudor mezclado con ajo impregnado en sus sotanas blan-cas. Idéntico, recuerda Toño, al que una tarde impregnó el aula habilitada como sala de proyección de cine durante las fiestas patronales en la sede bogotana del colegio. Era van denso y pe-netrante que para él significó un trauma permanecer quieto en el recinto donde todos los grados de elementales se hacinaban alrededor de un proyector recalentado que mostraba al gato Félix haciendo una mancada tras otra al son de una música destemplada. Entonces susurró alguna excusa y se las arregló como pudo para escapar del lugar sin pisar las manos del auditorio que se sentaba sobre el suelo. Una vez afuera y mirando desde las gradas de la cancha de baloncesto el desierto patio asfaltado, consiguió respirar profundamente para expulsar el olor que parecía habersele instalado de por vida en algún punto entre la punta de su nariz y los dos ojos.

Y ahora, los mismos curas están aquí en la orilla del mar, sudando como bárbaros bajo sus hábitos y repartiendo totazos a diestra y siniestra con una sonrisa en la cara, seguros de una inmunidad otorgada por Dios mismo y además autorizados expresa o tácitamente por los padres de familia para obligar a sus retoños a tascar el freno a cualquier costo. De modo que los únicos desahogos posibles para los alumnos son memorables partidos de fútbol jugados a muerte, auténticos conciertos de patadas y planchados cavernícolas escenificados muchos años antes de la adopción de las canilleras como equipo reglamentario.

Aun así, no es posible encontrar diferencias apreciables entre este colegio y el de los hermanos lasallistas, donde te aga-rraban la verga y encima te dejaban a merced de los matones de recreo. En cualquiera de los dos sitios el temor a ser golpeado es parecido y Toño siente algo de culpa, como si sus semejantes se molestaran ante su mera presencia y decidieran cobrárselas todas juntas.

Claro que no siempre es así. Mal que bien, en su casa vive largas treguas; y también en el barrio, donde los amigos lo aceptan tal y como es aunque se burlen de ese acento de montaña que Toño no consigue disimular por más que lo intente, aunque cante hasta el cansancio, en voz baja y en secreto, aquella canción de moda que dice « Vamos mi amorcito que te llevaré! al decimoquinto festival en Guararé ¡En Guararé,! decimoquinto festival! en Guararé!», convencido de que cuanto más practique esa y otras canciones su acento cachaco pasará más desapercibido y él se convertirá en un blanco menos visible. Su abuelo materno, el costeño más auténtico que conoce, le ha enseñado uno que otro estribillo y Toño no puede contener la risa cuando el viejo baila sobre sus abarcas de ganadero «Caminando por la calle del Cesar de arriba abajo, de abajo arriba... / Al poco tiempo que ya me sentía borracho! no podía entender lo que me estaba pasando.! Lo que pasa es que la banda está borracha,! está borracha, está borracha...» carcajeándose hasta que su caja de dientes amenaza con saltar de su boca.

El abuelo Edilberto es todo un personaje. Tosco y cam-pechano, se ocupa de sol a sol en su finca de Los Palmitos para alimentar una muchedumbre de hermanas y hermanos parásitos, tan negados para el trabajo como sólo pueden serlo los aristócratas rurales cuando optan por la molicie. Pero nunca se queja y, todo lo contrario, exhibe un humor a prueba de todo desde que Toño lo recuerda, por allá en sus primeros años, cuando llegaba a Sincelejo desde la finca, a caballo y con una recua de muías siguiéndolo detrás, cargadas todas con pesados cajones de queso, suero, yuca, ñame y carne salá. El suelo frente a la casa retumbaba y parecía como si el cargamento fuera a colmar las despensas de la casa, pero allí sólo se quedaba una pequeña parte porque la otra iba a llenar las alacenas de las tías abuelas, perfumadas y enojadas habitantes de una casa enorme que ocupaba una manzana completa, con huerta de frutales en el centro y corrales para el ganado y pesebreras para los caballos en la parte trasera.

En ocasiones el abuelo viene a Barranquilla a visitar a su hija Patricia, la mamá de Toño. Durante esas temporadas no es raro que se siente a ver a sus nietos participar en las tardes de béisbol de aquel callejón sin salida por donde sólo pasan los carros de los vecinos y en el que tienen lugar los punidos de bola tesa tan emocionantes como los duelos entre los Yankees y los Dodgers, piensa Toño mientras hace el swing con el bate, choca la Spalding y

cierra los implorando que algún fielder rival la atrape en el aire para que las costuras no sufran al rodar por el pavimento. Aunque, por otro lado, al tiempo que corre hacia el ladrillo de primera base, preferiría fuera un hit porque el partido va perdiéndose y él sería el primero de su equipo que consigue embazarse esa tarde. Ya están en la parte baja del quinto y a punto del knock out. Ojalá Marcos Pérez estuviera aquí para que gritara a los cuatro vientos que Toño, el talentoso catcher de la calle 74. acaba de pegar una líneeeeeaaa por el short que pica y se extiende hacia lo protuuuuuundo del left...

No esta Marcos Pérez, pero está el abuelo Edilberto, que aplaude cuando la bola se aleja rodando por el centro del callejón mientras Fono dobla en ruta hacia la segunda y pisa la base a tiempo para no quedar más salado que su boca, o que la canción que llega a todo volumen desde el patio trasero de una casa vecina y que en este preciso momento él asume como himno de batalla para esa tarde: «Yo no como bacalao salao, / hay que lavarlo primero. / La cocinera Panchita. la reina de la cocina...».

Toño es feliz. En medio de todo, a pesar de su timidez y de la tortura del colegio, es feliz. Siente estar rodeado de amigos que lo estiman, va a las playas de Sabanilla cada sábado y su mamá lo deja en el teatro Colón o en el Metro para que él y su hermano vean los domingos en la mañana las películas de Fu Manchó, Hércules, Maciste y, si hay suerte, las de Ringo, que también son exhibidas en las funciones de seis de la tarde y ocho de la noche en el Doña Maruja o en el Coliseo, pero a las que asisten sólo cuando el general está de visita en la ciudad y tiene ganas de hacerles compañía. Así las cosas, tiene huevo, manda chácara todo aquel que extrañe un televisor pudiendo disfrutar de una proyección en pantalla gigante con las estrellas como techo. Nadie con dos dedos de frente preferiría al Barman barrigón de la tele sobre el ágil Giuliano Gemma, tan rápido con sus pistolas que los bandidos se orinan en los pantalones antes de empezar a disparar.

Trueque con Sócrates

Virginie y Roberto José se sintieron como perros en misa en el lugar escogido para empezar su nueva vida porque, nada más llegar, los atacó una gripa quebrantahuesos que los echó sobre los catres temblando, presas de un escalofrío más propio de tierras húmedas y frías que de esos llanos ardientes y secos donde el suelo sediento se resquebrajaba.

Ninguno de los dos se había distinguido nunca por su abundancia en carnes, de modo que en pocos días adquirieron un aspecto esquelético, a pesar de que la mujer contratada para ayudarlos en la cocina se desvivió preparándoles toda clase de potajes y caldos reparadores. Para cuando salieron del trance, casi al mismo tiempo, su aspecto era tan cadavérico y debilucho que se volvió habitual ver a los vecinos llegar de visita con presentes que iban desde huevos frescos de tortuga hasta pernils de ternera, pasando por armadillos y chigüiros destinados a devolverles una copulencia de la que nunca habían hecho gala.

A partir de la solidaridad despenada en el nuevo entorno, cada uno experimentó a su manera cambios en su percepción del mundo y de sus habitantes. Sintieron, y así lo comentaron entre ellos, que nunca antes se habían sentido tan acogidos ni tan integrados al planeta. Era como compartir una epifanía, cierta clase de percepción que los comunicaba directamente con la esencia de la madrecita tierra, dijo Virginie cuando intentó expresar en voz alta el bienestar de espíritu que la embargaba al sentirse rodeada y apoyada por una comunidad que habría podido hacerse la desentendida frente a unas recién llegados que en principio no tenían nada que ver con el lugar o con su historia. Ese era el verdadero significado de vivir en sociedad, reflexionó en voz alta. Ya quisieran muchas comunas hippies de los Estados Unidos contar entre sus miembros gentecita como aquella, tan abierta y desinteresada.

Y si bien desde antes de llegar estaban determinados a involucrarse como fuera con el lugar y con sus gentes, ahora se sintieron comprometidos a retribuir de alguna forma la generosidad con la que eran acogidos por aquellos llaneros que no esperaban contraprestación de ninguna especie y que, con su sonrisa a flor de labios y su hablar francote, les hacían sentir tan bienvenidos.

De todas las visitas que recibieron durante esos primeros días en Martinica, los marcaría especialmente la de Sócrates Tupa, un chamán que con rezos, emplastos de hierbas y humo de tabaco les sacó del atolladero gripal con más celeridad y eficacia que el mejor de los tratamientos con antibióticos.

Para Virginie, el rezandero de vereda, auténtico heredero de milenarias usanzas indígenas, según se proclamaba él mismo, significó un primer y nítido vínculo con asuntos hacia los que

siempre había sentido una atracción que al principio atribuyó a su curiosidad antropológica, pero que poco a poco, a medida que relacionaba saberes académicos con su herencia materna y sus indagaciones personales sobre fenómenos extrasensoriales y misterios naturales, la situaron en el umbral de un conocimiento arcano que día denominaría «racionalismo esotérico» para blindarse contra argumentos cartesianos.

Durante aquellos primeros días encontró que las ciencias secretas quizá podrían significar para ella un alimento anímico equivalente al de Roberto José con la crianza de caballos. Si su proyecto docente había quedado aplazado indefinidamente, bien podía superar la relativa frustración matriculándose en el aprendizaje con el chamán, a quien le propuso un trueque: él le transferiría todo el conocimiento posible sobre sus artes y a cambio día le abriría las puertas de otros misterios que conocía porque, aunque él no lo creyera, gracias a sus orígenes caribes y a sus estudios estaba en capacidad de ayudarlo a multiplicar sus poderes, le dijo. Lo del Caribe podía ser cierto, pero más allá de las pedestres supersticiones transmitidas por su madre y que la acompañaban desde niña, lo máximo que podía aportar Virginie a las ciencias de la sanación y la magia era su condición de hija de la era de Acuario, que la había predispuesto durante la última de cada al estudio de saberes recónditos.

Enfrentada ahora a la necesidad de responder al intercambio planteado, sobre la marcha reforzó su vademécum espiritual con libros, folletos y todo el material que Roberto José pudo traerle en sus múltiples viajes a Villavicencio y Bogotá, en busca de financiación económica y pajillas que echaran a andar el negocio del criadero. Su idea era producir ejemplares de calidad que pudieran ser vendidos a los equitadores.

Por supuesto Sócrates, que no era ignorante ni ingenuo, se daba perfecta cuenta de la sed de conocimientos arcanos de Virginie y también sabía que era bien poco lo que ella podía aportar, pero su apuesta consistía en seguirle la cuerda y simular un interés real en aprender las muy dudosas recetas de ella, hasta que llegara el momento de hacerla suya, preferiblemente durante alguna de las frecuentes ausencias del marido, que iba y venía de un lado a otro empeñado en conseguir una caballada de características específicas que escapaban a la comprensión de Sócrates y de los demás, para quienes una bestia siempre sería una bestia.

Y como del lado de Virginie tampoco había mucha ingenuidad, la relación se convirtió en un dolo consentido y tácito en que el acercamiento entre ambos y las promesas mutuas de dar cumplimiento al pacto eran constantes, aunque no pasaran de cieno límite ni se concretaran. Su acercamiento receloso semejaba los ritos de apareamiento de ciertas aves que se buscan describiendo círculos y extendiendo las alas sin dejar que su danza vaya más allá del simple galanteo. Impaciente. Sócrates se las arregló para plantearle a su aventajada alumna que para avanzar en el aprendizaje era necesario que ella y él oficiaran a solas una ceremonia nocturna sobre el playón del tío. que además de permitir una conjunción entre los saberes de los taitas y la gnosis acuariana, serviría a ambos como tito de iniciación.

El ataque del fantasma

Te ruego me excuses si me pierdo al dar vueltas alrededor de mis primeros tiempos como guerrillero, pero creo necesario hacerlo para que tengas una idea bien formada sobre el origen de todo lo que vino después. Sin embargo, también creo que vos deberías servirme de antena a tierra para que el discurso no escape en busca de sensiblerías juveniles tipo Che Guevara y Camilo Torres, quienes, por supuesto ocupaban los máximos escaños en mi iconografía y que, en su calidad de faros ideológicos, me hicieron tanto bien como mal. Entonces no lo tenía tan claro como ahora, pero yo era simplemente un tipo con ideas socialistas a quien la lucha armada sedujo más por su aura romántica que por otra cosa. No tardaría en darme cuenta de que tomar un arma para disparar sobre los demás no es poca cosa, pero ese es un tema que prefiero no tocar; al menos de momento.

Volviendo a la debacle de la columna aliada, esa tarde nos retiramos rapidito hacia el corte de la montaña en busca de un lugar lo suficientemente alto como para que los helicópteros no se atrevieran a volar en medio de las nubes que se enredaban en las copas de los enerillos.

Como los chulos se negaban a abandonar la cacería y oíamos sus respiraciones agitadas mientras tumbaban monte per-siguiéndonos, de vez en cuando algunos nos rezagábamos para esperarlos con fuego de contención, pero su persistencia, que francamente me sorprendía porque nunca antes había visto en ellos tanta tenacidad, pretendía empujarnos hacia donde no hubiera

suficiente vegetación bajo la cual escondernos. Tan inusual empeño, pensé entonces, podía deberse a que su moral de combate estaba fortalecida después del reciente tropel del Palacio de Justicia, pero el caso es que la vimos negra cuando nos tocó atravesar un clarito a la vista de una llenadora pequeñita, de esas que parecen una burbuja de plástico. Lucía casi inofensiva hasta que se nos vino encima disparando balas de alto calibre que trozaban arbolitos de tamaño mediano como si fueran yerba. Aún hoy me eriza el pelo el recuerdo de troncos tan gruesos como la pierna de un hombre adulto quebrándose con un ruido que me obligó a preguntarme si así sonarían mis huesos cuando las ráfagas me alcanzaran. Sin embargo, me salvé. Mejor, nos salvamos, porque el piloto tenía muy mala puntería o por quién sabe qué motivo. A lo mejor la puta buena suerte, la de Babalú, el que anda con Bobby Cruz y conmigo.

Finalmente alcanzamos una franja de raques, mortifios y yarumos que subía hasta el corte de la montaña y descendía por el otro lado, y nos quedamos allí recostados sobre una alfombra de hojas húmedas. A esa altura el aire del bosque era liviano y tan frío que me dolía al entrarme en el pecho, que de lo puro acelerado subía y bajaba como si en lugar de corazón tuviera adentro un conejo arrapado. Con la boca seca, las piernas entumecidas por el esfuerzo y falta de oxígeno, tenía cierta sensación de urgencia en el culo y unas ganas de mandar todo al carajo que francamente me convenía disimular si no quería ser sometido a una dura sesión de autocritica, de esas que en mis tiempos de guerrillero de las Farc hubieran podido culminar con mi fusilamiento.

Supongo que el resto se sentía igual, porque todos los sobrevivientes permanecíamos mudos, mirándonos a los ojos sin creer que habíamos logrado salvar el pellejo. Faltaban muchos compás, incluido el comandante, y a muchos de ellos no los vol-vería a ver nunca, pues enterraron los fierros y se desbandaron en busca de una nueva vida. Otros pocos me acompañaron en una marcha de semanas para descender en busca de las tierras bajas del Magdalena Medio, donde yo esperaba permanecer escondido durante un buen tiempo, reponiendo fuerzas antes de reportarme con el comando central, si es que acaso me daba por retomar una lucha sobre la que albergaba dudas por infructuosa y falta de sentido. No era que mi moral de combate hubiera cambiado a raíz de la emboscada que acabábamos de sufrir, sino que venía desde antes, pues la pérdida de varios amigos en lo del Palacio de Justicia

ya me traía caminando guasquiladiao.

Ya libres del acoso, y durante el tiempo que empleamos en el descenso hacia las tierras bajas a través de unos bosques bellísimos, me dediqué a rumiar recuerdos, a reflexionar sobre las decisiones que me habían conducido a la situación en que me encontraba, tan entrelazada con la del movimiento que parecía como si yo no pudiera pensar por mí mismo sin antes tener en cuenta el proyecto político por el que tanto habíamos trabajado todos y en busca del cual tantos habían encontrado la muerte.

Durante nuestra marcha escuchábamos ocasionalmente el motor de los helicópteros que volaban buscándonos, pero lo tupido de la vegetación y la altura en que daban vueltas eran tranquilizadores. Hasta que una noche, mientras comíamos un ca-chicamo que los muchachos habían conseguido desencuevar, un sonido que al principio pareció sordo y lejano fue intensificándose poco a poco hasta dejar claro que se trataba de un viejo avión de pistones que pasaba a gran altura sobre nosotros. Sin tomar la precaución de apagar el fuego de la hoguera, los muchachos de guardia salieron a un clarito intentando localizar sus luces de posición, pero no vieron nada y en corto tiempo el rumor de los motores se perdió en la noche. Si era un avión militar, debía ser un inofensivo transporte de tropas, le dije a la compañera Laila cuando regresó después de cumplir su turno de centinela y comer su ración de armadillo.

Ella me gustaba mucho y para no alargar el cuento te digo que sosteníamos una especie de noviazgo de conveniencia, como tantos que se dan en la guerrilla, en que intercambiábamos pizcas de humanidad que ayudaban a mitigar el rigor de la vida en el monte. Esa noche la miré mientras se inclinaba sobre el desconchado plato de peltre donde tenía su comida y la encontré tan bella que esperé a que levantara la cara para invitarla con un leve gesto a acompañarme a dormir en un lugar discreto.

Desbrocé un llanito en medio de un bosque de amarrabollos y chicalás mientras ella iba hasta una quebrada cercana a cepillarse los dientes y asear su cuerpo, en un rito suyo que siempre me había parecido coqueto y considerado de su parte. Pre paré un pequeño cambuche con un trozo de plástico como techo y una manta debajo y me senté a esperarla intentando sacar la cuenta de los días, semanas ya, en que no había hecho el amor, cuando escuché que el

avión regresaba opacando con su sonido las voces y risas de los muchachos convocados alrededor de la fogata. No sólo volaba más bajo que en la ocasión anterior, sino que se aproximaba a mayor velocidad; tanta, que aún dudaba yo entre esperar a Laila o buscar un claro desde el cual divisarlo cuando el maldito bicho empezó a vomitar el infierno sobre nosotros.

Era un Dc-3 con baterías de ametralladoras adaptadas en los costados y lanzadores de bombas de racimo. Se nos vino encima con toda la furia y la certeza que le permitían sus detectores de calor. Nunca había enfrentado uno de aquellos aparatos, aunque sí los había visto fotografiados en la prensa, en artículos que hablaban de la modernización de las fuerzas aéreas gracias a un avión que llamaban fantasma y que no era cosa distinta a los vejestorios repotenciados que los gringos habían usado en El Salvador. En su momento juzgué que se trataba de simple pro-paganda, guerra psicológica y tal, pero era tan real que ahora es-taba dándonos una solfa de la puta madre, pasando y repasando el área de nuestro campamento con su aguacero de fuego y plomo. Casi me cagué allí mismo, aunque me encontraba lejos de las ráfagas automatizadas de su artillería.

Planeta mutante

—Podríamos seguir hablando hasta el amanecer sobre periodismo, Lola, o sobre la industria de la información, que es a lo que ha quedado reducida mi profesión debido a las presiones del mercado. Pero ya va siendo hora de hablar también de los rumbos que tú tomaste...

—¡Ay, Raque! ¡Qué pereza! Soy sólo un ama de casa que trabaja a destajo cada vez que la familia le deja un tiempo libre... Tú por lo menos sales al mundo, conoces gente de todas las pe-lambres, tratas con nobles y con mendigos y, en suma, tienes más posibilidades de romper con la rutina, si es que puede decirse que tienes rutina, cosa que dudo porque siempre estás metida en algún brete distinto al anterior.

—Es cierto. Una de las razones más poderosas para encoñarse con el periodismo es lo difícil que resulta aburrirse con su práctica...

—En cambio mi mundo... Admito que para quien lo vea desde afuera luce atractivo en primera instancia: dos hijas

hermosas, un exesposo rico, rico de los de verdad, razón por la cual nunca he tenido que preocuparme por plata, y un oficio que me da satisfacciones a pesar de que la crítica especializada ha des-trozado mis pinturas desde el principio.

—Exageras. Por cada comentario adverso que han hecho de tu obra hay uno favorable. Me consta porque siempre he pro-curado estar al tanto de todo lo que se escribe y dice acerca de ti. Digamos que eres una artista polémica y que las opiniones alrededor de tu trabajo están divididas.

—Puede ser, pero siempre me ha mortificado mucho la carga de perversión de ciertos comentarios. Sobre todo cuando vienen de personas que en verdad conocen de arte y a las que todo el mundo respeta.

—¿Cómo cuál, por ejemplo?

—Aquel que hace unos años publicó el crítico de El Es-pectador con motivo de mi primera exposición individual, diciendo que mis cuadros parecían pintados por un prerrafaelita borracho que súbitamente había sufrido un ataque de impresionismo. ¿Te parece poco?

—Sí, lo recuerdo. Nunca te lo pregunté, pero después de aquello intentaste con la abstracción y te fue bien. Eran cuadros en verdad muy buenos.

—Pero ya era tarde porque no sólo esa crítica cruel sino otras me habían etiquetado como figurativa y de allí no he podido salirme en todos estos años. Así las cosas, conseguir un galerista o marchante que promueva mi obra ha resultado casi imposible.

—Pero también porque te ha faltado promocionarte a ti misma en ciertos círculos.

—No soy buena para ese juego del autobombo, no quiero hacerlo y por fortuna no lo necesito. Gracias a mi matrimonio tengo la seguridad de que ni mis hijas ni yo vamos a ser pobres, ni siquiera por un segundo. De modo que si mi pintura no se vende y es poco conocida, me importa un pepino. Puedo ocupar mi tiempo en otros asuntos más satisfactorios que andar sobándoles la chaqueta a los personajitos del mundillo artístico. Me divierto mucho pintando y eso ya es suficiente para mí.

—Es verdad, aparte de que hoy en día muy pocos artistas

pueden darse el lujo de hacer arte por el arte. Y además tienes el consuelo vital de la militancia ambientalista...

—Más que consuelo, es como un desdoblamiento, una manera de tomar revancha y sentir que hago algo en verdad valioso. Y no es un capricho de ahora sino desde siempre, desde que el matrimonio me garantizó un estado de bienestar a cambio de mantenerle al doctor Carlos Alfonso Dohm Fayad su hogar soñado. Después mi trabajo como artista plástica empezó a parecerme inútil y demasiado ajeno a la situación planetaria, por decirlo en términos grandilocuentes, y entonces surgió el activismo ecológico para darle sentido a mi vida.

—Sí recuerdo un tiempo en que empezaste a darnos lora con el cuento del desarrollo sostenible. Parecía como si fueras la sacerdotisa de un nuevo credo.

—Lo del desarrollo sostenible me parece hoy un carretazo insostenible, inventado por el mundo desarrollado para saquear los recursos de los países atrasados y joderlos. Y yo, con mi carreta teórica, en buena parte avalada por academias y multinacionales, contribuí durante un tiempo a montar esa trampa...

—Pero tuviste la decencia de cambiar de bando cuando te diste cuenta.

—Sí. Ahora me encanta hacerle ver a la gente que todos los discursos ambientalistas de la ONU, del Banco Mundial y de todos los putos bancos de desarrollo ocultan una estafa en su letra menuda. Pero aun así, siento que en mi vida hace falta un proyecto valioso.

—¿Y ese no te parece un trabajo valioso?

—Sin duda, pero hace ya un buen rato que esos temas tampoco me mueven la aguja.

—Otra manera de decir que no te lo paran...

—Exacto. No me hacen ni cosquillas. Aparte de que he terminado por concluir que el daño al planeta ya está hecho y que además es irreversible.

—¡Qué tristeza! ¡Una ambientalista atacada por el pe-simismo! Resulta por lo menos demoledor.

—Es que esa es la realidad. El planeta, la madre tierra,

Gaia, la Pacha Mama, llámala como te dé la gana, se ha convertido en un organismo mutante habitado por mutantes. Y eso no tiene reversa.

—Razón de más para considerar la posibilidad de volver a insistir con tu pintura. Sacar a las galerías tanto cuadro arrumado en tu estudio. Quién quita, a lo mejor suena la flauta.

—En principio podría intentarlo. Ahora dispongo de más tiempo porque las niñas ya están más crecidas, pero veo poca gente y para mí está claro que en el ambiente del arte nacional ya tengo chantada la etiqueta de pintora mediocre.

—¿Estás segura? No es por nada, pero a mí me siguen gustando tus cuadros. Los de ahora más que los de antes...

—¡Pero ya pasó mi cuarto de hora, boba! Te digo que me consideran una artista del montón, cuando mucho una pintora decorativa. Si he logrado conservar cierta vigencia, si de vez en cuando llega alguien a comprarme un cuadro, se debe a razones diferentes a mi pintura.

—La gente cree que eres muy rica, y eso ayuda. También el aspecto físico, porque todavía estás en tus papeles. Eres una madurita buenona y estoy segura de que más de un galerista echa la baba por ti... A mí todavía me sucede que algún joven- cito me coquetea.

—Lo contrario sería raro. Estamos de moda las maduritas, las que en Gríngolandia denominan con la sigla MILF, por Mother Like to Fuck.

—Enhorabuena... arriba las asaltacunas...

—No estoy tan segura. Ojalá fuera así. La verdad es que ya no me entusiasma el sexo, ni siquiera el prohibido, aquel que excita por el riesgo de ser pillada. Quizás alcancé algo así como un punto de saturación.

—¡Cómo se te ocurre decir semejante bestialidad! Mejor cuéntame qué te entusiasma de verdad, si es que algo lo consigue, porque te veo grave, Lolita.

—De verdad verdad, casi nada. O sí: el recuerdo de los años en que mis hijas estaban pequeñas y me pasaba los días atendiéndolas. No he hecho algo más gratificante...

—Lo que pasa es que me estás hablando de la maternidad, pero hablar de eso es hablar de grandes ligas y no tiene com-paración con nada. Yo me refiero a ti, a tu vida a solas contigo misma.

—Es que de verdad lo único que me mantiene conectada al mundo son mis hijas. De resto, nada que ver.

—¿Y no has pensado en la posibilidad de volverte a casar, de irte a vivir con un hombre bien decente o al menos tener lo que llaman un tinieblo? Está probado que el sexo es bueno para la salud de la mente y del cuerpo...

—Si supieras que los hombres y en general los seres hu-manos me resultan cada vez más patéticos y aburridos. Te juro que mi relación con mis perros tiene más atractivo.

—No puedo creer que tú, justamente tú, Lola Casasbuenas, sientas de verdad eso que estás diciendo.

—Por fortuna es así, porque no quiero siquiera imaginar un cipo, cualquier tipo, arrastrándose hacia mí bajo el plumón para humedecerme el muslo con su roll-on mientras miente y jura amor eterno, todo con tal de que lo deje montarme para echarse otro misionerito de rutina.

—¡Auch! Suena duro, eso. Y triste. Mejor cambiemos el tema porque voy a terminar deprimiéndome y además pienso que nos conviene dormir aunque sea un ratico...

En ese punto, fingí un bostezo y aseguré tener sueño, pero la verdad es que ver a mi amiga en ese estado de ánimo fue un golpe duro y encima de todo me pareció ruin grabar su voz subrepticamente. Tosí para que el sonido del botón de parada de la grabadora no me delatara y desvié la conversación hacia otros temas hasta que nos venció el cansancio, pero recuerdo que antes de dormirme pensé que la historia de Lola debía quedar en este libro, con o sin su autorización. En últimas, siempre cabría la posibilidad de editar y además pondría un asterisco al lado de su nombre para señalar que su identidad había sido cambiada, como sucede a menudo en la prensa escrita, de tal modo que sólo los implicados se reconocen en el artículo.

Torquemada con falda

Como ya dije, no quería que mis hijos quedaran condenados

a enterrarse en surcos y corrales, y por eso establecí nuestra casa en Barranquilla, la ciudad más cercana a la finca. El vaivén de las cosechas y de los periodos de vacaciones y fiestas marcaría mi ir y venir entre las dos casas, por lo que sería un padre algo ausente, pero ni más ni menos que cuando vestía uniforme y me la pasaba del timbo al tambo, entre brigada y brigada, de un cuartel a otro.

No podría haber adivinado lo difícil que me iba a resultar poner a marchar la finca de forma tal que produjera lo suficiente para criar a mis hijos como Dios manda y como yo quería. Para lo primero, me alcanzaba con mi sueldo de retiro, pero para lo segundo era claro que necesitaría más recursos si la idea era dejarlos suficientemente educados para enfrentar un mundo cada vez más complicado.

Eran tareas nada despreciables y me apliqué a cumplirlas con entusiasmo, no sólo porque estaba en juego la educación de mis muchachos sino porque concentrarme en el trabajo del campo, aislado de todo, a muchas horas de camino de un periódico o un teléfono, me garantizaba la tranquilidad necesaria y me hacía más llevadero el trauma de convertirme en un civil después de toda una vida en el Ejército. Lo de toda una vida es literal, pues ingresé a la Escuela de Cadetes siendo casi un niño, poco tiempo después de empezar a usar pantalones largos. Pero mi carrera militar, que fue mi primer gran orgullo como hombre, también había acarreado disgustos, pensaba para consolarme durante aquellos iniciales y solitarios días de agricultor, mientras vigilaba atento las plántulas del que luego sería un cafetal de categoría. Mis reflexiones como civil me permitieron entender que un militar de carrera, un hombre entrenado para defender el statu quo y mentalizado para usar las armas cuando es necesario, habitualmente es visto por la mayoría de las personas como un ser corto de entendederas y, en cuanto tal, fácil de manipular a la hora de ponerlo al servicio de alguna causa. Hoy resulta bastante común encontrar oficiales que se dan perfecta cuenta de esa clase de subestimación por parte de los civiles y es posible para ellos acceder a información que los aleja del riesgo de ser manipulados, pero en mis tiempos llegar a tal conclusión por mis propios medios era más difícil y sólo empecé a intuirlo cuando ya ocupaba los rangos superiores del escalafón.

Ya retirado, tener ante mis ojos esa suerte de claridad me permitió tomar conciencia de la medida de mi hastío frente a los acontecimientos nacionales de los últimos años. Realmente estaba

hasta las cachas de la política, que puede ser la actividad humana más noble y digna de elogio cuando no se convierte en politiquería, cosa inevitable en este país de manzanillos avariciosos, descarados hasta el punto de firmar un pacto para alternarse en el poder y repartirse la marrana presupuestal.

Con la misma perspectiva otorgada por el tiempo puedo decir que fue un consuelo salir de la escena durante aquellos años del Frente Nacional, periodo germinal de los desarreglos que vendrían después. Lo malo fue que también me privé de participar en las operaciones de pacificación diseñadas con tanto esmero por el estado mayor con el concurso de varios oficiales de alto rango, yo entre ellos. Había ocasiones en que al recordar mi llamado a calificar servicios me llenaba de un rencor inmenso, no sólo hacia mis superiores y hacia los políticos sino hacia el mundo en general. En la región donde acababa de llegar a establecerme adquirí muy rápido la fama de cascarrabias y amargado, pues como me resultaba prácticamente imposible librarme de mi cargamento de pensamientos negativos era usual que mis comentarios estuviesen cargados de amargura.

Me salvaron mis hijos. Pensar en ellos, darme cuenta de que en ocasiones la medida del coraje de un hombre no está en su capacidad de alcanzar altos logros y realizar grandes hazañas, sino justamente en su habilidad para educar y sacar adelante a otros hombres sin meterles miedo en el alma. Mis tres criaturas se convirtieron entonces en mi principal razón de ser. En especial Mariana, porque además de Antonio y José Luis, cuyo futuro tanto me preocupaba en cuanto que eran los varones, los que transferirían el apellido Almanzor a las próximas generaciones, estaba ella, que no me generaba inquietudes similares sino que me transmitía un sosiego y una fe en la vida que por aquel entonces yo necesitaba con desespero. Me bastaba ver aquella carita redonda que al sonreír mostraba un par de hoyuelos para quedar paralizado de emoción. Y si llegaba a mirarme el asunto se me ponía difícil, pues sus dos ojazos eran un abismo que se tragaba todo el universo y me dejaban varado ahí, aferrado al borde del enigma sin que el resto de la humanidad me importara en lo más mínimo.

Ella y los dos caballeritos eran mi alfa y mi omega, incluso por encima de Patricia, la principal responsable de su educación a pesar de no destacarse por su habilidad en ningún tema, mucho menos el pedagógico. Mi pobre esposa nunca fue muy hábil en nada

y mucho menos en asuntos que implicaran trato con Otros seres humanos, pero era una madre bien intencionada que resultaba inofensiva para los niños, siempre y cuando se le recordara con cierta persistencia que de buenas intenciones está empedrado el camino hacia el infierno, y que inmiscuirse mucho en el mundo interior de los hijos es la ruta más rápida para lograr su eterna animadversión.

Igual hacía caso omiso de las recomendaciones y vivía atravesándoseles todo el tiempo, desconfiando siempre de ellos, intentando pillarlos en mentiras, controlando sus horas de salida y entrada, logrando con su supervisión policíaca que a ellos las tareas escolares les resultaran aún más antipáticas de lo que ya eran y, en suma, convirtiendo la casa en un pequeño infierno o, para ser más preciso en los términos, en una caldera a punto de estallar.

Cuando yo llegaba de visita a Barranquilla para atender asuntos de cuentas bancarias y a darles cara, encontraba un ambiente tenso, incrementado por las quejas que me daba acusán-dolos de faltas inherentes a su condición de muchachos pero que para ella eran condenables. Yo le seguía la cuerda e intentaba convencerla de que no aplicara canto énfasis al cuidado de la prole porque corría el riesgo de hacerse odiar, pero eso la sacaba de casillas y le exacerbaba sus naturales reflejos detectivescos, con lo cual sólo conseguía que los niños tuviesen miedo a mis visitas porque parecía que no llegaba su papá sino un juez.

En algún momento pensé, porque era apenas lógico que fuera así, que el talante inquisitivo de Patricia, su temperamento de Torquemada con falda, podía estar originado en mis prolongadas ausencias, porque después de todo ella no era de palo y como cualquier persona necesitaba y merecía ser amada con más constancia que la que yo podía ofrecerle. Pero no había remedio porque la mano de cartas de la baraja que nos deparaba la suerte era esa, sin apelación posible. Quizá si ella se animara a tomar clases de tenis, de tejido, de jardinería o de lo que se le antojara podría encontrar algo en lo cual centrar su atención, de modo que la educación de los niños fuera más un disfrute que una obligación, le sugerí una mañana después del desayuno, una vez los muchachos se fueron a sus respectivos colegios.

Años después ella me confesaría que en su momento aquel

comentario le produjo mucha rabia, pues le pareció como si en realidad a mí no me interesara para nada lo que ocurría en casa durante mis ausencias cada vez más prolongadas. Y le asiste razón, pues sí recuerdo haberle hablado como de pasada, apartando a duras penas la mirada de los periódicos que informaban de las operaciones militares en el sur del Tolima, en la zona de Marquetalia, fortaleza estratégica de ciertas autodefensas liberales campesinas que durante años se habían negado a desmovilizarse, probablemente desconfiadas por lo ocurrido a Guadalupe Salcedo y otros bandoleros abatidos después de haber firmado la paz y entregado sus armas.

Yo conocía bien aquel territorio, como miembro que había sido de una comisión del estado mayor que lo sobrevoló durante los días en que se preparaba la estrategia denominada Plan Laso, y sabía que la única posibilidad de éxito en ese laberinto montañoso dependía del poderío aéreo. Y ahora la prensa hablaba de bombardeos y combates, y daba parte del éxito en las operaciones, pero de una manera tan gaseosa e incierta que me impedía darme cuenta cabal de las dimensiones de la victoria, si es que de verdad había sido una victoria. Temí entonces que la poca claridad obedeciera a que los directores de los periódicos estaban tan preocupados como siempre por mantenerse obsecuentes frente a los militares, quienes a su vez no se atrevían a entregar más datos porque el resultado de la operación era un fracaso.

Por la razón que fuera, sólo hasta unos días después pude enterarme de que, en efecto, el Ejército, mi gente, tenía control pleno sobre el territorio donde antes ejercían soberanía los insurgentes. Pero a través de mis amigos aún activos pude conocer con total certeza que el principal núcleo de estos últimos, al mando de un tal Manuel Marulanda, había conseguido escapar de la tenaza militar a través de una maraña de cañones, quebradas y ríos. Mala pata. Financiados por los gringos, mis antiguos compañeros de armas habían fracasado en su papel de cipayos del Departamento de Estado.

Barranquilla vs. Cachaquilandia

Es una pendejada extrañar la televisión cuando se tiene la posibilidad de jugar béisbol de barrio, ser titular eterno en partidos callejeros de bolaetrato, juegos de chequita y cacerías masivas de lobitos, que es como llaman a las lagartijas aquí en Barranquilla.

Aunque los recuerdos de Bonanza, El investigador submarino, Guillermo Tell, El llanero solitario y Mister Ed sean persistentes, Toño siente que se las puede arreglar sin verlos; hasta que un día se entera de que el presidente acaba de poner en servicio la señal de televisión «para la costa Atlántica». Pensándolo bien, quizá sería bueno tener instalado un aparato de esos en la sala o en el cuarto de los papás, igual que en la casa de Lijacá que dejaron atrás. Sobre todo ahora que ha llegado a la casa vecina, donde por las noches puede verse su luz azulosa tras las cortinas de tul y los domingos por la tarde se escuchan los ¡PUM! ¡CRASH! ¡CATAPLUM! de Batman, que ya dejó de ser una historia exclusiva de los paquitos y ahora está en la caja idiota, como la llama el general con desprecio.

El televisor vecino, un enorme monstruo empotrado en un mueble de madera con patas altas, ha llegado desde Cacha-quilandia en el menaje doméstico de una familia Vega que viene a establecerse en Barranquilla, igual que antes lo hicieran los Almanzor. Sólo que en este caso el jefe de ese clan, un ingeniero mal encarado y con barriga de tonel que llega a trabajar en una fábrica de textiles, se ha instalado en la casa de sus hermanos mientras consigue un lugar donde acomodar a su numerosa prole.

La tentación de acercarse a la ventana para fisgonear es mucha, pero la simple idea se evapora nada más al pensar en lo que sucedería si alguno de los Vega lo sorprende pisando la bien cuidada grama o, peor aún, la jardinera con los arbustos de coralito que la señora de la casa riega cada tarde con tanto esmero. Son gente agresiva, los Vega. Tono les teme porque los oye vociferar todo el día tras las paredes, insuficientes para contener los alaridos que lanzan cuando no consiguen ponerse de acuerdo, que es casi siempre. Y por las tardes, cuando sacan los mecedores a la terraza para que la brisa les ayude a economizar un poco en la cuenta de la luz, discuten a los alaridos que si Rodolfo Aicardi es mejor que Alci Acosta, o que si Tony Aguilar tiene una voz más potente que la de Jorge Negrete. Todos son cantantes que Toño no ubica en su cortísima memoria musical, pero cuyos nombres por sí solos le provocan bostezos.

El más temible de los Vega es Juancho, que un día les decomisó una bola Spalding que salió en un globito por la primera base y fue a dar al patio de su casa. No rompió nada y apenas sacudió una camisa lavada y extendida sobre una cuerda, pero el

ofendido duró una semana negándose a devolverla a las sucesivas comisiones designadas para pedírsela. Lo hacía para castigarlos, «para que aprendan a respetar», decía sin poder ocultar el gozo que le producían los ruegos. Con una voz gruesa que intenta afinar mientras habla, Juancho sale a caminar enfundado en Bermudas a cuadros y dando salticos sobre unas sandalias descubiertas que siempre usa porque presume de tener unos pies lindos. Será lo único lindo que tiene, reflexiona Toño cuando lo ve circular por el barrio vistiendo una ajustada camiseta de algodón que le forra el pecho y hace resaltar una barriguita que tiembla y se sacude con cada paso sobre la acera. Juancho alisa el rizado natural de su pelo con Aliser, una sustancia grasosa y brillante que las muchachas del servicio, casi todas morenas de pelo rizado, compran en la tienda La Esperanza de la calle 75, que la despacha envuelta en unas bolsitas diminutas parecidas a las de los bolis. Lo hacen cuando en los días de salida van a encontrarse con los novios o cuando viajan a visitar a sus familias a los pueblos vecinos, como si se avergonzaran de sus cabelleras después de compararlas con las de sus patronas, que por lo general son lisas y están peinadas con unas increíbles moñas sostenidas a punta de laca Kleer Lac. De verdad es muy raro que sea mal visto tener el pelo rizado, justo en un lugar donde los negros están por todas partes.

Como si quisiera confirmarlo, por la esquina dobla una negra enorme, alta y con una preñez que la obliga a caminar pa-tiabierta sobre unas chancas fabricadas con suela de llanta. Grita a voz en cuello «¡Aleeeegría! ¡Aleecgría con coco y anís» y se dirige hacia el grupo de muchachos que hacen una pausa bajo el almendro antes de reanudar un partido de bolaetrapo que está empatado 2-2. Entre todos juntan monedas y le compran tres alegrías, que son deliciosas a pesar de la leyenda según la cual las negras palen- queras logran la redondez de aquellos amasijos de mijo, panela, anís y coco caramelizado metiéndose la mezcla de ingredientes bajo el sobaco hasta darles forma. La idea es repugnante, pero no tanto como para impedirles comérselas con gusto; eso sí, según aconsejan Ricardo Gómez y Lucho Duque, curramberos de toda la vida y expertos en las artes de supervivencia barrial, conviene echar un vistazo de vez en cuando para evitar sorpresas desagradables.

Si lo piensa bien, Toño no puede menos que sentir un aleteo en el corazón, pues vive en la única ciudad del mundo donde es posible comprar la alegría a una mujer descendiente de una raza

guerrera, que no se avergüenza de sus rizos bien apretados y lleva su mercancía en una aporreada palangana de aluminio afianzada sobre la cabeza.

Además, en Barranquilla la brisa sopla en las vacaciones de diciembre llevándose el recuerdo de todas las cosas que dejó allá en Cachaquilandia: por ejemplo, las bicicletas de manubrio abierto que su mamá vendió antes de la mudanza, argumentando que ya no vivirían en el campo de Lijacá sino en un lugar con calles pavimentadas donde él o su hermano podrían morir atropellados por algún carro.

Otro recuerdo valioso que ha dejado atrás es el de su abue-la paterna Juliana y su tía abuela Soledad, que aparte de hermanas eran amigas y cómplices en la alcahuetería de permitirles a sus nietos masticar chicles bomba y chocolatinas Bonfruit rellenas de un caramelo que se pegaba al paladar y a los dientes. El cariño de ambas restituía a Toño la confianza en sí mismo que le hacía perder su madre al transmitirle inseguridades y temores. Imposible no sentir ganas de volver a la finca de su padre, donde aprendió a montar a caballo en vacaciones. Y están también otros recuerdos menos importantes pero que igual persiguen a Toño como fantasmas y por alguna extraña razón se alborotan al ver el resplandor del televisor recién traído por la rama bogotana de los Vega, que también traen consigo la pendencia, según pueden comprobarlo todos en poco tiempo.

Con la misma generosidad con la que un año atrás lo recibieron a él y a sus dos hermanos, los cinco muchachos recién llegados son aceptados por el vecindario sin reservas y se integran a los juegos con un espíritu competitivo de clan. No entienden de béisbol y les cuesta mucho trabajo la chequita, pero saben jugar fútbol y son tantos que abren la posibilidad de organizar varios equipos para disputar campeonatos de bolaetrapo, aunque detestan perder e intentan acomodar el reglamento del fútbol callejero a sus intereses. Sobre todo Santos, el mayor, a quien un vello oscuro le ensombrece el labio superior; es bastante malgeniado cuando no se hacen las cosas como él dice, lo cual obliga a los pelaos de la cuadra a echar mano de toda su habilidad diplomática. En vano, porque las discusiones se vuelven tan frecuentes que lo mejor es no hacerles caso y jugar a otra cosa; más exactamente, al béisbol, que ellos no dominan.

Cuando no vuelven a invitarlos a jugar, las relaciones con ellos quedan cortadas y son realmente asesinas las miradas que lanzan todos los Vega, adultos y niños, cuando se reúnen en la terraza al atardecer. Toño las siente sobre su nuca al pasar por la acera del frente rumbo a la tienda San Expedito, a donde lo han enviado a comprar unos panes para la comida de la noche.

De repente uno de los Vega más pequeños, un poco menor que Toño, aparece tras él para perseguirlo cantándole en los talones «¡Niña! ¡Niña! ¡Niña! ¡Niña! ¡Niña! ¡Niña!». Toño lo toma con humor y hace amagues de persecución, pero el pequeño contraataca con más bríos: «¡Niña! ¡Niña! ¡Niña! ¡Niña! ¡Niña! ¡Niña!». Toño hace otro amague, esta vez más sostenido, y al mismo tiempo que descubre a todo el clan Vega mirando hacia él con sonrisas de placer vengativo, ve también que el pequeño tropieza con el sardinel de la acera y cae. Se golpea duro y llora como si estuvieran desollándolo.

El ingeniero Vega, viva imagen de la autoridad dentro de su camiseta sin mangas, deja el mecedor para ordenar con un grito tribal: «¡Péguele, Arillo! ¡Péguele!». Toño apenas tiene tiempo para comprender que ha caído en una trampa cuando ya Atilio Vega lo embiste derribándolo y aprisionando su cuerpo bajo el suyo, varios kilos más pesado. Pero Atilio pega sin convicción, sólo por cumplir órdenes, quizá porque se da perfecta cuenta de estar obedeciendo un mandato absurdo, lo cual no disminuye la ira de Toño, que se defiende inútilmente, logrando con sus pataleos hacerse más daño a sí mismo que al matón, que lo deja ir una vez siente cumplido su papel de vengador.

El llanto de humillación de Toño atrae a un vecino que ha presenciado el remedo de paliza en medio de la penumbra del ocaso. Él lo calma, seca sus lágrimas con un pañuelo, lo acompaña hasta la tienda a cumplir con el mandado y después lo escolta hasta su casa. Toño entra, entrega el pan, sube a su cuarto y se echa sobre el catre a mirar el cielo raso y a rumiar una venganza que no tiene tiempo de cumplir porque los Vega se mudan dos días después a otro barrio y no vuelve a verlos jamás. Quedan sus tíos, encabezados por Juancho, pero no hay manera de tomar revancha con ellos, como no sea dejarlos con la mano en alto y la palabra en la boca cuando lo saluden.

Toño se jura a sí mismo no volver a dejarse joder por más Jiménez ni Vegas. Pero las vacaciones también sirven para borrar

amarguras y malos recuerdos, y es en estas navidades que el general le regala una colección de veinte carritos a escala Matchbox, un ejemplar de Corazón, otro de Tarzán de los monos y una escopeta Slavia de copitas —un rifle de balines, dirían en Cachaquilandia— que Toño ha pedido con insistencia porque asegura querer practicar tiro al blanco en el patio, cuando en realidad piensa usarla para cazar lobitos en los antejardines y en los patios traseros de las casas vecinas. Al menos de momento dejará de lado sus ideas de venganza, no extrañará más la bicicleta que su mamá vendió a través de un aviso clasificado allá en Bogotá y hasta es posible que no piense más en volver a tener una caja idiota.

La desconfianza de Delfilia

Para llevar a cabo su ceremonia de intercambio de saberes, Virginie y Sócrates decidieron esperar unos días a que Roberto Jasé emprendiera un viaje hasta Yopal, donde debía recoger seis yeguas criollas destinadas a ser fecundadas con pajillas de sementales árabes que había comprado a un viejo amigo equitador. Estaba bastante ilusionado con ello, pues su tesis era que la mezcla de dos razas acostumbradas a terrenos áridos, ambas capaces de resistir largas jornadas, produciría un ejemplar dispuesto para el trabajo y también para la monta recreativa. Las yeguas criollas garantizarían la adaptación al difícil clima de los Llanos, caracterizado por sucesivas y extremas sequías e inundaciones, y los padrillos árabes aportarían resistencia, nobleza de temperamento y, más importante aún, la belleza, pues era clave no perder de vista que los equitadores suelen ser bastante vanidosos y adoran exhibirse sobre animales de estampa fina. Eso explicaba el porqué de la instalación de gigantescos espejos en los picaderos de los clubes y academias ecuestres, decía a quienes lo escuchaban hablar de su proyecto la víspera de partir a bordo del camión en que traería los animales.

Su entusiasmo casi resultaba contagioso bajo la luz rojiza de la lámpara Coleman, que alumbraba también las caras de Virginie, de Medardo Guzmán, un vaquero local que en la práctica era el mayordomo de Martinica y mano derecha de Roberto José, y de Sócrates, quien en los últimos días había permanecido en la finca conversando con la dueña de casa o merodeando por los alrededores.

—Ese hombre está al acecho, patrón —le advirtió la esposa de Medardo—. No sé qué estará buscando, pero no me gusta para

nada —dijo santiguándose.

—Lo que pasa, Delfilia es que el señor es un chamán muy respetable y a mi mujer le interesa aprender de él intentó tran-quilizarla Roberto José.

—Lo de respetable, a lo mejor. Lo de chamán, dicen las malas lenguas que lo suyo es puro cuento, una gran mentira que él montó después de vivir un tiempo en Tabatinga y en la zona de Leticia, donde aprendió malas mañas antes de venir a garlar de magia y echar paja en estas tierras. Lo único que tiene de indio es que nació en Calarcá, de donde seguro lo sacaron tamboreao por estafa y abuso de confianza, porque como los paisas no son pendejos huelen a los avivaros desde lejos.

Roberto José restó importancia a la advertencia de la mujer porque no quería que ninguna preocupación le hiciera perder la concentración sobre su tarea inmediata. Por fin Martinica arrancaría como criadero y, con un poco de suerte, en tres o cuatro años empezarían a vender caballos de silla aptos para el trabajo en fincas o para polo y, por qué no, para salto y adiestramiento cuando llegara el momento de aprovechar sus antiguos contactos en los mentideros ecuestres.

Salió muy de madrugada acompañado por Medardo, ar-gumentando que debían atravesar medio llano para llegar a Yopal. No le faltaba razón, porque las carreteras prácticamente habían desaparecido después de la reciente temporada de lluvias y, al completar tres horas de viaje, el dueño del camión dijo no querer arriesgar que su máquina sufriera un daño severo y exigió un reajuste del cien por ciento sobre la tarifa acordada previamente. Molesto por el chantaje, cuyo monto podía significar una yegua menos en el viaje de regreso a Martinica, Roberto José accedió y los tres hombres se lanzaron llano adentro describiendo con la polvareda que dejaban tras ellos una línea transversal sobre el mapa.

Entretanto en Martinica, una vez el sol iluminó de costado la enramada de palma que hacía las veces de cocina mientras se terminaba de construir la casa, Delfilia sirvió una taza de café y la subió hasta el altillo del cobertizo para despertar a Virginie, que se había quedado dormida de nuevo tras despedir a su marido. Las dos mujeres hablaron naderías, planearon las labores de la jornada, intentaron calcular el tiempo que invertirían sus esposos en el

acarreo de la yeguada y estuvieron de acuerdo en que sería deseable tener un jardín con flores y un césped bien bonito aunque la casa estuviera todavía en obra negra.

—Para que jueguen en él los niños que habrán de llegar —anotó Delfilia.

Casi de la misma edad de Virginie, ella aún no era madre pero planeaba tener hijos rápido por considerar que su tiempo estaba pasando. Asumía que sus anhelos de crianza eran los mismos de sus patrones, pero había algo en la actitud de la señora, sobre todo cuando Sócrates andaba por los alrededores, que la hacía dudar de las convicciones de casada que pudiese tener la gringa, como se referían los lugareños a la señora cuando no estaba presente.

En la conversación, una de las pocas que habían podido sostener a solas desde la llegada del matrimonio Casasbuenas, las miradas de ambas escudriñaban a su contraparte como jugando al gato y al ratón. La llanera intentaba pescar algún indicio de las verdaderas intenciones de la catira extranjera mientras esta, im-paciente por iniciar sus estudios de magia amazónica de la mano de Sócrates, era al mismo tiempo consciente de que debería tener mucho cuidado y ser muy discreta para que, con B. J. ausente, sus encuentros con el chamán no fuesen interpretados por los trabajadores de la finca y por los vecinos como lo que eran: esca-padas con un hombre que no era su esposo. Los demás ignoraban que detrás de sus actos había motivaciones diferentes y en su opinión más elevadas, pero no era del caso ponerse a dar expli-caciones a medio mundo sobre sus actos, ni más faltaba.

Como los días fueron pasando sin que Sócrates se pre-sentara, Virginie debió emplearse a fondo para que la ansiedad y la frustración no se le notaran demasiado. Pensando que quizás él le había dado alguna clase de instrucción para el encuentro que ella no había sabido interpretar, optó por salir a cabalgar en un capón viejo que la llevó de paseo por los distintos morichales de la finca y por el playón donde cada año desovaban las tortugas y donde estaba previsto tuviera lugar la ceremonia de intercambio de saberes. Miraba con atención cada recodo del río y se adentraba en la manigua todo lo que podía sin encontrar rastro del médico brujo, pero al mismo tiempo sintiéndose observada por ojos invisibles. Cuando esto ocurría, un escalofrío la recorría desde la coronilla

hasta los talones y la obligaba a volver la gruta de su montura y talonearla para regresar en busca de la seguridad de la casa.

En varias ocasiones Delfilia le ofreció acompañarla en su búsqueda asegurándole que la llanura y los matorrales guardaban amenazas severas que no estaban a la vista. Culebras y hasta tigres podían atacarla si ella, al fin y al cabo forastera, cometía alguna imprudencia, le advirtió con la intención de atravesarse para evitar de esa forma que pudiera verse con Sócrates. Virginie, detectando intenciones ocultas en su empleada, no aceptó su compañía en ninguna de las ocasiones en que le fue ofrecida, pero un día que salió a pie fue ella quien pidió ser acompañada. Ambas caminaron provistas con un calabazo lleno de agua, casabe y dulce de leche, una combinación que era el alimento preferido por la dueña desde su llegada y que ahora, ya en procura de limpiar su organismo para la tan esperada ceremonia, no quería cambiar por nada del mundo al haber desarrollado la convicción de que su estómago no admitiría ninguna otra cosa, excepción hecha de las frutas y vegetales que consumía con regularidad.

Fueron hasta el playón de las tortugas y pasaron la jornada hablando acerca de sus respectivas experiencias de vida, en apariencia muy distintas, pero en el fondo idénticas, pues las dos habían salido de sus casas siendo casi niñas, una para ir a estudiar a los Estados Unidos gracias a la beca y la otra a vivir a la casa de una tía de Villavicencio que ofreció pagarle estudios en un colegio. Hasta ahí llegaban las semejanzas, pues mientras Virginie entró a la universidad apenas culminó el colegio, Delfilia regresó a su vereda de siempre después de rendirse ante la evidencia de que no podía conseguir un empleo distinto al del servicio doméstico.

Después, en el mismo año para ambas, aparecieron sus hombres, y ahí estaban, cada una empezando una nueva vida, esperando no haberse equivocado, atadas las dos al rumbo bueno o malo que tomara la empresa de criar caballos, que los pájaros de mal agüero de la vereda aseguraban sería como llevar leña al monte.

De aquella conversación lo que más claro quedó para Virginie fue que Delfilia no sólo estaba enamorada de Medardo sino que sentía por B. J. una estima cercana a la veneración, pues cuando lo mencionaba su voz adquiría un tono especial y sus ojos brillaban acordes con ese sentimiento. Podía ser simple sugestión, o

quizás una admiración desmedida por el primer patrón que la trataba con el respeto debido, pero de cualquier modo estaba segura de que las convicciones cristianas de la empleada acentuaban el riesgo de que ella le contara a B. J. el más mínimo desliz suyo. Sobre todo si era con Sócrates, el cual le generaba una no disimulada antipatía.

Regresaron cuando el disco anaranjado del sol empezaba a descender muy rápido hacia la línea del horizonte, interrumpida por las siluetas espigadas de las palmas de moriche. En la cocina, principal habitación del hato y el sirio más propicio para hacer vida social, todo era risas y agitación, pues los pocos llaneros empleados hasta el momento bromeaban entre ellos. Les seguía la corriente un indio ataviado con un taparrabos elaborado con dos manteles individuales de cocina, múltiples trazos con pintura de achiote sobre cara y cuerpo, y una incongruente cachucha en cuyo frente podía leerse -Nissan Pathfinder-.

Virginie casi no pudo contener la risa ante la ironía aportada por la gorra publicitaria, pues el indio acuclillado en un rincón era el mismísimo Sócrates, que valiéndose de sus manos despachaba un gran plato de arroz con pescado y yuca. Al darse cuenta de la llegada de las mujeres se puso en pie y Virginie pudo apreciar el físico que hasta ese momento había permanecido oculto bajo las prendas de vestir occidentales. Bajito y cetrino, su pequeña panza se volcaba sobre la parte frontal del guayuco y tenía el culo chupado, desprovisto de carnes. La gran cantidad de achiote sobre su cuerpo lo hacía parecer un rábano al que alguien hubiera puesto como piernas dos palillos escarbadientes, pero su mirada continuaba siendo penetrante y su aspecto proyectaba autoridad e imponía respeto en medio del ambiente un tanto festivo del lugar.

Apenas intercambiaron unas pocas palabras de saludo y Virginie fue hasta el altillo en busca de una muda de ropa, pues de alguna manera la brevedad del momento fue suficiente para que Sócrates le dijera con la mirada y con cierta inclinación lateral del cuello que estuviera atenta porque el momento esperado por ambos había llegado.

Laila

Corrí de regreso hasta donde estaban los otros. Muerto el comandante y siendo yo el combatiente con más experiencia, ahora eran mis muchachos, mi responsabilidad. Durante años había logrado conducir a varios de ellos sanos y salvos, juntos habíamos

sobrevivido a las situaciones de combate más extremas, incluida la reciente pesadilla del desfiladero, y ahora estaban allí destrozados, mutilados y vueltos mierda entre los árboles.

Desde mis primeros años en el monte escuché por boca de los veteranos aquel proverbio según el cual la guerrilla no llora a sus muertos sino que conserva su memoria para llevarla al siguiente combate. Al principio me parecía que no podía existir mejor bálsamo que aquel para las penas generadas por las bajas y me aferré al consejo casi con desesperación, pues me ayudaba a despejar las dudas que aún conservaba acerca de lo acertado de mi decisión de empuñar las armas en lugar de haber permanecido en la universidad hasta graduarme y, entonces sí, hacer lo mejor posible en la apacible vida civil.

Pero con el paso de los años y la acumulación de los combates, de alguna forma el aforismo guerrillero fue perdiendo eficacia y validez como paliativo frente al dolor. El hecho es que cuando me asaltaba el deseo de llorar o lamentar a los muertos, apretaba el culo, que en mi caso es lo que realmente controla los lagrimales, hasta que conseguía encontrar un lugar aislado donde dar rienda suelta a mi rabia y a la frustración de no poder tomar venganza inmediata.

Más tarde, una vez desertado de las Farc para irme al EME, en muchas ocasiones yo mismo me encargué, la verdad sin mucha convicción, de hacerles entender el mencionado principio a los compás novatos, pues hubo un momento en que empezaron a llegar muchachos y muchachas demasiado tiernitos, demasiado burgueses, para emplear la dogmática jerga imperante. Entonces eran pelaos que necesitaban como un refuerzo, ¿sí me explico? Algo que ayudara a quitarles la pátina de apoltronamiento que se forma tras varios años de hotel mamá.

Con muchos de ellos habíamos compartido los mejores y los peores momentos, el robo de las armas del Cantón Norte y la toma de la embajada dominicana. También la cárcel y los consejos verbales de guerra, y los delirantes y por consiguiente frustrados desembarcos por el Pacífico, y en fin, tanta vaina que ahora no viene al caso...

Así, poco a poco, fui tomándole tirria a la dichosa frase implantada en mi memoria por la disciplina comunista, pues si uno no lloraba a sus muertos para llevar su memoria al combate,

entonces mi espíritu ya no soportaba más carga. Muy seguramente yo iba a ser un hueso duro de pelar cuando me llegara el momento de morir en batalla, pero también estaba seguro de sentirme cada vez más viejo y cansado, cada vez más blandito y más lloretas.

De modo que ya puedes imaginar el estado en que tenía la cabeza mientras buscaba en medio del bosque talado y humeante, hediondo a fósforo y a carne quemada, el cuerpo de Laila. Era probable que nos hubieran dado candela con algo más que el avión fantasma, porque había varios cráteres diseminados en una extensa área del terreno. En uno de ellos la encontré doblada sobre sí misma y con una peinillita aferrada en la mano. Busqué el espejo en el que seguramente estaba arreglando su pelo para nuestro encuentro, pero no lo encontré. El fusil sí estaba, retorcido por el golpe de una bala de gran calibre que lo había enviado a volar contra el tronco de un roble grueso, cuya corteza daba fe del castigo en los puntos por donde había cruzado la ráfaga.

En un gesto que de antemano sabía inútil, me incliné a su lado y le toqué el cuello en busca de alguna palpitación mientras sentía que a mis espaldas iban saliendo de sus refugios los sobrevivientes. Uno de ellos me tocó el hombro en un intento de consolarme, o a lo mejor para sacarme del ensimismamiento en que me perdí, o a lo mejor por ambas razones. El hecho es que no le paré bolas y me agaché para levantar el liviano cuerpo de la compañerita y abrazarlo con desespero, no porque creyera que reviviría sino porque en ese momento sentía que ella, aun muerta, era lo más vivo que me quedaba sobre el verraco mundo.

Era una belleza, la compita, y como ya te dije ambos te-níamos una linda amistad aunque no Fuéramos pareja oficial ni mucho menos, porque ninguno de los dos estaba interesado en una relación más allá de los simples y muy esporádicos pechiches y arrumacos. Cada uno, por razones diferentes, había llegado a la conclusión de que era mejor así. Yo, porque consideraba que era muy fácil enamorarme de aquella preciosura, lo cual redundaría en perjuicio de la autoridad que necesitaba conservar si deseaba que todos me siguieran motivados por la que yo llamaba obediencia inteligente; es decir, por considerar que las decisiones de un experimentado veterano eran generalmente las más acertadas.

Y ella porque era tan joven —poco más de veinte años— que su vida sentimental se le confundía con su vida profesional. Sí,

profesional, porque desde siempre mi Laila fue niña de la guerra. Campesina del norte del Cauca, frente a la parcela donde creció con sus muchos hermanos desfilaba cada nada gente de tropa. Que los farcos, que los elenos, que los muchachos del Quintín Lame, los chulos que no faltaban y, claro, nosotros los mecánicos, que pretendíamos hacernos fuertes en la zona para negociar con el gobierno un acuerdo de paz desde una posición geográfica consolidada. Sentíamos, con algo de razón si consideramos que estábamos permeados por cierto espíritu sandinista, que éramos más un ejército que una guerrilla limitada a golpear para después huir con el rabo entre las piernas. Éramos el M-19 y habíamos decidido actuar sin hacer caso a todas las teorías vigentes de la guerra irregular, lo cual no sólo nos hacía sentir orgullosos sino que proyectaba hacia afuera una imagen que daba confianza a los civiles que nos apoyaban y despertaba admiración entre los jovencitos como Laila, que se despidió de su familia y se pegó a la cola de una columna que pasaba hacia la zona de Miranda.

Por supuesto fue rechazada, pero meses más tarde, cuando la situación empezaba a complicarse y un gran número de nosotros se concentró en animales, una comisión que andaba en busca de suministros la encontró en su camino. Me reservo el nombre del comandante de aquel grupo, pero él no tuvo empacho en aceptarla y hacerla marchar a su lado con el propósito de hacerla suya a la primera oportunidad. Claro está, cumplió formalidades reales como pedir permisos y tal y pascual, pero una de las características del movimiento, quizá porque varios de sus comandantes habían estado en las Farc, era mantenerse relajados respecto a la vida personal de sus militantes, siempre y cuando no perjudicaran al resto. Y Laila era una niña que despertaba simpatía y confianza a la primera ojeada, de modo que sin mucha dificultad fue admitida como estafeta, y ella iba de un lado a otro llevando y trayendo mensajes o sirviendo de guía por los caminos de la región. Hacía mandados y cumplía pequeñas misiones con una sonrisa permanente y una velocidad de miedo, pues parecía que no caminaba sino que volaba sobre esas piernas que saltaban con agilidad por encima de los obstáculos, enfundada en un par de botas pantaneras que le quedaban un tanto grandes.

Cumplido su propósito principal, el galán la hizo a un lado y ella terminó deambulando de cambuche en cambuche, como huerfanita en busca de adopción. Solidarias, las mujeres la tomaron

por su cuenta para ponerla al tanto de los asuntos de la vida, de los porqués de nuestra lucha y de todo el cuento, vos sabes. En un tiempo récord, ella asimiló como pudo la avalancha de conocimientos que le cayó encima a su mente de campesina que a duras penas había terminado la primaria. De vez en cuando asomaba a su cara un gesto huraño, como si recién descubriera la sensatez, y si le preguntaban por qué estaba tan callada aseguraba estar pensando en el futuro. En el de la revolución, aclaraba enseguida, y volvía a sonreír.

Esa era Laila en aquel momento del país, cuando por un lado se negociaba con el gobierno y por el otro se echaba bala. «La combinación de las formas de lucha, compañeros», gustábamos bromear entre los veteranos para recordar nuestros años en las Farc. Y ese era su estado anímico cuando el ejército intentó rodearnos en Yarumales, alertado porque nosotros intentábamos consolidar una especie de zona liberada, tipo Chalatenango, apenas unos kilómetros al sur de Cali. Para los militares tenían testimonios e incluso fotografías de los cañones y lanzamisiles con que contábamos para hacerles resistencia. Pura paja, por supuesto. Eran pinches tubos de PVC pintados, algunos con ruedas de madera también muy bien pintadas para hacerles creer que teníamos artillería.

Y claro, como estaban engañados por el camuflaje nos embistieron echando mano de todo lo que tenían: regulares, reclutas y fuerzas especiales, lo mejor que la brigada de Cali podía poner sobre el mapa, porque en su sentir allí se jugaba la suerte de la democracia. Y nos dimos candela con los chulos a lo largo de veintipico de días durante los cuales poco o nada registraron los medios, ignorantes de la dimensión de la batalla y de muchas cosas que estaban ocurriendo.

Pero mi cuento iba en otra dirección, no en esa, porque para eso están los historiadores. Quería hablar de Laila, que desde el primer día del cerco se convirtió en nuestro medio de comunicación más confiable, una paloma mensajera que no se aculillaba con nada, ni con morteros ni con bombas ni con ráfagas, siempre desafiando al mundo con la pianola de sus dientes asomados.

No sé cómo ni en qué momento alguien le entregó una vieja carabina policial recuperada en alguna incursión, y entonces la paloma mensajera siguió volando de un lado al otro para recibir o

transmitir órdenes, soltar una rafaguita, correr a otro lado de las líneas y repetir la historia: comunicado, rafaguita, carrera. Vivía una especie de éxtasis combativo, alentado además por el amor, pues le entregó cuerpo, corazón y vida a un joven compañero recién llegado al campamento.

Bastante bien parecido, el muchacho era un universitario con una labia impresionante para su edad, que hablaba del M-19 como si hubiera asistido a su nacimiento, como si intentara defender la vigencia del legado del Flaco Bateman, perdido para siempre en la selva del Darién. Era el típico exponente de una nueva clase de militante, más racional y menos combativa, más política que militar, menos radical y más conciliadora y reformista que otra cosa. Nueva clase que no quiero juzgar ni pata bien ni para mal, y que sin duda representó nuestra entrada en un periodo sin transición hablar en nombre del movimiento al decir que me llené de dudas, que mi cabeza empezó a pensar más en términos de negociación política, de reformismo social, mientras mi corazón continuaba latiendo cerca del Fal que por entonces portaba.

Al cesar los combates de Yarumales, los dos permanecieron juntos y juntos marcharon hacia la zona de Robles, donde volvimos a concentrarnos para otra ronda de conversaciones con la comisión de paz del gobierno. El muchacho iba y venía, impecablemente vestido dentro de sus botas pantaneras, cumpliendo labores de enlace con los delegados del gobierno, y en una de esas sacó de taquíto a Laila, que permaneció en silencio y conservó su acritud de imperturbable dignidad ante la que, después me dijo, consideró una humillación pública.

Una vez ella estuvo de regreso a la soltería, dormir con Laila se convirtió en un imposible para todos los que soñaban con hacerlo, entre los cuales me incluyo.

Estrella de cafetería

Cerca del amanecer nos despenaron los golpéenos que un hombre de sombrero alón daba sobre el panorámico del campero con un anillo enorme, de los que tienen un engaste de rubí sintético. Dijo ser el administrador de una finca cercana que regresaba de hacer compras en Fundación. Subía a la Sierra en un camioncito y se había acercado con algo de temor, puesto que las ventanas del carro estaban empañadas y no podía ver el interior.

Aliviadas, abrimos las puertas y lo saludamos con el entusiasmo debido a los salvadores, aunque todavía no sabíamos siquiera quién era y mucho menos si contaba con suficientes conocimientos de mecánica para sacarnos del trance. Me preguntó cómo funcionaba el carro antes de apagarse, fue hasta el camión, regresó con una bolsa de herramientas y un termo de café tinto que nos ofreció para que desayunáramos, y se metió durante un rato debajo de la carrocería silbando y cantando «Ya llega la mujer que yo más quiero, Y/ por la que me desespero! y hasta pierdo la ca-beza». Al cabo, salió de allí para levantar la tapa del motor, ma-nipuló algo dentro, se sentó al timón, accionó el arranque y la carcacha roncó animada, igual a como debió sonar el día de 196\$ en que salió de la fábrica.

Lola y yo brincamos de alegría y nos apresuramos a chan-tarle sendos besos en sus cachetes, mientras él se limpiaba la grasa de las manos con una bayeta entrapada en gasolina. Le pregunté cuánto le debíamos por el favor y él, con sus ojos exagerada y deliberadamente abiertos en señal de sorpresa, nos dijo:

—¡Ni que estuviera loco les cobraría algo a mujeres tan bonitas! Mejor díganme en qué más puedo servirles y yo estaré encantado —concluyó exhibiendo una sonrisa supremamente seductora, al tiempo que ensayaba un remedo de genuflexión caballeresca.

Estaba coqueteándonos de frente y sin agüeras. Y las das, porque mientras hablábamos naderías, brindábamos de con café y nos despedíamos por enésima vez, su vista recorría nuestros cuerpos como un catador, de forma tan cristalina y tosca que uno entendía que así se echaba el anzuelo por aquellos andurriales. Por alguna razón su actitud, que en otro hombre habría resultado desapacible, en él me parecía simpática porque detectaba en ella el simple apremio sexual del macho inculto. Sin que realmente tuviera alguna esperanza de conseguir algo de nosotras, sus ojos saltaban de mi pubis al de Lola y vuelta a empezar. hasta que se despidió derrotado pero tranquilo, no sin antes repetirnos que trabajaba en una empresa agropecuaria y que su nombre era Bernabé León.

Emprendimos el descenso por aquella trocha tenebrosa en busca de las tierras más bajas, con los ojos fijos en la imagen de nuestro salvador a través de los espejos retrovisores. Aquel atarván

era en verdad un animal magnífico.

—¿Viste? Un poco más y nos salta encima ese churro —comenté risueña con un ojo en el camino y el otro en el retrovisor por el que veía alejarse el cuerpo alto y esbelto del León, como lo bauticé en broma.

—Ajá... Pero tampoco es pa' tanto. Mejores pintas he visto en la vida—respondió Lola—. Y con mejores aromas, porque este huele a sudor espeso de caballo.

—No jodás. Te apostaría cualquier cosa a que una revolcadita con ese tipo es el equivalente a cuatro semanas de terapia en un spa. Y lo del olor... ¡pues deben ser puras feromonas! —reí.

—A lo mejor. Pero aquello de ver para creer nunca es más sabio que cuando se trata de hombres. Ellos suelen decir que mujer que no jode es hombre, pero nosotras podemos responderles, sin temor a equivocarnos, que hombre que no miente o no posa de algo es mujer.

Yo no podía creer lo que escuchaba, sobre todo por venir de la boca de Lola Casasbuenas, una de las mujeres más entu-siastas con el sexo y más desabrochadas, en el sentido literal del término, que había conocido. Hasta el punto de que durante un tiempo la consideré un ejemplo a seguir en esas materias. Y ahora me salía con aquella actitud tan negativa en una conversación que no pretendía más que distraernos hablando de un tipo bien plantado mientras regresábamos a Santa Marta. Así se lo dije, recordándole que obviamente se trataba de una charla intrascendente que sólo obedecía a nuestro encuentro casual con el Rey León, sin pretender convencerla de que se acostara con él sino apenas jugando un rato con la idea.

Me concedió la razón y pidió excusas por ser tan agua-fiestas y convertir en trascendente un simple diálogo travieso entre cómplices. Pero yo también debía entender, dije, que sus reacciones frente a tales temas se originaban en el hecho de que su vida afectiva, a la hora de los balances, era un completo fracaso porque desde que era una adolescente nunca había tomado una decisión acertada en ese sentido. Sí, por supuesto, estaba Carlos Alfonso, el hombre que la había convertido en esposa y madre, pero amor-amor, lo que se dice amor ciego e incondicional, no había

conocido desde que estaba en la universidad.

Recordé aquellos días, cuando la ausencia de Lola se me convirtió en tortura porque después de la cercanía que teníamos desde la infancia ella había decidido cambiar de amistades y de metas, actitud que en el fondo yo entendí y que me pareció Lícita. Lo que no concebí entonces fue su necesidad de hacerme a un lado e ignorarme tan olímpicamente cuando nos veíamos en un pasillo o en cualquiera de los lugares de la universidad donde a diario se encontraban estudiantes de todas las facultades.

La cafetería y sus alrededores, por ejemplo, se me convirtieron en lugares a evitar por lo molestos, pues dos de cada tres veces la encontraba allí, brillante como una estrella de cine, impecablemente vestida, la viva imagen de la chica plástica descrita por Blades, con ese culo suyo todo enhiesto y firme dentro de los jeans, casi acariciado por la larga cabellera que le caía sobre la espalda, siempre acompañada por los hombres más bonitos, que babeaban en su presencia y reían a carcajadas frente a las cosas que ella decía, preciosísimas a juzgar por su entusiasmo. Lola Casasbuenas era una caja de música, un espectáculo ambulante, y yo moría de rabia y de celos por tener que compartir a mi amiga con el resto de una humanidad que a sus espaldas la apodaba mercado público y cambiaba una letra de su apellido para decirle Cosas buenas.

Lo mejor de todo era que no se asemejaba a las muñecas decorativas que estudiaban comunicación social con miras a convertirse en sucesores de Gloria Valencia de Castaño, sino que se trataba de una estudiante de artes, una de esas facultades donde la supervivencia no era difícil, pero en las que la superioridad numérica masculina toleraba a duras penas a las minorías femeninas, por considerarlas elementos meramente decorativos. No obstante Lola era bastante más que una flor en una huerta y su cabeza no se limitaba a guardar referencias de ropa de marca y tácticas de seducción tipo Cosmopolitan. Eso no lo sabían los demás, que se quedaban con la imagen exterior, pero yo sí, que continuaba dolida y sin entender por qué ella había decidido hacerme a un lado sin darme ninguna explicación; a mí, a su amiga, su llavería.

Llevábamos ya más de década y media de liberación femenina a ultranza, la mini falda tenía justo esa edad, la píldora

era reina y los condones empezaban a pedirse sin tapujos en ciertas farmacias, pero aún quedaba mucha mojigatería en las universidades privadas a las que asistíamos los de la clase media. Oleadas de muchachos tan ofuscados que no se daban cuenta de su despiste se matriculaban en medicina, derecho o ingeniería, que era como decir el tridente del éxito. Un poco más abajo de ese primer peldaño, otros hacían lo propio en economía y administración de empresas. En especial esta última era una suerte de refugio para los muchos que se resbalaban de la cúspide de la pirámide de la sabiduría y tenían que responder con algún cartón frente al esfuerzo de sus familias, como era el caso de Mani, el samario simpaticón y bien parecido que después sería mi primer marido y me llevaría a vivir a Barranquilla, donde todo su ángel se desvaneció en corto tiempo gracias a su comportamiento Cora libre, que lo impulsaba a escapar después del trabajo con los amigos para irse a beber sin medida whisky de contrabando y a comer, también sin medida, todo lo que le pusieran por delante, en especial si estaba frito en manteca de cerdo. Por supuesto, le puse los cuernos al acostarme con el primero que me devolvió la autoestima, pero esa es otra historia que ahora no viene al caso porque de lo que hablaba era de la vida en el campus, el coco de caza de una Lola que disparaba a placer para todos lados sin que le importara un soberano carajo la opinión que los demás se formaran de ella, igual que la dejaba indiferente que le chantaran apodos a sus espaldas.

De modo que aquella mañana, en ruta hacia Santa Marta, al verla en ese estado de ánimo que me pareció depresivo y derrotista, opté por recordarle aquellos tiempos y empecé hablándole de lo hermosa e irresistible que era entonces, y de lo mucho que aquella estudiante de arte se parecía a la persona que ahora me acompañaba en el asiento del pasajero. Prueba de ello era el flechazo sufrido por el Rey León apenas la vio emerger del carro.

—Te agradezco la gentileza, Raque, pero francamente ya no soy la misma —dijo sonriendo como para dejar constancia de que lo suyo no era el simple y trillado sentimiento trágico de la vida tan detestado por ambas—. Si te soy sincera, a veces me veo en el espejo, o en alguna de esas fotos de vacaciones playeras que de tanto en tanto te toman cuando estás distraída, y siento que cada vez me parezco más a las mujeres pintadas por Débora Arango, aporreadas por el calendario y llenas de rollos carnudos.

No le respondí nada, pero sentí el impulso de ocultar mis

propias llantas bajo los codos mientras tomaba a toda velocidad la ye de Ciénaga y aceleraba en busca del aeropuerto.

Quando las muchachas miran más allá

Sería bastante injusto esbozar un retrato desabrido de mi esposa Patricia, nacida en Sampués pero educada en Medellín en uno de esos internados de monjas donde las alumnas aprenden a temer al Dios del resignado sufrimiento y de ñapa les afrijolan todos los demás temores. El resultado fue una mujercita escrupulosa que por principio desconfiaba de todo y de todos, incluidos sus propios deseos privados, porque por otro lado era lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que su principal obstáculo en la vida era ella misma.

Era incapaz de refrenar su temperamento represivo e inquisidor, su tendencia a meter las narices en todas partes siempre y en todo momento, reflejo que la llevaba a impedir de entrada cualquier amago de independencia por parte de nuestros hijos. En el caso de Mariana, no me parecía tan grave, pues cuando se trata de niñas es obligatorio ejercer una vigilancia celosa, máxime en ambientes tan desabrochados y liberales como el costeño, donde tanta piel a la vista es una invitación al pecado y el desorden. Por eso no sobraba anticiparse a cualquier peligro que acechara a nuestra muñequita.

Pero ya tratándose de Antonio y José Luis era bien distinto. Este último, de naturaleza festiva y gregaria, amigo de sus amigos, deportista nato y enamorado, necesitaba que se le dejara desarrollar su talante en una Barranquilla que parecía pensada para él. No era de extrañar, pues de mis tres hijos, Pepe, como empecé a escuchar que lo llamaban sus amigos en los juegos del barrio, era el que había heredado más rasgos costeños y parecía encontrarse muy cómodo en su nueva vida. Por tanto, para él las cortapisas y los controles de su madre significaban el riesgo de quedar castrado de por vida, si es que no se convertía en un sinvergüenza con toda la barba.

Por su parte Antonio, el clásico tímido de espíritu reflexivo, como suele ocurrir con la gente inteligente, también necesitaba volar por sí mismo, y la sobreprotección de Patricia, por demás patente en su caso, implicaba para él un apreciable peligro. Siendo el primogénito, muy rápido había sido alcanzado y luego superado en talla y en peso corporal por su hermano menor. También practicaba deportes, pero con una actitud meramente recreativa, sin que para él fuera muy importante quién ganaba y quién perdía, como si desde su nacimiento llevara el lema olímpico implantado en el alma. Sus intereses siempre parecían estar en otra parte, en algún recóndito lugar muy adentro de una cabeza cerrada a cal y canto, y hermética para el resto de nosotros, que nos sentíamos observados por él desde una atalaya de agudeza que muy probablemente no descifraríamos jamás.

No es necesario ser psicólogo para darse cuenta de que una madre sobreprotectora puede significar la muerte en vida para alguien así. Cuando recibía órdenes de ella, o más, Antonio actuaba en consecuencia, pero había algo en su mirada, en su actitud, en su manera de caminar cuando atendía un llamado, que me hacía temer lo peor: o se convertiría en maricón o en asesino. Con él no cabían los términos medios y adquirir tal conciencia me aterró sobremedida durante los primeros meses de nuestra mudanza a Barranquilla, teniendo en cuenta que yo no iba a estar a su lado la mayor parte del tiempo sino un fin de semana cada mes, cuando mucho. Por otro lado, la posibilidad de llevármelo a la finca era impensable, pues la casa apenas estaba sobre planos y, lo más grave, ¿cómo iba a hacer yo solo, sin ninguna ayuda que estimulara su inteligencia, para salvarlo del afeminamiento y convertirlo en digno portador del apellido Almanzor?

El único camino posible consistía en que Patricia aflojara la rienda y los llevara a él y a su hermano por el camino de la confianza. La aritmética, la geometría, la historia y el castellano, las materias cuyo aprendizaje para ella eran lo más importante, y que de hecho eran muy importantes, debían pasar a segundo plano frente a la enseñanza del sentido común. Una vez lograda esa meta básica, cuando ellos sintieran tener el control sobre sus vidas aunque realmente no lo tuvieran, sería muy fácil instruirlos en lo demás, de modo que a la postre resultaran hombres útiles a la sociedad en cualquiera de las profesiones que escogieran cuando les llegara el momento de hacerlo.

Pero el temperamento de sirirí de Patricia descartaba de plano la paciencia y no admitía esa clase de argumentos. Cansona de nacimiento, tenaz, persistente, el inmenso cúmulo de adjetivos posibles no bastaba a la hora de describir una manera de ser que era la quintaesencia de la terquedad ciega e irreflexiva. A ella los raciocinios míos le generaban una sonrisa de escepticismo, pues creía que yo no debía hablar en tales términos de dos «peladitos» que todavía estaban en grados elementales. Le parecía bien planear el futuro, pero con tanta anticipación le parecía ridículo, por decir lo menos. De momento había que lograr que hicieran las tareas del colegio, aprendieran a respetar la autoridad y se tomaran la sopa. Así de simple.

Tal actitud de desprecio frente a la necesidad de detenerse a pensar en términos de futuro es uno de los rasgos más típicamente colombianos, pensé entonces. No podía culparla por limitarse a ser como la mayoría de nosotros, acostumbrados a re-pentizar y a improvisar, practicantes del aforismo según el cual por el camino se emparejan las cargas, creyentes del «amanecerá y veremos» y del «si Dios quiere», excusándonos todo el tiempo con un fue que esto o fue que lo otro, o fue que lo de más allá impidió hacer las cosas como tocaba. Una nación de triunfadores individuales capaces de fracasar colectivamente, incapaces de emprender nada en conjunto mientras las oportunidades de tener el mejor país del mundo se escapan una tras otra en medio de múltiples días festivos y de celebraciones repartidas a lo largo del año, y durante las cuales se queman toneladas de pólvora, como si el estallido de tótes y voladores pudiera acallar los fútiles.

Así las cosas, objetivamente podía entender las razones de muchos de esos bandidos, originadas en la desconfianza, en el

temor a que les ocurriese lo mismo que a Guadalupe Salcedo, muerto en un confuso operativo policial que nunca se aclaró del todo. Una desgracia, porque el ejercicio de las armas, el monopolio de las mismas por parte del Estado, debe ser siempre diáfano y a la luz del día para no entregar pretextos a los delincuentes que posan de luchadores populares, tal como ocurrió en el caso de Efraín González, otro facineroso que al enfrentarse solo y durante medio día a todo un batallón avergonzó a mi querido Ejército, aquejado ya de burocratismo y contagiado de la ineptitud de los políticos, empezando por el presidente, un borrachín incapaz de caminar y hablar al mismo tiempo.

Entretanto, el descontento popular crecía. No era asunto que me alegrara, ni más faltaba, pero mis predicciones se estaban cumpliendo una tras otra y chusmeros de todos los pelambres pululaban por todas partes. Ahora dizque había una importante fuerza comunista en el sur, consecuencia apenas lógica del fallido propósito de vencer a las autodefensas campesinas atacándolas en Marquetalia. Y para colmo, en Santander surgía una nueva guerrilla que no tenía empacho en adoptar los colores rojo y negro de la bandera castrista. La debacle era tal que yo esperaba se moderase un poco cuando llegara el turno en el poder para los liberales, pues todo parecía indicar que el candidato oficial sería Lleras, el primo del otro Lleras, según decían los periódicos. Bueno, peor era nada. Al menos este tenía fama de ser un hombre serio, menos politiquero que el primero y más estudioso de los asuntos de la economía y del Estado. Ya veríamos. Mejor dicho, ya verían ellos, porque de momento yo me enfrentaba a la importante empresa de echar a andar la finca lo más rápido posible. No veía la hora de hacerlo y ya me imaginaba pasando revista a hileras de cafetales, conduciendo grandes rebaños de ganado por los potreros de un predio que bauticé Platea, pensando que si mi salida del Ejército había significado unas Termopilas personales, aquel lugar en las estribaciones de la Sierra sería la revancha.

Sonreí íntimamente al imaginarme en mi papel de hacendado después de haber pasado revista a brigadas enteras y de conducir batallones. Enmontarme en la Sierra Nevada era de lejos la salida más digna al momento anímico que vivía desde que me llamaran a calificar servicios, no sólo porque el aislamiento me evitaba tener que soportar el día a día del sainete nacional, alejándome además de golpistas y conspiradores que me buscaban

para ponerme a favor de su causa, sino porque la dedicación al agro implicaba aprender un oficio distinto cuando me encaminaba a cumplir medio siglo de edad. Era como atravesar un nuevo Rubicón. Más exactamente el Magdalena, sobre el que ahora navegaba en el ferry que comunicaba a Barranquilla con la carretera a Santa Marta, ciudad donde pensaba detenerme un corto tiempo antes de regresar a la Sierra.

Aunque me dé algo de vergüenza, a continuación, debo relatarle ciertos episodios que por así decirlo fueron el disparador de otros que vendrían después. Como ya dije, me acercaba a mi cumpleaños cincuenta, época en que los hombres empezamos a sentir el temor de quedar disminuidos en cuanto a desempeño físico y vemos aparecer las primeras señas de la pelona, que se sienta al borde del camino a la espera de que tropecemos para llevarnos con ella sin fórmula de juicio. Es la edad en que las muchachas jóvenes miran más allá de nosotros como si fuésemos translúcidos, considerándonos parte del paisaje, accidentes menores sobre el terreno. Nunca fui muy casanova, pero por aquel entonces el tema empezó a preocuparme porque además Patricia no demostraba el más mínimo entusiasmo ante mis requiebros. Era el momento de conseguir una mujer que inyectara energía en mis venas. Pero el simple hecho de pensar en buscar y escoger una candidata idónea por los andurriales cercanos a Platea, y luego el cortejo, y su anuencia y la de su familia, era francamente descorazonador. Prefería entonces visitar cierta casa de citas en El Rodadero donde podía satisfacer mis urgencias sin mayores preámbulos ni compromisos, algo que juzgaba vital dadas las circunstancias. Las muchachas eran alegres, limpias y tan diestras en sus artes que eran capaces de halagar la masculinidad de sus clientes, sin importar cuántos años hubiesen cumplido. Por supuesto que la actuación era parte de su técnica amatoria, pero lo hacían con tal sutileza que en acto de recíproca cortesía yo no podía menos que seguirles la corriente y actuar como un caballero.

Por aquellos años El Rodadero aún conservaba algo del encanto que a la postre lo convirtió en un imán turístico, pero ya empezaba a ser invadido por los negocios de nosotros los ca-chacos, sobre todo los paisas, quienes al igual que los árabes pa-recían conocer el secreto de la prosperidad. 3 las prostitutas no eran la excepción. Todas eran nacidas en ese gran occidente comprendido entre Caucasia al norte y Popayán al sur, y eran muy

bonitas, cosa que no ocurría en el burdel más afamado de Fun-dación, donde también había acudido para calmar mis apremios, unas veces porque iba para Barranquilla y quería llegar calmadito y sin angustias a tumbarme al lado de la frialdad de Patricia, y otras porque venía de regreso al trabajo con la pesada carga de sentirme viejo, cada vez más cerca del día en que fuera incapaz de desempeñarme a cabalidad, especialmente en la cama.

Vencedores y perdedores

La llegada de la escopeta de copitas a la vida de Toño coincide con una función de matine infantil en el teatro Metro que resulta muy especial. El general los lleva a él y a Pepe a ver Zulú, película en la que un diezmado regimiento de fusileros ingleses con chaqueta roja y casco blanco soporta oleada tras oleada el asalto continuo de una tribu africana de guerreros. Estos, armados con lanzas cortas y escudos fabricados con pieles de animales, atacan con furia y sin mostrar miedo ante las cerradas descargas de fusilería que los siegan como si fueran yerba. Segar, dice el general, es Jo que se hace cuando se cortan espigas de trigo. Es un verbo irregular y por eso se dice «siegan» y no «segan».

A Toño los lanceros zulúes de a pie le recuerdan otras películas de guerra —bélicas, prefiere llamarlas su papá— en que muchísimos guerreros, casi siempre de razas distintas y con ojos rasgados, atacan a unos pocos blancos que al final terminan triunfando. Los más comunes son los japoneses, que cuando embisten gritan «¡Banzai! para aterrorizar al enemigo pero siempre pierden, igual que los hunos, los tártaros y todos los jinetes orientales que cada domingo, a las once de la mañana, llenan la pantalla de alaridos para intentar en vano acabar con el Imperio romano o lo que se les atravesase en el camino. Y también son derrotados los chinos y los coreanos comunistas en Los valientes mueren de pie, película sobre una guerra más reciente y la cual vieron sin la compañía del general, a pesar de que ese fin de semana estaba en la ciudad. Se excusó diciendo que no le caía bien ese actor Frank Sinatra y además estaba molido por el viaje, cosa que lamentó Toño porque él hubiera querido que le explicara cómo era eso de que los marineros pelearan en tierra y no en el mar, y que usaran casco y abrigo contra el frío y no se llamaran marineros sino marines, que en el diccionario no equivale a sailors.

Sin embargo, al salir de esa función y subir al Toyota del

general, que de allí los llevaría a almorzar mojarra y arroz con chipichipi en la playa de Salgar, le preguntó al respecto y sólo obtuvo por respuesta una frase seca y cortante diciéndole que averiguara por sí mismo porque a él en ocasiones le daba pereza hablar de temas militares. Tanta, que esa era la razón por la cual se había retirado del Ejército.

Toño no le creyó entonces, pues por el contrario le consta que a su padre le encantan esos temas, como lo probó después de aquel día llevándolos a ver Zulú y otras películas. Es un conocedor de la historia y de tantas cosas que él y José Luis nunca terminan de sorprenderse. El general es un hombre culto y eso es tan claro como el orgullo que sienten ambos al saberse hijos suyos. Razones tendrá para no hablar de Corea, donde peleó el Batallón Colombia como sabe cualquiera en el barrio Prado porque Manolito, que se gana la vida embolando zapatos de puerta en puerta, es veterano de ese cuerpo y cuenta todos los horrores del invierno y cómo los soldados colombianos bebían ron con pólvora antes de salir de las trincheras llenas de nieve para ponerse a disparar y a repartir machete entre los chinos hachepé.

Pero bueno. El hecho es que las razas de ojos rasgados siempre pierden en las películas, sin importar la valentía que mues-tren. Hasta los apaches, comanches, sioux y todas las tribus cine-matográficas del Lejano Oeste, con todo y ser la mejor caballería que según el general jamás ha galopado sobre la tierra, también entran en la categoría de los perdedores. Pero lo de los zulúes sí que es una novedad, porque en el cine los negros son cobardes y huyen del combate, a menos que el enemigo sea francamente inferior y no presente pelea, o que se trate de un hombre solitario, como Tarzán.

Lo concreto es que Zulú le parece a Toño una película importante por dos razones: la primera es la coincidencia de que su escopeta de aire comprimido Slavia se carga por la parte de atrás del cañón igual que los fusiles ingleses de retrocarga Martini-Henry, como cuenta su padre que se llama ese modelo. La segunda razón es que la película, aparte de probar que los negros no son cobardes de nacimiento, muestra que es posible sufrir un enorme castigo físico sin importar el dolor o el riesgo de muerte. La simple idea es fascinante para Toño porque significa la llave para reforzar su decisión de no dejarse joder más nunca por nadie, no importa cuántos kilos pese o qué tan duros sean sus puños.

Por otro lado le permite fantasear viéndose a sí mismo rodeado por sus amigos y cerrando filas para descargar cientos de escopetas de copitas sobre un hipotético enemigo invasor del barrio. Cosa imposible, no sólo porque el Prado no va a ser invadido por tribus hostiles sino porque la única Slavia en varias manzanas a la redonda es la suya. Pero lo importante es que Zulú lo impulsa a buscar en la biblioteca de papá más casos de heroísmo en la historia. Encuentra muchos, sólo que ninguno genera en su pecho la misma emoción que le hace desear convertirse en aquel oficial inglés de la película, capaz de defenderse como un tigre disparando el revólver que lleva amarrado al cuello con un cordón blanco, al tiempo que da órdenes a sus casacas rojas, que es como les dicen a los soldados británicos.

Pasa una eternidad de semanas, quizá meses, para que el heroísmo cinematográfico del teniente inglés sea desplazado por otro en el escalafón personal de Toño, y ocurre también un domingo en que la ciudad amanece cubierta por nubarrones oscuros que anuncian chaparrón y arroyos en las calles. El general está en la finca, lo cual anula por completo la posibilidad de que puedan ir hasta Salgar a bañarse en el mar mientras los goterones salpican sobre el agua, que bajo la lluvia se vuelve cálida y deliciosa porque fuera de ella el aire está frío, haciendo que sea un placer asomar los hombros para enseguida volver a sumergirlos en la tibia cobija marina. Mamá no los llevará a la playa porque a ella un baño en esas circunstancias le parece peligroso, pues tiene la teoría de que un rayo podría caer y electrocutar a todo aquel que se encuentre en ese momento jugueteando entre la marea. Por suerte aún no manifiesta su temor a un ataque eléctrico celestial en los días en que Toño y Pepe salen a bañarse y chapotear bajo el aguacero con los pelaos de la cuadra. Sería fatal si le diera por ahí, pues significaría la aparición de una línea más en el repertorio de restricciones imperantes en la casa, que ya alcanza una extensión considerable.

Por fortuna tampoco los matinales infantiles figuran aún en esa lista negra de su madre, quien para atajar de entrada cualquier proposición de paseo trae a la mesa del desayuno la página de cines donde en la parte de abajo puede leerse un aviso en letra pequeña que dice: Todos los héroes, El brillante drama del León de Esparta. 11:00 a.m. Única función. Ese sí que es un programa de domingo, piensa Toño, pues lo de un león de Esparta le suena a

Etfuirmah otra de sus películas favoritas. A lo mejor, como ocurre a veces en el cine, se trata de la segunda parre de la rebelión de esclavos y gladiadores; o puede ser que no. pero en todo caso hay que ir a verla. Más tarda en cerrar el periódico cuando su mamá y José Luis ya están montándose en el Volkswagen para ir al teatro Colón, un recinto encortinado en terciopelo rojo y algo caluroso porque el aire acondicionado apenas acaba de ser encendido a esa hora de la mañana.

Lo que ve Toño una vez se apagan las luces es algo inédito para él: trescientos hombres enfrentan a docenas de miles en un lugar llamado Termópilas. Se entera de que pertenecen a una casta de guerreros nacidos y educados para morir en batalla y que responden a las amenazas y a las invitaciones a la rendición que les hacen los persas con unas frases muy breves que, traducidas y puestas en subtítulos en la parte baja de la pantalla, provocan risa en el auditorio.

Sin embargo, la película no es para nada chistosa y deja a Toño con la sensación de haber recibido otra lección tan importante como la de Zulú. Mientras esperan en las escalinatas del teatro a que aparezca su mamá a recogerlos en el carro, leen en el cartel que el actor que interpreta a Leónidas se llama Richard Egan y a partir de entonces ese rostro desplazará al del teniente inglés en su imaginaria galería de ídolos.

Para saber más acerca de la hazaña en aquel desfiladero debe esperar hasta la siguiente visita de papá, quien le cuenta todo lo que sabe acerca de Esparta y los espartanos. También le habla acerca de las guerras médicas, Atenas, Tebas y las otras ciudades de la confederación griega, temas estos que sólo despiertan en Toño un leve interés, pues su única obsesión es conocer el secreto que convertía a los espartanos en guerreros tan invencibles que resultaban victoriosos incluso en la derrota.

Los inventores cid «Vencer o morir» únicamente tenían dos secretos, opina el general: uno era que desde sus primeros años dominaban a Lobos, el dios del miedo, gracias a que los ins-tructores enseñaban a los niños a recibir golpes, incluso en la cara, sin siquiera pestañear o hacer el más mínimo gesto de dolor, lo cual hubiera significado un rasgo de cobardía imperdonable y una deshonor que los hacía indignos de portar lanza y escudo, y mucho menos de integrarse a la falange, ¡a formación en que peleaban en

filas tan cerradas que el escudo de cada hombre no lo protegía a él sino a su compañero de al lado; y esa era la segunda parte del secreto, y quizá la más importante, pues significaba la confianza que debe existir entre todos los integrantes de cualquier unidad militar, lo cual es válido también para la vida, joven, le dice el general antes de pasar a contar que en idioma espartano guerrero se decía hoplita y que las canilleras que usaban se llamaban grebas, así como cimera se le decía al penacho que adornaba sus cascos.

A partir de entonces, los domingos de cine bélico van espaciándose cada vez más en el tiempo, cosa que hace más difi-cultoso para Toño volver a ver el nombre del tal Richard Egan en un cartel, amén de que la fiebre cinematográfica baja un poco debido mayormente a que un buen día el abuelo, que ha venido de visita para las fiestas navideñas, se presenta acompañado por un hombre que porta una caja enorme dentro de la cual está el televisor que los Almanzor ya habían olvidado a fuerza de esperar. Al general no le gusta para nada la llegada del aparato, pero se limita a darle las gracias a su suegro y a establecer horarios y condiciones para poder encenderla. Batman llega a Barranquilla y, con él, Laredo, El gran chaparral y El Show de Lucy.

La otra razón para tomar distancia con el cine es que la familia se ha mudado más al norte para vivir cerca del Liceo Fran-cisco de Quevedo y de ese modo economizar tiempo y dinero en transporte. Los primeros días posteriores a la mudanza son algo traumáticos, pero pronto en el nuevo barrio empiezan a aparecer los amigos, que en algunos casos son los mismos compañeros del colegio. La casa es tiuiv hermosa y todavía huele a cemento fresco, tiene un gran patio trasero en el que su mama siembra mangos. guayabos. ciruelos y un guanábano, y está situada en los extramuros. lo cual permite a Toño ir a cazar lobitos y pájaros con la escopeta de copitas sin miedo a que un pepazo de rebote se bate un vidrio.

La oportunidad de empezar a vivir según su personal y secreto código de honor espartano le llega a Toño un día en que José Luis y Oscarito. uno de los nuevos vecinos, lo agreden con fuerza excesiva en un juego de esgrima que practican con espadas de guasabo y restos de guacal. En uno de los mandobles Pepe le golpea un nudillo y el dolor hace que Toño, asumido ya su nuevo credo de vencer o morir, se decida a contraatacarlo con todas sus fuerzas.

A su hermano no le gusta el rumbo tomado por la situación, arroja la espada al piso y le grita a Toño «¡Maricón! ¡Hijueputa!. para dejar en claro que la pelea ha dejado de ser un juego y que ahora sí será en serio.

Más acuerpado y alto, domina rápidamente al hermano mayor, pero Toño lucha con tal furia que a pesar de recibir más golpes y de pasar la mayor parte del tiempo con su espalda contra el suelo, la pelea luce empatada a lo largo de diez minutos, inmovilizado del todo, con las rodillas de su hermano clavadas en sus brazos, se niega a darse por vencido cuando este casi le ruega que por favor se rinda, que no insista, que no sea terco, que nunca va a ganarle una pelea, que ya está bueno de forcejeos, que lo suyo son los libros y no la pelea.

El espíritu del Yuruparí

Antes de montar en el viejo caballo que le ensillaron los vaqueros al regresar de otra jornada en los potreros, Virginie sintió la mano de Delfilia atenazándole el brazo. Le rogó que «por el amor de Dios y la Virgen Santísima» lo pensara, pues salir de noche y sin compañía podía ser muy peligroso y a ella le echarían la culpa de

cualquier percance que le sucediera, pero Virginie no estaba dispuesta a argumentar nada porque quería evitar discusiones que consideraba inoportunas e innecesarias. Se limitó a mencionar su derecho a emprender sola y sin testigos el camino, pues se trataba de asuntos superiores relacionados con el alma y la salud espiritual no sólo de ella sino de la comunidad.

Esto último lo dijo con su montura ya en movimiento, empleando el tono de trascendencia que consideró más adecuado para que de una vez por todas empezaran a tomarla en serio en aquel paraje donde por momentos no se sabía qué era más estéril, si la tierra o las mentes de las personas.

Habituado ya al camino, el rocín la condujo directo al playón de las tortugas, iluminado por una luna creciente que propiciaba una atmósfera apenas adecuada para lo que ella esperaba vivir en él. Desmontó sin preocuparse por amarrar al animal y se sentó a esperar a Sócrates sobre un grueso tronco semienterrado en la arena. Al pasar un tiempo que le pareció excesivo y que la llenó de incertidumbre, miró su muñeca en un acto reflejo para saber la hora, pero cayó en cuenta de que no sólo había dejado su relojito sino también los anillos y pulseras, no porque hubiese recibido instrucciones del chamán en ese sentido sino por iniciativa propia, de modo que los metales y las piedras no se robaran la energía de los dioses selváticos con los que se disponía a establecer relaciones. Después llegaría el momento, cuando las fuerzas ocultas viajaran en sentido inverso, es decir, del caribe hacia el Amazonas, de echar mano de sus cuarzos, sus jades, sus collares de caracuchas, sus fetiches de santería y vudú, sus amatistas y toda la parafernalia de joyas mágicas heredadas por Camille, su madre martiniqueña, que no en vano alardeaba de unos poderes de médium que le permitían comunicarse no sólo con los muertos sino con seres inteligentes llegados desde galaxias lejanas, y presumía de su capacidad para darles firmeza eterna a los lazos matrimoniales, dado el caso de que la infidelidad o cualquier otro peligro acechara la vida de alguna pareja.

Virginie, con una educación escolar básica completamente occidental y cartesiana, se reservó durante toda su vida las dudas que pudiera tener sobre los poderes de su madre a la hora de invocar a los muertos, o de hablar telepáticamente con astronautas procedentes de más allá del Centauro, o sobre la eficacia de aquellos menjurjes que preparaba para que sus dientes dejaran caer

una poquita en el café matutino del esposo huidizo. Tales dudas nacieron a partir de la respuesta que recibió en su primera adolescencia, cuando su padre acababa de escaparse para siempre y ella le preguntó a Camille:

—Ma, ¿y si la potencia de tus talcos es tanta, cómo es que no lograste que mi papi se quedara?

—¡Niña, cuántas cosas te falta aprender! ¿Acaso no sabes que los conjuros, entre más funcionan con la gente, son menos efectivos en las personas que los preparan?

Santo remedio, a Virginie la respuesta le pareció de una lógica aplastante y la seguridad con que su madre le habló, sumada a la mirada febril con que la taladró, generaron en ella los primeros cuestionamientos acerca de la validez de la educación que recibía en el colegio donde estudiaban los hijos de los empleados de la petrolera. Estaban en Maracaibo y ese sería el último campamento donde vivirían las dos, ya que al año siguiente emprenderían viaje para su natal Martinica.

Era curioso, pensó, que ahora, justo en el momento en que esperaba empezar una nueva etapa existencial, esa clase de recuerdos acudieran en tropel a su mente junto con la nostalgia de aquellos años de austeridad en su isla, viviendo de lo que producía el consultorio esotérico de Camille, renuente a continuar recibiendo ayuda de su exmarido por considerar que los petro-dólares eran mierda del diablo. Lo decía en francés mientras se santiguaba siete veces y hubiera dado risa si no fuera por el terror genuino que asomaba a sus ojos ante la mención del maligno.

En momentos como ese, Virginie se preguntaba si su padre no habría sido ahuyentado por los trances hasta cierto punto catatónicos en que se sumergía Camille cada dos por tres.

Pasaba el tiempo, Sócrates seguía sin aparecer y Virginie intentaba calmarse con sus recuerdos. Nerviosa y sintiéndose observada por ojos invisibles como en las noches anteriores, intentó calmarse caminando descalza sobre la arena y sumergiendo los pies en la orilla para jugar con un pequeño remolino mientras miraba corriente abajo, hacia la espuma del raudal a través del cual el río escapaba del remanso. El agua estaba fría y al cabo de un rato sintió ganas de hacer pis, por lo que acampanó su amplia y larga falda de tela hindú, se acuclilló bajo ella despojándose del

calzón y sonrió al imaginar que el calor de sus orines ayudaría a empollar los huevos de tortuga enterrados un poco más abajo.

Justo en el momento en que terminaba de aliviar su cuerpo, un fuerte chasquido tras ella la hizo ponerse en pie de un salto, sin tiempo para secarse las partes con el calzón, que quedó en su mano mientras ella giraba el cuerpo hacia la causa del ruido. Era Sócrates, que pasaba la mirada alternativamente desde su rostro hasta la mano en que Virginie sostenía la prenda.

En la mirada del chamán había un brillo de crápula que la obligó a dudar, pues enseguida acudieron a su memoria todos los chismes y consejas acerca de que Sócrates Tupá era sólo un charlatán que alardeaba con unos supuestos poderes para engañar mujeres y poseerlas. Había escuchado a algunos asegurar que ni siquiera era de raza india, aunque lo pareciera y su físico le ayudara en su impostura.

Si tales cuentos eran ciertos, pensó Virginie con la tranquilidad que le daba su propia experiencia en la lidia de preten-dientes lascivos, nada grave le pasaría si dejaba que le echaran un polvo, qué demonios. En cambio, cabía la posibilidad de que al ganar poder sobre el hombre dominara al brujo y al mismo tiempo adquiriera sobre los habitantes de la región una ascendencia que creía necesario tener, pues todos la trataban como si ella fuera un apéndice de Roberto José, la consorte, la servidora marital del patrón. Su única preocupación era que el hechicero se diera cuenta de que su pinta de médico selvático, lejos de parecerle a ella suficientemente atractiva, no sólo le resultaba un tanto ridícula, sino que le generaba cierta aprensión, no tanto por asuntos de estética como de higiene.

No obstante, se dejó tomar por las manos para que él la condujera hasta un rincón de la playa que lindaba con un morichal enmalezado. Una vez allí, la obligó a sentarse con una suave presión sobre los hombros y él hizo otro tanto, sacando de la mochila un paquete de cigarrillos Pielroja, un cigarro habano largo y delgado, y un encendedor desechable con el que prendió fuego a una pequeña hoguera dispuesta frente a los dos. Sacó uno de los cigarrillos del paquete y la invitó a que fumara, haciendo él lo propio con el cigarro, que aspiraba con fuerza hasta que la punta se encendía de rojo antes de soltar una gran humareda,

Virginie hizo lo posible con su cigarrillo, pues excepción

hecha de la marihuana no había fumado nunca antes, pero la experiencia adquirida en infinidad de transgresoras fiestas de cofradías universitarias le sirvió para jugar un papel decoroso frente a la chimenea ambulante que tenía a su lado, ahora arrojándole sobre el rostro más y más volutas de humo mientras recitaba una letanía incomprensible de la que ella apenas pudo extraer la frase «jee yaia keti oka», o al menos eso le pareció porque empezaba a sentirse mareada.

Sócrates atacó de nuevo con más humo y con otro men-jurje, esta vez escanciado de una botellita diminuta cuyo contenido completo le hizo apurar de una sola sentada.

Enseguida él se puso en pie y empezó a dar pequeños brinco alrededor de la hoguera mientras sacaba de la mochila un calabazo con una tapa de corcho que levantó para dar de beber a Virginie, quien hizo lo posible por aplicarse un buen trago a pesar de las náuseas y el olor fétido despedido por el recipiente. Quiso preguntarle al sacerdote si aquello era ayahuasca, yagé, pero pensó que al interrumpir la letanía ritual podía romper la magia del momento. Igual, le resultaba imposible la sola idea de abrir la boca, so pena de vomitar allí mismo no sólo sus vísceras sino su alma, acompañada por todos los espíritus malignos y benignos que habitaban en su interior desde el origen del tiempo. Recordó entonces a los incubos y los súcubos, y experimentó la epifanía de entender por fin el origen de aquel mito, porque la sensación de ansia empezó a ser desplazada paulatinamente por una de bienestar físico en extremo estimulante, que a su vez dio paso a una inconsciencia parcial dentro de la cual podía darse cuenta de todo lo que sucedía sin sentirse amenazada en lo más mínimo.

En tal estado de beatitud, Sócrates la jaló por las muñecas para ponerla en pie y, siempre fumando de su calilla, que a ella ya no le pareció tan apestosa sino aromática en grado sumo, se acostó bocarriba en el piso y metió su cabeza bajo su falda para soplar bocanadas de humo en los genitales. Virginie sintió un placer extraño y muy potente, que la hizo abrir un poco más el compás de sus piernas al tiempo que miraba hacia abajo para descubrir que el chamán yacía por completo desnudo y esperándola.

Hincó sus rodillas en la arena para acercar su sexo a la cara del hombre, se despojó de la blusa, sacó su falda por encima de la cabeza y a partir de ese punto movió su cuerpo al ritmo marcado por

el maestro. En sus recuerdos quedaría que después de quedar desnuda no hubo más humo ni rezos, sino que ella quedó a merced de un arrebato de amor meramente físico que le hizo ver en Sócrates al amante perfecto, al dios anaconda que, surgido del Amazonas y del Apaporis y transmutado en adonis silvestre estaba inundándola con el espíritu del Yuruparí.

Ese pensamiento la llenó de tanta felicidad que gritó con la cara hacia el cielo, en el mismo instante en que se desgajaba un aguacero pesado y cálido que potenció al máximo todos los placeres del cuerpo y del alma que sentía en lo que recordaría después como un prolongado instante de luminosidad liberadora.

Un amigo en Medellín

Te decía que después de que el galán recién llegado mal-tratará por segunda vez su corazón, conquistar a Laila se convirtió en un imposible para todos, incluido yo, que a mis años no tenía suficiente ánimo para disputar con otros más jóvenes el amor de una mujer sardina o cucha, que a la larga daba lo mismo porque no eran los años que yo tuviera sino la pereza adquirida tras soportar las hipocresías implícitas en todo conejo. Mejor así, pensé, y para justificarme ante mí mismo eché mano de mis atávicos núcleos católicos y de los restos de ética estalinista que aún conservaba, dos rasgos que, dicho sea de paso, son bastante similares. Era una forma de reafirmarme en mi decisión, aunque en realidad no era más que otro típico caso de las uvas están verdes y a otra cosa el amigo.

Por su parte, ella se concentró a partir de entonces en aprender la mayor cantidad de cosas posibles y demostraba la misma curiosidad por la historia de la insurrección que por el manejo de explosivos, o por saber cuáles eran las canciones que sonaban en las discotecas de Cali y cuál el peinado de moda. Vivía en lo suyo, mezcla de niña y mujer, pero prevenida por completo frente al amor y sus giros traicioneros. Tomé la precaución de ignorarla y mantenerla alejada de mi gente, no tanto para evitarle complicaciones a ella sino al movimiento. Por eso me sorprendí pocos meses después, cuando al buscar voluntarios para viajar al norte de Antioquia a participar en el experimento de la columna guerrillera aliada, ella fue la primera que levantó la mano diciendo que sería un honor combatir bajo las órdenes del compañero Ramón, declaración pública que motivó uno que otro codazo de

chanza y chistecitos de doble sentido entre la muchachada reunida para el rancho de la farde.

La de combatir bajo mis órdenes estaba por verse, porque de hecho yo no iba como comandante sino como subalterno de un mando conjunto aún sin designar, pero con ella y otros partimos cada cual por su lado hacia Medellín, desde donde fuimos viajando a la zona escogida para encontrarnos con los compañeros epeles.

Al principio las relaciones con los compás del otro mo-vimiento eran bastante ariscas, por decir lo menos, pero poco a poco las asperezas fueron limándose gracias sobre todo a nosotros, los del EME, que casi por reflejo mental exhibíamos una actitud tolerante, capaz de entender lo que nos diferenciaba de los demás y al mismo tiempo utilizar esa diferencia como aglutinante para nuestro proyecto político.

Cada vez que hablo de estas cosas pones una cara de desasosiego igual a la de ahora. Sé que te impacienta y te revienta los cojones —lo cual es un decir tratándose de una dama— que me elevé hasta la estratosfera para hablarte de política en lugar de seguir contando sobre los seres humanos que conocí en la lucha armada, pero en ocasiones es inevitable hacerlo. Como ahora, que debí ponerte en contexto para que entendieras lo importante que fue Laila en ese momento, pues de toda la gente del EME que llegó a participar en la alianza guerrillera, ella, la más joven e inexperta, la que no tenía ni idea de política, fue quien mejor consiguió hacerles encender a los compás del otro movimiento cuál era la carreta que nosotros manejábamos en torno a la democracia. cómo concebíamos el trabajo revolucionario y lo dispuestos que estábamos a dar nuestras vidas por defender incluso a quienes no pensarán igual. Y todo eso sin recurrir a discursos ni a mucha labia porque no contaba con esas herramientas, sino sirviéndose de actitudes y una que otra frase suelta que dejaba caer como de pasada y con su sonrisa por delante, que ya te he dicho era su sello personal.

Pero seguía siendo una pequeña con inseguridades y actitudes de niña, según pude comprobarlo, porque tenía la tendencia a acercarse a mí para consultarme sobre lo divino y lo humano. Yo me sentía a su lado un abuelito y supongo que quienes nos vieran juntos se llevarían la misma impresión, pero como ella persistía en acercármeme me acostumbré a tenerla cerca y a

arroparla con la mirada durante las charlas y en las marchas, hasta que una noche, al acampar después de una jornada de dieciséis horas que nos había dejado a todos magullados y con los pies en carne viva, se acostó detrás de mí haciendo la cucharita. Supe que era ella por el aroma dulce de su sudor, que ya reconocía, y me di vuelta para toparme de frente con un casto beso en la boca y con su carita. Giró entonces su cuerpo para que yo la abrazara por detrás.

A partir de allí hubo muchas pernoctadas como aquella, la mayoría tan castas e inocentes que después no me lo perdonaría. Quizá por eso me afectó tanto su muerte, por puro egoísmo, por el dolor de lo mucho que pudo ser y lo poco que fue. Quizá por eso aquel amanecer, sobre la cuchilla de la montaña, me aferré a su cuerpo inmóvil con la persistencia de un huérfano y el alma destrozada porque Laila representaba, además de mi última compañera, todos los sueños juveniles que en el mundo han sido, toda la frescura y la belleza de espíritu de quienes creen que pueden cambiar el mundo. Muerta ella, para mí no valía la pena seguir en la pelea. A la mierda con la revirada hacía el Cauca para reintegrarnos a la fuerza principal, a la mierda con el EME y con la columna aliada, al carajo con el sainete de las negociaciones de paz, gritaba a voz en cuello mientras cavaba su tumba y me limpiaba los mocos que no dejaban de salir para enredarse en mi bigote entrecano. Lloré como una magdalena durante horas sin dejar que nadie me consolara, y al amanecer vi partir a los sobrevivientes de la columna en busca de una muy improbable seguridad.

—Compa Ramón, sólo queremos darle las gracias y decirle que esperamos volver a pelear a su lado —me dijo un joven compañero que tomó la vocería del grupito antes de irse monte abajo. Emocionado, al despedirme de ellos comprobé que aún me quedaban lágrimas y por la tarde camuflé el sitio de la tumba para que nadie la profanara, aunque quedó en un lugar tan inaccesible que era improbable que alguien la encontrara. Y en el caso de que llegaran los soldados, quedarían conformes con la fosa común donde habíamos enterrado nuestras otras bajas. Hecho esto, desarmé el Fal para arrojar sus piezas hacia todos lados y sólo conservé mi viejo .38 de caballito, un fierro bastante gastado que era más decorativo que otra cosa, y me descolgué por la loma hasta llegar a la carretera, donde boté el revólver a una cuneta profunda antes de tomar un bus en ruta hacia Medellín.

Conocía mucha gente allá desde mis tiempos de estudiante, pero me propuse no llamar a nadie y arreglármelas por mí mismo cambiando de aires. Cumplí un automático en pleno centro con un compañero del EME, mandé a decir con él que iba a desaparecer durante no sabía cuánto tiempo y me dediqué a buscar al Mocho, un viejo compañero de mis tiempos en las Farc que según tenía entendido no sólo continuaba activo sino que era un mando muy importante dentro de ese movimiento. Pasé un mes sin encontrarlo, pero una mañana en que me dirigía desde la pensión donde tenía alquilado un cuarto hacia una cafetería en busca de desayuno, un Renault 4 frenó a mi lado y la puerta se abrió. Era el Mocho, según pude reconocerlo detrás de la espesa barba y de su cabellera teñida de rubio. Al volante del carrito, acostaba su tronco sobre el asiento del copiloto invitándome a subir con su mejor acento paisa, una verdadera obra de arte considerando que él era costeño:

—¡Eh Ave María, Conrado, subite pues que vamos retarde!

Lo de Conrado me gustó de entrada y salté dentro del carro, que partió echando pedos por La Playa rumbo a la cafetería del Hotel Nutibara, donde me metí la comilona del siglo bajo la atenta mirada de mi amigo, que sonreía sin parar, hablaba con auténtico acento montañero sobre el clásico entre el DIM y Nacional, y comentaba las noticias que traía la primera página de un ejemplar de El Colombiano doblado sobre la mesa.

Los meseros nos atendían muy serviciales porque se trataba nada menos que del conocido doctor Mejía, que quién sabe en qué sería doctor, pero dejaba sobre la mesa unas propinas considerables.

De allí salimos a recorrer Medellín de sur a norte y de norte a sur, y vuelta a empezar entre Sabaneta y Copacabana, con esporádicas paradas para orinar y tomar tinto en pequeños locales perdidos en medio del abigarramiento la ciudad. El Mocho manejaba muy bien el carro y la situación, sonsacándome con mucho tacto todo lo que podía acerca de mi vida durante los años en que habíamos dejado de vernos. Era claro que esperaba de mí algún tipo de información, no porque pudiera servirle de algo sino por reflejo condicionado, porque su especialidad era esa: inteligencia y contrainteligencia. Tenía infiltrado todo, desde las bandas de narcotraficantes hasta el Ejército, pasando por movimientos guerrilleros, agencias del Estado y todo lo que se moviera portando

armas, drogas o dinero. No alardeaba con ello, pero yo lo sabía desde hacía mucho porque con la experiencia uno se las arregla para seguirles la pista a los amigos a través del correo de las brujas, que también funciona en la guerrilla, no importa cuánta compartimentación y jodas de seguridad se adopten.

No obstante, no debió esforzarse mucho para sonsacármela reciente experiencia con la alianza guerrillera, pues yo estaba queme hablaba y necesitaba exorcizar el dolor, no tanto por la pérdida de la chiquita sino porque algo en mi interior me decía que ya jamás volvería a ser el mismo. El cagadón del Palacio de Justicia, que por aquellos días no me atrevía a llamar de la forma en que ahora lo hago, me había dejado algo turulete, desconcertado como a todos los colombianos, y mi más reciente derrota personal parecía acabar de joderme.

Comprensivo y humano, ya recuperado su natural acento caribe, el Mocho intentó subirme al ánimo y hasta bromeó echándome el anzuelo para que regresara a las Farc, donde todavía se me estimaba, según decía. Le respondí que no le creía, pues no olvidaba que, al igual que el Flaco y otros compañeros, yo había estado a punto de ser fusilado por querer romper los esquemas jerárquicos y la disciplina. El malparido del Stalin estaba muerto hacía años, le dije, pero continuaba haciendo daño. Su hijueputez era una manera de ser más que una forma de pensar.

Se rio. El creía lo mismo, pero en lugar de admitirlo se reía, sin que la amargura de mi comentario significara que me negaría su ayuda a partir de ese momento. Todo lo contrario, ripostó hablando en términos prácticos sobre cómo hacer para girarme cada mes una determinada suma de dinero, dónde iba a vivir mientras me Fuñía las heridas y otros temas, como dotarme de una nueva identidad e, incluso, buscarme trabajo de profesor en algún colegio. Ofrecimientos que acepté sin dar muestras de falso orgullo, primero porque no lo sentía y segundo porque sabía que, para el Mocho, los gastos que pudiera acarrearle mi escondedero no significaban gran cosa. Lo probaba el hecho de que, en medio de las vueltas y revueltas que dimos ese día por Medellín, en algún momento guardó el renolito en el garaje de una casa de familia en Laureles y de allí salimos en taxi hasta un parqueadero en El Poblado, donde nos esperaba un BMW negro con cojinería de cuero que todavía olía a nuevo.

—Discreción y elegancia, elegancia y discreción, he ahí las claves del camuflaje perfecto, compa Ramón —me dijo guiñando un ojo.

Paseo en catamarán

A partir de cierto momento Lola dejó de actuar como la reina de la creación y empezó a tomar decisiones impulsada por su miedo a la pobreza, por el pánico que le producía un futuro subordinado a los vaivenes del mercado del arte. Una alternativa menos incierta era dedicarse a la docencia o estudiar otra cosa que le permitiera acceder a un empleo y depender de un salario, en cualquier caso al principio y quizá mejor si se las arreglaba para ascender meneando el culo lo suficiente.

Ahora no es inusual encontrar que una misma persona conjugue belleza, inteligencia y conocimientos, pero en los años setenta eran conceptos excluyentes. Si una mujer quería igualdad de oportunidades laborales y un salario acorde con las funciones que desempeñaba, debía rendirse ante la evidencia de que quienes contrataban preferían hombres. Las bonitas servían para que los altos ejecutivos se encamaran con la nómina y las feas para nada, salvo convertirse en esposas de los funcionarios de nivel medio, léase perdedores.

Es claro que exagero porque de lo contrario no estaría echando el cuenco, pero en el fondo esa era la tendencia en boga, y significaba no poco esfuerzo nadar contra la corriente. Sé que al hablar en pasado me equivoco porque en el presente todavía ocurre igual, pero digamos que hoy existen más formas de llevarle la contraria al destino que se te plantea por la simple circunstancia de nacer con vagina y no con pene, pero entonces era un hecho del tamaño de una catedral. Y si a eso le agregabas que la muchacha, en este caso Lola, estaba acostumbrada desde la cuna a lujos que ya no podía costearse, pues ni modos, la perspectiva de una vida difícil se le atravesó de frente con la contundencia de una muralla.

El disparador que la llenó de pánico fue su propia hermana Marta Marina, quien le contó que la fortuna de su padre no había sido más que una ilusión fomentada por él para tranquilizar a la familia. Apenas quedaban la casa, un pequeño lote en algún lugar al norte de la sabana y un número modesto de acciones en una empresa textil que no repartía dividendos desde hacía cinco años. De allí salían las mesadas que ella y Roberto José recibían, pero era

sólo cuestión de tiempo que el chorrito quedara cortado porque la textilera, se encaminaba derechito hacia la quiebra.

—Justo como nosotros, los Casasbuenas —le dijo su hermana en tono de circunstancia, incapaz de disimular el placer que le producía darle la noticia de que los días felices y la vida fácil habían terminado, y que por lo tanto le aconsejaba convertirse en una profesional exitosa si pretendía mantener el tren de gastos que había llevado hasta el momento.

La primera reacción de Lola fue buscar en Roberto José consuelo, luces, consejo, lo que fuera con tal de superar el impacto de saberse de un momento a otro pobre de solemnidad. Incluso aventuró frente a él la teoría de que Marta Marina estuviese mintiendo para escatimar la herencia o como táctica de ahorro hacia el futuro, pero ni ella ni su hermano estaban en capacidad de comprobar tal cosa, mucho menos con el abogado de la familia, que rendía cuentas sólo a la hermana mayor, obviamente porque ella giraría el cheque de sus honorarios una vez quedaran repartidas las porciones de pobreza.

Pero no todo eran malas noticias y le quedaba un consuelo: su educación estaría garantizada por una fiducia hasta que saliera de la universidad, lo cual le permitió relajarse porque le restaban tres semestres para graduarse. De súbito sus amistades empezaron a parecerle menos convenientes. En cuanto a los viejos afectos, quizás el mismo miedo la obligó a tomar la decisión de acercarse de nuevo a ellos. Yo estaba incluida en ese paquete, por llamarlo de alguna forma, y pude ser testigo de primera mano de todo su proceso de cambio hacia una humildad decretada por el pragmatismo que le sentaba requetebién y que al final de cuentas le permitiría cumplir el objetivo de salvarse del naufragio económico.

Dejó de pararle bolas a los galanes de cafetería y se concentró en sus estudios y en hacer vida social con menos intensidad juvenil, más inclinada a estar presente en los lugares y momentos en que se reunía la gente que en su concepto era realmente importante y poderosa.

Obviamente muchos de sus pretendientes del campus empezaron a echarla en falca y algunos a sentirse lastimados por sus frecuentes ausencias. Entre ellos, el más importante era Toño Almanzor, dos años mayor que el promedio de los estudiantes, matriculado en la facultad de comunicación social con miras a

convertirse en reportero gráfico. Pensaba yo entonces que el suyo era un caso típico, pues con la matazón académica y la abundancia de fracasos por causa de las vocaciones equivocadas era frecuente que los hijos de familias acomodadas y venidas a menos encontraran en la fotografía una tabla de salvación frente al cepo representado por las profesiones liberales. No era el caso de Toño, pues lo suyo era auténtica vocación por la imagen y todo lo relacionado con ella, pero eso sólo lo sabría yo después. De momento, lucía como otro perdedor más enfundado en Levi's, calzado por Adidas y con cara de ternero degollado debido a la indiferencia de Lola.

Lo concreto es que de todos los amantes, novios y amigos de mi amiga, él fue el que con mayor frecuencia permaneció a su lado durante los semestres finales de estudio y fue el más golpeado cuando ella decidió dejar de frecuentar los rumbos de la universidad para concentrarse en la cacería de un marido rico. Tenía con qué y sabía dónde buscar, de modo que sólo era cuestión de tiempo encontrar a alguien que se acomodara a sus gustos y, es preciso decirlo en aras de la literalidad, a su presupuesto.

Coronó su propósito de la manera más inesperada durante unas vacaciones en Cartagena, donde estaba alojada en casa de una de sus primas, y resultó tan sencillo como asistir a una noche de San Silvestre en un hotel, con cena, orquesta y baile hasta el amanecer. En esa velada conoció a Carlos Alfonso Dohm Fayad, exitoso empresario con negocios de importación y exportación, fábricas, haciendas agroindustriales y cuanto negocio productivo había en el país. Heredero de la modesta fortuna de su padre, un reputado oftalmólogo vallecaucano, en poco tiempo y con apenas treinta y cinco años había convertido su herencia en una fortuna considerable y ganado el respeto de las comunidades gremiales y económicas, las cuales veían en él un vivo ejemplo de la clase de hombre que requerían los nuevos tiempos, lo suficientemente frío y sin complejos como para competir de tú a tú en los mercados internacionales con las grandes corporaciones y con otros millonarios como él.

Hasta ese momento Lola no sabía quién era aquel señor en apariencia anodino, bajo de estatura, ni feo ni bien parecido, con labios carnosos y manos delicadas, que se acercó hasta la mesa donde ella hacía una pausa en el baile y acariciaba la idea de irse a dormir, pues al día siguiente esperaba volar de regreso a Bogotá,

cansada de tanta exposición al sol y frustrada porque su bikini, una pequeña piecita diseñada para provocar infartos, no le serviría para cobrar una buena presa sino apenas piezas de caza menor.

A esas alturas se hubiera conformado con pasar los días de vacaciones con alguien que tuviese dentro del cráneo algo más que caca de gallina, me contaría después, pero ahora estaba bailando con un caballero cuya colonia le parecía lo más delicioso que había olido en años. Un hombre maduro de verdad, enfundado en un elegante esmoquin tropical blanco que la hacía reír y se mostraba interesado en todo lo que ella hablaba, no con esa actitud teatral que, como cualquier mujer sabe, es fácilmente detectable cuando la mirada del galán de turno deja de prestarle atención y cae sobre la zona del escote, seducida por ese punto donde las cremosas se juntan coquetas.

No así el doctor Dohm, como lo llamaban los miembros del ejército de servidores que merodeaban a su alrededor en la casa de la ciudad amurallada donde la invitó a almorzar al día siguiente, o en el yate catamarán que anclaba en los lugares más paradisíacos de la costa cuando salía en busca de privacidad, que era casi siempre. A él no lo traicionaba su mirada ni dejaba de mostrar un interés real en la vida interior de Lola, en sus sueños y aspiraciones. Ni siquiera la acosó durante esos primeros días de cortejo, pero le rogó no viajar a Bogotá y la invitó a pasar unos días en la casa de unos amigos en el archipiélago de San Bernardo. Al cabo de tres días en el lugar, Lola empezó a impacientarse y a pensar que había algo raro en aquel pretendiente que la dejaba irse a dormírsela, sobre todo teniendo en cuenta la fama de playboy tropical que le atribuían los chismosos. Pero una mañana él la llevó de paseo en el catamarán hasta el extremo sur del golfo de Morrosquillo, en la bahía de Cispacá. Una vez anclados allí, los pocos tripulantes de la nave salieron al promediar el día en un bote rumbo a los manglares costeros y los dejaron a solas en medio de un paisaje cuya belleza quitaba el aliento,

—¿Sabes que este lugar es una sala cuna de delfines? —le dijo Carlos Alfonso al tiempo que le entregaba una mascarilla con snorkel y un par de aletas—. Ven, vamos a ver si podemos encontrar algunos —dijo poniéndose la careta y dejándose caer de espaldas al agua.

Mientras Lola se entretenía ajustando las correas de su

equipo, él nadó alrededor del casco de la nave dando griticos de gozo. En un momento de descuido, ella sintió que por detrás la golpeaba algo pesado y frío que la sobresaltó y la puso en pie de un salto cuando aún no conseguía enfundarse las aletas. Era el vestido de baño de Carlos Alfonso, que la miró travieso antes de alejarse nadando unos metros. Con la espalda velluda y unas nalgas blancas como leche, no era un espectáculo propiamente erótico, pero ella ya tenía decidido prestar más atención a temas más importantes que la simple estética corporal.

Y sí esa era la manera de coquetear que tenía él, pues no sabía con quién se estaba metiendo, sonrió para sus adentros al despojarse de las dos piezas del traje de baño y lanzar al agua su bronceado cuerpo en un clavado perfecto, olvidando deliberada-mente el equipo de buceo sobre las mallas de la cubierta. Jugue-tearon y se persiguieron nadando alrededor del casco del yate durante un buen rato, rozándose e intercambiando besos, hasta que Carlos Alfonso le pidió subir a cubierta y lanzarse al agua de nuevo, pues le parecía que lo hacía con muy buena técnica.

Ella se dio cuenta de que era un pretexto para mirarla otra vez desnuda, pero obedeció al sentir que era la oportunidad perfecta para mostrarle a él todo lo que tendría en caso de decidirse a tomarla en serio. Coqueta, subió a cubierta sintiendo que los ojos de él no se despegaban de sus partes, que ella procuró exponer sin ningún tipo de recato. Se lanzó de nuevo dos y tres veces más, hasta que ambos abordaron de nuevo la embarcación.

Lola secó su cuerpo y se tendió sobre la cubierta envuelta en la toalla, hasta donde llegó Carlos Alfonso para continuar con los besos y las caricias durante un tiempo que a ella le pareció eterno. El doctor Dohm parecía darse por satisfecho con aquel ritual y de no ser porque Lola se las arregló para abrazarlo con sus piernas, es probable que no hubiese ocurrido nada esa tarde. Ella lo asumió como un triunfo largamente esperado, sólo que resultó ser una experiencia demasiado breve, considerando toda la promesa implícita en los preliminares. No estaba decepcionada ni mucho menos, aunque sí algo sorprendida porque aquel final no casaba con la fama de playboy que precedía a Dohm. Pero como casi todas las mujeres cuando se nos quita de encima un eyaculador precoz, decidió restar importancia al hecho, lo abrazó y se durmió entre sus brazos en aquella tarde que se prolongó durante horas, hasta que la tripulación regresó de su paseo en bote por los manglares.

Debía admitir que su nuevo amor no era un superdotado en asuntos amorios, pero en ese momento la sexualidad ocupaba ya un lugar muy bajo en la escala de prioridades de Lola, que se sintió adulta y dueña de la situación como nunca antes en su vida.

Marisol

Nunca ha dejado de sorprenderme la forma en que el amor que se siente hacia una persona va transformándose en otra clase de sentimiento sin que uno se dé cuenta. Sólo la perspectiva que dan los años permite explicar un poco el fenómeno, si bien no del todo. Eso me ocurre cuando intento entender las dimensiones de la rabia que me producía y aún me produce la manera de ser de Patricia, esa señora cuyo retrato veo ahora en la pared de enfrente, su hermoso rostro coronado por una cabellera modelada con un esmero neurótico y esa sonrisa como de ajedrecista, indicativa de que ya ha adivinado mi siguiente argumento, la jugada que haré a continuación para quedar a punto de jaque mate. Miro la foto, me pregunto qué diría en este momento, y yo mismo me respondo que quizás me aconsejaría morir de una buena vez, sin pensarlo tanto y sin melodrama, pues al fin y al cabo he tenido una vida plena. A renglón seguido me echaría en cara mis infidelidades para enseguida perdonarme, no por obedecer a un impulso noble sino porque de ese modo haría méritos para un ascenso en el escalafón celestial.

Afortunadamente ella ya no está, porque me vería obligado a responderle que no me arrepiento de nada, y mucho menos de las infidelidades que lograron mantener mi espíritu a salvo de las resignaciones y tristezas que ella pretendía para mí.

Sobre todo, no me arrepiento de la mayor infidelidad, la que se prolongó durante años y se originó en una de mis visitas a la ya mencionada casa de citas de Santa Mana, la de las muchachas paisas regentada por una señora guajira de porte aristocrático que en sus tiempos debió ser una belleza luminosa, a juzgar por la que todavía le quedaba a sus muy bien llevados setenta y pico de años, no confesados por ella pero suficientemente conocidos por quienes conformábamos su clientela.

Ernestina, se llamaba, y era una anfitriona magnífica que por cortesía de la casa recibía al cliente con un largo y helado trago de Old Parr sin estampillar, que lo dejaba relajado y listo para escoger compañía entre el grupo de jóvenes a medio vestir que

deambulaban por la sala. Una de las características que más me gustaba del lugar era que uno tenía la posibilidad de quedarse en el bar sin obligación de pasar a los reservados. Podía invitar a una de las niñas a tomarse un trago y charlar, lo cual constituía otra clase de desahogo igualmente necesario para quien iba en busca de librarse de ataduras. En las raras ocasiones en que yo sentí esa necesidad de charla escogí como interlocutora a la propia Niña Erne, como le decían las muchachas y la clientela, y ella, halagada, resultó ser una interlocutora que sabía escuchar y dar consejo oportuno.

Sin embargo yo prefería conversar con la Niña Erne sólo cuando mi ánimo se encontraba arriba, y no era muy amigo de utilizarla como terapeuta en momentos de decaimiento, pero en aquel viaje sí que regresaba aplanchado, rendido ante la evidencia de que Patricia estaba a un tris de arruinar el futuro de mis hijos con su concepción policiva de la educación. De contera, tenía la certeza de que el país rodaba hacia el abismo mientras yo enterraba la cabeza como el avestruz y, para colmo, sentía que allá en Platea no podía compartir con nadie los pequeños triunfos y fracasos propios del día a día de toda finca. En resumen, me sentía solitario y sepultado en vida.

Esa noche la Niña Erne no se limitó a darme un whisky sino varios tragos largos que me ayudaron a desembuchar la carga interior. No es fácil para tipos como yo hablar de sus cosas íntimas, pero ella tenía la fórmula secreta para lograrlo y, al cabo, dijo entender mis razones para estar tan deprimido, pero se mostró en desacuerdo con la afirmación según la cual mi vida estaba acabada por falta de un amor cotidiano. En cuanto a mi irregular desempeño en la cama, lo más seguro es que fuera culpa de mi esposa y por tanto no tenía sentido que un hombre activo como yo hablara de morirse y pendejadas de esas. El mal se me quitaría cuando dejara de pensar en Patricia y me concentrara en mi trabajo.

—Claro, mi general, que no estaría de más que esta noche durmiera acompañado por un peluche de primera calidad que acaba de llegar —me dijo dándome unas palmaditas en la espalda y soltando una carcajada antes de continuar—. ¿Cómo es que dicen ustedes los soldados? ¿«No está muerto quien pelea»? Pues déjeme decirle, querido general, que aquí en mi casa le ofrezco la posibilidad de presentar batalla con su estandarte aún en alto. De modo que, a la carga, mi amor, que no está muerto quien... ya sabe

usted qué palabra rima con pelea. No me la haga decir que yo soy una dama decente...

No pude hacer nada distinto a acompañarla en su estruendosa carcajada y dejarme conducir hasta una de las habitaciones, a la que hizo llegar dos muchachas de muy buen ver para que yo escogiera con cuál dormir. Eran tan bonitas que opté por pasar una noche con cada una, con el firme propósito de matar en dos noches las penas y las dudas nacidas durante ese viaje y las de varios otros, pasados y futuros.

No podía ser de otra forma y salí de allí renovado, no sin antes despacharme un desayuno pantagruélico por cortesía de la casa, a cuya dueña le agradecí no sólo sus atenciones y el haber escuchado con tanta paciencia mis quejas por unos dolores que, después de dos días de juerga y viendo brillar el sol sobre el agua de la bahía, ahora me parecían poca cosa, preocupaciones apenas normales de un hombre corriente.

Durante ese desayuno la Niña Erne insistió en que mis hijos no corrían más peligro que otros que también crecían en manos de madres cortas de entendimiento. En cuanto a mi vida amorosa, creía que yo debía procurarme una compañera adicional, alguien con quien compartir la finca y que me acompañara en el día a día.

—Mejor dicho, general, tú lo que necesitas es una sucursal, pero bien montada. No una cosa ahí de pipiripao sino con todos los hierros, de modo que si tu mujer se entera o llega a sospechar no tenga posibilidad de probar nada. Te prometo que voy ayudarte con eso...

Le agradecí el ofrecimiento, sin pensar que estuviera hablando en serio hasta que la escuché aconsejarme buscar un lugar donde alojar a la hipotética compañía que ella iba a conseguirme. Lo dijo con tal convencimiento que subí al campero con el eco de esa última conversación rebotando en mi cabeza como un balón en una bañera, hasta el punto de no sentir el viaje por la polvorienta carretera que me condujo de regreso a Platea, donde por alguna razón, y por primera vez desde que me había dedicado a cultivarla, me sentí verdaderamente en casa. Empezaba a familiarizarme con cada árbol y cada recodo del camino que serpenteaba por las estribaciones de la Sierra, y los pocos vecinos con los que me topaba, muchos de ellos colonos tan recién llegados como yo, me saludaban con una confianza distante, si es que tal

cosa es posible.

Ya dentro de los linderos de la finca mi ánimo estaba tan exultante que desconcertó un tanto a los trabajadores, acostumbrados a verme serio y sin hablar nada más allá de lo estrictamente necesario. Esa noche casi no pegué el ojo imaginando mi cotidianidad con una mujer instalada allí. En cualquier caso decidí que no podría recibirla bajo el mismo techo sobre el que ahora se desgajaba el primer gran aguacero de la temporada, sino en un lugar cercano. Apenas amaneciera iría a revisar el material sobrante de la construcción de mi casa y la de los mayordomos, haciendo un cálculo de cuánto faltaba para levantar una tercera vivienda. De momento, diría a los demás que estaba destinada a los huéspedes, aunque en el largo tiempo que ya completaba viviendo en la región no había llegado ni una sola visita; ni siquiera la de un familiar.

Acariciaba tales ideas dando vueltas en la cama, pero mis ensoñaciones se desinflaron cuando volví a pensar en lo ridículo que me sentiría si asumía el papel de conquistador. Ni pensarlo. La simple idea me producía una jartera infinita, pero aun así apenas me tomé el primer café cerrero de la mañana fui a mirar el sitio donde se levantaría la casita. En un terreno sombreado y alejado clavé estacas en las cuatro esquinas de un cuadrado e hice bocetos en mi cuaderno de trabajo. Ni siquiera cuando compré Ja finca, ni durante los meses en que la echamos a andar, había sentido tanto entusiasmo como ese día dedicado a planear una vivienda para una mujer que no existía y que, si era franco conmigo mismo, muy probablemente no existiría porque yo jamás saldría a buscarla.

Estuvo bastante bien haber tomado tal iniciativa, porque las palabras de Ernestina estaban lejos de ser una promesa vana, según pude comprobar dos meses después cuando volví a Santa Marta a recargar energías y a preguntar al dentista por qué san-graban mis encías. Lo que me faltaba, alcancé a pensar durante una noche de insomnio: cáncer de boca.

Por fortuna era apenas una avitaminosis, cosas de la edad, nada que no pudiera solucionarse consumiendo unas pastillas durante un tiempo y comiendo más verduras y frutas. Quedé tan relajado con la buena noticia que compré un ramo de flores para llevárselas a la Niña Erne en agradecimiento por todos sus cui-dados, y dejé el carro en el parqueadero de siempre antes de diri-girme hacia la casa con mi pequeño equipaje. Después supe

que mi presencia en la ciudad había sido registrada por los detectores invisibles que mi amiga la matrona guajira tenía desperdigados por todas partes y que funcionaban como un servicio de inteligencia privado, adjunto a su lujurioso, bendito y nunca suficientemente bien ponderado negocio.

Lo de bendito lo digo porque al segundo de golpear el inmenso portón de la casa ya estaba abriéndose, jalado hacia adentro por una hermosa muchacha de unos veintipico de años que, a diferencia de todas las que correteaban de un lado a otro soltando las usuales risitas y griticos histéricos, estaba completamente vestida, con pantalones largos de dril y su blusa muy bien abotonada. Me invitó a seguir con un gesto de la mano y me llevó directo a la oficina de Ernestina, que me esperaba con la sonrisa de satisfacción más auténtica que yo le había visto en el tiempo que llevaba frecuentándola.

—Esta es la niña de la que te hablé, general. Está dispuesta a irse contigo para ayudarte a trabajar en la finca, lógicamente por un salario que ustedes dos acordarán cuando llegue el momento —dijo con un tono neutro que en vano intentaba ocultar lo contenta que se sentía al poder cumplirme la promesa.

Luego giró hacia la joven y le dijo que yo era uno de sus mejores amigos, recomendándole que me cuidara como a un hijo. Enseguida le ordenó ir a arreglar los asuntos que tuviera pendientes, porque al día siguiente yo la llevaría a vivir en la finca más hermosa que jamás había conocido. Mentía, y los tres lo sabíamos, porque Ernestina no salía de Santa Marta desde su llegada varias décadas atrás y no existía la más mínima posibilidad de que hubiese ido de visita a la Sierra. Pero era una de esas ocasiones en que cal clase de comentario sirve para disminuir la tensión.

Obediente, la muchacha giró hacia mí para despedirse y, con algo de desconcierto, estiró la mano como queriendo cerrar el trato. Se la estreché con fuerza y la atraje hacia mi pecho para darle un beso en la mejilla. Tímida, susurró muy quedo en mi oreja:

—Mucho gusto, general Almanzor. Mi nombre es Marisol. Marisol León.

Asuntos de blancos

Cada día que pasa el nuevo barrio muestra otra ventaja más. Si le tocara escoger la mejor de entre todas ellas, Toño sería incapaz de decidirse por una. A lo mejor podría ser que al fin vive con vecinos que también tienen escopetas Slavia o Diana; o que son muchos los voluntarios a la hora de organizar un partido de béisbol y pueden jugar nueve contra nueve, todos con manillas profesionales de cuero; y ni hablar de los campeonatos de bolaetrapo, pues con tanta gente faltan calles para programar campeonatos, tan emocionantes o más que los del barrio Prado.

Su casa está apenas a media cuadra de una enorme man-sión como de estrella de cine rodeada por un muro tras el cual hay espacio suficiente para tres hoyos de golf y, maravilla de maravillas, una piscina de verdad. El administrador de la finca, porque no es exacto llamarla casa, es un vecino amigo del dueño, un millonario panameño que viene de visita sólo una vez al año. El resto del tiempo el administrador permite que sus dos nietos, acompañados por algunos vecinos escogidos entre los de piel más clara o que estén más aseados —nadie tiene muy claro cuál es el criterio—, entren a bañarse en la piscina y aprendan a nadar bajo la dirección de un salvavidas profesional. Toño y Pepe son invitados a tomar las lecciones y en pocos días están en capacidad de sentir que ya no existe más el peligro de ahogarse. Es en esa piscina donde los dos descubren cómo sacar partido a unas aletas y un snorkel, pues antes sólo han podido ensayar buceo en el agitado y turbio oleaje de Salgar, donde la perspectiva de las cosas es bastante distinta. Buceando de un lado a otro de la piscina, Toño siente que por primera vez el niño cachaco que llevaba dentro ha sido remplazado por el muchacho costeño, aunque su timidez continúe siendo un lastre.

También cuenta con la ventaja de y ivir apenas a unos pasos del colegio, cosa que le permite saltar la paredilla del perímetro durante el recreo para escapar hasta la nevera de su casa a tomar un vaso de agua o de jugo ante la mirada asombrada de su madre y de Ubaldina, la muchacha del servicio.

En una de esas escapadas, Toño encuentra que su abuelo

ha llegado de visita para ir en busca de un médico porque tiene los ojos cundidos de cataratas. Pero por más que se asoma a las pupilas del viejo no consigue ver las cascadas que, supone desde sus precarios conocimientos de anatomía, deben formar parte del mismo líquido que rellena el globo del ojo. Al regresar del colegio ese mediodía encuentra que al abuelo Edilberto lo han dejado internado en una clínica y que será operado por un famoso cirujano especializado en una novedosa técnica para curar el mal.

Después de la intervención la convalecencia del abuelo en casa se prolonga cuatro semanas, al cabo de las cuales regresa del consultorio del cirujano, ya no con vendas sino con unas enormes gafas oscuras. Acomodado en su habitación, en la que han instalado unas pesadas cortinas para que la luz no lo incomode, recibe a Toño con un abrazo que le saca el aire de los pulmones y suelta un sollozo corto, el primero de una serie de quejidos que intenta acallar en vano. Está llorando y su nieto encaja el fuerte golpe que produce en su ánimo ver tan triste a un hombre que era alegre y dicharachero hasta provocar carcajadas. Incluso mientras se aferra a su nieto en busca de alivio, tiene chispa suficiente para intentar burlarse de su desgracia:

—Me queda el consuelo de que el maldito matasanos es igual de ciego que yo, sólo que más bruto. Cortó donde no era, hijo —dice con una media sonrisa en los labios, humedecidos con las lágrimas que escurren por sus mejillas.

Toño no lo verá llorar más durante los meses de recuperación. Ni siquiera cuando desaparecen las últimas esperanzas de salvar la vista. Y por alguna razón que él mismo no se explica, decide estar pendiente de los deseos del viejo hasta convertirse en el canal a través del cual este se expresa. El abuelo quiere esto o lo otro; el abuelo dice que para almorzar le gustaría nada más una sopa; el abuelo pide que por favor lo dejen dormir hasta tarde; el abuelo quiere ver televisión se convierte en una frase clave de todos los días, pues una de las pocas cosas que motivan al viejo es la voz de Gloria Valencia de Castaño presentando Estudio Uno o Por los caminos de la patria, y también Cumpleaños Ramo. Sin importar que el tema sea adulto o infantil, pues su único interés está centrado en escuchar a la presentadora, una mujer que le había hecho exclamar, la primera vez que la vio en la pantalla del televisor recién estrenado: «¡Esa mujé ej un polvorín!», queriendo significar que le parecía apetitosa. De modo que Toño se sienta a

ver esos programas, que le generan un tedio terrible, y está atento al menor detalle de la vestimenta de la señora bonita para transmitírselo al viejo. La blusa, la bufanda al cuello, el prendedor sobre la solapa del traje sastre, el peinado y, muy especialmente, la falda y los zapatos, pues el abuelo dice que nunca había visto piernas bonitas de verdad hasta que aparecieron ante él las de doña Gloria.

Al regresar cada tarde del colegio Toño lo encuentra re-costado sobre la cama o sentado en un mecedor en la penumbra de la habitación, siempre con las gafas oscuras sobre la cara. Lo saluda, le pregunta si se le ofrece algo y sale a desparramar los li-bros sobre la mesa del comedor para sentarse a estudiar, pues el cuarto donde antes lo hacía está ocupado ahora por el paciente. Después, cuando llega la hora de alguno de los programas de doña Gloria, repiten el ritual de sentarse frente al televisor a intercambiar impresiones sobre los temas que ella presenta o sobre los cantantes que invita. De ese modo Toño se entera de la existencia de Raphael, Hervé Vilard, Jesús David Quintana, Armando Manzanero, Harold, Oscar Golden y una serie de cantantes que le producen un rechazo tan visceral que se las arregla para encontrar excusas y dejar a su mamá a cargo de describir al abuelo las imágenes en pantalla, porque la música que a él le gusta es otra. Por ejemplo la de Los Speakers, que cantan una maravilla titulada La casa del sol naciente, o Los Flippers, que se presentan en El club del clan pero a los que casi nunca escucha porque para hacerlo es obligatorio soportar más Harold, más Oscar Golden y más y más y más baladas románticas, hasta el punto de la exasperación. Después de todo la televisión puede ser tan mala como buena, concluye al ser consciente de que quizás está siendo injusto con El Fugitivo, Bat Masterson, Guillermo Tell, El llanero solitario, el pobre Batman, que también ha terminado aburriéndolo con ese ridículo disfraz bajo el cual intenta en vano disimular su panza, para no hablar de los «¡Pum! ¡Crash! ¡Cataplum! ¡Kaboom!» que ensucian la pantalla y que, ahora lo sabe, son lo que el profe de gramática llama lenguaje onomatopéyico.

Durante un buen tiempo, que coincide con la época en que las visitas del general se hacen más espaciadas que antes, a veces con intervalos de hasta dos meses, Toño deja atrás De los Apeninos a los Andes, Los hermanos negros y Tom Sawyer para sumergirse en las páginas de El cisne negro, Capitán Blood, Un héroe polaco.

Oliverio Twist, Sandokán, Los hijos del capitán Grant y una serie de historias del mismo corte que, asegura su mamá, son peores que la televisión y sólo sirven para disminuir el rendimiento escolar de todo aquel que se dedique a perder el tiempo en su lectura.

El abuelo Edilberto opina otra cosa, pues poco a poco, sin ponerse de acuerdo, su nieto ha empezado a leerle en voz alta el libro de tumo y, no es por exagerar, aclara carraspeando, pero en su opinión «el pelao posee una dicción insuperable y maneja muy bien la puntuación».

—Tú sabes que yo de asuntos de blancos sé muy poco —dice a su hija—, pero el muchacho va a ser alguien importante, mija. Déjalo quieto y no lo molestes, y ya verás cómo responde.

A Toño le encanta cuando el abuelo habla de «cosas de blancos» y se burla de sus iguales llamándolos «los blancos», co-mo si él mismo no fuera un finquero de pelo rubio y ojos claros sino alguno de los peones morochos con los que trabajaba en la finca de Los Palmitos y que mandan mensajes extrañándolo, pues la administración ha recaído en manos de un hermano de don Edilberto que los trata sin consideración ni respeto, «como lo que son: peones negros».

Ambos establecen una suerte de contrato de lectura en voz alta, con honorarios en metálico que Toño emplea en la compra de más material. Se convierte en un come libros casi compulsivo que, para poder satisfacer su vicio durante la noche sin ser reprimido, se encierra en el baño y pone una toalla en la parte inferior de la puerta para que la luz del bombillo no se pille y lo delate. Sentado en la ducha, con otra toalla doblada haciendo las veces de cojín, sin darse cuenta lee en poco tiempo más de lo que alcanzan a leer las personas del promedio a lo largo de toda una vida.

Las cosas adquieren tal cariz que las calificaciones bajan sensiblemente, dándole la razón a Patricia, que le decreta un régimen de estudios por horas. Especialmente inglés, dictado por Harvey Mailer, un profesor gringo recién llegado a Colombia y que asegura haber combatido en Vietnam, guerra seguida por Toño a través de las fotos de Life en español, que invariablemente muestran soldados gringos que no parecen estar pasándola nada bien. En todo caso, imágenes con escenas reales muy distintas a la que él vio en Los boinas verdes, protagonizada por John Wayne y basada en la novela de un tal Robin Moore, que por supuesto está en la

biblioteca del general. En ella, los gringos arrasan con los guerrilleros vietnamitas, que parecen emplear mucho tiempo en plantar trampas mortales en lugar de entrenarse para el combate cuerpo a cuerpo.

El Vietnam de las fotos de Life le parece a Toño más ve-rosímil que el del cine, sobre todo después de escuchar a Harvey Mailer alardear con tono de superioridad sobre sus misiones en la jungla. Ese tono propio de los militares, que no socorra porque es idéntico al de ciertos amigos del general, le prestó Toño un disfraz para ocultar la cobardía y la torpeza que a la entrada distinguen a Mailer, quien de seguro no combatió, sino que cultivó su barriga llenando papeles en alguna oficina bien alejada de la acción.

En todo caso el idioma inglés es una materia importantísima para su madre, que no afloja el cerrojo del huembé de estudios ni un segundo. Un domingo en la mañana y después de memorizar las conjugaciones de unos cuantos verbos y mientras hace unos ejercicios del Álgebra de Baldor, Escucha un gótico proveniente del cuarto del abuelo, que se encuentra sentado en la cama, respirando acezante. Cuando cesanteaba una siesta, un lobito se le subió al pecho y anidó entre los brazos y las tetillas, pegándole un tremendo susto. Toño también se aterra, pero de ver la cara de pánico del abuelo, que parece un niño a punto de echarse a llorar por un motivo tan insignificante. Casi temblando, aprieta la mano del nieto y dice:

—El bicho estaba tan frío que soñé que era la muerte despertándome con el dedo para llevarme.

Pocos días después, al regresar al mediodía para almorzar, encuentra varios canos parqueados frente a la casa. Pertenecen a familiares y amigos que vienen a dar el pésame a Patricia porque el abuelo Edilberto acaba de morir. Como en trance, Toño entra a su cuarto, saca su Slavia por la ventana que da sobre el callejón de servido y sale disimuladamente rumbo al monte vedi, donde se sienta bajo un árbol frondoso a disparar a los Jobitos y a pensar. Es absurdo creerlo, pero de alguna manera encuentra reptiles que ahora extermina con frialdad metódica. Sabe que no es así. que no tiene lógica, pero igual saca de debajo de su lengua copita tras copita para introducir las a la recámara de la estope de aire comprimido y dispara sin pausa, sintiéndose culpable porque no consigue que le salgan lágrimas y sabe que, en oso de que el

muerto fuera él, al abuelo Edilberto no le importaría llorar. Aunque todo el mundo estuviera mirándolo.

Siete chacras y siete superuniversos

Virginie regresó de la ceremonia de su iniciación a los secretos amazónicos, que se prolongó dos días, justo en el momento en que las yeguas traídas desde Yopal eran maneadas para fecundarlas con semen árabe. Los demás se dieron cuenta de su llegada por el rocín, que trotó solo hasta los corrales cuando ella desmontó frente a la casa e intentó localizar con la mirada a Roberto José, oculto en medio del tropel y la polvareda levantada por los animales al ser cabestreados hasta un brete. Su mirada se cruzó con la de él, que en lugar de acercarse a saludarla se limitó a agitar la mano que le quedaba libre del traje y a dirigirle una alegre pero rutinaria sonrisa, como si hubieran estado separados unas horas y no varias semanas.

Entró a la casa y caminó hasta su cuarto con la intención de tomar un baño en la ducha a cielo abierto construida por su esposo y que era su orgullo como arquitecto empírico. Adornado con piedrecillas raras, caracoles y caracuchas empotradas en la mampostería, el lugar estaba lleno de diseños que, según dijo en un ataque de cursilería, quedarían allí como testimonio duradero de su amor. Rodeada por esa peculiar estética decorativa hippie que pretendía evocar a Gaudí y los viajes con ácido, se quitó la ropa como si esta le picara, segura de que jamás volvería a ponerse ninguna de las dos prendas, y sonrió al recordar que su calzón se lo había quedado Sócrates, que se lo chantó como cábala o como trofeo de conquista, Virginie no estaba segura. En todo caso se vieron muy cómicas los encajes de sus panties incrustados en el culo chupado del hechicero mientras se alejaba caminando por el playón con paso vivo, vigorizado después de los rituales y prometiendo que en el siguiente encuentro podrían intercambiar unos saberes, porque lo que acababan de vivir era «apenas el in-troito, si me perdona usted la palabra, estimada Virginia», le dijo con la sonrisa propia del gato que acaba de tragarse al canario.

Sin embargo Virginie no tenía ahora muchas razones para reír. La actitud un tanto displicente de Roberto José la inducía a pensar en la posibilidad de que algo no muy bueno para ella habría empezado a cocinarse en Martinica durante su estancia en el playón. No estaba segura de tal cosa y su suposición se basaba

simplemente en el aire distante que percibiera en su esposo hacía unos minutos, pero sus sospechas le confirmaron que la decisión de aproximarse a Sócrates era la correcta, pues en adelante necesitaría ejercer su influencia en aquel corral de gente inculta y tan arisca como Delfilia, que tras su fachada de mosquita muerta podía estar ocultando su apetito de dinero y poder, aparentando que sus motivaciones se limitaban a una defensa de los intereses del patrón.

Mientras se enjuagaba prolongadamente bajo el chorro de agua y miraba el lento paso de unas nubes que acentuaban el azul del cielo, la asaltó el temor de que Roberto José se atreviera a confrontarla desde una posición de marido traicionado. En tal caso, no tendría mayor argumento que esgrimir, pues la verdad era que tenía un complejo de culpa enorme. Ni siquiera podría excusarse diciendo que al sentirse algo triste por la ausencia de él y tras acercarse al chamán en busca de conocimiento, había sido presa de una cierta enajenación que torció el rumbo de los sucesos. Informado por las lenguas viperinas de Martinica, su esposo no le creería sino que, todo lo contrario, tendría muy clara la versión chismosa de los hechos: su esposa había buscado involucrarse con Sócrates de manera deliberada.

Confundida, aventuró que quizá sus dudas se originaban en creer que Roberto José ya no era el joven librepensador que la abordara inicialmente en Nueva York. Por su aspecto y por su manera de comportarse parecía que sí era el mismo seductor de entonces, pero aquel asunto de la herencia fallida y luego esta manía de los caballos lo tenían ofuscado, refundiéndole los ideales libertarios que lo hicieran un ser fascinante para ella. En el plano personal, agradecía que su desencanto pudiera ser mitigado a través de la búsqueda espiritual, una tarea mucho más noble si se la comparaba con el papel de hacendada que su marido y los lugareños esperaban de ella.

Animándose a sí misma a enfrentar las consecuencias de sus actos, pues después de todo lo primero era hacer respetar su soberanía como persona, se secó el cuerpo con energía mientras fantaseaba con los conocimientos que transmitiría a Sócrates en el curso del siguiente encuentro. Se puso su collar de cuarzos favorito, una tobillera de corales rojos del Mediterráneo y buena parte de su colección de anillos engastados con piedras preciosas procedentes de todas partes del mundo, que la hacían sentir muy orgullosa

porque su acopio había implicado años de paciencia y de estudio de sus efectos sobre cada uno de los siete chacras.

Vestida con un amplio traje casi translúcido, comprado en un almacén del pasaje hippie aledaño al Hotel Hilton que importaba artículos desde India, sintió hambre y caminó hasta la solitaria cocina donde Delfilia había dejado a fuego lento el almuerzo para ir a curiosear en los corrales, y buscó en la nevera un poco de chapati, tofu y té helado. Después de saciar el apetito regresó al dormitorio y se echó en su hamaca, colgada frente a un ventanal orientado hacia la que en un futuro, y si todo salía según lo planeado, sería una gran terraza construida con tablones de madera. En sus manos tenía un enorme libro de color azul tomado de la repisa que Roberto José y ella llamaban pomposamente biblioteca. Llevaba por título Libro de Urantia y durante los últimos años había sido para ella fuente de consulta filosófica y espiritual, al revelarles que la relación de Dios con los humanos está motivada por el amor infinito de un ser omnipotente creador de siete superuniversos, en uno de los cuales está localizada la Tierra, vale decir Urantia.

A fuerza de leer y releer ese texto Virginie sabía que la práctica de sus preceptos significaba años de caminar en busca de abandonar su ser material y convertirse en un espíritu perfecto, capaz de alcanzar el nivel del Padre Todopoderoso. Estaba segura de que Sócrates jamás había contemplado las cosas desde esa óptica, pues para empezar él hablaba de dioses en plural, pensó mientras cabeceaba un poco y descansaba los ojos. Entonces, sobre una de las vigas que sostenían el techo, vio que la enorme anaconda heredada de los anteriores dueños de la finca la miraba con insistencia, como si intentara recordarle que los conocimientos del chamán también tenían su carga de poder y sabiduría.

Sin embargo Virginie no tenía ahora muchas razones para reír. La actitud un tanto displicente de Roberto José la inducía a pensar en la posibilidad de que algo no muy bueno para ella habría empezado a cocinarse en Martinica durante su estancia en el playón. No estaba segura de tal cosa y su suposición se basaba simplemente en el aire distante que percibiera en su esposo hacía unos minutos, pero sus sospechas le confirmaron que la decisión de aproximarse a Sócrates era la correcta, pues en adelante necesitaba ejercer su influencia en aquel corral de gente inculta y tan arisca como Delfilia, que tras su fachada de mosquita muerta podía estar ocultando su apetito de dinero y poder, aparentando que

sus motivaciones se limitaban a una defensa de los intereses del patrón.

Mientras se enjuagaba prolongadamente bajo el chorro de agua y miraba el lento paso de unas nubes que acentuaban el azul del cielo, la asaltó el temor de que Roberto José se atreviera a confrontarla desde una posición de marido traicionado. En tal caso, no tendría mayor argumento que esgrimir, pues la verdad era que tenía un complejo de culpa enorme. Ni siquiera podría excusarse diciendo que al sentirse algo triste por la ausencia de él y tras acercarse al chamán en busca de conocimiento, había sido presa de una cierta enajenación que torció el rumbo de los sucesos. Informado por las lenguas viperinas de Martinica, su esposo no le creería, sino que, todo lo contrario, tendría muy clara la versión chismosa de los hechos: su esposa había buscado involucrarse con Sócrates de manera deliberada.

Confundida, aventuró que quizá sus dudas se originaban en creer que Roberto José ya no era el joven librepensador que la abordara inicialmente en Nueva York. Por su aspecto y por su manera de comportarse parecía que sí era el mismo seductor de entonces, pero aquel asunto de la herencia fallida y luego esta manía de los caballos lo tenían ofuscado, refundiéndole los ideales libertarios que lo hicieran un ser fascinante para ella. En el plano personal, agradecía que su desencanto pudiera ser mitigado a través de la búsqueda espiritual, una tarea mucho más noble si se la comparaba con el papel de hacendada que su marido y los lugareños esperaban de ella.

Animándose a sí misma a enfrentar las consecuencias de sus actos, pues después de todo lo primero era hacer respetar su soberanía como persona, se secó el cuerpo con energía mientras fantaseaba con los conocimientos que transmitiría a Sócrates en el curso del siguiente encuentro. Se puso su collar de cuarzos favorito, una tobillera de corales rojos del Mediterráneo y buena parte de su colección de anillos engastados con piedras preciosas procedentes de todas partes del mundo, que la hacían sentir muy orgullosa porque su acopio había implicado años de paciencia y de estudio de sus efectos sobre cada uno de los siete chacras.

Vestida con un amplio traje casi translúcido, comprado en un almacén del pasaje hippie aledaño al Hotel Hilton que importaba artículos desde India, sintió hambre y caminó hasta la solitaria

cocina donde Delfilia había dejado a fuego lento el almuerzo para ir a curiosear en los corrales, y buscó en la nevera un poco de chapati, tofu y té helado. Después de saciar el apetito regresó al dormitorio y se echó en su hamaca, colgada frente a un ventanal orientado hacia la que en un futuro, y si todo salía según lo planeado, sería una gran terraza construida con tablones de madera. En sus manos tenía un enorme libro de color azul tomado de la repisa que Roberto José y ella llamaban pomposamente biblioteca. Llevaba por título Libro de Urantia y durante los últimos años había sido para ella fuente de consulta filosófica y espiritual, al revelarles que la relación de Dios con los humanos está motivada por el amor infinito de un ser omnipotente creador de siete superuniversos, en uno de los cuales está localizada la Tierra, vale decir Urantia.

A fuerza de leer y releer ese texto Virginie sabía que la práctica de sus preceptos significaba años de caminar en busca de abandonar su ser material y convertirse en un espíritu perfecto, capaz de alcanzar el nivel del Padre Todopoderoso. Estaba segura de que Sócrates jamás había contemplado las cosas desde esa óptica, pues para empezar él hablaba de dioses en plural, pensó mientras cabeceaba un poco y descansaba los ojos. Entonces, sobre una de las vigas que sostenían el techo, vio que la enorme anaconda heredada de los anteriores dueños de la finca la miraba con insistencia, como si intentara recordarle que los conocimientos del chamán también tenían su carga de poder y sabiduría.

—Bueno —dijo en voz alta, hablándole al güío—. Está claro que Dios puede ser al mismo tiempo todos los dioses de la selva, querida. Tú y yo no vamos a discutir por eso.

En los corrales, empapado en sudor y con el gznate re-cubierto de polvo, Roberto José estaba bastante lejos de pensar de la manera que imaginaba su esposa. Para empezar, al verla regresar creyó que venía de su habitual paseo por los morichales, no de una ausencia de dos días. Nadie había osado contarle de la escapada de Virginie hacia el playón, sobre todo por miedo a la potencial amenaza representada por Sócrates, que a pesar de todas sus mañas era lo más parecido a un médico que podía encontrarse en muchos kilómetros a la redonda, y en aquellas lejanías ninguno quería quedarse sin doctor. Por otra parte, informar al patrón de las andanzas de su esposa podía generar una tormenta que arrastraría consigo el matrimonio, la estabilidad espiritual de don Roberto y el proyecto del criadero, que ya representaba una esperanza de

trabajo y progreso para varias familias.

Por eso Virginie quedó por completo desconcertada cuando él entró sudoroso a la casa con todo el cuerpo raspado y una cicatriz en el pómulo, producto de un roce con el rejo de cuero con que maneaba una yegua. Fue directo a abrazarla exhibiendo la mejor de sus sonrisas y le cubrió de besos la cara y la cabellera. En las siguientes horas le diría haber tenido tiempo para reflexionar acerca de su relación, que sentía sólida pero con un punto frágil: ¿a qué podría dedicarse ella, ahora que debía abandonar su proyecto original de consagrarse a la docencia en alguna universidad? La pregunta era válida en cuanto que las tácitas reglas de su acuerdo de pareja estipulaban que ninguno de los dos podía sentirse defraudado o fuera de lugar, y él temía que ella terminara aburriéndose hasta lo indecible si no abrazaba una actividad que le diera sentido a su existencia cotidiana. Pero, agregó enseguida, la respuesta estaba a la vista: una escuela rural no dependiente del gobierno ni con asistencia obligatoria sino con alumnos voluntarios, que acudirían por el simple placer de aprender no sólo cosas nuevas sino útiles y también divertidas. Inicialmente sería para los muchachos de la vereda, pero con el tiempo y en la medida de sus posibilidades podrían convencer a gente de otros lugares, incluso de la mismísima Bogotá, para que enviaran a sus hijos a tomar cursos vacacionales.

Aunque a veces podía llegar a ser bastante entrometido y controlador, ese rasgo de la personalidad de Roberto José que lo obligaba a preocuparse por las vidas de los demás era uno de los rasgos propios de él que más seducía a Virginie. Ese era el hombre que la enamoraba, no el amansador de caballos obsesionado con un negocio plagado de riesgos e imponderables, no importaba si se emprendía en los llanos de Colombia, en la pampa argentina o en las planicies de Kentucky. Y la verdad era que de momento ella no veía una razón de peso para inferir que Martinica fuese una excepción a la regla del fracaso. Alguna vez había escuchado un aforismo según el cual la mejor manera de dilapidar una fortuna era tener una caballada; y como estaba comprobado que la herencia de su esposo ni siquiera merecía llamarse fortuna, razón de más para preocuparse.

Pero Virginie sabía que no valía la pena resistirse sino dejar que las energías fluyeran manteniendo limpios los chacras y la mente lúcida con la práctica de la meditación. Por tal motivo

agradeció a su marido la intención de buscarle oficio, pero aprovechó la oportunidad para informarle que ella ya tenía suficiente trabajo con el estudio de la sanación amazónica, con el acrecentamiento de los saberes heredados de Camille y los aprendidos por ella misma durante el transcurso de su vida. De modo que sus preocupaciones al respecto no eran necesarias, aunque la conmovían.

Roberto José aceptó la explicación, se alegró por su es-posa y respiró aliviado en cuanto a la salud espiritual de ella, pero en el fondo sintió una gran frustración, pues contaba con su ayuda para el proyecto de la escuela rural, que consideraba prioritario porque pasaría mucho tiempo, años quizá, sin que el criadero produjese frutos significativos en cuanto a la genética, y otro tanto para el momento en que pudieran venderse ejemplares a un ritmo suficiente como para sentir que era un negocio lucrativo.

Aparte, no imaginaba esa escuela sin sus propios hijos, que deseaba tener a la mayor brevedad, aunque no lo confesara por temor a ahuyentar a Virginie de su lado.

Barracuda navega con Kashogi

No recuerdo si de alguna manera ya te lo dije antes, pero para mí la ideología no difiere mucho de la teología, sólo que sus promesas de ríos de leche y miel están más referidas a la vida en la Tierra que al paraíso en el más allá, en los jardines de Alá, en el Walhalla o dondequiera que el predicador de turno decida situar d escenario de la felicidad eterna.

De modo que cuando a uno lo pica el bichito ideológico por primera vez, digamos que está predispuesto a aceptar la posibilidad de que, después de todo, el paraíso pueda estar al alcance de todos, siempre y cuando nos unamos para trabajar juntos y todas las carretas que sabemos. Es por eso que en países como el nuestro no resulta extraño que los cuadros de mando guerrilleros surjan de las aulas de los colegios donde la educación religiosa lleva implícita la esperanza de un futuro mejor, diseñado por Jesús de Nazaret para el caso de Latinoamérica.

Todas esas reflexiones me las hacía una tarde en la catedral de Medellin, después de haber almorzado con el Mocho en un restaurante del centro. Me había citado, no para hacerme el favor

prometido un tiempo antes sino para pedirme uno, que más adelante te contaré en detalle.

El caso es que después de almuerzo nos despedimos y yo caminé hasta el Parque Bolívar, el lugar que más me gusta en esa ciudad. Compré un helado de aguacate, que en mi humilde opinión es el supremo triunfo de la inventiva culinaria, y lo consumí bajo la sombra de los árboles con una sensación de libertad similar a la de los muchachos cuando capan clase. Me entretuve otro rato oyendo a los culebreros y conversando con los vendedores de bisutería sin intención de comprarles, sólo por el placer de hablar, y a continuación entré en la nave de la catedral.

No es para nada original decir que el silencio de los templos produce en el alma riel visitante una paz bastante sui generis.

Por lo menos en mi caso y en esa época de una tumultuosa y ruidosa Medellín, ignorante aún de lo que se le venía encima, el rumor producido por los enjambres de motos y los pitos de los buses urbanos no cesaba, pero pasaba a segundo plano al ser aca-llado por el arrastrar de pies de los feligreses y el murmullo de sus voces.

Sentado en una de las bancas y viendo desfilar por las naves gente de todas las condiciones, entendí que apenas una per-sona entra a formar parte de una jerarquía, guerrillera o eclesiástica —insisto: da lo mismo—, su personalidad empieza a modificarse cuando se da cuenta de que hace parte de una estructura de poder. En el caso de los sacerdotes puede ser poder sobre los alumnos de un colegio o de una universidad, sobre la feligresía de una parroquia o sobre un convento de monjas, que dicho sea de paso fue para mí un sueño recurrente: disfrazarme de capellán de un convento de novicias bonitas para incursionar cada noche en una celda distinta y mostrarles las delicias de Satán.

Podes reírte cuanto quieras, pero no es un chiste lo que trato de explicarte. El poder, ya lo dijo Aristóteles, corrompe. Y una sotana, al igual que un arma, puede hacer creer a quien la porta que goza de ciertas inmunidades. Creo que con eso está todo dicho por ahora, porque a donde deseo llegar es a que, dadas esas premisas, existen dos ciases de personas: las que caen en la tentación y se deforman bajo su propio poder, y las que lo usan con responsabilidad, en pro de lo que pretenden defender o hacer prevalecer.

Lo que convertía al Mocho en una persona especial era justamente que sabía combinar ambas formas de ejercer el poder. Hacía lo que le daba la gana, se pasaba las órdenes por el forro y organizaba a su gente según su propio criterio. Así había logrado conformar una extensa red de milicianos en Medellín y en Bogotá que sentían más respeto hacia él que hacia el secretariado, término estalinista para denominar al estado mayor. Enseguida piensa uno en Kruschev y en Breznev, ¿cierto? Pero en este caso se trataba de Marulandov, Arenoski, que ante semejante despliegue de eficiencia no encontraba por dónde agarrarlo ni cómo pedirle cuentas de MIS actos, a pesar de que no pasaba semana sin que llegaran al campamento de Casa Verde quejas sobre sus actuaciones y sospechas respecto a las alianzas estratégicas que establecía con gente rara en busca de sus propósitos.

—Me acusan de estar comiéndome las galletas yo solito —decía sin despelucarse y seguía adelante con su trabajo haciendo gala de un talante más deportivo que político o militar, como si la guerra fuera un juego de estrategias sobre un tablero y no aquella cosa sucia que había convertido en pistoleros a muchos de mi generación, yo incluido, ni más faltaba que fuera a hacerme el de las gafas frente a mi porción de responsabilidad. Me hubiera gustado seguir considerándome a mí mismo un guerrero, pero después de tanta joda me sentía más bien un pistolero, en el sentido cinematográfico del término. Un gatillero a sueldo, ¿si me entendés?

«Esta vaina es con fierros, hermano», acababa de decirme el Mocho durante el almuerzo al plantearme su propuesta, que consistía en contrabandear al país armas y municiones a pedido de lo que denominó «mi clientela», un ente abstracto y anónimo que se encargaría de sufragar los gastos de operación sin hacer remilgos frente al precio. Eso nos dejaría grandes márgenes de ganancia y de maniobra, dijo asumiendo que yo le daría el sí. Al traer mercancía para todo el que estuviera dispuesto a pagar por ella, en caso de que fuera detectada e interceptada sería muy difícil establecer a quién pertenecía realmente.

Y ahí era donde yo me convertía en alguien importante, pues sería la persona que comandaría los viajes, siempre por mar, y solamente él y yo conoceríamos las techas, los hombres involucrados y los puertos de embarque y de llegada. Yo había nadie más indicado y que le brindara mayor seguridad a él, pues sin formar parte de ninguna organización yo estaba lo suficiente mente

limpio y libre de sospechas.

Aunque durante los meses que llevaba en la vida ovil no me había faltado la oportuna y discreta asistencia económica de mi amigo, sentía llegado el momento de ganarme el pan por mis propios medios. El problema ante su ofrecimiento no era el dinero que podía llegar a ganarme, sino más bien uno de tipo ético: ¿quiénes serían los que él llamaba su «clientela»? Después de lo del incendio de los expedientes del Palacio de Justicia y de que fueran revelados unos vínculos entre Pablo Escobar y el EME, por cierto con pruebas que a mí me parecían frágiles, había que andar con cuidado. En el supuesto de que la operación de contrabando fallara y la inteligencia militar o cualquier otra fuerza descubriera que el cargamento era para la mafia o para las cada vez más consolidadas autodefensas de Urabá, sería la confirmación de lo que algunos columnistas de prensa empezaban a identificar como alianza entre las distintas fuerzas del mal. Con mayor razón si se conocía que el responsable era un tipo con mis antecedentes de mecánico.

Si el Mocho hubiese sido un mamerto con hoz y martillo en la solapa o estrellita de cinco puntas en la boina, yo ni siquiera me habría atrevido a pensar que su grupo sostenía relaciones con gente de, digamos, dudosas motivaciones. Pero como era él, precisamente él, el chiflado que gozaba infiltrando cuanta organización existía, era altísima la posibilidad de que yo terminara trabajando para intereses oscuros, en otras palabras y más en concreto, para el enemigo. Así se lo dije en nuestra siguiente cita, y como era previsible ripostó diciéndome que no era necesario exagerar. Habría por supuesto intereses de los tratantes de armas que se camuflaban en los san andresitos, y de pronto uno que otro fierro pequeño destinado a la mafia cascarera, porque parte del éxito era, como ya me había explicado, ocultarnos en medio de otras organizaciones. Pero el grueso de la carga iría destinado a la guerrilla, y eso podía jurármelo por lo más sagrado, por la memoria de su madre.

—Puede que no sean fierros pa' tus compás del EME, pero sí pa' la revoluta, mi hermano —aseguró dándome una palmada en la espalda.

Ese argumento me bastó para aceptar el ofrecimiento, sobre todo porque en mi interior yo quería creerle. Necesitaba creerle. Y

por otra parte estaba convencido de que tanta política y tanta negociadera entre guerrillas y gobierno no conduciría a ninguna parte, a menos que la burguesía recibiera una buena patada en los huevos. Y eso sólo sería posible armando a la genticita.

Así que en cuestión de horas estaba embarcado en un avión rumbo a Santa Marta, donde me esperaba en el aeropuerto un taxista con su nuevo nombre impreso en una cartulina: Conrado Ulloa, inversionista en bienes raíces que venía a alojarse en una cabaña reservada en el Hotel Irotama. Me registré y esperé ansioso tres días, tomando jugo de papaya, jugo de piña, jugo de papaya y jugo de piña, y así hasta el infinito dale que dale al pitillo, hasta que una amibiasis me hizo pensar que corría el peligro de quedar condenado a sentarme de por vida en un inodoro. Al cabo de ese tiempo, un botones llegó a avisarme a la playa, donde yo dormitaba bajo una carpa, que los de la constructora vendrían a buscarme a la hora del check-out y que no me preocupara por la cuenta que ya estaba pagada.

Empaqué mis corotos en el morralito y me senté en el lobby a esperar. A las tres de la tarde clavadas, ni un minuto antes ni un minuto después, entró un moreno espigado de sonrisa amplia y dientes desordenados que se presentó con un nombre que ya no recuerdo, lo cual no importa porque seguro era falso, y me acompañó hasta una destartalada camioneta de platón que nos llevó al Rodadero, donde abordamos una lancha de fibra de vidrio con dos motores fuera de borda de 250 caballos cada uno. Bautizada Victoria, medía unos quince metros de largo —eslora, dicen los marinos— y era una bala que navegaba como peo de bruja sobre las crestas de las olas haciendo pan y quesito bajo el gobierno del Barracuda, apodo con el que se identificaba el morocho que me había recogido en el hotel y que en adelante sería mi mano derecha y mi amigo incondicional, mi llave para toda la vida. Su alias obedecía a que sus dientes y colmillos, por demás grandes y blanquísimos al contrastar con el tostado de su piel, salían de las encías en formación anárquica, exactamente como los de una barracuda. Pero debido a la nunca bien ponderada capacidad de síntesis costeña el mote había quedado reducido a Barra.

Navegamos toda la tarde rumbo al noreste, hasta tocar en una ensenada del parque Tayrona donde nos esperaban unos parientes de Barra, que nos dieron de comer posta de sierra con yuca y trajeron una botella de Swing a la casucha en que

dormiríamos. Yo apenas hablaba y estaba tan ensimismado que ni siquiera respondí cuando me llamaron por mi nuevo nombre, lo cual puso en evidencia mi impostura, aunque tal cosa a nadie pareció importarle un carajo.

Tres tragos después, cuando ya iba a echarme sobre el rendido de un viejo catre, de esos que restaurados valen una fortuna en los anticuarios de Bogotá o Medellín, apareció por la puerta el Mocho sonriente como siempre, picando el ojo y con su acento caribe natural alborotado al máximo. Bebimos unos cuantos tragos y antes de despedirse me llevó del brazo hasta la orilla del mar para hablar en privado. Yo debía viajar a Aruba por unas subametralladoras y descargarlas en tales y tales coordenadas en una fecha determinada.

—Eso es todo, Kashogi —dijo en medio de una carcajada—. Ja, ja, ja. Ya que no te memorizas lo de Conrado, ese debería ser ahora tu nombre en clave. Kashogi, viejo sinvergüenza, el compa Barra te llevará y te traerá. Puedes confiar más en él que en mí, y al regreso ya sabrás quiénes serán tus contactos y cómo se va a mover todo el baile en lo sucesivo.

Si Dios existe, es la química

Cuando se pasan muchos días navegando en mar abierto, a pleno sol y sin darse un prolongado baño de agua dulce, las sales forman sobre la piel una coraza de color ocre iridiscente, el mismo que buscan adquirir en sus vacaciones los bañistas de todo el hemisferio occidental para alardear sin palabras sobre lo bien que la pasaron y despertar envidia entre los demás, sobre todo en quienes no pudieron viajar o no consiguieron alcanzar destinos exóticos por estar uncidos a la noria laboral.

Ese era el color que exhibía Lola después de la temporada a bordo del catamarán de Carlos Alfonso, navegando todo el tiempo entre Cispatá, Isla Fuerte y el archipiélago de San Bernardo. Sintiéndose más segura de sí misma que nunca antes, parte de su botín de vacaciones era saber que no tenía un sólo centímetro de su cuerpo sin bronceado. Habían sido unos días tan maravillosos que el doctor Dohm bien podía desaparecer de su vida, tan satisfecha estaba. No creía probable que su galán de verano pensara llevar la relación más allá, pero no le importaba porque en su recuerdo permanecería impreso para siempre aquel corto periodo de felicidad plena.

Tras despedirse de él en Cartagena abordó un vuelo hacia Bogotá en la víspera de iniciar su último semestre de carrera, que dedicaría a la presentación de exámenes preparatorios y a trabajar el proyecto de tesis de grado. Habituada en corto tiempo a que su más mínimo deseo fuera satisfecho con rapidez, el desvío de su avión hacia el aeropuerto de Cali debido a problemas de tráfico en El dorado le pareció un inconveniente mayúsculo y sumamente molesto, en especial por la espera de varias horas mientras la situación se normalizaba. Cuando por fin consiguió llegar en un taxi a su casa, la empleada del servicio doméstico le anunció que había un señor esperándola en la sala, colmada de floreros con rosas de todos los colores distribuidos sobre alacenas, aparadores y mesas auxiliares. Un arreglo enorme sobre la mesa de centro ocultaba la figura de alguien que conversaba con su hermana Marra Marina. Era Dohm, que había llegado antes que ella a Bogotá y que venía a pedirla en matrimonio. Las flores eran una suerte de avanzada con el evidente propósito de allanar el camino con la familia de Lola, a quien todo aquel despliegue de rosas y la sorpresa le pareció de un cursi chocante, sobre todo porque Marta Marina era testigo de primera mano. Sin embargo mantuvo la calma, hizo lo posible por sonreír y sin pensarlo mucho respondió con un sí, consciente del enorme riesgo de estar equivocándose porque realmente no lo conocía lo suficiente y era un hecho que el sexo con él no había sido nada extraordinario sino, todo lo contrario, un poco por debajo del estándar. Pero por otro lado no cabía duda de que se trataba de un hombre rico y, de momento, eso le pareció lo más importante a tener en cuenta, me dijo al contarme el episodio de la pedida de mano.

Por lo visto Dohm era rapidito en todos sus asuntos personales, porque la boda quedó fijada para unos pocos días después, lo cual nos obligó a los amigos de Lola a organizar una fiesta de despedida a las volandas. Sobre mí recayó la tarea de hacer la lista de invitados y convocarlos, consciente de que quizás esa sería la última vez que la mayoría de los asistentes vieran a quien solía ser una figura central de nuestras reuniones.

Por aquel entonces Bogotá no era una ciudad donde pudieran contratarse shows de strippers masculinos y pasarían años luz antes de que se abriera el primer sex-shop, de modo que como máxima travesura se me ocurrió invitar a quienes en el pasado habían sido novios y amantes de la homenajeadita. Asistieron todos, incluido Antonio Almanzor, el reportero gráfico que, una vez se

achispó con una serie de cocteles margarita, no tuvo inconveniente en declarar a los cuatro vientos que le dolía mucho la pérdida de su adorada Lola, la primera mujer que, según dijo, tenía todas las cualidades que se esperan de una pareja. Y ahora su Lola estaba presa en las garras de aquel hombre que muy probablemente la haría infeliz. Ella asumió el comentario como lo que era: una declaración de amor más teatral que otra cosa y levantó el vaso para brindar.

«No soy el tipo más fuerte del mundo, pero cuando ella casi rompió mi espina al abrazarme. Ay mi Lola, la-la-la-la Lola...», recitó Toño en mi oído y en inglés chapucero esas dos líneas de la canción de los Kinks antes de echarse un trago de tequila puro, hacerme un guiño pícaro y salir del lugar caminando muy derecho a rumiar su pena en privado. Me pareció bastante simpática su forma humorística de afrontar el despecho, fuera este real o imaginario, y me pregunté si alguna vez volvería a verlo porque su entereza frente a la pérdida hizo que su estatura como persona creciera ante mí, hasta el punto de convertirlo en alguien realmente atractivo, que además ansiaba practicar la misma clase de periodismo que a mí me llamaba la atención. ¿Sería consciente Lola de lo que se estaba perdiendo al dejarlo ir de su vida? Muy probablemente no, por lo visto.

Hoy, cuando evoco aquellos días de la fiesta, caigo en cuenta de que se trató de un periodo durante el cual no sólo ella tomaba decisiones claves, sino que lo mismo nos ocurría a todos los miembros de nuestro círculo de amistades, a punto de abandonar el capullo académico para enfrentar la realidad. En mi caso, desde los primeros días de estudio me llené de una enorme cantidad de dudas que sólo se despejaron cuando decidí hacerme periodista, cronista de la sociedad, amanuense del desastre, historiadora del presente o como sea el término más indicado para designar las intenciones con que asumí la profesión. No voy a citar a Camus ni a decir sandeces sobre las similitudes que hay entre el periodismo y otros oficios un tanto menos brillantes, pero sí puedo afirmar que tomé la decisión con seriedad porque yo también estaba a punto de graduarme de abogada y, decidida a no ejercer el derecho, cualquier trabajo me parecía francamente aburrido y por tanto peligroso para mi espíritu. No sabía muy bien qué buscaba, pero sí tenía claro qué deseaba evitar. Fuera de la burbuja universitaria las cosas serían a otro precio. Iba a tener que vérmelas en el ejercicio profesional con

los mismos personajes que ahora se sentaban a mi lado en el aula, donde mal que bien las condiciones ambientales estaban controladas por la rigidez de la academia. Pero en la calle, en el día a día, incluso en las reuniones sociales, el maniqueísmo y los fundamentalismos de cada cual aflorarían para hacer las veces de armas en la jungla de la vida.

Cierto talante capaz de encarar las relaciones con los semejantes se encuentra comúnmente entre los miembros de casta privilegiada, a la que pertenecen quienes nunca sufrieron dificultades económicas en el pasado y no las padecerán en el futuro gracias a su acceso a la educación superior de alta calidad. Dejo constancia de que no hablo desde el resentimiento, pues también pertenezco a esa clase privilegiada, y tampoco se trata de una postura política, palabra esta que encuentro más peligrosa que un abaleo en un ascensor, porque pensar en términos de política pone en peligro mi decisión de conservar a toda costa mi fe en un futuro mejor, en nuestro éxito como especie, probabilidad cada vez más dudosa. En cualquier caso siempre resulta inconveniente hablar de política, sobre todo cuando la conversación está escanciada con licor y aderezada con sustancias psicotrópicas, ingredientes que durante mi vida, entonces y ahora, he encontrado mezclados con más frecuencia de la deseable.

Ya sé que casi hablo como una anciana, pero me limito a ser literal, si bien debo hacer una salvedad antes de seguir adelante: no asumo una actitud moralista respecto a las drogas. No soy alcohólica pero sí bebedora social frecuente, y además he consumido a lo largo de mi vida cuanta sustancia altere la conciencia y las percepciones. Aún fumo marihuana a diario, si me invitan a un paseo en busca de hongos me apunto sin dudarlo un segundo, no le tengo miedo al ácido y he usado éxtasis dos o tres veces antes de irme a la cama con algún compinche. En otras palabras y citando a un amigo al que no daré crédito por temor a desprestigiarlo, creo que la química es la mejor prueba de la existencia de Dios.

Pero si bajo los efectos de ese sustancioso coctel, cuyas proporciones dependen del resoné privado de cada cual, se aborda el tema del bien común, que en últimas es de lo que se trata la política, resulta ser un desastre mayúsculo. A mí me hace perder los papeles sentarme a hablar de tales cosas con los amigos cuando están achispados por el vino o el whisky, uno que otro de ellos tan

torcido por la traba que confunde el cambio de percepción sensorial derivado de las pepas o el cannabis con lucidez mental, cuando sabido es que la mezcla no te hace ni mejor ni peor que lo que ya eres, ni más o menos inteligente, ni más o menos sensible. Si eres fundamentalista de izquierda o de derecha, que son dos de los disfraces que adopta la estupidez, no dejarás de serlo con un pase de perica o unos cuantos pitazos de la estimada María; eso te lo garantizo.

De paso, también debo decir que conozco de sobra o, mejor, que mi familia conoce de sobra el precio que se paga cuando algo sale mal en el jueguito de invitar a Dios a jugar con tus neuronas. El consumo de drogas es Highway to Hell, para seguir con las citas musicales. Es un deporte tan arriesgado como el vuelo en ala delta, el motocross o el paracaidismo con caída libre. Mi hermano Felipe, el buen Pipe, talentoso diseñador industrial, excelente estudiante durante toda su vida y puertas abiertas en la universidad del mundo que eligiera, reventó su cabeza contra el pavimento de la calle del Cartucho, en sentido figurado y literal, porque allá fue a dar cuando en casa nos cansamos de peinarle la moña y allá murió golpeado brutalmente cuando sus compañeros de vicio intentaron robarle alguna nimiedad, quizás un chicharro de bazuco.

Pero no quiero desviarme hacia temas de mi familia, que prefiero mantener fuera de esta historia. Hablaba antes respecto a la inconveniencia de mezclar el consumo de drogas con las discusiones sobre política. Desde entonces no he cambiado de opinión al respecto y, por lo visto, la rumba tampoco ha evolucionado: la mezcla sigue dándose, aunque a mediados de los años setenta yo capoteaba mejor ese temporal, junto con otros de diferente naturaleza. Entonces quería ser periodista y una buena manera de dejar las charlas de salón y hacer algo práctico y realmente útil para mí era cambiar de rumba y de rumbo.

De manera providencial me ofrecieron empleo como auxiliar de redacción en Sonar, una revista de farándula que jamás imprimía la palabra política y mucho menos economía, como no fuera para burlarse de ellas. Allí los problemas no consistían en establecer si el estatuto de seguridad del gobierno de Turbay era antidemocrático, o que posición asumir tiene a las toninas a los guerrilleros en las caballerizas <Je Usaqué, o si a la gente del común seguían dándole por el culo. En Sonar, los problemas capitales eran lograr

una foto de Claudia de Colombia con su novio argentino, o quién decía esta vez la verdad en la enésima pelea entre Jimmy Salzedo y María Cristina Caicedo, o lo corroncha que se veía Carmenza Duque al lado de María Eugenia en aquel show de televisión. Temas capitales, como puede verse, pero que a mí me venían muy bien en ese momento porque intentaba darle soltura a mi brazo de redactora para adquirir eso que llaman oficio. Después podría abordar asuntos de mayor calado y, de momento, había consuelos como entrevistar un nuevo grupo de salsa bautizado Niche por sus integrantes o escribir una crónica sobre Canta el pueblo, un espacio de Radio Furatena en que tocaba un trío llamado Los Carrangueros de Ráquira.

En Sonar, no en la redacción sino en el área administrativa, trabajaba Manuel Sánchez, Maní, un samario simpático y bien parecido que me puso el ojo de inmediato y que no debió esperar demasiado para que yo accediera a salir con él. Nos divertíamos mucho, casi cada noche, yendo a bailar salsa en El Escondite y La Jirafa, discotecas del centro que a él no le gustaban mucho por considerar que nosotros los cachacos habíamos intelectualizado la que él había conocido toda su vida simplemente como música antillana, no salsa, un rótulo comercial «inventado por los vampiros de Nueva York». Pero igual se divertía y terminábamos durmiendo juntos un día sí y el otro también, hasta que una oferta de trabajo para él en Barranquilla nos separó. No sería por mucho tiempo.

Cuestión de conveniencia

Cuando una persona, cualquier persona, evoca los años sesenta, es probable que piense enseguida en la carrera espacial, en el viaje de Apolo II, en la revolución sexual de los malhadados hippies, en las asonadas del 68 en París y Praga, y en la derrota de los americanos en Vietnam, que tanto tiempo les ha tomado a los estadounidenses asumir. Ya en el terreno de la parroquia local, quizás esa persona recuerde el gobierno de Carlos Lleras Restrepo y sus iniciativas de reforma agraria. Al menos ese es mi caso, pues por entonces pasaba las noches intentando pescar en el receptor de radio, uno de esos monstruos de doce bandas que ya no se consiguen, noticias sobre lo que acontecía en Bogotá. Moviendo la antena de un lado a otro como si pescara con mosca, procuraba no perder ningún capítulo del forcejeo entre el presidente y los hacendados con credencial de congresista, claramente opuestos a cualquier cambio en el régimen de propiedad de la tierra.

Los gamonales exhibían su acostumbrada ceguera, la que nos había costado el ostracismo a quienes, vistiendo uniforme, nos atrevimos a sugerir un cambio de mentalidad. Su torpeza parecía aún mayor en cuanto que la defensa de sus privilegios les impedía detectar cierto descontento popular, materializado en la paulatina proliferación de bandoleros autoproclamados guerrilleros. Hasta un cura jovencito, que pregonaba la toma del poder por medio de las armas, había sido detectado en un combate contra el ejército al intentar recuperar un arma para probar su valía. Ni cortos ni perezosos, ganaderos y agroindustriales, todos a una como en Fuente ajena, no sólo pretendían atajar el reparto y alinderamiento de latifundios, sino que querían un país hecho a la medida de sus necesidades. El tiempo se encargaría de sacarles la cuenta ele cobro por su terquedad.

Menciono todo lo anterior para mostrar que por vivir en Platea yo no estaba desinformado ni mucho menos, aparte de que podía bajar a comprar los periódicos nacionales en Fundación, escuchar la radio y conversar con la oficialidad activa y en retiro

cada vez que visitaba Barranquilla o Santa Marta. Ellos, por estar sobre el terreno o más cerca de los acontecimientos, eran mis mejores y más confiables informantes. De modo que podía parecer que yo vivía en las nubes, y de hecho geográficamente así era, pero me mantenía perfectamente enterado de cuanto acontecía. Sin embargo, a pesar de ello, cuando escucho mencionar los años sesenta lo primero que se me viene a la cabeza no es nada de eso. sino el renacimiento que significó para mí la tarde en que Marisol León llegó desde Santa Marta en un campero destartado y carcomido por el óxido, justo dos semanas después de que la Niña Eme nos presentara.

Si digo que ella era —y aún es— hermosa, nadie creerá en la objetividad de mi aserto, por razones obvias: fui y soy parte interesada. Pero debo decirlo: esa tarde Marisol León me pareció el ser más bello de la creación, a pesar de ya haberla visto días antes. Quizá lo que le daba su aspecto de ángel era la fragilidad que proyectaban su cara y su cuerpo después del ajetreo del viaje. Traía consigo una carta en sobre cerrado que emanaba el inconfundible aroma a pachulí de la casa de Ernestina:

Santa Marta, abril de 1968

Mi muy querido General:

Con la presente te deseo que estés muy bien como siempre. Si tienes esta carta en tus manos es porque Marisol ya llegó a tu casa lo que me alegra por ambos pero sobre todo por ella pues es una niña que ha sufrido mucho en la vida. Ella no se queja ni cuenta nada pero yo si estoy enterada de que lo que dejó atrás no fue ninguna perita en dulce. Quiero ahorrarte los detalles y solamente te pido General que recuerdes un poquito las cosas que son capaces de hacer los pájaros del norte del Valle. Ella se salvó y llegó hasta mi en busca de trabajo y vivienda pero en vista de todo lo que a aguantado no tengo corazón para ponerla a servir en mi casa.

Te cuento que Ella tiene instrucciones más de servirte según le pidas y está dispuesta a serlo, el trato es que te ayude a limpiar tu casa y te cocine y duerma contigo cuantas veces quieras siempre y cuando la trates con respeto y le pagues el sueldo que le pagas al mayordomo de la finca. Me parece justo porque el servicio doméstico que va prestarte es muy especial.

Suerte mi querido General espero que todo te siga saliendo

según previsto. Tu amiga.

Ernestina Tedesco

Mientras leía aquellas líneas de caligrafía tan apretada y cuidadosa, por el rabillo del ojo sentí la presencia de Marisol sentada cerca de mí, examinando con sus ojos la estoica decoración de mi casa. Doblé la carta y la miré sintiendo que la cara se me caía de la vergüenza, pero sostuve su mirada, que transmitía la fría expectativa de quien se encuentra a la espera de que otros tomen las decisiones o impartan las órdenes del caso.

—De modo que así son las cosas —le dije para romper el hielo mientras guardaba el papel en un bolsillo de mi camisa—. Supongo que Ernestina la puso al tanto de las condiciones del contrato.

—Sí, señor. Y para que no me quedaran dudas me leyó la carta antes de guardarla en el sobre y entregármela.

—Bien. Le regalo lo de «señor». Dígame Augusto, por favor. ¿Cuántos años es que tiene usted?

—Veinticuatro, don Augusto.

—Venga le muestro el sitio donde vivirá —le dije dirigiéndome hacia la casita que acabábamos de construir para ella y que, a pesar de los atafagos y las improvisaciones, resultaba la más bonita de la dispersa ciudadela conformada por las diferentes edificaciones con que ya contaba Platea.

La llevé en un recorrido por el lugar y el matrimonio de mayordomos de la finca llegó hasta donde estábamos para enseñarle los detalles del funcionamiento de los servicios y la dotación. Desde la mañana siguiente, les dije, Marisol sería la encargada de atenderme en mi casa. Les pedía encarecidamente que le colaboraran y que incluyeran en el mercado los víveres y los abastecimientos que ella necesitara para que todo saliera según lo previsto. No les dije en qué consistía «lo previsto» porque ni yo mismo sabía cómo se desarrollarían los acontecimientos de ahí en adelante.

Y así, sin mayores ceremonias, empezamos a vivir juntos. Ella se las arregló para meterse en mi cama la segunda noche después de su llegada y se retiró antes del amanecer sin yo pedírselo. Evidentemente las instrucciones de Eme eran más

amplias que las contendidas en la carta, y a partir de entonces y durante un buen tiempo me sentí como si me hubiesen recargado las baterías. No era tan torpe como para pensar que estaba enamorado y ella tampoco jugaba a eso. Éramos simplemente dos seres que cada uno a su manera se necesitaban el uno al otro y que lo único que esperaban de esa suerte de contrato de conveniencia era una relación con un poco de gentileza y algo de generosidad y tolerancia. Fue justamente eso lo que obtuve de Marisol y creo que ella podría decir lo mismo. Hasta que las circunstancias cambiaron, nunca tuvimos un sí o un no, y a menos que se sintiera mal físicamente jamás se negó a mis requerimientos.

La verdad, mis exigencias no eran muchas ni muy frecuentes, pues tampoco soy de los que necesitan todos los días de mujer, ni más faltaba, que para el celibato también lo forman a uno en los cuarteles, qué demonios. Aparte, había periodos en los que yo terminaba las jornadas cansado hasta el punto de llegar a botarme sobre la cama con el lomo partido por la ciática, que aparecía en mala hora a complicarme la vida. Inyecciones, pastillas, masajes de un sobandero y masajes de la propia Marisol eran inútiles cuando se hacía presente un tirón eléctrico que me recorría desde el corvejón hasta la nuca para hacerme ver estrellas de todos los colores y maldecir con los dientes apretados.

Por su parte ella era joven, bonita y tremendamente atractiva, cualidades que se multiplicaban exponencialmente en aquella lejura donde predominaba el personal masculino y tener esposa, al menos entonces, era un lujo porque las fincas apenas empezaban a ser productivas, todos vivíamos contando las pérdidas y fundar una familia era sólo para gente pudiente. Así las cosas, desde los primeros días supuse que sería sólo cuestión de tiempo que ella terminara seducida por la simpatía juvenil de algún muchacho de su edad. Por experiencia sabía, y todavía sé, que cuando el gato no está los ratones hacen fiesta, y aparte de mis viajes esporádicos a Barranquilla yo me ausentaba durante horas para ir a revisar las cercas de los linderos más alejados, visitar a los vecinos e intercambiar con ellos cosechas y materiales de trabajo.

Mi suposición no era para nada descaminada. Una tarde en que regresaba a lomo de mula de una visita a un caserío indio, cosa que hacía a veces para mantener buenas relaciones con los líderes espirituales de la Sierra, Fui hasta una pequeña cascada como de diez metros de altura que rompía contra las piedras a unas cuabras

de la casa. Inspirado por el espíritu de los mamos que acababa de saludar, quería estar un rato a solas y me pareció que aquel lugar, el más bonito rincón de Platea, convenía a mi estado de ánimo. Le dije al mayordomo que siguiera su camino hasta la casa y me desvié. Al aproximarme a pie, pues las monturas se dejaban amarradas a prudente distancia dado el difícil acceso al sitio, escuché la risa de Marisol y la voz de un hombre. Mi primera reacción fue agacharme y llegar agazapado hasta un matorral de heléchos, desde donde pude verlos a ambos jugar en ropa interior bajo el chorro de agua. A él, un tipo joven y bien parecido, no lo había visto antes y por tanto supuse que se trataba de un trabajador de alguna finca vecina recién llegado a la región. Regalándole una alegre sonrisa de coquetería que nunca me dirigía a mí, Marisol corrió a sentarse sobre una pie-dra y lo invitó a reunirsele. Ambos se abrazaron echados sobre una gran piedra y la intensidad de los movimientos de ella también resultó inédita para mí. Como en una canción ranchera, sentí la sangre nublándome la vista y llevé mi mano a la cintura en busca de la pistola, pues la escena me enloqueció de rabia.

Pero no iba a chiflarme ni mucho menos. Bien miradas las cosas, eran simplemente los celos generados por una situación que, una vez di media suelta para emprender el camino hacia mi casa, me pareció más cómica que trágica. Reí al pensar que casi me había dejado llevar por una reacción primaria, pues en caso tie dispararles hubiera darlo al traste con una situación que a la larga y a la corta resultaba conveniente para todos. Tomé la decisión de no contarle jamás a Marisol que la había pillado, pues si llegaba a sentir que yo le reclamaba por su travesura podía dejarme, cosa que yo no quería. Era simple, pensé riéndome de nuevo por haber llegado a pensar en establecer con ella una pareja estable: la muchacha se limitaba a ejercer el ocio para el que estaba destinada desde su llegada a la casa de citas de Santa Marta, sólo que de una manera distinta. No era una guaricha, pero estaba a un tris de serlo. En otras palabras, por supuesto exagerando un poco y corriendo el riesgo de parecer injusto, la Niña Eme había montado sin proponérselo una sucursal en Platea.

Tintorera en Bocas de Ceniza

Antes de patear el balde, el abuelo Edilberto le ha regalado un dinerito destinado a remplazar la Slavia de aire comprimido por una Winchester calibre 22 de repetición comprada en el mercado

negro. El arma no está amparada y pedir al general que le ayude a tramitar un salvoconducto con el Ejército tampoco es posible porque podría terminar en su decomiso.

Por eso lo mejor es callar y sacarla a escondidas por el callejón de servicio cada vez que la usa. Con ella empuñada se mete al monte sintiéndose más seguro, más dueño de la situación y por tanto más letal para los animales que tengan la mala suerte de atravesarse en su camino. Con la Slavia tenía un tope, un punto más allá del cual no podía hacer daño, razón por la cual resultaba imposible cobrar una presa de tamaño superior al de una gallineta, y eso bajo el supuesto de que le atinara en la cabeza. Ahora está en capacidad de sumar a la lista de trofeos conejos, chigüiros y el sueño dorado de todo cazador: un venado.

Su táctica preferida consiste en subir hasta la horqueta de un árbol bien grande, donde monta una atalaya con ramas y se tiende a esperar, experimentando un placer especial cuando toca con su pómulo el acero frío de la recámara.

En ocasiones entra a la manigua en compañía de los amigos de colegio que comparten con él la afición. No tanto a la cacería como a caminar por el campo y fantasear con la idea de ser libres, aunque sólo sea durante un rato. Suele andar en compañía de Rafael, Óscar, Abraham y su tocayo Antonio, pero la mayoría de las veces opta por salir en solitario a treparse a alguna de las atalayas que con el tiempo ha ido ubicando en diferentes lugares del bosque. Tendido sobre ellas es capaz de abatir presas a una distancia considerable y sin usar mira telescópica, pero un día, al ver un grupo de guacharacas en un árbol, en lugar de dispararles decide asustarlas con un disparo que sacude la rama donde se posaban cinco de ellas. Salen a volar envueltas en su alharaca y desde entonces descubre que ese juego es mucho mejor. Sin cobrar todavía un chigüiro o un venado, su puntería es tan efectiva que está cansado de matar y adopta la táctica de disparar a un lado de la presa para verla brincar asustada y correr, o echarse a volar, según sea el caso.

Toño concluye que si alguna vez le toca prestar servicio militar, cosa que no le gustaría pero que cree bastante probable dada la condición y la manera de pensar de su padre, pedirá a sus superiores que lo destinen a una de esas unidades especiales de reconocimiento que, según ha leído, operan en Vietnam tras las

líneas enemigas. Muchas veces actuando en solitario, los lurp, como se les conoce en la jerga militar, son excelentes francotiradores. Con su tonito de suficiencia, el profe Mailer presume de haber integrado uno de aquellos escuadrones suicidas, pero basta ver su pesado cuerpo de queso pera para darse cuenta enseguida de que, como ya es habitual en él, miente al hablar de su servicio en el sudeste asiático.

El caso es que los lurp parecen ser los únicos capaces de enfrentar con éxito a los pequeños guerreros vestidos de negro que salen en las fotos de prensa, acurrucados mientras comen arroz con la mano y sostienen entre las piernas un rifle automático de asalto. Se conocen como Vietcong y son una guerrilla comunista, lo cual es una lástima porque eso significa que son amigos de los rusos, quienes como todo el mundo sabe mataron más gente que los nazis en la guerra mundial. El caso es que, a pesar de sus amistades poco recomendables, de todas maneras a Toño los Vietcong le caen bien. Es agradable pensar que bajo el fuego de sus fusiles los aires sobrados del gordo Harvey Mailer debieron salir a volar como guacharacas asustadas.

Su cambio de enfoque respecto a la cacería le incrementa la sensación de que últimamente, sobre todo desde la muerte del abuelo, el mundo y él mismo están transformándose con mucha rapidez. De hecho, él ha entrado en la etapa que los mayores llaman «el desarrollo» y está claro por qué la llaman así: empiezan a nacerle una pelusa sobre el labio superior y vellos negros en el pubis y las axilas. Sus amigos visten todos pantalones con las dos niñeras juntas debido a1 crecimiento suele rápido, lidien las fosas nasales anchas y feas, pero no tanto como los barros y espinillas que aparecen en cualquier momento a otro en los lugares más visibles e inoportunos. Y lo peor es esa sensación interior de angustia que no tiene explicación y se encuentra a medio camino entre las ganas de levantar a patadas a un cristiano y el ansia de besar a una cristiana. Es una época en que cada uno examina su pene para compararlo con los de los demás, como ocurre en las tardes en casa de los hermanos López, recién mudados al barrio y que tienen en el patio una piscina cuyo vestidor, en medio del relajo y los gritos, es escenario de la más desvergonzada manifestación de masculinidades. No hay mujeres a la vista, pero todos desean mostrar lo que serían capaces de hacerles con la hinchazón de su mondá, de su verga, que son las dos palabras más apropiadas para

referirse al órgano en cuestión porque pene y pipí son términos para mariquitas. Quizá falo tenga alguna posibilidad de ser aceptada en aquel templo de machos jóvenes entregados a la erección exhibicionista.

Aunque ni haya mujeres allí en el vestidor, Toño tiene unas en el baño de su casa. Por las noches lleva a sus habituales encierros de lector aquella revista donde aparece Brigitte Bardot bocabajo y completamente desnuda sobre la cama. Sus piernas están plegadas de modo que los dedos de sus pies apuntan hacia el cielo y sus nalgas, esas dos montañas de delicada pastelería francesa, parecen esperar cada una su beso. No muestra más, pero pensar en el tesoro —sus amigos lo llaman pepita— que lo espera allí donde se juntan sus muslos basta para ponerle el corazón a mil por hora. Así las cosas, no hay lectura de Quintín Durward que valga siquiera la centésima parte de aquel espectáculo, apenas una muestra del universo de placer integrado por un escogido grupo de amigas nocturnas llamadas Claudia Cardinale, Raquel Welch, Sofía Loren, Ornella Mutti y una serie de mujeres que «son fallutas porque nunca muestran el meollo del asunto, viejo Toño», le dice al cabo de un tiempo su amigo Rafa pasándole un ejemplar de Playboy que ha comprado en una farmacia del centro y que trae fotografías de mujeres. Son desconocidas pero fabulosas por su perfección, hembras al lado de las otras palidece y se convierte en la especie de una diosa desañuda. salvo en aquella foto en que mujeres arqueados apuntan eterna y directamente hacia el paraíso.

Rafa es un baquiano del centro de Barranquilla, al igual que Habraham. Antonio y Oscar. que compiten entre sí en cuanto a conocimiento del sexo femenino, todos tienen novia, pero como los padres de ellas imponen estrictos horarios de visita, el tiempo restante los cuatro van del timbo al tambo midiendo calles o midiendo monte, porque siguen en sus excursiones de cacería durante meses. utas por el placer de caminar y estar juntos que por otra cosa. hasta que a Rafa y Óscar se les ocurre pedir ai papa de este que les preste su lanchita con motor fuera de borda para irse a pescar en los caños de la isla de Salamanca y en El de Horno, una de las ciénagas a través de las cuales el Magdalena desemboca en el mar.

Ellos dos son expertos pescadores con carnada viva y le enseñan a Toño los trucos para sacar de los caños pargos fondea-dos y corretear sábalos en la ciénaga. Cada uno con sus

características. son dos estilos de pesca considerablemente más placenteros que acechar entre las ramas algún animalito para llenarlo de plomo. La primera técnica consiste en un ejercicio de paciencia que se practica bajo la sombra de los manglares, con una pequeñísima boya de corcho de la cual cuelga el anzuelo. Si la boya se hunde es que un pargo ha picado; la segunda, que resulta más emocionante pero consume mucha gasolina y aceite para motor, le gusta a Toño porque se trata de navegar a marcha mínima bajo el sol, con el aire marino llenándole los pulmones hasta que la camada viva llama la atención de un sábalo, un pez que suele dar pelea incluso durante horas. En temporada de veda esta modalidad tiene un atractivo adicional cuando toca escapar a toda máquina de las lanchas del Inderena, tripuladas por guardabosques autorizados legalmente para decomisar los aparejos de pesca, el motor y la embarcación.

Un día los tres deciden alterar la rutina y arponear un tiburón en Bocas de Ceniza, donde abundan. Llevan un rollo de nailon grueso de máxima resistencia y una guaya de acero que tiene en la punta un arpón de hierro "pesado como el matrimonio". ha dicho el pescador profesional de las flores que se los alquiló por un sha. ignorante del destino que los muchachos pensaban darle. En efecto el hierro pesa lo suyo y la superior fortaleza física de Rafa lo conviene tácitamente en arponero oficial. El motorista navegante será Oscar y Toño deberá manejar la bomba de achique pues, en la principal desembocadura del Magdalena. el mar picado tiene un oleaje como de caldero hirviente, golpea y desborda el casco desde todas las direcciones inundando la sentina en pocos minutos.

Como las aguas apestan a mortecino debido a la cantidad de basura y carroña que trae el río convertido en cloaca nacional, los hedores atraen gran cantidad de tiburones y Óscar acerca la lancha al cadáver agusanado de una vaca que flota debido a la hinchazón de la muerte. Son gases atrapados bajo el cuero, informa Óscar a Toño, quien no puede contener las arcadas que le produce la fetidez y se dobla sobre la borda para vomitar justo en el instante en que Rafa eleva el arpón asíéndolo en sus poderosos brazos y, con un movimiento de asombrosa velocidad. lo entierra en el lomo de una tintorera de tres metros de largo que da un salto hacia un costado y empieza a desenrollar el carrete del nailon internándose a toda velocidad en aguas más profundas.

Tiburón y lancha navegan frente a la costa de Salamanca,

primero en dirección hacia la población de Ciénaga y luego de vuelta hacia Bocas, y luego vuelta a Ciénaga y de nuevo de regreso a Bocas. Y así varias veces, el mismo recorrido a lo largo de todo el día sin que la tintorera deje de sumergirse con la fuerza de una locomotora por el lado de babor para salir enseguida por estribor. La tensión del sedal, amarrado a la única cornamusa que tiene la vieja barca, hace que su contacto queme la piel de los dedos incluso cuando acaba de salir del agua, y la emoción inicial de haber dado en el blanco va cediendo ante el cansancio y la evidencia de que el animal está lejos de darse por vencido. Pero como Rafa posee la porfía del pescador no se rinde y desestima las sugerencias de Toño y Óscar, partidarios de no insistir más y cortar el nailon con el cuchillo de una buena vez.

La tenacidad del arponero es recompensada hacia las seis de la tarde, cuando el bicho sale a flote frente a una playa por la pérdida de sangre. Lo remolcan hasta la orilla porque el tanque de gasolina de reserva está casi en ceros y se sabía que no podrán volver navegando hasta Bocas de Ceniza. Pero espera, va hasta el teléfono y Rafa llama a su padre, un ingeniero, o también aficionado a la pesca que lo felicita y le dice que lo espere que ya mismo sale en su busca. En cambio, Óscar y Toño temen. El primero porque su papá siempre le presta la ranchita suponiendo que es para navegar por los caños. no para salir a pescar en mar abierto y mucho menos en Bocas de Ceniza. Y el segundo porque a esas horas su madre debe estar enloquecida buscándolo por media Barranquilla. Él ha dicho que iba a jugar un torneo con bolaetrapo en el barrio Delicias. pero va siendo ya casi las siete de la noche, su mentira debe arecerle a ella del tamaño de la catedral.

Ahora sí que Rata les produce a sus dos amigos una envidia tremenda, pues tiene un papá que no hace preguntas incómodas y está abierto a todo, incluidas las travesuras de su hijo, que entre otras cosas no considera travesuras sino acciones que debe emprender cualquier muchacho en trance de convertirse en hombre. Por su parte el padre de Óscar, un juez del Tribunal Superior del Atlántico con temperamento flemático y moral de acero se limita a pedirles a los tres que fijen la lancha sobre el remolque. Después ordena a Óscar subir a este, no a la cabina de la pick-up, y lo lleva remolcado hasta la casa, donde le informa que ese fue su último viaje a bordo de la embarcación. Puede irse despidiendo de ella porque nunca más volverá a prestársela. Y cumple su palabra a

rajatabla, razón por la cual el combo de amigos deberá encontrar en adelante nuevas formas de diversión los fines de semana.

En cambio, la mamá de Toño lo recibe convertida en una tatacoa y no lo cachetea al abrir la puerta de la casa porque su afán de guardar las apariencias frente a los demás puede más que su ira, pero de puertas para adentro viene una infinita sucesión de cantaleas. A través de la oficina de Telecom en Fundación, su madre envía al general un mensaje para que venga a hacerse cargo del salvaje que está llenándole la cabeza de canas. Menos mal su padre, por alguna razón no muy clara, manda de vuelta un telegrama en el que dice «imposible viajar stop úrgeme quedar esta stop mucho trabajo stop». De momento, está salvado. Por lo menos todavía cuenta con los libros, que le permiten hacerse el loco durante varios días y entrar en universos donde un muchacho de catorce años puede navegar los siete mares y combatir a los piratas malayos sin que su mamá se ponga histérica. Si Patricia hubiera sido la mamá de Sandokán, este nunca habría navegado sino que estaría condenado a recolectar las cosechas de cocos en Ceilán por toda la eternidad, va la madre si no.

Amarga despedida

Consciente de la necesidad de un plan B mientras llegaba el momento en que Martinica fuera un criadero próspero, o al menos se sostuviera por sí mismo, Roberto José decidió mantener una manada de ejemplares criollos. Apoyándose en ellos pondría a marchar una escuela de artes y oficios dedicada a instruir muchachos, unos locales y otros venidos desde distintas partes del país, en la monta de caballos y en todo lo relacionado con su cuidado. Pensaba que si a él le hubiesen dado la oportunidad de asistir a un centro educativo de esa naturaleza lo habría agradecido enormemente porque, en su opinión, no existía mejor método para forjar el carácter y la personalidad de un jovencito que el trato con

los equinos. Pero la experiencia se había limitado a tomar clases los fines de semana en el club hípico donde recibían cuidados los ejemplares de su padre el doctor Casasbuenas, más aficionado a verlos que a montarlos.

Para los locales la idea de una academia rural ecuestre era llover sobre mojado porque ese tipo de instrucción era la que se les impartía a los llaneros desde la cuna, hasta el punto de considerar que hombre y caballo conformaban una sociedad indivisible y era imposible concebir al uno sin el otro. En palabras de Medardo, como desde niños les habían enseñado que ambos formaban un solo ser, ninguno se planteaba demasiadas preguntas alrededor de ese hecho, por supuesto atribuible a la sabiduría y grandeza del creador, que les daba monturas para que ellos pudieran ser llaneros.

En lugar de retroceder ante tal argumento, Roberto José insistió en la conveniencia de su proyecto, lo cual era, más que una prueba de terquedad, una muestra del grado de ensoñación que podía alcanzar incluso cuando la propia realidad daba muestras de su tozudez. No se trataba sólo de enseñar a montar, sino de dar a los alumnos la oportunidad de conocer otras materias útiles para la vida. hasta un grado en que las artes relacionadas con los caballos quedarían relegadas a un segundo plano.

Virginie intentó aclarar el punto al anotar que en su opinión lo más atractivo de la escuela no serían la doma y monta de potros sino los libros: de matemáticas, de geografía, de español y de cosas prácticas que ayudaran a los muchachos más avisados a buscar una vida mejor, lejos de aquellos peladeros donde la pobreza no permitía hacer planes más allá de la supervivencia diaria. Agradado por el inesperado respaldo que recibía de ella. Roberto José respondió que le parecía muy bien, salvo aquello de que una mejor educación necesariamente conducía hacia una mejor vida. ¿Podría haber mejor vida que la de este paraíso?, preguntó para restar importancia a las ventajas de convertirse en ciudadano, decisión que implicaba renunciar para siempre a la tranquilidad, a la libertad de no tener encima a nadie, a la posibilidad de gozar de un cuerpo sano en lugar de convertirse en una bolsa de grasa por culpa del sedentarismo. Omitiendo los detalles relativos a las drogas y a la liberación sexual, les habló de la búsqueda de una vida sencilla y elemental emprendida por las comunas hippies, palabra esta que procuraba no usar en sus conversaciones por sus connotaciones estereotipadas. Si para los colombianos bien informados ser hippie

significaba poco menos que un estigma, el camino más errado que podía tomar una persona, ¿qué reacción podía esperarse por parte de aquellos campesinos criados en medio de la nada y educados en un catolicismo recalcitrante?

Por eso prefirió hacer énfasis en que todos los padres de familia de una comunidad debían compartir la responsabilidad de la educación de los hijos de todos, pues finalmente la hermandad de los hombres era uno de los mandatos de Jesucristo, dijo mirando hacia la pancita de Delfilia, que por encontrarse embarazada de pocos meses alborotaba en él la necesidad de pensar en los niños que habitarían Martinica en el futuro, empezando por los que en su momento tendría Virginie, ofendida porque Roberto José dispusiera de su vientre e hiciera planes con ella como si fuera una de las yeguas del criadero. Por supuesto era la primera en darse cuenta de que exageraba y que su esposo no pretendía exactamente eso. pero su cuerpo y mente sentían un enorme fastidio ante la simple idea de una maternidad que estorban. la prioritaria búsqueda de los conocimientos más antiguos de la humanidad.

Prosiguió dejarle en claro de una buena vez que la crianza y educación de niños no estaban dentro de sus planes inmediatos, pues había tomado la decisión de abandonar Martinica durante un tiempo para continuar con su búsqueda de la sabiduría. Para decírselo espero una noche en que tomaron un baño en la ducha a cielo abierto y tragarón una pastilla de ácido cada uno. Era un ritual amoroso que cumplían de vez en cuando para recordar sus primeras tiestas en la habitación del bajo Manhattan, con la diferencia de que aquí en el Llano el agua de la ducha era ilimitada y gratuita.

Una vez Roberto José aspiró el primer pitazo del que alguna vez él mismo bautizara «el protocolar bareto poscoital», Virginie intentó sincerarse sin herirlo, pues al estar Sócrates involucrado en su decisión de partir corría el riesgo de que los celos terciaran en el asunto. Sería nada más por un tiempo, le dijo, pues necesitaba ir en pos de un desarrollo espiritual que sin duda redundaría en beneficio de su relación de pareja, que sentía atorada en un callejón sin salida porque la realidad se había encargado de poner en evidencia la disparidad de sus intereses. Sin embargo quería tranquilizarlo y ser muy clara al pedirle que no se confundiera: ni por asomo había dejado de amarlo, pero si le permitía marchar sus relaciones mejorarían y su matrimonio tendría mucho futuro, pues el suyo sería

un viaje con retorno. Eso se lo juraba por todos los dioses. En cambio, si se negaba a darle su consentimiento, se vería obligada a irse de todas formas, sólo que sin posibilidades de regreso porque los puentes entre ambos podrían quebrarse.

Sorprendido porque para él su relación de pareja no necesitaba mejoras de ninguna clase, Roberto José sintió que estómago y tripas le subían por el gaznate amenazando con salirse por la boca. La casa empezó a darle vueltas, vio que la anaconda se deslizaba sobre las vigas del techo para descolgarse por el lazo de una hamaca y venir hasta donde él, paralizado por el terror y con la certeza de que el animal iba a devorarlo siguiendo las instrucciones de Virgínea, cuya intención era enviudar para irse con Sócrates.

Casi tan asustada como él por la consternación que le había provocado, ella dirigió sus ojos hacia donde los mantenía fijos R. J. y vio la viga en que la anaconda dormía plácidamente después de despachar dos gallinas viejas servidas horas antes por Medardo. Más allá del animal, sólo estaba la penumbra del techo de palma, pero el terror en la mirada de su esposo no se disipaba ni siquiera sacudiéndolo con fuerza, cosa que hizo con insistencia hasta que él se puso en pie y salió de la casa a toda carrera para detenerse en la pequeña explanada del frente de la casa, poblada ya por los brotes de grama. Allí vomitó la poca comida que guardaba en su estómago mientras lloraba y se quejaba por ser un desamparado, un fracasado que ni siquiera era capaz de retener a su mujer.

Delfilia y Medardo aparecieron en escena y le ayudaron a devolverlo a la casa y a bañarlo para quitarle la suciedad y la trasca. Virgínea estaba convencida de que se trataba de un mal viaje, de una desafortunada mezcla de sustancias, de esa maladía conocida vulgarmente en Colombia como pálida. Un poco de descanso y todo volvería a la normalidad.

Pero no fue así. Al día siguiente, cuando el sol ya estaba bien alto y los hombres se encontraban lejos de la casa en labores varias, el patrón permaneció despierto en su cama, mirando hacia la viga donde el güío aún dormía su llenura, sin pronunciar ni una palabra como no fuera para negarse a recibir los alimentos que Delfilia le llevaba. Eso sí, fumaba un Pielroja tras otro y se limitaba a caminar hasta la puerta corrediza que daba a la terraza de tablones que él y Medardo ya estaban a punto de terminar. Se quedaba en el

rellano, mirando hacia el oriente con ojos de ternero degollado y consumiendo cantidades apreciables de marihuana, lo cual acrecentaba su melancolía.

Cuando Virginie se le acercaba para hablarle, le daba la espalda y se negaba de plano a responderle, ofendido porque ella intentaba hacer que comiera y dejara de fumar tanto, pues lo atormentaba una tos persistente que hacía sonar su garganta como un tarro lleno de trozos de lata. Ella sabía que, en el fondo, la única salida posible para aquel estado cercano a la catatonia era decirle que ya no se iría, que había cambiado de planes y que emprendería su búsqueda espiritual manteniéndose a su lado, pero no estaba dispuesta a ceder ante el chantaje afectivo aunque tuviese plena conciencia de que este no era más que la justa respuesta al chantaje al que ella misma pretendía someterlo al pedirle un respiro en la relación.

Pasaron los días y el silencio entre los dos era un muro infranqueable porque ambos seguían en sus trece, sin ceder ni un palmo. Dejaron de dormir juntos porque Virginie había decidido colgar una hamaca en el espacio que R. J. llamaba «el cuarto de los niños», hasta que un día, cansada de la situación, entró a la habitación nupcial y le asió con fuerza las manos para sacudirlo y decirle que no sólo entendía todo lo que la odiaba sino también que ese odio se incrementaba cada vez más a medida que pasaba el tiempo y ella no echaba para atrás su decisión. Lo sentía mucho, pero debía ratificarle que su viaje no era para siempre sino durante un tiempo, se lo juraba. A renglón seguido, le pidió comprensión en el tono más conciliador posible:

—Mi alma está hundida en el barro de las profundidades y necesito hacerla salir para que mi sustancia vital se haga visible.

Por un momento pareció como si Roberto José entendiera, porque a sus ojos asomó un resplandor de lucidez que muy rápido se trocó en mirada de odio. Sacudiéndose del contacto de ella, se puso en pie para caminar hasta la terraza, donde se giró de nuevo para decirle con voz metálica:

—Lárgate, bruja puta. Vete a tus aquelarres, revuélcate en el barro que dices, que es de dónde vienes y de donde espero no salgas nunca, perra inmundada.

Asustada, Virginie salió apresuradamente hacia los corrales

porque sintió que en cualquier momento el odio de él podía convertirse en agresión física con un simple cambio del viento. Montó en su rocín y galopo hacia el morichal donde la esperaba Sócrates.

Acuchillado en la terraza inconclusa, con la espalda recostada a la pared de la casa, Roberto José decidió alhelarse a través de la humedad de sus ojos, sintiendo más dolor por la forma en que acababa de tratarla que por el abandono. Maldijo en silencio para atajar un ataque de autocompasión e intentó en vano encender un Pielroja empapado con sus lágrimas y mocos.

Jolgorio de carnaval

Como ha podido verse hasta ahora, no soy muy versada a la hora de organizar mi cabeza, aparte de que el ritmo de rock que desde el comienzo he pretendido darle a esta crónica no surge tan espontáneamente como quisiera y, en lugar de sonar como una banda bien afinada, semeja un coro griego de pesadilla. Eso suponiendo que yo supiera en qué consiste un coro griego, porque las únicas referencias que tengo al respecto provienen de lecturas obligatorias en la universidad y de alguna de esas funciones de teatro que tanto abundaron en los años ochenta y noventa, sainetes de gente arrastrándose por el piso con la cara tiznada o cubierta de cenizas, una teta al aire allá, un culo ídem más acá y una actriz con un latoso timbre de voz haciendo el papelón, ya que no el papel, de Ifigenia, Electra o Medea. Con todo respeto y si se me permite, puestas en escena al lado de las cuales el soporífero teatro de García Lorca —definido por Borges como un «andaluz profesional»—, a pesar de tanto taconeo, castañuela y seseo, pasaba a ser algo tan entretenido como una comedia de Mel Brooks.

No puede ser que por andar lanzando diatribas contra lo que no me gustaba y aún no me gusta pierda de nuevo el foco de estas memorias, lo cual no significa que me rinda y abandone la tarea. La compulsión del principio sigue intacta, el impulso está ahí, apremiante, recordándome que debo seguir adelante porque si quiero escribir debo hacerlo ahora o no lo haré nunca. En mi vida y en las vidas de mis compañeros de generación, colegas o no, cierta sensación de urgencia ante la fatalidad obligó a que el «ahora o nunca» haya sido una constante bajo la cual tomamos decisiones de todo tipo, las triviales y las esenciales, las egoístas y las altruistas. Siempre fue ahora o nunca, y para mí, sentada en este instante

frente al teclado, la frase conserva su vigencia.

Decía unas páginas más atrás que me encontraba tra-bajando en la revista Sonar, donde conocí a Mani, un ejecutivo del área administrativa que, de parecerme un hombre simplemente simpático, terminó haciéndome la corte antes de irse a trabajar a Barranquilla.

Lo seguí hasta allá, no por estar enamorada de él sino porque casualmente me enviaron a lo que podría llamar mi bautismo de fuego, mi primer cubrimiento periodístico de un carnaval, durante el cual, además de narrar las fiestas populares propiamente dichas, debía entrevistar a Celia Cruz, Juan Pina, Cuco Valoy y Pastor López, que iban a tocar en bailes y casetas durante los cuatro días de parranda.

Recuerdo la emoción al descender del avión portando en mi mochila una pequeña grabadora nueva y tres libretas de caligrafía que pensaba llenar de apuntes para quedar en los registros como la pipiíola que mejor había cubierto la fiesta en toda su historia. Mi atrevimiento de novata me hacía sentir que Patricia Lara, Oriana Fallaci y Barbara Walters podían empezar a preocuparse, pobres patinchadas, pues yo había llegado para destronarlas más rápido que lo que se tarda en decir Barranquilla.

En retrospectiva, me veo caminar en sandalias por las calles de la ciudad con aquella excesivamente corta falda roja de algodón y la blusa blanca de etamina pegada al talle por efecto de la humedad ambiental. Una joven reportera que se sentía asediada por las miradas en el lobby y en el patio central del Hotel El Prado, donde se alojaban todas las estrellas que debía entrevistar. Tras de mí, como si fuera la cola de un cometa, Roberto Vélez, el veterano fotógrafo que mi jefe había designado para acompañarme y no dejar que mi inexperiencia diera al traste con la misión.

Esto último Jo deduje tiempo después, porque en aquella mañana de sábado, esperando al lado de la piscina del hotel a que Celia Cruz bajara a desayunar para abordarla, veía a Roberto Vélez como una suerte de rémora, un molesto apéndice al servicio del ingenio hecho mujer, o sea yo, que me veía obligada a soportarlo.

Desperté rápido de mis ensoñaciones y no recuerdo qué preguntas le hice a Celia mientras los miembros de la orquesta que la acompañaban en la mesa me desnudaban con sus ojos, pero no

debió ser un cuestionario brillante porque mi conocimiento de la música salsa se limitaba a los pocos versos que podía cantar mientras azotaba baldosa en La Teja Corrida o acompañaba a Mani en sus incursiones bailables. El caso es que al terminar la conversación me despedí y caminé hacia la recepción para buscar al siguiente entrevistado, pero descubrí que había dejado la libreta sobre la mesa de la cafetería y regresé a tiempo para escuchar a Celia decirle a su esposo, Pedro Knight, y a los demás que sus comentarios y burlas eran muy crueles, pues se notaba a la legua que mi esfuerzo era meritorio, dado que yo estaba apenas empezando y que, además, por no ser caribeña ni siquiera llevaba la música en la sangre.

—¡Nadie nace sabido! —les decía la negra mientras yo recuperaba mi libreta y me escurría avergonzada del lugar.

Sentir que había sido objeto de burlas me dotó en lo sucesivo de un temor al ridículo que siempre me ha obligado a documentarme, a veces en exceso, antes de hacer cualquier entrevista. Pero como ese día en la lista estaba también Cuco Valoy, necesitaba tener referencias sobre el merengue que fueran más allá del reciente éxito de Nació varón. Llamé a Mani para que me ayudara de alguna forma antes de encontrarme con mi siguiente entrevistado, pero no respondió el teléfono de su casa. Sin saber muy bien qué hacer, pues Vélez era igual de ignorante que yo en asuntos musicales, me senté en el lobby apabullada, con las rodillas bien juntas porque me sentía cercada por las miradas de la multitud de hombres que iban y venían en el frenesí previo a la Batalla de Flores, que tendría lugar esa tarde a unas pocas cuadras de allí. Miraba los dedos de mis pies pensando en ir hasta mi hotel para cambiarme la ropa por algo más discreto cuando sentí un movimiento de gente que corría. Eran los fotógrafos que batallaban por el mejor ángulo para retratar a Cuco Valoy. No tuve más alternativa que lanzarme a entrevistarlos x no recuerdo qué le pregunté cuando lo tuve diez minutos para mí sola, pero me sentí más segura que en mi encuentro con Celia x decidí que una vez regresara a Bogotá escribiría el artículo con lo poco que el negro había podido decir a pesar de mis torpes contra preguntas y con los datos que, esperaba, Maní me suministraría más adelante, bajo el supuesto de que apareciera.

Salí de El Prado a las carreras, sin tiempo para cambiarme de ropa porque Vélez y sus colegas fotógrafos la montaron de que

convenía estar hora y media antes del arranque de la Batalla de Flores, o de lo contrario el gentío y el desorden me dejarían por hiera, sin poder hacerme una idea real del principal evento público de las fiestas, un espectáculo próximo al delirio colectivo colmado de carrozas y con un disfraz por cada metro cuadrado. Llegué hasta el punto donde empezaría el desfile a través de un abigarramiento que me dejó sin aire, después de sendos pisotones sobre mis pies prácticamente descalzos y sin dos botones de mi blusa, lo cual me obligó en adelante a mantener una mano cerrándola todo el tiempo, so pena de exponerme a exhibir ante el populacho mi esmirriado tetamen de cachaca. Pero eso no era lo peor, alguien había saqueado mi mochila y ahora estaba sin grabadora y sin la billetera con mis papeles. Busqué la ayuda de Váez, pero la marea del desfile lo había arrastrado y no lo veía sino hasta el día siguiente a la hora del desayuno. Presa del pánico, me las arreglé para caminar entreverada entre las comparsas y las cumbiambas por la avenida 20 de Julio, intentando pasar desapercibida, pero tal cosa resultó imposible porque aparte de los piropos más obscenos que había escuchado en mi vida, desde la zona del público que flanqueaba el desfile me llovían alternativamente maicena, agua y anilinas de colores que, al fundirse todas en una gruesa y única capa, por lo menos contribuyeron a disimular la desnudez de mi pecho. Debía presentar un aspecto tan desamparado que una cumbiambera de traje blanco y rojo, con una flor de arrebatamacho ensartada en la moña y una calilla apagada en los labios se apiadó de mí pasándome una botella de ron blanco. Me la llevé a la boca para echarme un larguísimo trago con sabor a coco y a relajo, y quedé tan contenta que arranqué detrás de la cumbiamba olvidando inhibiciones y temores, sin importarme un carajo la pérdida de mis documentos o de la grabadora. Cada cierto tiempo me acercaba a la cumbiambera que me había adoptado para calmar su sed con sus generosas raciones de ron y güepa jé, me puse a bailar echándome un trago tras otro hasta que faltando apenas unas cuadras para llegar al Paseo Bolívar una mano poderosa me arrapó por el brazo y me jaló hasta meterme en la multitud, que me devoró. Era un hombre muy fuerte con una máscara de gorila que me levantó en vilo para llevarme lejos del mierdero. Extrañamente no sentía pánico sino entusiasmo, pues él administraba tan bien su descomunal fuerza que no me dañaba, y además yo sabía que después de lo vivido esa tarde no podía pasarme nada malo.

Ya alejados del gentío que seguía atento al paso de la

Batalla, el hombretón me depositó con mucha suavidad sobre la acera y con fingido acento bogotano me dijo «ala, mi reina, ¿qué hace sumercé tan encuerita y tan borracha en medio de la manigua? ¿Es que no sabe qué puede pasarle algo malo».

La voz me resultaba familiar y, aunque el acento fingido me despistaba, lo de encuerita me dio la pista que necesitaba: era Mani, que se carcajeó cuando le arranqué la máscara y fin© darle una paliza con mis puños, que él asió con sus manos- esas sí de gorila, antes de abrazarme con fuerza y chantarme en la boca una delicia de beso que se prolongó durante minutos y que sirvió de abre bocas para todos los felices sucesos de los tres días siguientes.

Convertido en mi sombra, esa tarde me llevó al hotel y me invitó a cenar en el mejor restaurante árabe de la ciudad. Quien no conozca Barranquilla no puede saber las dimensiones reales de lo que digo, pues quizá no haya un lugar en toda América que cuente con tan buena culinaria de Oriente Próximo. De modo que decir el mejor restaurante árabe de Barranquilla es como mencionar los jardines de Alá, la diera de Mahoma. el menú de Mil y una noches, Y después, a bailar en la caseta Matecaña. donde tocaba Juan Piña, de donde salimos a una verbena del barrio Boston hasta bien entrada la madrugada.

A las nueve de la mañana siguiente estaba mandándome desde la recepción para que bajara a desayunar con el allí, hasta El Prado a bordo de su jeep para entrevistar de nuestra Celia Cruz y a Cuco Valoy, previa ilustración acerca del robo de mi grabadora y mis apuntes, lo mejor es que no quería dar ninguna explicación sino que Mandaba decir mentiras diciendo simplemente que era mi novio y que temía por mi empleo, consiguió que Celia y Cuco hablaran de nuevo a la reportera que ahora sí formulaba unas preguntas mejor razonadas que las del día anterior.

Y enseguida, a la playa de Salgar en busca de un almuerzo con mojarra, para después asistir al parrandón de la Gran Parada y a más bailes en casetas y verbenas, viviendo los dos un enamo-ramiento al ritmo de La ópera del mondongo y las letras procaces de José María Peñaranda. Es mejor dejar de lado la palabra enamoramiento y decir que en realidad lo mío con Maní aquellos días fue un encone de esos que te llevan por delante, haciéndote perder toda conciencia y los últimos restos de decencia; como corresponde al carnaval, cuya naturaleza es el espíritu

pecador, el hacer en cuatro días lo que no se hace durante el resto del año.

Al menos eso pensaba yo en el momento. Más que ena-morada, me sentía impulsada por un hálito transgresor y suponía que a bordo del vuelo de regreso a Bogotá, en el atardecer del Miércoles de Ceniza, las aguas volverían a su cauce y aquel en-cantador príncipe caribe, ya que no azul, se convertiría de nuevo en un sapo de guayabera y oficina con aire acondicionado.

Por lo visto Maní opinaba otra cosa, porque al amanecer de ese día me llevó a desenguayabar a las playas de Salgar y sin rodeos ni explicaciones previas, haciendo gala como nunca de su espíritu abierto y alegre, sacó una sortija con un diamante engastado y me llenó de dudas e inseguridades al proponerme ser su esposa.

Le agradecí la propuesta, tomé su carota entre mis manos para chantarle una andanada de besos y le dije que él era el ser más divino, pero que para casarme con cualquiera debía pasar mucho tiempo, el suficiente como para convencerme de que el matrimonio no era la tumba del amor ni el camino más rápido hacia el infierno. Cuando ese día llegara, le prometí, el primero en mi lista sería él.

Vuelta al mundo con un sátiro

A lo largo de sus meses finales en la universidad Lola fue absorbida por un vórtice que incluía exámenes y trabajos de grado, el grado mismo, la fiesta de compromiso, conocer a las amistades de su futuro marido y acostumbrarse a la evidencia de que muy pronto casi todas sus anteriores relaciones quedarían atrás. Ahora pasaba sus días en compañía del tipo de personas que siempre le habían generado antipatía y a las que unos meses antes no se habría acercado ni en sus más locos pensamientos.

Todo esto, permanentemente colgada del brazo de aquel hombre incapaz de dejarla sola siquiera un segundo, no porque estuviera celoso, le aclaró Dohm, sino porque ella era adjetiva para él y tenía la particularidad de sorberle el seso, lo cual era una bendición antes que un mal: estar a su lado le sentaba requetebién, le procuraba un bienestar nunca antes experimentado en toda una vida invertida en la búsqueda de la persona capaz de causarle tal

sensación.

La fiesta de su matrimonio, celebrado en la iglesia de Santa María de los Ángeles, tuvo lugar en el Club Rosaleda de las montañas nororientales de Bogotá, y puso en evidencia la influencia y el poder del novio. A la misma asistió la totalidad del quén es quén y las fotos salieron publicadas en revistas y periódicos de circulación nacional, sacando del anonimato a una pareja que hasta el momento no disfrutaba de tanta celebridad. La mayoría de los asistentes, debido a los comentarios que les hicieron sus amigos, le parecieron a Lola un tanto raros, no precisamente por lo desconocidos sino porque todo en ellos, desde la manera de saludar a los novios hasta los regalos enviados a la residencia de la novia la noche anterior, era una serie de competencias desmedidas por agradar al doctor Uohin. En ese contexto, decir que eran de mal gusto hubiese resultado un sinsentido porque el propio regalo de él para ella consistía en un carro convertible de un color dorado tan especial que lo hacía único, pues de hecho había sido especialmente encargado a la ensambladora. La pobre Lola hizo lo posible por sonreír agradecida y darle a su esposo un beso a la altura de las circunstancias, o al menos a la altura de la muy particular manera con la que él parecía entender las circunstancias. Y mientras ella fingía examinar el carro con agrado, alguien del grupo de la universidad comentó envalentonado por el alcohol y resguardado en el anonimato de la patota:

—No es un regalo lobo ni tampoco corroncho. Es una mezcla de los dos. Es un carro loboncho.

Achispados casi todos, no pudimos evitar una carcajada colectiva inevitablemente escuchada por Lola, que aunque no tuviese muy claro en ese momento la causa precisa del estallido de risas, sí la sospechaba. Se volteó a mirar hacia nosotros y el rubor subió hasta su coronilla haciéndole agachar la mirada. Años después me contaría que esa noche sintió como si una pesada cortina cayera entre su pasado y su futuro, separándolos para siempre,

De todos modos por aquellos días ella no dispuso de mucho tiempo para reflexionar al respecto y no tuvo opción distinta a dejarse llevar por la sucesión de eventos derivados de su matrimonio, tras el cual emprendieron un viaje de luna de miel que parecía diseñado por un agente de viajes sobreactuado. Decir que el

boucherÁe. los tiquetes aéreos ocupaba casi tres hojas no alcanza para formarse una idea fiel de lo que fue aquel periplo alrededor del planeta que al mismísimo Phileas Fogg le habría parecido exagerado, aunque la verdad no se trataba propiamente de una carrera de observación sobre el mapamundi sino de un recorrido con pausas largas, de modo que los novios pudiesen dedicarse a conocer a fondo determinada ciudad o región hasta agotarla con la sencilla y onerosa fórmula del mejor hotel, los mejores restaurantes y los lugares más íntimos.

El de la intimidad era un tema prioritario para Carlos Alfonso, que se tomó tan en serio lo de la luna de miel que empezó a resultar empalagoso porque a todas horas quería irse a la cama. En los restaurantes era frecuente que llamara aparte al mesero para preguntarle en voz baja si además de los platos de la carta podía ofrecerles alguna exótica receta afrodisíaca, lo cual invariablemente desembocaba en una mirada cómplice del camarero que abarcaba también a una Lola avergonzada. De aquel sereno y respetuoso pretendiente de los primeros días a bordo del catamarán no quedaba ni la sombra, porque este otro tenía temperamento de sátiro y parecía creer que la vida de casados era una olimpiada en la que se exigían al máximo la creatividad amorosa y la resistencia física de ambos miembros de la pareja. Lo peor era que ella se sentía incapaz de no seguir el juego, pues el despliegue de generosidad del hombre que había escogido como compañero permanente no dejó el más mínimo resquicio por donde atravesar una negativa a lo largo de los tres meses de viaje.

Al cabo de ese tiempo, Lola se descubriría a sí misma tan irritada por abrir las piernas de forma inopinada que no podría evitar el recuerdo de la tesis de Esther Vilar en *El varón domado*, según la cual no existen prostitutas más prostitutas que las mujeres casadas, porque se someten a los caprichos del marido a cambio de una contraprestación económica permanente. Ahora tal argumento le parecía particularmente válido cada vez que recibía un regalo costoso, hecho que por lo general precedía a los requerimientos de Carlos Alfonso, que por su parte convertía los preliminares del acto mismo en una complicada coreografía que incluía esencias y aceites, lencería con mucha seda y encajes, uso de todos los muebles de la habitación y juguetes sexuales antes del apresurado y algo frustrante desenlace de siempre.

Así recorrieron el planeta de un lado a otro, con él

pro-curando evitar que la permanencia en las grandes ciudades se prolongara demasiado, pues ello significaba visitas a monumentos, lugares históricos, museos y galerías que a Lola le servían como providenciales asideros para escapar del asedio.

De modo que Nueva York, París o Estambul fueron apenas estaciones de paso que simplemente les permitieron hacer conexiones con islas exóticas como las Seycheles. Barbados, Mauricio, Mali, Maldivas, Bora Bora y una serie de lugares remotos y de precios tan disparatados que los hacían inaccesibles para la mayoría de los mortales, no sólo geográfica sino económicamente.

A lo largo del viaje Lola se sintió tan exhibida como trofeo que antes de su regreso a Colombia, temiendo lo peor, le pidió a Carlos Alfonso el favor de abstenerse de organizar cualquier tipo de reunión, evento o fiesta para celebrar su aterrizaje en la vida normal. Lo consiguió, aunque las sorpresas no terminarían allí porque desde el aeropuerto fueron a vivir en un penthouse pintado de blanco, con muebles de fino cuero y piso de tablones de comino crespado con un sistema de calefacción instalado debajo de la madera que permitía descalzarse para dejar que el clima paramuno de la capital fuera apenas una referencia al otro lado de los ventanales. No tardaría en darse cuenta de que su marido buscaba el confort a ultranza como medio de garantizarse un escenario perfecto para dar rienda suelta a su satiriasis.

Porque con las variaciones de tiempo y lugar correspondientes, eso fue lo que ocurrió. Carlos Alfonso iba y venía entre su oficina y la casa en horarios tan disímiles que impedían a Lola planear cualquier actividad por su cuenta, pues él se sentiría ofendido si, por ejemplo, llegaba a almorzar y ella no estaba; o si la llamaba a media tarde para que lo acompañara a cine o al club y las muchachas del servicio le decían que la señora había salido a verse con unas amigas o simplemente de compras. Cuando algo de eso sucedía, él no manifestaba disgusto sino que incrementaba sus exigencias lúbricas haciendo pucheros como un niño privado de su golosina.

Así las cosas, a Lola le resultaba muy difícil plantear su deseo de continuar el máster en historia del arte que tenía previsto hacer desde antes de conocerlo. Decidió esperar, segura de que el acoso iría disminuyendo con el tiempo. Mientras tanto, trataría de encontrar el lado bueno de aquella situación un tanto absurda y

procuraría inmiscuirse en el trabajo de él, conocer el funcionamiento de la oficina central desde la que manejaba sus empresas. Quién sabe, a lo mejor hallaría allí una fuente de trabajo adecuado para sentirse una persona útil y no una cortesana.

Ya conocía las instalaciones de «la compañía», como él solía llamar al negocio, y por tanto nada la sorprendió. Sí llamó mucho su atención el racimo de firmas que constituían un holding conformado por empresas que, al menos a primera vista, no eran muy exitosas y se dedicaban a actividades económicas que desde hacía un buen tiempo, como sabía cualquiera que leyera periódicos, atravesaban momentos difíciles. La única excepción era un manojo de pequeñas y discretas sociedades anónimas dedicadas a corretajes aduaneros. Indagó un poco y se enteró de que estas a su vez estaban conectadas con otras pequeñas firmas importadoras de mercancías varias que las distribuían a través de otro eslabón más allá del cual le resultó imposible seguir indagando. Picada por la curiosidad, preguntó de manera casual a gerentes y contadores, que ante su insistencia respondieron con evasivas y dilaciones, y terminaron remitiéndola a su esposo, el presidente de la compañía.

No era posible darle cierta información, le dijo él, y le pedía el favor de no husmear más por allí y entender sus razones. Desde la fundación del negocio, la familia guardaba con celo las claves de su funcionamiento. Sin duda ella era ya miembro de la familia, pero a los ojos de los empleados permitirle el acceso sería violar un código de casi un siglo de tradición. Había cosas que eran como eran y nada podía hacerse para cambiarlas. Más bien le proponía aprovechar sus conocimientos de arte para fundar y ponerse al frente de una boutique de alta costura, un negocio cuya exclusividad y buen gusto no se hubieran visto nunca antes en Colombia. El la financiaría, por supuesto.

Como la idea de ser tendera no le llamó la atención en lo más mínimo, aparte de que el tema del diseño de modas le parecía superfluo, Lola dio largas a la propuesta y se dedicó a la lectura y a estudiar por su cuenta los temas incluidos en la maestría que esperaba poder cursar algún día. Quería estar preparada para cuando tal cosa ocurriera, aunque de momento su prioridad era encontrar la manera de hacerle saber a su marido que ella tenía otra forma de entender las relaciones maritales, sin que ello condujera al fin de la pareja y a la pérdida de la seguridad económica que tanto la obsesionaba por considerar que era la única garantía para alcanzar

sus sueños.

Seguro, primo

Alrededor de las tres de la mañana los parientes de Barra vinieron a despertarnos con un café tinto tan caliente que pelaba la lengua. El desayuno lo completaban un queso salado, patacones fritos y unos panes tan añejos que parecían haber llegado a América «con la expedición de Bastidas», dijo mi nuevo amigo intentando ponerle humor al madrugón.

Muy pronto me acostumbraría a la forma despreocupada con que Barra encaraba las cosas, por más complicadas que estas se pusieran. Marinero y pescador desde que tenía memoria, era el noveno de los trece hijos de una pareja orgullosa de sus ancestros guajiros, establecida en un conjunto de ranchitos en la ensenada de Cinto. Habían llegado a mediados del siglo xx a la zona que después sería declarada parque nacional, para escapar de una de las tantas guerras tribales que tenían lugar en la península por causas que iban desde la pérdida de un chivo hasta la caída de un contrabando de whisky en manos de la aduana.

Era y es uno de esos tipos de edad imprecisa que apa-rentan veinte años y al mismo tiempo cuarenta, dada la frescura juvenil de sus movimientos y la forma madura y ponderada que tienen de razonar con los demás, sin alzar nunca el tono de voz pero soltando esa clase de sentencias que buscaban ir directo y al punto. Alto y espigado, como ya te dije, estaba tostado por el sol y hubiera podido ser considerado un hombre apuesto si aquel estropicio que tenía por dentadura no fuera tan visible. Pero él asumía esa peculiaridad física con humor, hasta el punto de admitir bromas al respecto, como cuando uno de los mecánicos del lugar donde horas antes fuimos a recoger la Victoria le había dicho, en alusión a que siempre parecía sonriente: «viejo Barra, si sigues burlándote de mí a toda hora voy a zamparte la mano», y él no se disgustó sino que soltó una carcajada antes de seguir preparando el bote para nuestro viaje.

Toño tardo a lo que pudiera suponerse, Barra estaba tan seguro de sí mismo y de lo que era que nunca se le veía en plan de imponer su voluntad por la fuerza. Para mí, ese rasgo suyo era por lo menos inusitado si se leída en cuenta que había nacido en un medio donde las armas se glorificaban y en el que era necesario probar la hombría un segundo sí y el siguiente también. Cuando por

alguna razón necesitaba que su opinión fuera tenida en cuenta, soltaba un «se lo advierto» que no tenía tono de amenaza sino de prevención, de aviso cordial para evitar que el otro incurriera en error.

Tuve claro todo eso desde aquel primer amanecer juntos. cuando noté que la casi totalidad de los hombres implicados en la operación que emprendíamos estaban armados y él no. Si bien portaba una PPK guardada en una maricartera que a su vez encaletaba en la caja de herramientas del bote, no creo haberlo visto con ella más de dos veces y, en tal caso, con la mayor discreción posible, sobre el coxis en la parte de atrás de la pretina del pantalón.

Lo de guardar su pistola en una caja de herramientas en-viaba el claro mensaje de que para él un fierro era exactamente eso, un fierro nada más, un objeto asimilable a las llaves inglesas, los extractores de bujías y los pasadores de la propela. Elementos todos igual de importantes para el trabajo de un marino como él, veterano de ene mil sustos en una carrera como navegante iniciada por los tiempos de la primera bonanza de la marimba en la Sierra Nevada, la época en que la Santa Marta Golden o la Red Point pusieron el nombre de Colombia en los titulares de la prensa estadounidense, y cuando el dinero empezaba a irrigar zonas del Magdalena y de La Guajira donde la gente vivía de la misma manera desde tiempos de la Colonia.

Pero el tráfico de la yerba cambió los destinos de muchos jóvenes como Barra, a quien nunca le pregunté cómo había llegado a trabajar para el Mocho porque hay cosas que es mejor ignorar, pero podía imaginar que su reclutamiento había sido de lo más sencillo porque ambos temperamentos, a pesar de lo distintos que pudieran parecer en primera instancia, en el fondo eran afines y complementarios.

Una era la versión de personalidad de Barra porque en el mar se convertía en un individuo malhumorado. no tanto por decisión propia sino porque, aparte de que el ruido de los motores fuera de bote era ensordecedor, el sonido acompasado del casco de tibia al cortar el agua también ayudaba a la inauguración. íbamos con la luna aún alta en Hercio, navegando hacia la oscuridad. Muy rápido habíamos deseado de ver las lámparas de petróleo con que los pescadores iluminaron nuestra puna, va partir de ese momento

fueron varias horas surcando un mar de olas grandes pero tranquilas que, poco a poco y a medida que el disco anaranjado del sol se levantaba frente a la proa, fue tornándose gris claro y después azul oscuro. Trazábamos un amplio arco por altamar, me explicó Barra, aún dentro de las aguas territoriales de Colombia pero lejos de las rutas transitadas por las embarcaciones de cabotaje y los barcos de patrulla de la Armada. Por estos últimos no tendríamos que preo-cupamos mucho, me dijo chupando con fuerza un cigarrillo de marihuana cuyo tamaño descomunal me produjo mucha risa porque la cara del patrón de la nave adquiría visos caricaturescos al aspirarlo. Maldije al Mocho por poner mi vida en manos de semejante burro, pero igual lo tomé con humor.

Como si adivinara mis pensamientos, Barra dio otro pitazo al varillo antes de ofrecérmelo para que me le uniera, pero me negué con un gesto amable y eché mano del termo con café tinto, la droga más fuerte que he consumido en toda mi vida, aparte del aguardientico. Las chispas que el viento arrancaba a su cigarro volaban sobre varias canecas de plástico repletas de gasolina que íbamos a dejar desperdigadas en puntos estratégicos de la ruta, de modo que al regreso tuviéramos donde abastecernos. De acuerdo con las instrucciones del Mocho, debíamos hacer de cuenta que nuestro viaje en realidad no existía, no era «oficial», digamos. Teníamos que hacernos invisibles, pues a lo largo del trayecto habría gente encargarla de detectarnos en una suerte de juego de las escondidas. La idea era que torios los implicarlos sacáramos lecciones de ese primer recorrido redondo hasta Aruba y probar qué tan segura era la ruta para poder usarla en el futuro llevando cargamentos más grandes.

Y aforo de anunciar cuando Barra hizo un tic titilante en el tiempo en que navegamos hizo que se encallara en la costa, donde nos esperaban unos primos suyos que, habitaban esta después de tres generaciones como contrabandistas, les embarcaron la mitad de las canecas en menos de tres minutos, tiempo de saludarlos antes de poner de nuevo rumbo hacia mar abierto. Con menos carga, Di Victoria volaba en muy poco tiempo el horizonte se tragó la delgada línea hacia la costa Barra abrió un cuaderno con cartas de navegación y lleno de gritos y señas me contó que el resto de las canecas lo dejábamos cerca del Cabo de la Vela, en un caserío de otros primos guajiros donde pasaríamos esa primera noche.

—Parece que tienes muchos primos tú, Barra —le dije

picarle la lengua.

—Seguro, primo—respondió lacónico, picándome antes de volver su cara hacia la brisa y tragarse una bocanada de aire salino tan deliciosa que me obligó a imitarlo.

Así pasó mi primer día como marinero bandido, con la espalda molida por la potencia de los golpes que daba la lancha a deslizarse sobre la cresta de una ola y caer sobre la siguiente, co-miendo sánduches de queso hechos con pan viejo y tomando jugos de botellita. Si esa era la vida de los navegantes, me parecía mu; dura y aburrida, pues a mí me habían bastado pocas horas para darme cuenta de que se trataba de una rutina como la de cualquier otro trabajo fijo. Pero como renunciar no venía al caso, me conformé con echar globos mentales sobre esto y lo otro, reforzando con más detalles la versión que daríamos en Aruba cuando nos preguntaran por las razones de nuestro viaje, una Listona inventada por el Mocho y que de lo puro simple resultaba genial: yo era un acaudalado pescador de pez vela y atún que iba con mi piloto de confianza a descansar unos días en un buen hotel y a someter a revisión los motores del bote, que yo misino había importado a Colombia porque mi negocio era justamente distribuir motores lucia de borda.

El resto del viaje hasta la isla fue más de lo mismo, salvo que en esas dos últimas jornadas Barra me enseñó a usar el giro compás, instrumento que según dijo resultaba tan útil para la navegación como el sol y las estrellas, pero tenía la ventaja de po-der ser empleado incluso por un cachaco como yo.

—Espero que no te toque nunca, primo. Pero es mejor que sepas usarlo por si las fiáis, yu nou...

Así que con este servidor al timón, un ojo puesto en el horizonte y otro en la posición 90o mientras la otra mitad de la tripulación dormitaba en la silla de al lado, avistamos Aruba en la tarde del tercer día de navegación. Barra se despabiló y tomó el mando para dirigirnos en línea recta hacia una marina donde cada uno desempeñó el papel previamente acordado. Buscamos a la policía para cumplir con los debidos trámites migratorios y asegurarnos de despejar cualquier sombra de sospecha sobre nosotros, dejamos el lugar y salimos hacia hoteles diferentes. No debía preocuparme por nuestro rencuentro, me dijo Barra. Él caería por mi hotel más o menos en cuarenta y ocho horas, una vez hiciera los cruces necesarios. Me recomendó gastarme en el casino del

hotel buena parte de los dólares que llevaba como viáticos, de modo que pareciera un ricachón con tendencia al despilfarro, aunque no tanta como para parecer un mafioso. Asentí riéndome internamente, pues si alguno de los dos sabía algo acerca de cómo asomar la cabeza desde la clandestinidad hacia el mundo exterior, ese era yo. Pero no le dije nada para dejarlo con la ilusión de ser mi protector.

¡Strike three!

Sentados sobre la playa, la curiosidad y la intriga impiden a los cuatro amigos irse a dormir en la carpa, con sus miradas fijas en la lámpara de una embarcación que permanece inmóvil sobre el horizonte oscuro de la madrugada mientras pequeñas luces convergen hacia ella desde distintas direcciones. El sonido de las olas al golpear contra la orilla no alcanza a ocultar el ruido generado por varios motores fuera de borda y Óscar comenta que si semejante actividad fuera en el cielo y no el mar, podrían decir que están viendo cómo una nave madre engulle y expulsa una y otra vez platillos voladores, pero no están en el triángulo de las Bermudas sino en Neguanje y es posible que se trate apenas de pescadores que arrojan y recogen líneas o lanzan atarrayas. Habría que preguntarles al día siguiente a los habitantes de la playa, duda Rafa, porque al pescar no se hace tanto ruido.

Ha sido una noche de misterios. Cerca de las diez, cuando estaban a punto de caer rendidos por el cansancio tras haber caminado todo el día de aquí para allá, desde un acantilado rocoso les llegó un extraño ruido semejante a millones de castañuelas golpeando al unísono. Tomaron las linternas para ir a curiosear y se toparon con un prodigioso tapete de cientos de miles de cangrejos que trepaban sobre las piedras en una migración masiva tierra adentro, seguramente para desovar o participar en algún rito de apareamiento. El asombro ante el fenómeno no les impidió llenar los dos baldes con crustáceos que ahora aguardan en la carpa para convertirse en sopa al día siguiente.

Aquella bahía, cuyos habitantes no sólo les permiten acampar cerca de sus casas sino que les suministran comida cada vez que los visitan, está llena de maravillas. Lo saben desde la segunda vez que estuvieron allí, hace ya varios meses, cuando una noche la grabadora se quedó sin pilas y al extinguirse el Soul Sacrifice de Santana escucharon un sonido parecido a bofetadas que provenía del mar. Preguntaron la razón al pescador apodado

Barracuda y este los invitó a ir con él recomendándoles llevar linternas. Entre todos empujaron la canoa varada en la arena para hacerse a la mar y remar en dirección a los palmetazos que se oían cada vez más fuertes, más y más sobrecogedores a medida que se aproximaban. Una vez detenidos y a la deriva sobre un agua tan tranquila como la de una piscina, encendieron los focos a una señal de su guía y barrieron la superficie con los haces de luz justo a tiempo para ver una mantarraya de dos metros de envergadura emerger de un salto, desplegar sus alas y golpear de nuevo sobre el agua generando la cachetada que tanto llamara su atención. Casi de inmediato el enorme animal volvió a salir dos, tres, cuatro, ene veces más, hasta que cayeron en cuenta de que no eran una ni dos ni tres mantas sino un grupo de ellas, en apariencia concentradas en una danza de cortejo, un espectáculo jamás imaginado por ninguno de ellos y del cual no tenían el más mínimo conocimiento. Como tampoco encontraron explicación para algo así en los libros consultados al regresar a Barranquilla, esta corrió por cuenta del papá de Rafa, quien les contó haber presenciado algo similar en su juventud, cuando El Rodadero era una playa casi virgen «y no uno de los dos barrios más al norte de Cachaquilandia. El otro es, por supuesto, Cartagena, pero allá esas maravillas de la naturaleza no se ven desde que los españoles comenzaron a cagar en la bahía, y para cuando los cachacos llegaron a comprar apartamentos y a fundar restaurantes, la ciudad y su mar ya no tenían remedio».

Y ahora, esta noche, el misterio de aquellas luces intrigantes en la boca de la ensenada hace ir a Toño hasta la casita de Barracuda para ver si este le soluciona el enigma. Emprende el camino por la playa, pero como no lo encuentra allí decide regresar a dormir a la carpa, donde ya los demás hacen lo propio, también cansados de aguzar la mirada sin poder descubrir en qué consiste tanto ir y venir de luces.

A la mañana siguiente todos despiertan casi al tiempo y miran hacia el punto donde en la noche se concentrará toda esa actividad de luciérnagas, pero no se ve nada salvo cielo y un mar sobre el que navega una vetusta nave de la Armada que pasa lentísima, confundida con la línea del horizonte.

- No me digas que no sabes lo que es un embarque, primo _|c dice Barracuda al ralo, cuando al fin Toño puede hablarle de las luces mientras toman cale cerrero endulzado con panela—. Bareta, primo. Era un embarque de bareta.

Toño permanece en silencio mientras bebe e intenta es-tablecer conexiones en su mente. Algunos conocidos suyos alar-dean de haber fumado yerba, y el barrio donde vive lleva ya cierto tiempo llenándose de misteriosos personajes que compran las casas sin regatear por el precio y después las remodelan convir-tiéndolas en palacios donde destacan el mármol rosado, los vidrios polarizados azules y los enormes garajes donde guardan ca-mionetas Ford Ranger con rines de magnesio, pero esos signos de riqueza un tanto grosera son casi todo lo que puede verse de ellos porque casi nunca habitan sus mansiones de mazapán sino que van y vienen a toda velocidad en sus vehículos, convenientemente ocultos tras los vidrios oscuros. En el vecindario aseguran que como son tipos con una que otra cuenta pendiente deben andar armados con Magnum 357, que es a los revólveres lo que un Mercedes es a los carros. «Son guajiros —sentencian los barranquilleros raizales, sin poder evitar que un leve gesto de fas-tidio asome a sus caras—. Una de dos: o contrabandean o trafican con marihuana».

—Entonces es de estas enseñadas de donde sale toda esa droga para los Estados Unidos —le dice Toño a Barracuda, que suelta una leve carcajada antes de responderle:

—De Neguanje, de Cinto y de casi todas las caletas que hay desde aquí hasta el Cabo de la Vela, primo. Es el mejor negocio y paga súper bien —le dice mostrándole el costoso reloj Mido de buceo que ha comprado con lo que gana ayudando a cargar piraguas.

Aquí cerca no se cultiva, le aclara. La siembran más arriba, en las laderas de la Sierra, lejos de la policía y del ejército. Sí, claro que se la puede mostrar, asegura mientras saca de debajo de una mesa una bolsa de plástico con las que parecen ser unas hojas secas. Y sí, sí se puede fumar aquí en (unto. Muchos lo hacen. ¿Quieren probar? De una, no hay problema.

Los cuatro fuman del bareto que arma Barracuda. Incluso Óscar, quien guarda ciertas reservas, se decide al ver que sus amigos no empiezan a comportarse como locos sino que, todo lo contrario, parecen concentrarse aún más en lo que hacen, que es preparar todo lo necesario para irse a bucear a pulmón libre. Llevan una gran manguera de neumático como flotador, al que amarran a una piedra como ancla y le adaptan una redecilla sobre la que

ponen una botella de agua, galletas para engañar el hambre. una cajetilla de cigarrillos, las caretas con snorkels, dos pares de aletas que se turnarán para descender bien profundo y dos arpones, uno profesional montado sobre un rifle y otro artesanal. Y claro, la marihuana, aunque todos coinciden en que sus efectos son bastante leves, en realidad casi imperceptibles.

—Esta vaina no hace nada —dice Rafa aspirando el humo de otro bareto y reteniéndolo con la técnica que les ha enseñado Barracuda—. La madre que es más efectivo el whisky.

Ya en el pasado han hecho varias inmersiones, con un buen balance: arponearon dos bonitos, tres pargos, dos jureles y un pequeño mero que a su debido tiempo despacharon, preparados con la magia culinaria de la mamá de Barracuda. Hoy descienden de nuevo, no sin antes volver a fumarse entre todos un joint, porque insisten en que no sienten ningún efecto, como no sea sed y resequedad de garganta.

A media tarde, cuando aún no cobran ninguna presa y Toño y Óscar bucean en el arrecife aprovechando las aletas, ven sobre el fondo de corales y arena la sombra de un enorme tiburón toro que navega distraído a media distancia entre ellos y el neumático flotante. Ambos se miran aterrados y emergen lo más rápido que pueden para alertar a Rafa y al tocayo, que carretean desprevenidos alrededor de ese punto. Ninguno de ellos ha andado nunca tan rápido y eso que Rafa se niega a dejar abandonada su pequeña base de operaciones flotante y la jala tras de sí hasta llegar acezante a la playa, donde todos se miran con los ojos abiertos como platos antes de confundirse en una incontenible carcajada cuando oyen decir a Óscar, casi sin aliento:

—¡Era un toro, llave! ¡Un puto tiburón toro! ¡Qué susto tan hijueputa! Nunca había visto una vaina tan grande, viejo man —y se carcajea ante su propio miedo haciendo que los otros tres se revuelquen sobre la arena, tomándose los estómagos y con los ojos inyectados en sangre y llenos de lágrimas.

Con la misma tónica festiva regresan a Barranquilla en el boogie de su tocayo Antonio, una máquina diseñada para la aventura que le ha regalado su padre, un piloto de aviación aficionado a la mecánica. A pesar de que el rugido del motor Volkswagen sin silenciadores y la brisa marina lo dificultan muchísimo, najan escuchando Paint It Black A\ volumen máximo

ofrecido por los parlantes y filmando un bareto tras otro, pues al despedirse Barracuda les ha recomendado:

—Como la traba dura poquito, loco, lo mejor es estar meriendo todo el tiempo.

«I see a red door and I want it painted black/ no colors anymore I want them to turn black», cantan en coro. Para Toño, el gran descubrimiento es que si la yerba les permitió conservar la calma y la lucidez en medio de una situación tan crítica, no puede ser tan desaconsejable como pregonan algunos.

Bastante satisfecho con una conclusión que le parece li-beradora, lo está aún más porque en el regazo lleva, envuelta en un pañuelo, una serpiente cazadora que Barracuda le ha regalado después de atraparla en la rama de un trupillo. Es pequeña, mide unos cuarenta centímetros de largo y tocar su frío y elástico cuerpo es un placer. «Nadie podrá negar que fue un puente muy productivo», le dice su tocayo adoptando cara de circunstancia al dejarlo frente a su casa, donde está seguro que le espera Patricia oculta tras las persianas para ver en compañía de quién viene y en qué estado. Paranoia, cuántas mentiras se dicen en tu nombre, piensa Toño mientras escarba en su cabeza lo que va a decirle a su mamá y camina hacia la puerta flanqueado por los cuatro guayacanes que ella riega puntualmente todas las tardes, cuando el sol declina hacia el lado de Puerto Colombia y pinta la fachada de la casa con tonos anaranjados.

Para su sorpresa ella no le hace ninguna pregunta y en-tonces él va directo a la ducha al aire libre del patio trasero a sa-carse la sal y la arena del cuerpo y a esconder la serpiente en la jaulita que alguna vez fue hogar de unos periquitos australianos. La bautiza Eva y, en la semana que sigue, ella lo acompaña al colegio guardada en una caja de galletas Saltinas, lo cual convierte a Toño en el centro de atracción en los recreos, sobre todo los alumnos más pequeños. que le hacen mil preguntas y le traen de comer animales, insectos y golosinas que no se digna probar y en medio de uno de esos amontonamientos, bajo la Mimbra de los almendros del patio principal, donde aparece el profe Harvey Mailer picado por la curiosidad, Toño alcanza a percibir en el gringo un respingo y un leve paso de retroceso que pregunta si el animal es venenoso. Es la pregunta más estúpida que ha escuchado en mucho tiempo y por supuesto le responde que sí. que se trata de una víbora mapaná

rabo de ají supremamente letal. Enseguida toma a Eva con su mano y se la acerca a Mailer, quien recula francamente sin preocuparse por disimular su pánico frente a la chiquillada, que ríe animada. Un profesor con miedo en la cara es un placer apenas soñado, pero sería en la realidad y en la persona de alguien que se precia en ser un «combatiente de Vietnam es algo cercano a la gloria. Toño se anima y lo persigue un trecho largo por el patio, hasta que Mailer escapa por las escaleras que conducen a la seguridad de la sala de profesores intentando recuperar la compostura.

Al enterarse del suceso el padre Santaolaya regaña a Tono. amenaza con suspenderlo, lo obliga a pedirle excusas al profesor y manda una poca a su casa para que sus padres pidan una cita con el rector. «Tenemos muchas cosas que hablar con ellos, caballeros, sentencia el prefecto de disciplina con cara de reproche al devolverle la caja de galletas con Eva dentro.

Su mamá habla con el rector al día siguiente y todo el asunto queda en que Toño no volverá a traer la culebra al colegio, pero él ya está sentenciado: Mailer le hace la vida imposible en clase, preguntándole más que a los demás y hablándole en inglés de manera tan frecuente que el se siente en un examen permanente de conversación defendiéndose en forma chapucera. El profe Harvey ha salido de cacería, le dicen sus amigos en clase de laboratorio de química, y la única presa que le interesa es el.

En el laboratorio, los cuatro de la banda han sumergido en un matraz con agua un moño de marihuana y ponen a calentar la infusión sobre un mechero de alcohol. Aspiran el vapor que exhala el frasco por arriba y el lugar empieza a apestar, apodan Mendeléyev, es tan despistado que no se da cuenta. Igual no haría nada en caso de notarlo, porque se encuentra rodeado e intimidado por treinta salvajes a los que imagina tan peligrosos e inestables como centrales nucleares porque bromean, calientan tubos de ensayo y pipetas, y, en suma, hacen lo que les da la gana con el delicado y costoso equipo sin que él pueda impedirlo.

Pero la impunidad termina cuando la puerta se abre y la figura de Harvey Mailer oculta la luz de la tarde que pasa a través del marco. Entra, saluda a su colega con fingido respeto y rastrea con su nariz dirigiéndose directamente hasta la fuente del olor a monte sin que ninguno de los compinches alcance a reaccionar a tiempo para ocultar el cuerpo del delito. El gordo apaga el mechero y

monta guardia al lado del matraz hasta que se enfría. Lo toma, mira al grupo con sonrisa de triunfo y no dice nada mientras sale de nuevo en dirección a la rectoría con la prueba reina en la mano.

Toño no tiene dudas: está frito, kaput, strike three, no va más. El rector y la segura expulsión no son problema, pues por faltas menos graves han echado del colegio a otros. Es más, ojalá también lo echaran a él porque no hay nada que desee más que largarse de esta prisión de curas cacorros y fétidos. El problema realmente gordo es el general, que muy probablemente dispondrá un castigo cruelísimo para él, sólo un poco menos severo que el pelotón de fusilamiento.

Sorpresas en abril

Esta madrugada, durante mi habitual e insomne visita al baño, casi lamenté no ser una de aquellas raras personas capaces de recordar su vida sin que sus taras y lacras les estorben a la hora de rescatar lo rescatable. No obstante, la misma lucidez del desvelo me hizo ver lo imposible que resulta para mí separar lo bueno de lo malo, pues precisamente lo más valioso de cualquier experiencia personal radica justamente en el hecho de que el ser humano puede

vivir a pesar de todas sus imperfecciones y limitantes. Quiero decir que la virtud no es virtud sin la existencia del pecado, y si hablamos de virtud y pecado hablamos de moral, camino que desemboca en temas de religión ante los cuales prefiero callar.

Igual me ocurriría si en lugar de hablarle a usted de todo esto optase por plasmar yo mismo mis recuerdos en papel. De modo que de alguna manera estoy condenado al soliloquio frente a su grabadora, a esta pequeña catarsis por cuotas a la que quisiera despojar por completo de connotaciones religiosas o morales.

También me gustaría recuperar de alguna forma la posibilidad de hablar sobre estos temas con la niña Eme o con alguno de mis amigos de siempre, pero la longevidad acarrea consigo la inevitable soledad porque los compañeros de generación van muriendo uno tras otro hasta que, como ocurre en mi caso, ya no va quedando nadie con quien compartir recuerdos. Claro está, eventualmente puedo hablar sobre hechos relativamente recientes con gente relativamente joven como usted, pero no me refiero a este tipo de evocaciones sino a las de largo aliento, a las provenientes de un pasado más remoto y que definieron lo que vendría a continuación, incluida la presencia de Marisol y Bernabé en esa etapa de mi vida que bien podría denominarse rural, la que se inició con mi llamado a calificar servicios y desembocó en mi presencia permanente en la Sierra.

Digamos que hasta un poco antes de la llegada de Marisol a Platea empecé a preguntarme seriamente en los insomnios de madrugada sino en la misma en realidad no sería ya la otra, la del más allá planteado por la religión. Porque después de todo, «¿qué es la vida-, se pregunta el Segismundo de Calderón antes de responderse el mismo: «Una ilusión, una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño, que toda la vida es sueño, y los sueños, Muchos son. Pero después ya contaba con la compañía de Marisol. Estar con ella cerca me resultaba fácil dejar de pensar pendejadas y concentrarme en asuntos más tangibles, aunque no desapareciera del rodo mi tendencia a caer en divagaciones por demás inoficiosas.

Quizá tal propensión al ensimismamiento era debida al retiro en que me encontraba desde hacía ya un buen tiempo y que no propiamente conllevaba ignorancia de los sucesos, pues estaba muy bien enterado de todo cuanto acontecía en el país, en especial lo concerniente a la resurrección política del general Rojas. propiciada

sin duda alguna por quienes veían en él un contrapeso frente a la mangua dominante de los dos partidos tradicionales.

Así, el hombre desterrado unos años atrás, al que la clase fundadora le colgaba del cuello el sambenito de villano, había logrado convertirse en figura política de peso, ya sin uniforme y con un discurso de contenido social muy bien delineado por sus áulicos, que no le faltaban. Pero al escucharlo en la radio y ver su rostro en el periódico, yo no podía menos que recordar los grises años cincuenta, cuando él mismo desperdició la oportunidad de hacer historia y se hizo el de las gafas mientras en toda la nación crecían el atraso y la iniquidad. A Gurropín le gustaban la planea y el ganado, y gracias al poder convirtió su patrimonio de poco menos de cincuenta mil pesos en los ochenta millones que tenía al ser depuesto. Tal cosa fue posible porque, durante su gobierno, la estrategia de la clase política consistió en convertirlo en hacendado para que a su vez él los dejara hacer.

Quizá por eso, por la deuda que tenía con sus compatriotas, era probable que de resultar elegido en las elecciones del ex general se decidiría la verdad a introducir las reformas que Lleras, a que de su soberbia y estilo autocrítico, había visto sucumbir en el pantano del gobierno bipartidista que ahora le ganaba a Misael Pastrana su candidato para suceder al segundo Lleras. Un personaje amorfo incubado en el seno conservador de la casa Ospina, era un buen candidato para unas elecciones sin oponente, pero de súbito la presencia de Rojas cambió todo y puso en peligro sus aspiraciones. Sin embargo los caciques del Frente Nacional no tuvieron más remedio que seguir adelante, confiados en que el exdictador no ganaría. No podía negarse que el país progresaba, ironicé en su momento en una reunión de oficiales retirados: Pastrana incluso traía impresa en su cara la sonrisa permanente que todo hombre público necesita cuando tiene el propósito de seducir a la masa. Semejante profesionalización en la política era la mejor prueba de que nos faltaba poco para convertirnos en una potencia.

Ambos bandos llegaron así equipados a las elecciones de aquel domingo 19 de abril y esa es la razón por la cual nunca he podido entender por qué el país tradicional se sorprendió tanto ante la elevada votación obtenida por el general. No tengo elementos de juicio para asegurar, como afirman algunos, que a Rojas le robaron las elecciones, pero lo ocurrido ese día y el ambiente tenso que siguió a continuación no eran nada distinto a la manifestación de

desarreglos sociales nunca resueltos, porque lo que prometía Pastrana era más de lo mismo, es decir nada.

El lunes siguiente a las votaciones decidí bajar a Fundación para llamar por teléfono a Patricia. Sabía que ni en Barranquilla, ni en Bogotá, ni en Calí, ni en ninguna parte ocurriría nada, gracias a ese enorme colchón de temerosa abulia constituido por nuestra clase media, pero igual quería tranquilizarla porque ya la imaginaba angustiada corriendo a comprar comida antes de que la chusma comunista arrasara con los supermercados.

En efecto, nada más llegar a la población y tras un par de conversaciones con oficiales de la guarnición local, pude darme cuenta de que la situación estaba bajo control y que ni guerra civil ni nada parecido iba a ocurrir, lleno de argumentos tranquilizadores la llamé. Su voz sonaba alterada cuando la operadora le dio paso para conversar, pero su agitación obedecía a los acontecimientos pulimos de las últimas horas sino a que Antonio acababa de ser expulsado del colegio.

¡Qué vergüenza, Augusto! ¡Qué vergüenza! repetía una y otra vez, implorándome que viajara a Barranquilla y me apersonara de la situación, pues era tan grave que ella se sentía desbordada. No lo decía en esas palabras sino en las suyas propias y con ese tono quejumbroso de madre mártir, sacrificada en aras de la educación de muchachos desagradecidos y salvajes que ni siquiera tenían la cortesía de reconocer todos sus desvelos y sacrificios, y esto y aquello y lo de más allá. Empeñada en dar una idea cabal de todo cuanto ella misma sufría, la pobre Patricia no conseguía contarme qué razones esgrimía el colegio para echar al muchacho y ella no entendía las dimensiones reales de un problema que, dada su torpeza al abordarlo, evidentemente la superaba. Carajo, malditas las ganas que tenía yo de echar carretera hasta Barranquilla, pero por lo visto no tenía más remedio. Después de todo era el padre, ¿no?

El problema no era sencillo, pero podía resumirse en una sola palabra: marihuana. El profesor de química había sorprendido a Antonio y a varios de sus amigos fumando yerba maldita valiéndose de un aparejo que les permitía poner en ebullición un puñado de droga para aspirar los vapores resultantes. Era una variación de las pipas de agua orientales, pero fabricada con matraces, pipetas y un mechero de alcohol.

Cuando confronté a Antonio para saber las razones por las cuales había hecho lo que había hecho, sólo acató a decirme que todos exageraban mucho alrededor del asunto, pues él no era un adicto ni nada parecido y, en el muy improbable caso de que así fuera, en rigor la marihuana ni siquiera podía ser catalogada en el grupo de las drogas heroicas. Ni siquiera mataba neuronas como el alcohol, dijo con énfasis. Y eso era algo que los curas del Quevedo no veían, no porque no pudieran sino porque eran fascistas y torpes, razón por la cual agradecía no tener que recibir más su educación medieval y franquista, ni so portar su detestable acento ni su aroma a jamón serrano rancio.

Su diatriba, el más extenso argumento que jamás había escuchado yo de sus labios, me sorprendió por eso y por su coherencia. a pesar de saberlo equivocado. Además se había expresado mirándome a los ojos y sin ninguna vergüenza lo cual me generó respeto y disipó por completo las ganas que tenía de darle su cocotazo, tenía ante mí a un hombre; aún un hombre bajo de estatura y sin pulimento, pero alguien que con certeza alcanzaría lo que se propusiera, siempre y cuando no se resbalara por ningún precipicio ni cayera en ninguna de las muchas y variadas trampas que la vida planta en el camino de los jóvenes. Por eso me dolía tanto sentir que, si alguien no hacía algo por él, y rápido, Antonio podía perderse para siempre.

Hasta ese momento yo había permitido que la responsabilidad de impedir tal cosa recayese sobre Patricia y me sentí tremendamente culpable al comprobar que el resultado no podía ser más deplorable: un cachorro asustado y, en esa medida, bastante peligroso, sobre todo para él mismo. La opción de continuar delegando en mi mujer la tarea de enfrentar el asunto quedaba descartada de plano, así que decidí llevármelo conmigo a Platea para extraerlo del medio que había propiciado su entrada al callejón de las drogas y la delincuencia, porque yo no dudaba de que la marihuana era una droga, el primer escalón de la escalera que conduce al sótano de la perdición, no viniera nadie a tratar de convencerme de lo contrario.

De todos mis viajes de los últimos tiempos por la carretera entre Barranquilla y Ciénaga, ninguno tan melancólico como aquel. No sólo porque en el asiento de al lado viajaba el problema más peliagudo que había enfrentado en años, sino porque su silencio era como un anuncio de que mejor me anduviera con cuidado, pues el

niño que en mala hora yo había descuidado era ahora un hombrecito de trato difícil, incluso hostil.

Hablar en ese momento resultaba inútil, por lo que escogí tragarme palabras y preguntas, y usar mi atrofiado instinto paternal para hurgar dentro de mí mismo en busca de posibles soluciones.

Por el rabillo del ojo lo veía con su barbilla apoyada en el antebrazo que asomaba por la ventana del campero, mirando hacia el paisaje de invierno nuclear de los manglares de la isla de Salamanca, muertos por causa de la mala ingeniería y la desidia de un país que veía cómo la Ciénaga Grande se moría ante los ojos de todos. El ánimo del muchacho debía estar tan opaco y mustio como aquel paraje que ahora fotografiaba con una cámara que, me dijo, un amigo le había cedido en préstamo. Sólo hasta ese momento noté la leve pelusa negra que cubría su labio superior como confirmándome que no llevaba para Platea a un niño sino a un hombre, y que más me valía pensar bien qué era lo que iba a hacer con él si no quería equivocarme de nuevo, y esta vez en materia aún más grave.

Perdidos en Bogotá

Roberto José se resquebrajó sin Virginie a su lado para apuntalarlo. Él, que no había retrocedido ni un instante durante todo el tiempo invertido en aquel excéntrico proyecto de criadero, y que era capaz de recurrir a los argumentos más peregrinos a la hora de buscar apoyo para sus sueños, empezó a sentirse varado en un pozo de sinsentido que le hacía perder el norte y le impedía valorar los logros alcanzados hasta el momento.

Su estado de ánimo había descendido a tales niveles de depresión que por primera vez en la vida pudo entender a cabalidad la materia prima de los boleros, las baladas de despecho y las rancheras de corazón desgarrado. Con una constitución física de por sí escuálida, perdió peso muy rápido y su cuerpo, inapetente y atiborrado de sustancias y pastillas variopintas, empezó a parecer incluso más ganchudo y famélico que antes de la partida de Virginie. Ir tras ella y pedirle perdón sería la única salida posible para el mal de difuntos que lo embargaba.

Su voluntad demolida no le alcanzaba para trabajar y mucho menos para animar a Medardo y los vaqueros, algunos de los cuales fueron perdiendo poco a poco la sensación de estabilidad laboral y

desertaron en busca de mejores rumbos, hasta que el capataz quedó prácticamente acompañado apenas por un puñado de campo volantes que ocasionalmente lo ayudaban en labores que no admitían aplazamiento. Él creía que sin el embeleo del criadero la finca tenía futuro y si no renunciaba para irse detrás de los demás se debía a que estaba hasta la coronilla de mudarse de un lugar a otro acosado por las circunstancias. De hecho él y su mujer eran nativos del occidente de Boyacá, de donde habían huido de la guerra de las esmeraldas para ir a probar suerte en el sur de Bolívar y luego en el Huila, sin encontrar en ningún sitio condiciones favorables para asentarse en paz, pero ahora estaban por fin en el primer lugar en que conseguían ellos criando a su primo hijo. como había terminado por considerar a don Roberto su amigo antes que su patrón, no quería dejarlo abandonado en ese brete y por eso lo acompañó hasta Villavicencio, donde sería posible encontrar a la señora Virginia si es que aún seguía acompañando a Sócrates, quien según contaban los chismosos tenía un consultorio cerca del mercado.

Electivamente localizaron el local del chamán, pero casi vacío y sin ningún rastro de él o de Virginie. La mujer encargada de la tienda, donde se vendían Frascos y bolsas con recetas para sanar todos los males imaginables, dijo ignorar el paradero del dueño. Cuando el rostro de don Roberto ya indicaba que quizás este no sería capaz de soportar la frustración, un conocido de Medardo les contó que hacía unos cuantos días había visto a la pareja abordar un bus con rumbo a Bogotá.

—Bueno, don Roberto. Hasta aquí llego yo —dijo el capataz estirando la mano para despedirse mientras miraba inquieto hacia los nubarrones cargados de lluvia—. Tengo que volver a la casa antes de que los aguaceros borren la carretera porque no puedo dejar sola a la Delfilia.

Roberto José asintió sin pronunciar palabra y le estrechó la mano antes de verlo alejarse en busca de un campero de alquiler. Ninguno de los dos habló de un posible reencuentro ni fijó fechas para ello, asumiendo que la separación duraría corto tiempo.

Escaso de dinero, Roberto José fue hasta el despacho de buses y se embarcó en el primero que salía para la capital. No tendría más remedio que llegar a la casa familiar, donde segura-mente Marta Marina lo bombardearía con preguntas acerca

de Martinica antes de agobiarlo con un discurso sobre la sensatez a la hora de invertir el dinero, sobre todo cuando este no abunda. Y ni siquiera quería pensar en cómo iba a explicarle a esa contraloría con pantimedias por qué no regresaba en compañía de su esposa, (ion la frente pegada al vidrio de la ventana del bus intentó alejar los pensamientos desagradables mirando hacia afuera e imaginando lo que sentiría Virginie unos días antes al viajar por aquel paisaje, que les había parecido sobre cogedoramente hermoso la primera vez que lo recorrieron juntos en busca de un lugar donde establecerse. De aquello apenas hacía dos años, pero d sentía como si fuesen diez por la gran cantidad de sucesos vividos durante ese lapso.

Tal como esperaba, la estadía en la casa de su infancia le resulto agobiante, no sólo por los interrogatorios contables de su hermana mayor sino porque, ya sin la presencia llenadora de su padre, el lugar se convertía en un cascarón frío y desangelado que. a pesar de la innegable belleza de su arquitectura y de sus acabados en maderas que impregnaban el ambiente con aromas agradables, era francamente repelente para él, que por momentos tiritaba de frío dentro de los amplios espacios.

La sensación de vacío de la casa se agravaba aún más por-que la pequeña Lola, convertida ya en una señorita, ahora pasaba casi todo el tiempo en la universidad o estudiando en las casas de sus amigas. Marta Marina decía no creer que eso fuera cierto, pero se limitaba a desaprobar sus ausencias con bufidos casi bovinos que hicieron posible a Roberto José entender a cabalidad las razones de su hermana menor para escurrir el bulto bajo cualquier pretexto. Sin embargo no se atrevió a justificarla o defenderla ante aquel atemorizante sargento con faldas que giraba el cheque de su mesada.

Optó por empacar de nuevo su equipaje en un morralito y salir en busca de los amigos del pasado, varios de los cuales poseían negocios bien establecidos. Uno de ellos era Pacho Hazbún, vecino de su infancia en El Nogal, que presumía de sus escapadas a meter hongos en el río La Miel y por haber organizado un tour de bogotanos hasta el Festival de Ancón en La Estrella. Ahora era el fundador y próspero dueño de Elvis LP Elvis, local montado en un pasaje comercial de la calle 6o con pretensiones de boutique del Greenwich Village o de Haight-Ashbury donde podían conseguirse desde una camisa de fina seda hasta papel de arroz para armar baretos, pasando por afiches de John Lennon, jeans 501

y lo último en novedades discográficas. Aunque Black Magic Woman, que sonaba como fondo ambiental en los parlantes de la tienda, ya no era propiamente una novedad musical, le sirvió de ayuda para intentar explicar a su amigo hasta qué punto lo había envanecido aquella maga escurridiza que era mi mujer. Quizá su exmujer. le sugirió Pacho, porque después de la huma en que él había terminado la relación así muy dudoso que ella quisiera regresar a su lado.

Lo mejor es que la olvides y te busques otra nena, loco le dijo aspirando con energía una pequeña pipa con jacho, que era la forma de llamar al hachís en aquella vecindad libertaria—. Que mujer Je magia negra ni qué ocho cuartos, hermanito. Lo tuvo es más bien un típico caso de aquello que sus satánicas majestades quieren decir cuando cantan «You can get me if you let me". Si ella no te hubiera dejado, no le pararías bolas.

A renglón seguido Pacho no sólo le ofreció empleo como dependiente en Elvis LP Elvis sino que lo llevó a vivir a su casa, lo cual significó para Roberto José un significativo cambio, porque la convivencia de unos pocos días con su hermana mayor le acababa de agregar a su estado de ánimo una buena dosis de estrés y depresión.

Ya era bastante positivo saber que contaba ahora con un punto geográfico de la ciudad como punto de partida para iniciar la búsqueda, sólo que no tenía idea de por dónde empezar, como no fuera mostrando una foto de Virginie en los locales de la 6o con la esperanza de que ella visitara alguno de ellos en busca de reminiscencias, pero tal cosa resultó un ejercicio inútil que a duras penas contribuyó a aumentar su desmoralización. Él no se daba cuenta, pero no estaba del todo mal enfocado al iniciar su pesquisa por aquellos rincones cargados de espíritu hippie donde se respiraba rock y la gente, aparte de acudir en busca de drogas, buscaba credos que abrieran puertas a otras percepciones. En Bogotá no podía haber un lugar mejor para alguien con el pasado, la sensibilidad y las inquietudes de Virginie.

Pero de momento ella y Sócrates estaban lejos de allí, establecidos en un local del barrio Santa Helenita cuya estrecha trastienda adaptaron como dormitorio, cocina y baño. El montó en corto tiempo una mezcla de consultorio, farmacia y tienda naturista que en cuestión de semanas empezó a producir suficiente dinero

como para pagar el alquiler y abrir una cuenta de ahorros que iba engordando a ritmo exponencial. Ella no podía que comparecer, por otro lado empezó a sentirse cansada pero continuaba dándole largas y no se decidía a transmitirle los conocimientos ancestrales a los que ansiaba acceder y que eran el modo principal por el cual lo había seguido hasta ese punto, incluso arriesgando su matrimonio.

En un intento desesperado por hacerlo cumplir sus pro-mesas se dio ánimos para sincerarse ante él y explicarle, palabras más palabras menos, que estaba allí para satisfacer la sed de su espíritu y no la de su cuerpo, como él parecía creer. Tuvo buen cuidado al recalcar que su alma no era cosa distinta a la prolongación del espejo donde Dios se miraba y que, asaltada como estaba por un fuego interior voraz, necesitaba alimentarse so pena de convertirse en un erial triste y yermo.

De nada le valió su raptó de iluminación retórica, que pretendía ser conciliador y reducir las distancias evidentemente surgidas entre ambos desde la apertura del consultorio. Por el contrario, después de aquel argumento el chamán se tornó cada vez más amnésico respecto a su promesa y poco receptivo a los saberes que Virginie quería transmitirle para cumplir con su parte del trato. Parecía más concentrado en llevar las cuentas de las ganancias que guardaba en un cajón y poco a poco dejó de pres-tarle atención como no fuera para pedirle cumplir con las tareas domésticas de la casa, algo que en ningún momento había figurado en su tácito contrato pero que él daba por descontado.

Al notar resistencia en ella, empezó a mirarla con desprecio y a echarle en cara que quien producía dinero en la casa era él, hasta que un día declaró estar en todo su derecho de exigirle que fuera más aplicada en su papel de compañera sentimental y que le sirviera bien, alimentándolo y teniendo a punto todas las mantas y túnicas rituales que necesitaba vestir para atender a la clientela. De algún modo debía pagarle el favor de sacarla de aquel moridero del Llano donde un esposo drogadicto y badulaque la tenía encerrada. No lo decía expresamente, pero entre las líneas de su discurso iba implícita la amenaza de un poderoso maleficio si ella persistía en su ingratitud.

Ofendida al máximo y sintiéndose asfixiada al advertir las dimensiones de la dictadura bajo la cual había caído. Virginie preparó en secreto sus pertenencias y en un descuido de Sócrates,

desfalcó el cajón de la plata y salió a perderse en las calles de una ciudad que no conocía y que la intranquilizaba por lo acentuado de sus contrastes. No obstante lo primero que le había enseñado B. J. cuando llegaron a intimidad era que si permanecía con los cerros a su derecha, el norte quedaría al frente de ella. Pensó buscar en algún momento la casa de la familia de él, pero descartó rápidamente la idea al recordar la forma en que la había insultado para echarla de Martinica. Reconocía que a pesar de eso aún lo quería, pero al no saber que versión tendría la familia Casasbuenas de su separación prefería buscar un cuarto de alquiler en el centro, barrio que le producía miedo por su dureza y la agresividad de algunos de sus habitantes, pero cuyo abigarramiento la permitiría camuflarse en caso de que Sócrates saliera a buscarla. Para animarse, echó mano de su libro de ángeles y se encomendó al suyo de la guarda, que le sugirió abrir un consultorio donde las personas pudiesen ir a buscar sus respectivos espíritus celestes, amén de consejos, remedios y soluciones para sus vidas.

El ángel guardián encargado de ella, lo sabía desde muy joven gracias a su madre, pertenecía a la capa jerárquica superior y era san Miguel, comandante de las fuerzas de la luz y príncipe evangélico vencedor de las tinieblas. Aferrada a esa creencia, lo invocó para que viniera en su ayuda desde el trono de Dios y quemara todo aquello que le impedía vivir mentalmente sana, próspera, feliz y en armonía con sus semejantes.

Aferrada a esa plegaria encontró una pensión en el barrio Santa he desde donde pudo incursionar a diario en el vecino sector de las Nieves hasta encontrar un local diminuto, compartido con una cerrajería, pero apto para montar un consultorio. Su corta experiencia en el negocio de Sócrates le sirvió para no llevarse chascos y lo primero que hizo fue adoptar un nombre distinto y poner un aviso con pinturas fosforescentes que rezaba «Madame Paracelso. Ángeles del Relámpago Azul, Sabiduría celestial para sellar Pasado, Presente y Futuro, Péndulo de cuarzo. Empezó así a dar un consejo aquí y otro allá hasta que paulatinamente el boca a boca fue trayéndole más clientela de las zonas vecinas. Y como la gente demandó amuletos, pagamentos y salvaciones, montó una vitrina con algunos objetos comprados a precios de risa en inmediaciones de Paloquemao. No obstante, el que más vendió desde la apertura del local no fue ninguno de aquellos talismanes de bisutería sino una pulsera para el tobillo en tela de reata, inventada

por ella misma y llamada Relicario relámpago azul que en principio otorgaba equilibrio espiritual y prosperidad material. Vendió tantos que en cuestión de un año y medio alquiló al cerrajero la otra parte del local y amplió el negocio.

Decisiones prácticas

la entrevista con Celia Cruz y mis otros artículos sobre el carnaval fueron publicados en Sonar, no sin antes pasar por las tijeras de la editora, quien no sólo me sermonizó por excederme en la longitud de los textos sino que, con el pretexto de la taita de espacio, los masacró de forma tan inmisericorde que me resultó inevitable deducir que me tenía tirria. A lo mejor mi juventud le hacía demasiado evidentes sus más de cuarenta años no confesados, o quizá temía que mi trabajo escrupuloso pusiera en evidencia la mediocridad del suyo, sin descartar la posibilidad de que su torpeza la incapacitaba para darse cuenta de la barrabasada que estaba cometiendo. Pero lo más seguro era que se trataba simplemente de una vieja hijueputa ejerciendo su condición de tal.

Ni el diablo podría saber cuál de tales razones causaba la furia sorda que me carcomía a bordo de la cafetera con tapicería acuchillada que, identificada como buseta, llevaba mi desmoti-vación hacia una nueva jornada de trabajo. La radio del carricoche sintonizaba un programa de variedades cuyos comentarios no contribuían en nada a recuperarme de los excesos de la noche anterior, cuando con varios amigos habíamos trasnochado be-biendo Tres Esquinas y aspirando perica hasta bien entrada la madrugada. El insomnio resultante también había minado mi estado de ánimo, razón por la cual ahora tenía los nervios crispados y la espalda tensa como una ballesta.

Estaba segura de que esa vieja maldita me amargaría más la vida y tenía la firme determinación de renunciar y buscarme otro rumbo con tal de no verme obligada a verle otra vez su cara de fracaso, crispada todo alrededor de una boca tan fruncida como su culo. Me sacaba tanto de casillas aquella resentida con cuerpo de nevera que incluso me sentía capaz de atreverme a pedir empleo en alguna cadena radial, trabajo que me producía miedo por lo exigirme en los horarios y por mi casi nula habilidad para improvisar, requisito básico en esa clase de periodismo.

Mis pensamientos sobre el trabajo en radio parecieron revolver la fanfarria que estalló en ese momento con la voz grabada de Juan Harvey Caicedo anunciando «¡Extra! ¡Extra! Cuando la noticia se produce... Caracol se la comunica... ¡Extra! El siguiente es un boletín informativo...».

Se trataba de un ataque a la embajada de República Dominicana. No era el tipo de noticia que le interesara particularmente a Sonar, pero pedí al conductor del chuchete que me dejara en la esquina y allí mismo conseguí enseguida un taxi que me llevara hasta el sitio, no tanto para cubrir el suceso como para enfrentarme a una de las situaciones en las que más deseaba involucrarme en la carrera que apenas empezaba. No sabía muy bien qué haría una vez llegara, pero iba a ser interesante averiguarlo. Además, llevaba en mi morralito una Olympus Pen de pequeño formato que me habían recomendado los muchachos de fotografía cuando les dije que deseaba aprender a tomar fotos, just in case.

Por el camino hacia ese punto de la ciudad, en inmediaciones de la Universidad Nacional, la radio del carro dijo que se trataba de una operación del M-19 y que sonaban disparos. Al parecer un comando guerrillero había irrumpido en una recepción diplomática en que se celebraba la independencia dominicana y tenía a varios embajadores como rehenes. Con Colombia en estado de sitio permanente, serios indicios de violaciones a los derechos humanos y un presidente cuya desvergüenza le había permitido fletar un 747 de Avianca para irse un mes de paseo por Europa, el clima dictatorial estaba que ni pintado para que la guerrilla intentara una operación equivalente a la de los sandinistas en el Palacio Nacional de Managua, que en su momento iniciara la ofensiva final de una revolución de muchachos cuyo ejemplo continuaba seduciendo a muchos; incluida yo, que interrumpí mis pensamientos para bajarme del taxi, atascado en el caótico tráfico del vecindario guardo la memoria de haber corrido hacia el lugar de los hechos agradecida por haberme puesto ese día unos zapatos de tacón bajito. Por el camino cargué la ranura y llegué hasta el punto donde un agitado cordón de la policía impedía el paso. Mostré mi credencial y argumenté con los tombos el hand» mano de mi mejor discurso sobre la libertad de prensa, el derecho a la información es todo el carretazo que en el momento me pareció de rigor, pero no pude pasar sino después de media hora, cuando el descuido de uno

de ellos me permitió romper el cerco y volar como bruja hacia una de las dos esquinas que flanqueaban la embajada. No lo sabía, pero de ahí en adelante viviría cientos de episodios en los que la autoridad legítima, más que garantizar, obstaculizaría mi trabajo.

La residencia de la embajada, una fea construcción de dos plantas situada al fondo de una pequeña zona verde que semejaba una bahía urbana, estaba flanqueada por edificios de tres o cuatro pisos. Llegué para echar un primer vistazo a la situación desde la cigarrería situada en el costado suroriental. Sobre el pavimento del frente, cerca de varios carros con placas diplomáticas parqueados, yacía herido un policía mientras un hombre vestido con traje de paño y una gran barba negra se arrastraba bajo uno de los vehículos intentando alcanzar el cuerpo del caído. Cuando lo consiguió, varios disparos provenientes de la casa levantaron pedazos de asfalto a su lado, pero él, ajeno al peligro, lo jaló con increíble sangre fría hasta que consiguió ponerlo a salvo de las balas.

Era tal la osadía de aquel barbudo que supuse debía ser un detective encubierto, quizás alguno de los escoltas del cuerpo diplomático que arriesgaba su vida para salvar la de su compañero. Salí de mi error minutos después, cuando los asaltantes de la casa exigieron que alguno de los periodistas apostados a lado y lado de la casa arrimara hasta la puerta la tula y la escopeta dejada sobre los escalones de la entrada por un joven guerrillero, abatido en el abaleo inicial. Como condición exigieron que el voluntario se despojara de la ropa y quedara en interiores. De los tres o cuatro hombres que se desnudaron, uno era el de la barba negra, que ahora se veía supremamente delgado y pálido. Se llamaba Ricardo Tisnés y era reportero gráfico, pero de eso sólo me enteré después, cuando él mostró entre orgulloso y asombrado la quemadura de bala que había rasgado la solapa de su chaqueta de paño al intentar rescatar al policía.

No obstante, el elegido por la guerrilla para cumplir con el encargo no fue él sino Guillermo Franco, un reportero de radio que acercó la tula y la escopeta hasta la puerta. Aprovechó para hablar brevemente con quien parecía ser el comandante de la operación y, al regresar al lugar donde una muchedumbre de periodistas buscaba la seguridad tras las esquinas de los edificios, contó que la bolsa de lona pesaba lo suyo porque estaba repleta de municiones.

Pasé la noche en vela y en compañía de aquella masa de reporteros ansiosos que tiritaban por causa del frío, a la espera de un eventual contraataque del ejército para retomar el sitio, pero este nunca se produjo a lo largo de los dos meses que duró la ocupación, al cabo de los cuales el presidente Turbay accedió a pagar un rescate en dólares con que el M-19 compraría después armas. Respecto a la exigencia de liberar a los presos políticos, las autoridades no cedieron ni un milímetro, pero igual los quince integrantes del comando viajaron a Cuba en un avión especialmente fletado para tal propósito.

Yo no tuve paciencia para esperar aquel desenlace, pues al cabo de cuatro semanas de tensión y espera abandoné el campamento de carpas que la prensa de todo el mundo estableció en inmediaciones de la embajada. Sin embargo alcancé a servir de apoyo a varios corresponsales de agencias internacionales de noticias, sobre todo en temas de traducción y producción, lo cual me sirvió para empaparme de muchas cosas propias del oficio durante las largas horas de charla con los veteranos. Pero al poco tiempo tuve la sospecha de que el asunto de la embajada estaba agotado, al menos para mí, y busqué nuevos rumbos indagando aquí y allá entre los colegas. Volver a colaborar con Sonar, a la que había renunciado en una escueta carta fechada al día siguiente de la toma, estaba descartado de plano, pero tuve la suerte de que mi búsqueda llegara a oídos de un enviado especial del Diario de la Ribera, quien me contó sobre una vacante en la redacción del periódico.

—Oye. cachaquita —me dijo—, sabes trabajar y en el periódico necesitan gente con muchas pilas. Si quieres te recomiendo con mi tío, que es el jefe de redacción.

Por supuesto acepté, aunque de entrada no me dio mucha confianza enterarme del parentesco entre el enviado especial a Bogotá y el mandamás del diario. Pero sepulté ese detalle de sospechoso y cargante nepotismo bajo las ventajas de tener un empleo estable en un periódico serio, y antes de dos semanas estaba entrando a mi primer día como redactora de uno de los diarios de la ciudad de Barranquilla. Mi suerte no podía ser mejor, porque además estaría cerca de Maní, quien por supuesto fue a recibirme al aeropuerto para darme a partir de ese día un tratamiento de reina.

Empeñado en facilitar mi adaptación a la ciudad, se encargó de conseguirme vivienda, mobiliario y servicio doméstico. Incluso llegó al extremo de llevarme a un concesionario para escoger un carro. El lo pagaría «chan con chan» y yo le cancelaría la deuda cuando pudiera, por cuotas y sin intereses ni plazo límite, ofrecimiento que obviamente rechacé, un tanto molesta porque tanta atención disparaba ciertas alarmas dentro de mi cabeza. Yo prefería costearme mis cosas, le dije, aparte de que no veía la necesidad de convertirme en propietaria de un vehículo porque siempre he detestado todo lo relacionado con motores, me gusta caminar y el transporte público es para mí una invaluable fuente de información que me permite pulsar el sentir de la gente común y corriente.

Aceptó mi negativa pero igual continuó dando muestras de su muy particular concepción del cortejo. Yo podía negarme a que me comprara un carro, pero me quedaba muy difícil hacer lo mismo con sus invitaciones a bailar, a pasear a la playa o a comer, que era su principal afición, excepción hecha de azotar baldosa en las salsotecas. Nunca comí tanto como durante aquellas primeras semanas en Barranquilla, hasta el punto de llegar a temer por la desaparición de mi cintura porque la pretina de los pantalones ya me cortaba la piel. Desde el ombligo hasta el tobillo estaba más rellenita, le dije en la mesa de un lujoso restaurante de comida libanesa, a la espera de que nos trajesen un pedido en el que yo me había pedido una magra ensalada, sin ninguna de aquellas salsas, las comidas que me tenían al borde de la obesidad, le dije cuando se extrañó ante tanta moderación.

Enseguida fingió contrariedad e hizo un chasquido de decepción con la lengua antes de decirme que su plan había fallado. que va no podría continuar cebándome para devorarme en nuestra noche de bodas, pues su intención era llevarme al altar para después sentarme sobre la cama con una manzana en la boca y los tobillos enlazados con cintas de seda de colores. Reí, no porque me pareciera chistoso lo que decía sino de los puros nervios producidos por lo que acababa de escuchar.

—¿Estás proponiéndome matrimonio otra vez? —le dije. agarrando el toro por los cuernos.

En efecto así era. No podía vivir sin mí desde la primera vez que me vio entrar a la redacción de Sonar y seguía convencido de que yo era la mujer de su vida, argumentó.

Yo también lo quería, de eso estaba segura, pero ni más ni menos que a otros hombres en el pasado, lo cual me hizo preguntarme si las personas se casan cuando sienten una señal especial proveniente de alguna misteriosa parte, o si un sexto sentido les adviene que tienen al frente a la persona indicada para compartir toda la vida. Obvio, yo no tenía la respuesta porque no contaba con un sexto sentido que me alertara sobre la condición de príncipe azul de Maní, pero opté por dejar que mi espíritu práctico tomara la decisión y recordé el destino de muchas de nuestras abuelas, a las que llevaban al altar argumentándoles que el amor surgía después de la boda y no antes. Quisiera culminar la narración de aquel episodio con alguna escena plena de romanticismo, pero la verdad es que me limité a decirle que sí, que estaba bien, pensando que el amor de novela llegaría en su momento y que entretanto yo gozaría de la compañía de un hombre bueno y considerado que me amaba y me respetaba. De hecho Maní ya era mi pareja estable desde hacía un buen tiempo y, qué demonios, ninguno de los dos perdía nada si íbamos a un juzgado a que nos leyeran las babosadas de san Pablo.

El asedio

Los dos primeros años de matrimonio son por lo general una sucesión de pequeñas revelaciones que poco a poco van dejando al descubierto la verdadera naturaleza de los cónyuges, sus virtudes y manías, los cambios sufridos por su carácter a la hora de presentarse contrariedades y, en general, las dimensiones reales de ambas personalidades una vez han quedado atrás los maquillajes y el dolo inherentes a la etapa de noviazgo.

En el caso de Lola no se trató sólo de esa fase de adaptación durante la cual ocurren hechos nuevos pero hasta cierto punto previsibles, incluso para quienes nunca han vivido la experiencia conyugal. Aproximarse al alma de Dohm fue para ella como asomarse a un precipicio, y no propiamente por causa de las rutinas diarias, pues en ese aspecto todo marchaba según lo preexistió: él salía a trabajar en la oficina y ella se quedaba pintando en el estudio o leyendo. Pero en las noches, una vez el servicio doméstico se retiraba tras una puerta que él bloqueaba con una cerradura eléctrica controlada desde la habitación, se presentaba la parte valseada del tango porque entonces él la invitaba a compartir la botella de vino o de cualquier otro licor, costumbre que según decía era una fórmula de longevidad heredada de sus mayores.

Al principio resultó casi natural que le pidiera vestir alguna de las batas de seda y encajes utilizadas por ella durante la luna de miel, para enseguida sentarse a ver juntos una película porno en la salita de proyecciones anexa al estudio de él, o bien hojear revistas ídem que en opinión de Carlos Alfonso llegaban a ser educativas. Firme partidario de la pornografía, la consideraba un gran manual de terapia mental porque ayudaba a las parejas en la búsqueda de la felicidad.

Era tal la cantidad de imágenes picantes que él procesaba antes de intentar aplicar en la realidad lo que acababan de ver, al poco tiempo protestó ante Dohm que en sentía decepcionado porque sus necesidades y motivaciones no parecían ser importantes para ella. A esas alturas, agregó enfurruñado, debía resultar evidente que recurría a tales ayudas porque era consciente de no ser ni mucho menos un gran amante y por tanto hacía lo posible para lograr un buen desempeño, lo cual era un rasgo de cortesía bastante meritorio que no sólo merecía un mínimo de reconocimiento sino reciprocidad.

A Lola el argumento le pareció extremadamente pueril, pero temió echar a perder con sus remilgos la seguridad económica que sin duda él le garantizaba. Decidió decirle que sentía mucho no estar a la altura de sus expectativas y que por tanto entendería si él iba en busca de otras mujeres que se sintieran cómodas con esa clase de prácticas, pero antes de que pudiera hacerlo él se le adelantó con una nueva propuesta: sin descartar que de vez en cuando compartieran su afición por el porno, podían introducir en el menú otros ingredientes, como por ejemplo que ella se despojara de la ropa interior y jugaran a que él la sorprendía en cualquier lugar de la casa; o que untaran sus partes con mermelada, chocolate o miel; o que abrieran al azar uno de los manuales amatorios que él tenía en su biblioteca para poner en práctica lo que salía en la página correspondiente. Artefactos y ayudas sexuales, disfraces y juegos de rol estaban incluidos en una idea que a Lola le pareció de un ridículo subido, aunque tuvo buen cuidado de no expresarlo y continuó adelante con el asunto teniendo siempre en mente la lección contenida en el chiste de «relájate y goza». No eran cosas imposibles de cumplir y a cambio tendría satisfecho a Carlos Alfonso durante un tiempo, lo cual le evitaría verse obligada a soportar su cara de frustración y aquel tono lastimero que él sabía combinar muy bien cuando quería someterla a chantaje emocional.

Era además posible, le dije para consolarla cuando ella me puso al tanto de todo, que con el tiempo él se cansara de tanto perendengue y optara por irse a la cama como un esposo normal, sin teatro en las preliminares y cumpliendo a cabalidad con su papel de eyaculador precoz, como todo buen cristiano. Ella rio al escuchar mi sugerencia, mientras tomábamos una limonada en la piscina del Hotel El Prado, donde estaban alojados porque Dohm había ido a Barranquilla por asuntos de negocios.

Pero como el tiempo pasaba sin que tal cosa ocurriera, Lola se decidió por fin a plantearle que buscara ese tipo de diversiones en otra parte. El fingió sentirse ofendido y rechazado, pero no hizo mayores aspavientos y a partir de entonces dejó de acosarla a diario, lo cual nos permitió deducir que estaba haciendo uso del beneplácito concedido. Hablo en plural porque ella y yo convertimos en fuente de diversión el seguimiento de las travesuras de su marido, quien al sentirse con licencia para actuar dejaba trazas en todas partes. Entre divertida y temerosa, Lola me mantenía al tanto del desarrollo de los acontecimientos, siempre con la esperanza de que yo viera alguna salida para una situación que a mí no me parecía particularmente dramática. Un tanto humillante sí, aunque no debía serlo tanto puesto que ella continuaba sintiendo alivio ante las evasiones de su marido, quien por fortuna tenía el buen sentido de desaparecer durante cortas temporadas para atender negocios en otras ciudades. De ese modo los asedios amorosos de él hacia ella disminuyeron sensiblemente, limitándose a encuentros esporádicos que lucían más como intentos de guardar las apariencias.

De repente una mañana, mientras desayunaban juntos y Carlos Alfonso planteaba la posibilidad de que Lola lo acompañara esa noche a una comida de negocios, ella miró el almanaque y cayó en cuenta de que su cuerpo no le enviaba aún los usuales anuncios previos a la llegada del periodo, pretexto que cada mes le garantizaba liberarse de las pretensiones de él. Como solía marcar esos días en el calendario para evitarse argumentos, se levantó para trazar una equis en la casilla correspondiente y se excusó de asistir a la cena, pero cuando pasó una semana sin que le llegara la regla y Carlos Alfonso empezó con los flirteos de rigor ella no tuvo más remedio que mostrarse receptiva sin dejar de preguntarse cuál sería la razón de la amenorrea.

Estaba segura de que no se trataba de un embarazo, pues

ambos habían sido tan juiciosos en cuanto a los métodos para prevenirlo que siempre usaban hasta dos simultáneamente. Sólo esperaba que no fuera algún tipo de enfermedad o infección producida por la brujería, cosa que sólo ahora le parecía perfectamente posible dadas las prácticas inusuales de Carlos Alfonso. Por fortuna no era nada de eso, según revelaron los exámenes que se mandó practicar y cuyos resultados me leyó por teléfono. Pero estos revelaban que estaba embarazada y por su tono deduje que también en estado de conmoción, pues en sus planes a corto y a mediano plazo no figuraba ser madre sino más adelante, quizá cuando culminara el magister que tanto deseaba cursar, entre otras cosas para tener algo de lo cual agarrarse frente a una eventual separación de Carlos Alfonso. Me dijo que al día siguiente iría a abortar, pues aún estaba a tiempo de hacerlo.

Aparte de recomendarle un consultorio cerca del Parque Nacional donde yo había acudido en busca de la misma clase de ayuda, le deseé toda la suerte del mundo, pero a lo largo del día, mientras trabajaba en un artículo sobre una crisis financiera en el Hospital de Barranquilla, que a su vez había desatado una huelga de médicos residentes y enfermeras, no podía sacarme de la cabeza a Lola. De repente, en un momento tuve una suerte de epifanía: más que un problema, el embarazo era una oportunidad para ella.

La llamé para decirle que no abortara, que los meses de espera y después la crianza del bebé serían la excusa perfecta para sacar a su marido de toda esa película porno que había montado con ella como actriz principal. Si lo pensaba mejor, se le haría evidente que estaba frente a una oportunidad de oro para replantear su matrimonio, pues la presencia de un hijo cambiaría los términos de la relación.

Prometió pensarlo y por lo visto lo hizo, porque dejó de responder a mis llamadas telefónicas para reaparecer al plazo de una semana con la noticia de que había decidido tener el niño, que a la larga resultaron ser mellizas: Dorotea y Hannelore, bautizadas así en honor a la madre y la abuela de Dohm.

Sin mucha capacidad de maniobra ante la nueva situación, Dohm asumió su rol de esperanzado padre y optó por ausentarse cada vez con mayor frecuencia, siempre por asuntos de negocios, aunque Lola detectaba que se iba de juerga y que en sus viajes en

catamarán se hacía acompañar por alguien más que la tripulación. También se daba el caso de que llevara mujeres desde Bogotá. lo cual en principio no le importaba un carajo, pues prefería mil veces el nuevo escenario. Cualquier cosa era mejor que volver a jugar el papel de meretriz de hijo cada vez que a él le daba la gana. Qué demonios, su querido esposito bien podía irse a buscar alivio donde las putas, que ojalá le cobraran bien caros sus servicios. No como ella, que estaba obligada a complacerlo de gratis.

Juegos de azar en Aruba

Como me había ocurrido antes en Santa Marta, no sabía qué hacer mientras esperaba en aquel hotel arubeño que pretendía complacer al huésped ofreciéndole diversiones que a mí me parecían bastante insulsas. Y si bien en esta ocasión contaba con la posibilidad de divertirme apostando en los casinos, el juego, llámese Blackjack, ruleta o poker, siempre me ha resultado abu-rridísimo y decadente, aparte de que no puedo evitar asociarlo con actividades mañosas. No obstante, en esa circunstancia era obligatorio para mí perder una cantidad razonable de dólares con el fin de no desentonar, y al mismo tiempo hacerlo sin llamar la atención más de lo necesario.

Completaba ya cuatro días de una rutina consistente en baños de mar, lectura, paseo en bote con fondo transparente, al-muerzo en solitario, siesta y sobrevuelo por el casino, que estarán bien para quienes toman vacaciones pero que para mí, algo nervioso por encontrarme al acecho de que saltara la liebre de nuestro negocio, implicaba cierto estrés. Lo peor era que no tenía a nadie ante quien quejarme por la demora, porque ganas no me faltaban de botar la toalla y devolverme para Colombia. ¿Y si Barra había sido capturado? La información previa suministrada por el Mocho no concedía mucho crédito a la eficacia de la policía de Aruba, pero que pillaran al negro con el cargamento de armas no era descartable como posibilidad. Esta simple idea bastó para llenarme de paranoia y preparé un morralito con lo indispensable en caso de que necesitara huir ante la menor señal de alarma, pero decidí darle a Barracuda otras veinticuatro horas de espera. Cuando cerraba la cremallera del atadito caí en cuenta de que me encontraba en un país sin fronteras hacia las cuales escapar; más exactamente estaba en una isla, y a mi paranoia se sumó la claustrofobia. Tampoco era posible tomar un taxi para el aeropuerto, pues las autoridades se preguntarían por que salta por aire si había

entrado por mar. Maldije entonces al Medio con toda mi alma mientras les daba puñetazos a las paredes y a los muebles.

Por fortuna pata mí, porque ya me encontraba a tiro de as de que la teja se me corriera del todo, esa noche sonó el teléfono de la habitación mientras yo veía en televisión un partido de las grandes ligas, pues por experiencia sabía y aún sé que no existe mejor calmante para los nervios que el vértigo en cámara lenta de un partido de pelota en la tele. Estaba en esas cuando el sonido del aparato telefónico, no obstante estar en sordina como mandaban los cánones de confort en un hotel costoso, me hizo dar un brinco el berraco. Era Barra, que desde la recepción me pedía bajar a la cafetería porque quería presentarme unos amigos.

Le respondí que con mucho gusto, pero que primero subiera él hasta mi habitación y ya después llegaría el momento de las presentaciones. Dudó un segundo, pero algo en mi tono de voz le impidió discutir y al ratico estaba frente a mí, desmadejado sobre una tumbona del balcón que daba hacia el mar esmeralda de la isla, bebiendo con placer una lata de Heineken sacada del minibar.

Le reclamé por no enviar señales de vida, pues no le habría costado nada hacer una llamada telefónica, o dejar una nota en la recepción, o un saludo con la operadora diciendo que todo estaba okey. Me concedió la razón y ofreció excusas, aunque también pidió comprensión para él, pues las cosas habían resultado distintas a lo planeado. No, no era para preocuparse ni mucho menos, y evitaba entrar en detalles para no agobiarme, pero habían salido distintas.

Algún ingrediente de su personalidad relajada me fue tranquilizando poco a poco, hasta que recuperé plenamente la confianza en lo que estábamos haciendo y, antes de que destapara la segunda lata de cerveza, le recordé que nos esperaban en el lobby. Bajamos para encontrarnos con una pareja de jóvenes, ella nativa de la isla y él venezolano, ambos guías turísticos que se encargarían de llevarme a pasear por los alrededores de Aruba, especialmente la costa noreste, donde estaban las playas menos concurridas. Tenían entendido que yo andaba en busca de tranquilidad, me dijo la chica.

Asentí preguntándome por lo bajo qué mentira les habría echado Barra sobre el señor Conrado Ulloa, pero estaba claro que mi coartada seguía siendo la de un aficionado a la pesca en alta mar curo bote se encontraba en mantenimiento. Más allá de eso. me dijo

Barra apenas con la mirada y un leve gesto, todo dependía de mí, pero no tuve que hacer mucho esfuerzo porque a partir del día siguiente la pareja empezó a llevarme de paseo a los lugares menos frecuentados de la isla. Sus destinos preferidos eran el parque natural Arikok y una serie de playas apartadas donde me instalaban en una carpa y ponían bajo ella una mesa con sándwiches y frutas, revistas, binoculares y toallas por si acaso me daba la ventolera de darme un chapuzón. Enseguida se retiraban a su propia carpa, ubicada a prudente distancia, y permanecían allí a la espera de que yo solicitara cambiar de lugar o regresar al hotel. Todo eso sin hacer preguntas y limitándose a señalarme los lugares dignos de interés. Quién sabe si serían guías turísticos realmente, pero por lo que a mí concernía eran perfectos para ese trabajo porque guardaban las distancias sin intentar hacerse los simpáticos ni adoptar la obsequencia propia de los lugareños de los países turísticos, que resulta tan chocante para alguien que está acostumbrado a valerse por sí mismo sin que le soben la chaqueta o le saquen la mica.

Viví otra semana de esa rutina, y cuando ya empezaba a experimentar de nuevo los síntomas de la desesperación producida por la falta de noticias, mis guías me recogieron un día a eso de las tres de la tarde para llevarme a un lugar llamado Daimari. Siguiendo su rito habitual de instalar carpas y hablar poco, el venezolano me aconsejó tener a mano los binóculos porque al atardecer podían verse escuelas de delfines frente a la pequeña bahía. Le hice caso y me entretuve barriendo la superficie del mar con los anteojos, pero no divisé más que pequeñas formaciones de pelícanos volando hacia el poniente.

Al rato, cuando sentí que se aproximaba la hora del regreso y guardaba mis cosas en el morral, un destello sobre mi derecha me hizo tomar de nuevo los binoculares. Era La Victoria, que se aproximaba de frente hacia la playa, con la dentadura de Barra reluciendo bajo la última luz de la tarde. A partir de entonces todo fue muy rápido. La pareja me ayudó a ir con mi morral hasta la orilla, ella se despidió allí mismo y su compañero entró al agua para llevar mi morral en alto y evitar que se mojara. Lo seguí hasta tocar el casco de fibra de la lancha, que en ese momento me pareció la nave más hermosa jamás botada a los mares. Barra fue hasta la popa, estiró su brazo para ayudarme a subir por el pequeño estribo empotrado cerca de los motores y luego se sentó frente al timón para acelerar tan rápido que apenas tuve tiempo de despedirme del

guía venezolano con un ademán.

La Victoria iba con los tanques de gasolina llenos, su pesada carga repartida en el pequeño camarote de la proa y bajo el panel de madera enrejada que servía de cubierta. Eran apenas unas pocas cajas, pero calculé que transportábamos, sin incluir la gasolina, cerca de una tonelada entre fierros y municiones de diversos calibres, si bien los letreros impresos con tinta sobre la madera de los empaques hablaban de repuestos para refrigeradores industriales y sistemas de aire acondicionado.

Estaba desanimado y furioso al mismo tiempo. Había recibido la misión de llevar armas desde la isla hasta la costa de Colombia y consideraba que yo estaba a cargo de la operación, pero por lo visto la sartén la tenía agarrada Barra. Le pedí explicar la razón por la cual me habían hecho ir hasta Aruba para pasar semana y media encerrado en un hotel sin participar en la operación propiamente dicha, y me respondió que por la seguridad de él y mía la orden expresa del Mocho era evitar que yo me involucrara en el tira y afloje con los traficantes. Mi principal trabajo, según entendía, era brindar protección a su persona y al cargamento. Y agregó que el comandante de la operación seguía siendo yo.

—No tengas duda de eso, cachaco. No te hagas lucha, dicen en Cuba. Tú eres el dueño del balón —me aseguró sonriente, señalando con un ademán de la barbilla las cajas que alcanzaban a verse por la puertita entornada del camarote.

Me pregunté a mí mismo, por supuesto sin obtener respuesta, hasta dónde llegaban los alcances de aquel tipo que ha-blaba de Cuba como si su tratara del vecindario, y concluí que debían existir pocos lugares del Caribe que Barra no hubiera tocado en su vida marinera. Esa conciencia me dio confianza, me relajé y opté por mirar hacia la proa, donde el enorme disco rojo del sol empezaba a descender muy rápido.

Navegamos roda la noche y en determinado momento mi compañero me informó que Punta Gallinas estaba a nuestra izquierda en medio de la oscuridad, antes de reducir la velocidad y pedirme tomar el timón conservando siempre y en todo momento el rumbo de 250o. Iba a echarse una siestecita, dijo acostándose en una colchoneta sobre la cubierta, y se quedó dormido casi enseguida. Seguí sus instrucciones agradeciendo que el mar estuviera calmo, pues en el viaje de ida hacia Aruba Barra me había

advertido sobre el peligro de meter la lancha de punta contra una ola, error que puede ser fatal y que es fácil de cometer cuando se navega en una lancha rápida.

A las tres horas despertó y de nuevo se hizo cargo, aconsejándome dormir porque faltaba aún mucho trecho hasta nuestra primera parada cerca del Cabo de la Vela, donde repondríamos la gasolina que los dos motores consumían a una velocidad proporcional a la del bote. Me acosté de medio lado sobre la colchoneta y puse el antebrazo contra mi cachete, creyendo que el golpeteo del agua contra el casco y el ensordecedor ruido de los Evinrude me lo impedirían, pero sorprendentemente no creo que pasaran más de dos minutos antes de que el cansancio me dejara fundido sobre la cubierta.

Un breve amorío

El muchacho tío era drogadicto, pero si yo lo dejaba a su aire esa posibilidad persistiría. Más aún cuando al desempacar su equipaje vi que la mayoría eran libros que, según mi saber y entender, abordaban temas inapropiados para un quinceañero. Algunos procedían de mi biblioteca, pero casi todos eran adquiridos por él y escritos por autores que, o bien eran desconocidos para mí, o bien escribían de tal forma que resultaban indigeribles, reconociendo que en ese entonces yo ya había empezado a convertirme en lo que soy actualmente en materia de literatura: un hombre que lee y relee un limitado número de títulos por considerar que todos los temas ya han sido agotados por Cervantes, Montaigne, Shakespeare, Homero, Suetonio, Tito Livio, Sun Tzu y un pequeño puñado más de ilustres señores.

—Después de ellos, los demás no han hecho más que repetirse —le dije en busca de un tema de conversación mientras lo instalaba en la habitación de huéspedes y le daba las primeras nociones sobre el funcionamiento de la casa. En esas andaba cuando Marisol acudió en mi ayuda para ponerlo al tanto de todo lo pertinente, cosa que le agradecí porque el trato con él me desconcertaba e incomodaba, lógico precio que ahora el destino me cobraba por haberlo descuidado en el pasado. Y como no creía conveniente que ambos nos sintiéramos más mal de lo que ya nos sentíamos, lo mejor era dejarlo un rato por cuenta de ella. En cualquier caso iba a permanecer cerca de mí durante meses, hasta cuando llegara el momento de buscarle cupo en otro colegio.

Entretanto ella me ayudaría a lidiarlo, evitándome tener que involucrarme en los asuntos domésticos que tan ajenos me resultaban.

Amparada conmigo, Marisol era casi una niña, y como su edad estaba más cerca a la de Antonio que de la mía, era de esperar que él prefiriera iniciarse de su mano en las rutinas, como empezó a ir juntos, los vi salir a los huertos de la fruta, la hortaliza, los semilleros del café, la casa de la misma Marisol, el galpón donde se encerraban los animales finos y la herramienta, lugar que yo debí reconstruir años después cuando los bandoleros lo incendiaron por negarme a pagarles. Pero esa es una historia que le contaré más adelante, bajo el supuesto de que me haga el oportuno recorderis.

Mucho tiempo había pasado ya desde mi decisión de no darle a la muchacha más importancia de la estrictamente necesaria. y por tanto procuraba no enterarme en demasía de los rumbos que tomaba cuando no estaba en mi casa haciendo oficio de día o socorriéndome en las noches, previa solicitud; porque eso era lo que ella hacía: socorrer a un tipo en la antesala de la tercera sé de que de todos los eufemismos de uso común en los últimos años es el que más antipático me resulta por razones que sobra explicar.

Igual llegaban de vez en cuando a mis oídos chismes según los cuales ella no había continuado su relación con el tipo de á ciscada. Después hubo otros, como era de esperarse puesto que a partir de aquel incidente yo le planteé nuestra relación en rumbos estrictamente profesionales, pero sus romances fueron fugaces y jamás vi a ninguno de sus pretendientes. Respecto a sus viajes a Fundación, a donde bajaba muy esporádicamente, resultaba imposible enterarme de cualquier cosa que hiciera allá. La verdad no me importaba y, es más, ojalá le fuera bien en todo sentido. Dejarla en libertad garantizaba que regresaría a Platea para nacerme compañía y, he de confesarlo, me alegraba imaginaria viviendo otros amoríos, pues objetivamente no era equitativo con ella verla condenada al destierro en esta ladera solitaria donde, en aquel entonces, podían pasar meses sin ver a nadie diferente a los vecinos más inmediatos.

Y ahora, al cabo tic las quinientas, ella recuperaba ante mis ojos toda su importancia, esta vez por cuenta de la ayuda que estaba prestándome con aquel potro cerrero epic era Amonio, de cuyo prontuario había quedado suficientemente internado, me había

contado de sus negativas a ir a dormir. de sus lecturas nocturnas en el baño y de su franca desobediencia cuando le prohibía salir de cacería o de pesca con aquellos «patanes degenerados» epic constituían su círculo de amistades más íntimo.

Como a las dos semanas de tenerlo conmigo, acompañándome en muchas ocasiones a los trabajos de la finca, a los que no sacaba el cuerpo sino que por el contrario emprendía con entusiasmo. empecé a ver que el muchacho valía su peso en oro, sólo que necesitaba pulimento y atención. De resto, era capaz de educarse a sí mismo sin necesidad de nadie que lo estorbara, aunque sin duda alguna cuando terminara de pasar una temporada conmigo debería organizarse, terminar su bachillerato y luego seguir una carrera. No iba a permitir que su inteligencia dispersa se convirtiera en su peor enemigo y lo condujera hacia el fracaso. Lo suyo no era propensión al crimen o la molicie, ni nada parecido, sino el comportamiento propio de un varón joven en busca de madurar, proceso que siempre, desde que el mundo es mundo, ha implicado traumatismos para quien lo vive y para quien se encuentre cerca.

No sé si fue por pensar en esos términos, o por ser testigo de lo mucho que congeniaban él y Marisol, que vino a mi mente la descabellada idea de proponerle a la muchacha usar su experiencia para que él terminara de convertirse en hombre. Enseguida rechacé de plano la idea, disgustado conmigo mismo por pensar en tales términos no sólo de él sino de ella, que no dejaba de merecer respeto, pero esa noche después de la cena, a la hora en que sintonizaba en mi Telefunken de onda corta las emisoras de Bogotá y de todo el mundo, desde mi mecedor en la terracita del frente los vi conversar animadamente, con sus miradas en una trabazón cómplice, sonrientes y seguros del efecto que cada cual producía sobre el otro. Entendí que no sería necesario pedirle nada a Marisol porque tarde o temprano acabarían teniendo su amorío, si es que no lo tenían ya. De cualquier modo hice mi visita rutinaria a la casa de Barranquilla para facilitarles las cosas, y una vez estuve de regreso tras varios días de ausencia, cada vez que los perdía de vista procuraba no preguntar por ellos ni dar mis acostumbrados paseos por los lados de la cascada.

Pasaron así cuatro meses durante los cuales me hice un trabajo de autosugestión para disminuir el dolor producido por el final definitivo de mi relación con Marisol, que daba por descontado. Muy sagaz, ella hacía como si no sucediera nada, intentando no

herirme, lo cual hablaba muy bien de la naturaleza noble de su carácter, pero Antonio, menos ducho en disimulos. no podía evitar que se le notara el enamoramiento. Cuando íbamos a revisar linderos, me preguntaba si podíamos llevarla con nosotros. Igual hizo en las dos ocasiones en que bajamos a Fundación para comprar en los almacenes agropecuarios, o cuando fuimos a visitar a los mamos, pues a mí me interesaba que él conociera algo de las culturas originales de la Sierra. Incluso se empeñó en enseñarle a disparar con el viejo fusil Remington de cerrojo que descubrió entre mis trastos viejos y que le pareció, porque así me lo dijo, la herramienta más bonita de todas las que había visto en Platea durante su estadía.

Al principio atribuí ese comentario al estado de relativa euforia propiciado por el amancebamiento, pero muy rápido caí en cuenta de que su entusiasmo obedecía a un legítimo interés y conocimiento del 722, sostenido en sus manos con tal prestancia que parecía haber recibido entrenamiento durante años. Donde ponía el ojo ponía la bala, lo cual me dio la clave que necesitaba para sugerirle traspasar una puerta que en principio podría facilitarle su futuro o cuando menos arrojar luz sobre su presente, pues no debía perder de vista que su presencia en Platea era apenas una pausa antes de reanudar sus estudios.

Mi propuesta era que, en vista de su afinidad con las armas, ingresara a la Escuela Naval de Cadetes para terminar el bachillerato. Era la milicia, sí, pero en condiciones algo más suaves que las que en su momento soporté yo en la Academia José María Córdova del Ejército, institución a la que no estaba dispuesto a entregarle la vida de mi hijo por considerar que ya le había dado la mía. Por lo demás, en la Armada podría navegar, cosa que también le gustaba según me había enterado, y siempre cabía la posibilidad de que lo llevaran a darle la vuelta al mundo a bordo del buque escuela Gloria.

De entrada se negó, pero prometió pensarlo unos días antes de darme una respuesta definitiva, y a partir de ese punto se volvió más resonado. Se limitaba a darme cara en los momentos en que no tenía escapatoria posible, como la hora del almuerzo y de la cena, pero el resto del tiempo su presencia no se notaba, salvo cuando sonaban los disparos del rifle, cuyo eco llegaba encajonado desde las quebradas cercanas. No mató ningún animal, pero durante años pudieron verse los balazos en las ramas gruesas y

altas, invariablemente efectuados desde lugares más altos, casi siempre horquetas en el dosel del bosque, de modo que si fallaba no existía el riesgo de que las balas hiciesen daño a alguien o a algo. Eso demostraba la conciencia que tenía respecto abuso responsable e inteligente del rifle, y como padre no pude menos que enorgullecerme, a pesar de que nunca le hice indicación alguna ni lo dirigí en ese sentido.

Sin embargo, preocupado porque no me daba la necesaria y esperada respuesta, un mediodía a la hora del almuerzo busqué su mirada en el otro extremo de la mesa, pero la tenía clavada en el plato y toda su actitud expresaba abatimiento. Levanté mis ojos hacia Marisol, que venía de la cocina con una sopera humeante, y ella asintió con un gesto tranquilizador para indicarme que hablaríamos después.

Fui a echar la siesta de quince minutos que religiosamente hago desde aquella época y sentí los golpecitos de ella en la puerta para anunciarse antes de girar la cerradura. Al ver que yo miraba a través del marco para ver si veía a Antonio, me dijo que este había salido con el rifle y, en efecto, a lo lejos sonó casi enseguida el primer disparo de una serie. La estadía del muchacho iba a costarme una fortuna en municiones, le dije, agregando enseguida que me importaba un pepino mientras él estuviese bien.

Con gesto grave, Marisol se sentó en la silla de baqueta que yo empleaba como solterón para colgar la ropa y, estrujando sus manos, fue al grano: le había dicho a Antonio que ya estaba bueno, que no deseaba volver a dormir más con él y que se fuera de regreso a Barranquilla en busca de un colegio. Ella no lo quería, le había dicho la noche anterior, aunque le agradeció toda su gentileza y empeño en hacerla sentir bonita y deseada a pesar de lo descachalandrada que se veía después de varios años de vida en el campo.

Le había mentado, precisó al instante, porque en realidad lo adoraba, pero entendía que no podía dejar que la situación continuara. por el bien de Antonio en primera instancia y también por respeto hacia mí, que además de ser el padre del muchacho era el benefactor de ella, lo cual estaba por encima de cualquier otra consideración, por importante que pudiese parecer. Así que yo podía tranquilizarme y tomar las medidas necesarias para enviarlo de regreso a donde su madre o a donde quisiera, que el acataría mis

decisiones, concluyó muy segura de lo que decía. En cuanto a ella, si yo estaba de acuerdo seguiría viviendo en la finca y nada cambiaría, salvo nuestros esporádico* encuentros, que creía no debían reanudarse sino mantenerse un tiempo en suspenso. Ya sentí con un alivio tremendo al escucharla hablar en tales términos.

En cuanto a él, que se veía bastante abatido, apenas lo vi le pregunté directamente qué había pensado respecto a la posibilidad de ingresar en la Armada como cadete. Sin dudarlo ni un segundo me miró a los ojos al responder que sí quería. Lo envié enseguida a Barranquilla en un bus para que se despidiera de Patricia, sus hermanos y sus amigos, y dos semanas después lo re- CJ>gi para llevarlo hasta Cartagena. Unas cuantas llamadas, dos o tres cartas, los papeleos de rigor y el civil quedó en condiciones de incorporarse a filas. Como él no quería que yo lo presentara ante los oficiales de la Escuela Naval, contuve la emoción y suspiré aJ verlo atravesar la guardia y alejarse en busca del que en adelante sería su nuevo hogar. Nos despedimos con un apretón de manos y sin pronunciar palabra. De alguna manera ambos estábamos de duelo por Marisol, que había quedado en Platea aguantándose Jas ganas de llorar, con sus ojos acuosos y brillan tes (jomo los de un pájaro.

Marisol en facha

Ni fusilamiento ni nada parecido, su viejo simplemente quedaba los ojos como gallina mirando mierda y no pronuncia ni un palabro. Habla con Patricia, claro, y se da una vuelta por el Liceo de Quevedo para escuchar en boca del cura rector el informe de la Gestapo, resumido en que Almanzor Padilla Antonio incita a la descomposición moral de sus discípulos. Es por eso que el colegio se ve obligado a dar escarmiento expulsándolo, pues la indignación de los padres de familia exige un desagravio. El mansear del Reich agrega que, aparte de llevar drogas a las ins-talaciones del plantel para consumirlas, el inculcado ha reaccionado amenazando con matar a quien le ponga una mano encima como incendiar las instalaciones. Si no han llamado a la policía para que se haga cargo ha sido por consideración con la familia, que no merece semejante baldón sobre su buen nombre.

Avergonzado tras comparecer a la audiencia en la rectoría. e indignado por la amenaza velada en la mención de la policía, el general pregunta a Toño qué bicho pudo picarlo para hacerlo cometer semejante bestialidad, pero este reacciona irascible,

vol-teando los argumentos de tal manera que parece como si la falta no hubiese sido de él sino del colegio, al que califica de antro represivo y nido de víboras moralistas. Cree firmemente que la marihuana no es ese monstruo que pintan en sus cuentos los curas. Una afirmación de tal naturaleza parece hecha por los mismos que definen a los comunistas como devoradores de niños. Desconcertado, el general se limita a ordenarle que prepare su equipaje, pues lo llevará con él a trabajar en Platea para ver si de una vez por todas se entera de lo duro que es ganarse la vida des-lomándose en una finca mientras los demás permanecen cómodos en casita, divirtiéndose relajados, afincados en la creencia de que siempre habrá paparotes que asuman el trabajo duro al tiempo que ellos la pasan bueno y le buscan tres pies al gato. Pues se acabó. No más pendejadas de señoritos indolentes.

Toño siente que aquella perorata va más dirigida a su madre y a sus hermanos, Mariana y José Luis, que a él mismo, porque es el típico discurso que envía razones a Santander para que las entienda Bolívar, piensa al examinar los lomos de los libros que incluirá en su equipaje. Como seguramente será una larga temporada, empaqa casi todos sus viejos amores y los acompaña con novelas que no ha leído y le garantizarán entretenimiento para rato. Así, lleva un morral con Tambaras, La náusea, Así habló Zaratustra, Guerra y paz, La cartuja de Parma, Salambó y una que compró hace poco en la Librería Nacional de la calle de Jesús con 20 de Julio: Cien años de soledad, de la que todos hablan desde hace un buen tiempo con insistente entusiasmo, salvo en su propia casa, donde ni siquiera está en las estanterías porque en su momento doña Patricia Padilla la desterró con disgusto debido a su «procacidad». Apenas ha tenido tiempo de hojearla un poco, pero se da cuenta de que es una historia distinta a todas las leídas hasta ahora y que Toño también empieza a aprender como dosificar sus demás personas escondiéndose tras una cámara, cuando el callo pasa por la Ciénaga Grande en ruta de Fundación, él hace el viaje buscando a través del visor los escenarios descritos por García Márquez en su novela, mientras siente las miradas del general clavadas en la nuca, detrás de su oreja izquierda.

Sin embargo la tensión empieza a desaparecer cuando llegan a la finca, no sólo porque de alguna forma la actitud de su padre cambia sino porque a él mismo el lugar lo seduce con sus

colores y olores, con sus edificaciones de arquitectura utilitaria y escueta. Su habitación es la de los huéspedes, puntualiza el general dándole a entender de entrada que es bienvenido sólo porque su visita es transitoria, tiene un gran ventanal que mira en primer plano hacia un cafetal sombreado y, más allá, hacia una muralla de árboles altísimos que se bambolean con la brisa. La belleza del paisaje explica las razones por las cuales al viejo le resulta tan difícil bajar de Platea para ir hasta Barranquilla a lidiar con la rigidez mental de su mamá.

Su favorable impresión inicial se refuerza un rato después al conocer a Marisol, la mujer del servicio doméstico a quien el general ha encomendado para ayudarlo a ordenar el cuarto y la ropa en el armario. Ella llega a cumplir la orden «en facha» y se disculpa por eso, por su falda que le llega hasta un poco arriba de las rodillas y su camiseta esqueleto a la que apenas queda algo del color aguamarina original. Ha recogido su pelo en una moña que fija con un lápiz atravesado y calza unas sandalias chinas de caucho a punto de deshacerse por el trajín al que las someten unos pies pequeños y fuertes, con dedos regordetes, cortos y muy bonitos. En realidad toda ella es bonita, concluye Toño espiándola cuando ella alternativamente se agacha o se empina para acomodar la ropa en las estanterías, con lo que la ceñida y corta falda, o bien se eleva hasta bien arriba de sus piernas dejando ver la piel de sus muslos, o bien le ciñe el culo amenazando con reventar esa cremallera trasera que fono desearía abrir aunque fuera su último acto sobre la Tierra.

De súbito ella se gira para mirarlo de frente y lo hace sonrojar, no tanto por sentirse pillado en el acto de espiarla sino porque siente que no puede evitar la súbita erección que intenta disimular doblándose sobre sí mismo al tomar asiento sobre cama. Marisol no hace ningún comentario sino que sonríe y apoya las caderas en el borde de la mesa donde limo ha descargado los libros. Con oídos y dedos curioseas en la montañita y hace preguntas ingenuas sobre los títulos o las cubiertas mientras cruza alternativamente las piernas y recorre uno por uno los volúmenes y distraída lo suficiente para que el muchacho vuelva a reparar en sus muslos y en que bajo la camiseta no hay sujetador. Sus pechos redondos y pequeños permanecen libres con sus pezones elevándose hacia el cielo, uno más bajo que el otro, desalineados para acabar de completar la perfección dentro de la imperfección. Porque no faltará quien diga que Marisol es imperfecta, pues no

exhibe la clase de las pocas niñas que él ha tenido oportunidad de conocer hasta ahora, pero tal cosa le parece a él un atractivo adicional que resta importancia al hecho de que los dos dientes frontales de ella estén un poco separados y que su pelo, similar a la paja seca cuando está suelto, sea una maraña a medio camino entre un peinado afro y el techo de palma de una choza.

El sol está a punto de ocultarse, pero a través del ventanal llega un golpe de luz que ilumina el rostro de ella de manera especial. Toño saca la cámara de la mochila en que la lleva envuelta. despliega el fuelle del lente y apunta para enfocar. Sólo en ese momento Marisol cae en cuenta de lo que ocurre y oculta su cara tras las manos, riéndose y pidiéndole que por favor no le tome fotos. Toño insiste al tiempo que calcula la distancia focal e intenta componer un cuadro, pero la modelo no deja de moverse, se endereza de un salto y, aún con una mano sobre la cara, sonríe y dice que después, que en otra ocasión, cuando esté arreglada. Enseguida sale hacia la cocina a supervisar la estufa donde hierve a fuego lento un sancocho de gallina y Toño la ve irse, confirmando que ella tiene además una espalda linda y un escapulario enrollado en un tobillo.

Esa noche casi no puede dormir a pesar del cansancio del viaje. Desnudo bajo la sábana, se acaricia y lamenta haber dejado atrás su colección de revistas. Intenta imaginar a Marisol desnuda, cómo será su ombligo, si tendrá o no sobre el coxis los mismos coquetos hoyitos de Brigitte Bardot, si sus pezones serán negros o rosados, si los vellos de su panocha - dada su circunstancia presente, llamar de otra forma al sexo de la mujer es pura hipocresía serán negros o rojizos como su cabello. Es imperante verla sin ropa. su seducción en fotos encuera. Tiene que ser posible convérsela.

A la mañana siguiente muy temprano, a la hora del desayuno. su padre le dice que lo sintió ir al baño dos veces y le recomienda no volver a tomar Coca-Cola para acompañar la cena, pues aparte de ser diurética contiene cafeína y por tanto desuda. Es mejor un jugo de frutas, acota Marisol mientras pone sobre la mesa la jarra de café y ocupa su silla frente al general y a la derecha de Toño. Debido a su pequeño tamaño, la mesa luce atiborrada de delicias y él siente muy cerca las rodillas de ella, que hoy viste bluyines. camisa a cuadros y calza unas abarcas de cuero trenzado. Como se ha lavado el pelo, lleva sobre sus hombros una toallita para terminar de secárselo y Toño la encuentra más bonita que el

día anterior, sin importar que hoy muestre menos piel. Es muy agradable verla llevar a sus labios la taza de café mientras con la otra mano toma la toalla, acaricia su pelo con suaves sacudidas y habla con su padre acerca del arreglo de una llave de agua que gotea y del menú del almuerzo, indiferente al hecho de que acaba de rozar su rodilla con la de él. Es un toque tan leve que a lo mejor ella ni lo sintió, pero suficiente para que él experimente un sacudón eléctrico que lo obliga a mirar hacia d general, concentrado en su caldo de costilla y disponiendo de los asuntos domésticos.

Al escrutar la cara de su padre Toño se pregunta si este se dará cuenta de lo linda que es la mujer que tiene al frente y enseguida se responde a sí mismo que no, pues evidentemente el general conserva una fría distancia. El hecho de que Marisol se siente a la mesa con ellos simplemente indica que se trata de una costumbre adoptada por ambos por razones prácticas y tal vez porque así ninguno de los dos se siente solo. De hecho, ella vive en otra casa y en el curso del día lo pondrá al tanto de que su trabajo consiste en asear ambas viviendas, cocinar, lavar y planchar ropa, conservar las flores y la grama de los jardines, y cultivar la huerta de donde se sacan los vegetales para el consumo de la casa principal y la de los mayordomos, el señor y la señora Toscano. y sus hijos.

Al terminar el desayuno el general le informa que el almuerzo se sinea hasta las cuatro y media o cinco de la tarde. Son dos comidas al día. lo cual evita cortar en dos la jornada laboral, le explica mientras lo lleva hasta la casa del mayordomo, a quien pide el favor de ayudar a su hijo a construir una pequeña estantería para el cuarto de huéspedes, de modo que tenga un mueble donde poner los libros. La solicitud es en realidad una orden tácita que lo incluye a él, y por tanto Toño se encuentra esa mañana aprendiendo de carpintería con Remigio Toscano, un hombre de temperamento apacible nacido en el vecino Caracolicito y que goza de la fama de ser un veterinario intuitivo fuera de lo común, mucho más ducho en sanar animales que quienes tienen título universitario.

El general parte con tres peones a arreglar unas cercas y de una vez terminan de armar la pequeña biblioteca, va hasta la casa, donde Marisol le da de beber un jugo antes de llevarlo a conocer los alrededores. Los senderos son tan estrechos que la guía va adelante casi todo el tiempo y Toño camina hipnotizado, su mirada yendo desde el escapulario del tobillo hasta el vaivén de las caderas de ella, sintiéndose el hombre más feliz del mundo y pensando en

cómo encontrar la forma de verla encuera, aunque sea sólo durante un segundo.

Puertas de la percepción

La expresión «caer en el abismo de las drogas» siempre me ha parecido un horror por manida, por inexacta y porque en el noventa y nueve coma nueve por ciento de los casos no se trata de un hecho accidental sino de un suave y voluntario deslizarse, sin duda de culo, hacia una oscuridad que —oh sorpresa ocupa el lugar donde se creyó encontrar la sabiduría, el autoconocimiento. las puertas de la percepción. Por lo general, cuando llega el momento de darse cuenta de que la cara de Dios ha sido desplazada por la mueca del diablo, resulta tan complicado echar reversa que sólo unos pocos privilegiados lo consiguen, quizá por estar dotados de una gracia divina que los exime de la muerte. Roberto José tuvo la suerte de pertenecer a ese reducido grupo de sobrevivientes, pero le costó lo suyo.

Cansado de buscar infructuosamente a Virginie, encontró por fin a Sócrates y después de confrontarlo se dejó abatir por la sensación de fracaso. Al sentir que el marido burlado podía tomarse peligroso si no le daba un buen hueso para roer, el brujo mintió al decirle que Virginie se había esfumado al día siguiente de llegar a Bogotá. Menos mal, agregó enseguida, porque había desfalcado el negocio por un monto nada despreciable y quién sabe qué otras maldades habría hecho en caso de quedarse con él. En su opinión, lo más probable era que en ese momento ella ya estuviera en el extranjero, donde pertenecía.

El primer impulso de Roberto José fue entrarle a trompadas a aquel engendro que de cualquier modo tenía su parte de responsabilidad en la desaparición de su mujer, pero se contuvo y dio media vuelta para caminar con aire ausente y sin rumbo fijo bajo la llovizna bogotana, hasta que la deriva lo condujo de nuevo a Chapinero, en busca del refugio de Elvis El Elvis. Era domingo y en el parque de la calle 60 con Séptima tocaba una banda llamada Tricerarocks que le gustaba muchísimo por sus versiones bastantes potables de canciones de Led Zeppelin, Deep Purple y The Who en su humilde opinión. La música de los Who era imposible de replicar porque una cosa era tocar la muy en boga Dyer Makero Woman From Tokyo y otra muy distinta. Behind Blue Eyes, pero los Tri, como era conocido el grupo en los metederos de rock bogotano. lograban

que esa conciliación sonara, idéntica a al conservar la variada gama de tonos y contrastes cae tanto lo habían seducido la primera vez que la oyó.

Durante el concierto Roberto José forzó las letras de las tres canciones para que se ajustaran a lo que estaba viviendo. El ridículo un tanto masoquista le produjo una pequeña euforia que esa tarde durante las tres horas y pico que duró el espectáculo, lo llevó a consumir todas las sustancias que le ofrecieron amigos y desconocidos. Estos últimos divertidos al verlo dar tumbos de un lado a otro, igual que en un mal viaje de hongos o flor de borrachero.

Al día siguiente, a la hora en que Pacho abrió la boutique Roberto José seguía en el parque como clavado contra el pecho de un enorme eucalipto y con los brazos hacia los lados igual que un crucifijo, porque además llevaba días intentando cuidar una chivera al estilo de George Harrison. Según recordó después entre sueños y medias noches, extendía sus brazos porque sentía estar sobrevolando la ciudad en busca de Virginie, pero cada vez que la encontraba ella se escabullía bajo los aleros de las casas y en los zaguanes. Volaba tan alto que las nubes se interponían en su visual impidiéndole aterrizar para plantearle que dejara de correr por ahí, que mejor se devolvieran juntos para Martinica, que él estaba de acuerdo en lo de no querer criar hijos pero que no lo dejara solo ni un segundo más.

Después de aquel coctel psicotrópico Roberto José no volvería a ser el misino. Empezó el previsible camino de las drogas duras, que se costeaba más o menos con la mesada que Marta Marina le pagaba y que en la práctica era la única fuente de ingresos de la finca en los Llanos, motivo por el cual Medardo y Delfilia quedaron sin sueldo desde ese momento. En parte por lealtad, en parte por falta de una oportunidad mejor, optaron por permanecer en Martinica ignoramos de la verdadera suerte

A partir de ese punto su comportamiento alcanzó tal grado de dejadez que terminó perdiendo el empleo en Elvís El Elvis. con lo cual su presupuesto quedó seriamente comprometido. No trabajo, sobrevivió un buen tiempo sableando a sus antiguos condiscípulos y yendo hasta la oficina de Marta Marina con historias cada vez más inverosímiles acerca de las necesidades de la tinca. En las ocasiones en que salía a pedir dinero se aseaba lo mejor posible, vestía lo más limpio que tenía a la mano y adoptaba cierto aire de

dignidad que no conseguía ocultar la evidencia de su naufragio personal. Marta Marina nunca cedía más de ¡a afra ya estipulada en el testamento y los amigos que al principio aguantaban sus sablazos empezaron a volverse más esquivos.

Con la mesada empeñada, compró ai fiado cocaína y pepas de rodas las clases imaginables y poco a poco fue quedando más y más engrampado por las deudas con los jíbaros, o sea con la mafia, que en últimas era la que surtía su botiquín de primeros auxilios, como el denominaba la gruesa chaqueta de paño azul oscuro, recuerdo de tiempos mejores, en cuyos bolsillos escondía «lo necesario para la vida», según me dijo una vez que lo tropecé en una de las callecitas aledañas a la universidad, cuidando carros a la espera de propinas. Nunca le conté aquel encuentro a Lola, que conocía sólo de oídas la condición en la que estaba su hermano, de quien se sentía distante porque durante los últimos años él había permanecido fuera del país. A ella, según me dijo, le dolía que se perdiera la inteligencia de un hombre al que consideraba brillante, pues recordaba lo buen estudiante que había sido en el colegio y cómo sus padres se lo ponían como ejemplo.

Cansada de sus sablazos y de que los jíbaros le cobraran las deudas de su hermano disoluto, Marta Marina consiguió una orden de restricción judicial para que él no se le acercara, so pena de ser encarcelado. Al quedarse sin casa y sin familia pidió a los antiguos conocidos que emboscaba en las calles del centro y en la zona universitaria de Bogotá que lo ayudaran, que les pagaría una vez saliera el fallo judicial sobre su herencia, ya que había presentado una demanda en defensa de sus derechos de sucesión en cuestión de días todo se resolvería a favor suyo porque él me juez era su amigo desde la infancia.

Durante la boda de Lola y Carlos Alfonso Dohm un invitado contó, con todo el disimulo del que puedo echar mano, haberlo visto parado en la puerta del restaurante El Virrey que daba sobre el pasaje del Tequendama echando la historia de la Fernanda por la sucesión de su padre a todo el que podía, conocido o no. Había perdido dos colmillos y hablaba con dificultad, pero conservaba su viejo chaquetón de marino y la sonrisa de autosuficiencia que lo distinguía en sus tiempos de estudiante aventajado y prometedor. Era por lo menos paradójico que para convertirse en un despojo hubiese invertido el mismo tiempo que le llevó a su hermana menor cursar una carrera, graduarse y casarse, anotó alguno en el corrillo.

Incómoda y cansada de la historia, que me afectaba en lo personal por lo ocurrido con mi propio hermano, en su momento asesinado en la calle del Cartucho, dejé el grupo y me fui en busca de otro trago. Si Roberto José iba a salvarse sólo lo sabía él mismo y nadie más podría hacer nada.

Fue la última vez que tuve noticias de él y de los extravíos que sufrió por salir en busca de una Virginie que, sin haberlo olvidado del todo, ya estaba acostumbrada a la idea de hacer su vida sin contar con la compañía del hombre que la había traído a vivir a Colombia.

Medianamente próspera, en lugar de expandir el negocio al mismo ritmo con que crecía la demanda por sus servicios, prefirió continuar como estaba en el local alquilado y pagar a dos empleados que la ayudaran con la tienda de suvenires, amuletos y bisutería representativa de la era de Acuario. De ese modo ella podía dedicarse de tiempo completo a su trabajo como sanadora de almas, apoyada en sus buenas relaciones con la jerarquía de arcángeles y en el consumo de la leche virginal de Aurora Sophia, la misma que bebían los filósofos.

Su clientela, entre la que cada vez había más gente pu-diente, empezó a pagar muy caros sus servicios y a pedirle que los visitara en sus casas, pues les parecía azaroso aventurarse por las calles estrechas de las Nieves en sus automóviles para llegar a su consultorio, que con todo respeto, según le dijo alguna diente, estaña perfecto si no fuera porque estaba impregnado con el olor procedente de una acreditada pescadería vecina.

Ese y otros comentarios de corte similar revivieron en Virginie su antiguo espíritu rebelde, y se negó a mudar el negocio de lugar por creer que era mejor rodearse por aquella gentecita del centro que despachar en un barrio como Chapinero, El lago o Chicó, donde un local como el suyo se haría demasiado visible para las autoridades de salud. No creía estar estafando a nadie, pero sabía que sus año eran más intuición que ciencia y que sus dientes hacían de conejillos de indias en ensayos de métodos alternativos de sanación que, si bien eran inocuos para la salud, eventualmente podían acarrearle problemas con la policía a algún funcionario acucioso tenía la iniciativa de indagar sobre las credenciales académicas de Madame Paracelso, o decidía que prácticas como la aromaterapia, la colorterapia e incluso la muy efectiva y arcana

urinoterapia estaban más relacionadas con la brujería que con la medicina.

Sin embargo no se impuso límites a la hora de establecer amistades y relaciones de algún modo cercanas con algunos miembros de su clientela más encumbrada, que no dejaban de asombrarla porque se suponía eran personas cultas y estudiadas, lo cual en principio las alejaba de supersticiones y charlatanería, pero resultaba que era todo lo contrario. Con frecuencia inusitada, presidentes de corporaciones, altos funcionarios estatales y personas que se preciaban de sus posgrados en afamadas universidades la consultaban para seguir adelante con sus vidas, o a la hora de tomar decisiones de las que muchas veces dependía el desuno de mucha gente. Cuando tal cosa ocurría Virginie tragaba saliva y hacía lo posible por concentrarse y emitir vaticinios y consejos de la manera más gaseosa posible, de modo que de todos modos su asesoramiento terminase tomando la decisión por sí solo.

Sorprendentemente, no era raro que después de alguna de aquellas sesiones que la dejaban llena de dudas y asustada por su irresponsabilidad y osadía, llegara al consultorio algún chofer con un sobre de agradecimiento que contenía una suma en metálico o, en no pocas oportunidades, con un gran ramo de flores. En momentos así sonreía al entender a cabalidad que la política y la economía también podían estar bajo el poder ejercido por las ciencias ocultas.

Derrotas

Seguí a través del teléfono el embarazo de Lola que culminaría con el nacimiento de Dorotea y Hannelore Dohm, y durante el mismo nos encontramos en las dos o tres ocasiones en que pude escapar a Bogotá para descansar del trabajo en el periódico. que por cierto resultaba bastante agobiante para mí. Casadas ambas, nuestras experiencias matrimoniales eran muy distintas, si bien las dos podíamos decir que nuestros cónyuges habían sufrido cierta clase de desdoblamiento de personalidad nada

más culminar la ceremonia de enlace.

Mientras Carlos Alfonso dejó al descubierto su faceta de sátiro, obsesionado permanentemente con la idea de vivir el coito como un deporte de alto riesgo, paulatinamente mi Mani se volvió una persona indiferente conmigo, que se suponía era la persona más importante de su vida. No dejó de ser amable y considerado como antes, porque esas características siempre las ha conservado, sino que entre la exigente rutina de mi trabajo y los compromisos de él, que invariablemente terminaban relacionándose con la comida y el baile, no quedaba mucho tiempo para estar a solas y darle una oportunidad a la vida en pareja, que nunca pudo despegar en forma ni mucho menos consolidarse.

Al aceptar mi nuevo empleo la novatada me impidió prever que el Diario de la Ribera arrastraba consigo, muy probablemente desde los albores de la linotipia, una cultura del trabajo consistente en empezar la jornada a las diez de la mañana, hacer lo mínimo posible hasta la hora del almuerzo, después del mismo echar una siesta, darle al teclado desde las cuatro o cinco de la tarde hasta las ocho o nueve de la noche, esperar el cierre de la edición y salir en patota hasta algún bar a brindar por cualquier razón, sin importar cuál fuese. Una vez peaditos, cada uno salía para su casa a intentar cumplir con los deberes familiares y a dormir un poco para recuperarse del «estrés» vespertino y eliminar las toxinas del whisky o del ron blanco, a gusto del consumidor.

Y al día siguiente vuelve y juega la misma vaina, el mismo ejercicio mediocre de periodismo basado en boletines oficiales y fuentes cautivas. Como es fácil deducir, al principio me negé a dejarme amarrar en aquella noria y llegaba a trabajar a las nueve, pero a esa hora no tenía interlocutores distintos a la gente de la administración. Las señoras del aseo y el personal de casino. Ya por la tarde entregaba mi o mis artículos para correr a casa de Maní, pero si lo encontré allí tres veces no lo encontré aia.ro. por lo que poco a poco, en cuestión de ser la realidad impuso y fui entrando por el aro. Pasaba más tiempo brincando con los colegas que con mi esposo, que hacía propio por su cuenta y prefería irse de juerga con sus amigotes' que prestarme atención en la forma que yo esperaba y creía merecer.

Era como si, una vez alcanzado su objetivo de conquistarme, hubiese perdido todo interés en mí, un misterio que

me obsesiono y que durante un tiempo me hizo analizar en detalle mi propia conducta, bajo el supuesto de que yo era la que estaba tocándole a él y no al contrario. Pero con la excepción de lo regente de mi horario no encontré motivos que justificaran o al menos explicaran su indolencia. Era como vivir con un adolescente incomprensible que no había terminado su proceso de declaración. Con los años y la experiencia, hoy sé que los hombres nunca terminan de madurar lo suficiente, lo cual conviene sobremanera a los fabricantes de motocicletas y autos deportivos, a los bares a los casinos y a los burdeles, para mencionar sólo algunas de los sectores de la economía que prosperan gracias a la búsqueda masculina de reafirmación personal.

Todo lo anterior para decir que Mani empezó a ponerme los cachos cuando no habíamos cumplido ni siquiera un año de matrimonio, lo hacía sin agüeros y con el mismo desparpajo con que se atiborraba de chicharrones, butifarras, carimañolas y empanadas en los puestos callejeros de fritos, hasta tal punto que casi podía verse el crecimiento minuto a minuto del volumen de su barriga. Pero para darme cuenta de sus visitas a las profes y sus escapadas con secretarias de la oficina necesité casi un año, y eso porque encontré por accidente unos extractos de un crédito. Pero contrario hubiera seguido pensando que mis atractivos simplemente se desvanecían como por arte de magia, cuando en realidad se trataba de que mi esposito era asiduo y visitante de lugares donde satisfacía todas sus urgencias y necesidades de una manera bastante menos predecible y rutinaria que yéndose a la cantina conmigo. El hombre se divertía, de eso no dejaba la menor duda la ristra de bouecheers de pago que el diablo puso ante mis ojos. En su favor debo decir que en las pocas ocasiones en que me abordó durante ese tiempo, supongo que para no despertar sospechas, fue un caballero que hizo lo posible por hacerme sentir bien, a pesar de que su recién adquirida gordura le dificultaba la tarea; eso sí, se blindaba en látex con el argumento de que no deseaba ser padre todavía, cuando en realidad estaba protegiéndome de quién sabe qué plaga. Al menos eso debo agradecerse.

Para sorpresa mía no monté en cólera ni sentí ningún dolor ante la palmaria evidencia de que estaba casada con la quintaesencia del machista perfecto. Analicé la situación con frialdad de etóloga y con el mismo desafecto procedí a concentrarme en mi trabajo y a dejar de sentir angustia cuando las

torceduras del horario me impedían llegar temprano a nuestro apartamento. De contera sentí que recuperaba mi libertad y que ahora bien podía aceptar las invitaciones de compañeros de trabajo, e incluso de tipos a los que frecuentaba como fuentes de noticias y parecían dispuestos a hacer hasta lo imposible con tal de estar a solas conmigo. Curiosamente lo hice apenas una o dos veces, en parte para probarme a mí misma que podía vivir sin hombres, en parte porque atractivo, lo que se dice atractivo, no encontré a ninguno, como no fuera el auxiliar del laboratorio fotográfico, un negro joven, macizo y bello como de un metro con ochenta de estatura, nariz respingada y una boca en apariencia capaz de devorar todo lo que estuviera a su alcance. Él podía ser el parejo ideal para acompañarme a bailar el mapalé sobre el cadáver de mi matrimonio, pero me dio miedo porque, aún sin bajarse los pantalones, no era difícil saber que lo que llevaba entre las piernas podía resultarme adictivo. Una debe saber hasta dónde llevar sus apetitos, me dije, aparte de que el muchacho no me paraba ni cinco de bolas, quizá porque nuestras diferencias de raza y educación lo hacían creer que yo era una presa inalcanzable.

Mejor así, pues lo único que me faltaba para acabar de completarme la vida era un enredo con alguien de la nómina de un peí todito que tic ser el paraíso laboral se me convirtió en un infierno, y todo porque yo misma permití que así ocurriera. Sucedió que tras un tiempo de trabajar como reportera y de salir airosa a pesar de lo mucho que me había costado adaptarme, por los mismos días de mi desenamoramiento de Maní recibí la propuesta de hacerme cargo de la jefatura de redacción, cosa que no dudé en aceptar porque mi inexperiencia me impidió ver más allá de un prestigio ciertamente relativo y de un aumento de sueldo también relativo, dado el inmenso trabajo que acarreaba el cargo.

El cuerpo de redacción era todo lo mediocre que puede llegar a ser un equipo y actuaba en bloque sólo a la hora en que los humores etílicos hacían de las suyas. Sobrios y en sano juicio, los periodistas de La Ribera eran las personas hedonistas que, mientras llegaba el día en que lograran pensionarse o ganaran el premio mayor de la lotería, querían irse a dormir sus guayabos y nada más. Amor a la verdad, deseo de informar al público, objetividad o el simple cumplimiento de la parte que les correspondía de sus contratos laborales eran valores secundarios parados y ellas. En esas circunstancias, convertir al periódico en una máquina

informativa tan respetable que generara opinión y arrastrara tras de sí un buen tren publicitario era demasiada tarea, no sólo para una profesional inexperta como yo sino para cualquiera que pretendiera hacerlo sin volver a arrancar de cero.

Pero hacer fábula rasa no era posible porque el director, que presionaba para alcanzar los objetivos descritos, era una persona conservadora que manejaba su feudo con paternalismo y no quería que nadie agitara las aguas de su piscina. Eso sí, exigía que las noticias del diario superasen en calidad y cantidad a las de El Heraldo, Diario del Caribe y La Libertad, los otros periódicos de la plaza.

En medio de dos fuegos, obligada por las circunstancias a escoger entre la caspa y la pecueca, decidí recurrir a mi inteligencia y a mi intuición: pedí en buenos términos a los periodistas uno por uno para cuidarme de no parecerles una esquirol amangualada con la empresa— que me ayudaran a convertir el diario de la Ribera en uno de los mejores del país. No les pedía chivas ni noticias exclusivas, sino que simplemente produjeran material de lectura valioso, apostándole a la formula según la cual no os mejor periodista quien primero lo dice sino quien mejor lo dice. Mejor dicho, yo quería que hiciéramos periodismo literario. ¡Habrase visto cuánta ingenuidad! Porque si bien todos ellos manifestaron entusiasmo ante la idea, a la hora nona ninguno salió con nada; unos porque en realidad no les interesaba y otros, ¡os menos, porque como redactores tenían tanta idoneidad como los operarios de la rotativa.

El fiasco fue grande y mi sensación de fracaso se hizo aún mayor sin que por otro lado la presión del director disminuyese en lo más mínimo. Era inconcebible que aquel doctor en leyes, considerado uno de los faros de la inteligencia local, no tuviese clara la realidad del periódico que decía dirigir. La verdad, lo suyo no era dirigir sino ejercer una simple y llana ineptitud, pero ¿quién se atrevía a ponerle el cascabel al gato diciéndole que no habría cambios mientras él continuara haciendo prevalecer su visión de las cosas? Intenté halagarlo al sugerirle diplomáticamente que necesitábamos su inteligencia para sacar adelante el diario, pero lo único que conseguí como respuesta fue un regaño en el que me acusó poco menos que de perezosa, pues de hecho me pagaba para que yo asumiera la labor que estaba pidiéndole a él. Ahora resultaba que la floja era yo, que me quedaba por las noches

cerrando primera página con la única compañía de la gente de armada y rotativa, mientras el resto de la planta se dedicaba al dulce far niente.

Así las cosas mi renuncia era apenas cuestión de tiempo. Empecé a averiguar por vacantes en los medios escritos de Bogotá y mientras tanto me dediqué a coordinar aquella farsa por los laditos, recurriendo a la ayuda de un jíbaro del Boliche que me mantuvo varios meses surtida con una marihuana de calidad suprema. Paradoja de paradojas, gracias a la barcia mi trato con Mani pareció revitalizarse en el plano de la amistad. Fue él quien me ayudó a tomar la decisión de regresar a Bogotá y, gracias a sus buenas relaciones, consiguió los papeles de divorcio en un tiempo record para que yo no sintiera que el era otro obstáculo más en mi vida.

Solo me faltaba un impulsito para largarme y esté llevo el día en que a la cadena de fiascos agregué la caída de la selección de Brasil frente a Italia, que la elimino del Mundial de España 82. De modo que puede decirse que mi destino laboral adquirió otro rumbo gracias al virtuosísimo de Paolo Rossi, que anotó los tres goles de su equipo. Si Sócrates, Zico y Falcao regresaban a casa con el rabo entre las piernas. ¿Por qué no podía hacer yo lo mismo?.

Debut y despedida

La oportunidad de ver a Marisol desmida llega inesperadamente. un domingo en que la esposa del mayordomo Remigio Tas-ano cae enferma. Muy de mañana el general decide llevarlos al Hospital de Fundación junto con sus dos hijos, por lo que e] fovota desciende el empinado camino hasta el plan con todos a bordo y la tinca queda a cargo de Marisol y de él, al menos hasta d atardecer. Como además de día festivo no es tiempo de cosechas, por el lugar no rondan jornaleros a destajo ni están programa- jas visitas veterinarias para el ganado. Se encuentran completamente solos. piensa Toño animado y al mismo tiempo atemorizado ante la perspectiva.

Después de la partida del carro ambos se sientan a desa-renar y él, sintiéndose culpable por la avalancha de pensamientos morbosos que asaltan su cabeza, busca con

desespero la manera de proponerle que pose desnuda frente a su cámara, pero como no puede se limita a mirarla con tanta insistencia que ella, sonriente y un tanto incómoda al sentirse examinada, lo mira y le dice:

—¿Qué?

—Nada, nada.

—Dime. ¿Qué? ¿Ahora te vas a poner tímido? Bonita la hora... En serio, ¿qué?

—Te digo que nada.

—No te creo, pero dejémonos de bobadas. Mejor lavare los dientes y te espero en la cascada, ¿listo? —le dice ella con su suave acento paísa mientras recoge los platos y la cubertería de la mesa.

Toño no necesita que le repitan la invitación. Se levanta como un resorte, asea sus dientes, se enfunda en una pantalonera y toma una toalla y la mochila con la Kodak antes de dirigirse a la cascada, a donde llega al mismo tiempo que Marisol. Se meten en el pozo saltando y chapaleando, sacudidos por la fría temporada, pero se aclimatan tapido y nadan, salen a las piedras sobre las que cae la cortina de agua y dejan que la fuerza de los chorros los golpee antes de dejar se caer de nuevo en el pozo mientras el sol se asoma poco a poco por el corte de la montaña y empezó a calentar el ambiente.

Habían de todo un poco, con Tono respondiendo preguntas que ella le hace sobre la vida en Barranquilla, el colegio, los libros que le gustan y qué ambicionaría estudiar, momento en el cual Toño ve una oportunidad para hablar de tomarle fotos. Ella sonríe con picardía, pero en lugar de contestar da una patada en el agua para salpicarle la cara y se va nadando hasta la orilla más alejada del pozo, donde este se desborda sobre las piedras y escapa corriendo cañada abajo en busca del río Fundación. Para seguir con el juego Toño la persigue y ella le lanza a la cara el pequeño bulto de su vestido de baño antes de reírse a carcajadas y emerger para ponerse de pie sobre las piedras y mirarlo desde su pedestal de estatua empapada. Con los ojos abiertos como platos, la respiración agitada y su corazón latiendo a toda velocidad, Toño es incapaz de pronunciar una sola palabra.

Su fantasía se ha cumplido, pero ahora no sabe qué hacer.

Segura del huracán que ha desatado dentro del joven, Marisol vuelve a carcajearse y se lanza de regreso al pozo con los pies por delante para caer a pocos centímetros de él. En ese punto la profundidad les permite estar de pie, con el nivel del agua sobre el pecho de él y apenas tapando los hombros de ella, que lo abraza por el cuello y le da un beso muy suave. Enseguida baja su mano, palpa su sexo por encima de la pantalonera y vuelve a reír:

¡Sinvergüenza! ¡Lo que vos querés es otra cosa!

Liberándose del abrazo, se aleja de nuevo y va hasta la orilla opuesta, se sienta sobre la piedra más grande, que ya está caliente por el sol, y le hace un gesto para invitarlo a su lado. A partir de ese momento todo se vuelve una confusión para Toño y puní ella, que si bien al principio asume el asunto como una travesura, con el paso de los minutos, y luego de las horas, va sintiéndose más y más agradada, feliz de estar en compañía de aquel hombre que aprende muy rápido y qtic luc cl ainot como si hiera a moor al día siguiente. (icito que es torpe y bitisto, pero no maltrata y el empeño que le pone al asunto sería del agrado de cualquier mujer.

Sobre el mediodía, ya cansados y hambrientos, van hacia la casa principal a prepararse un almuerzo y ella propone echar la siesta juntos en el cuarto de huéspedes, propósito que resulta imposible porque antes de cinco minutos el vuelve a la carga.

Toño cree estar enamorado. En el pasado vivió una suerte de noviazgo con la hermana de Oscar, pero ahora sabe que aquello no se parecía para nada a esta permanente conmoción del cuerpo y de la mente tan difícil de disimular ante los habitantes de Placea, y mucho menos ante el general, que se hace el de u vista gorda durante el tiempo que el romance tiene lugar de manera soterrada. El muchacho sabe que su padre sabe, y aunque no se explique las razones de su silencio tampoco teme a su reacción. En realidad no le teme a nada del presente ni del futuro, pues trente a cualquier dificultad siempre podrá recurrir al amor de Marisol, que lo ha hecho madurar y adquirir una fortaleza sorprendente para él mismo, tan lleno de dudas hasta el momento de conocerla.

Pasan así semanas de felices citas clandestinas en el mon-te. caricias furtivas bajo la mesa, intercambios de miradas cómpli-ces en presencia de terceros y búsqueda de pretextos para estar a solas, hasta que un buen día, sin razón aparente, sin anestesia, Marisol lo llama aparte y con una voz seca y cortante le

sale con el cuento de que ya no lo quiere, que ahora sus encuentros le parecen aburridos y que mejor no vuelva a buscarla para culear. Ha escogido deliberadamente esta palabra para evitar referirse a lo suyo como hacer el amor, de modo que él tenga muy claro que más allá de lo físico no hay nada más, y que incluso esto último ya no la emociona para nada.

El golpe que acaba de recibir es como una pedrada en el entrecejo. FJla ha salido a su encuentro cuando él regresaba de practicar tiro al blanco y se lo ha dicho para enseguida voltear la espalda sin darle oportunidad de respuesta. Tono espera poder convencerla de lo contrario al día siguiente, pero desde la hora del desayuno Marisol se muestra distante, seria, con cara de pocos amigos. Mas entristecido, aunque la víspera, toma la cámara y sale a gastar el último rollo que le queda.

En los días sucesivos ella está más y más alejada, lo cual aprovecha el general para involucrarlo en el trabajo de la finca sin que él se resista. Hace lo mejor que puede, aunque está tan desmoralizado que cuando su padre le pregunta otra vez sobre la posibilidad de estudiar en la Escuela Naval no duda en responder que sí, pero que antes quisiera ir hasta Barranquilla para ver a sus amigos. Parte muy de madrugada, sin apenas despedirse de nadie, enfurruñado y jurando para sus adentros no regresar jamás.

Son las vacaciones escolares de fin de año y un grupo de camaradas, para celebrar su regreso y la buena noticia de que ha perdido la virginidad, lo embarcan en un febril periplo que empieza en la Caja de Pandora, una discoteca ambientada con lámparas de colores fosforescentes y muebles traídos desde Miami. “la raja de fedora”, anuncia Rafa, que ha rebautizado el lugar para referirse a una reina del carnaval, acompañados por las amigas de siempre, con las cuales no pueden ir más allá de algunos besos y uno que otro baile amacizados al son de samba pa’Ti de santana, o de algún esperpento a cargo de Barry White o, peor aún, del otro Barry, el Manilow, en cualquier caso piecitas musicales que invariablemente terminan por dejarlos a todos con los calzoncillos húmedos y un dolor intenso clavado en el perineo que, informa Oscar una vez han dejado en sus casas a sus respectivas parejas, recibe el casto nombre de cólico de seminarista.

Ante la noticia de que su tocayo ingresara a la naval, Antonio adopta de inmediato jerga y propone enfilar proa hacia el

burdel – puteadero, corrige enseguida – regentado por un tal Mateo, al que Oscar apoda enseguida Mister Perineo. Toño argumenta no tener plata y propone que mejor vayan a tomar un trago en Taurus y Zodiac, dos antros cercanos al Teatro Metro y diagonales al Hotel Majestic. Su emoción es derrotada por el resto de la banda, que durante su ausencia ha convertido la referida casa de citas en zona de operaciones, y el tocayo enfila hacia allá sentenciando que ya basta de maricadas. Ellos tres lo invitan, que carajo, harán vaca para pagarle el polvo y sus consumos líquidos y camales. pues después de todo es el homenajead y desean ofrecerle la posibilidad de «pie una hembra de verdad le haga "olvidar a la mantequita de la finca». Ofendido por la forma en que Rafa acaba de aludir a su amor perdido, prensa protestar con fuerza pero las risotadas colectivas son tan imperiosas que decide sallar y esperar un momento más oportuno para hacerse sentir. Por ahora lo mejor es buscar que la letra de Turn Turn! Turn!, que retumba en el pasacintas del boogie y que sus amigos corean con entusiasmo, le ayude a mitigar el terror ante la perspectiva de negociar sexo con una desconocida, en un lugar inédito para él y bajo la mirada de tres badulaques, esos sí conocidos, que estarán atentos a cada uno de sus movimientos una vez ingresen al cuchitril hacia el que se dirigen a roda maquina al son de los Byrds: «a time of love, a time of hate, a time of war. a time of peace, a time you may embrace, a time to retrain from embracing...

De los recuerdos que le quedarán de esa noche de testosterona d único agradable es el alivio que siente cuando al entrar en io de Mister Perineo oye la voz de Celia Cruz, quien pone punto final a la onda del rock anglosajón que esa noche encuentra antipática por falsa y ajena. En cambio le resulta enormemente agradable y oportuno el momento en que la Sonora Matancera truen a saludando su entrada en el sitio y la negra suelta su poderoso «No esperes mi socio/ esa sopita en botella, eh,/ tienes los cables cambiaos /y tu cerebro tostao, óyelo,/ no esperes mi SKU>! esa sopita en botella, eh,/yo no te compro ese pardo,/yo no te doy la mesada, vive bien,/ no esperes mi socio/ esa so pita en botella», porque siente que para el desastre en que se ha convertido su vida son mucho más adecuadas las letras de la Severa Matancera.

Aparte de esa circunstancia favorable, que viene seguida por una andanada de canciones de Daniel Santos, Rolando Laserie y Reutilio, lo demás sólo es su timidez heme a la linda muchacha

escogida para él por Mister Perineo y que por desgracia no se parece para nada a Marisol, lilla termina yéndose a buscar mejores oportunidades con olio cliente, haciendo que Óscar simule darle un cocotazo mientras le dice «¡Ñerda, loco!

¡Que man tan aguarcatao! Y lo abraza por el cuello para hacerlo beber otros, el enésimo trago de cubalibre preparado con ron caña, un brebaje que quizás hubiera sido más útil aflojando los pernos oxidados de una máquina. Su consumo le permite relajarse y aceptar al fin acostarse con una rubia cuyo rostro no recordara después. pero también lo hace devolver atenciones en el baño del establecimiento, luego en la acera cuando salen en busca de boogie y finalmente. para cenar con fanfarria», cu el antejardín de su casa.

Es probable que su madre lo espíe tras las cortinas, pero a Toño si no le importa qué pueda hacer o decir ella. En poco tiempo estará lidiando con sus superiores en la Escuela Naval, i eso si que va a ser un problema, le anuncia en voz baja al gemelo que lo mira desde el espejo del lavamanos tras lavar su cara y beberse de una sentada dos Alka-Seltzer disueltos en un vaso.

Cuando unos días después su padre lo lleva hasta el com-plejo naval de la isla de Manzanillo, en principio el asunto no parece tan grave. Al entrar solo y atravesar la puerta de la guardia llega a la oficina que le han indicado y el oficial de admisiones se muestra tan cordial como el prefecto de un colegio, pero muy rápido Toño empieza a salir del equívoco cuando lo rapan en la peluquería y se reúne con sus compañeros de contingente, algunos de ellos van acostumbrados a la institución. Vestido con los bluyines, la camiseta de algodón y los zapatos tenis que le han entregado como dotación, empieza a dar tumbos de un lado a otro, cada vez más aturdido con las órdenes gritadas a voz en cuello apenas a unos centímetros de su oído, que no ha perdido su sensibilidad a pesar de la estridencia de todo el rock soportado.

Eso parece ignorarlo el guardiamarina Serrano, que con sus berridos castrenses le hace comprender en apenas pocas horas o que le espera en la que sus amigos llamarían una fulgurante carrera militar de marihuanero a almirante en apenas dos patadas, scnienciaiaí socarrón su tocayo si estuviera presente, piensa Toó con nostalgia de Barranquilla mientras hace cincuenta lagartijas como castigo por ser incapaz de integrarse al ritmo con que marcha su compañía sobre el campo de parada.

Desperté poco después de medianoche al escuchar el ronroneo de los motores mientras nos adentrábamos en una tranquila ensenada en cuyas aguas se reflejaba la línea de la costa. La luna iluminaba el pequeño caserío de pescadores donde un enjambre de muchachos llenó con gasolina los tanques de La Victoria que partió enseguida hacia otra caleta, esa sí solitaria y situada más al suroeste, pues consideré que arriesgaríamos el cargamento al permanecer más tiempo en aquel lugar repleto de curiosos, y Barra estuvo de acuerdo porque en su opinión lo que teníamos a bordo era demasiado llamativo y tentador.

—Míralos cómo babean. Si lleváramos mujeres encueras no se antojarían tanto —me comentó en voz baja lamentando no haber embarcado también algunas pacas de Marlboro y de Buchanan's que habrían servido para desviar las miradas indiscretas y despistar, pero ya era tarde para quejarse: la noticia de que La Victoria hacía cabotaje llevando unas cajas de madera de contenido misterioso llegaría antes que nosotros a su destino, que salvo orden en contrario era una playa cercana a Santa Marta.

Como aún faltaban algunas horas para el amanecer y ninguno de los dos había vencido el cansancio a pesar de haber dormido a ratos durante la travesía, una vez llegamos a la ensenada vecina decidimos fondear en el centro de la misma. El lugar era profundo a juzgar por la cantidad de cuerda que pidió el ancla antes de enterrarse en la arena del fondo, pero ofrecía una calma de espejo muy similar a la del sitio donde acabábamos de cargar gasolina. No obstante la claridad era ahora menor porque la luna se ocultaba ahora tras unos nubarrones de lluvia que de tanto en tanto se iluminaban como si fueran faroles gigantes debido al destello de los relámpagos. Una brisa suave proveniente del mar traía hasta nosotros el frío de una tormenta que, según Barra, pasaría de largo y no nos afectaría para nada por encontrarse a muchas millas mar

adentro. Sin embargo no logró tranquilizarme y por si las moscas nos envolvimos en sendos ponchos de plástico, echándonos sobre la cubierta para intentar dormir arrullados con el suave golpeteo del agua contra el casco.

El primer ronquido de Barra me hizo dar un respingo, pues juro por lo más sagrado que toda la lancha vibró con la respiración de su patrón. Sonreí al darme cuenta de que antes no había notado esa característica en el hombre que ahora dormía a mi lado, con la coronilla apoyada contra la madera de una caja. Insomne, recuerdo haber pensado en el contraste entre la placidez del marino guajiro y el potencial de destrucción y desmadre que reposaba a pocos milímetros de nuestras cabezas, preparado para desatar el infierno en cuestión de segundos. Las armas, siempre las armas. Mi destino estaba amarrado a ellas y era increíble que después de haberlas puesto incluso por encima de mis valores más queridos, ahora me produjesen ese sentimiento mezcla de hastío y desengaño que de cualquier modo debía superar o, por lo menos, dejar engavetado durante el tiempo que iba a tomar mi tránsito hacia la vida civil. De momento, más me valía asumir la evidencia de que podía ganarme la vida gracias a mi familiaridad con los fierros, que invariablemente se fabrican en el hemisferio norte y se disparan en el sur. Son el producto de una manera imperial de concebir un planeta que, sin importar la sofisticación tecnológica alcanzada por la especie que lo habita, en el fondo continúa rigiéndose por la ley del más fuerte, la de mi revólver es más largo que el tuyo, esto último de manera literal. Se fabrican tras la mampara moral de que su destino es preservar la paz, pero yo sí quisiera que me mostraran cuándo y en dónde las armas han servido para ese propósito. Como los países productores hace muchos años que protagonizan conflictos breves y limitados, y además ajustamos ya más de medio siglo desde la última gran conflagración mundial, por simple lógica aritmética su comercio debería disminuir, pero sucede todo lo contrario, no sólo porque las potencias necesitan alimentar conflictos de corte colonial sino porque las guerras civiles o las guerritas entre republicas son estrategias para mantener distraídos y endeudados a los dueños de las materias primas y los recursos naturales.

Así mientras tú y yo nos matamos, aquel se lleva el botín grande para su casa y luego regresa a vendémoslo más caro.

Por eso nadie párese interesado en regular el tráfico de armas y en el Tercer Mundo nos matamos con manufacturas gringas alemanas, taigas. israelíes, francesas y etcétera, pero lejos está el día en que la policía del principado de Mónaco le pongan un par de esposas a Kashogi en la puerta del casino, lo entregue a Interpol y lo lleve a rendir cuentas ante el tribunal tic alguna de las naciones a costa de las cuales se convirtió en billonario.

Recuerdo que en ese momento mis reflexiones un tanto amargas me hicieron sentir ganas de lavarme los dientes, o por lo menos de chupar una menta, ambas cosas difíciles de lograr en ese momento, razón por la cual permanecí echado con el sabor a cobre en mi boca. mirando hacia las nubes plomizas que seguían iluminándose cada tanto mientras los truenos lejanos no lograban apagar el ritmo con que las olas golpeaban la playa.

De súbito, al sentir que ese sonido se oía más cerca y también más fuerte, pensé que el ancla de la lancha se había solado y la brisa nos empujaba hacia la orilla. Me incorporé a medias para mirar sobre la borda y cerciorarme, pero la playa se veía a la misma distancia de antes, por lo cual deduje que seguíamos fondeados en el mismo lugar. A pesar de la intriga que me produjo el hecho, iba a recostarme de nuevo para reintentar un sueñecito cuando escuché de nuevo el chapoteo, esta vez más cerca. Casi enseguida un relámpago iluminó la superficie del agua y entonces vi que se aproximaba una canoa tripulada por un número indeterminado de hombres que miraban hacia nosotros. No estaba seguro, pero creí ver el cañón de algún arma larga. Di un salto hacia la caja de herramientas de Barracuda, que también despertó y evaluó la situación con un solo vistazo mientras yo sacaba su pistola y revisaba el cargador. Mi compañero encendió el reflector de La Victoria para iluminar a los de la canoa y yo empecé entonces a dispararles un poco a la topa tolondra para meterles miedo y ahuyentarlos, pero los tipos siguieron remando y alguno de ellos esgrimió un escopetó» que llevaba terciado dirigiendo el cañón hacia nosotros. Le apunté bien con el viejo fierro, pero se encasquilló justo en el momento en que nos disparaba una ráfaga con munición gruesa que volvió naco la carpa y reventó el parabrisas de la lancha.

Me arrojé al piso a tiempo para ver a Barracuda intentando manipular una mini Uzi sacada apresuradamente de una caja. Había logrado mecerle un proveedor cargado con balas, pero bajé y me

puse en pie para encarar de nuevo a los asaltantes, pero se hizo un ocho al intentar desasegurarla, de modo que se la arre su canoa había desaparecido como por arte de magia. Barrimos la superficie con el reflector sin poder verlos por ninguna parte.

Sin disminuir en ningún momento su acelere, Barra puso en marcha los motores y me gritó que sacara el ancla. Corrí hacia la proa y empecé a hacerlo terciándome la correa de la Uzi en el pecho, pero cuando llevaba recogidos más o menos cinco metros de cuerda un relámpago iluminó de nuevo la noche, justo a tiempo para dejarnos ver a los piratas que ahora se acercaban por un lado diferente. Lo malo es que ya no era una sola canoa sino dos las que convergían hacia nosotros desde distintas direcciones. Asumiendo que la lancha ya estaba liberada, Barra hundió la palanca del acelerador hasta el tope haciendo encabritar la lancha de tal forma que caí sentado sobre la cubierta de proa, que se clavó de nuevo en el agua cuando el ancla volvió a enterrarse en el fondo. La cornamusa en que estaba amarrada traqueó de mala manera, pero aguantó el tirón y La Victoria empezó a girar enloquecida alrededor de su anclaje obligando a Barra a reducir la marcha al mínimo.

Combatiendo el vértigo corrí otra vez hacia popa gritándole a Barra que iluminara las canoas de los asaltantes, y con la lancha ya más estable empecé a repartirles su ración de plomo con esa maravilla de flerrito capaz de soltar rondas de novecientos disparos por minuto. Por supuesto recularon disparando y alguno se echó al agua, no sé si por culillo o porque yo lo había tumbado. Lo cierto es que nuestro reflector se apagó de un balazo, pero seguí botándoles candela para que mi amigo fuera hasta la proa, liberara por fin el ancla y regresara a su puesto para acelerar y sacarnos de aquel pozo de mierda.

Enfilamos hacia mar abierto, previo giro a toda velocidad sobre el oleaje de la caleta con la intención de volver a disparar sobre nuestros atacantes, que ahora intentaban varar sus canoas en la orilla para perderse en medio de la vegetación costera. Tumbé a dos, y mientras Barra nos sacaba de la trampa y las balas de ellos levantaban surtidores en la estela de la Victoria, alcancé a ver dos cuerpos más flotando inertes en el agua.

La habíamos sacado barata, y a partir de ese momento nos detuvimos únicamente una vez en nuestra ruta, apenas el tiempo suficiente para llenar los tanques con gasolina, de modo que varias

horas después llegamos mamados a las ensenadas del Parque Tayrona, donde entregamos el cargamento a la gente del Mocho. Sólo entonces vine a entender que se me había pedido participar en la operación para voliar plomo en caso necesario. Me pagaron una buena platica, pero sin ánimo de posar ante vos de alma sensible porque estoy lejos de ser eso, debo decir que me pareció muy poco dinero por echarme encima la carga de conciencia de mandar a cuatro pintas para el otro barrio.

Herr pervertiert

Sin duda alguna Lola contaba ya con suficiente evidencia para saber que su marido no era ninguna perita en dulce, pero por increíble que parezca le faltaba soportar aún más, pues aquellos meses de embarazo no estuvieron exentos de sorpresas sacadas por Dohm de su cubilete. Primero, porque de vez en cuando insistía en su propósito de convertir su intimidad conyugal en una suerte de deporte extremo; y segundo, porque con el paso de los meses y a medida que se convencía de que la maternidad de su mujer revestía algún grado de dificultad, dados el tamaño de su barriga y ciertas fragilidades físicas que requerían atención, en lugar de ajustarse a las circunstancias reaccionó de mala manera.

Se quejaba por sentirse desplazado en los afectos, ninguneado en su propia casa. Incluso llegó a mencionar la palabra traición, justo él, cuyas andanzas ya eran suficientemente evidentes para Lola y sus allegados, o sea yo, única persona del pasado con la cual ella podía mantener contacto porque todos los demás vínculos le habían sido cortados por Carlos Alfonso con minuciosidad quirúrgica. A mí me toleraba por alguna razón que aún hoy, cuando ha pasado tanto tiempo, no logro adivinar del todo, aunque siempre sospeché que en el fondo no me descartaba como polvo, dada la forma en que me miraba desde que Lola nos presentó. Sobra decir que yo alimenté su esperanza con ciertas actitudes de caliente huevos, pero ahora que lo pienso bien, en aquel juego arriesgaba yo demasiado porque entonces no contaba con la experiencia que me enseñaría a saber que las amistades perdurables son excepcionales, sobre todo tratándose cíe mujeres, pues nosotras somos más susceptibles y por tanto más propensas a poner fin a las relaciones por motivos menos serios que los inofensivos coqueteos sociales.

Podría escribir docenas de cuartillas explicando por qué creo

en la inestabilidad inherente a todas las farnias de anenite ternillas, pero no es del caso. Sólo resta decir que en algún momento deje de visitar la casa de Lola para evitar encontrarme con el sujeto y la excusa perfecta fue mi necesidad de consagrarme al trabajo en la revista Placas, que tras mi regreso a Bogotá me había contratado a destajo. La verdad era que la revista demandaba toda mi energía porque representaba un gran reto lograrla calidad de periodismo exigido en ella, razón por la cual yo estaba paralizada de susto. No era el simple temor a fracasar en la opción de vida elegida, sino que mi propósito de convertirme en una periodista excepcional me alcanzara apenas para ser una profesional estándar, del montón.

Por entonces procuraba citarme con Lola fuera de su casa, de tal forma que yo no tuviera que soportar la cara del marido y, por otro lado, el vernos en lugares públicos para almorzar o tomar un café confería a nuestras citas cierto carácter de premura que propiciaba la brevedad. En uno de esos encuentros ella me dijo que en su momento se había dado cuenta de los coqueteos de Dohm hacia mí y que en el fondo llegó a fantasear con que yo le siguiera el juego porque así encontraríamos entre las dos la justificación perfecta para una demanda de divorcio.

Nos dio risa tomar conciencia de lo retorcidos que pueden llegar a ser los pensamientos de una persona sometida a presión, y a partir de ahí volví a acercármele para seguir con atención su embarazo, procurando llamarla con la mayor frecuencia posible, sobre todo durante los meses finales. Llegué a la clínica de maternidad antes que nadie y fui la primera que después de la cesárea tuvo en sus brazos a las mellizas Dorotea y Hannelore, a quienes desde ese día he considerado mis sobrinas, mi familia verdadera. Durante las siguientes semanas, sobre todo en las noches y en los días festivos, estuve al lado de Lola para ayudarla a salir de la profunda depresión en la que se sumergió, considerada por todos lo más normal del mundo al atribuirla a su condición de parturienta, pero ya sabía que, además de atravesar por el lógico estado de ánimo propio del trauma del alumbramiento, su desánimo también se originaba en la perspectiva de reanudar su vida marital bajo las mismas condiciones de antes.

Y es que aparte de su cara de ternera degollada y de sus ojeras violáceas, su físico se recuperaba rápido y su belleza, acrecentada por la maternidad, literalmente resplandecía. La suavidad de su piel invitaba a la caricia, su pequeña nariz recta se

definía aún más y su cuerpo, según pude ver en un momento en que ya sorprendí al salir de la ducha, había convertido los kilos de exceso en curvas y redondeces sensuales. Cosas todas que, ambas lo sabíamos, aunque no lo dijésemos en voz alta, más temprano que tarde la convertirían de nuevo en blanco del señor pervertido. Herr pervrtiert, como lo bautizó ella en secreto para vengarse. Ni siquiera la cicatriz de la cesárea la ayudaría a escapar de la encerrona, pues sanaba aceleradamente y era sólo cuestión de tiempo que dejara de ser tan visible sobre aquel estómago plano, como de adolescente, que daba testimonio de su belleza recuperada. Me alegraba mucho por ella pero al mismo tiempo lo lamentaba. Debía divorciarse, le dije. No tenía más opción. Al precio que hiera. Por las niñas no había que preocuparse, pues la ley garantizaba que su padre estuviera obligado a pasarles cada mes una cifra acorde con sus posibilidades.

Como si estuviésemos invocándolo, herr pervrtiert atravesó de súbito la puerta de la habitación haciendo evidente el pequeño respingo con que ambas reaccionamos.

—¿Qué pasa? —preguntó con esa sonrisa ladeada suya que lo hacía tan odioso ante mis ojos—. ¿Me perdí algo? ¿Qué traman mis amores?

No pude soportar que nos hablara así, pero conservé la calma fingiendo estar apurada y me enfundé en mi abrigo. Le di un beso a Lola y a él apenas le dirigí un gesto con la mano antes de ir ofuscada hasta la puerta. Afuera llovía y por supuesto no había un taxi ni para un remedio, pero bajé caminando las tres o cuatro cuadas que me separaban de la carrera Séptima, donde tampoco encontré transporte. Así que caminé el largo tramo que me faltaba para llegar a la revista y, cuando iba a dos cuadas, de algún lado surgió un taponero que agarró mi bolso jalándolo con tal violencia que me arrastró con él hasta el suelo. La correa había aguantado la sacudida y el doloroso golpe de mi cadera contra el pavimento, en lugar de amedrentarme, exacerbó mi mal humor hasta un punto en que me puse en pie para hacerle frente al joven caco, que me miró desconcertado. Aproveché para írmele encima y él hizo ademán de sacar un arma del bolsillo de la chaqueta de sudadera que usaba, pero yo ya estaba bastante cerca para para atinarle un tiestazo en la oreja y enseguida un rodillazo en busca de sus partes, pero me pelé y di en el blanco un poco más arriba. Para ese momento ya varios transeúntes se habían dado cuenta de lo que pasaba y empezaron a

gritar y chiflar con lo cual el asaltante escapó cojeando y encorvado, todavía con ánimo suficiente para guiarme arepera y machorra.

Pero ni siquiera haciéndole pagar los píalos rotos a un ladrón callejero piule sacarme de encima la labia que me embargaba, no solo por la situación tic Lola sino porque no detectaba en ella ningún síntoma tic rebeldía que me indicara su disposición a cortar por lo sano con el catre tic su marido,

Decidí concentrarme en lo mío y pase los siguientes cuatro meses metida tic cabeza en d trabajo, consistente en una edición especial sobre d reinado nacional tic belleza que incluía no sólo su historia desde los antis treinta sino entrevistas con todas y cada una tic las ganadoras tic la corona a lo largo de medio siglo La directora, asumiendo que mi condición de mujer me dotaba naturalmente para la tarea, no alcanzaba a imaginar el esfuerzo que yo debía hacer para cumplirle, pero como no iba a desperdiciar la oportunidad de conseguir un contrato de planta haciéndole el lo a su encargo, me tragué el sapo y fingí que el terna de la belleza me apasionaba hasta la locura.

Por ese motivo perdí temporalmente el contacto con Lola. Después me reclamaría por mi abandono, pero la siguiente vez que hable con ella fue cuando recibí una llamada suya a la habitación de un hotel en Manizales, a donde había viajado para entrevistar a Luz Marina Zuluaga, única colombiana que ganara alguna vez el concurso de Miss Universo. Me llevé un susto tremendo al oírla angustia da, pidiéndome que por favor les diera posarla en mi apartamento a ella y a las niñas porque había decidido escapar tic herr pervertiert. Por supuesto le dije que «casa era la suya y que tendría suficiente espacio para alojarlas una vez regresara a Bogotá.

Pero lo suyo era urgente y no admitía tanta espera el cual me obligó a hacer unas cuantas llamadas para que le llegaran discretamente las llaves de mi apartamento. Llamé a la portería del edificio para que la dejaran entrar y salir cuantas veces quisiera, y que la trataran como a mi hermana. Hice mi entrevista con la Zuluaga, que me sorprendió gratamente porque esperaba una clásica manizaleña de dedo parado y encomié una mujer sencilla nada displicente y muy hermosa, veinticinco años después de haber ganado el título.

Llegué a Bogotá y desde el aeropuerto llamé a Placas para excusarme por no ir ese día, pues algún ingrediente de la comida

del hotel le había sentado pésimo a mi digestión, mentí. Tomé un taxi y llegué a mi apartamento, donde estaba Lola instalada en el cuarto de huéspedes junto con sus niñas. La regañé y las mudé a la habitación principal, donde tenían más espacio y comodidades, y llamé a la mujer que me ayudaba con el aseo del apartamento para que atendiera a la señora Casasbuenas y a sus hijas mientras estuvieran de visita.

Esa noche, cada vez que intenté sonsacarle qué la había hecho decidirse a escapar se fue por las ramas e intentó pasar a otros temas mientras bajaba la mirada y soltaba unos lagrimones conmovedores. Como dicen en la costa, estaba hecha un cuero y sus heridas no sólo eran morales sino físicas porque al intentar pasar mi brazo por su espalda para darle un abrazo de consuelo, lanzó un fuerte quejido que la delató y forcejeamos un poco antes de que se dejara levantar la blusa y me mostrara múltiples moretones en las costillas. La forcé a sacarse los jeans para examinarla y encontré que sus caderas y sus piernas estaban en el mismo estado, pero eso era lo de menos.

Nunca llegaría a explicarme con claridad por qué permitió que Dohm la amarrara y le vendara los ojos para sorprenderla metiéndole en año y vagina objetos de metal y cristal que le hicieron daño hasta el punto de hacerla gritar pidiendo auxilio. Borracho y enfurecido por lo que interpretó como un rechazo, la golpeó y ella respondió en la misma forma, lo cual enseguida desató el vendaval de puñetazos y patadas que la dejaron molida. Su salvación fueron los llantos de las mellizas al otro lado de la puerta. La abracé intentando convencerla de que fuéramos de inmediato hasta medicina legal, pues sin un dictamen forense sería imposible demandar a aquel demente, meterlo a la cárcel, hacer que pagara de alguna forma.

—¡Olvídate de tal cosa! —se negó con vehemencia—. De ahora en adelante no le mostraré la cuca ni siquiera a mi ginecólogo.

Y no se la vieron, pero igual la convencí para que al menos fuéramos a dejar constancia de la golpiza.

Paternidad otoñal

—Estoy preñada, don Augusto —me dijo Marisol tras mi regreso de Cartagena.

La noche anterior a tamaña sorpresa por su parte, nada más

bajarme del carro y mirar hacia su casa sentí un alivio enorme al ver venir hacia donde yo descargaba el carro para saludar y preguntarme si deseaba algo de comer. Después me solicitó hablar conmigo, no enseguida porque entendía que yo estaba cansado, sino al día siguiente. Temiendo lo peor, propuse que mejor conversáramos de una vez, pero se negó e intentó tranquilizarme diciendo que no era tan grave, que el tema era más de vida que de muerte. Una vez en mi casa, me sirvió una sopa caliente con una arepa antes de irse a dormir sin acompañarme en la mesa, quizá por miedo a que el apreciable vacío dejado por Antonio se hiciese más patente.

Yo había viajado desde Cartagena hasta la Sierra de un solo tirón, sin hacer la lógica pausa en Barranquilla porque no quería ver la cara de Patricia, ni mucho menos escuchar sus temores respecto a lo que en adelante viviría su niño en la marina. No hacía falta ser adivino para saber que se lamentaría como una magdalena, pues una de sus especialidades era inyectar culpabilidad en los demás a través del llanto, y si bien yo era en parte responsable por descuidar la educación del muchacho, no era el único comprometido en la cadena de errores que forzaron la radical decisión de convertir a nuestro hijo en militar, en lugar de animarlo a seguir una profesión liberal, un destino bastante más seguro, menos azaroso y preferible para cualquier padre de familia.

Aparte de esa, la otra razón para darme el lapo al emprender viaje tan agotador era que estaba achicopalado, deprimido ante la incertidumbre de lo que me esperaba en la finca, porque no sabía cómo iba a manejar en adelante la situación con Marisol, aunque de una cosa no dudaba: la posibilidad de queso lucra resultaba insoportable para mí porque, haciendo un balance objetivo y sin exageraciones dramáticas, en ese punto y hora ella era la persona más importante de mi vida, por encima de cualquier consideración.

Rugué para encontrarla todavía en casa al llegar, pues mucho me temía que hubiese escapado de la incomodidad de tratar a diario conmigo después de lo sucedido con Antonio. De hecho, yo también sentía ganas de esconder la cabeza en la tierra, pero, como ya dije, por encima de cualquier consideración era un hecho que la necesitaba más que nunca. Sobre todo ahora que me sentía viejo, en esa instancia en que la muerte va recortándonos espacio a velocidad exponencial y hace que uno se pregunte cuáles son los

síntomas, las señales, los avisos o como quiera que se llamen los augurios que marcan definitivamente la entrada en la ancianidad.

¿Se trataba de la vejiga perezosa, ese pequeño pero mo-lesto mal que consiste en despertarse dos y hasta tres veces en mitad de la noche para ir al baño? O, ya que entramos en el in-cómodo campo escatológico, ¿sería el intestino remolón, que nos hace visitar el váter varias veces al día para hacer del cuerpo por cuotas? Por otro lado, ¿esa total ausencia de erecciones matutinas constituiría el anuncio inequívoco de la impotencia perpetua? Puede que en mi caso esto último tuviera las mismas causas o estuviese relacionado con cierta flojedad muscular que descubrí al tocarme el pecho, los muslos y los brazos, antes duros como piedras y ahora fofos, para nada tonificados a pesar de que seguía empleándolos todos los días porque mi trabajo no era propiamente con el cerebro sino con el cuerpo. Un aspecto físico lamentable que me hizo dar gracias a Dios por no haber sido vanidoso en el pasado, lo cual de alguna manera evitaba que el golpe del presente fuera aún más desmoralizador.

Menos mal estaba Marisol, pensé aquella noche al dejar el remojo la loza y los cubiertos una vez hube cenado, para que ella los lavara al día siguiente. Aliviaba saber que ella no había huido y que, en apariencia, pensaba quedarse a pesar de su vergüenza y de la mía, que nos impulsaba a desviar con incomodidad

nuestras miradas donde antes habían existido tanta franqueza y claridad.

Tras un sueño reparador y apenas una caminata hasta el baño en medio de la madrugada me levanté optimista al cantar el gallo, con ganas de emprender el trabajo de la cosecha que se avecinaba. Insistía en creer que Marisol tenía pensado quedarse y que la charla que pretendía conmigo estaba relacionada con alguna clase de condicionamiento respecto a su permanencia. Cualquiera que fuese su cláusula contaba por adelantado con mi aquiescencia, decidí al beber el primer café del día mientras ella evolucionaba por la cocina en la preparación del desayuno, que ambos tomamos en silencio. Quizás el tema que quería tratar conmigo no era tan importante, después de todo, deduje al vaciar la taza y levantarme para ir a asear mis dientes. Cuando regresé a la mesa en busca de mi sombrero la encontré todavía sentada. mirándome con carita de circunstancia. Upa, me dije, parece que ahora sí se va a dejar venir

con el embuchao. En efecto, lo que tenía dentro era algo mucho más tangible que una confusión de sentimientos:

—Estoy preñada, don Augusto.

—¡Qué vaina, hija! —fue lo primero que acaté a decir aturcido, pero al darme cuenta enseguida de la estupidez de mi reacción, procuré desembararla—. Qué digo, no es ninguna vaina porque según dice todo el mundo un hijo siempre es una bendición. La felicito y le doy mis parabienes. ¿Quiere que la lleve a un médico? ¿Cómo puedo ayudarla?

—No, gracias, no se preocupe. Estamos bien y no creo que necesitemos nada por ahora. Sólo quería decírselo primero a usted, para evitar malentendidos —me cortó sonriente, divirtiéndose al ver mi torpeza.

Aquel «tuque incluía a la criatura me gustó, y mucho. Quise preguntarle quién era el padre, aunque supiera de antemano su respuesta, pero ella se me adelantó:

—Es de Antonio. Perdón que no le diga don Antonio, pero así lo trataba cuando estaba aquí. Usted podrá dudarlo, porque soy la primera en saber que tengo muy mala fama, pero tendrá que creerme cuando le digo que en los últimos meses sólo estuve con su hijo.

Por su puesto le creí. Sobre todo porque quería hacerlo y además no me cabía duda, pero le pedí que por el bien del niño y de todos guardara la noticia en secreto durante un tiempo, al menos mientras pensábamos que pasos dar a continuación. Estuvo de acuerdo y, dando muestras de esa inteligencia de la que hacen gala las mujeres a la hora de llegar al meollo de los asuntos me pidió tranquilizarme: lo último que haría sería contarle la verdad a Antonio porque tal cosa arruinaría su vida y no sería justo con alguien tan joven, que apenas empezaba. la quería tanto, dijo, que jamás interferiría en un futuro que ella consideraba muy prometedor.

Su actitud, bastante alejada de cualquier posibilidad de chantaje o de aprovechamiento de la situación en beneficio propio. me hubiera bastado para adorarla, pero lo que a partir de ese día Marisol se ganó fue mi respeto y agradecimiento eternos. Me fui a caminar por los cafetales para conversar con la cuadrilla de hombres y mujeres que trabajaban en la recolección de la primera cosecha producida en Platea. Entre ellos también había unos pocos niños y

quién sabe si porque la noticia que acababa de recibir me había metido dentro del alma cierta sensibilidad, o porque simplemente me conmovió mucho ver las manitas callosas de aquellos obreros precoces, pensé en contratar un maestro y construir un galpón que sirviese de escuela. De esa forma, al menos durante la temporada de cosecha les mostraría nuevas oportunidades y les señalaría caminos distintos a los tomados en el pasado por sus padres y abuelos.

Regresé hasta el complejo de casas y galpones que de hecho ya parecía un pequeño pueblo, estoico y pobre pero muy bonito, y busqué el sitio donde levantaría la hipotética escuela. Agregué a la lista de necesidades un dispensario o enfermería y mi mente se llenó de planes y proyectos. Como puede ver usted, lejos de hacerme sentir viejo la noticia de mi primer nieto me insufló los ánimos. Sentía que nadie podría detenerme y que la pelona, cuyas primeras manifestaciones empezaba a ver, sobre todo en momentos oscuros y de desánimo, no me llevaría en un futuro cercano. Íbamos a tener ese niño y, por mi honor, yo me encargaría de que no le faltara nada ni a él ni a su madre, palabra que sí.

Regresé a la casa más tarde que de costumbre debido a que me demoró un problema mecánico en la tolva del beneficiario y al llegar encontré a Marisol atareada en la preparación de la comida. Tuve que contener mi impulso de darle un abrazo, pero le pedí que dejara lo que hacía en el momento y me acompañara a sentarme en la terraza para mirar las últimas luces de un atardecer precioso. Estaba visto que ese día hasta la naturaleza parecía compartir mi estado de ánimo.

Le dije que yo me haría cargo del niño, o de la niña, porque estaba abierto a toda posibilidad, como si fuera mi hijo. No le daría mi apellido, o al menos no de momento, hasta que las cosas no se aclararan con el paso del tiempo. Como era seguro que me atribuirían a mí la paternidad, me comprometía a no desmentir jamás tal cosa aunque dudaba mucho que alguien se atreviera a echármelo en cara; salvo Patricia, claro, razón por la cual era importante no negar ni asegurar nada, para que el equívoco se encargara de ir anestesiando su curiosidad y la de los demás. Otra cosa: los dos debíamos jurarnos por lo más sagrado que ninguno contaría nada a Antonio.

Estuvo de acuerdo y agradeció mi respaldo, aunque dijo

estar preocupada porque para sacar adelante a un hijo no sólo era necesaria la ayuda económica sino el cariño, el amor de un padre presente. Contento como estaba, reí al decirle que cuando le hablaba de hacerme cargo me refería a ese aspecto de la crianza antes que nada. Como padre había cometido errores en el pasado, sobre todo con mis ausencias prolongadas y mi desapego, pero ahora sería diferente porque nada me obligaba a dejar Platea sino que, todo lo contrario, el futuro no podía ser más prometedor para quienes la habitábamos.

—Dicen que cada niño trae pan bajo su brazo, pero este traerá un pueblo entero. Ya veré, mi señora —le dije haciéndole un guiño, contento porque al final del día una situación que podría haberse convertido en un infierno resultaba más que auspiciosa.

Fuego en el sopladero

Por el tiempo en que Lola acababa de abandonar a su marido, se alojaba en mi casa y buscaba la mejor manera de reorganizar su vida, una llamada telefónica anónima nos trajo la noticia de que Roberto José había sido atropellado por un camión en la avenida Caracas y convalecía en el Hospital San José, donde los médicos debatían si sus piernas destrozadas debían ser re-construidas o amputadas.

Ambas corrimos en su busca con la certeza de que R. J. por fin había conseguido su propósito de alcanzar el fondo del hoyo, y de qué manera; pero cuando llegamos al hospital a preguntar por él, ya no estaba. Nadie supo explicarnos cómo, pero según una enfermera jefe que se condolió de nosotras y nos paró bolas, «el pacientico» había conseguido salir con sus piernas aún adheridas al cuerpo, aunque en un estado lamentable que ameritaba mayores cuidados. La orden de salida del hospital estaba firmada por un prestigioso ortopedista y profesor universitario que dijo estar encargado por la familia del paciente para trasladarlo a una clínica privada donde podría recibir el tratamiento apropiado.

Intrigadas por saber qué familiar estaba involucrado en el asunto y también aliviadas ante el curioso rumbo tomado por los acontecimientos, buscamos al mencionado médico pero sólo encontramos a su secretaria, quien nos dijo que estaba en el exterior en un congreso de ortopedia y no regresaría antes de un mes, pues había decidido tomar un periodo de vacaciones después de la reunión de especialistas. Aseguró desconocer por completo el

paradero de Roberto José, razón por la cual iniciamos un recorrido por cuanta clínica, hospital y centro de salud se nos ocurrió. Hubiéramos podido ahorrarnos la búsqueda, en la que invertimos mucho tiempo, porque era como si la tierra se lo hubiese tragado.

Mucho después nos enteraríamos de que aquel ortopedista había situado a pedido de Carlos Alfonso, quien al salvar a su amado pretendía lavar su imagen ante Lola, con miras a recuperarla y conseguir que regresara. La llamada de auxilio de Roberto José había llegado a la casa de Dohm cuando Lola ya vicia conmigo, y a su debido tiempo el mismo herr pervertiert se encargó de contarnos todo con la clara intención de sorprender con su generosidad y hacer gala de la misma. Aún no se rendía ante la evidencia de que jamás volvería a dormir bajo el mismo techo de Lola, ni mucho menos a compartir la misma cama, si bien debido a la existencia de Las dos niñas su vínculo sería ineludible para toda la vida. Pero como en ese entonces todavía pedía perdón por su forma de obrar y dentro de sus planes estaba reconstruir su matrimonio, no perdía oportunidad de hacérselo saber a mi amiga, que sin embargo supo mantenerse en sus trece.

El caso es que a través de Dohm supimos que Roberto José, una vez operado por los especialistas que salvaron sus pier-nas, estaba recluido en una institución especializada en rehabi-litación de alcohólicos y drogadictos. Ubicada cerca de Sopó, fundada y regentada por un ex adicto, Granja Fénix era una finca con una disciplina de hierro y un método que se la jugaba al todo o nada por la recuperación de los enfermos: o escapaban desesperados para regresar a sus andanzas, o se quedaban apre-tando las mandíbulas hasta salir adelante.

Allí, rechinando dientes y a punto de estallar porque la condición de sus piernas sólo le permitía la opción de soportar la cura para burros de la abstinencia, encontramos a Roberto José. Esa tarde, y en varias otras que siguieron, pudimos hacernos una idea aproximada de los episodios vividos por él durante los años en que dejamos de verlo, todos ellos pesadillas en tiempo y espacio reales que en su momento los testigos y amigos me ayudarían ¡Mucho que soy un bacán! —gritaba a reconstruir.

Habitual de una casa donde el jíbaro tenía en el primer piso una tienda y en el segundo una olla de bazuco con su respectivo sopladero, solía compartir sesiones de consumo de vigor, con

personajes de variadísimas procedencias. Uno de ellos, un hampón que se dedicaba al atraco y a jalar carros, acostumbraba caminar en círculos por la habitación con un revólver en la mano y el cigarrillo en la otra mientras sin descanso insistía en cado de tiras y en que los tombos no demorarían en indagar por uno de los puentes era en realidad un delincuente. un detective encubierto, un sapo al que él iba a destruirle la cabeza de un balazo. La primera vez que compartió el ^cto con aquel maniático el reflejo de Roberto José fue salir Arderse, pero como no tenía otro lugar donde estar mientras furnia lo que compraba en el primer piso decidió correr el riesgo y quedarse. Sobrevivió a esa sesión y se propuso no volver, la necesidad lo obligó a repetir la experiencia porque ese jíbaro en particular le vendía al fiado y era muy elástico con los plazos. -Así que regresó en una, dos, tres, diez ocasiones más, y en algunas de ellas se encontró de nuevo con el paranoico del revólver.

Ahora no lo entendía, pero por alguna recóndita compulsiva razón dictada por su cerebro se acostumbró a vivir la pesadilla del matón armado; eso sí, sin apartar los ojos del revólver en ningún momento, hasta que una tarde el hombre dejó de girar en círculos y se encaminó de frente hacia uno de los fumadores, que se encontraba agachado con la espalda recostada en la pared, y le descerrajó un tiro en la frente. Acucillado cerca de la puerta, Roberto José apenas tuvo tiempo para salir pitando y bajar las escaleras de salida hacia la calle mientras a sus espaldas el demente descargaba el tambor del revólver. Su pánico era tan intenso, incrementado además por el efecto de una base de coca rendida con toda clase de basura, que saltó de la acera a la calle sin mirar, seguro de que tras él venía el asesino apuntándolo con el arma.

—¡Yo no soy tira! ¡Le juro que no soy tira! ¡Se lo juro! por chucho que soy un bacán! —gritaba al tiempo que miraba sobre su hombro, según me contó después la dueña de un local cuando fui a investigar lo ocurrido la tarde en que Roberto se lanzó a las Josas de concreto de la Caracas, donde un carro atropello primero y enseguida, ya malherido, un camión que venía detrás cargado con varillas de acero no pudo frenar a tiempo pasó las llantas por encima de las rodillas.

Roberto José no fue la fuente que nos permitió reconstruir ese suceso en particular. Ello solo fue posible gracias a las versiones de los testigos. Él podía abordar cualquier tema de

conversación, pero el más mínimo intento encaminado a lograr que recordara lo sucedido ese día lo dejaba mudo, con la vista fija sobre algún punto indeterminado. de tal manera que no se le notaran el miedo y la vergüenza por lo vivido.

De granja Fénix solo salía para cumplir citas de control con los cirujanos que lo habían operado y, sorprendentemente una vez afuera sentía el impulso de regresar lo más rápido posible a su habitación y a la seguridad anímica proporcionada por los terapeutas cada vez que lo sitiaba el síndrome de abstinencia. De esa forma pasaron los meses y, de ser un caso desesperado y de incierta recuperación, se convirtió en un paciente modelo que ayudaba a los recién llegados, no con sermones moralistas sino tratándolos como iguales al abordar temas de conversación que no tenían nada que ver con la droga o las razones por las cuales estaban allí. Superada esa primera fase, su terapia preterida era llevarlos hasta un corral de la granja para que observaran el comportamiento de las gallinas, impulsadas todo el tiempo por el ansia de picotear sin descanso el suelo en busca de granos de maíz, semillas, insectos, incluso piedrecitas, sin llenar jamás el buche y sin conciencia de su compulsión, no muy distinta de la conducta drogadicta. Esa era para él la mejor lección de vida que podía recibir cualquier toxicómano con verdaderos deseos de rehabilitación.

Simultáneamente, primero apoyado en un caminador ortopédico, luego con muletas y finalmente con bastón, consiguió marchar de nuevo gracias a que se aferró a una terapia de ejercicios diarios supremamente dolorosos que con el tiempo ya no lo fueron tanto y le devolvieron la sensibilidad del tren de aterrizaje, como decidió llamar en broma a sus piernas, que nunca volvieron a ser las mismas de antes ni por su aspecto ni por su funcionalidad. Una le quedó más larga que la otra, pero lograría disimular su cojera con el tiempo y unas prótesis discretas.

Guando ya empezaba a acariciar la posibilidad de aban-donar la Granja fénix, un día llegó una familia en busca de ayuda para uno de sus hijos, un adolescente «pie después de ser un estudiante sobresaliente en todas las materias se había convertido de la cocaína, el alcohol y sabe Dios qué otras cosas, es un problema de policía en su casa y en el colegio porque estaba en la fase de robar para comprar droga. De familia acomodada al muchacho iban a visitarlo a diario su madre y sus tías, cosa que

Roberto losé le parecía contraproducente, pero como no podía hacer nada al respecto se limitó a ayudarlo lo mejor que pudo a partir de la lección de las gallinas del corral y a charlas más o menos casuales entre compañeros de encierro, casi siempre relacionadas con fútbol y rock. Pero el muchacho no conseguía adaptarse a las rutinas de Granja Fénix y se evadió dos veces, siendo traído de regreso por sus padres, que en su desespero no encontraban la manera de recuperarlo y prometían el oro y el moro al psiquiatra y a los psicólogos si lo sacaban adelante.

Una mañana de sábado la madre del muchacho se apeó del carro en compañía de una mujer de larga cabellera ensortijada. largo vestido indio y sandalias. Roberto José las vio a través del ventanal de la biblioteca y reconoció a la señora por el Mercedes Benz en que solía llegar siempre, pero su acompañante, independiente de la favorable impresión que le produjo, tenía algo en su manera de moverse que le resultó familiar en la distancia. Dado que su miopía, uno de los cambios físicos sufridos por él en la vida callejera, le impedía precisar quién era, dejó a un lado el libro que tenía en las manos y salió a saludar a la madre del muchacho como pretexto para mirar de cerca a su acompañante, pero ambas ya estaban dentro de la oficina del director. De pie al lado de la puerta que daba hacia el corredor exterior, intentó en vano escuchar lo que decían y decidió sentarse en un bargeño situado al frente hasta que ellas salieron.

La mujer del pelo ensortijado era sin duda Virginie, que lo miró pálida, con sus talones clavados en las tabletas del suelo, y por su parte Roberto José sintió que si se levantaba del asiento sus piernas no serían capaces de sostenerlo. La parálisis de ambos debió durar fracciones de segundo, aunque después los dos dirían que les pareció eterno el lapso entre el momento en que se reconocieron y el acto de correr el uno hacia el otro a fundirse en un abrazo mudo que los inmensamente felices, pues cada uno creía haber perdido al otro para siempre.

Tomados de la mano, se apartaron de las miradas de los visitantes, internos y terapeutas presentes, y se fueron al jardín para sostener a solas un dialogo atropellado mientras se acariciaban cada tanto, como si necesitaran comprobar que no era un sueño los que vivían, hasta que Virginie recordó la razón de su visita y ambos acordaron posponer la conversación e ir en busca del muchacho.

A la postre las fórmulas de Madame Paracelso también fracasarían con él, pues según Roberto José el hecho de estar confinado en Granja fénix era un obstáculo enorme, a menos que limitación física impidiera escapar al paciente, como había sido su caso, la razón no era el sitio en sí mismo sino lo fácil que resultaba para las familias llegar de visita, que en el noventa por ciento de los casos eran los gatillos disparadores de la adicción, le dijo a Virginie en uno de sus encuentros, pues en los días subsiguientes continuaron viéndose con regularidad de novios.

¿Y qué tal si volvieran a juntarse para fundar en Martinica un centro de rehabilitación para adictos?, propuso Roberto José en una de aquellas ocasiones a Virginie, que guardó silencio, temerosa de que él se obsesionara de nuevo con utopías que sólo conducían a la frustración, como había ocurrido con el asunto del criadero, o con su afán de convertirse en padre. Como si leyera su mente, él tuvo buen cuidado de aclararle su propósito de no insistir con el tema de la paternidad y además respetarle a rajatabla sus creencias espirituales y sus incursiones en los terrenos del esoterismo.

Durante un tiempo Virginie dudó tentada por el amor y también por recuperar su vida en el campo, pero al cabo de unos días decidió no pensarlo más y, tras hacer un balance de su píeseme como consejera espiritual, aceptó. No lo dijo, pero en su lucro merito incluso había llegado al punto de considerar la posibilidad de ser madre. Madame Paracelso podía ejercer perfectamente en los llanos y decidió entonces dejar el negocio a unos empleados, dándole, la libertad de liquidarlo definitivamente en ce que así o c escalan, y no pasó mucho tiempo antes de que ambos partieran hacia su antiguo hogar, llenos de planes y sintiéndose satisfechos con la decisión, aliviados por su rencuentro y tan pobres corno habían salido años antes de Martinica.

Reinados y guerra

El mundo seguía su curso y a mi alrededor las personas se emparejaban para después separarse y luego rencontrarse al ritmo caprichoso dictado por sus pasiones, pero en ese punto de mi s ida los asuntos del corazón no eran nada prioritarios para mí. Prefería concentrarme en sacar adelante mi carrera y creía haber aprendido ya lo suficiente sobre el amor como para saber que este no es compatible sino consigo mismo. En todas las demás actividades humanas hace ruido, por no decir que estorba. Y cuando digo amor

lo que en realidad hago es referirme a cualquier tipo de relación sentimental, que no siempre es lo mismo que el amor.

Me enredo sin necesidad en un galimatías. Lo que quiero decir es que sin descartar uno que otro romance pasajero, algún encuentro fortuito, travieso y liberador de feromonas, mi eje mental giraba alrededor de mi trabajo como reportera y redactor de Placas, que se había decidido a contratarme de planta. Por entonces la revista era considerada el mejor lugar en el que podía trabajar un periodista, no sólo por su casi centenario prestigio sino porque sus informaciones eran absolutamente eclécticas y sus intereses abarcaban desde el cubrimiento de reuniones sociales hasta informes sobre el conflicto armado, pasando por temas internacionales serios e historias de la farándula de aquí y de allá. Un sancocho conceptual que bien miradas las cosas no lo era tanto, dado que se trataba de una publicación de interés general que por su diversidad de temas proyectaba hacia afuera la imagen de ser un medio en el que trabajaban muchas personas.

Nada menos cierto. Éramos apenas unos cuantos pelagatos y en todo caso el número de fotógrafos doblaba al de redactores, pues como proclamaba su mismo nombre, Placas no sólo hacía énfasis en la información gráfica sino que desde el día de su fundación presumía de ello, sin que cal cosa significara que el jefe de redacción no prestase atención a los textos. Todo lo contrario, era obseso con la búsqueda de la palabra precisamente externo puntilloso a la hora de editar; un maestro bastante neurótico que dictaba dieciséis horas diarias, se alimentaba mal, no veía a sus hijos sino los fines de semana y, en lo que respecta a nosotros, los periodistas bajo sus órdenes, nos trataba a todos igual: un minuto como novatos y al siguiente como veteranos respetabilísimos. Esa actitud le permitía echar mano de quien estuviese menos ocupado, veterano o novato, para que le ayudara con la carpintería de la revista, consistente en labores poco glamorosas como los pies de fotos del coctel en la Sociedad Patriótica Amiga de la Ciudad, la sección de pastillas de la farándula internacional o, en caso de ser necesario, en la redacción del horóscopo correspondiente al signo Virgo, que podía haberse refundido en el correo.

Fue él, Hernando Balaguera se llamaba y aún se llama, a quien todo el mundo se refería sólo por su apellido, Balaguera, quien me bajó los humos mandándome a cubrir el reinado de belleza de Cartagena. Y digo humos porque yo venía de trabajar como jefe en

Diario de la Ribera y a mis veintipico me sentía más o menos la última Coca-Cola del desierto. Mejor dicho, en el olimpo del periodismo estaban Gay Talese, Oriana Fallaci, Raquel Arbeláez y pare de contar. Pero en lugar de mandarme a México a entrevistar a Gabriel García Márquez, que acababa de ganar el Nobel, debía lidiar con la nube de chaperonas y maricas de muñeca quebrada que rodeaba a las reinas.

Aquella asignación fue tremenda. Viajé a Cartagena como única redactora de la revista, acompañada por cuatro reporteros gráficos, los mejorcitos que tenía Placas para tales efectos, tipos de actitud aristocrática que miraban a sus colegas de otros medios desde un pedestal de suficiencia, no sólo porque se consideraban mejores sino porque sus cámaras eran lo último en tecnología. Llegamos a la ciudad con anticipación, la suficiente para conocer a las candidatas y hacer amistades con algunos miembros del ejército de familiares, modistos, peinadores, maquilladores, lagartos y toda la fauna que suele aparecer en un evento de tal naturaleza, incluidos los mafiosos que esperaban conquistar alguna candidata abanicando el aire con sus chequeras..

Esos contactos nos permitían tener acceso a los chismes y consejos que, según entendía y todavía entiendo, constituyen el condimento de una buena crónica sobre el reinado. Estaba dispuesta a cubrir una cumbre de potencias mundiales y para ello debía hacerles la vida imposible a mis cuatro compañeros de viaje en especial de ellos cucos temperamentos naturalmente reposados se tornaban en extremo abúlicos bajo el efecto del cannabis, convir-tiéndose en seres somnolientos y parsimoniosos hasta la exaspe-ración. algo que me sacaba de casillas porque nunca he eludido el trabajo aunque tenga entre pecho y espalda cuarenta litros de humo de bureta.

Antes de enfocarme sobre mi objetivo les hice saber que lo mejor para ellos era pellizcarse, ponerse las pilas, pues no trataban con ninguna idiota y no solo estaba en juego mi pellejo sino el suyo por más nombre que tuvieran. El mismo forcejeo tuvo lugar a lo largo los días sucesivos, durante los cuales fueron sucediéndose una tras otra, protagonizadas por las diosas blancas o por sus compañeras de concurso, escenas que a mí me parecían puro surrealismo debido al contexto en que tenían lugar: una ciudad de tarjeta postal convertida por hoteleros y comerciantes en parque temático, rodeada por un cinturón de barrios míseros donde a la

gente las cosas no le iban tan bien y se incubaba desde entonces el germen de lo que vendría años después, cuando la violencia llegara a la costa caribe propiciada por la llave entre terratenientes y narcotraficantes, que empezaron siendo distintos y terminaron fundidos en un abrazo de complicidad.

Durante los días del reinado en Cartagena se hacían aún más evidentes las diferencias sociales y las iniquidades propias del país, pero a nadie parecían importarle esas cosas y quien se atreviera a subrayar el hecho no sólo podía ser etiquetado como aguafiestas sino perder el empleo, tales eran los entronques y vasos comunicantes entre los poderes económicos y políticos, los medios y la organización del concurso. Y la que menos por hacerlo era justamente yo, una periodista perteneciente a una de una revista que cada año, para balancear sus cuentas y cambiar sus cifras del inquietante rojo a tranquilizador negro, apostaba todo el cubrimiento del evento. Podía recurrir a la ironía y plantear las contradicciones con sutileza y elegancia, pero debía abstenerme de asumir una actitud crítica, ya fuera desde la economía política o desde el feminismo, aun a pesar de que las similitudes con una feria ganadera eran más que evidentes.

Una noche en el bar del hotel me abordó un señor que, ignorante de mi condición de periodista, dijo ser el padre de una de las candidatas y dejó entrever cierto malestar por financiar el embeleo propiciado por su esposa, la reina madre de la delegación acompañante. Si bien el gobernador y la fábrica de licores de su departamento lo habían ayudado a fondear la aventura, de todas maneras se había visto obligado a realizar un esfuerzo desproporcionado para que su hija estuviese a la altura de una circunstancia en extremo competitiva. Lo peor, decía, era ver cómo el capital que con tanto trabajo había conseguido durante toda una vida tomaba un destino en el que él no tenía ni voz ni voto, pues los y las modistas importaban telas y adornos «costosísimos y horrosísimos» para que la niña no desmereciera frente a las demás.

Escribí aquella historia y la mandé a la revista al día si-guiente, pero jamás la vería publicada. Como tampoco quedaron impresas, en el extenso artículo que escribí como preámbulo a la semana del reinado, todas las cosas que había logrado averiguar en una investigación que me llevó a recorrer el país durante un mes para entrevistar a las ganadoras de años anteriores y contar a los

lectores cómo vivían. Por ejemplo detallar que una de ellas, al casarse con el administrador de un criadero de caballos, había recibido un ajedrez como regalo de boda por parte de un mafioso, quien les recordó que ese juego era el único escenario en que un peón podía comerse a una reina. Esa era Colombia ya desde entonces, pero tales cosas no se publicaban impunemente ni si-quiera cuando se acudía, como en efecto me tocaría después en alguna ocasión, a cubrir el reinado de la ganadería en Montería, donde la obviedad de los símiles adquiriría dimensiones catedra-licas, así como el silencio cómplice de los medios y la presencia de tipos raros.

Hasthada de aquella realidad y temerosa de que mi condición de mujer y mi juventud metieran en la cabeza de Balaguera, o había hecho va. la idea de que mi único destino posible era el cubrimiento de reinados de belleza, historias de farándula y crónicas del mundo de la moda, empecé a impacientarme. Yo quería especial izarme en orden público porque como se desarrollaba lejos de los centros urbanos, en lugares que tocaba ubicar en el mapa para poder tener una idea mínima de cómo llegar. Y no servía cualquier mapa; debían ser cartas más especializadas que las destinadas a enseñar geografía en los colegios.

Al menos en mi caso yo encontraba una justificación ética y profesional a mi pretensión de especializarme en otra fuente, y consistía en que del mismo modo en que se hablaba de guerra también estaba sobre el tapete el tema de la paz, la cual era una aspiración legítima de los colombianos; más que nada de los del campo, donde había muchos lugares que habían olvidado el significado de vivir sin que la presencia de los fusiles fuera una constante. Y de ñapa, como suele suceder en quienes han ejercido el ejercicio apenas durante poco tiempo, me sentía vocera de la opinión pública, instrumento dispuesto por la historia para establecer puentes entre La oscuridad de la guerra y la claridad de la paz. A tono de ironía que ahora empleo al referirme a mi manera de asumir en aquel tiempo el oficio no quiere decir que me arrepienta de nada, sino todo lo contrario. No entendía entonces, y todavía no entiendo, una manera diferente de contribuir a mejorar el país desde el lugar que me tocó en suerte, de contribuir desde el periodismo a lograr el bien común. Ya tendría oportunidad de darme cuenta de que para los miembros de mi generación los anhelos de cambio tenían versiones tan diversas como arena en un playón,

porque de momento mi puerta de entrada a los temas de orden público se abrió inesperadamente cuando Balaguera me llamó un día a su oficina y me pidió que, con toda la discreción posible, fuera hasta un hotel de la quinta con veintitrés a cumplir una cita con el M-19.

Esta vez no se trataba de entrevistar a una actriz ni de asistir a una comida elegante para mostrarle al fotógrafo a quién debía poner a posar, sitio de una cita con el mítico movimiento al que venía siguiendo la pista desde mis días en La Ribera. Entré a la recepción del hotel y no pude disimular la sorpresa cuando me tope de manos a boca con Antonio Almanzor, el viejo amigo de Lola al que no veíamos desde hacía por lo menos tres años.

Muy bien plantado a pesar de su barba descuidada de varios días y su melena al natural, no llevaba cámaras y se veía muy elegante bajo su chaqueta de cuero, unos jeans, camisa blanca y zapatos Adidas nuevos aunque embarrados hasta lo imposible.

—Vine en moto —dijo como queriendo disculparse al verme bajar mis ojos hasta sus pies.

Hablamos de naderías, los dos a la espera de que el otro decidiera despedirse y desaparecer, hasta que sin mencionar para nada al M-19 él se atrevió a preguntarme que si a mí también me habían citado. Le respondí que sí y que trabajaba para Placas, y él contó estar de regreso en Colombia desde hacía dos meses como corresponsal de la agencia de fotografía Épsilon. Evidentemente, ninguno de los dos tendría la exclusiva, concluimos sonrientes.

Nuestro encuentro no era una mera casualidad, según comprobamos enseguida, cuando del ascensor salió un hombre bajito y moreno, vestido con un elegante y fino traje de paño y corbata, que frente a los empleados del hotel nos saludó amigablemente como si nos conociera de toda la vida y nos invitó a caminar hasta el Parque de la Independencia, donde nos sentamos en una banca y él nos explicó el motivo de la convocatoria.

Menos corazón, más cerebro

Después del viaje inicial en La Victoria, Barracuda y yo hicimos varios más hasta Aruba y otros puntos en altamar, donde

transbordamos armas desde otras embarcaciones para descargarlas luego en caletas costeras, invariablemente situadas en algún punco entre el Parque Tayrona y punta Gallinas. De aquel primer lote relativamente pequeño de metras pasamos poco a poco a cargas y armamentos más numerosos y pesados, en especial fusiles. Era tan marcado ese aumento que al cabo de un año de viajadera teníamos la sensación de haber contrabandeado suficientes fierros como para armar no una sino dos y hasta tres revoluciones.

Por supuesto no era sí, pero le solté el comentario al Mocho en un rápido encuentro propiciado por él que sostuvimos en un hotel de Riohacha, a donde llegó a bordo de una reluciente pick-up de doble cabina y escoltado por cuatro tipos de aspecto disuasivo, vestidos con mocasines italianos de marca y camisas coloridas de seda.

—Deben estar yéndote muy bien las cosas —le dije al Mocho—. Hasta pareces mafioso por el camuflaje que le pones a ni gente.

Soltó una carcajada y pasó a informarme que en adelante cambiaríamos de estrategia y de escenario, aunque yo seguiría trabajando con Barra, ahora patrón de una piragua más grande que La Victoria pero cuyo inofensivo aspecto de barquita de cabotaje la hacía bastante discreta y segura, no sólo para la misión sino para nosotros, agregó enseguida, como para que yo no fuera a pensar que nuestras vidas le interesaban menos que el cargamento. Su nombre era Warutta, que en lengua wayuunaiki significa «caracol», lo cual contribuía a hacerla aún más circunspecta. La nave no tenía ni un pelo de lenta, pues bajo la cubierta guardaba un motor grande y nuevecito que la impulsaba con suficiente potencia para cortar el agua como cuchillo caliente en mantequilla. Fondeada en Cartagena, donde le acababan de carenar el casco. Barra ya estaba a cargo de ella, esperando mi llegada para iniciar unas operaciones que al principio se limitarían al comercio de cabotaje entre Cartagena y Quibdó, con escalas en algunas poblaciones de Urabá y del Atrato.

Como para pie vayan entrando en calor y se familiaricen con las rutas —me dijo antes de anunciarme que me aumentaba el sueldo porque, cal como él veía las cosas, no rodo debía ser rigor revolucionario. Los guerreros debían ser incentivados.

Sentí algo de alivio, no tanto por recibir un reconocimiento y

una plata que no esperaba sino por el cambio de embarcación. pues al regresar en los dos últimos viajes habíamos topado, mar adentro, con una fragata de la Armada que patrullaba frente a bahía Pórtete. Podía ser casualidad, pero no debíamos destentar que alguien nos hubiera sapeado y La Victoria figurase en la mira de las autoridades. Por si las moscas Barra debió dar un gran rodeo que nos costó un billete largo en gasolina, aunque eso era lo de menos. La principal razón para el cambio de embarcación era que no valía la pena arriesgar con cargamentos pequeños sino variar la estrategia y volver a las andadas haciendo menos viajes con cargas mayores, pensaba el Mocho, y por eso había querido que nos reuniéramos en Riohacha.

Yo tenía muy presente lo sucedido con el fracasado intento de contrabando a bordo del buque Karina unos años antes y había estado involucrado en lo del cargamento de armas que por las mismas fechas el EME llevó a bordo de un avión de la empresa Aero pesca hasta hacerlo acuatizar en el río Orteguzaza. Ambas operaciones fueron bastante espectaculares, pero su espectacularidad resultó inversamente proporcionar a su eficacia porque habían culminado en sendos fracasos. De modo que ir a la fija con una buena dosis «le discreción y prestando mucha atención a los temas de seguridad no me parecía nada mal sino todo lo contrario.

A partir de ahora yo seguiría llamándome Conrado Ulloa, pero en lugar de figurar como un próspero importador de motores fuera de borda sería un comerciante de abarrotes ya madurito al que le había dado la ventolera de llevar y traer mercancías por toda la Costa del Caribe y, si tenía oportunidad, contrabandear uno que otro matute desde Colón hasta Turbo y Cartagena. Nada serio ni raro, solo cantidades razonables de whisky cigarrillos. porque tampoco convenía posar de santa paloma y dejar ver una cierta dosis de venalidad disiparía sospechas. De ese mojo. a hiena de vernos ir de un lado a otro a bordo de la Warutta, las autoridades debidamente sobornadas y en general todos los habitantes de las costas se acostumbrarían a la presencia de nosotros. los pequeños contrabandistas de Johnnie Walker y Marlboro. El Mocho creía que cuando esa imagen estuviese afianzada sería el momento de volver a la brega con los fierros. Tenía en mente algo que iba a hacer historia, concluyó antes de darme un abrazo de despedida.

Me parecía justo que así fuera, no tanto por la revolución.

¡qué carajo!, sino por nosotros los tripulantes, impacientes por empezar a trabajar otra vez en serio. Aparte de Barra y mi persona ahora estaban José y Diomedes, dos primos que de verdad eran sus primos hermanos y contaban con la experiencia y fortaleza suficientes como para echarse al hombro todas las labores de marinería y estiba de la operación. Barra y yo nos concentrábamos en lo esencial, que consistía en escoger las rutas y movimientos más convenientes, y pelar la cara frente a todo el mundo montándola de simpáticos y buena vida, cosa que a mi amigo no le representaba mucha dificultad.

Proceder con discreción se ajustaba perfectamente a mi sentir personal. Como mi única escuela había sido el combate, era consciente de que estaba condenado a la pelea hasta que me voltearan de un pepazo, pero si después de esa suerte de retiro que estaba viviendo quería de verdad regresar a la guerrilla a jugar un papel activo, lo haría ateniéndome más al cerebro que a las corazonadas. Las audaces acciones de mi querido EME, Graneadas al principio por el genio insolente del Flaco Bateman —alma bendita diría mi madre—, eran como una marca de fábrica. Debía reconocer que habían estado bien en su momento, robándome el corazón hasta el punto de hacerme cambiar de movimiento, pero ya en perspectiva el balance era negativo, aunque en el aire había todavía la sensación de unas victorias que no lo eran.

Yo seguía creyendo en la necesidad de una insurrección, pero los años me habían enseñado que era mejor una revolución triunfante que una hipotética construida alrededor de acciones audaces que buscaban ocupar los titulares de una prensa por de-más veleidosa; tras disimular su propensión a considerar al M-19 un movimiento tipo Robin Hood, a fuerza de verlo caer derrotado y de registrar el fracaso de los desembarcos en el Chocó y en el río Mira, o la toma del Palacio de justicia, los periodistas nos descartaron como alternativa política y se nos echaron encima para hacer leña del árbol caído. Terminamos reducidos a la categoría de narcotraficantes gracias a que atribuyeron la operación Antonio Nariño, como se denominó internamente la toma del edificio de las cortes, a una alianza nuestra con el narcotráfico. No faltó quien recordara que el origen de ese pacto estaba en aquella declaración en que el EME apoyaba el ideario del Movimiento Latino Nacional de Carlos Lehder, que podía ser una víctima de los yanquis y todo lo que se quisiera, pero que como aliado político resultó fatal, sobre

todo una vez que fue extraditado. Para mí y para muchos en el movimiento era una gran cagada aliarse con la mafia, un error ético y político.

Con tales pensaos en la cabeza comprenderás mi nece-sidad. de ir a la fija, de no dejar nada al azar, de hacer el papel del tigre frente al burro amarrao, del roche con la guayaba. Nada de improvisaciones heroicas, nada de inspiración, como dije ames, poco corazón y mucho cerebro. Por eso me pareció perfecto de-dicarme a aprender de marinería con Barra y sus primos mientras íbamos de un lado al otro cambalacheando canastas de gaseosa, botellones de agua, bultos de papa, racimos de banano, maderas finas, bisutería, cajas de galletas, levadura, sal, azúcar, condi-mentos, caldo en cubitos, zapatos, hilos para coser, agujas, botas de caucho, condones, camisas, maquillaje, pachulí, estenográficos, emulsión de Scott, jabones y cuanta vaina echó Dios Amando con tal de tener pretextos para arrimar a todas partes y que empezaran a conocernos y a familiarizarse con nuestra presencia.

Debo decir que antes de emprender esa misión yo me preciaba de ser un gran conocedor de la geografía colombiana y creía haber visto todo, pero el país que empecé a recorrer entonces era bien distinto. ¡Que pobreza tan verraca reinaba por todas partes! Salvo la relativa prosperidad de los comerciantes que negociaban con nosotros, el resto era miseria pura y simple, pero asumía con una dignidad igualmente asombrosa. Quién sabe si era el clima favorable o el aire salino, o la obligada dieta que cada familia decretaba para poder alimentar a todos sus miembros, la verdad era que nadie pedía limosna, si bien trataban de rumbarte vendiéndote muy caro cosas que no necesitabas pero que igual comprabas porque su precio era ridículo. Veías aquella gente viviendo en lugares de belleza inverosímil y sabías que muy pocos tendrían la oportunidad de sacar adelante a su familia y progresar, en el sentido de que la siguiente generación viviera mejor, porque cuando hablo de progreso no hablo de electrodomésticos, carros y lujos, sino de salud, escuelas de verdad, asistencia estatal, en fin, cosas cuyo costo resultaba risible frente a las cifras que año tras año se perdía con la corruptela de los gamonales.

Para convencerse bastaba con ver a los habitantes de El Islote en el aparentemente paradisíaco archipiélago de San Bernardo, donde el promedio de vida no era muy alto a pesar de su relativa cercanía a centros urbanos importantes. Y lo mismo ocurría

en Moñitos, Arboletes, San Bernardo del Viento, Isla Fuerte, Puerto Escondido, Sapzurro, San Antero... dondequiera que varábamos el casco de la Warutta. en la orilla, el paisaje no conseguía sacarme del alma la sensación de pesadumbre y desesperanza al ver abandonados a su suerte a tantos seres humanos, como si fueran colombianos de segunda y tercera clase.

Pero en ninguna parte la sensación de impotencia ante el abandono se sentía más que en los caseríos del Atrato donde a Dios se le había perdido la brújula. Ver tales grados de indigencia en medio de tanta riqueza natural, tal cantidad de desnutrición y mortalidad por causa de enfermedades fácilmente pie Unibles, era desgarrador y provocaba en mí una rabia difícil de ^simular. Al notar que mi estado de ánimo atravesaba por un Viejón oscuro, Barra se abstenía de hacer chistes. Nunca habla con él de estos temas porque desde el principio me h clio que sn mayor interés era el billete y, en segundo lugar, el billete. Después venían el sexo, el licor y, enseguida, de nuevo el billete.

Y así, mientras contemplaba los paisajes acuclillado sobre la inclinada cubierta de madera, reavivaba mi convicción de que el país necesitaba que le dieran una voltereta. Navegábamos a bajísima velocidad para reforzar la impresión de lentitud de nuestra piragua y repetíamos el recorrido descrito con pequeñas alteraciones en el itinerario, un poco a la bartola, también deliberadamente, para que en el futuro nadie se sorprendiera si notaba cambios en nuestras rutinas.

Pasaron de esa forma los meses y completamos el año, y las únicas armas que vimos eran las de los tombos que cuidaban los caseríos, aislados y aferrados a la esperanza de que sus mandos se acordaran de ellos y los trasladaran a un sitio donde sintieran que eran tenidos en cuenta y que vivían como personas normales.

Con Barra nos preguntábamos qué le estaría pasando al Mocho que no aparecía, sino que mandaba a su gente para arreglar con nosotros asuntos de platas y demás, pero sin enviar una razón referida a la reanudación de operaciones. Hasta que al llegar a Turbo un día lo vimos parado sobre el muelle, sonriente, con un tabaco mordido entre sus dientes y una camisa hawaiana con flores y palmeras estampadas. Volvíamos a la brega, anunció contento, y esa misma noche nos reunimos para que él nos explicara el plan a seguir de allí en adelante.

Maternidad

A pesar de negarse inicialmente a usar el examen forense como respaldo para una demanda penal contra su agresor, Lola sí que se plantó firme en su determinación de no volver a vivir con Dohm. quien de inmediato incrementó un asedio consistente en halagos, amenazas, ramos de rosas, llantos, un Mercedes, rabietas, ruegos de perdón, más rosas, propósitos de enmienda y una andanada tal de intenciones para recuperar a su esposa que lo suyo podía ser confundido con amor sincero, casi hasta hacerme pensar en determinado momento que la causa de la golpiza había sido un resbalón emocional generado por la mezcla de alcohol con drogas duras. Pero a la postre todos sus intentos resultarían inútiles porque mi amiga jamás dudó de su decisión. Tenía bastante claro que lo de su exmarido no era amor sino una obsesión pueril que la convertía a ella en el juguete perdido que él deseaba recuperar a toda costa.

—Me siento como una de esas motos grandotas y caras que guarda en el garaje —me dijo cuando ya empezaba a recuperar el humor.

—Sí, claro —le respondí—. Eres para él como una Harley, pero chocada.

Para cortar por lo sano y no invertir días enteros intentando hacerle entender a él que no regresaría, ella hizo fotocopias del dictamen de medicina legal y las metió en un sobre de manila, adjuntando algunas fotos polaroid que yo misma tome de los verdugones y hematomas más notorios y dramáticos. Remitió los documentos a la oficina de Dohm sin ninguna clase de mensaje, jugándose el albur de que este entendiera la fragilidad de su situación, volviera a concentrarse en sus asuntos y dejara de molestarla.

Santo remedio, el asedio cesó y volvimos a respirar tranquilas. Tanto así que Lola se atrevió a iniciar a través de una firma de abogados un proceso de divorcio en buenos términos que garantizaba la manutención de las niñas. Para ella no pedía ni esperaba nada, pues se sentía capaz de mantenerse a sí misma, siempre y cuando no sintiera encima la presión de dar vivienda y comida a Hannelore y Dorotea.

Cuando yo le insistía en que tenía todo el derecho de exigir una reparación en metálico, no sólo por haber sido víctima de palizas y abusos continuados sino por el tiempo desperdiciado en un matrimonio que le había impedido seguir adelante con sus planes de estudio y trabajo, respondía que si se había metido de lleno en el incordio de abogados y negociaciones era por las niñas, pero que más allá de eso no le interesaba ningún tipo de reparación. En apariencia terminó teniendo la razón, pues sin demandas ni juicios ambas partes arreglaron una mesada que le alcanzaba a Lola para sostener el tren de una casa con todas las comodidades y pagar sueldos a una mujer de servicio doméstico. La nana encargada de cuidar a las mellizas y el chofer que las llevaba a todas partes no le representaban gastos por pertenecer a la nómina de Dohm.

En otras palabras siguió llevando la misma vida de antes de su escapada, sólo que ahora pudo por fin enfocarse en estudiar un posgrado que hipotéticamente le permitiría conseguir trabajo, y ya no tenía que sobrellevar a herrperviert, quien en algún momento de las conversaciones que condujeron al pacífico arreglo le manifestó a Lola que conservaría para siempre la esperanza de volver a vivir con ella, la mujer más importante de su vida.

—Seguramente, después de su puta madre —le comenté.

La verdad es que resultó tan expedita aquella separación que a las pocas semanas de estar alojadas en mi apartamento Lola y sus hijas ya se habían mudado a una linda casa en el norte de Bogotá, gracias a que Dohm decidió evitar a toda costa inmiscuirse en un proceso que pusiera sobre él los ojos de la justicia. Para mí, la razón de comportamiento tan civilizado estaba en el sobre con las lotos y el dictamen forense, pero fue mi amiga quien me sacó del equívoco al decirme que la explicación tenía raíces no hubo más profundas, y pasó a contarme acerca de las marrullas contables de las que ella se había enterado, unas veces por simple deducción accidental y otras por TE. dTTu'pmpi; ,so que durante un tiempo no tuvo empacho en hacer alarde de su astucia frente a ella y los allegados más cercanos: el próspero y respetable industrial era también un vergonzante contrabandista, con utilidades cuya magnitud resultaba tan sospechosa que no le dejaba más alternara a que limpiare! dinero invirtiéndolo de nuevo en los san andresitos y en una amplísima e imbricada red de negocios que hacían muy difícil cualquier auditoria. Aquel sepulcro blanqueado también compraba fincas extensas, se asociaba con individuos oscuros y probablemente lavaba mucho dinero en el extranjero, siempre en busca de una fórmula de limpieza de activos que fuese mejor y diferente a la ya conocida de meter al país mercancía sin aranceles. No era necesario mucha perspicacia para darse cuenta de que herr pervertiert debía aliarse necesariamente con dos clases de hampones: los de pistola bajo el sobaco y los que en mi opinión eran los peores porque, previo arreglo por debajo de la mesa, echaban barriga en las oficinas del gobierno y se hacían los de las gafas ante el chorro de plata que entraba cada hora evadiendo impuestos.

Pero salvo dos o tres conversaciones al respecto, Lola y yo olvidamos esa cuestión y nos enfocamos en otras porque, después de todo, en materia de marrullas para enriquecerse Carlos Alfonso Dohm no era ni más ni menos pícaro que otros personajes, que resultaban incluso más dañinos porque no ponían a circular la plata ni creaban un solo puesto de trabajo. Este por lo menos dinamizaba la economía; en el subterráneo, pero lo hacía. Además el simple hecho de hablar del tema nos poma nerviosas, como si temiésemos agitar el lado siniestro de aquel hombre capaz de aliarse hasta con el diablo a la hora de satisfacer su codicia.

Aquella Lola recién separada era como un jardín florecido. Lucía hermosísima y parecía como si el tiempo no le alcanzara para

todos los proyectos que tenía en mente. En poco más de dos años, que a mí se me pasaron rápido por encontrar me del todo abstraída en el trabajo, logró su posgrado en historia del arte y escribió una tesis sobre curaduría museística, un impenetrable ladrillazo teórico que no sólo fue laureado sino publicado en importantes revistas especializadas. Y ello sin descuidar a Dorotea y Johndore, a las que prestaba una atención extrema, hasta el punto de que un observador desconfiado podía llegar a pensar que estando frente a los demás ella actuaba el papelito de la madre perfecta, cuando en realidad obraba en la misma forma en la intimidad. La maternidad era para ella el estado ideal, lo que más la enorgullecía por encima de su pintura, su reciente lucimiento académico y las adulaciones que por una razón u otra le llovían desde todas partes, con ramos de flores incluidos e invitaciones a salir que invariablemente rechazaba.

Me constaba que asumía su papel como si fuese un apostolado, porque en varias ocasiones nos escapamos las cuatro a pasar unos días en alguna playa discreta y era un placer ver la forma en que ella, de rodillas en el suelo, o acurrucada, o acostada, en todo caso siempre descendiendo hasta el nivel de las niñas, era capaz de estar durante horas inventándoles juegos y actividades, leyéndoles libros de cuentos, enseñándoles canciones, haciéndoles funciones de títeres y tantas y tantas actividades que la mayoría de las veces yo debía limitarme a observar, no sólo por no contar con talentos maternos sino porque de alguna forma temía perturbar aquel universo en el que escasamente había lugar para ellas tres.

En realidad no era así, porque después de su mamá la persona más importante para las dos pequeñas era la tía Raquel, poco afecta a las caricias y los mimos pero versada en paseos a lugares bonitos y divertidos, experta en cine animado y palomitas de maíz, conocedora de las mejores jugueterías y dulcerías de Bogotá, viajera que siempre traía de regreso en su maleta algún regalo fascinante, alcahueta suprema que les permitía hacer absolutamente todo lo que les diera su real gana. Yo era como una segunda madre para ellas, tenía la dosis suficiente de irresponsabilidad para convertirme en una suerte de joven abuela sustituta y por tanto llegué a convertirme en alguien imprescindible en sus vidas.

En la medida en la que mi trabajo me lo permitía nos volvíamos una pandilla compacta, pasábamos juntas los fines de semana y no era raro que yo me apareciera inopinadamente

cual-quier día, después de una jornada laboral suave, para acompañar a Lola en su ritual de bañarlas, ponerles las pijamas y cepillarles el pelo antes de llevarlas a cama y leerles un cuento, tras lo cual yo salía de allí. Sintiendo mejor que como había llegado, agradecida por tener decida por tener la oportunidad de disfrutar de los placeres de la maternidad que había sacrificado por satisfacer mis intereses personales.

Nuestra relación era tan cercana que las infalibles malas lenguas fabricaron un romance entre Lola y yo, e incluso atribuyeron a ese hecho la separación del doctor Dohm, pobre marido engañado por su mujer lesbiana, pero lejos de indagarnos cuando nos llegó el rumor nos dio risa porque, sin mencionarlo para nada, ambas recordamos aquellas tardes de nuestra adolescencia, desnudas bajo el sol que entraba por la ventana.

En aras de la veracidad reconozco que había momentos en que mis ganas de abrazarla y besarla me llevaban hasta el borde del precipicio, y sospecho que a Lola también le ocurría lo mismo, pero en mi caso decidí no dar ese paso porque sentía que, después de su experiencia de casada, mi amiga se merecía la oportunidad de escoger cuando y al lado de quién despertarse. Irnos a la cama podía complicar las cosas sin remedio y ninguna de las dos estaba dispuesta a arriesgar una amistad que ya había sobrevivido a varias dificultades.

Por ese entonces pensé que Toño Almanzor, recién re-patriado como corresponsal de prensa, podía ser la persona más indicada para sanar las heridas de Lola. Lo tenía atravesado en mi mente como un hombre atractivo tras compartir con él un viaje de trabajo al Caquetá para entrevistar a la columna guerrillera de Gustavo Arias Londoño, más conocido por amigos y enemigos como Boris. A pesar de haber descubierto en el viaje la muy sui generis concepción que tenía el fotógrafo de las relaciones entre hombres y mujeres, me pareció un hombre serio, enfocado en sus asuntos y bastante diferente de aquel joven graduando que la noche del compromiso de Lola con Dohm nos hizo reír declarándose víctima de la crueldad de ella.

Por tanto hice de celestina para propiciar el encuentro de los dos hasta que lo conseguí, pero no sólo los viejos fuegos no se reavivaron, que era mi apuesta, sino que la actitud distante de él y la frialdad de ella impidieron el surgimiento de la más mínima chispa.

Eso sí, se sintieron cómodos el uno con el otro e incluso Toño consiguió seducir con su encanto a Dorotea y Hannelore, pero la cosa no paso de unas cuantas amistosas visitas bastante espaciadas porque él permanecía más tiempo viajando dentro y fuera de Colombia que en su base de Bogotá. Con él era así: o se comportaba como un perfecto caballero, o como el guache más espantoso, sin términos medios. Y con Lola decidió ser lo primero.

Prosperidad y deshonra

frecuente consiste en la

Los seres humanos padecemos varios tipos de ceguera, la mayoría de ellas mucho más inexorables y difíciles de remediar que la perdida de la visión propiamente dicha. Una muy frecuente consiste en la posibilidad de darnos cuenta de la trascendencia real que reviste el nacimiento de un niño, de los múltiples significados que sugiere esa nueva presencia. Lo digo yo que padecí tal clase de perturbación durante la mayor parte de mi vida y que durante décadas fui incapaz de percatarme de que la mayor riqueza de la vida no estaba en el mundo exterior sino en las tres criaturas que tuvimos con Patricia. En un hipotético juicio por paternidad irresponsable, podría aducir en mi favor que la carrera militar, plagada de traslados y misiones en destinos remotos, implicaba compromisos más elevados que sacar adelante a unos lo tuvieron garantizado siempre, sino en lo referente a su educación intelectual, por no mencionar la palabra espiritual, que suena a religión y de eso no se trataba entonces ni se trata ahora.

Más bien hablo de formación ética en el sentido más primitivo del término, que según mis malos conocimientos y mi escasa memoria a los tiempos de Platón y Aristóteles. Es un concepto que en mi opinión está más relacionado con la fortaleza de espíritu a la hora de obrar, de tal manera que un individuo se convierte, de buen grado y sin necesidad de esforzarse demasiado, casi que por reflejo, en un ser para la sociedad en que vive.

Fue allí donde fallé con Mariana, José Luis y Antonio. Con los dos primeros hubo tiempo de arreglar las cosas, de emparapetarlas de alguna forma gracias a que lo sucedió con este último me abrió los ojos oportunamente, si bien resulto algo tarde para el primogénito porque su vida tomó un rumbo dictado por las circunstancias y no el que habría podido tomar si Patricia y yo hubiéramos conversado con él de temas que. va en perspectiva.

eran más bien sencillos de abordar. Pero a lo hecho. pecho. Tampoco se trata ahora de dar excusas por decidir lo que entonces decidí, pues la Armada ni mucho menos lo mato y a la postre resultó ser tan benéfica para él como la ignorancia de su putermb.ad. que estoy seguro les evito a él y a Bernabe quedar afectados de por vida.

Digamos que ese era el clima mental en que me hallaba inmerso cuando nació este último, pues mientras por un lado esperaba ansioso e alumbramiento, por otro me llegaban noticias de lo mal que le había sentado la Escuela Naval a Antonio, o quizá debería decir lo mal que le había sentado Antonio a la Escuela Naval. Avergonzado y furioso con él y conmigo al mismo tiempo, sería que en caso de haber un remedio para el callejón sin salida en que se hallaba, ya era hora de que lo encontrara sin ayuda de nadie, y mucho menos la mía. Esa fue mi primera intención entonces. aunque después terminaría adelantando de nuevo gestiones y fugando un papel importante en su carrera, por no mencionar la palabra destino, que suena demasiado seria para mi gusto y me llena la cabeza de interrogantes y el corazón de abatimiento.

Por tortura apareció en el panorama Bernabé. que para mí significo la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva de tomar revancha mediante el recurso de estar siempre a su lado e intentar hacer lo mejor posible por su madre y por él. Desde su nacimiento fue para mí. aparte de mi nieto, una suerte de angelito que me curó la ceguera a la que aludí antes. Ignorantes de la verdad para los vecinos de Platea el jovencito no era mi nieto sino mi hijo, y compartían conmigo la felicidad por la presencia del nuevo habitante, alegres al verme tan animado como si mi vida apenas empezara. ¡Y a pesar que no hacía mucho me había sentido acabado e inútil! Todo lo contrario, en aquel tiempo me entró un frenesí industrioso que convirtió el complejo de construcciones de la finca en un caserío dotado con escuela, dispensario con enfermera, tienda de abarrotes y varios pequeños negocios domésticos pertenecientes a gentes de la región que llegaron atraídas por la prosperidad surgida de varios años aislamiento. A todo el que pedía instalarse le daba mi aprobación, siempre y cuando se comprometiera a prestar ayuda durante las cosechas y colaborara en labores comunales como la limpieza de acequias, el arreglo de caminos o lo que se pudiese aportar según sus capacidades y recursos.

Quien me escuche no podría pensar que Bernabé, al crecer en esa arcadia feliz donde se le apreciaba y consentía, terminó convertido en un ser melindroso y llevado de su parecer, pero la verdad es que tal cosa no ocurrió. Por el contrario, desde sus primeros años dio muestras de ser una persona considerada y respetuosa con sus semejantes, sin necesidad de que su madre o youviésemos que estar encima de él para regañarlo o incitarlo a obrar correctamente y a tomar decisiones sin egoísmo, teniendo siempre en cuenta a los demás. Nada más llegar al uso de razón sus palabras y sus actos siempre estaban en función de todos nosotros como si la finca y él conformaran un solo organismo, y no se daba el caso de que utilizara su condición de hijo del patrón para tomar ventaja sobre los otros niños o aprovecharse de ellos, y quizá por esa razón ellos lo querían y lo seguían incondicionalmente en todos sus juegos. Entre él y sus compañeritos se forjaron por aquellos primeros años amistades que aún hoy perduran y que con el correr del tiempo apoyarían las decisiones que lomó a la hora de defender el modo de vida de Platea.

.Al acercarse la edad en que nuestra escuela elemental resultaba insuficiente dado el número creciente de alumnos, fue necesario pedir a la secretaría de educación profesores de bachillerato, pagar de nuestro bolsillo a otros y asumir nosotros mismos algunas cátedras, como geografía, historia y castellano. Aquí debo acotar que al empezar el proceso de la crianza y darse cuenta de que yo no dejaría a Bernabé salir de Platea para ir en busca de instrucción más especializada, Marisol se aplicó al estudio de la materias que deseaba enseñar a su hijo y siempre colaboró estrechamente con los maestros, lo cual le sirvió a ella misma para completar su magra formación y además la convirtió en pedagoga empírica y experta en has lemas que investigaba. Hasta tal punto se volvió lectora voraz, no sólo de libros de texto sino de novelas y poemarios, que en mis habituales viajes a Barranquilla, para colaborar —más vale tarde que nunca— con Patricia en la labor de sacar adelante a Mariana y José Luis, debía darme una pasada por las librerías en busca de satisfacer sus cada vez más numerosos y sofisticados pedidos.

Ya que menciono a Patricia, no dejaba de ser curioso que yo tuviese dos mujeres, cada una de las cuales conocía la existencia de la otra. Sin embargo, por distintas razones, ninguna de ellas dormía conmigo y para hacer aún más grande la paradoja Marisol,

que me aceptaba tal como yo era, vivía en una casa dis-tinta. Por su parte Patricia, que a duras penas soportaba mi pre-sencia desde que se enteró de la existencia de Bernabé, me admitía en su dormitorio de camas gemelas pero únicamente para guardar las apariencias frente a sus hijos. Era una situación para reír y llorar al mismo tiempo, pero yo procuraba no reflexionar mucho al respecto y aprovechaba algunos de mis viajes para buscar compañía femenina en las casas de citas de Santa Marta o Barranquilla, porque parte importante de mi reverdecer fue que volví a darle importancia a mi vida amorosa. Lo de «reverdecer» me permitió inferir que ese debía ser el origen del término viejo verde. ¡Vaya usted a saber!

Aliviado de esa forma de tensiones y frustraciones, tra-bajaba incansablemente por convertir a Platea en una próspera cindadela agrícola. Y de hecho lo parecía, pues a través de ella se movía mucha gente, atraída por la intensa actividad en tiempos de cosecha y porque yo pagaba los mejores jornales del vecindario.

Respecto a esto último enfrenté la mayor contrariedad de aquellos años: un grupo de cafeteros de las veredas cercanas, e incluso uno proveniente de otro lado de la Sierra que decidió meterse de lambón quién sabe con qué oscuro propósito, vinieron a visitarme para manifestar que consideraban una práctica desleal para con el gremio que yo pagara mejor. Los muy vergajos estaban haciendo plata y encima querían más. Como era apenas obvio y con toda la decencia del caso los mandé a freír espárragos al decirles que Platea, como empresa, estaba en todo su derecho de establecer jornales y, si llegara a darse el caso, de vender el café beneficiado a un precio inferior al estipulado. Esto último no lo iba a hacer, claro, pero Me un farol destinado a darles un tatequieto para que en lo sucesivo volvieran a molestarme con sus poses de gente decente y esa maldita conciencia gremial que tanto me enfermaba.

Sin duda corrían tiempos oscuros y le encuentro con aquellos personajillos no era sino un pequeño anuncio de lo que vendría después, cuando en todo el país, ante el exacerbamiento del fenómeno subversivo, empresarios y hacendados aplicaran al pie de la letra el consejo que en su momento el ministro de defensa, general Luis Carlos Camacho Leyva, dejara caer como de pasada en unas declaraciones a la prensa: «que cada ciudadano provea su propia defensa». ¡Qué vergüenza! Fue como claudicar frente a la anarquía, arrojar al inodoro el principio constitucional del monopolio de las armas en manos del Estado, y reconocer la incapacidad de mi

Ejército para preservar la democracia y defender las instituciones.

Era asqueroso que el uniformado con la más alta graduación dijese una barrabasada como aquella, pero qué podía esperarse de alguien que integraba el gabinete de Julio César Turbay, una verdadera joya que se tomó tan en serio su nombre de patricio romano que no tuvo inconveniente en llenar con amigos y periodistas sacamicas un jet entero para irse un mes de viaje por Europa, donde los gobernantes y cancilleres de países que no lo habían invitado se vieron obligados a recibirlo con sonrisas forzadas mientras le hacían pistola con los dedos de los pies. Sin embargo, por mandato constitucional, él era el comandante su-premo de las fuerzas militares. De verdad era un alivio saber que no me había tocado estar en servicio activo para obedecer órdenes de alguien así, y más alivio me dio cuando al amanecer del 2 de enero de 1979 la radio me trajo la noticia de que los apaches habían sustraído cerca de cinco mil armas de las instalaciones del Cantón Norte. Para colmo, los delincuentes dejaron escrito en una de las paredes de la bodega «No contaban con mi astucia», que según me enteré era la muletilla de un cómico de la televisión. Como quien dice los soldados éramos el hazme reír del país todo porque nunca se nos había permitido ponernos a la Par de los tiempos y a la altura de las circunstancias.

La indignación que sentí ante tamaña deshonra no tiene nombre ni medida, y omito describir todas las salvajadas que se me ocurrieron en su momento. Me limité a escribir cartas que nunca envié. hice llamadas para informarme acerca de la moral de la tropa y mastiqué la derrota en la soledad de mis madrugadas. Solo me faltó emborracharme, pero no llegué a ese extremo porque nunca he sido copisoler. Durante varias semanas mi estado de ánimo no fue el mejor y experimenté tal sensación de ridículo que cuando caminaba por Platea o bajaba a mis diligencias en Fundación, imaginaba que la gente se burlaba a mis espaldas porque mi condición de militar era VOZ POPULI y por aquellos días uniformes no gozaban de mucho prestigio.

Aquel episodio del Cantón Norte fue el primero de una e que despertó en mí una manera de ver la realidad del país un tanto distinta de la que había tenido hasta entonces. O a lo t no fue eso sino la vejez lo que generó en mí un cambio de actitud que años después, me llevaría a tomar decisiones relacionadas con la vida de muchas personas, empezando por Bernabé.

Motín a bordo

El sol cartagenero convierte el campo de paradas en una hiriente sopa de asfalto donde se hunden las palmas de las manos y las puntas de los pies del cadete Almanzor, que ha perdido ya la cuenta de las lagartijas. Cincuenta, cien, doscientas, no importa, da lo mismo. Cumplirá el castigo y a la mierda con todo, no se va a rendir, no van a convertirlo en un cobarde vaselino aquellos tenientuchos y guardiamarinas con sus berridos y sus juegos de soldaditos.

Hostilizado por los oficiales y objeto de burlas de sus iguales, Almanzor cosecha lo que ha sembrado durante semanas con su actitud displicente y su deliberada y evidente pachorra a la hora de acatar órdenes que otros se desviven por cumplir ¡carrera mar! Treinta y siete, treinta y ocho, cero treinta y nueve se la llevó, Alí Babá y sus cuarenta ladrones, cuarenta y un veces le va la madre al guardiamarina Serrano, cuarenta y dos putazos para el teniente Alvear, ochenta y tres pajazos a la salud de la moza del contralmirante Manrique...

Frenético, lleva su cara hasta meter la punta de la nariz en el charco de su propio sudor que se evapora sobre el suelo ardiente. A su alrededor varias compañías de cadetes marchan y evolucionan en perfecta formación, con los uniformes blancos de gala y la banda de guerra atronando a todo timbal. Ensayan antes de viajar a Bogotá para la revista del 20 de julio, cuando como es tradición esperan fulgurar, haciendo que las guanábanas del Ejército y los azulejos de la Fuerza Aérea parezcan deslucidos ante los ojos de una multitud hipnotizada con la sincronía de aquellos apuestos cadetes blancos que pueden tener la piel tostada por el sol pero no llevan entre sus filas a ningún negro, no señor, ni más faltaba.

Ellos son diferentes, son la Armada, gente de bien, no el Ejército, y mucho menos la Policía, cuyas filas están llenas de zambos. Los marinos son verdaderos caballeros, lo más selecto de la juventud colombiana que evoluciona alrededor del sitio donde Almanzor se encuentra a punto de terminar su rutina de ejercicios de castigo, que es como decir su castigo rutinario. Entre burlones y comprensivos lo miran de reojo al pasar, pero Toño sabe que a la hora de la verdad el miedo les impedirá solidarizarse con él. Al contrario, lo hostilizarán para reafirmarse todos y cada uno de ellos en su condición de tipos normales, nada conflictivos. dueños de sus

respectivos futuros en la vida nacional o en la misma Armada, a la que algunos convertirán en su vida permaneciendo en ella hasta convertirse en almirantes y echar barriga por cuenta del erario público y los impuestos de los civiles.

Tras caer de bruces, derrengado sobre el suelo, gira el cuerpo y su espalda recibe el quemón del pavimento, que según calcula debe alcanzar casi los cincuenta grados, pero no le importa. Aprieta sus párpados para que la luz no hiera sus ojos y se siente como el escorpión en la primera escena de La pandilla salvaje, rodeado por un círculo de fuego y hostilizado con palos por un grupo de niños, sólo que él no lleva su veneno en la punta de la cola sino en la cabeza, en su cerebro, que si bien le ha creado dificultades con sus superiores, por otra parte le ha ayudado a ganarse el respeto de los demás cadetes, que lo ven como un sabihondo, uno de esos tipos que lee libros y cada tanto pronuncia palabras incómodas que los obligan a carraspear mirando hacia otro lado.

El cadete Almanzor es un fastidio. Como un palito untado de mierda, no hay por dónde agarrarlo, han comentado entre sí los instructores y profesores de la escuela, y Toño lo sabe, razón por la cual se reafirma en su labor de demolición institucional, consistente en sacar buenas calificaciones académicas y al mismo tiempo mostrarse remolón a la hora del entrenamiento militar propiamente dicho. En asuntos bélicos sólo se destaca por ser el mejor tirador de la escuela Almirante Padilla, un tipo que saca muy buen partido al fusil, como si hubiera tenido un punto treinta acostado a su lado desde su primera cuna, dice el sargento armero, que lo respeta porque hacía muchos años que un hombre de la Armada no se imponía en las competencias de tiro ja seriado la mira de su arma de tal forma que, frente de terraplén de coralito del polígono, no ha faltado el oficial de infantería que le haya pedido darle a su propio fusil el misino tratamiento.

Después de medio año SU lucha en solitario contra la escuela Nasal está en un punto muerto en que él, como es apenas lógico porque no podía ser de otra manera, lleva las de perder. Castigo va castigo viene, los guardiamarinas, y no sólo Serrano, lo provocan para sacarlo de casillas, pero Toño sabe que si reacciona de mala manera llevará la peor parte. De hecho ya está llevando la peor parte y ha perdido la cuenta de las veces en que, a la hora de sentarse en el comedor, otros hacen ruido con la silla para que le echen a él la culpa, lo cual desemboca inmediatamente con un

«¡carrera mar hasta la guardia!». Ha corrido hasta la garita de entrada innumerables veces, ha hecho varios miles de millones de flexiones y tampoco puede decir en cuántas ocasiones ha soportado el castigo del remo, el más duro de todos y al que más teme, pues consiste en estar en pie sosteniendo verticalmente un remo de ballenera, no medio vertical, ni inclinado un poco, no señor, vertical, perfectamente perpendicular al suelo. Al rato, los brazos se duermen y la brisa empieza a soplar desde la bahía haciendo bambolear la pesada pieza de madera como si fuera una bandera.

Es también la hora de los mosquitos y bandadas, hordas, escuadrones, ejércitos del aire completos aterrizan sobre la piel del cadete Almanzor para darse un banquete de sangre sin que él pueda hacer nada porque si llegase a intentar un palmetazo para dar buena cuenta de alguno el remo caerá de inmediato al suelo, haciendo un estruendo que lo delatará y hará que el guardiamarina Serrano y el teniente Alvear vengan a darse el gusto de verlo derrotado para enseguida informarle a los gritos que qué pena con el cadete, pero el conteo de tiempo debe empezar otra vez desde cero.

Quizá debería dejar caer el puto remo y esperar a que vengan a joder para usarlo contra ellos como si fuera un garrote, pero es tan pesado que en dos segundos lo desarmarían para llevarlo a consejo de guerra por insubordinación y agresión a un superior, que ganas no les faltan a los hijueputas después de los ignorantes que los ha hecho aparecer ante los demás con sus «res-puestas comentadas», como las llama Alvear y que son justamente las que lo meten en problemas.

En momentos así, cuando se encuentra a punto de derrumbarse, de llorar como un niño y de pedir a su padre que mueva una palanca para que lo dejen en paz y le permitan regresar a su casa, Toño piensa en Marisol, cuyo recuerdo le viene a la mente transportado por los olores que trae la brisa desde el mar, y le dedica su sacrificio. Ya verán todos, ella incluida, que saldrá de este infierno convertido en una viga de acero flexible e irrompible, resistente a todas las presiones. Será un tipo muy duro y Marisol rogará para que le pare bolas, pero no habrá caso porque él ya estará en otro asunto, rodeado por un tropel de pelaítas que pelearán entre todas por el privilegio de llevárselo a la cama para implorarle métemela toda, papiro lindo, ricura, dame cajeta hasta que ya no puedas más. Las recibirá por turnos, claro, y culeará toda

la noche para darles gusto. Incluso a las malucas les hará el favorcito para que no se queden sin saber qué se siente estar con un hombre de verdad.

Toño ríe hacia adentro porque se da cuenta de que lo suyo es eso que llaman despecho machista; y se alegra, no sólo por ser capaz de entender los sentimientos que rebotan dentro de él sino porque el acoso al que lo someten los oficiales de su compañía a la larga le resulta útil, pues lo obliga a concentrarse en sobrevivir a la naval y dejar de lado el recuerdo crecientemente borroso de Marisol, desplazado cada vez más por una arrechera que se le cuela en la cabeza igual que cuando se encerraba en el baño a pajearse con la Bardot y la Cardinale. En momentos así también es hora de cantar aquello de «déjalo ser, déjalo ser,/habrá una respuesta,/déjalo ser...» unos putas, los tales Beatles, nadie se los niega. Después de oír Let It Be, incluso puede perdonárseles que se hayan disuelto.

Como él y sus compañeros llevan ya suficiente tiempo enlistados pueden salir los fines de semana, oportunidades que aprovechan para almorzar en los restaurantes del centro y de Getsemaní, donde se desquitan de todas las privaciones pidiendo repetición y comiendo como bestias. No falta el cadete que lo ayuda a encontrar el sitio donde venden buena inaiihtima, o aquel otro que conoce los puteaderos con el personal más surtido de la bahía, lugares en donde Toño pidiere pasar el tiempo de permiso cuando logra escapar de la red atendida por su tía abuela hermana de su madre que habita una hermosa casa del barrio Manga. Desearía no tener que visitarla. pero es a través de ella que su madre le remite las pequeñas cajas de cartón con golosinas. artículos de asco y dinero, indispensable este último para pagar las cuentas de los restaurantes, la vareta y las putas.

Lo bueno, aparte de los regalos que recibe en cada envío, es que donde la tía Gabriela se come como en los mejores restaurantes. Está casada con un libanés que tiene el gusto por la buena mesa y es un placer hacer la digestión de tanto cordero, quibe, falafel y tabule, haciendo la siesta en una de las hamacas bajo la sombra de los cauchos del patio. Sus primas, dos lindas cartageneras de ojos verdes y pelo castaño, son coquetas y sim-páticas, razón por la cual no puede negarse a llevarlas del brazo a tomar malteadas en alguna heladería de Bocagrande, donde invariablemente se encuentran con amigas que ríen nerviosas ante la presencia del cadete Almanzor, que no quiere líos y se hace el

distraído sin dejar de mostrar cierta caballerosidad.

Una tarde de domingo, tras regresar de permiso en un taxi que lo deja en la guardia, entra a su habitación, se afloja el cuello de la guerrera y se tiende en el catre para quedar mirando hacia el techo. Percibe a su alrededor la melancolía y la molicie de los atardeceres domingueros mientras uno a uno van regresando los cadetes de permiso. De repente se escucha un estropicio en la puerta y el teniente Alvear y el guardiamarina Serrano entran como si allanaran una guarida enemiga. Todos los cadetes se ponen en pie impulsados por la sorpresa, pero Almanzor camina con calma hasta el lugar que le corresponde en la línea. No puede evitar que una sonrisa sardónica se dibuje en sus labios y Serrano lo manda de inmediato a trotar ida y vuelta hasta la guardia con el colchón a la espalda. Toño cumple la orden y al regresar encuentra que los oficiales continúan en su tarea de fastidiar a los ocupantes del dormitorio. Disgustado, en lugar de poner el colchón sobre la estructura del catre lo arroja con fuerza para que suene y camina hacia la formación, pero se topa en el camino con el teniente Alvear.

¡Muy gallito el cadete! ¿Está bravito?

-No, mi teniente. Cansado no más.

-¿Tiene ganas de bronca? Porque si las tiene podemos mandar a buscar los guantes de boxeo.

—No, mi teniente—interviene Serrano—. No lo haga. Hoy vi al señor Almanzor caminando por Bocagrande con dos guarichas y debe estar muy cansado de peinarlas y pintarles las uñitas.

Sin saber muy bien por qué, pues sus primas le son por completo indiferentes, a Toño le disgusta sobremanera el tono en que Serrano se refiere a ellas y no dice nada pero mira hacia el oficial con una furia evidente para todos, incluso para quienes no pueden ver la escena por tener los ojos clavados al frente. Alvear se sitúa a pocos centímetros de él y, más alto por una cabeza, inclina su cuello al gritarle en la cara:

—Le repito, Almanzor. ¿Quiere bronca? Porque conmigo la encuentra...

—Le ruego el favor de no hablarme tan cerca, mi teniente. Usted tiene mal aliento, señor. De pronto una caries, quién sabe, tal vez...

—No tiene usted suficientes huevos, ¿verdad Almanzor? Lo suyo es la lengua no más, ¿cierto? —le grita de nuevo un Alvear sacando su propia lengua con un movimiento de serpiente que, Toño tampoco se explica muy bien por qué, lo hace perder el control.

—¡En cambio usted sí que los tiene grandes, tenientico de mierda! —le grita al tiempo que lanza su mano derecha hacia Ja entrepierna del oficial y le agarra con fuerza el escroto, haciéndolo doblar de dolor y bajar la cara hasta un nivel que le permite asestarle un fuerte golpe sobre la nariz con el antebrazo izquierdo.

Después sólo recordará que Alvear quedó inmóvil en el piso y que todos los presentes, salvo el guardiamarina Serrano, que salió en busca de ayuda, miraban alternativamente al cadete y al oficial. Esta frito otra vez. Como mínimo le someterán a consejo verbal de guerra, cárcel y luego expulsión. Golpear a un oficial no es una simple contravención, es un delito grave, supone Toño mientras la policía naval militar lo saca del dormitorio y se lo lleva bajo custodia.

Asuntos de Plata

Pasada la alegría producida por su rencuentro, y el rápido regreso a Martinica. la realidad se encargó de hacerles saber, que llevar a cabo sus planes no resultaría nada fácil. Para empezar era imperioso solucionar el problema de Delfilia y Medardo que por haber permanecido todos esos años a cargo de Martinica MU recibir nada a cambio debían ser recompensados de alguna manera, no obstante que ellos y sus tres hijos habían podido vivir eradas a la explotación y usufructo de la finca.

—¡Tres niños ya! ¿A qué horas pasaron tantas cosas? —preguntó Virginie sin esperar respuesta mientras besaba y abrazaba uno por uno a los miembros de la familia.

La pareja de mayordomos no decía nada, pero Roberto José y Virginie sentían que su lealtad ameritaba algún tipo de bonificación. Era bastante frustrante no tener forma de recompensar tanto empeño y tanto sueldo no pagado, por no hablar de las mejoras realizadas en la casa donde ellos vivían, así como en la vivienda principal, además de los corrales, cercas, pozos, vallados y acequias. Gracias a su celo todas las instalaciones permanecían

intactas y funcionales, igual que si la ausencia de sus dueños hubiese durado sólo unos cuantos días.

En cuanto a la cría de caballos, algo quedaba del encaste árabe intentado en su momento por Roberto José, pero el impulso inicial hacía rato estaba disperso porque Medardo, preocupado más que nada por la supervivencia de su familia y por impedir que todo se viniera abajo, había optado por reducir los frentes de trabajo vendiendo ejemplares para concentrarse en el cuidado del ganado vacuno, en la siembra de los arrozales y en cultivos de pan coger. Nadie podía culpar al administrador por las decisiones tomadas en solitario durante los momentos difíciles, pero eso obligaba a su patrón a descartar o aplazar, al menos en Principio, aquella idea de una escuela de artes y oficios consagrada a enseñar a los jóvenes la monta, el cuidado de los equinos y otro tipo de salutes. Y no sólo era la falta de suficientes ejemplares sino el hecho de que no contaban con instalaciones físicas para alojar a los hipotéticos alumnos.

Tras vanos días durante los cuales asimilaron y se acostumbraron a mirar de frente la desnuda realidad, quedaba todavía en pie la idea de un centro de rehabilitación para adictos, pero sin dinero en efectivo ni instalaciones ni infraestructura también esa meta quedaba descartada. Lo cierto era que Virginie contaba apenas con unos cuantos miles de pesos ahorrados y por su parte Roberto José apenas podía aportar las mesadas no recibidas durante su tiempo de enajenamiento callejero, pero en cualquier caso aún estaba por verse si Marta Marina accedería a pagárselas, suponiendo que él tuviera suficiente presencia de ánimo para ir hasta la antigua casa familiar a pedir aclaración y actualización de cuentas.

—Me da miedo —le confesó a Virginie mientras con-versaban al atardecer en la terraza de tablones—. Apuesto doble a sencillo que ella sacará la calculadora para hacer sumas y restas, logaritmos y derivadas, y entonces saldré a deberle yo a ella y no al contrario.

Rieron ante la ocurrencia y decidieron que ambos viajarían a Bogotá para cobrar ese dinero y explorar las posibilidades que tenían de lograr financiación con otras fuentes porque, al hacer bien los cálculos, era evidente que el monto de las mesadas no cobradas a Marta Marina apenas cubriría la deuda con Delfilia y Medardo por

concepto de salarios, más los gastos asumidos por los mayordomos para culminar la obra de las dos casas, que no sólo habían quedado funcionales sino muy bellas.

Pero antes era necesario solicitar a los arcángeles su anida para proteger a Martinica y sacarla adelante. De cualquier modo el futuro dependería de la suerte otorgada por ciertas potencias celestiales que debían ser tenidas en cuenta, sentenció Virginie muy seria mientras miraba a los ojos a su esposo, cuyos pensamientos estaban más inclinados hacia la experimentación de placeres terrenales, mucho más prosaicos. No obstante se abstuvo de expresado, le siguió la corriente y la ayudó a conseguir los elementos que ella para un ritual en que se invocó a los ángeles Gabriel, Miguel y Rafael. encendió velas, cirios y velones de diferentes colores y tamaños, así como barras de incienso y astillas de palosanto que convirtieron la sala de la casa en una cámara de humo en la que cualquier visitante desprevenido se habita sentido en un santuario consagrado a misteriosas deidades, El efecto se incrementaba al escuchar a Virginie pronunciar sus oraciones en voz alta, la mayoría de las veces empleando una jerga desconocida en la que alcanzaban a percibirse vocablos del español el inglés y el francés en medio de latinajos y frases oscura en patois. Una vez terminada la sanación de su casa repitió el ritual en la de Medardo y luego en corrales y cuartos de herramientas. con su esposo acolitándole todas sus ocurrencias y guardando la debida compostura y respeto para incitar a los demás a tomar en serio la forma de actuar un tanto sui generis de su esposa. En realidad era innecesario que hiciese tal cosa, pues los ritos de la señora Virginia todavía eran recordados en la región y las gentes la respetaban y temían por eso y por recordar su alianza con Sócrates, el chamán, a quien no olvidaban aunque evitaran mencionarlo.

Con las espaldas ya cubiertas por escudos arcangélicos tomaron el camino de regreso a Bogotá, no sin antes advertir a Delfilia y Medardo, medio en serio medio en broma, que descartaran cualquier tipo de preocupación porque en esta oportunidad la historia no se repetiría y su ausencia duraría muy poco. Se trataba apenas de recolectar unas platas y establecer los contactos necesarios para la buena marcha de la finca, de la cual no es-peraban que fuera un negocio lucrativo sino que diera lo suficiente para sostenerse por sí sola.

Los dos esposos llaneros se limitaron a asentir con cautela

al escuchar tales argumentos en boca de los patrones, pues su experiencia de años a cargo de Martinica ya les permitía darse cuenta de que el asunto no era haciendo planes sino metiéndoles el lomo a los problemas que cada temporada venían vestidos de una forma diferente: inundaciones, sequías, plagas inéditas o precios bajos, siempre debía contarse con serios imprevistos. En un hecho tan cierto e inevitable como que el sol nacía en las sabanas de Venezuela y se ocultaban tras las montañas de Colombia, el campo era una empresa para gente dispuesta a administrar pobreza a menos que se contar, no con algún dinerito, sino con suficiente plata como para darse el lujo de perderla año tras año sin parpadear ni despelucarse, no era pesimismo sino un genuino sentido de la realidad, una comprensión práctica de las posibilidades al alcance de quien no contara con algo más que las ganas de trabajar; pero si hubiera conocido los detalles del plan de los patrones, el pequeño mundo al cual habían dedicado sus esfuerzos se habría llenado de más incertidumbre aún. A la larga no se concretarían, pero de momento Virginie y Roberto José guardaron silencio respecto a la idea de un sanatorio destinado a rehabilitar drogadictos para no desgastarse con explicaciones y concentrarse en la búsqueda de recursos.

Durante sus «años de rolling stone», como llamaba Roberto José al tiempo en que anduvo ausente de cuerpo y de mente, cada vez que intentó acercarse a Marta Marina en busca de ayuda o simplemente para pedirle la mesada que le correspondía, se topó con un muro de indiferencia y silencio, hasta el punto de que nunca pudo pasar de la verja exterior de la casa, donde el chofer de su hermana tomaba bastante en serio su papel de cancerbero. Recordaba entre nebulosas que en una ocasión, desesperado por el síndrome de abstinencia, mojado por la lluvia y con un hambre que le pegaba el estómago al espinazo, como a las dos de la mañana había gritado desde la acera que Marta Marina y el chofer eran amantes y que esa era la única forma que tenía de conocer hombre porque para feas y frías, ella, que hasta cultivaba bozo. Los insultos fueron in crescendo hasta despertar a los vecinos y hacer venir a la policía, que se lo llevó a llorar sus penas y a gritar de frustración en el húmedo patio de la estación de la 40.

La siguiente ocasión en que timbró en la casa, probable-mente al cabo de unas semanas, el chofer ni siquiera se tomó la molestia de salir a negarle la entrada sino que en cuestión

de mininos una patrulla parqueó a su lado para llevárselo de nuevo. Una vez dentro tic la van le dieron una paliza y le advinieron que nunca volviera a pisar el barrio, pues allí vivían personas decentes que merecían disfrutar de su descanso sin que las perturbara ningún gamín revejido. Enseguida lo llevaron a la parte alta del Parque Nacional. le dijeron que quedaba libio y lo patearon para obligarlo a correr cuesta abajo, disparándole algo nos balazos que le pasaron lo bastante cerca como para hacerlo desistir de acercarse de nuevo a la casa de sus hermanas.

Porque allí. tras la reja, él suponía que también estaba Lola, pero como ella nunca se asomó ni se dio por enterada de sus ruidosas visitas Roberto José se formó la peregrina idea de que estaba secuestrada por Marta Marina para vengarse por su belleza. Tiempo después, en la página de un periódico viejo que encontro en la calle, vio a su hermanita fotografiada durante la ceremonia de su boda «con el distinguido industrial Carlos Alfonso Dohm». y se grabó este nombre, lo que a la postre le salvó las piernas, pues fue el nombre que dio cuando la enfermera de urgencias le preguntó si tenía familiares.

Y ahora, tras anunciarse en la reja a través de un intertono. los ojos de la hermana mayor se asomaron a través de los visillos de una persiana. Quizás ver que venía limpio y en compañía de Virginie la animó a dar la orden de abrirles la puerta para recibirlos en la oficina con actitud fría y distante. Contra codo pronóstico estuvo de acuerdo en girarle el dinero que había dejado de recibir, alargándole por encima de la mesa la enorme hoja de libro contable en que estaban establecidas todas y cada una de las mesadas no pagadas. Sin esperar el visto bueno de Roberto José giró un cheque por la suma correspondiente, y mientras estampaba la firma en el documento le aconsejó empezar a gastarlo donde un dentista, pues no lo favorecía para nada la ausencia de los colmillos perdidos en quién sabe qué callejón. A renglón seguido se puso en pie y miró hacia la puerta como invitándolos a salir, cosa que hicieron de inmediato, bastante intimidados ante la dimensión del rencor que Marta Marina no conseguía disimular bajo el aura de indiferencia con que pretendía rodearse.

Una vez en la calle rieron hasta cansarse al recordar los aires solemnes de la mayor de las Casasbuenas y, ya en el hotelito de La Soledad donde se alojaban, hicieron lo que suelen hacer los pobres cuando tienen ante sí una cifra de dinero que no están

acostumbrados a ver: repasar las cuentas hasta la saciedad esperando que milagrosamente alcance para cubrir todas sus escaseces. Pero inapelablemente el cheque apenas saldaría sus deudas con Medardo y Delfilia, quedándoles un pequeño remanente como colchón de emergencias, previa visita al odontólogo. Necesitaban conseguir más, y fue entonces que a Virginie se le ocurrió pedir un préstamo a Dohm. La circunstancia de estar separado de Lola no significaba impedimento alguno, pues de hecho el matrimonio ya estaba roto cuando ayudó a Roberto José a salir del hospital de caridad y luego de la toxicomanía. Decidieron que al día siguiente lo llamarían para proponerle una hipoteca sobre Martinica. A lo mejor tenían suerte y podían seguir contando con su colaboración.

Tú tranqui princesa

Para mi resulto memorable aquel viaje al Caquetá por las sorpresas que me lleve, algunas relaciones con el trabajo propiamente dicho y otras con los sentimientos, aunque en su comento ambas cosas se mezclaron en una trabazón que sólo hasta ahora, con la distancia de los años, puedo describir con un poco más de claridad.

Recién elegido presidente, Belisario Betancur pronunció un emotivo discurso con ese tono suyo tan cercano a! panegírico que revelaba sus pretensiones de hombre de letras en el que convoco a todos los bandos, armados y desarmados, para que cesaran la violencia y se arroparan bajo la bandera de la paz que él ofrecía. La personalidad de Betancur, a quien yo había tenido oportunidad de tratar durante su gira proselitista, por sus ademanes físicos y su modo de razonar me recordaba mucho a un obispo católico, lo cual de entrada me producía una profunda desconfianza.

Pero a pesar de ese antecedente creí en la sinceridad de su propuesta, al igual que casi todos los colombianos cuando salieron a pintar palomas blancas y ramos de olivo en las paredes, sobre el pavimento, en los techos, en los postes y en los lugares más disímiles, presas de una suerte de euforia colectiva en la que no cabía el escepticismo y la más mínima duda al respecto era juzgada desfavorablemente desde el nuevo dogma del fundamentalismo pacifista. Como yo nunca había sentido tanta identificación de la gente alrededor de un mismo propósito, mi entusiasmo al respecto

estaba en un punto muy alto, y con ese estado anímico viajé a Florencia en compañía de Toño a cumplir la cita que nos habían puesto aquella tarde en el Parque de la Independencia.

Al día siguiente, tras un tremendo madrugón en la habitación de un hotel, viajamos en un campero alquilado por a carretera que conducía a Curillo, pero antes de llegar a este pueblo nos esperaba un hombre que nos pidió apearnos y seguirlo a pie. Era mi primera experiencia en el frente de guerra, como decidí asumida, y medio por creer que hasta el más insignificante matorral. los pájaros e incluso las piedras sabían quiénes éramos y en busca de qué estábamos ahí. Sentía que en cualquier momento seríamos interceptados por una patrulla militar y no pude despojarme de esa sensación a pesar de que la naturalidad con que mi compañero de viaje y colega asumió la marcha indicaba que no había ninguna complicación ni misterio en todo aquello.

No completábamos aún la hora de caminata cuando en medio de un sendero, trazado a través de un bosque húmedo y frío de cuyo dosel aún se desprendían gotas del rocío de la mañana, nos topamos con un grupo de diez muchachos armados y comandados por un guerrillero que nos saludó formalmente dándonos la bienvenida antes de pedirnos que lo siguiéramos hasta un claro donde nos esperaba Boris, un hombre de acento paisa y barba cerrada que cubría su cabeza con un sombrero de finquero. Dijo habernos hecho llamar porque creía necesario denunciar que el propósito de paz del gobierno era un cuento chino reforzado por la prensa arrodillada, porque mientras en Bogotá la gente batía campanas de júbilo como si estuviera a punto de firmarse un armisticio, las posibilidades de que tal cosa ocurriera no podían ser más lejanas.

Para probarlo bastaba ver las cementeras arruinadas y las huellas de ametrallamiento dejadas por el ejército, que hostigaba a los campesinos acusándolos de colaboradores de la guerrilla. Desilusionada y triste porque su discurso me pareció guerrillerista e inoportuno para el momento que vivía el país, le pregunté si no creía en las buenas intenciones del presidente, y con una sonrisa a medio camino entre el enigma y el desdén dijo que por bien intencionado que fuese Beltsario su poder dependía de todo un sistema y de una manera de pensar a los que convenía más la guerra para sojuzgar al pueblo, mantener su hegemonía y pata- tén y pararán, el consabido discurso de la izquierda radical, que no por previsible dejaba de

tener su dosis de verdad.

Lo comprobamos a renglón seguido, cuando los guerrilleros nos condujeron en una larga caminata para mostrarnos las pruebas de lo que decía su comandante, quien una vez cumplió su propósito de hablar con nosotros se despidió con la misma amabilidad del principio y se internó en la manigua. Pocos meses después y sus hombres atarían Florencia, intento de toma una capital regional que denotaba la confianza que se tenía.

La confusión producida en una reportera ingenua por lo que acababa de ver y escuchar fue desapareciendo con el paso del tiempo y de las experiencias. pero el desengaño generado en aquella cita, en lugar de reducirse, aumentó exponencialmente durante los años que siguieron, a medida que fue registrando los diferentes fracasos en busca de una paz plena y efectiva que no llegó, ni por la vía de las negociaciones ni por la de las armas.

Como dije antes, aquel viaje me deparó dos clases de sor-presa: esta claro que la primera fue descubrir que una cosa era el proceso de paz en Bogotá y otra muy distinta sobre el terreno. La segunda me la había llevado la noche anterior y había corrido por cuenta de mi colega Antonio Almanzor, aquel Toño que de vez en cuando topaba por los corredores durante nuestros años de universalidad y que, convertido ahora en todo un veterano, me resultaba tremendamente seductor y atractivo.

Como era apenas lógico, dada nuestra juventud y que ninguno de nosotros dos era propiamente un esperpento, al saber que viajaríamos juntos pensé que tarde o temprano terminaríamos mezclando el trabajo con el placer. Por boca de Lola sabía que él era un tipo de pocas palabras y con un humor algo extraño, pero muy divertido por cuanto poseía cierta cultura y era capaz de abordar una gran variedad de temas de conversación. En efecto, así era. Y por otra parte, al verlo tan bien parecido y con un cuerpo que sin ser atlético ni musculoso era la viva imagen de la elasticidad, supuse que debía ser una delicia abrazarse a él. Necesariamente debía ser un buen amante, pero Lola nunca me dio referencias al respecto y yo no se las pedí.

De cualquier modo yo iba dispuesta a dejarme seducir desde que nos encontramos en el aeropuerto El dorado, pe ningún momento de la espera en la sala de abordaje o del mismo, cuando el pequeño avión se movió por a tur u y no pude evitar agarrarlo con

fuerza poi el brazo, Toño dio la mínima muestra de atracción hacia mí. Ya en Florencia, por razones de seguridad compartimos una habitación con camas separadas y, después de almorzar en una cafetería y recibir instrucciones de un mesero que era enlace del M-19, subí a echar una siesta y él se fue a la plaza de mercado a comprar unas botas de caucho. Aproveche su ausencia para meterme un varillito, asearme en el baño y echarme sobre la cama de medio lado y de espaldas a la puerta para que no pensara que lo esperaba, aunque ciertamente eso era lo que hacía con el corazón a codo timbal.

Regresó caminando despacito y le aclaré que no estaba dormida, que bien podía hacer ruido. Igual continuó moviéndose muy silencioso, con unos movimientos como de gato. Entró al baño, salió y sentí cuando se echó sobre la cama para quedar dormido casi de inmediato, según me lo indicó su respiración pausada y profunda, a un tris del ronquido, impresionada por la velocidad con que había conciliado el sueño giré mi cuerpo para mirarlo. Bocarriba, con las manos entrelazadas en el pecho y sin zapatos, se veía inocente, frágil y muy hermoso. Lo miré durante un rato pensando que quizá esa noche sería el momento en que él se decidiría a pararme bolas y, con el propósito de cargar mis baterías, hice lo posible por conciliar también el sueño hasta que lo logré.

Ya como a las ocho, tras comer unos sándwiches en el comedor del hotel, tomar varias cervezas y hablar de todo un poco, le pregunté al mesero si habría una discoteca en Florencia donde se pudiera ir a bailar, pero sin esperar la respuesta Toño puso su mano sobre la mía en un gesto que pretendía ser disuasivo y me miró fijo a los ojos asegurándome que no, que en Florencia no había discotecas. Al menos no como las conocía yo, agregó volteando su cara hacia el mesero, en cuya boca se atragantó el argumento con que pretendía contradecirlo.

Lamenté que las cosas tomaran ese cariz, pues como buena bailadora que soy conozco el poder de seducción de la danza, pero quise interpretar la negativa de Toño como deseo de estar conmigo sin necesidad de preámbulos ni coreografías seductoras. Me equivocaba, pues enseguida pidió otra ronda de cerveza y luego otra y otra, hasta que al llegar las diez u once de la noche ambos estábamos tronaditos, echando carreta de lo lindo sobre lo divino y lo humano. Le dio por practicar tautologías como una forma particular de hacer humor y me contó que era mal bailarín y por eso

no bailaba, lo cual redundaba en que fuera mal bailarín.

Hablamos de libros y no niego que me sorprendí al darme cuenta de que estaba ante un lector aplicado, de la clase que coge mulos y espera un rato a que baje la espuma publicitaria para entrarle a una obra recién publicada. Mi sorpresa obedecía a la creencia, por demás bastante extendida en el gremio, de que los reporteros gráficos son gente primitiva que sólo sabe de fotografía. carece de interés por todo lo demás y mira con desprecio a quienes viven de las letras. Cierta o no, tal afirmación debía incluir entre las excepciones a la regla a Antonio Almanzor, un simple toma monas, como se definía a sí mismo recurriendo a la antigua jerga del oficio.

Cuando le comenté al respecto me dijo que, con el debido respeto hacia mí, los medios estaban llenos de idiotas que lo eran por parada doble a partir del momento en que se sentían bien informados, conocedores exclusivos de la verdad. En su opinión los periodistas no estaban ni más ni menos informados que el resto de las personas, lo cual no tendría nada de malo si no fuera porque ellos parecían creer lo contrario. Por eso los departamentos de fotografía eran ranchos aparte en periódicos y revistas, y por eso él había optado por trabajar en Épsilon, una agencia internacional dedicada exclusivamente al registro gráfico de los hechos. Salvo contadas excepciones que omitió mencionar, su percepción de los redactores era bastante desfavorable y aseguraba que, si de él dependiera, los mandaría a todos de regreso a la universidad para que leyeran unos cuantos libritos a ver si de esa manera conseguían disminuir su ignorancia.

—El público lo agradecería—ironizó levantando la botella de cerveza para brindar.

Su visceral amargura parecía relacionarse con algún difuso prejuicio, y muy pronto me daría cuenta de que así pesar de que sus opiniones solían ser razonadas, al mismo tiempo revelaban la vulnerabilidad mental de quien se toma muy a pecho las cosas malas y buenas que suceden en el mundo, si bien él hacía hasta lo imposible por proyectar la imagen de un hombre frío o inmune a vaivenes emocionales.

Al sentir que ya lo tenía diagnosticado y medido en toda su dimensión, como una idiota me impuse el reto de hacerle el amor a

como diera lugar, sólo por el gusto de oírlo suspirar a mi lado. Así que bostecé, recordé que a la mañana siguiente vendrían a recogernos muy temprano y pedí la cuenta sin consultarlo. No se opuso y la pagamos por mitades antes de ir hasta nuestra habitación, que quedaba en el segundo piso. Tomé una ducha rápida, preparé un bareto, salí vestida sólo con la blusa y los pantalones, me senté frente a él, que ya estaba acostado arropándose con la sábana, y le pregunté si tenía un encendedor. No respondió sino que estiró el brazo, hurgó en el cajón de la mesita de noche y sacó una cajetilla de fósforos. Me miraba con indolencia, como si en lugar de estar semidesnuda yo estuviera oculta bajo una armadura. Le ofrecí un pitazo y aceptó incorporándose hasta sentarse frente a mí en el borde de su cama, teniendo buen cuidado de cubrirse la pelvis con la sábana. Me pregunté si estaría desnudo e intercambiamos el bareto hasta que sólo quedó una chicharra chiquitica que nos quemó las yemas de los dedos.

Pensando que quizá él fuera uno de esos tímidos de campeonato decidí tomar la iniciativa, solté los botones de la blusa y me acosté en mi cama usando las piernas para patear el cobertor dando a entender que no pensaba dormir arropada. Me miró las tetas como sin entender de qué se trataba el asunto y yo pensé que era buen momento para ir al grano y pegarme un arriesgón:

—¿Y ahora qué? —le pregunté como para despejarle todas las dudas que aún pudiera tener respecto a mis intenciones.

—Pues no sé tú, pero yo voy a dormir porque estoy super cansado y nos recogen dentro de muy poco —dijo el maldito, mostrándome el reloj antes de acostarse de nuevo y darme la espalda.

Sencillamente no podía creermelo el papel tan ridículo que acababa de hacer, y el efecto de la marihuana contribuía a incrementar la sensación de rabia, vergüenza y humillación que me aplastó contra el apestoso colchón de aquel camastro de mala muerte. ¿Había un marica escondido en el cuerpo de aquel churro? Con razón Lola nunca entró en detalles sobre sus experiencias de cama con él, concluí apresuradamente para encontrar explicación a su rechazo y dar consuelo a mi frustración. Como si pudiera leer mi mente, al muy cabrón le pareció oportuno justificarse y todavía dándome la espalda soltó una perla:

—Lo siento, Raque, pero las bonitas sin compromiso me

aterrojan. Me les mido a las mujeres sólo cuando están casadas o comprometidas. Así nadie se obsesiona ni sale herido y todos tan contentos. Hasta el engañado, pues un marido sin cuernos es como un jardín sin flores.

—Y encima haces chistes, gran hijueputa—le dije, algo aliviada y sin poder evitar una sonrisa.

—Tú tranqui, princesa. Esto queda entre los dos, ¿vale?

A la topa tolondra

No pensés que después de tantos años de andar enguerrillado se me habían refundido los papeles. Es cierto que estaba algo desorientado, pero mis motivaciones seguían intactas, eso sí independientes del movimiento del que nunca me sentí vocero, igual que no me siento ahora, razón por la cual me limito a hablar sólo desde mi experiencia, llegué un momento en que entendí que la guerrilla, no sólo el EME sino toda la insurgencia, había llegado a un punto del conflicto en que empezaba a degradarse y a emplear métodos que se suponía eran propios del enemigo, no de nosotros, a quienes correspondía ser los buenos de la película, los campeones del pueblo latino y camellador, ¿ya? Después de todo una revolución debería ser eso, ¿verdad? Un levantamiento que marque diferencias y procure no parecerse al régimen que pretende derrocar.

Por eso ahora, metido a traficante de fierros, quería cambiar de estrategia, aunque fuera en un plano meramente personal. Iba y venía entre las costas de Centroamérica y Urabá dos o tres veces cada mes, en ocasiones escondiendo entre la mercancía cajas y canecas cuyo contenido los miembros de la tripulación ni siquiera mencionábamos. El resto del tiempo lo empleaba en viajes de cobertura, en descansar y en enamorarse a las muchachas de las riberas. Como me alcanzaba incluso para reflexionar un poco acerca de todo, no podía sacarme de la cabeza sucesos como la masacre de la gente del Frente Ricardo Franco en Tacueyó, un cagadón que no era nuestro pero que de alguna manera nos había tocado, dañando la imagen del EME porque el segundo de aquella pandilla de asesinos era hermano de Pizarro, uno de nuestros comandantes.

Para mí estaba claro que aparte de la coincidencia del apellido familiar los dos movimientos no tenían nada que ver, pero con la ayuda de la prensa vergaja la mayoría de la gente nos metía

a todos en el mismo saco. Independiente de eso, Tacueyó significó para mí un claro aviso de los niveles de demencia a los que pueden llegar los guerreros inmersos durante años en un conflicto cuyo principio se pierde en las nebulosas del pasado y cuyo final no se vislumbra porque, a pesar de tanto muerto, tanta declaración de buenas intenciones y tanto bla-bla-blá, las cosas siguen como al principio, como en los tiempos de la colonia de Joe Arroyo.

En aquellos largos días de pensadera y reflexión sentado en la cubierta de la Warutta, el recuerdo que más acudió a mi mente fue el de nuestro desembarco por el río Mira, en la frontera con Ecuador, tiempo después de la toma de la embajada dominicana, cuando nos empeñamos en imprimirle una nueva dinámica a la guerra. Creo que fue la recurrencia de aquel recuerdo lo que hizo que dentro de mí empezara a prosperar la idea de recoger las cartas y barajar de nuevo, porque más que una derrota militar aquella fue una derrotaza. Y si uno no saca lecciones de la derrota o por lo menos no reflexiona acerca de la misma, entonces que el último que salga apague la luz, como decían los amigos tupas. Me recuperé de ese descalabro porque lo asumí como la pérdida de una batalla, no de la guerra. Estábamos muy golpeados, pero no acabados, pensé entonces.

Todo aquel episodio había empezado con la idea de juntar nuestras fuerzas, que venían por el Pacífico, con la columna de Jaime Bateman, que se suponía iba a salir a nuestro encuentro desde la zona del Caquetá y Putumayo. Entonces desembarcamos por dos puntos de la costa: el Chocó por arriba y, como cinco semanas después, nosotros por abajo, por el río Mira. La idea era avanzar a través de los corredores estratégicos de la cordillera, pero la gente del Chocó quedó atrapada y en corto tiempo perdió cuarenta y cinco compás entre desaparecidos y muertos en combate. Después caímos en cuenta de que previamente habríamos tenido que hacer un trabajo de masas muy grande en toda la región, porque al desembarcar así no más quedamos aislados, sin apoyo posible y, para colmo, en medio de una geografía hostil para la mayoría de nosotros, gente de ciudad en proporción de cuatro a uno.

En cuanto a nuestra columna, la Antonio Nariño se llamaba, éramos como setenta, todos vestidos de verde y armados hasta los dientes. Nos sentíamos una fuerza muy poderosa al desembarcar en aquella costa de Manglares y esteros. Pero era temporada de

lluvias en el sur y la primera noche nos derrotó la naturaleza por que llovió, cayó agua a lo perro y nadie se dio cuenta. Je que habíamos acampado en un brazo seco del Mira. Así que a medianoche los que hacían guardia oyeron un sonido como Je motor tic lancha, pero era que el río se venía encima para recobrar su cauce y llevarnos por delante junto con troncos y el mundo de cosas que arrastraba. No se veía un carajo, no podíamos prender linternas y en cuestión de segundos la corriente nos alcanzó llevándose las cajas de munición, los morrales de la gente y las botas. Para salvarnos trepamos por lo que en medio de la oscuridad parecía una pared resbalosa y cuando amaneció vimos que un brazo del río corría sobre la playita donde habíamos acampado. Nos pudo la naturaleza, que de un solo golpe puso en evidencia el error cometido al emprender una operación sin conocer antes el terreno, contando apenas con mapas fluviales no muy confiables.

De ahí en adelante no volvimos a estar secos porque era como si del cielo cayera una catarata. Caminábamos largas jornadas y tratábamos de descansar durmiendo bajo chorros de agua porque nunca escampaba. Me parece ver todavía a una compañera que, empapada bajo una cubierta de plástico que le servía poco, descansaba en la hamaca y miraba hacia ninguna parte como preguntándose a qué hora se le había ocurrido meterse en semejante berenjenal. Y el ejército, que evidentemente había estado esperándonos gracias a que contaba con información de in-teligencia, iba pegado a nosotros, respirándonos cerquita.

Combatimos contra ellos desde el tercer día del desembarco, cuando nos disponíamos a celebrar dizque el día internacional de la mujer con una comidita caliente, pero nos cayeron encima a la hora del almuerzo y nos tocó arrancar a caminar divididos en dos grupos mientras nos dábamos candela. Íbamos pesados, con demasiada carga y con gente muy joven que por primera vez estaba en un vergueo, pues eran pelaos de veinte, veintidós años en promedio.

Cercados geográficamente y con diecisiete bajas, pensamos que una forma de resarcirnos sería pasar al Ecuador para pedir asilo y convertir la derrota en un hecho político. Una de las dos columnas cruzó el río para decirles a los militares ecuatorianos que la pelea no era contra ellos y que nos entregaríamos porque nuestro problema no era con el Ecuador, pero entonces vino el mazazo definitivo porque los ejércitos de ambos

países se aliaron para jodernos. Capturaron a los compañeros que ya estaban al otro lado del río negociando la entrega y cuando nosotros cruzamos nos rodearon, nos exigieron rendirnos y salir de uno en uno diciéndonos que no nos iba a pasar nada porque ellos eran ecuatorianos. Caímos en la trampa de puros güevones, porque en realidad eran tropas colombianas y de una nos echaron mano a todos.

No pasó mucho tiempo antes de que nos embarcaran en helicópteros para pasarnos a unas fincas del lado colombiano. Morales, un capitán o mayor que comandaba el operativo, resultó ser un tipo especial. En algún momento nos había dicho que éramos sus prisioneros y que como tales nos respetaría la vida, nuestros derechos y los rangos que teníamos dentro de la guerrilla, acogiéndose a los protocolos internacionales. Sin embargo, cuando empezaron a llegar otros milicos de mayor graduación algunos de nosotros escuchamos cómo lo regañaban por no habernos dado chumbimba apenas nos dio captura, y él se cansaba de repetir «son mis prisioneros, son mis prisioneros». Quién sabe qué habrá sido de él después. Dudo que siquiera lo dejaran tomar el curso de ascenso a coronel, a pesar de que era un buen soldado, bueno para la pelea y noble, aunque es improbable que esto último lo hubiera aprendido en la academia militar. Parecía más un rasgo de su educación familiar.

Las fincas en que nos mantuvieron tres meses separados en pequeños grupos se volvieron campos de concentración en donde nos torturaron en marraneras y corrales antes de someternos a consejos verbales de guerra. No nos quedaba más salida que asumir la derrota con entereza, y todavía recuerdo el ánimo que nos daba escuchar a una compañera cuando se ponía a cantar boleros, como enseñándonos a todos su método para exportar la humillación a que nos sometían día y noche los interrogadores. Preguntaban preguntaban. preguntaban en busca de más información de la que ya tenían. Nos ponían a oír los gritos de dolor y angustia ríe los demás diciéndonos «pie nos habían denunciado, expuestos todo el tiempo a la lluvia o al sol, con hambre durante lo que sentíamos era una eternidad.

En materia de tortura no creo que haya niveles. La tortura es una sola y lo que intenta hacer es degradar al ser humano para que se debilite física y mentalmente. La sensación es de completo abandono y absoluta soledad porque ahí estás a solas con vos

mismo, sostenido apenas por la convicción de que tu fuerza y tu riqueza interior son tu única salvación. Desde antes de caer prisionero yo ya sabía que corría el riesgo de que tal cosa me ocurriera, que si desafiaba al régimen me iba a enfrentar con el ejército y que lo que estaba viviendo no era más que la consecuencia de una elección personal. Eso me dio cierto impulso y en el momento de los interrogatorios pensaba que iba tratar de decir mi verdad, no la que ellos quisieran, sino la mía.

La otra parte del truco fue no dejarme derrotar por toda la carreta según la cual «te entregaron tus hermanos, tus amigos». No desmoralizarme por todo el tinglado que armaron para dejarme solo, debilitado y a la deriva, para que imaginara que todos habían hablado o dicho y yo era el único que aún resistía y que lo mejor era hacer lo mismo para que me dejaran en paz. Yo pensaba «estoy aquí y es hoy», dormía cuando podía dormir aunque fuera bajo la lluvia, comía cuando había posibilidades de hacerlo, con mucho temor y en poca cantidad porque siempre estaba pensando que nos iban a dar alguna sustancia para envenenarnos. Así pasaron los momentos, las horas y los días, hasta que nos llevaron a las cárceles y salimos un tiempo después, bajo la ley de amnistía aprobada en tiempo récord por el Congreso a instancias del presidente Betancur.

Fortalecido por las lecciones de la derrota, me sentí invencible y volví a la brega. La guerra continuaba y yo había quedado convencido de que la siguiente vez que me encontrara frente a frente con los chulos les tocaría pelarme porque ni por el putas iba a dejar que me agarraran.

De modo que así vivimos los siguientes cuatro años de ceses al fuego y ofensivas, en un juego de corre que te alcanzo pero también coqueteándole a la paz mientras intentábamos convertirnos de nuevo en un ejército cohesionado, al tiempo que los demás movimientos seguían, cada uno por su lado y a su modo, más o menos la misma estrategia de negociar en medio del conflicto. Hubo batallas, momentos sublimes, victorias, otra vez derrotas, muertos a la lata y mentiras, muchas mentiras y verdades a medias, que son peores que las mentiras; de modo que un tiempo después de Yarumales y Los Robles, cuando en aquella cañada los chulos cosieron a plomo la columna en la que me encontraba por los lados de Antioquia, la fortaleza de espíritu lograda por mí hasta el momento estaba más aporreada que un caldero y sentí llegado el

momento de emplearla en otras cosas. Por eso decidí bajar hasta Medellín en busca del Mocho.

Resignación

Después de los variados elogios recibidos con motivo de su exitosa tesis de maestría era lógico que Lola acariciara la idea de continuar por la misma línea de estudio e investigación, pero para una historiadora del arte la oferta de trabajo disponible en el escenario laboral colombiano era menos que limitada, por no decir nula. Aunque ella estaba al tanto de esa realidad desde cuando aún permanecía en las aulas, le resultó demoledor comprobar en el propio asfalto que, yéndole bien, su máxima aspiración era ocupar una cátedra universitaria, labor que no la atraía en lo más mínimo.

Luchadora, sin embargo no se rindió sino que para sacarle el emite a ese destino decidió consagrarse a pintar y también a colaborar con las causas ambientalistas, un campo aún no muy explorado por ella pero que después de la pintura era lo que más llamaba su atención. Por cuenta propia había estudiado y consultado con sus amistades ecologistas, y el recién descubierto concepto del desarrollo sostenible le resultaba sumamente atractivo e inteligente, aunque sabía que la mayoría de las personas lo consideraban una sutileza intelectual, una exquisitez, una falacia inventada por hippies y biólogos izquierdistas que no entendían los principios básicos del mercado, las leyes que regulaban el verdadero motor de la historia. En su momento, y cuando aún pertenecía al acomodado círculo de su marido, escuchaba decir con cierta frecuencia que aquello del conservacionismo racional estaba bien sólo como divertimento intelectual y en cualquier caso en países más desarrollados, pero que las urgencias económicas del I treer Mundo no admitían tal clase de desviaciones, al menos no antes de varias décadas.

Pero ahora se sentía libre y tenía clara la alternativa de trabajar con alguna de las fundaciones o incipientes organizaciones ambientalistas que empezaban a surgir en aquel tiempo. De echo contribuyó a la constitución de algunas y entró a formar parte de olías, pero además de necesitar un campo en donde sentirse plena y desarrollar sus convicciones e ideales necesitaba ganarse la vida por sí misma, no de cualquier manera sino con holgura suficiente para mantener a su pequeña familia, no sólo a flote sino sosteniendo el tren de vida que la fortuna de Dohm garantizaba hasta el

momento. Por orgullo le gustaba soñar con el día en que no necesitara más de él y pudiera decirle que dejara de girarle el dinero, pero por varias razones sabía que era imposible lograr tal cosa.

En lo personal yo entendía que si quería independizarse económicamente debía acostumbrarse a la idea de reducir gastos, y así se lo dije, pero argumentó que resultaba absurdo privar a las mellizas de las ventajas a las que tenían derecho, sin contar con que su ex no lo permitiría. Además, después de haberse garantizado esa base económica no tenía sentido renunciar a la misma. En contra de su aspiración también estaba el haber desistido de la venta de sus cuadros, que a mí me parecían buenísimos y a ella la dejaban satisfecha, pero no hasta el punto de ponerse en el trabajo de persuadir galeristas y marchantes que, de entrada, se encargaban de machacarla con el manido argumento según el cual la pintura y su mercado atravesaban un mal momento. Y no faltaban aquellos que ni siquiera le paraban bolas, incapaces de olvidar los demoledores comentarios emitidos por los críticos tras su primera exposición.

De modo que en cuanto a la economía Lola estaba atrapada en un callejón sin salida, pues todo lo aprendido apenas le serviría para convertirse en maestra, siempre y cuando contara con la suerte de que el sistema universitario volviera a recibirla, ya no en calidad de alumna sino de instructora. Como tal cosa no le llamaba la atención y quería continuar adelante con sus sueños, no tenía más opción que cortar por lo sano, salir del país, irse a donde pudiera aplicar lo ya aprendido o, en el peor de los casos, a continuar ampliando su capital académico con la esperanza de que en el entretanto surgieran posibilidades de trabajo en Colombia. Pero Dohm no permitiría jamás que se fuera al exterior con las niñas, y en el supuesto caso de que consiguiera sacarlas sin el permiso legal correspondiente, sería cuestión de tiempo que el las localizara utilizando su poder.

Enfrentada a esa realidad, su cabeza era un mar de contradicciones y le costaba trabajo entender que, en su caso, recibir el reconocimiento intelectual que tanto la satisfacía y al mismo tiempo ganar la cantidad de dinero que creía merecer eran dos anhelos excluyentes. Más le valía entenderlo si no quería volverse una amargada, le dije antes de señalarle que el mundo está lleno de personas con el ánimo avinagrado porque sienten que no

se les reconocen sus méritos.

No era su caso, me aclaró enseguida. Se sentía capaz de lidiar con el desengaño profesional hasta llegar a la tumba, pues mal que bien las mellizas le daban fuerza anímica y eran por sí solas razones suficientes para dar sentido a su vida. Lo que en verdad la frustraba era saber que estaba condenada a Colombia, sentir que todo el tiempo era vigilada por gente a sueldo de su exmarido, tener la certeza de que pasar un tiempo en el extranjero era impensable. Como mínimo, el chofer y la señora del aseo que trabajaban con ella debían de estar recibiendo un sobresueldo secreto pagado por Dohm y tenían instrucciones precisas de pasarle informes, pues era habitual detectar en ellos actitudes extrañas, cruces de miradas en las que se reconocía cierto aire de complicidad entre los dos.

Me parecía que su paranoia le impedía razonar y darse cuenta de que, si sabía plantearle bien la cuestión a Dohm, a lo mejor este accedería a dejarla ir durante un tiempo. Después de todo no estaba pidiéndole su consentimiento para llevarse a las niñas al Tíbet o a Nueva Zelanda, sino a destinos más razonables en Estados Unidos o en Europa, a máximo doce horas de vuelo, sin descartar Buenos Aires o Sao Paulo. Él era un hombre acos-tumbrado a viajar y tenía los medios suficientes para visitar a sus hijas casi que con la misma frecuencia con que lo hacía en Bogotá, argumenté muy segura de mi sensatez mientras ella me miraba con un gesto de sus ojos entre divertido y condescendiente.

—¿Qué? ¿Te parece que estoy diciendo bobadas? —le pregunté interrumpiendo mi argumentación.

—Para nada. O mejor dicho, sí; pero se te puede perdonar porque hablas sin saber cosas que yo sí sé.

En algún momento tocó la etapa final de su matrimonio y por alguna razón que no se había atrevido a indagar, Lola se dio cuenta de que desde hacía un buen tiempo Carlos Alfonso no viajaba fuera del país. Como a ella le constaba que a él le gustaba mucho hacerlo y ahora no entendía cómo podía privarse voluntariamente de ese placer, dedujo que la causa estaría relacionada necesariamente con la zona oscura de sus negocios detectada por ella anteriormente. Muy bruja, aguzó los sentidos y observó con atención en busca de explicaciones, pero sólo pudo comprobar que él siempre se movía dentro del país en el pequeño avión privado en que alguna vez la mandó a San Andrés con las niñas. Acababa de adquirirlo mediante

un leasing, le dijo para ocultar el hecho de que en realidad lo había comprado en Estados Unidos la firma de abogados que llevaba sus negocios en Miami.

La compra de esa aeronave, y otras de las que alcanzó a enterarse a través de infidencias involuntarias de la servidumbre, le confirmaron a Lola que los negocios de Dohm estaban rodeados por sombras sospechosas. Le bastaba recordar el talante de los eventuales visitantes que recibía en su casa durante sus días de casada y el aspecto ominoso de sus escoltas para acabar de completar un cuadro que le imposibilitaba sentir tranquilidad a la hora de planear cualquier escape con sus hijas.

Lo que en su momento me había contado sobre los san andresitos, el contrabando y el lavado de dinero era apenas una parte, según había descubierto después, ya separada de él. No sabía decirme en qué consistía la porción no visible del iceberg de Dohm, pero en todo caso le producía terror el poder que él derivaba de allí. Incluso en algunas noches de insomnio se llenaba de pensamientos negros y premoniciones desagradables, hasta llegar a temer por su vida o sentir que en cualquier instante él le arrebataría las mellizas para siempre. Y cuando dormía los sueños podían resultar peores que la peor de sus paranoias de insomne, pues incluso había soñado que ella y Toño eran novios y que los matones de Carlos Alfonso los asesinaban a tiros en presencia de las niñas, que aplaudían y se reían mientras su padre filmaba la escena y además se las arreglaba para poner una manogarra sobre el hombre de cada una.

Sus revelaciones quedaron interrumpidas porque a la sala llegó Dolores en pijama, diciendo en una media lengua debido al frenillo que le diéramos comidita porque tenía hambre. Al ver aquella preciosidad en pijama y con una foca de peluche bajo el brazo, me resultó fácil entender lo que debía sentir Lola vez que pensaba en la posibilidad de separarse de sus hijas, y también sus razones para consagrarse de manera tan radical a cuidarlas, privándose de gratificaciones personales y en apariencia reasignada ante la evidencia de que su destino consistía esencialmente en atenderlas mientras esperaba la llegada de tiempos más píos para ella misma.

Entretanto, cada ata que pasaba se espaciaban mas los iniciales reclamos de herr pervertiert para que regresaran a vivir juntos, pero lo paradójico era que le hacían falta en la medida en

hque la tranquilizaban. Mientras él tuviese esperanzas de recuperarla las cosas se mantendrían inalterables. Por eso era importante ser muy diplomática en su negativa, dándole a entender que se había convenido en una mujer frígida, de modo que él no sintiera que lo despreciaba sino que, todo lo contrario, interpretase el hecho como la oportunidad de olvidar definitivamente la reactivación de su fallido matrimonio.

Planteada de esa forma la situación, no podía darse el lujo de tener pretendientes, pues si Dohm llegaba a enterarse no sólo arriesgaría la estabilidad alcanzada con tanto esfuerzo sino pondría en peligro la vida del eventual amante, novio o que fuera. No era un sacrificio muy grande el que hacía, me dijo. Ninguna clase de relación alcanzaría jamás los niveles de perfección del amor maternal, que para ella era suficientemente llenador porque siempre estaría a muchos años luz de cualquier otro.

Medalla al valor

Supongo que pocos hombres en el mundo se han visto forzados por las circunstancias a educar al mismo tiempo al hijo y al nieto. A mí me tocó hacerlo, aunque en rigor la formación de Antonio estuvo durante un buen tiempo en manos de otros, mientras que en el caso de Bernabé la responsabilidad siempre fue cien por ciento mía.

Este último creció rápido y demostró capacidades suficientes para alcanzar el éxito en cualquier cosa que quisiera hacer en la vida. En ese rasgo era distinto a su padre, que si bien había terminado de crecer físicamente, todavía tenía problemas para organizar su cabeza, según quedó comprobado con su expulsión de la Armada, de la que en medio de todo salió bien librado gracias a las amistades de vieja data que yo tenía en la institución y ¿qué me avisaron a tiempo para hacer efectiva la fianza, sacarlo de allá y echar tierra sobre el asunto impidiendo que trascendiera. Salvo el incidente que casi le cuesta un consejo de guerra, la mayor queja en su contra era una actitud displicente hacia los mandos que resultaba retardadora, me dijo un teniente de navío que me lo entregó en la guardia para evitarme la humillación de atravesar el campo de paradas en compañía del tipo más raro que habían visto y verían en mucho tiempo, hijo de nadie menos que de un general de la República, maldita sea.

Agradecí al oficial el gesto, pero la vergüenza me impidió

siquiera saludar al muchacho, que subió al campero tan mudo e inexpresivo como estaba yo, con un pequeño morral donde guardaba sus pocas pertenencias. Cuando arranqué el carro en busca de la avenida Pedro de Heredia para salir de la ciudad, él arrojó su equipaje con una mezcla de indolencia y rabia hacia la parte de atrás de la cabina y algo duro golpeó contra el piso metálico haciéndome dar un respingo. Disgustado, lo increpé por su agresividad y le pregunté qué quería, qué esperaba de la vida si en lugar de cerebro tenía aserrín, asuntos sin respuesta posible cuando se trata de la rebeldía de un jovencito, o sea desde que el mundo es mundo.

Fue muy extraño lo que siguió a continuación porque con cara de pocos amigos, como si quisiera medirme el aceite, encontrar mi límite, me respondió que lo que más deseaba era matar, llevarse por delante algún hijueputa, para citarlo literalmente. En lugar de reconocer en semejante respuesta al niño que aún era, al hombre aún inmaduro que en el fondo lo que quiere es llamar la atención para que alguien le dé un abrazo, le contesté agriamente que no me viniera con carajadas porque a mí no iba a meterme miedo y yo no era propiamente un guardiamarina susceptible de ser intimidado. Ripostó con algún otro comentario desagradable, yo hice lo propio y el forcejeo verbal fue subiendo de temperatura hasta que le lancé un bofetón a la cara que él atajó atravesando un antebrazo que casi me rompe los huesos de la mano.

Adolorido, con la sangre agolpada en la cabeza hasta el punto de nublarme la vista y entorpecerme la mollera, orillé el carro en una cuneta de la carretera de La Cordialidad para poder mirarlo a la cara y decirle que las pagaría todas juntas, que estaba muy equivocado si creía que lo iba a dejar viviendo en Barranquilla para dedicarse a fumar marihuana con sus compinches de vagancia. Y como decía que quería matar, pues le informaba que estaría encantado de llevarlo al día siguiente para Bogotá y de allí a Melgar, a la base de Tolemaida, donde íbamos a darnos cuenta de una vez por todas de qué material estaba hecho. Ya quería ver yo si se atrevía a hacerse el vivo o el remolón con los sargentos primeros.

En una continuación de su forcejeo pueril, me retó a cumplir mi palabra diciéndome que perfecto, que se iría a Tolemaida o al carajo, pero que ninguna guanábana iba a ser capaz de meterle calillo en el cuerpo. Usó el apodo que los marinos nos endosan a los del Ejército, consciente de que así me pinchaba aún más y yo, como

si tuviera su edad, me dejé tentar y le seguí el juego, no sólo en ese momento sino también en las horas y días subsiguientes, pues nada más llegar a Barranquilla llamé a reclutamiento, pedí hablar con el jefe y resultó ser hijo de un compañero de mi promoción que se mostró encantado de ayudarme. pues justamente estaban incorporando hombres para recibir entrenamiento en el fuerte de Tolomaida. Lo de la Escuela de lanceros no me lo garantizaba de momento, pues primero Antonio debía recibir instrucción básica si deseaba ingresar al mencionado curso. Después de todo era un programa diseñado para oficiales y suboficiales, pero si el muchacho demostraba ganas seguro que encontraríamos la manera de lograrlo.

Realmente me importaba un soberano que pudiese hacer o no el dichoso curso. Lo que quería en ese momento era asegurarme de que alguien mantendría a buen recaudo aquel tigre, alejado de la posibilidad de acercarse a Platea o enterarse por alguna casualidad del nacimiento del hijo de Marisol. Patricia aún no lo sabía, pero era seguro que tarde o temprano terminaría enterándose y entonces cualquier cosa podría ocurrir porque una vez enterada de la noticia lo último que haría sería guardar silencio.

Así, mientras ayudaba a Marisol en la crianza de Bernabé decidí no relajar mi vigilancia sobre las andanzas de Antonio en el Ejército. Gracias a que mis contactos eran más sólidos que en el caso de la Armada, pude hacer el seguimiento con tal discreción que él jamás se enteró del mismo. No le perdí la más mínima pisada, de modo que pude saber que era un aventajado soldado que al término del ciclo de entrenamiento básico ascendió a cabo segundo, fue enviado a la bota caucana para participar con su pelotón en operaciones de contrainsurgencia y regresó un tiempo después a Tolomaida, donde se convirtió en lancero, paracaidista y, a instancias de su oficial superior, validó los dos grados que le restaban para ser bachiller.

El mismo oficial le aconsejó optar a un cupo en la academia militar, pero él prefirió seguir formando parte de una compañía de contraguerrilla empleada a lo largo y ancho del país en operaciones muy puntuales y específicas. En concreto, el pelotón a cargo suyo se convirtió en la unidad cuya capacidad de combate generaba más confianza en el estado mayor de la brigada, y supe de buena tinta que en ocasiones su presencia era demandada simultáneamente en dos sitios, pues la eficacia de la que hacía gala permitía anotarse

éxitos tácticos contra enemigos escurridizos y peligrosos cuya supresión o captura eran imperativos.

Durante su periodo deservicio como lancero sólo lo vi dos veces: cuando nos despedimos en la base de Melgar y cuando en Bogotá asistí con Patricia a la ceremonia en que el presidente lo condecoró por su valor al salvar las vidas de varios de sus compañeros. Esperaba darle un abrazo de plácemes para iniciar de esa forma algún tipo de reconciliación, pero me limité a estrechar su mano y a saludarlo al estilo militar llevando mis dedos hacia una inexistente visera con un poco de desgano, lo cual hizo que durante una milésima de segundo asomara a su mirada cierto brillo de simpatía, pero ni su ánimo ni el mío nos alcanzaron para ir más allá de una charla casual en que nos preguntó por sus hermanos y las andanzas de sus amigos barranquilleros. Con su madre se comportó como todo un diplomático, dejando que lo abrazara y acariciara sin rechazarla, pero una vez pasó la euforia y los tres nos sentamos a almorzar en la cafetería del Hotel Tequendama eludió hablarnos del combate en el que ganó la medalla. Yo me sentía orgulloso y quería oír de su boca el relato, pero aseguró con vehemencia que todo el asunto era mera exageración de las fuerzas armadas, necesitadas de inventarse héroes para justificar su existencia y pedir aumento de presupuesto. Porfiado como el que más, no cesaba de lanzar pullas ni siquiera en los momentos felices.

En realidad, según pude enterarme después a través de colegas y amigos míos, en algún lugar cercano a Dabeiba su pe-lotón había caído en una emboscada y, tras un fuerte choque inicial, Antonio dio a sus hombres la orden de replegarse hacia una zona segura; pero tres de ellos, gravemente heridos, debían quedarse a esperar una ayuda bastante improbable. El permaneció a su lado prestándoles primeros auxilios y al cabo de un rato, cuando fueron atacados de nuevo en un intento de coparlos, hizo frente a una fuerza superior en número durante casi veinte horas hasta que los soldados de su pelotón regresaron para contraatacar en compañía tic refuerzos de otras unidades.

En su batalla en solitario consiguió abatir un número indeterminado de bandoleros, lo cual salvó las vidas de los heridos. Logró contenerlos recurriendo a su sobresaliente puntería y gracias a que pudo echar mano a la munición de los caídos, Una vez cayó la noche, dejó a su gente bien resguardada mientras él se desplazaba por los alrededores para dar la impresión de que eran varios los

soldados que ofrecían resistencia. Mis fuentes no supieron darme más detalles de aquel combate, pero lo cierto es que cuando amaneció los refuerzos encontraron tres bandoleros muertos y rastros de algunos otros que habían sido evacuados.

Más allá de esa escueta versión, Antonio no contó ninguna otra cosa, y a las pocas semanas renunció al ejercito argumentando que quería convertirse en fotógrafo ele prensa, Lo apoyé en su decisión y me comprometí con él a pagarle la universidad, cosa que hice hasta que se convirtió en periodista. También lo apoye cuando me pidió ayuda para pasar un semestre en Rochester. Nuera York, con el propósito de aprender inglés y tomar vanos cursos de fotografía.

En el entretanto Bernabé creció y con cada cumpleaños suyo yo veía más cercano el día en que su padre me confrontaría por robarle a Marisol, pues a esas alturas Patricia ya le había informado de la existencia del niño y me atribuía su paternidad. Pero nunca ocurrió el careo que yo tanto cernía, pues para explicarme ante él me hubiese tocado decir toda la verdad y yo seguía pensando que arruinaría su vida si de sopetón le caía encima tamaña noticia. Llegaría ese momento, pero entre más se demora tanto mejor, porque así podría seguir adelante con una carrera que inició viajando a Nicaragua para fotografiar por su cuenta y riesgo el avance de los sandinistas hacía Managua. Allí estableció contactos y muy rápido quedó enganchado con las agencias internacionales de prensa, que reconocieron la calidad de .su trabajo y Je confiaron asignaciones más o menos estables.

Venía poco a Colombia, y en esas ocasiones apenas ha-blaba con su hermano José Luis, que también empezaba su vida laboral trabajando en la banca. A través de él nos enteramos de que la experiencia en combate de Amonio le hacía ver su trabajo de fotógrafo de prensa como un oficio divertido, por el que además le pagaban. Esa era la máxima aspiración de todo hombre y no era la felicidad, pero podía ser la puerta que condujera a ella.

En cuanto a mí, salía cada vez menos de Platea, cuya extensión amplié poco a poco comprando algunos predios vecinos. Me encantaba recorrerla a caballo en compañía de Bernabé, que muy rápido demostró un inusitado amor por el campo y, siendo aún niño, empezó a prestarme la invaluable ayuda que yo esperaba recibir en el futuro para aliviarme en algo la carga de trabajo. Por

ahora no era necesario, pero tranquilizaba saber que cuando yo decidiera bajar el ritmo por voluntad propia o porque la salud ya no me acompañara, habría alguien dispuesto a garantizar la continuación de lo que tanto esfuerzo me había costado.

Héroe local

Suficiente ilustración con el asunto del necesita probarle a nadie, ni siquiera a sí mismo, que cuando quiere puede. Como en la canción de Dylan para Pat Garret & Billy the Kind, siente que una sombra oscura está a punto de cubrirlo y ha llegado a un punto en que no puede disparar más. No existe la menor posibilidad de permanecer más tiempo vistiendo uniforme después de aquel verguero en el cañón de La Llorona, donde debió defenderse como gato bocarriba para que no los jodieran a él y a sus tres lanzas heridos. Se salvaron gracias a que él supo deslizarse de un punto a otro con el mayor sigilo para disparar desde diferentes posiciones. Echado entre el rastrojo aquí, o trepado sobre la horqueta de un árbol más allá, logró tumbar uno por uno a los guerrillos hasta obligarlos a retirarse creyendo que enfrentaban una escuadra completa de especialistas en guerra nocturna. Todo le salió a pedir de boca, pero cuando cerca del amanecer emprendió el regreso hacia donde estaba su gente enredó el pie en una raíz y resbaló por una ladera fangosa, alfombrada en hojas podridas por la humedad. La penumbra le impedía darse cuenta de la profundidad del barranco y le pareció una eternidad el tiempo que duró escurriéndose por la pendiente mientras rogaba para que su caída no fuera frenada bruscamente por un tronco o un peñón.

Su resbalón se detuvo por fin sobre un estrecho sendero trazado por el perpetuo paso de los campesinos en medio de la manigua, y estaba a punto de sonreír aliviado por la llegada de primeros rayos de sol cuando apenas dos metros delante de él vio que un joven guerrillero lo miraba turulado, sus acuosos ojos fiando como carbones y la boca abierta por la sorpresa de verlo surgir así de pronto, embarrado y con el tizne del camuflaje sobre la cara. Armado con una carabina semiautomática demasiado pesada para su seca contextura física, miraba a Toño desde sus catorce o quince años de edad y su escasa experiencia en combate se evidenciaba porque el temblor de su cuerpo lo paralizaba. Tono se reconoció a sí mismo en aquel adversario con camisa y pantalones de dril

embarrados y húmedos por el sudor, apenas pocos años menor que él, que estaba en extremo aterrado y por tanto era sumamente peligroso en la medida en la que podía reaccionar de mala manera. Ser veterano le permitía predecir ciertas formas de actuar, no sólo en el enemigo sino en sus compañeros, que en ocasiones se comportaban como bestias por causa del miedo, pero era la primera vez que veía a un guerrillo tan cerca y la proximidad le produjo una inmensa desazón que disolvió su presencia de ánimo. Durante un brevísimo lapso dudó entre conminarlo a la rendición o descerrajarle un balazo, pero optó por lo segundo cuando vio que el jovencito no retiraba su índice del gatillo de la carabina y abría la boca para intentar decirle algo.

Después pensaría que a lo mejor el pelao lo único que pretendía era rendirse, desertar y pare de contar, pero quizás la perturbación y el cansancio tras la noche de combates, o esa neura suya que no lo dejaba en paz durante las operaciones, o el temor a resultar herido de muerte le impidieron pensar con claridad y le soltó una ráfaga apuntándole a la cabeza con el G-3. NO quería oír lo que dijera él o cualquiera, no quería ni un minuto más de aquella puta guerra soterrada que ni siquiera salía en los periódicos y en la cual él seguía combatiendo únicamente porque afuera, en la vida civil, no abundaban las opciones de dedicarse a un oficio que le permitiera ganarse la vida, sentirse bien consigo mismo y, sobre todo, no aburrirse, no convertirse en un burócrata o algún horror similar.

Ya un poco más repuesto de la conmoción del combate, permaneció un rato largo mirando aquel niño muerto que bajo la luz de la mañana parecía aún más niño y lo invadió una enorme sensación de pesadumbre, no por sentirse culpable de su muerte, como erróneamente interpretarían después quienes no lo conocían bien, sino justamente por lo contrario, porque no experimentaba ninguna culpa. Le cerró los párpados, lo arrastró hasta la sombra de un árbol cercano y sonrió con amargura porque se vio a sí mismo como el perro que atrapa un pájaro y lleva el cadáver hasta un rincón antes de revelar a su amo el sitio donde lo ha escondido.

Se reunió de nuevo con sus tres lanzas justo en el instante en que por el sendero llegaba el refuerzo de media compañía de contraguerrilla. Venían con radioteléfono y el apoyo de un helicóptero que evacuó a los heridos en pocos minutos. Horas después el aparato volvió para hacer lo mismo con él y los demás miembros de su pelotón, reagrupado de nuevo tras la dispersión

provocada por la emboscada.

Ahora, echado sobre una cama del Hotel Tequendama donde sus padres lo han invitado durante los días de franquicia concedidos por el Ejército, mira alternativamente un noticiero televisado y la cajita forrada en terciopelo granate que contiene la medalla. Es un puto héroe de guerra. Por cualquier cosa lo declaran a uno héroe, piensa al sentir que su único mérito en La Llorona fue aplicar lo aprendido durante los entrenamientos y en los combates sostenidos a lo largo de tres años, lo cual no es gran cosa; pero según parece en este país la gente se asombra sólo porque alguien hace su trabajo como debe ser. En su caso, lo que le valieron la atención del alto mando y la condecoración fue haber protegido con su propio cuerpo a tres compañeros heridos mientras los iba jalando uno por uno hacia la relativa seguridad de un barranco, al tiempo que disparaba sobre el enemigo ráfagas de contención. Más que agradecidos con él, ellos estaban eufóricos por haberle escurrido el bulto a la pelona y contaron lo vivido con tal entusiasmo e insistencia que la historia terminó llegando a oídos del comando, siempre ávido de encontrar ejemplos para galvanizar la moral de la tropa, sobre todo cuando está cerca la celebración del 7 de agosto con presencia del presidente. Y allí está él en las imágenes del televisor, como el chacho de la película, más serio que boleta de captura, recibiendo las felicitaciones del presidente López, el mismísimo Lenguaetrapo, oligarca insigne cuya ceguera le impide imaginar siquiera el tamaño de la carga de dinamita que tiene debajo del culo. El viejo le chántala medalla, le dice algo que el cabo Almanzor no entiende y que recorriendo la línea pegando colganderos en los pechos de otros condecorados, casi todos tipos de las fuerzas especiales acostumbrados a darse candela con el enemigo, aunque las imágenes se detienen también sobre oficinistas del ministerio que hace rato no disparan un arma ni siquiera en el polígono; pero bueno, qué i atajos, mejor no amargarse la vida y pedir la baja nada más regresar a la base. Estudiará periodismo y se convertirá en fotógrafo de prensa. Esa puede ser una salida digna, y a lo mejor consigue alejar el peligro de morir de tedio.

Lo poco que conoce del oficio se lo debe a las revistas y a unos corresponsales extranjeros que conoció durante unos días de reentrenamiento en Melgar, cuando vinieron a filmar y a tomar fotos para un documental de la televisión francesa. Al verlo interesado en

el funcionamiento de las cámaras uno de ellos que dominaba el español le habló del trabajo y lo animó a convertirse en fotoperiodista, advirtiéndole que se trabajaba mucho, se ganaba poco y las posibilidades de tener vida familiar estaban reducidas prácticamente a cero. Su nombre era Natalis Delpierre y le entregó una tarjeta de visita con sus números telefónicos en París y Nueva York, diciéndole que si algún día decidía seguir su consejo él lo ayudaría en todo lo necesario.

Y eso es justo lo que necesita en este momento. Ingresará a la universidad y si se convierte en reportero podrá seguir cerca de la acción sin necesidad de matar a nadie, lo cual significará quitarse un enorme peso de encima. No se arrepiente de nada, pero no quiere más marchas y contramarchas, emboscadas, saltos en paracaídas en lugares remotos y viajes a bordo de helicópteros que están a punto de desarmarse con cada vuelta del rotor. Será liberador no echarse encima más muertos por obedecer órdenes de unos vergajos que, salvo honrosas excepciones, cuando no son idiotas de nacimiento son resentidos sociales con ganas de tomar revancha. En cualquier caso hombres que en lugar de ganarse el debido respeto, no tanto de sus soldados como de los civiles, se alertan al recurso de meter miedo con el uniforme.

Y en lo relativo a llevar lo que denominan una vida normal, no siente el menor deseo de constituir un hogar con mujer, hijos, perro pastor, Simca y cuenta de ahorros. Esa opción se esfumó con Marisol, que resultó más falsa que moneda de cuero. Todavía está en Platea criando a ese pelao que según dicen es su hermano medio, pero vaya usted a saber si tal cosa es cierta. En lo personal se alegra de que el general cuente aun con la compañía de ella porque, a pesar de todo y en el fondo, se trata de una buena mujer. No le guarda rencor sino que a la larga le agradece haberlo inducido de alguna manera a vivir lo que ha vivido en estos últimos años, mistándolo en el delicioso arte del culeo, ya que no del amor, esa vasta palabra que ahora solo le sirve para seducir en la universidad, plagada de hombres tan apetitosas como bobas que no saben de lo que se pierden cuando lo rechazan o cuando aceptándolo hasta un punto que ellas consideran prudente, a la hora de la verdad salen a perderse asustadas con el cuero después de haber matado al tigre.

La facultad de comunicación social se distingue justamente

por su abrumadora mayoría de mujeres, un buen porcentaje de ellas bonitas hasta lo indecible, con pieles sedosas y olores a dama tina que convierten los salones de clase en centros de dulce tortura, pero al darse cuenta de que son espantadizas como pajaritos piensa que mejor se enfoca en otro tipo de blancos. No pueden ser buenos polvos estas burguesitas que suspiran con las canciones de Niño Bravo y Camilo Sesto, y cuya idea de buena músicaailable se circunscribe a los sonsonetes de Donna Summer. Village People, Gloria Gaynor, Abba y, supremo horror de horrores, los Bee Gees revienta huevos. No espera que ellas lo acompañen a bailar Jumpin Jack Flash, pero si su problema es con el rock al menos no deberían arrugar tanto el ceño cuando en Las fiestas El Conde canta que Micaela se botó.

Debe ser por esa razón que le gusta tanto Lola Casasbuenas, excepción a la regla y estudiante de artes cuyos gustos musicales tocan con los suyos en varios puntos, aunque lo des-concierte un poco la predilección de ella por Queen, Journey, Supertramp y en general las bandas con cierta tendencia a utilizar la voz en falsete.

—Cómo eres horno fóbico —je dice ella un domingo en que amanecen juntos en el apartamento de Toño y ella, aprovechando que los compañeros de él se han ido de paseo, pone en el equipo de sonido A Night at the ()pera y la voz de Mercury electriza el ambiente obligándolo a pedirle que por favor cambie la música o, al menos, le baje el volumen—. No te gusta Queen porque Freddie es maricón.

—No me gustan por histéricos, por sobreactuados, porque pasará mucho tiempo antes de que logren grabar un corte que me convenza.

—Tienes unos gustos muy raros, tú. Depresivos. Esas cosas que oyes a veces dan ganas de suicidarse —zanja ella refiriéndose a Yes, Emerson Lake & L Palmer, Pink Floyd, los Moody Blues y todo el olimpo del rock progresivo donde Toño afina su esperanza de que no todo está perdido en pleno auge de la era disco. Sólo por ser tan buen polvo perdona él la insolente igno-rancia de la Cosasbuenas, que hace honor a la aliteración de su apellido.

Sus reservas frente a las músicas de moda le ponen de presente que no sólo en materia de gustos vive una era de os-curantismo, como si estuviese equivocado de tiempo y de lugar.

Porque para colmo, y en lo referente a lo académico, el panorama no es mejor: el profesor de redacción no sabe escribir, el de literatura todavía no supera su asombro ante La vorágine, la de semántica emplea una jerga incomprensible para distinguir el signifiante del significado y el de historia se aferra al método estructuralista como si este fuera el evangelio y Claude Lévi-Strauss el autor del Libro de las revelaciones. Agradece, eso sí, que la de filosofía le abra las puertas hacia los textos de un señor Danilo Cruz Vélez del que no había oído hablar y que le parece lo máximo en guaracha, pero en general se convierte semestre tras semestre en el campeón de los bostezos en clase, alguien que pasa los exámenes con el mínimo de esfuerzo y en no pocas ocasiones con su cerebro flotando en humo de cannabis. Ahora el día en que pueda graduarse y llamar a Delpierre para pedirle trabajo bien lejos de allí, ojalá en las antípodas, porque su rutina de estudiante apenas es interrumpida por los viajes a Barranquilla a encontrarse con sus llaves, que están cada día más locos a pesar de que todos aparentan caminar por la senda del buen juicio y ki vida responsable.

Fichan barriga y posan de serios, pero continúan siendo amigos entrañables y divertidos a los que sólo es necesario darles un buen trago de ron blanco para que se conviertan en compañeros de aventuras estimulantes. Una vez sus niveles de alcohol sobrepasan cierto punto y quedan fuera de combate, resulta tentador coquetear con sus mujeres, no para llegar a acostar con ellas, ni más faltaba atreverse a ponerle los cuernos a un amigo uno ver hasta que punto es sólido tanto mi amorcito porque todas son iguales, carajo. Coños perfumados y. a juzgar por la manera en que razonan, muy probablemente gélidos.

Pero de regreso a Bogotá vuelve otra vez el mismo desierto anímico. Enloquecería de aburrimiento si no fuera por los y Alice Cooper, animadores de las fiestas en el apartamento que comparte con otros cinco estudiantes de distintas partes del país. Son reuniones en las que todo vale y cuya audacia sobrepasa los límites de la imprudencia, hasta un punto en que se vuelven bastante populares fuera del círculo universitario, entre personas extrañas para los habitantes de aquel sitio en principio consagrado al estudio pero que a la postre resulta un escenario ¿ende son posibles mil y una fórmulas de transgresión. La yerba más fuerte resulta apenas un inofensivo retozo al lado de la cocaína de alta pureza, ácidos de

diversas gradaciones, euforizantes, depresores, speeds y por supuesto poppers, estos últimos sus preferidos porque para él no hay mejor programa que seducir a una dama unos años mayor y animarla a consumir sus vapores para relajarla. Normalmente son amores de una noche, pues sentir que la diablura está completa procura que su pareja esté comprometida con alguien. En ese orden de ideas las casadas son perfectas, no sólo porque después no hay que rendirles cuentas ni fingirles afecto sino porque la experiencia de la que gala casi siempre resulta tan excitante como aquellas novelas clásicas en que el adulterio es visto con condescendencia.

La rumba dura y el estudio superficial y por los laditos en su cotidianidad por el tiempo en que sindicatos y organizaciones estudiantiles convocan a un paro cívico nacional. Todos los compañeros de vivienda participan en marchas y ceses de actividades que Toño considera justificados pero a los cuales no se suma, no por razones ideológicas o políticas sino porque las indignaciones colectivas le generan una enorme desconfianza. Ese día no asiste a la universidad y permanece leyendo en el apartamento. a donde al atardecer llegan agotados sus compañeros.

Uno de ellos, el paisa Juan Guillermo, que se enorgullece de su anarquismo y de su reticencia a militar bajo cualquier bandera, tiene un escandaloso vendaje en la cabeza porque ha sido herido en una refriega con la policía, pero viene contento por el que considera «un triunfo histórico de la clase obrera, viejo Toño». Da risa escuchar aquel pichón de ingeniero que habla como el Che Guevara, repite cada tanto la consigna «ni en pie ni muerto jamás mamerto» y tiene un empleo reservado en la fábrica de su padre. Esa noche encienden el radio para escuchar a los locutores hablar sobre el orden público recuperado, el regreso de la tranquilidad y la estabilidad de la democracia, pero las versiones que ellos han recogido dan cuenta de unos treinta muertos, un número incalculable de heridos y tres mil detenidos que serán juzgados por rebelión y asonada.

Toño siente rabia sorda, no tanto por los muertos y los heridos, sino por las interpretaciones que los periodistas dan de los hechos, bastante distintas de las de sus amigos por cuanto parecen más preocupados por mantenerse fieles a las fuentes oficiales que por informar. Cómo le hubiera gustado estar allí con su cámara para poner en evidencia tanta genuflexión por parte de quienes algún día

llamará colegas. Se promete a sí mismo que en adelante no se perderá ningún evento, por insignificante que pueda parecerle en principio. Están pasando cosas muy importantes como para quedarse leyendo novelas mientras afuera retumba el apocalipsis. No pretende integrarse a los Anarcomandos ni a la Brigada Llamada, ni a La Plaga ni a La Joda Es Ya, grupos a los que pertenecen algunos de sus amigos, pero una cosa es cierta: no permanecerá más tiempo quieto.

«Sincronicity»

Pero Dohm lo había ayudado antes y ahora podría hacerlo de nuevo si le planteaba el asunto como un negocio, como una inversión, lo que hizo de sopetón una vez terminaron las fórmulas de saludo y sendas tazas de café humearon ante ellos. No era un dinero que fuera a perderse, ni mucho menos, sino que podía llegar a ser rentable, argumentó invitándolo a convertirse en socio del proyecto Martinica. Aún no acababa de proponerle lo de la sociedad y algún instinto oculto hasta ese instante lo obligó a arrepentirse, pero decidió terminar de plantear el asunto con toda la convicción de la que pudo echar mano, solicitándole al mismo tiempo su concepto acerca de cuál de las dos opciones tendría más probabilidades de éxito: ¿la escuela de equitación o el centro de rehabilitación para adictos? Roberto José pensó que Pedirle a Carlos Alfonso una opinión no sólo lo halagaba sino le daba mayor confianza ante la eventualidad de desembolsar la importante suma que necesitaba la finca.

Dohm ocultó su absoluto escepticismo respecto al futuro de proyectos que le parecieron bastante vaporosos, pero aseguró entusiasmado que ambas fórmulas le parecían igualmente prometedoras desde el punto de vista de su originalidad. En todo caso declaraba no saber nada acerca de cría de caballos o de tera-pias para toxicómanos, pero ¿por qué no pensar en sacar adelante los dos planes, combinándolos hasta hacerlos complementarios? Era una sugerencia nada más, y la hacía simplemente para decirles que tenía fe en que la decisión que ellos tomaran sería sin duda la más correcta. Confiaba en las capacidades de ambos y por lo tanto podían contar con la suma solicitada en calidad de préstamo, a pagar en un plazo flexible y con varios años de gabela antes de cancelar la primera cuota. No

aceptaba entrar como socio porque, como acababa de decirles, era por completo ignorante en esas materias. Eso sí, cuando lo consideraran oportuno les ofrecería asesoría administrativa y contable, pues en sus empresas trabajaban suficientes personas que seguramente estarían encantadas de colaborarles.

Por otro lado, de momento no se le ocurría la forma en que pudieran cancelarle el préstamo, pero ya pensaría en algo. Quizá consistiría en que Roberto José viajara al exterior para representarlo y simultáneamente cumplir funciones de traductor de alguno de sus ejecutivos, pues para él salir del país era cada día más trabajoso, los mercados que manejaba estaban expandiéndose a velocidad exponencial y por desgracia ninguno de sus directivos de confianza hablaba un inglés exento de equívocos. Tenía empleados a jóvenes que sí eran perfectamente bilingües, pero estos no le brindaban seguridad porque estaban muy biches y la juventud, en la que se podía confiar para casi todo, en el campo de los negocios resultaba un factor en contra cuando llegaban momentos decisivos en que se manejaban cifras de dinero tan altas. No era descabable la posibilidad de que algún inexperto recién egresado, por más títulos académicos que hubiera cosechado, se mareara ante la sola mención de una cifra en dólares con muchos ceros a la derecha. En cambio sí Roberto José lo ayudaba con su manejo del inglés, él no sólo estaría eternamente agradecido sino que lo recompensaría con unos honorarios ajustados al valor de sus servicios. No sería de inmediato sino más adelante, de modo que por ahora podrían regresar a sus queridos Llanos, empezar a trabajar en la finca e intentar ser felices, que él les avisaría oportunamente cuando los necesitara.

Salieron de allí tomados de la mano, contentos al haber logrado mucho más de lo que se habían propuesto antes de emprender el viaje. Evidentemente la conjunción de los planetas había hecho posible que todo saliera a pedir de boca, dijo Virginie cuando se sentaron en Orna y pidieron sendos capuchinos para celebrar. O quizá, reflexionó Roberto José, era una de esas felices coincidencias que Carl Jung denominara sincronicity, traducible como sincronidad, la cual no tenía que ver con el sincronismo sino que estaba más referida a esos sucesos cuya coexistencia ratificaba la perfección del universo, pues se trataba nada más ni nada menos que de una ley de la naturaleza tan contundente como la gravedad, aunque a un observador desprevenido o a un ignorante pudiera

parecerle un concepto más propio de las ciencias ocultas que de las exactas.

Un poco sorprendida porque después de todo la bruja de la familia era ella, Virginie no imaginaba que su marido tuviese tal clase de nociones y se detuvo a mirarlo a la cara con cuidado mientras lo escuchaba explicar más ampliamente el concepto de sincronicity. Era muy sugestivo percibirlo tan entusiasmado con aquella teoría que, según él aseguraba, no tenía nada que ver con el esoterismo sino que derivaba de una base científica sólida, hasta el punto de poder resistir cualquier análisis hecho desde el más puro cartesianismo. Había estudiado bien el asunto durante sus días como paciente en Granja Fénix, y las pocas dudas que podía tener al respecto se disiparon poco a poco hasta convenirse en convicción absoluta, sobre todo a partir del Feliz hecho de su rencuentro. Ya vería ella qué tan cierto era lo que decía una vez estuvieran de regreso a Martinica, pues después de la cita con su excuñado sentía que todo funcionaría a la perfección gracias a la ocurrencia de acontecimientos alineados para conducirlos por el camino de la felicidad.

Virginie estaba a punto de hacerle un comentario amable, conmovida por Li fe Je él en la teoría, cuando ambos vieron entrar a Lola en el local. Salvo dos o tres fugaces encuentros durante los días de la rehabilitación en la granja, hacía mucho tiempo que Roberto José no veía a su hermanita, que ahora se dirigía hacia el mostrador para comprar una bolsa de café molido sin reparar en ninguno de los comensales, varios de los cuales aprovechaban su indiferencia para admirar con descaro la sencilla belleza de aquella mujer que era la viva imagen de la autoconfianza.

Roberto José se llevó el dedo índice a los labios para pedir silencio a Virginie y se levantó hasta acercarse a Lola por la espalda, tapándole los ojos con las manos. Tras la sorpresa inicial y las consabidas preguntas intentando adivinar la identidad del bromista, él aflojó la presión de las manos, la dejó girar hasta situarse frente a él y soltar el discreto grito que precedió a un abrazo muy intenso, acorde no sólo con la alegría del rencuentro sino con todas las cosas vividas por cada uno en ausencia del otro. Roberto José le llevaba ocho años de diferencia, pero desde que Lola había empezado a dar sus primeros pasos ambos com-partieron cierta complicidad, interrumpida cuando él se fue a los Estados Unidos a estudiar. Alcanzaron a verse en dos o tres pe-ríodos de vacaciones,

pero de una manera bastante fugaz, y después ella se convirtió en mujer y él en un hombre adulto que decidió salirse del camino trazado por su padre para que siguiera la tradición y se conviniera en el patriarca alrededor del cual girarían los asuntos familiares en las siguientes generaciones.

Los tres salieron juntos del local, discutiendo sobre la conveniencia de abandonar el hotel y mudarse unos días al cuarto de huéspedes del apartamento de Lola, cuya insistencia terminó imponiéndose sobre la terquedad de su hermano, la timidez de su cuñada y la impaciencia de ambos miembros de la pareja, que los impulsaba a regresar de inmediato a Martinica.

No se arrepintieron de haber accedido a quedarse unos días más, pues al entraren el apartamento encontraron a Dorotea y Hannelore jugando sobre el tapete de la sala en medio de un pandemonio de juguetes. El rostro de Inés, su joven nana, evidenciaba a kilómetros el cansancio que le producía lidiar con aquellas dos pequeñas centrales nucleares cuyas miradas penetrantes ya eran en sí mismas un espectáculo muy atractivo y conmovedor. Los tres recién llegados se dieron mañas para acercárseles e intentar cautivarlas con tranquilidad y sin carantoñas, sin remilgos ni comportamientos nerviosos, pues algo en ellas indicaba que era mejor andar con cuidado al tratarlas. En ese rasgo de carácter eran idénticas a su madre, comentó Roberto José agradado por el descubrimiento de sus sobrinas, que fueron aceptándolos a él y a Virginie al cabo de un rato. A las veinticuatro horas de iniciada la visita ya prefería estar con ellos antes que con cualquier otra persona, pues encontraban inmensamente atractiva la compañía de esos tíos que tenían la capacidad ilimitada de hacer aparecer juguetes nuevos, dulces y helados, y que nunca decían no. Con ellos todo era posible y los horarios y restricciones se desvanecían.

Encantados con el descubrimiento de esa paternidad prestada, a los dos se les pasaron muy rápido los días dedicados a gozar de la compañía de las niñas, que aún sin llegar al uso de razón estaban en esa edad en que las sílabas se trastocan y hay palabras novedosas como gomitar, marisopla, galartija, papallago, cauchodrilo y mampiro, un tiempo en que las témperas roja y amarilla se pueden colombar para que salga el anaranjado y se dice «también no» cuando se quiere decir tampoco, «ponido» por puesto, «me sabio» remplace a me supo y «morido» es muerto.

Época en que cuando está lloviendo hay poticas palomas en el palco de la estuata y las niñas bien educadas dan las gachas al recibir un regalo.

Así que al llegar el momento de despedirse las protestas y los pucheros de las pequeñas fueron tan evidentes y abundantes como los de Lola, para quien recuperar a su hermano aunque sólo fuera durante corto tiempo le había resultado en extremo gratificante, casi tanto como el descubrimiento de la personalidad ile su cuñada, que le pareció una mujer bastante atractiva, inteligente y simpática. Por eso, para prolongar la estadía con ellos y consolidar la relación acabada de renacer, les propuso que partieran juntos a Martinica. y lacia mucho tiempo que ella quería darles un buen paseo a las niñas y era la oportunidad perfecta para hacerlo. De paso, conocería la tan mentada finca y hasta podría ayudarlos con ideas acerca de la organización del negocio.

Aceptaron la propuesta de buen grado y en el camino de regreso Virginie comentó que, independientemente de lo acertada que fuera la teoría de la sincronicity, era innegable que las felices coincidencias vividas por todos durante la última época probaban que Dios estaba de su parte.

Fronteras calientes

Nadie le paró bolas a mi informe sobre el sabotaje de los guerreristas al proceso de paz en Caquetá. Era un texto aguafiestas por partida doble, pues no sólo insinuaba que las conversaciones entre el gobierno y la guerrilla estaban a punto de fracasar, sino que sus dos páginas se perdieron en medio del jolgorio motivado por la entrega del premio Nobel a García Márquez. De paso también pasaron desapercibidas las fotos que Toño me regaló pidiéndome el favor de atribuirme su autoría sin darle crédito a él, pues no quería verse obligado a dar explicaciones a sus jefes en Épsilon.

Después de aquel viaje él partió hacia Centroamérica. incendiada hasta el punto de parecer que sus llamas se extenderían a rodo el continente. Ni siquiera la triunfante revolución sandinista gozaba de la paz que era presumible esperar después de su triunfo, pues las dos fronteras del país estaban sitiadas por las fuerzas de la contra, al tiempo que en El Salvador la beligerancia subía de intensidad. Parecía que la guerra en Colombia estuviese alimentada por las guerras centroamericanas y viceversa, como si todos los conflictos del área estuviesen conectados por un sistema de vasos

comunicantes que para la mayoría de la gente, poco entendida en ajedreces geopolíticos. pasaba desapercibido. No así para una parte de nosotros. que interpretábamos literalmente aquellos versos de Silvio Rodríguez según los cuales «Se partió en Nicaragua. / otro hierro caliente. se prendido la hierba, / dentro del continente. / Las fronteras se besan s se ponen ardientes.

Por supuesto muchos periodistas queríamos ir hasta allá porque pensábamos que la dinámica de nuestro conflicto interno cuaba determinada por los sucesos del vecindario, aunque en realidad esa era la justificación más o menos racional para las ansias de viajar que son inherentes a la profesión. Se trataba de una oportunidad de oro para curtirnos en problemas ajenos y de paso masajear nuestros pequeños egos, que luchaban a toda costa por hacernos sentir como personajes inspirados en ciertas películas, vestidos de caqui por Abercrombie & Fitch y Banana Republic, pañuelos coloridos anudados al cuello y los bolsillos de los chalecos repletos de grabadoras, cámaras, lentes y tecnología de punta.

Exactamente como Toño, sólo que en él tales características exteriores eran auténticas y no poses de última hora, pues se trataba de un genuino corresponsal de guerra y nosotros, los enviados especiales ocasionales, íbamos y veníamos como si hi-ciésemos pausas vacacionales en nuestras labores de costumbre. Para él la guerra era su rutina diaria, y aunque los colegas que viajaban desde Colombia podían encontrárselo de manera ocasional en el lobby del Inter de Managua o al borde de la piscina en Hotel Camino Real de San Salvador, para todos era claro que mientras ellos viajaban de regreso a Colombia y paraban en el In Bond de Panamá para culminar su paseo a la guerra con la adquisición de aparatos electrónicos, él permanecía metido en el ajo, alerta y dispuesto a jugarse el todo por el todo un día sí y al siguiente también.

En lo personal apenas me lo topé tres o cuatro veces en aquel año 83, pues mientras él se movía de un lado a otro —«como atajando gallinas», decía muerto de la risa— yo hice dos viajes a Nicaragua con objetivos distintos a los suyos. En uno de ellos debía entrevistar a Edén Pastora, el Comandante Cero, que de héroe revolucionario había pasado a contrarrevolucionario y a liderar una guerrilla en la frontera sur. Fundada en lo que leía pero también en mi propia intuición, yo sostenía la hipótesis de que Pastora estaba alzado en armas contra el Frente Sandinista por un

asunto de ego, por sentir que el nuevo régimen lo había dejado a un lado en el reparto del poder, y quería confrontarlo con esos argumentos, pero no me cumplió la cita y en lugar de ello dispuso que el fotógrafo Alfonso Reyes y yo fuésemos atendidos por un grupo de sus hombres de confianza en un campamento emplazado sobre la orilla del río San Juan, frontera de Costa Rica.

Desilusionada y rabiosa por el incumplimiento, pues los contactos me habían garantizado que Cero me recibiría en su campamento, cruzamos ilegalmente la frontera esperando llegar a un lugar plagado de somocistas, pero al poco tiempo nos dimos cuenta de que entre aquella gente sólo había un combatiente con un pasado como teniente de la Guardia Nacional de Tacho Somoza. El resto eran jóvenes veteranos del Frente Sandinista de Liberación Nacional que por una u otra razón ahora peleaban para derrocar al régimen que ellos mismos habían ayudado a imponer. Este guerrillero había sido degradado por mostrarse en desacuerdo con ciertas prácticas del FSLN, convertido ya en ejército estatal; aquel mostraba las huellas de las torturas sufridas a manos de la policía política de Tomás Borge; el de más allá no soportaba la injerencia de los asesores extranjeros en el gobierno; no faltaba el que se había negado a ser desarmado y desmovilizado por no tener carné del partido de gobierno. En fin, todos resultaban verdaderas sorpresas para mí, que esperaba encontrarme con unos fachos recalcitrantes y en su lugar veía un grupo de idealistas desencantados y rabiosos que se sentían traicionados por su gobierno.

Una vez frente a semejante paradoja, a Reyes y a mí no nos hizo falta para nada la presencia de Pastora. Permanecimos varios días en el campamento porque yo insistía en confrontarlos, negándome a creer que aquella revolución de muchachos, que en su momento reviviera la fábula de Robin Hood frente al mundo entero, estuviese convertida en un régimen de oprobio como aseguraban estos guerreros de mirada franca y risa fácil. Era muy difícil creer su versión porque con la flota de guerra gringa haciendo calistenia y mostrando los dientes en el golfo de Fonseca y el avión espía SR-71 de Reagan rompiendo a cada rato la barrera del sonido sobre el país, por simple reflejo uno tendía a ponerse de parte del combo conformado por los hermanos Ortega, Tomás Borge, el escritor Sergio Ramírez y el muy carismático Ernesto Cardenal, que representaban la dignidad frente a los abusos del imperialismo yanqui y todo el previsible cliché, que no por repetido perdía

respetabilidad, la contusión se complicaba aún más gracias al secretario de estado Haig, sus trapisondas diplomáticas y esa actitud de matón de western que hace tan antipáticos a los gringos cuando se ponen en ese plan.

La mañana de mi último día en el campamento la vi negra cuando un avión bombardero, denominado push and pull por los muchachos, se lanzó en picada sobre nosotros para ametrallarnos y disparar un cohete que estalló muy cerca pero sin hacer mayor daño, salvo a mis oídos, que quedaron zumbando durante varios días. La ironía de estar a punto de morir a manos de los herederos de Augusto César Sandino me hizo sonreír, pero ni aun así dejé de mostrarme escéptica frente a los testimonios recogidos en el lugar. Tenía que haber un error de interpretación; no era posible que la bandera rojinegra hubiese sido traicionada por la parte fea de la condición humana.

Mientras yo asimilaba aquello, cruzaba de nuevo la frontera hacia Costa Rica y regresaba a Colombia para llegar a tiempo al cierre de la edición de Placas, Toño patrullaba a pie con el cuerpo de tropa guarda fronteras en el departamento norteño de Nueva Segovia, a través del cual lanzaban sus ataques los contras entrenados por la CÍA y financiados con dineros que, tiempo después se sabría, eran producto del narcotráfico. Se trataba de una zona peligrosa, como quedó comprobado cuando el carro de alquiler en el que viajaban el fotógrafo Richard Cross y su colega Dial Torgerson voló destrozado por un rocketazo de los sandinistas, que no los identificaron debidamente y abrieron fuego. Ellos, como muchos otros fotógrafos de prensa antes y después, murieron por practicar fielmente la máxima de Robert Capa según la cual las imágenes sólo resultan buenas cuando uno se acerca lo suficiente. Para sobrevivir les hubiera convenido prestar más atención al mismo Capa cuando aconsejaba que, una vez el periodista está inmerso en una guerra, debe escoger un bando, amar u odiar a alguien, tomar una posición, porque de lo contrario le resulta imposible soportar lo que vive.

—Y así le fue. Con todo respeto, hoy en día Capa no diría lo mismo —me dijo Toño en una conversación—. La guerra moderna es absolutamente impersonal, las armas son tan sofisticadas y hacen daño desde distancias tan largas que ni siquiera alcanzas a ver al enemigo. Oyes el trancazo sordo del mortero

mucho después ¿c que la granada re explota al lado, por no hablar de cuando sientes el silbido de una bala bastante tiempo antes de oír a lo lejos el estampido del fusil.

Opinaba que tomar partido, escoger un lado y cubrir el conflicto desde un único ángulo era, además de poco profesional, suicida, pues los dos bandos te encasillaban de por vida. Los de tu lado te perdían el respeto y tendían a manipularte, a usarte como correa de transmisión de sus intereses; y los otros porque dejaban de verte como un periodista y te convertían en una extensión del enemigo, en otro de sus blancos.

Hacia esas reflexiones fumándose un cigarrillo negro en la cafetería del Hotel Carrera de Santiago de Chile, donde nos encontramos para asistir a un aniversario más del golpe militar. Se cumplían diez años de aquel suceso y, por alguna razón que todavía hoy no entiendo, la prensa del mundo se dio cita en la ciudad durante una conmemoración que resultaba luctuosa para unos, mientras para otros era motivo de fiesta. El ambiente anunciaba que algo pasaría y no faltaba el sabihondo que lanzara la hipótesis de un llamado a elecciones por parte de Pinochet, ni tampoco el iluso que esperara un levantamiento popular que derrocará a la junta de gobierno. En cualquier caso algo grande pasaría, y Placas me envió sola porque no quería dejar de cubrir el acontecimiento, pero contrató servicios fotográficos con la agencia Épsilon, que por fortuna ya había asignado a Toño y al fotógrafo danés Jorgen Rybner el trabajo de atender la demanda de sus clientes alrededor del mundo.

Por esos días cada metro cuadrado de Santiago tenía su propia estrella del periodismo internacional. Tanto así, que en el ascensor del hotel me topé de manos a boca con Oriana Fallad, lo que me ratificó en la idea de que algo tremendo sucedería, pues de lo contrario ella no estaría en Santiago junto con la crema y nata de la reportería mundial. Feliz de encontrarme en medio de aquello, acompañada nada menos que por Toño, a quien saludaban con naturalidad muchos de aquellos curtidos veteranos, no quería perderme nada y corría agitadísima de un lado a otro de la ciudad.

De una marcha de protesta en una comuna saltaba a la velación de un muchacho muerto por los carabineros en una refriega, y de allí al bloqueo de una calle con barricadas de fuego; en apenas unas horas de experiencia chilena tenía mucha más

acción que en una semana en Colombia o Nicaragua. En las noches soplaban un viento helado y de vez en cuando se veían pasar lujosos automóviles flanqueados por siniestras escoltas militares, pues el régimen quería dejar en claro ante el mundo que estaba allí para perdurar, como pude comprobar durante el desfile militar organizado para celebrar el golpe, asumido por la junta de gobierno y sus partidarios como el día de la liberación del comunismo.

Llegué al lugar del desfile mostrando la credencial y junto con docenas de corresponsales fuimos encerrados en una suena de corral que quedaba entre la tribuna principal, destinada a los altos dignatarios y a su círculo más cercano, y la avenida por donde pasarían las formaciones militares. Un animador con la voz amplificadas por un potentísimo equipo de sonido atronaba la tarde de primavera lanzando dardos contra los periodistas visitantes, invitándolos a decir la verdad de lo que ocurría en Chile, un país donde el bienestar había remplazado a la incertidumbre del socialismo importado desde la Unión Soviética.

Al otro lado de la calzada la multitud que apoyaba al gobierno nos insultaba tratándonos como pájaros de mal agüero que venían a destruir su modo de vida, preservado gracias a Dios y al general. Entretanto pasaban y pasaban batallones y más batallones de soldados especializados, marinos, aviadores, comandos, expertos en esta y aquella otra forma de matar, cara-bineros y toda la parafernalia de rigor en tales ocasiones de solemnidad. Ni mucho menos íbamos a sorprendernos por la disciplina que exhibían, idéntica a la de tantos ejércitos del mundo en los días de celebración, aunque sí era muy ominoso y sui generis el paso de ganso prusiano que desplegaban al pasar frente a la tribuna principal porque traía a la memoria otros tiempos y otros crímenes de guerra.

A mi lado Jorgen registraba el paso de los milicos y cada canto se giraba para hacer la foto de la tarima donde estaba Pinochet con la junta y el estado mayor. En una de esas el general, de pie junto a su esposa, sacó un pañuelo, estornudó y se secó la nariz, secuencia que por supuesto mi colega registró. Has ta allí llegaron sus giros, pues los escoltas vestidos de civil, una muralla de armarios de carne y hueso que reforzaban la contención cumplida por las altas vallas metálicas, se atravesó en lo que restaba de la tarde entre la lente de él y la persona del dictador.

En adelante debió conformarse con fotografiar sólo el desfile, que no por rutinario resultaba menos espeluznante: for-mados en cuadro y marcando el paso, pasaban los funcionarios de todas las dependencias e institutos estatales, un interminable río de personas de ambos sexos, uniformadas y orgullosas de participar en la ceremonia, posesionadas de su papel de civiles que estaban de acuerdo con el gobierno de la junta y lo consideraban legítimo. ¿Allende? ¿Quién se acordaba de Allende?

Sin espíritu Kamikaze

Trabajé con el Mocho en lo del contrabando de armas, durante años y medio, hasta que él cayó en desgracia acusado de manera anónima de enriquecerse, comerse las galletas él solito y olvidar los objetivos revolucionarios. Sus mandos lo llamaron al orden arriba en Casa Verde, donde después de un consejo de guerra que no probó nada en su contra, Tirofijo estuvo a punto de mandarlo a fusilar por si las moscas. Se salvó gracias a la intervención de Jacobo Arenas, con quien siempre se había entendido muy bien. Lo dejaron bajar de nuevo a Bogotá para que se defendiera solo, justo él, que en su vida no había hecho nada distinto a conspirar en compañía de otros.

Rotos los vínculos del Mocho con las Farc, la Warutta quedó atracada en un muelle cercano a Turbo, con su casco con-vertido en vivienda de toda clase de parásitos. Uno de los marinos se haría cargo de ella indefinidamente, a cambio de utilizarla como hogar para él y su familia. Barracuda y yo nos despedimos con un fuerte apretón de manos, él tomó un bus para Santa -Marta y yo otro para Medellín. El lazo de amistad establecido entre los dos era muy fuerte, no tanto por haber compartido vanas aventuras sino porque de alguna forma ambos nos sentíamos hermanados en el escepticismo y el descreimiento que el mundo nos generaba.

Tales sentimientos no eliminaban por completo mi deseo de lograr cambios en mí y en el país, pero mi certeza de que convicciones revolucionarias y la moral fundamentalista eran 'nanas no era fruto de la imaginación, puesto que la realidad se encargaba de confirmármelo de manera brutal. Lo probaba la serie de episodios en los que una disidencia de las Farc, al mando de un tal José Fedor Rey, había torturado y después fusilado a cientos sesenta y cuatro muchachos acusándolos de ser infiltrando y de la CÍA. Sé que ya te había hablado de eso, pero es que de verdad hay que

estar muy chalado o tener mierda de gallina en el cráneo para obrar de esa manera.

Habría quien me contradiga, pero en lo atinente a mis sentimientos aquel horror deslegitimaba por completo la validez de la lucha armada, de todas las luchas armadas. Aun cuando fuera mínimo el riesgo de derivar hacia un horror similar, ese riesgo persistiría por siempre. Tal conclusión personal era como el último piso de una torre levantada en mi interior con sucesivas capas de consternación y desengaño, más algo del conocimiento inherente a la madurez, más la recóndita y cada vez más creciente convicción de que, quizás, era posible transitar una ruta no violenta.

Valía la pena ensayar ese camino, cualquiera que fuese, me dije al partir hacia Bogotá en busca del Mocho. No sólo quería acompañarlo y ser solidario con él durante el periodo que yo suponía era el más difícil de su vida desde el día en que, recién graduado del colegio en su natal Cartagena, entrara a la Juventud Comunista y casi enseguida, prácticamente en cuestión de meses, a las Farc, donde ascendió rápido gracias a los conocimientos adquiridos en el bachillerato y a su mística de revolucionario. Se preciaba de conocer al enemigo por ser vástago de una familia de prósperos comerciantes e industriales, y poseía un humor contagioso que rezumaba optimismo por los cuatro costados. Nada parecía resultarle difícil y sacaba adelante con éxito todas las misiones que le encomendaban.

Pero ahora estaba en mala racha porque dentro de las Farc había mucha gente que no lo quería y no le perdonaba su origen social ni la patente de corso de la que en apariencia gozaba, permitiéndose licencias allí donde otros habrían sido severamente sancionados. Para acabar de completar, el runrún según el cual estaba aliado con el narcotráfico por ambición de lucro había terminado llegando a oídos del secretariado en Casa Verde. Yo no dudaba de la existencia de esa alianza, aunque sabía a ciencia cierta que la medida de sus compromisos con la mafia era limitada. Él mismo me lo había contado y a mí me parecía natural que actuara de esa manera a la hora de camuflar una operación de contrabando que, me constaba, no era nada fácil y requería mucha imaginación y doble proporción de recursos.

Por todo eso me parecía que lo más indicado era acer-cármele para ofrecerle ayuda, aunque no supiera bien de qué

tipo. Lo importante era acompañarlo y por eso viajé a Bogotá, donde después de una búsqueda de varios días encontré en la calle a uno de los miembros de su red que, sin asegurar nada, me prometió intentar comunicarle que yo andaba buscándolo. Durante días frecuenté en vano lugares donde creía probable que él apareciera de un momento a otro, y ya empezaba a preocuparme por lo costosa y arriesgada que estaba resultándome aquella estadía en la capital cuando una mañana, mientras disfrutaba de un delicioso caldo de costilla en un desayunadero de la avenida Caracas frecuentado por taxistas, apareció de golpe, sonriente y con un aspecto físico muy diferente al de la última vez.

Delgado y con un fino mostacho, vestía como siempre ropa elegante pero ahora había elegido facha de artista exitoso, de arquitecto próspero, de profesor de literatura en universidad de élite. Tenía muy buen aspecto para ser un hombre que atravesaba dificultades, tomó un tinto mientras yo terminaba el caldo y salimos juntos hasta un parqueadero para abordar un campero en el que puso rumbo a La Calera. Era la oficina rodante en la que se veía obligado a despachar porque había mucha gente con ganas de darle chumbimba, dijo; aunque el secretariado le hubiese perdonado la vida, siempre podría cambiar de parecer y estaba seguro de que él continuaría siendo un blanco móvil durante el resto de su vida, razón por- la cual me aconsejaba no acercármele durante un buen rato. Seguiríamos comunicados, claro, pero a través de contactos que en su momento él pondría a mi disposición.

Tenía en mente varios trabajos para mí, algunos de ellos lícitos y exentos de riesgo. Bastaría con que le avisara y él movería lo necesario para que todo resultara según mi conveniencia. Dijo estimarme mucho y además estar eternamente agradecido por mi ayuda al hacerme cargo de la Warutta, a la que muy pronto pondría a navegar de nuevo porque algunos viejos clientes, a los que había prestado servicios diferentes al contrabando de armas, requerían los mismos cada vez en mayor medida, lo cual representaba una oportunidad única de hacer dinero, su único interés ahora que no debía vivir con coartadas ni justificaciones éticas.

—Billete, viejo man. Estoy dedicado a levantar plata como sea, aunque no sé muy bien pa' qué porque con tanta culebra pendiente casi no puedo dedicarme a gozar gastándomelo.

Regresamos a la ciudad y al despedirnos con un fuerte

abrazo le agradecí el ofrecimiento asegurándole que eventualmente lo buscaría a través del enlace. Ahora que lo veía tan bien de salud y de ánimo, ya no consideraba muy necesario hacerle compañía y mejor tomaría otros rumbos, aprovechando que contaba con suficientes ahorros como para darme, al menos durante un tiempo, el lujo de pensar con calma qué carajos iba a hacer de mi vida.

Mientras lo veía alejarse zigzagueando en el campero por la carrera Séptima, pensé que en realidad los dos éramos almas gemelas porque, tras haber dedicado toda nuestra vida a la insurrección, al renunciar a esta no tendríamos en lo sucesivo muchas opciones para elegir qué hacer. Sin embargo él era un político con labia y habilidades de negociante mientras que yo, para decirlo de una buena vez, era un guerrero todavía con motivaciones románticas un tanto ingenuas, desprovisto de ambición de poder y que no sabía ganarme el respeto de las personas con las palabras sino con el ejemplo. Conservaba cierto sentido de trascendencia, probablemente fruto de la educación con los jesuitas, que me impulsaba a ocultar mi egoísmo natural buscándole sentido social a mis acciones, no tanto para justificarme ante mí mismo sino ante los demás.

No obstante, para alguien con mi experiencia y concepción de la política existía una expectativa clara y a la mano: sumarme a la Unión Patriótica. Si bien era cierto que varios de los cuadros de ese nuevo partido eran exmilitantes de las Farc o provenían del Partido Comunista, con el que nunca me sentí a gusto, era un hecho que también estaba conformado por personas afines a mi pensamiento que le apostaban a la política sin armas, actitud que había terminado por parecerme necesarísima. El mejor de todos era un cordial abogado que en el momento de decidir su camino en la vida, en lugar de blandir un fusil, había optado por hacer carrera en la rama judicial y luchar desde allí por sus convicciones. Se llamaba Jaime Pardo Leal y su actitud era muy curiosa, por decir lo menos, en un país donde muchos de sus compañeros de generación fueron incapaces de encontrar respuestas diferentes a empuñar los fierros.

La Unión Patriótica parecía pues una opción válida y práctica para mí, que podía resultarles a sus miembros de cierra utilidad porque era un hecho que se encontraban bajo fuego. Sus militantes, especialmente en las zonas más calientes, en sitios como los Llanos o Urabá, eran asesinados por una ultraderecha que los consideraba quintacolumnistas, guerrilleros encubiertos que

re-sultaban aún más peligrosos que los rebeldes enmontados.

Por eso me les uní entusiasmado, con la idea de asesinarlos en temas de seguridad personal, pero aparte de mis conocimientos en manejo de armamento yo no era expeno en materias de inteligencia, como sí lo eran algunos de los policías o detectives del DAS asignados por las autoridades para servir de escoltas de los militantes más visibles de la UP. Eran hombres que en lugar de generar sensación de seguridad producían escama y desazón entre las personas objeto de su protección, hasta el punto de que muchas preferían prescindir de sus servicios por parecerles más perjudiciales que convenientes, dado que la canúdad de atentados y asesinatos contra el movimiento se incrementaba en progresión geométrica sin que pareciera importarles un carajo a las instancias estatales encargadas de garantizar las reglas del juego democrático.

Enfrentado a esa realidad y después de darle muchas vuel-tas en la cabeza al problema, al cabo de un año de ver la matazón de gente concluí que la única forma de revertir la tendencia era adoptar sofisticadas medidas de seguridad y, lamentaba decirlo, contar con escoltas armadas propias. Como era apenas obvio, la reacción menos cruel ante mis sugerencias fue de burla. Resultaba imposible hacer tal cosa, puesto que traicionaría los principios básicos del movimiento y daría la razón a quienes lo acusaban de ser un brazo de la guerrilla. Tenían razón. pero eso no quería decir que yo no la tuviese también, en vista de lo cual debí hacerme a un lado porque me resultaba insoportable la idea de caminar voluntariamente hacia el matadero con la cabeza agachada y dispuesto a recibir el golpe del machete en la nuca, cosa que hicieron la inmensa mayoría de aquellos hombres y mujeres que le apostaron a la revolución en las urnas.

Yo no contaba con tal entereza kamikaze, y un tanto aver-gonzado por dar media vuelta y salir del escenario de semejante suicidio colectivo. me fui a Santa Marta en busca de Barracuda, no sin antes enviar un mensaje al Mocho diciéndole que necesitaba entrar de nuevo en el circuito.

Repliegue táctico

Al principio llegaron calladitos, discretos, procurando no salirse de la línea ni llamar la atención, haciéndose los pendejos como si los demás no supiéramos que su propósito era asentarse

para siempre en el vecindario de Platea. Por aquel entonces también teníamos claro cuál era la naturaleza de su negocio, pero evitábamos decirlo no tanto por miedo a eventuales retaliaciones de su parte sino para impedir que se echara a perder la armonía en que vivíamos, pues también era innegable que quien tocara el tema se estrellaría contra la que desde hacía ya varios años parecía ser la natural vocación marimbera de la Sierra Nevada de Santa Marta.

En lo personal hubiera preferido enfrentármeles desde aquellos primeros días, y en su momento intenté ponerme de acuerdo con otros finqueros vecinos para que todos juntos, acu-diéramos a instancias de gobierno que nos ayudaran a frenar la plaga, pero ellos se encargaron de disuadirme argumentando que la talanquera de los marimberos evitaría la llegada de la guerrilla, la cual ya extorsionaba a los cafeteros de otras vertientes cobrándoles por cada bulto de cosecha bajado hasta Santa Marta. En otras palabras, mis vecinos opinaban que lo mejor era optar por el menor de dos trastornos. Me transé por esa salida mientras llegaba el momento en que nos tocara volver a decidir, cosa que sin lugar a dudas ocurriría tarde o temprano porque con nuestra pasividad cerrábamos la puerta a las instancias que podrían socorrernos, dado el caso de que nuestros negocios se complicaran por culpa de los forasteros. Solo esperaba que nuestra siguiente elección no fuera enríe la soga y el machete, sentencie en un último intento de meterles miedo. En vano, claro está.

Sabedores de la licencia tacita que les otorgaba la comu-nidad, los nuevos vecinos se volvieron un tanto más conspicuos, pues para acabar de completar el panorama y a juzgar por el lujo de las camionetas que veíamos subir y bajar constantemente, sus asuntos marchaban viento en popa. Así lo confirme personalmente un día en que Marisol, Bernabé y yo, al cabalgar por el camino de montaña que nos llevaría hasta un poblado indígena, nos cruzamos con una larga recua de muías cargadas que bajaban por la ladera con fardos muy bien embalados. No era necesario ser muy perspicaz para darse cuenta de que aquel grupo de hombres cetrinos y muy bien armados no custodiaban propiamente una cosecha de café.

Ya un poco más arriba, donde el camino bordeaba el precipicio y se asomaba al cauce de un río, vimos que la vertiente opuesta, por cierto enorme, estaba sembrada con marihuana desde su cima, ya casi oculta en medio de las nubes bajas, hasta el fondo

de la cañada ubicada cientos de metros más abajo.

Yo había visto antes cáñamo de la India, pero jamás un sembrado tan grande y mucho menos tan tecnificado, pues por la disposición de las matas y el verdor de sus hojas se notaba a leguas que había sido trabajado con la asesoría de agrónomos y técnicos idóneos. No se trataba propiamente de una parcelita sembrada por algún campesino necesitado de mejorar sus finanzas personales sino de un negocio en gran escala, y era fácil deducir que en aquella geografía quebrada y de difícil acceso seguramente habría docenas, cientos, quizá miles de sembrados como aquel, a pesar de tantos anuncios de fumigaciones por parte de un gobierno incapaz de ponerle tatequieto a la calamidad que nos subía pierna arriba.

Por reflejo miré hacia mi pequeña familia, que permanecía impassible ante las dimensiones del hecho, balanceándose ambos sobre los lomos de sus bestias y mirando a un lado y otro con indiferencia, por completo ajenos a la opresión de ánimo que yo empezaba a sentir ante el cerco tendido alrededor de nuestro modo de vida o, mejor, la profanación de la Sierra por parte de intereses oscuros. Ahora sí entendía a cabalidad los sentimientos de los indios, sus reiteradas quejas, sus llamados a respetar la tierra sagrada a la que consideraban la madre de todos los humanos, sus advertencias y llamados a la cordura que resultaban impotentes frente a la ostensible violación de aquellas montañas convertidas en feudos de la mafia.

De repente me pareció inútil continuar el camino y me asaltaron unas ganas locas de devolverme a Platea para proteger lo mío, pero cerré la boca por conocer la importancia que revestía el viaje para Marisol, pues según ella Bernabé ya era todo un hombre y tenía edad suficiente para hacer un pago. Si iba a ser el heredero de la finca debíamos presentárselo a quienes manejaban los poderes espirituales de la región, en una suene de rito de iniciación ideado por ella para afianzar el ascendiente del muchacho frente a los miembros de nuestra pequeña comunidad, cuyo respeto y cariño hacia él se incrementaban a medida que crecía, se iba haciendo fuerte y, al igual que su padre en su momento, una leve pelusa de vello sombreaba su labio superior. Esto último, sumado a su alta estatura y apreciable masa muscular, hacía que por momentos yo olvidara que se trataba apenas de un adolescente. Muy apuesto, con la mayoría de sus rasgos faciales idénticos a los de su madre y sólo algunos heredados de los Almanzor, se parecía

más a mí que a Antonio, lo cual me complacía y tranquilizaba sobremanera porque ayudaba a consolidar en los demás la creencia de que era mi hijo.

Las muchachas ya le echaban el ojo, y dadas sus frecuentes ausencias sin duda él obraba en consecuencia, aunque en realidad todavía no abandonara del todo la niñez. Sin embargo, esa faceta suya de tumba locas, que tanta gracia le causaba a su madre y tan nervioso me ponía porque indicaba en él cierto desfase entre su madurez física y su madurez mental, me alertó sobre la posibilidad de que a los bandoleros se les ocurriera reclutarlo, pues desde siempre han sido gentuza que no exigen cédula de ciudadanía a la hora de enganchar combatientes.

No era un peligro inminente, puesto que mi condición de oficial retirado y mis canas infundían cierto respeto a los ma-rimberos e incluso a la guerrilla, que de vez en cuando pasaba en horas de la noche sin adelantar aún operaciones por la zona de Platea, posiblemente debido a que la vacuna que cobraba a los mafiosos garantizaba un muy sui generis tratado de paz. Incluso consideré la posibilidad de entrar por el aro y empezar a pagar extorsiones a las fiare con tal de quedarme v, sobre todo, evitar que se llevaran a Bernabé, a quien en no pocas ocasiones procuré convencer para que se fuera a estudiar al Liceo Celedón en Santa Marra, o al Colegio Loperena de Valledupar. Quería librarlo de un ambiente cada vez más pesado en el que armas y dinero constituían los valores máximos y sólo algunos muchachos tenían po-sibilidades de estudiar alguna carrera.

Uno tras otro, debido a que en el fondo no tenían más opciones, sus amigos iban partiendo paulatinamente atraídos por ilusiones de naturalezas disímiles. La mayoría de los que caían en la tentación se perdían para siempre, pero unos pocos, apenas un puñado, regresaban graneaditos a contar en sus casas lo bien que les estaba yendo, aunque bastaba echarles un vistazo para darse cuenta del empeño que ponían en disimular su cada vez más arraigada certidumbre de haber metido la pata. Sabían que debajo de sus camisas de seda, a pesar de los destellos cromados de sus revólveres o del poder de sus fusiles de asalto, seguían siendo los mismos culicagaos de siempre, viviendo de prestado en un medio en donde la confianza entre los hombres era una rareza y en el cual estaban condenados a permanecer para siempre.

Quizá por eso la estimación que ellos sentían hacia Bernabé, el amigo que había conseguido mantenerse apartado de todo aquello, se incrementaba cada vez más, no sólo por serla excepción a la regla sino porque su decisión no había sido tomada desde la cobardía o el apocamiento sino a partir de una visión que le permitía hablar de igual a igual con poderes que ellos creían inobjectables. De hecho así era, y durante aquellos años fue visto en no pocas ocasiones conversando despreocupadamente con tipos a los que las personas procuraban evitar para no meterse en problemas. Eso sí, a palo seco, pues por fortuna había heredado de mí la mesura en el beber y tenía una forma muy elegante de salirse por la tangente cuando le ofrecían un trago del whisky que solían llevar en las guanteras de sus camionetas.

Como regalo sólo les aceptaba munición de la U para la vieja carabina que en su momento usara Antonio, pues cuando no estaba ayudándome en labores de la finca se iba de cacería con dos o tres amigos muy cercanos, por lo que gastaba muchas balas disparando a blancos fijos y móviles con muy poca fortuna, razón por la cual le enseñé algunos trucos destinados a mejorar su puntería. (omo a su padre, le encantaban las armas y me pidió que le comprara una más grande y contundente, pero me hice el loco y le di todo tipo de excusas durante tres años o algo así, hasta que para su cumpleaños dieciocho le traje de regalo desde Barranquilla una Beretta calibre 12 de cañones superpuestos que recibió agradecido, si bien la usó apenas en unas pocas ocasiones para cobrar piezas que su madre preparó como pudo, superando la desagradable sensación que le producía desplumar guacharacas o pelar conejos.

—Soy campesina, no carnicera —se quejaba.

Sin razón aparente, la presencia de aquellos personajes fue haciéndose cada vez más esporádica y escasa. Las fumigaciones con glifosato, sumadas a las luchas intestinas entre bandas y facciones, recuperaron para nosotros la relativa tranquilidad de nuestra vereda, pero no durante mucho tiempo porque fue el mismo Bernabé quien una tarde, al regresar de un viaje a Fundación en busca de vacunas y droga para el ganado, entró a la casa con un fusil que recostó tras la puerta sin decir palabra y se sentó a almorzar. Tuve la intención de permanecer callado hasta que él mismo diera una explicación, pero antes de terminar la sopa ya estaba preguntándole por el significado de aquello. Un arma

legalmente amparada como la escopeta estaba bien, le dije. Incluso varias, pero aparte de que era ilegal, un M-16 ya eran palabras mayores y no creía necesario ni conveniente tener en la casa fusiles de asalto.

Muy cautelosamente, como temiendo perturbar la armonía de la mesa, me informó que desde hacía días unos tipos que nunca antes había visto intentaban extorsionarlo. En varias ocasiones, al recorrer los caminos por razones de trabajo o cuando llegaba hasta los linderos en busca de alguna ternera extraviada, le habían salido al paso muy bien armados para pedirle una contribución a la causa. Cada vez él les explicó que éramos gente pacífica y trabajadora, y que aparte de Platea y unos pocos ahorros en la Caja Agraria no teníamos mavor fortuna, pero eran bastante insistentes y esa mañana, a pocos metros de la carretera que por el plan conducía hasta Fundación, uno de ellos le había dicho que sabían quién era yo. Respetaban mi pasado militar y no iban a cobrármelo, pero como hacendado debía entender que o colaboraba con ellos de buen grado o ahuecaba el ala.

Más claro no canta un gallo, y por eso al subir de regreso a Platea había tomado un desvío para ir hasta donde unos vecinos que. él sabía, estaban organizados desde hacía un tiempo para cuando llegara el día en que la guerrilla los hostigara. El fusil se lo habían dado ellos, que le prometieron estar atentos a cualquier llamado que les hiciéramos a través de un ingenioso sistema de alarmas con campanas que tenían montado y estaba listo para empezar a funcionar.

—Vamos a resistir, papá. No se preocupe —dijo tocando mi brazo para tranquilizarme.

Al ver su enorme manaza sobre mi muñeca, que lució frágil al lado de sus dedos de leñador, sentí que nuestro modo de vida llegaba a su fin. Monté en cólera y le dije que devolviera el fusil porque nos íbamos a vivir al Copey, a Fundación o a la propia Santa Marta. Me negaba a presentar batalla solo y no confiaría nuestra seguridad a una alianza con unos vecinos hasta no saber quiénes eran ellos y si les animaban propósitos que fueran más allá del humano y legítimo deseo de defender lo suyo.

Me siguió la cuerda el muy vergajo y simuló estar de acuerdo conmigo, aunque después me enteraría de que él sí sabía los pormenores de cómo y por qué estaban organizadas las

autodefensas en las veredas vecinas. Pero en los días que siguieron dejamos Platea en manos de Toscano, el administrador, y nos fuimos a un apartamentico en Santa Marta, con lo que Marisol y yo volvimos a compartir techo, amén del malestar del desarraigo y la ausencia de Bernabé, que una vez nos vio instalados en aquella diminuta trampa para ratones desapareció dejándonos sobre la mesa de la cocina una nota con roño telegráfico:

Queridos padres:

No soporto verlos así por culpa de esa chusma, Es muy difícil.

Me voy con unos amigos a prepararme para que todos podamos volver a la finca. Háganse compañía y tengan paciencia que dentro de meses yo vuelvo y todo va a funcionar de nuevo otra vez.

Los quiere su hijo Bernabé.

Arrugué la carta invadido por la rabia y la sensación de desamparo, y no pude evitar acordarme de aquellos versos—por demás pésimos— en los que el espartano Tírteo habla de la des-honra de la retirada y del hombre que, tras huir del enemigo, se ve abocado a la mendicidad mientras los demás lo miran como a un extraño. Yo era consciente de que mi vergonzosa escapada no había sido falta de coraje sino un intento de salvar a mi familia, pero ahora que Bernabé se había ido nuestra estancia en Santa Marta perdía todo sentido para mí, aunque persistiera la necesidad de proteger a Marisol, quien después de pasar toda su vida en el campo se asfixiaba en medio del desbarajuste de una ciudad que a ambos nos parecía fea, desaseada y, más que bulliciosa, alharaquenta como sólo puede serlo la dictadura de la música vallenata desatada a máximo volumen.

En su elemento

En el mundo suceden cosas supremamente emocionan- ms él permanece allí, clavado en una puta apoltronada sobre su prestigio y comprometida a fondo con el ánimo de lucro. Años luz lo separan de la oportunidad de ejercer el periodismo y, para colmo, debido al tiempo invertido vistiendo uniforme ahora se siente viejo por tener dos o tres años más que medio de sus compañeros de clase. ¡Parece que todavía falta una eternidad para obtener el título y la tarjeta profesional!

Como si todo lo anterior significara poca cosa, Lola, la sólo puede aliviar con una visita al baño. A veces accede a sus ruegos, pero con el calculado propósito de hacerle ver las dimensiones de lo que se pierde cuando se niega a acostarse con él y se va de gancho con otro. Hasta que un buen día la maldita, después de más de un año de tira y afloje, sale con el cuento de que va a casarse con ese millonario de mirada envilecida, panzón y medio calvo que cada semana sale fotografiado en las páginas sociales de Placas y Cromos.

Despechado, decide tomar un semestre sabático y pide ayuda al general para que le financie un curso de técnicas de la-vatorio fotográfico en la casa matriz de Kodak en el estado de Nueva York, y aprovecha para tomar cursos intensivos de inglés con el objetivo de cumplir el requisito del segundo idioma que le exigirá la universidad cuando llegue el momento de graduarse.

A su regreso a Bogotá acaricia la idea tic olvidarse del diploma de comunicador social porque, después de todo ¿en qué consiste esa vaina de «comunicado! social»? La respuesta podría abarcar un rango que va desde el tipo que vende bocadillos veleños en la calle recurriendo al perifoneo hasta el experto en relaciones con la comunidad de una multinacional petrolera. A la mierda. Tomará un atajo y dejará de arrellanarse en su vida de fiestecitas con combustibles químicos y romances de una noche, que hasta el momento han resultado agradables pero que a la hora de sincerarse consigo mismo ya no le sirven más.

Escribe a Natalis Delpierre procurando que el tono de la carta no revele su desesperación y miente al decir que está en los trámites de grado para que su eventual empleador sienta que trata con un profesional. No es necesario hacerlo, pues en lugar de una respuesta por correo recibe pocas semanas después una llamada telefónica del francés proponiéndole irse a Nicaragua, donde una revolución está en marcha. Le anuncia un giro en dólares para gastos y le dice que lo espera dentro de quince días en un hotel de Masaya. En una situación extrema como la que se vive en ese país, su experiencia en combate necesariamente debe ser una ventaja, lo anima.

En realidad no es necesario que nadie lo anime, aunque no le atrae para nada volver a meter el culo en otro conflicto, y mucho menos equipado apenas con una cámara, pero en cuestión de días

hace los trámites necesarios y averigua con los amigos que manejan el tema de la política centroamericana en qué consiste la tal revolución sandinista, que sobre el papel parece bastante atractiva por lo justiciera, no obstante que por simple reflejo la sola mención de las palabras guerrilla o guerrilleros le genere escalofríos. Sin embargo, Nicaragua es el país de Darío, el autor de aquellos poemas que tanto le gustan por su sencilla pureza, y que en sus tiempos de colegio procuraba memorizar, no para declamarlos y lucirse en público sino para enamorar en privado a Mónica, la rubia vecina de tobillos gruesos que le dio su primer beso verdadero.

Por una providencial casualidad el paisa Juan Guillermo y su grupo de anarquistas también planean ir hasta Nicaragua, pero en plan de combatientes. Una sublevación popular liderada por muchachos y que no parece estar bajo el mando de una sola cabeza cae como anillo al dedo a los anarcos de bandera negra, que ven en ella la oportunidad de participar en una revolución de verdad, de las que tienen claramente delimitada la frontera entre el bando de los opresores y el de los oprimidos. Sin ingredientes ideológicos confusos, sin marrullas sindicalistas ni contemporizaciones socialistas, tiene un blanco definido, un leviatán reconocible contra el cual se puede y se debe luchar: Anastasio Somoza y su guardia pretoriana. Nada puede ser más perfecto, incluso para los no combatientes como Toño, le aseguran sus compañeros de viaje, quienes le hablan de las enormes posibilidades de lucimiento personal que tienen los periodistas en una situación de tal naturaleza. Basta con echar una ojeada al ejemplar de la revista Alternativa que está sobre la mesa y lleva una crónica titulada El asalto a la casa de los chanchos, firmada por nadie menos que Gabriel García Márquez, para hacerse una idea del ambiente que los espera.

Argumentos similares rebotan por esos días de un lado a otro en el apartamento de estudiantes, que sirve de escenario para la prolongada y etílica despedida al pequeño grupo de los guerreros que viajan a Panamá, de ahí a Costa Rica y entonces sí hasta la frontera sur de un país cuya juventud amotinada consideran un ejemplo digno de imitar. De todos ellos, Toño es el único que sabe distinguir un fúsil de una escopeta, y enseguida brindan por la paradoja de que también sea el único en cuyo viaje no esté contemplado portar armas. Desde Eldorado envía una postal a sus padres y hermanos diciéndoles que se va temporalmente a Costa

Rica, a cumplir con un intercambio académico de la universidad, una investigación sobre la vida cotidiana en un país pacífico hasta el grado de no necesitar ejército. Suena raro, a carreta reforzada, pero es lo único que se le ocurre escribir en la premura del momento, apoyado sobre un mostrador de la librería del aeropuerto mientras los altavoces piden a los viajeros pasar a migración.

Cuando el Avianca lo descarga en el Ornar Torrijos para hacer conexión con San José, cae en cuenta de que ha emprendido un camino sin retorno. Mira las vitrinas del In Bond con la boca hecha agua ante el despliegue de cámaras Canon F-1 y Nikon F, los lentes y una verdadera orgía de zooms con todas las gamas posibles de distancias focales, exposímetros Sekonic de última generación y uno que otro Lunasix algo pasado de moda haciendo guiños desde un rincón de la estantería. Examina sus fondos, repara bien en los precios y descubre que Delpierre le ha enviado suficiente dinero como para pagarse una buena cámara con un pequeño juego de lentes. Y aunque las diferentes versiones de Nikon F son una enorme tentación gracias a su bien ganado prestigio en Vietnam, las Canon no se quedan atrás y se decide por una F-1 con zoom 35-70, un angular de 28 mm y un teleobjetivo de 135 mm tan costoso que amenaza sus finanzas, pero de cualquier modo más económico que sus equivalentes de otras marcas. Usará el lente normal que está acoplado a su A£-t desde hace un año, a pesar de encontrarla demasiado electrónica para su gusto porque en caso de enfrentarse con ella una situación de apremio no le transmitiría mucha confianza. Una cosa es fotografiar amigas desnudas bajo condiciones de luz controladas y otra muy distinta meterse en un verguero en el que llueve bala.

Desempaca todo allí mismo en la tienda para meterlo en el maletín Domke, con lo cual su facha de periodista queda completa y lo hace sentir como un notorio clisé que cruza la porosa frontera sur de Nicaragua rumbo al norte, bordeando el hermoso lago del mismo nombre en busca del punto de la cita y presa de una euforia contagiosa. Separado del grupo del paisa Juan Guillermo a poco de cruzar la divisoria entre los dos países, no extraña a sus amigos colombianos en medio de la multitudinaria celebración del fin de una era.

La guerra es apenas una palabra porque por donde pasa no quedan ni rastros de la Guardia Nacional, hasta que intenta entrar en Masaya y las cosas se complican un poco. Nada serio, nada que

no pueda solucionarse con su experiencia y con un poco de la astucia desplegada por un grupo de compás adolescentes, casi niños, que lo adoptan como protegido mientras echan plomo y cantan canciones revolucionarias que exaltan el movimiento rebelde y han sido compuestas por los hermanos Mejía Godoy, los mismos de Quincho barrilete y tus perjúmenes mujer. Guando ya empieza a entender la idiosincrasia de la muchachada, ellos lo dejan en la puerta de un hotel de Masaya donde un equipo de reponeros a todas luces extranjeros intenta embarcarse con maletas, trípodes y cámaras de video en una destartalada camioneta Kiamaster con el parabrisas baleado, y guardafangos y techo carcomidos por el óxido. Parten rumbo a Boaco, donde la cosa está caliente según le cuenta un apurado Natalis Delpierre, en apariencia jefe de aquella banda de corresponsales locos que fuman, ríen y se insultan cordialmente. Enseguida, casi sin saludarlo, como si llegar desde Colombia hasta este punto fuera lo más corriente y no tuviese algo de meritorio, le entrega tres paquetes con rollos fotográficos y lo presenta a los demás, que le abren espacio en el platón del vehículo.

—Segas uno de nuegstros stringers móviles y nos ayudagás a cubrig las zonas donde nosotros no podamos llegag —le informa Natalis—. Ahoga vas a Boaco con ellos, y allí vegemos quiénes toman cuáles gumbos y cómo hagemos para sacag el matetial pog alguna frgontega...

Le estrecha la mano y le desea suerte antes de dirigirse hacia otro grupo que discute acaloradamente por el control de un jeep al que alguien intenta borrar las insignias de la guardia somocista con la hoja de una navaja suiza. El arrancón de la ca-mioneta, conducida por un adolescente que fuma un cigarrillo tras otro, le provoca un fuerte dolor en la nuca y lo obliga a concentrarse y a disimular lo fascinado que está al encontrarse en medio de aquel mierdero. Sentado sobre el platón del vehículo, luce más como un típico combatiente sandinista que como uno de aquellos tipos sin afeitar, que parecen haberse puesto todos de acuerdo para comprar su calzado y prendas de vestir en el mis- mu sitio, donde además los han dotado de pañuelos de vaquero que llevan anudados al cuello o envolviendo sus cabezas.

Son huraños y hacen gala de un humor cínico, al que supone se acostumbrará una vez entienda más francés y alemán y danés e italiano y holandés y todos los idiomas con los que se ha topado durante sus pocos días en Nicaragua. De momento su

escueto inglés le basta para sostener cortos diálogos con la mayoría de ellos, que a pesar de su aspereza lo introducen poco a poco en los secretos del oficio y lo aceptan en su cofradía, sobre todo cuando ven la forma en que se comporta apenas llegan a Boaco, y las balas y explosiones de mortero y rocket los obligan a reptar la mayor parte del tiempo. El conocido sabor a tierra con saliva sanguinolenta, resultante de apretar las mandíbulas, regresa a su boca como un mal recuerdo del cual no puede deshacerse por más que escupa y beba el agua tibia de su cantimplora.

Desde las primeras de cambio Toño demuestra una forma de moverse y comportarse que llama la atención y le gana cierta notoriedad, no sólo entre sus colegas sino entre los propios guerrilleros. Muy rápido surge y crece la especie de que el colom-biano atrae la buena suerte, pues quienes se encuentran cerca de él pasan menos sustos que los demás y logran mejor material. Tiene un equipo bastante limitado, lo cual resulta ser una ventaja porque así le resulta más fácil meterse de lleno en el cachimbo cuando quiere lograr buenas fotos. Ni siquiera cuenta con un motor que le facilite las cosas, pero tiene una habilidad natural para saber en qué momento asomar la mano y la cabeza para obturar sin que una bala convierta su brazo en un jirón de piel y carne o le levante la tapa de los sesos. Elástico y veloz, parece un felino, más exactamente un lince, y así lo apodan durante un tiempo sus compañeros de la agencia Épsilon y los fotógrafos que en los meses siguientes lo ven trabajar en Masaya, Jinotega, Matagalpa, Masatepe, Tipitapa, Boaco, Chinandega, Ocotal y Estelí, rosario de nombres que ya han adquirido un enorme significado para él cuando los rebeldes entran en Managua bajo la bandera del FSLN.

Ese día de julio ya presenta un aspecto más parecido al de sus camaradas del oficio, que lo respetan no sólo por su comportamiento bajo el fuego sino porque sus fotos tienen un indiscutible estándar de calidad. Muy rápido ha entendido lo que se espera de él y ha obrado en consecuencia. Con su cinismo, rasgo por demás bastante común en el oficio, se encarga de decirles a todos que las agencias de noticias, y en general la prensa del Primer Mundo, están integradas en su mayoría por vampiros al servicio de las multinacionales de la información. Empresas que para poder vender publicidad necesitan sangre, mucha sangre y sufrimiento. Un aviso de Goodyear o de Monsanto luce muy bien al lado de un guerrero reventado por la metralla, siempre y cuando ese guerrero

sea latino, asiático o árabe, en todo caso alguien de piel oscura cuya muerte no perturbe a los wasp de Wall Street, que en últimas son quienes deciden cuándo y dónde se pelea.

Y si le preguntan el porqué de su amargura responde que no se trata de resentimiento ni nada parecido, sino que ha llegado a tal conclusión a través de las preguntas que Delpierre y los demás le hacen cuando les entrega rollos para pasarlos hacia Honduras o Costa Rica. Si declara que en ellos hay foros de ruinas, guardias prisioneros o campesinos refugiados en algún remoto punto de la montaña, no despierta mucho entusiasmo. Pero si dice que contienen fotos de muertos, un fusilamiento sumario o un operador de ametralladora enloquecido con el gatillo, casi no consiguen disimular cuando la saliva les inunda la boca. El negocio va viento en popa porque los nicaragüenses están matándose entre sí. No es que a él le impone realmente un soberano culo, pero los corresponsales bien podrían disimular la verdadera razón de su presencia en aquel rincón tercermundista donde Dios no se asoma ni por equivocación, igual que ocurre en su tierra, en aquella Colombia que ha dejado atrás dizque para sacarse el clavo de haber participado en una guerra.

Lo que da la tierra

Lola y las mellizas tomaron posesión de Martinica nada más apearse del campero. Era como si toda la vida aquel lugar hubiese estado esperando para recibirlas y hechizarlas con su encanto especial, las tres madrugaban para estar en las faenas propias de los corrales, eran las primeras a la hora de beber leche recién ordeñada y, después de desayunar y antes de recogerse por las tardes, caminaban o cabalgaban un buen trecho a través de los potreros para ir a bañarse en los playones del río, siempre en compañía de Juan José, Martina y Esteban, los hijos de Medardo y Delfilia.

Desconectada por completo de la realidad que vivía en Bogotá. Lola empezó a acariciar la idea de quedarse una buena temporada allí en los Llanos, eximida de los compromisos y lejos de las miradas de su círculo de conocidos, que por momentos la agobiaban porque parecían estar siempre a la expectativa de los pasos que daba. En cambio aquí podría dedicar buena parte de su tiempo a la pintura, pues algo en la atmósfera, en la forma en que soplaban la brisa, en los olores de la hierba tostada por el sol,

revitalizaba sus ganas de dibujar. De hecho agradecía haber traído su caja de pasteles y una buena provisión de blocs de papel y telas de pequeño formato, ocupados ahora con paisajes y naturalezas muertas que la enorgullecían por haber sido logrados con una soltura y una espontaneidad recuperadas cuando ya las creía pérdidas para siempre. Quizá se debiera a que en Martinica nadie esperaba nada de ella ni en lo personal ni en lo profesional, y a que Hannelore y Dorotea eran felices sin necesidad de estar rodeadas de juguetes ni de recibir cada tanto los pequeños sobornos en especie con que solía mantenerlas a raya para garantizarse a sí misma una cierta paz.

Y si bien la ganadería y crianza de animales no la entusiasaban en lo más mínimo, y no se imaginaba ayudando a su hermano a sacar adelante los negocios que planeaba, la finca no era sólo típico trabajo llanero, lenta su lindero occidental recostado en el piedemonte y aún más arriba, a medio camino de los páramos donde nacían quebradas que se convertían en ríos e iban hasta el Orinoco. Una tierra de riqueza incalculable donde podría iniciar infinidad de proyectos de conservación y estudio de fauna y flora. Conocía y estaba en contacto con un puñado de organizaciones ambientalistas de todo el mundo que estarían encantadas de financiar esa clase de programas, sobre todo si involucraban la preservación de especies amenazadas de extinción. Roberto José aseguraba haber visto osos de anteojos en dos ocasiones. pues por fortuna esa parte de Martinica nunca había sido explotada como negocio y los trabajadores no entraban allí más que para buscar reses cerreras, si bien de vez en cuando algún cazador furtivo daba cuenta de una danta de páramo, un venado, un tigrillo o un puma.

Acarició varios días su sueño conservacionista e incluso hizo un viaje de dos días a caballo por la zona, escoltada por una pareja de campo volantes designados por Medardo para velar por su seguridad y bienestar. Durmiendo en carpa y con el saco de dormir desplegado sobre tapetes de musgo, Lola se llenó de entusiasmo y deseó que en adelante lo suyo fuera trabajar en beneficio de aquel bosque encantado rico en encenillos, abarcos, cedros, yopos, amarillos y chusques, en cuyas ramas habitaban águilas, micos, pericos y paujiles. Lo cierto es que varios hechos contundentes iban en contravía de su anhelo. El primero de todos, la firme oposición de Carlos Alfonso, para quien la presencia de sus hijas en aquel paraje, que se apresuró a calificar de «moridera», era demasiado

arriesgada porque estarían expuestas a toda clase de peligros, provenientes no sólo de la naturaleza sino de las gentes de la región, que según entendía no era ningún paraíso sino, todo lo contrario, una zona inhóspita, «un nido de guerrilleros donde hasta los médicos se mueren de abandono». En caso de que se quedaran a vivir, darles una educación acorde con su posición social y económica era un imposible que ni siquiera valía la pena plantear.

El otro obstáculo, debía reconocerlo, se originaba en ella misma, pues después del entusiasmo que al principio le produjo enterarse de los planes que su hermano y su cuñada querían adelantar en Martinica, poco a poco, y ya sobre el terreno, fue dándose cuenta de que en realidad se trataba de metas bastante descabelladas cuya búsqueda sólo los conduciría a meterse en serios problemas de dinero. No entendía muy bien cómo Carlos Alfonso, con lo escrupuloso que era a la hora de invertir o gastar, había decidido arriesgar plata prestándosela a ese par de locos encantadores, pero locos al fin y al cabo, incapaces de situarse en la realidad, poseedores de un talante hippie pasado de moda que, para colmo, complicaban aún más adobándolo con esoterismos orientales y psicoanálisis, en un sancocho de especulaciones tan simpático como ineficaz a la hora de producir utilidades.

Así las cosas, y muy a su pesar, lamentaba aplazar indefinidamente la idea de quedarse a defender la biodiversidad del piedemonte llanero. Era duro verse obligada a aceptar el punto de vista de Dohm respecto a la inconveniencia de vivir en Martinica, y lo que en determinado momento llegó a plantear como un cambio definitivo de estilo de vida se limitó más bien a una temporada durante la cual se conformó con descubrir en sus hijas cualidades que no había percibido antes, amén de recuperar el amor de su hermano y ganar la amistad de su cuñada. Menos mal no había alcanzado a contarles a ellos dos su idea de quedarse a trabajar en asuntos ambientales, pues así resultó menos difícil enfrentar el momento de anunciarles su pronto regreso a Bogotá, prometiéndoles volver periódicamente para que las niñas disfrutaran allí de periodos de vacaciones.

La verdad, dudaba que en el fondo tal cosa fuera posible en un futuro cercano, pues a pesar de estar tranquila y relajada durante su estancia, había percibido en el ambiente cierta tensión que era la fuente más poderosa de dudas respecto a un eventual retorno a Martinica. En concreto, Medardo y Delfilia no disimulaban su

desasosiego, porque mientras los patrones estuvieron ausentes ellos pudieron manejar un escenario que día a día se tornaba más crítico: por un lado, desde hacía mucho tiempo la guerrilla pretendía cobrarles vacuna, pero habían podido eludirla explicando al comandante del frente la situación laboral ciertamente atípica en que se encontraban, en una finca sin patrones. Y ahora que inesperadamente les llegaba el dinero con que don Roberto honraba el compromiso contraído con ellos, ambos temían que corriese la bola y los vecinos se formaran la idea de que soplaban los vientos de una prosperidad inexistente. Impulsado por el comprensible afán de divulgar que él era un hombre de bien que honraba sus deudas y estaba dispuesto a invertir su vida y todo su patrimonio para convertir a Martinica en una hacienda modelo, el patrón no había sido para nada prudente al respecto, le dijo el mayordomo a Lola.

Después de ojo afuera no hay santa Lucía que valga, y ahora sería del todo imposible negarse a pagar extorsión a la guerrilla, que al fin y al cabo era lo de menos pues no había excepciones y a casi todos les tocaba apechugar con el asunto; el problema mayor era que Medardo, un hombre preocupado por instruirse y estar al tanto de cuanto acontecía en su tierra y en el mundo en general, era visto por muchos como un líder nato que no tenía tratos con los gamonales y cuya máxima aspiración era hacer que la tal democracia, tan cacareada por los políticos, se materializara en aquella lejura en forma de médicos y maestros, jueces que dirimieran conflictos, ingenieros que vivieran pendientes de mantener transitables esas trochas de espanto que figuraban como carreteras en los mapas. En varias ocasiones él mismo había expresado tales ideas a los guerrilleros con el fin de hacerles ver que estaban de acuerdo en esos puntos básicos y que no existían razones para no entenderse, así no le interesarán lo de la lucha armada y todas las consecuencias derivadas de declararle la guerra al gobierno.

Pero ahora nadie, ni la propia guerrilla, respetaría su manera de pensar desde el mismo instante en que accedieran a pagar la vacuna, un hecho que ya no admitiría más aplazamiento. Era sólo cuestión de tiempo que el comandante del frente, un tal Buitrago, apareciera por allí con su humor áspero y sus toscas maneras en busca de la suma que él creía correcta para dejar en paz a Martinica durante un tiempo. Medardo estaba seguro de que al pagar aquel diezmo quedaría, ante los ojos de las autoridades locales y del

ejército, como colaborador de la guerrilla. Sus opiniones críticas, expresadas abiertamente a lo largo de los años en juntas de acción comunal, mítines políticos y reuniones sociales le habían ganado la fama de conflictivo, e incluso las personas que se identificaban con su manera de pensar creían que ¿i pertenecía al Partido Comunista, que era un mamerto convencido con extraordinarias mañas de camaleón que le permitían camuflar su militancia.

Tal creencia generalizada, que él no cesaba de calificar como un chisme, ponía de presente un peligro aún mayor, representado por la creciente presencia de las autodefensas. Los primeros síntomas fueron las opiniones radicales de algunas autoridades municipales o los mensajes cifrados de los párrocos en sus sermones, en ambos casos amenazas veladas. Por otra parte, no faltaban quienes aseguraran haberse topado con grupos de hombres muy bien armados que estaban intimidando a todo aquel que tuviera ideas de izquierda. Muy seguramente ellos eran los remitentes de un par de sufragios invitando al sepelio de Medardo que él mismo había llevado al puesto de policía más cercano con la esperanza, por demás inútil, de lograr algún tipo de protección oficial.

Cuando Lola comentó con su hermano y su cuñada tales cosas, cada uno a su manera desestimó los peligros. Para Virginie se trataba de una simple cuestión de energía cósmica: mientras Martinica proyectara hacia afuera «buena onda», todos sus habitantes estarían defendidos por los escudos de los arcángeles. Por su parte Roberto José argumentaba que la violencia en los Llanos, por endémica y antigua, hacía que la gente exagerara. Nada malo pasaría mientras la finca diera empleo y se aviniera a contemporizar con los poderes locales, legítimos e ilegítimos.

—¿Qué le vamos a hacer? Toca encender una veladora a Dios y otra al diablo, y aguantarse el brinco porque eso es lo que da la tierrita —decía con un gesto de desdén hacia el peligro.

Según su parecer, el pretendido comunismo de Medardo quedaba desvirtuado porque todos sabían de sus disputas con las Farc en el pasado, y nadie con dos dedos de frente pensaría que un hombre capaz de plantarle cara al comandante Buitrago negándose durante años a pagar extorsiones ahora era su aliado. En no pocas ocasiones el comandante había mandado a buscarlo para que compareciera a dar explicaciones, y en todas ellas su esposa y

todos los trabajadores del hato lo dieron por muerto. Incluso una vez llegó con su cuerpo tan aporreado que no fue necesario preguntarle nada para saber lo cerca que había estado del fusilamiento.

Cansada de intentar en vano entender aquel embrollo, atontada ante la evidencia de que la neutralidad, el no comprometerse con ninguna ideología, podía resultar incluso más peligroso que cualquier clase de militancia política, Lola partió para Bogotá con el corazón en la boca y un sentimiento de pesar inmenso, agravado por los lloriqueos de protesta de Hannelore y Dorotea, inconsolables ante la perspectiva de dejar atrás a sus amigos Juan José, Martina y Esteban, por no hablar de las yeguas viejas de lomo arqueado con las que habían establecido relaciones de dependencia.

En lo sucesivo procuró mantenerse al tanto de los acontecimientos y de la vida de Martinica, sintiendo un gran alivio al saber que, a pesar de dar su brazo a torcer en el asunto de la maternidad, Virginie no conseguía quedar embarazada. Mejor, pensó egoísta, así tendría menos personas por las cuales preocuparse, dadas las extremas y múltiples circunstancias que ponían en riesgo a los habitantes de la finca. Al parecer, según los médicos que en Bogotá sometieron a ambos miembros de la pareja a múltiples exámenes de fertilidad, durante la ovulación de cada mes ocurría un evento hormonal inexplicable que evitaba la fecundación. Ella se lo tomaba deportivamente, aunque Roberto José no dejara de hacer pucheros de frustración.

Con el transcurrir del tiempo los temores de Lola fueron disminuyendo, pues en las visitas que la pareja hacía a la capital contaban que la situación seguía igual de tensa, pero que finalmente nada ocurría porque entregaban mensualmente a la guerrilla parte del presupuesto del negocio. Todavía enfrentaban molestias, como la llegada esporádica de un sufragio o las frases sueltas con que Buitrago insinuaba que Virginie era agente de la CÍA, aliada de los Cuerpos de Paz y de los pastores evangélicos que a veces aparecían por esos rumbos vendiendo Biblias y tan despistados como garzas viejas, pero las cosas no pasaban a mayores.

Según ellos existía una razón con mucho peso para permitirse el optimismo, y era que con las negociaciones de paz entre el gobierno y las guerrillas estaba conformándose una nueva agrupación política en la cual ya militaba Medardo. Se llamaba

Unión Patriótica y era de izquierda, pero en ella no sólo participaban comunistas y exguerrilleros sino personas de otras corrientes. Con el mayordomo como miembro del nuevo partido político, era muy probable que se detuviera la presión de las Farc sobre Martinica. Y si la UP conseguía en las urnas hacerse con el control del departamento, como parecía iba a suceder, era de esperar que las autoridades mantuvieran a raya esa derecha oscura y cada vez menos gaseosa que empezaba a dejar un muerto aquí hoy, mañana otro allá y pasado mañana otro más acá.

—Las cosas están cambiando, hermanita. Téngale fe al paisito, que las cosas van a mejorar —le aseguraba Roberto José acariciándole la cabeza para tranquilizarla—. Ya verá que en poco tiempo estaremos riéndonos de todo esto.

\

Taca-taca nacionales

Volando diez kilómetros por encima del mar de arena, enfunden el norte chileno y el sur peruano, el avión de Lan llevaba su pasaje completo. Algunos pocos viajeros nos bajaríamos en las escalas de Guayaquil y Bogotá, antes de que la mayoría continuara rumbo a los centros de diversión de Florida donde con toda seguridad, y a juzgar por la excitación de sus voces chillonas, emocionadas ante la expectativa de fotografiarse con Mickey Mouse, disfrutarían de unas vacaciones inolvidables a la hospitalidad de Disneyworld, los estudios Universal y las orcas cautivas del Seaquarium.

A partir de allí empezaron a caerme muy mal los pasajeros de ese avión, varios de los cuales intentaban entablar conversación conmigo, como si el hecho de ir rumbo a Miami a que la gusanera te ordeñe la tarjeta de crédito te confiriera patente de corso para irrumpir en el perímetro de quienes intentan echar una siesta en la cabina de un Boeing. No quería ni pensar en cómo se comportaría aquella multitudinaria excursión una vez emprendiera el viaje de regreso, con los equipajes repletos de chucherías plásticas y bolsas de caramelos Kraft y chocolatinas Milky Way.

Debo reconocer que mi espíritu amargado era producto del contraste entre el ambiente a bordo del avión y lo que había vivido hacía pocas horas en Santiago, cuando los pacos antimotines nos

habían gaseado a los periodistas y a un gran grupo de muchachos locales antes de corretearnos en medio de las tumbas del Cementerio General, donde ingresamos intentando escárdela persecución comandada por un oficial particularmente agresivo. Jalándome cada uno de un brazo, fono y Jorgen me sacaron en vilo por una de las puertas del camposanto, no sin que antes el primero recibiera un bolillazo en la espalda y el fotógrafo danés encajara una bala de caucho en sus costillas. Pero los dos siguieron evacuándome a las volandas y con tanta rapidez padecí llevar puestos los zapatos tenis.

En la huida alcancé a ver cómo los pacos cazaban a uno que otro desafortunado manifestante y a una colega, si mal no recuerdo francesa, que intentó proteger a un jovencito en el momento en que le caían encima varios uniformados para molerlo a garrote y patadas. Ella también llevó su parte del castigo, pero cuando quise decirles a mis amigos que la auxiliáramos la voz no me salió y lo último que vi por el rabillo del ojo, mientras me sacaban a rastras hacia la relativa seguridad de la calle, era que otros periodistas corrían hacia la losa de un mausoleo sobre la que ella quedó desmadejada.

Y alrota, en el avión, estaba a punto de gritarles a aquellos bobazos que me dejaran en paz, que no deseaba hablar con ellos salvo para preguntarles si estaban ciegos y decirles que no veían lo que no querían ver porque mientras tuviesen cómo financiar sus viajes de clase media arribista seguirían poniéndole el hombro a Pinochet para que los orinara desde arriba. Claro está, no me atreví porque no soy de las que confrontan a los demás de esa forma, y mucho menos en mi sano juicio, aunque cómo me hubiese gustado poder hacerlo en ese momento, recordarles a Kissinger y la ITT, al general Carlos Prats y a Orlando Letelier, cantarles algún estribillo de Víctor Jara, ser capaz de llegar a la fase iconoclasta y suicida de la borrachera.

Supongo que si en lugar del vino chileno servido por las azafatas hubiese bebido whisky quizás habría reunido ánimos para hacerlo, pero como viajaba en LAN y no en British Airways me limité a poner cara de dolor de muelas y a seguir mirando por la ventanilla hacia abajo, hacia el arenal que poco a poco fue convirtiéndose en un verde pálido antes de adquirir la exuberancia del delta del Guayas y luego la variada gama de mis queridos Andes colombianos.

Después de todo Pinocho no se había caído, y por lo visto no caería en mucho tiempo. Que con su pan se lo comieran aquellos herederos de O'Higgins que habían perdido su memoria mapuche y no tenían la más mínima idea de lo que realmente representaban tipos como Caupolicán y Lautaro.

Llegué a la redacción de la revista frustrada y presa de un resentimiento cuyo origen no entendía, pues francamente la política siempre me ha tenido sin cuidado y desde el principio tuve claro que el periodismo es en sí mismo una militancia que no puede ser contaminada por ninguna ideología. Supongo que en el fondo me sorprendió y frustró ver que la situación en Chile no era tan en blanco y negro como había supuesto, y que además de morir asesinado por los golpistas Allende también había sido víctima de una manera de ser, de un talante, de una concepción conservadora del mundo y de la política con la que estaban de acuerdo muchos chilenos, quienes no por ello dejaban de ser gente, individuos falibles en cuanto humanos.

Mi cabeza estaba más enredada que un nudo de anzuelos y por consiguiente no tenía muy claro en qué consistían las incertidumbres generadas en mí por el viaje a Santiago, pero intuí que la clave podría estar en entender no sólo a los chilenos sino a la gente de cualquier país en conflicto, independiente de que sus creencias o posiciones fueran distintas de las mías, por cierto bastante inestables y difusas. Me di a la tarea de consultar testi-monios de periodistas especializados en el cubrimiento de guerras, detecté que yo no era la única cercada por las dudas y que existía una tendencia creciente a contar cómo se las arreglaban los seres de carne y hueso para sobrevivir en medio del salvajismo, pues al fin y al cabo los guerreros contaban con la posibilidad de defenderse con sus armas, pero la población civil no renía esa opción y encima de todo debía continuar adelante con su vida como si nada estuviese sucediendo.

Me sentía yo el súmmum de la responsabilidad social al reflexionar de esa manera y discutir con los colegas acerca de tales temas, que rebasaban los linderos de la profesión propiamente dicha y entraban en el terreno de la ética, pero se vino encima una nueva edición del reinado nacional de belleza y a Cartagena fui a dar otra vez, pero ahora sin la ventaja de contar con una mínima capacidad de asombro sino, más bien, con una indiferencia que se incrementó desde el preciso instante en que los muchachos de

fotografía, benditos sean, me pasaron el primer bareto. Cubrí aquel horror torcida por completo y con las conexiones neuronales en marcha mínima porque de otro modo habría sido incapaz de enfrentarlo.

En un estado a medio camino entre la modorra de la marihuana y la animación de la cocaína, y con el ron Tres Esquinas actuando como catalizador de un coctel que llamábamos la san-tísima trinidad, me puse a practicar mis técnicas de caliente huevos en aquel ambiente repleto de machos, todos alborotados con el ambiente festivo y todos tan vacíos como cocos pasmados, pues de otra forma no se explicaba el entusiasmo con que hacían presencia, por muy diversos motivos, en un evento que a mí como mujer me parecía una afrenta. El paso por las pasarelas de aquellas muchachitas de culo parado a fuerza de entrenamiento y tacones puntilla era clara evocación de los concursos de caballos de paso fino colombiano y formaba parte de la fascinación nacional por el taca-taca taca-taca común a los tacones, los cascos equinos y las armas automáticas. Sólo para joderlos, dejé que uno o dos de ellos me llevaran hasta la puerta de la habitación para cerrársela de golpe sobre su erección, pero la mayoría de mis presas ni siquiera alcanzaron a entrar al lobby del hotel.

Respecto al reinado propiamente dicho, desde el principio me llamaron la atención la candidata local, una curvilínea rubia llamada Rocío, y Susana, una trigueña del Magdalena que por donde pasaba generaba un terremoto en los ánimos masculinos que a mí tanto me gustaba humillar. De aquel reinado guardo una imagen bien impresa en mi memoria, captada una tarde en que las chicas fueron llevadas a visitar un barrio pobre de la ciudad. La rubia cartagenera, vestida literalmente de punta en blanco, semejaba una especie de deidad en medio de aquel gentío constituido por negros en un noventa y cinco por ciento. Ella, la nacida en cuna acomodada, que jamás había conocido ni conocería la pobreza, derrochaba amables sonrisas segura de que su belleza le confería una invulnerabilidad a prueba de todo mientras a su alrededor la multitud se atropellaba y estrujaba para conseguir tocarla o, al menos, recibir una palabra amable de su boca. Al ver aquello me sentí inmersa en la viñeta de un argumento de tira cómica —tipo Tarzán o El Fantasma—, en que la diosa blanca es rodeada por nativos que sólo esperan un gesto suyo para postrarse y adorarla.

En busca de contrarrestar la desmoralización que me

producía cubrir el programa completo del evento, todas las mañanas, justo a la hora en que las reinas intentaban recuperarse del trasnocho precedente mientras una gran patota de estilistas y modistas revoloteaban a su alrededor para mantenerlas en competencia, imitando a los mecánicos en los pits de una carrera de carros, mi espíritu vengativo y caliente huevos me impulsaba a bajar hasta la playa para exhibirme expalada sobre la tumbona. Simulaba leer o me hacía la dormida para observar escondida tras mis enormes anteojos ahumados a los bañistas, alguno de los cuales eventualmente se convertiría en mi objetivo nocturno.

Hipócritas la mayoría de ellos, me miraban sólo cuando creían que mi atención estaba dirigida hacia otro lado, salvo excepciones cuya franca simpatía no les alcanzaba para agradarme, atormentada como estaba por hacer un trabajo que a esas alturas consideraba bastante indigno, lo suficiente como para tomar la decisión de renunciar a Placas una vez estuviera de regreso en Bogotá. En aras de la verdad, era cierto que la revista también me daba la oportunidad de asomarme a los temas que más me interesaban, pero también que yo ya no era ninguna novata y que no merecía el tormento de asignaciones idiotas, apropiadas para foguear reporteros pipiólos pero no para hacer periodismo serio y responsable, según yo entendía este último.

Que el país prestara tanta atención a farsas como los reinados de belleza, los desfiles de moda, los actores de las telenovelas y los deportes no necesariamente implicaba que los medios tuvieran que rebajarse para darles gusto a los índices de sintonía, pero por lo visto tal argumento era, en el mejor de los casos, escuchado en las salas de redacción con la condescendencia dispensada a los ingenuos. Ya por entonces, los criterios gerenciales y contables habían entrado a saco en las políticas editoriales.

El problema, que en ese momento era para mí de una importancia capital, pasó a segundo plano porque Balaguero me la montó para que le enviara la mayor parte del material de cierre antes de lo previsto, y debí concentrarme en luchar con una máquina de télex facilitada por Telecom que entonces era tecnología de punta y que hoy parecería tan vetusta como una carabela.

La diosa rubia resultó elegida y yo me embarqué hacia Bogotá con el ánimo exaltado, dispuesta a dar palmadas sobre la mesa y a exigir que no volvieran a mandarme jamás a cubrir

reinados o eventos similares.

De vuelta a las andadas

¿A vos no te pasa a veces que te sentís como ave de mal agüero cuando tus pensamientos pesimistas del pasado se hacen realidad en el presente? Es una sensación bastante desagradable y empeora en la medida en la que la conciencia de terminar teniendo la razón no te alivia sino que te llena de pesar. Sentís algo instalado sobre los hombros, como si auparas un gigante de plomo. En momentos como esos jode mucho tener una mente tan escabrosa y desconfiada, humana al fin y al cabo, incapaz de situarse en un plano de optimismo en lugar de regodearse en medio de la desesperanza y la fatalidad.

Me estoy enredando sin conseguir explicarte bien lo que sentí aquel primer domingo frente a la casa de la familia de Barra-cuda. Juntos de nuevo, estábamos echados en chinchorros colga-dos en medio de los cocoterros, intentando hacerle siesta al sancocho de sábalo del almuerzo cuando alguien encendió la radio con la intención de oír la transmisión de un partido del Unión Magdalena, pero lo que todos escuchamos fue que Jaime Pardo Leal, el candidato presidencial de la Unión Patriótica que tan cordial me pareciera en su momento, acababa de ser asesinado a tiros en la carretera entre Bogotá y La Mesa. ¡Hijueputa malestar el que me produjo aquella muerte! No tanto debido a una, militancia que yo no profesaba ni sentía, sino por haber tenido la certeza de que lo iban a matar y no insistir con mi idea de protegerlo, no sólo a él sino a otros miembros destacados de su movimiento. Antes de Pardo ya habían caído muchos, y a partir de ese día y durante los años siguientes caerían más, hasta completar varios miles entre muertos y desaparecidos. Seguro vos llevás la cuenta mejor que yo y conoces las cifras por estar más sintonizada con la historia reciente, pero a partir de aquel día yo entré en un periodo que podría llamarse de negación de la realidad, un estado de enajenación voluntaria mucho más severo que el que me había sacado del monte para convertirme en contrabandista de fierros.

Dos días después de la noticia estaba de nuevo en Turbo trabajando hombro a hombro con Barracuda y a cargo de una embarcación con el doble de capacidad de la Warutta. Se llamaba Karelía y contaba con modernos sistemas de navegación y comunicaciones, así como un flamante motor Volvo capaz de

alcanzar hasta treinta y cinco nudos, velocidad necesaria para eludir los barcos grandes de la marina de Colombia, pero, según mi amigo, insuficiente si se daba la circunstancia de que nos persiguieran las lanchas torpederas que patrullaban más al norte de nuestra habitual área de operaciones. El punto de referencia seguía siendo Urabá, pero ahora aumentaría el número de escalas y encuentros a lo largo de la costa centroamericana, en algunas islas del Caribe y en mar abierto. A nuestras habituales cartas de navegación debíamos agregar sitios como el archipiélago de San Blas y Bocas del Toro, Portobelo, Bluefields y Puerto Cabezas, La Ceiba y Puerto Cortés como punto más norteño, sin descartar que eventualmente entráramos al golfo de México a través del portón comprendido entre Cancún y el extremo occidental de Cuba. Y por el oriente, iríamos hasta Antigua y Barbados, donde era posible conseguir fierros, pero no reciclados sino para estrenar y por supuesto más caros.

Acabamos de desayunar en una cafetería de Turbo donde nos había citado el Mocho, pero cuando pasaron dos horas y este no apareció decidimos ir hasta el muelle para que el capí Barra, como lo saludaban sus conocidos por donde pasaba, me llevara a bordo de la Karelia. Al subir por la plancha encontramos a nuestro jefe conversando sobre la cubierta con la tripulación de seis hombres, tres de ellos primos hermanos del capitán, dos marinos locales y un personaje con un notorio aspecto de guerrillero, a pesar de que recurría a ciertas prendas de vestir buscando parecer un veterano lobo de mar, incluida una gorra griega de pescador que le daba un aspecto ridículo. Se presentó como Epifanio y desde el principio me produjo mucha desconfianza porque no terminaba de cuadrarme del todo el talante ladino que le brotaba de manera espontánea, así como una mirada de esas que te desconciertan porque nunca sabes si obedecen a la clarividencia o a la estupidez.

De entrada pretendió establecer conmigo una suene de complicidad, soltando pequeñas insinuaciones sobre nuestras militancias en el EPL y el EME, cosa que me pareció de una torpeza soberana porque él no tenía por qué recurrir a esa clase de referencias bajo ninguna circunstancia, mucho menos en voz alta y aún mucho menos cuando nos disponíamos a trabajar juntos. Si esa era su forma de actuar cada vez que entraba en un ambiente todavía sin explorar, no cabía duda de que se trataba de un tipo con una incapacidad bastante riesgosa para él y para quienes lo acompañaran.

Busqué en la mirada del Mocho algún viso de comprensión respecto a mi percepción de la manera de ser del tipejo, pero se hizo el loco y optó por convocarnos a él, a Barra y a mí al puente de mando, lejos de los oídos del resto de la tripulación. Quería explicarnos que en lo sucesivo las operaciones estarían exclusivamente dedicadas al suministro de armamento, municiones y abastecimientos de diversa índole a un grupo nuevo que no deseaba ser identificado y cuyo representante a bordo sería Epifanio. El Mocho sería el encargado de notificarnos el tipo de carga y el punto del mapa donde la recogeríamos, fuera este un puerto o una coordenada en altamar. Una vez cargada la nave, Epifanio daría las coordenadas de destino y Barra sería el responsable máximo siempre que la Karelia se encontrara en curso de navegación; lo mío, tanto en tierra como durante la travesía, sería velar por la seguridad del cargamento y del personal haciéndoles ver la mejor manera de evitar riesgos innecesarios.

Así instruidos, partimos con rumbo noreste y antes de una semana ya estábamos recogiendo el primer cargamento en una caleta de Antigua. Se trataba de diez canecas metálicas de cincuenta y cinco galones, la mitad de las cuales contenía cada una doce fusiles Galil con la culata plegada, de modo que no sólo cabían sino que en los resquicios iban proveedores y distintos repuestos, todo debidamente sumergido en grasa para evitar la corrosión. Debajo aún sobraban treinta centímetros, espacio que el vendedor, quienquiera que fuese, había aprovechado para enrollar apretadas ristras de munición 5.56, Si se pensaba que las otras cinco canecas iban repletas de munición, allí había suficiente metal y pólvora como para armar un tropel de la puta madre.

Ya cargados, zarpamos a medianoche de regreso a Colombia y debo decir que en todo el trayecto entre la isla y el ingreso al golfo de Urabá apenas si nos cruzamos con dos o tres embarcaciones mercantes y algún pesquero pirata. Nervioso, yo avisaba la mirada hacia el cabo Tiburón y enseguida hacía la punta que dobla por la costa en busca de Necolí y luego Turbo, cuyos muelles nos esperaban. Era una entrada que a esas alturas debía ser rutina para mí, pero como en esta ocasión no habíamos tomado la precaución de hacer viajes previos de cabotaje distractor, como en su momento hiciéramos en la Warutta, tenía la sensación de que al navegar a plena luz del día inevitablemente llamaríamos la atención de algún diligente oficial naval, de policía o de aduanas,

daba lo mismo porque en cualquier caso sería la cagada. La embarcación ya había estado atracada en Turbo un buen tiempo y de algún modo debía resultar familiar en el golfo, pero no era descartable que su primer viaje despertara cierta curiosidad entre quienes no convenía.

Sin embargo, nada más entrar en las calmadas aguas de Urabá, Epifanio dio instrucciones a Barracuda para que cambiara el rumbo y se dirigiera hacia las bocas del Atrato, situadas justo enfrente de Turbo, y por allí nos escurrimos para mandarnos río arriba durante muchas horas hasta un punto en que la Karelia ancló en la mitad de la corriente de agua oscura.

Estuvimos allí dos días y una noche, con Epifanio pegado a la radio hablando en clave con sus jefes. No parecían ponerse de acuerdo respecto a algún detalle desconocido para el resto de nosotros, por lo visto más grande que chico porque el tiempo pasaba, nadie venía a recibirnos y seguíamos dando papaya con tan tremenda carga en la bodega. Chalupas, piraguas y barcos pequeños pasaban a nuestro lado saludando con inusitada y cordial familiaridad, indicio claro de que nuestra presencia estaba de sobra advertida por todos los habitantes del río. De eso no cabía la menor duda y así se lo dije a Epifanio. Como responsable de la seguridad debía recordarle la urgencia de descargar y salir a perdernos lo antes posible, pues no sólo estábamos arriesgando la presente operación sino las sucesivas que, según entendí en las instrucciones del Mocho, vendrían en el futuro.

Esa noche, la segunda que pasaríamos entrampados en aquel moridero atestado de mosquitos, bajé a la bodega para aflojar la tapa de una de las canecas, limpié la escopeta, hice lo propio con un revólver encontrado a bordo y le pedí a Barracuda hacer lo mismo. Asintió de mala gana pero no dijo nada porque sabía que yo tenía razón y acordamos montar guardia por turnos de tres horas hasta el amanecer. A él le tocó en suerte el primero, pero como yo no podía dormirme en el chinchorro salí a acompañarlo mientras se echaba su porrito, pues no era de los que se ponen paranoicos bajo los efectos de la yerba. Menos mal que la naturaleza le da a cada cual lo suyo, pensé justo en el instante en que los mil murmullos de la jungla empezaron a silenciarse a medida que se aproximaba un potente motor que dejaba una estela blanquísima bajo la luz de la luna menguante.

Era una grande y muy veloz lancha de fibra de vidrio, con motores gemelos friera de borda, tripulada por seis hombres de mirada fría y armados hasta los dientes. Una vez amarrados al lado de la Karelia, el que estaba al mando se puso en pie sobre la proa con las piernas abiertas en compás para mantener el equilibrio y la culata de un AR-15 afianzada sobre el cinturón lleno de cartucheras y granadas que rodeaba su cintura.

—¡Coño! —me comentó Barracuda con disimulo mientras los dos mirábamos hacia abajo desde el puente de mando con la escopeta acostada en el piso—. Ahora sí podré contar a mis nietos que conocí a Rambo.

El tipo nos saludó a codos con una voz cortante que sin embargo tenía ese acento de los paisas bien educados, de los que han estudiado y no necesitan elevar el tono para hacerse escuchar, llamaba la atención lo bien pertrechados que estaban él y sus hombres, ninguno de los cuales parecía haber sufrido durante mucho tiempo los rigores de la selva del Darién sino que, por el contrario, lucían como un grupo de amigos sanotes en excursión de cacería. Pero como eran definitivamente amenazadores no le quité el ojo de encima al líder mientras conversaba con Epifanio, y basado en ciertos gestos leves que este no pudo ocultar entendí que recibía una especie de regaño por algún motivo. Creí que tras la conversación llegarían más hombres a descargarlas canecas, pero en lugar de eso Rambo regresó de nuevo a su silla en la lancha y se perdió en la noche apenas con un leve gesto de despedida.

Había traído una contraorden de alguna parte y ahora debíamos partir de regreso hacia el golfo y de allí bordear la costa hasta la zona de Puerto Escondido y Moñitos, donde nos recibirían la carga. Maldije por lo bajo a Epifanio mientras nos daba la noticia y bajé hasta la cubierta mientras Barra arrancaba el motor disponiéndose a navegar aguas abajo en busca de las bocas del río en medio de la oscuridad. Sólo un muy buen conocedor del Atrato podía atreverse a hacer algo así, pues aunque el cauce del río es bastante profundo persiste cierto nivel de riesgo, y agradecerí infinitamente estar en manos de la sapiencia del morocho, que al amanecer ya había conseguido dejar Turbo atrás y enfilaba la proa hacia Necoclí, y después rumbo norte a toda máquina, hasta dar un gran rodeo mar adentro antes de regresar al atardecer y fondear frente a Puerto Escondido. Pocas veces el nombre de un sitio me pareció más perfecto y a la hora exacta en que nos habían dicho

que llegarían, de la nada surgieron varias chalupas y lanchas que descargaron las canecas en menos de media hora. El trabajo lo hicieron campesinos y pescadores locales, pero en cada embarcación iban dos o tres hombres tan bien armados y pertrechados como los que habíamos topado en el Atrato. Recuerdo haber pensado que aquella era una guerrilla algo diferente, tan parca en el hablar que no dejaba escapar el más mínimo asomo de informalidad hacia nosotros, que al fin y al cabo les habíamos traído semejante regalo. Con sus uniformes idénticos, su formalidad y su disciplina parecían más soldados que guerrilleros. Ni siquiera Epifanio era merecedor de un pequeño gesto de confianza y más bien lo trataban con mayor distancia que a nosotros, con quienes al menos se dignaron compartir sus cigarrillos. Pero lo que definitivamente hacía diferente a aquel grupo armado de todos los que yo había conocido antes era que en él no formaban mujeres.

Los vimos perderse en la noche antes de enfilar nosotros rumbo a Cartagena, donde nos esperaban nuevas órdenes, según le dijo el Mocho a Barracuda a través del radio. Me alegró saber que íbamos hacia allá, pues necesitaba echarme unos buenos tragos, mover el esqueleto en un rumbeadero y, ojalá, encontrar una mujer que me hiciera compañía porque, con tanto ir y venir entre el interior y la costa, no había tenido tiempo de estar en ninguna parte durante el tiempo suficiente y llevaba ya muchos meses de celibato, vos me entendés...

Rencuentros Familiares

Para alguien acostumbrado a respirar aire limpio y olor a bosque. a beber directamente del nacimiento de agua, a saber la hora del día gracias al canto de las aves, a sacar de la huerta y de los corrales sus alimentos y a experimentar placer cuando los pájaros. los insectos y el viento arman su orquesta, vivir en ciudad puede convertirse en una suerte de condena, la peor enfermedad posible, un cáncer que tras llevarse en paro el alma procede a hacer estragos con el cuerpo.

Al principio atribuí el rostro marchito de Marisol al sufrimiento producido por la ausencia de su hijo, de quien nunca se había separado más de unas pocas horas, pero con el transcurrir de las semanas y luego de los meses, al darme cuenta de que distanciarse de Bernabé era algo para lo que de alguna manera se había

preparado, se hizo evidente que su mal tenía un origen diferente a lo que algunos denominan enfermedad de la cuna vacía.

Encerrada todo el día en el apartamento para escapar del gentío y las contaminaciones de diversa índole que la atormentaban nada más poner un pie en la calle, sufría lo indecible aunque al mismo tiempo, supongo que por consideración hacia mí, procurara disimular su estado de ánimo mediante el recurso de ocultar la mirada. No era necesario que lo hiciera porque yo la conocía lo suficiente como para saber que la vivacidad de sus hijos se opacaba con cada minuto que pasaba lejos de su casa, su huerta y sus gallinas. Extrañaba incluso su cocina y las obligaciones en apariencia latosas que asumía a diario en Platea, tanto en la casa principal como en las labores comunitarias, me dijo cuándo intenté hacerle ver el lado bueno de la nueva vida que, procuré recordarle con vehemencia, llevaríamos sólo mientras las cosas retomaban su cauce normal en la Sierra. No venía al caso ponernos pesimistas y asumir Santa Marta como una prisión perpetua, sino más bien sacarles gusto y provecho a las comodidades del moderno apartamento que por fortuna podíamos costear. gozar de las ventajas de disponer de servicio doméstico, supermercados, restaurantes y en general las cosas que en Platea eran inalcanzables. Incluso podíamos distraernos yéndonos de paseo a Barranquilla o a la misma Cartagena. Era, argumenté, como si tomásemos unas largas vacaciones, sabiendo que nadie nos quitaría nada de lo nuestro y que Bernabé, dondequiera que estuviese, no corría el riesgo de verse involucrado en enredos.

Mis razonamientos no valieron para nada frente a su de-caimiento. Aturdida por Santa Marta, odiaba cada rincón del apartamento pero al mismo tiempo no soportaba la idea de salir a hacer vida en medio del bullicio de ciudad, y mucho menos pensaba en la posibilidad de pasar el tiempo yéndose a la playa porque sentarse sobre una toalla sin hacer nada le parecía una vergüenza. En suma, su necesidad de regresar a su casa de siempre era tanta que cualquier riesgo, por grande que fuese, resultaba tener un precio muy bajo si lo comparaba con las ventajas de retomar la vida anterior.

Sin embargo, para mí era imperioso ofrecerle una alternativa distinta al regreso a Platea, pues me las había arreglado para enterarme cada semana de cómo marchaban las cosas por allá y la verdad es que no podían estar peor. Sediciosos y autodefensas de

toda índole continuaban enfrascados en una guerra sin cuartel que causaba víctimas un día sí y el siguiente también. Nadie tenía claridad sobre lo que pensaban realmente los oscuros personajes que daban las órdenes, y lo único cierto era que la cifra de muertos y desaparecidos crecía exponencialmente. Una situación que, de haber permanecido nosotros en la vereda, igual habría terminado expulsándonos sin remedio o habría cobrado nuestras vidas. El conflicto estaba expandido hasta tocar incluso algunas zonas de Santa Marta, Ciénaga y Riohacha, cuyos habitantes eran testigos de la forma en que los pistoleros convertían las calles en campos de batalla.

Entonces le propuse a Marisol que, en contraprestación por no poder satisfacer sus pretensiones de volver, nos mudáramos a una finquita alquilada por los lados del Tayrona, cerca de la desembocadura de alguno de los ríos cristalinos que descendían desde las cumbres de la Sierra. Sería como recuperar de alguna manera nuestro antiguo modo de vida, por supuesto asumiendo que se trataba de una medida de carácter temporal.

Su gesto de resignación, ese encogimiento de hombros que inequívocamente significa nada se pierde con probar y cualquier cosa es mejor que nada, me dio vía libre para hablar con un antiguo compañero de armas propietario de tierras cerca de la boca del río Buritaca, que en efecto nos alquiló una cabaña muy bien dotada a donde nos mudamos en el término de la distancia. Sería más exacto decir que se mudó Marisol, que una vez estuvo allí entró de nuevo en contacto con la vida rural, estableció relaciones con los vecinos y dejó de padecer tan intensamente el desarraigo y la nostalgia. No era su propiedad, pero de alguna manera recuperaba algo de las rutinas que tanta falta le hacían. En cuanto a mí, digamos que la casita me sirvió de base durante aquella etapa que pareció eterna porque, como también me había quedado sin trabajar, mi reto diario más exigente consistía en amarrarme los cordones de los zapatos. Iba y venía entre ese lugar, el apartamento de Santa Marta y la casa de Patricia en Barranquilla, que empecé a frecuentar con mayor asiduidad, lo cual me permitió conocer mejor y, hasta cierto punto, hacerme amigo de Mariana y José Luis, quienes aún vivían allí a pesar de que ambos habían coronado carreras universitarias y se ganaban la vida por su cuenta y con bastante éxito, ella como psicóloga clínica y él como ingeniero industrial y socio de una fábrica de polímeros.

Ninguno de los dos me hizo nunca la más mínima insinuación ni reprochó mi conducta del pasado, que Patricia siempre descalificó por considerarla libertina. Aun así, una vez crecieron y conocieron algo de la vida ambos se dieron cuenta de que yo no era tan monstruoso como su madre aseguraba, y que en medio de todo había conseguido estar pendiente de ellos aunque me vieran muy de vez en cuando. La mejor prueba era que ahora, cuando la salud de Patricia se deterioraba rápidamente debido a la aparición de un cáncer terminal, allí estaba yo listo a responder por lo que fuera necesario, sin sacarles el fuste a las obligaciones que me correspondían como esposo de una persona que se negaba a dejar de odiarme desde el fondo de su alma.

Advenida por los médicos de que su presencia era más perjudicial que benéfica para la paciente, Mariana me pidió que por favor procurara no asomarme demasiado. Agradecía mi intención de ayudar y no quería que yo malinterpretara sus palabras. pero lo más indicado era que fuese discreto pues su madre no sólo me consideraba una suerte de anticristo sino que a su despecho añadía la vergüenza de sentir que todo el mundo estaba enterado de su condición de mujer abandonada. Genio y figura hasta la sepultura, a pesar del paso de los años Patricia vivió sus últimos meses de vida aferrada a la amargura, a la fe católica y al rencor, letal combinación que de una u otra forma se le materializó en el mal que, por fortuna para ella y para quienes la rodeaban, se la llevó a la tumba en un lapso relativamente breve. Ya en perspectiva no me avergüenza reconocer que cuando me dieron la noticia de su fallecimiento no sentí la más mínima pena, como no fiera la relacionada con sus hijos, pero no por haber quedado huérfanos sino por los inconvenientes que implicaba un entierro de primera clase con todo el rito social de pésame, el consabido desfile automotor hasta el cementerio jardín y, muy a mi pesar, una multitud de personas a las cuales jamás había visto en toda mi vida y que conseguí mantener a raya recurriendo a mi más antipática mirada de gavilán.

Más por mantener las apariencias ante sus hermanos que por otra cosa, Antonio se las arregló para acudir al sepelio, pero llegó cuando ya el cajón estaba varios metros bajo tierra, de modo que se salvó de la retahíla de saludos y condolencias incómodos. Desde sus inicios como periodista nos habíamos visto en pocas ocasiones, durante las cuales siempre me dio la impresión de estar ausente con el pensamiento, actitud que adoptaba no sólo conmigo

sino con todo el mundo y que lo convenía en un ser bastante antipático. Pero mientras hizo acto de presencia por la muerte de Patricia estuvo comunicativo, rezumó tranquilidad y fue sociable en la medida en la que podía serlo. Me animé a invitarlo a almorzar en un restaurante junto con sus hermanos, y tras ponernos todos al día respecto a las vidas de los otros, en la sobremesa me preguntó por Platea y por Marisol, dijo sentir mucho la difícil situación que se vivía allá y como si la ausencia de Patricia hubiese reabierto una puerta largamente condenada, también preguntó por la suerte de Bernabé, refiriéndose a él como hermano mientras miraba hacia Mariana y José Luis en busca de alguna reacción de censura que no se produjo.

No tenía yo la menor idea del paradero del muchacho, cosa que en el fondo agradecía, pero les conté a los tres que durante todo aquel tiempo se había reportado con su madre en media docena de ocasiones, asegurando estar bien y trabajando en un ingenio azucarero en alguna parte no revelada. Lo de las llamadas era cierto, pero durante ese almuerzo familiar no dejé entrever mi sospecha de que andaba en tratos con individuos poco recomendables, pues a través de esa suerte de correo de brujas que se establece entre los militares retirados me había llegado el rumor de que Bernabé formaba con las autodefensas del Magdalena Medio. La idea no me gustaba para nada porque esa gente me resultaba despreciable, pero por lo menos me tranquilizaba saber que no se encontraba solo, sino que había dado con un nicho en donde estaba protegido y a salvo. Lamentaba eso sí que con razón o sin ella comprometiera su juventud en una causa tan dudosa desde todo punto de vista, más que nada desde la ética, que en el fondo es de lo que se ha tratado siempre el ejercicio de la política, ejercida con o sin armas.

Lo que me daba más mala espina era que en los días anteriores al alquiler de la casita de la playa, mientras fue posible la comunicación había llamado por teléfono para hablar con Marisol y no conmigo, pues el mico sabe a que palo trepa y yo estaba seguro de que me evitaba por tener algo guardado y temía ser pillarlo infraganti. Me mandaba a través de su madre saludos y abrazos y pare de contar, hasta que un día, al regresar al apartamento, encontré un Marconi transmitido desde Bosconia que decía «llamo viernes o sábado esa». Era jueves y decidí no avisarle a Marisol para poder hablar con el de hombre a hombre y en plena libertad.

Dormí más inquieto que de costumbre pero comento a me la perspectiva de volver a saber noticias tuyas aunque fuera por el teléfono, que sonó sobre las once de la mañana, cuando yo empezaba a creer que lo haría hasta el día siguiente. Saludó formal, con voz tranquila y segura, y dijo estar preocupado porque llevaba varios días intentando llamar sin que nadie levantara la bocina, y me contó entonces acerca de la casita donde nos habíamos mudado y me pidió las señas exactas porque en cuestión de días iría a visitarnos para darnos una muy buena noticia. Le pedí que me diera un adelanto pero se rio, me pidió paciencia y se despidió prometiendo que nos encontraríamos lo más rápido posible.

Sobra decir que salí enseguida para donde Marisol a contarle la novedad y juntos esperamos la anunciada visita hasta que tres días después una camioneta se parqueó frente al seto de cactus que rodeaba la casa y de ella se bajó un tipo enorme y con aire de prepotencia. Era Bernabé, pero no el mismo que conocíamos sino un hombre distinto. Se movía parsimonioso, hablaba con amabilidad y no se guardaba nada de lo que sentía, al menos con nosotros dos. Iba desarmado, pero por alguna razón que yo no conseguía establecer su aspecto era letal.

Dejó a su madre abrazarlo y acariciarlo cuanto quiso sin apartar la cara o las manos, que ella no soltaba como si quisiera cerciorarse de que no vivía un sueño. Estábamos tan felices de verlo que olvidamos su promesa de darnos buenas noticias, pero al cabo de pocas horas, una vez la euforia de Marisol bajó de nivel, nos dijo que si queríamos regresar a Platea podíamos hacerlo porque la situación estaba por completo bajo control. Los facinerosos habían quemado el establo, pero la casa y la mayoría de los sembrados estaban intactos. Se habían perdido bastantes animales, pero en términos generales los mayordomos Toscano y sus hijos habían cumplido con su encargo de cuidar la propiedad, incluso pagando extorsiones con reses para evitar daños mayores.

—Dice usted que todo está completamente bajo control. ¿Bajo el control de quién? —pregunté con suspicacia.

—Mío, papá. Control mío y de mi gente.

—¿Qué gente? ¿Quiénes son su gente?

—No se preocupe que por encima de nosotros no hay ni habrá nadie, papá. Eso se lo garantizo. Mi gente es mi gente y suya

también. La nuestra. Venga conmigo y verá.

Felicidad de vértigo

De alguna forma su pasado siempre terminaba alcan-zándolo, y esa era la razón por la cual evitaba tomar partido o asumir posturas categóricas frente a los problemas del país. Temía que si no se mantenía lejos de Colombia intentaran convencerlo de adoptar una posición consecuente con su pasado en las fuerzas militares, lo cual estaba fuera de toda discusión porque aunque le constaba que en sus filas había tipos de una sola pieza, hombres a carta cabal que no deshonraban el uniforme y asumían el ejercicio de las armas como un misión caballeresca, una militancia en favor del imperio de la ley, también había uno que otro matón de gatillo fácil que no sentía empacho a la hora de aliarse con delincuentes para lograr su cometido. Tales distorsiones encontraban terreno fértil en la propensión del ejército a comportarse como fuerza de ocupación en su propio país, con las armas marcando siempre las distancias entre la tropa y la gente del común. Y estaba claro que a él le producía un inmenso rechazo la autoridad ejercida a partir del miedo, que además era un error en contravía de las más elementales reglas de estrategia. Un buen general busca aliados, no súbditos, había aprendido en alguno de los libros de su padre.

Integrarse al bando contrario tampoco cabía dentro de lo posible porque tenía muchas dudas respecto a las motivaciones éticas de la insurgencia. En países igualmente inequitativos e injustos la izquierda no se armaba, teniendo incluso más razones para hacerlo que en Colombia. Y en el supuesto de que pudiese pasar por alto ese hecho, jamás dejaría de sentirse traidor. Prefería escudarse en un texto de Nicanor Parra según el cual un hombre no puede defender la libertad de las masas sino únicamente su propia libertad, la de su conciencia, una idea no sólo lúcida sino salvadora porque lo relevaba de tener que elegir alguna de las opciones entre las que se debatían su mente y su corazón.

Por eso lo mejor era asumirse ciudadano del mundo y olvidar la parroquia, solo que los editores de Épsilon no estaban dispuestos a renunciar a la posibilidad de enviar un colombiano a cubrir los acontecimientos de su propio país, Su nacionalidad lo condenaba a regresar periódicamente a pesar de que Colombia lo llenaba de desesperanza o lo sacaba de casillas debido a su eterna situación de crisis, su perpetuo asomarse al borde de un abismo sin

fondo. Con tanto grupo armado, tanta droga y tantos desbarajustes, era uno de los escenarios más idóneos del planeta para producir sangre y dolor a diario, un verdadero bocado de cardenal para las agencias noticiosas, en cuyos escritorios no faltaban individuos que dentro su horario laboral se preocuparan por el destino del Tercer Mundo. Desde primera hora de la mañana registraban tragedias que afectaban a millones de personas, pero al llegar cierta hora entregaban su turno y subían al metro para irse a dormir en algún próspero y apacible suburbio de París o Nueva York. Mientras alimentaban a sus mascotas y lidiaban con los pagos de varias tarjetas de crédito, sus relevos, ahitos de café tibio y sánduches de jamón, tomaban la estafeta para cerciorarse de que ninguna tragedia quedase sin el debido registro. Era el mecanismo de defensa del sistema planetario para que en todos los pequeños infiernos bélicos pensarán que había seres en peor situación y se consolaran al ver que en otras latitudes a la gente también la machacaban a plomo.

Debía ser por esa razón que Toño, después de viajar a Chile, meterse clandestino con los contras en territorio de Nicaragua, acompañar al Farabundo Martí en una feroz incursión en los cuarteles de El Paraíso, darse una vuelta de tres meses por las trincheras iraquíes o iraníes —le daban lo mismo quienes fueran porque ¿quién podría distinguir entre unos y otros, aun entendiendo sus disputas alrededor de la herencia de Mahoma?— y buscarse líos con una patrulla de milicianos fascistas cerca de la línea verde de Beirut, inevitablemente era requerido por sus jefes para regresar a su país de origen. Para ellos resultaba inconcebible que un tipo con suficiente sangre fría como para llegar a Sabra y Chatila a tiempo de captar el horror, y además pasar los rollos de película sin que se los decomisaran los retenes israelíes, se negara a mimetizarse en su propio país para ayudar a entender qué demonios era lo que ocurría en aquella patética republiquera donde se vivía una guerra de origen político y la mafia mantenía en jaque a la sociedad.

Nada más llegar a Bogotá e intercambiar datos con amigos y colegas captó en el ambiente que algo grande iba suceder, y como era usual en él hizo lo posible por situarse cerca de la primera línea de acción, que de momento estaba en los cuarteles de la Policía Antinarcóticos comandada por el coronel Ramírez, un hombre que transmitía bonhomía y que sin embargo se negaba a filtrar

información. Ya entrado en gastos, a Toño no le quedó más remedio que involucrarse con alma, vida y sombrero, y por eso imploró un cupo en alguno de los helicópteros participantes en la gigantesca operación que según sus fuentes tendría lugar en el sur, pero el oficial se negó de plano sin dejar de ser afable, salió del comando por una puerta escondida y no se dejó ver durante varios días, hasta que por fin apareció en los titulares de un noticiero de televisión con la noticia de que él y sus hombres habían destruido diecinueve laboratorios del cartel de Medellín en una región conocida como llanos del Yarí, en el oriente del Caquetá.

Las centrales de Épsilon en París y Nueva York lo enlo-quecieron pidiéndole imágenes de la operación, pero sólo estaban disponibles las fotos captadas por algunos oficiales de policía presentes en el operativo. Consiguió copias y las remitió antes de declararse impedido para continuar trabajando. Desde su enganche en la agencia no había tomado ni un solo día de vacaciones y era hora de tomarlas aunque fuera lo último que hiciese en la vida. Si no se las concedían, igual las tomaría, previa renuncia. Esta última no era necesaria, se apresuró a calmarlo Natalis Delpierre al otro lado de la línea telefónica, pues enviarían un remplazo para que él pudiera descansar. Lo esperarían en Nueva York un mes después para reasignarle destino y cambiar sus condiciones como corresponsal volante.

Un mes, toda una eternidad. Era tanto tiempo que la mente se le bloqueó al intentar decidir cómo dilapidarlo.

—Lo primero que debes hacer es tener buen sexo, y una vez satisfecha esa necesidad, esencial en cualquier plan de vacaciones que se respete, siempre podrás buscar más sexo —1c aconsejó Nacho Barba, el fotógrafo español enviado para remplazado.

Tono estuvo de acuerdo en que después de todo no era mala idea despertar acompañado todos los días. El ideal sería que Lola se decidiera a pararle bolas, pues estaba recién divorciada y era probable que quisiera olvidar al gordito yéndose a la cama con orro. Si él no se ponía las pilas, alguien se le adelantaría, y decidió sitiarse la fortaleza, custodiada de manera formidable por Dorotea, Hannelore y Lola misma, que para su sorpresa no demostró el más mínimo interés en involucrarse sentimentalmente con nadie.

Para él resultaba muy desconcertante que de alguna

manera ella no hubiese cambiado en esencia y fuera tan cálida y cariñosa un segundo y al siguiente se convirtiera en témpano, comportamiento idéntico al de los días universitarios en que ostentaba el título de campeona de la coquetería frívola. Entonces esa conducta era comprensible por aquello de la inmadurez juvenil, pero ahora que ambos estaban más crecidos bien podían concederse ciertas licencias, sin que ello significara compromisos de ninguna naturaleza porque estaba claro que los dos tenían sus prioridades y metas muy bien establecidas. Además era bueno que ella supiera que si se iban juntos a la cama quizá fiera el último polvo de él, pues los médicos le acababan de decir que sus días estaban contados y no duraría mucho tiempo.

Lola, que acababa de regresar a la sala tras ir a buscar algo de hielo para el whisky que tomaban, casi dejó caer el baldecito al oír la noticia y se desplomó en el sofá sin disimular el asombro, con una cara de malestar que obligó a Toño a sacarla de inmediato del equívoco.

—Mentiras, loquita. Es un truco sucio para sacarte un sí. Si fuera cierto que estoy desahuciado, ¿qué harías?

—Francamente, hay momentos en que realmente eres una mierda.

—Sólo mamo gallo, ya sabes cómo es. El consuelo del derrotado. Por lo menos déjame ejercer algo de humor negro.

—No, señor. No vuelvas a mamarme gallo de esa manera.
—O sea que sí puedo hacerlo de otra forma.

—¡Ja! Eres lo que no tapó el gato, ¿sabías? Y también terco como una muía. ¡Ya te dije que no!

—Pues es muy mala noticia saber que no puedo mostrarte mis progresos. He logrado una técnica depuradísima, especialmente con mujeres como tú.

—Literalmente, este es el cuento del gallo capón, gran pendejo.

Ambos rieron y la conversación de doble sentido cambió hacia temas propuestos por Lola, pero a medida que pasaban las horas y subía el grado etílico el visitante volvía a la carga sin mostrar la más mínima vergüenza o prudencia, fiel a un método de conquista que siempre le había dado excelentes resultados,

con-sistente en hablar crudo y no pretender ocultar sus intenciones.

Lo cierto es que gracias a ese método, al grado de bo-rrachera de los dos o a que Lola decidió librarse del persistente acoso, después de darle un beso que se suponía no iba a ir más allá, esa noche vivieron un romance que ambos necesitaban en grado sumo, según reconoció Lola unas horas después al contarme la anécdota con aire divertido, asumida como una loca noche con un novio del pasado, pero nada más allá de eso. Seguía firme en su plan de concentrarse en la crianza de las niñas y mantenerse alejada de la posibilidad de un segundo matrimonio o de establecer una relación permanente.

—Contigo me basta y me sobra —me dijo bromeando—. Somos la pareja perfecta.

En cierto modo era verdad. Nuestro compromiso de acompañarnos en la vida se hacía cada vez más fuerte, justamente porque no había obligaciones entre nosotras y ambas nos sen-tíamos en libertad de estar o no juntas.

En cuanto a Toño supuse que asumió aquella aventura de una noche como un punto de honor dentro de su particular concepción del amor de pareja, porque aunque regresó a visitar a Lola durante aquellos días de vacaciones, llevó regalos a las niñas y se comportó como todo un señor, no volvió a pedírselo. Su versión, que también escuché cuando fuimos los dos a beber unos tragos en el bar Chispas, coincidía con la de ella en el sentido de que había sido un encuentro bonito. Tanto así que lo mejor era no repetirlo porque, según él, «hermana: fue como asomarse al borde de un precipicio. A veces la felicidad da vértigo».

Después de alcanzar su objetivo con la más deseada, por lo visto prefería encamarse con mujeres ya comprometidas, según pude deducir por las miradas que echaba hacia las otras mesas y sobre mi hombro mientras despachábamos la botella de whisky. Medio en serio medio en broma lo llamé cobarde por decir aquello, y al rato nos despedimos porque al día siguiente él viajaría a Barranquilla a reunirse con sus amigos de siempre. Pasaría mucho tiempo antes de que ambos pudiésemos volver a encontrarnos en Colombia, pero me heredó un grupo de colegas amigos con los que yo me sentía muy cómoda, pues no tenían más compromiso que consigo mismos, la rumba y las sustancias psicoactivas, gracias a las cuales pude soportar durante muchos años el hecho de

ocuparme en la interpretación de una realidad tan inasible y deprimente como la colombiana.

Porque en lo que a mí tocaba, entendía perfectamente porqué Toño prefería no trabajar en su tierra, y por lo visto durante mucho tiempo sus jefes convinieron en no joderle más la vida y no asignarle misiones en Colombia. Nos escribíamos cartas y postales, y de vez en cuando el teléfono sonaba y al otro lado de la línea estaba él, invariablemente achispado, llamando a botar corriente porque se sentía satisfecho o feliz tras haber alcanzado algún logro que mantenía en reserva para que yo no pensara que se jactaba. Nunca me habló aquejado por la depresión, la nostalgia o cualquiera de los sentimientos que él consideraba negativos y que prefería dejar para las cartas o las postales que escribía cuando la moral se le iba a los talones, cosa que generalmente estaba relacionada con la soledad, con la inacción o con ambas cosas a la vez.

En pocas ocasiones me contaba de sus conquistas amo-rosas, y yo suspiraba al fantasear con que el destino lo tenía re-servado para mí y que por lo tanto debía permitirle hacer todas las travesuras y maldades posibles, de modo que cuando se refugiara en mis brazos ya vencido, no le quedaran más arrestos que para estar conmigo. Era un pensamiento que siempre le expresaba abiertamente, a lo que él respondía con una carcajada franca que yo me empeñaba en interpretar como risa nerviosa.

Alguna vez en un cortejo telefónico le dije que no se diera tanta importancia, pues él no era ni de lejos el más atractivo de los hombres con los que había tenido sueños eróticos en mi vida. El primero era el Paul Newman de Butch Cassidy & The Sundance Kid, que me hizo envidiar a Katharine Ross viajando sobre el manubrio de una bicicleta; el segundo era Mick Jagger, a quien una carambola del destino me permitió ver mientras acariciaba su polla-micrófono para masturbarse sobre el escenario de un estadio de Los Ángeles; y el tercero era él, el único tipo con el que consideraría la posibilidad de embarazarme y tener hijos, no porque fuera particularmente bien parecido sino porque, yo estaba segura, seríamos la pareja mejor avenida del mundo.

La búsqueda

Las cosas simplemente no marchaban y en las raras ocasiones en que lo hacían su rumbo no era el más indicado. La formación de la caballada necesaria para su escuela de equitación

le resultó a Roberto José más difícil de lo esperado, con obstáculos mayores que los de unos años antes al empezar en Martinica, cuando el objetivo se limitaba a la crianza de animales finos y resistentes destinados a la monta recreativa. Lamentablemente aquel esfuerzo inicial se había malogrado debido a su abandono, y lo poco que quedaba del mismo era casi por entero mérito de Medardo, que ahora tenía cada vez menos tiempo para trabajar en la finca. La UP estaba en campaña electoral y la presencia del mayordomo era requerida constantemente en esta o aquella vereda, por no mencionar que de vez en cuando debía viajar a Villavicencio o a Bogotá para cumplir compromisos de los cuales no hablaba mucho, siempre relacionados con su trabajo en un partido golpeado severamente por la muerte de su candidato presidencial y de muchísimos militantes menos notables pero no por ello menos dolorosos.

Medardo regresaba de sus correrías agotado físicamente, y si bien al principio su moral era alta, con el tiempo fue desani-mándose más y más. Cualquier intento de Delfilia o de los patrones para sonsacarle en qué consistía su desasosiego era respondido con evasivas que pretendían restar importancia al efecto ejercido sobre su ánimo por la situación del país. Empeñado en resaltar el lado positivo de la situación, Roberto José buscaba alentarle señalándole que el flujo de sufragios amenazadores había mermado, hasta el punto de que no era raro que transcurrieran dos o tres semanas sin que llegase alguna de aquellas siniestras tarjetas con ribetes y cintas negras. Al principio él mismo no ha tomado demasiado en serio las amenazas, pero a medida que fue enterándose del hallazgo del cadáver de este o aquel individuo, a los que conocía como vecinos o por motivos relacionados con el trabajo de la finca, el peligro fue tornándose más palpable y salió del terreno de lo probable pata convertirse en algo muy real. Pese a ello, como en Martinica no sucedía lo mismo que en otros lugares, sentía lejanos los embates del horror y tendía a negar el hecho de que la situación en la zona estaba muy deteriorada.

Su opinión cambió radicalmente la mañana en que al llegar en compañía de algunos campo volantes al lindero más oriental de la finca en busca de unas vacas que no aparecían, las encontraron guiándose por la nube de gallinazos que revoloteaban en un punto del horizonte. Eran doce animales, y si bien una de ellas estaba destazada y le faltaban partes del cuerpo, al resto las habían

ametrallado sin tomar nada de su carne, por el simple placer de hacer daño.

A partir de allí, con las noticias que llegaban sobre terribles sucesos en otras partes del Llano y del país, sumadas a la depresión creciente de Medardo, los eventos en Martinica entraron en una dinámica precipitada. En el lapso de unas pocas semanas Roberto José y Virginie sintieron que su pequeño mundo cambiaba inexorablemente, que los hechos los desbordaban y que más les valía hacer algo al respecto si deseaban salvar lo logrado hasta el momento. No importaba que según la opinión de algunos fuese muy poco, porque de cualquier modo ese poco era ya bastante meritorio.

En ese punto a R. J. lo que más le preocupaba era que se hacían más remotas las posibilidades de revertir la quiebra del negocio, porque era innegable que volvían a estar en quiebra, dijo a Virginie. Ella creía lo mismo, pero argumentó que como las cosas ya tocaban fondo, de allí en adelante el único camino que les quedaba sería para mejorar. Podían darse el lujo de ser optimistas porque, bien miradas las cosas, eran ricos de otra forma: primero que todo, se tenían el uno al otro y eran dueños de un hermoso terreno que muchos envidiarían; las amenazas, a pesar del ominoso incidente de las vacas muertas, no se habían materializado; y respecto a lo de la deuda, por fortuna era con Carlos Alfonso Dohm y no con los bancos. Ya encontrarían la manera de explicar la situación a su patrocinador y pedirle un plazo mayor para pagarle, pues por fortuna se trataba de alguien muy humano, en el mejor sentido del término humano.

Lo que ella sí consideraba urgente y necesario era con-vencer a Medardo para que olvidara sus coqueteos con la política y no se dejara presionar más por la comunidad, que lo consideraba vocero suyo. La política no era para hombres como él, pero de momento habría que dejarlo ir en ese viaje ya programado hasta Villavicencio, y una vez regresara se sentarían con él para persuadirlo y volver a sumarlo a la causa de Martinica, que finalmente también era la de su familia. Le diría a Delfilia, quien lo acompañaría en esta oportunidad porque quería hacer unas compras en la ciudad, que lo trajera de las orejas apenas cumpliera con los compromisos que tenía en varias poblaciones del Meta.

Roberto José no creía que tal cosa fuese posible porque en una conversación reciente con Medardo este había dicho que su

única opción era mantenerse firme en su trabajo político si no quería quedar como un cobarde. Sentados al lado de la estufa donde calentaban el primer café del día, el capataz tomó el cuatro que mantenía colgado de una puntilla y pulsando sus cuerdas cantó una vieja canción cuyos versos, según él, daban la exacta medida de la situación en que se encontraba: A la leva leva leva,/ a la leva leva iré,/que si no voy a la leva/por cobarde pasaré...

Sin embargo R. J. estuvo de acuerdo con que Virginie intentara persuadir al administrador porque de esa forma, al menos durante un tiempo, alejarían los pensamientos negros y se aferrarían a la esperanza de recuperar la normalidad. Madrugó entonces más que nunca para despedirse de Medardo, que como siempre le dejó una hoja de cuaderno con instrucciones y observaciones sobre las tareas pendientes. Era una curiosa costumbre que ambos habían adquirido desde que el mayordomo incursionara en la política, dándose el caso de que este último parecía el patrón que daba órdenes y don Roberto el que las acataba o, por lo menos, internaba estar a la altura de las labores que requería Martinica simplemente para mantenerse en marcha sin colapsar.

Esa man.ma su esposa también apareció en la casa de los Guzmán para recibir instrucciones, pero relacionadas con el cuidado de Juan José. Martina y Esteban. Sería la primera ausencia de Delfilia desde el regreso de los patronos, y aunque los niños ya estaban creciditos y el mayor podía hacerse cargo de la mayoría de las necesidades de él y de sus hermanos, Virginie se había ofrecido como voluntaria para mantenerse pendiente de ellos, que estaban ya bastante habituados a ella y la querían como a una segunda madre, igual que a don Roberto, quien los consentía, procuraba darles gusto en todo y transmitirles el mayor número de conocimientos posible, siempre fiel a su deseo de convertirse en padre y pedagogo. De hecho les traía libros cuando iba a Bogotá para que los leyeran juntos y luego los ayudaba a escribir resúmenes de contenidos. También jugaban a encontrar ciudades y puntos geográficos en un atlas del Círculo de Lectores, amén de practicar cálculo mental con las cuatro operaciones aritméticas básicas.

Los cinco levantaron las manos para despedirse de la pareja cuando el campero de alquiler pasó a recogerlos con la salida del sol, y luego caminaron hasta la casa principal a tomar el desayuno preparado por Virginie. Si bien la presencia de los niños era usual en

el comedor, era la primera vez que se sentaban a la mesa tan temprano, por lo que ella y R. J. de alguna manera sintieron inaugurar un nuevo ciclo en sus vidas. Quizá por esa razón los dos abandonaron sus rutinas del día para dedicarse a prestarles a los niños más atención de la acostumbrada.

Con el paso de los días se dieron cuenta de la cantidad de tiempo que demandaba el cuidado de los jovencitos, especialmente de Martina y Esteban, que necesitaban pautas más definidas a la hora de emprender el programa de estudios diseñado por Delfilia a partir de uno que una maestra amiga suya le había facilitado. Estaba previsto que la ausencia de los padres se prolongara cerca de ocho días, pero al cumplirse ese plazo y no verlos aparecer nadie se preocupó demasiado porque como los caminos estaban convertidos en pantanos intransitables debido a la intensa temporada de lluvias que acababa de terminar, era probable que los esposos Guzmán estuviesen esperando un carro capaz de sacarlos de algún pantanero.

Por fortuna para Roberto José las mismas lluvias que demoraban el regreso de la pareja tenían la finca un tanto postrada, con la mayoría de los potreros anegados y el ganado aislado en las partes altas hasta donde la inundación no llegaba. De modo que mientras no bajara el nivel del agua podría dedicarse a estar con los muchachos Guzmán sin sentir que abandonaba sus deberes, cosa que en el fondo lo aliviaba porque malditas las ganas que tenía de pararle bolas al ganado. Lo suyo era la cría de equinos y pare de contar, pero las circunstancias recientes lo habían obligado a demostrar por las vacas un interés que estaba lejos de ser auténtico.

Cuando los campos volantes le avisaron que el nivel de las aguas comenzaba a descender y que debían aprovechar que las reses estaban agrupadas en las islas para arrearlas hasta la casa, vacunarlas y marcarlas, los dos llevaban ya mucho tiempo dándoles largas a los niños con las preguntas referentes a sus padres y disimulando su propia ansiedad. Ya era hora de que llegara a sus oídos cualquier evento fuera de lo común que tuviera demorada a la pareja, por malo o bueno que fuese, razón por la cual R. J. delegó en los peones los trabajos de vaquería ordenándoles que rindieran cuentas a Virginie y ensilló el mejor caballo disponible para salir en busca de los mayordomos. Si bien la inundación descendía rápido, el invierno había sido especialmente intenso y todavía encontraba a su paso enormes lagunas que debía rodear para ir en busca de la

carretera y de un campero que le permitiera continuar la búsqueda con mayor rapidez.

Preguntó por la pareja sin encontrar respuesta en cada recodo, tienda de camino y rancho que apareció ante su vista o tuvo a su alcance, indagó con inspectores de policía y corregidores de cuanto caserío de mala muerte encontró en su ruta hacia Villavicencio, donde hizo otro tanto en hospitales, estaciones de policía, cuarteles y, como último recurso, en la morgue de Medicina Legal. Lo que resultó más desalentador para él no fue tanto la frustración de sentirse atollado en un pantano de negativas o encogimientos de hombros sino percibir en la gente cierta indiferencia ante la tragedia y, al mismo tiempo, miradas inex-presivas que de alguna manera presagiaban lo peor. Se preguntó cuántas personas estarían en su misma situación, solicitando ayuda para saber del paradero de algún pariente o amigo en medio de una atmosfera donde la muerte era considerada un asunto banal, apenas un número, otra línea más en las listas de desaparecidos. Esto último resultaba ser lo más penoso, pues una sola ojeada a los cuadernos donde se registraban las denuncias le bastó para despertar de su aturdimiento: la cantidad de desapariciones era muy superior a la que el imaginaba antes de emprender su búsqueda, cuando creía que podrían ser entre treinta y cuarenta en toda la región. Eran muchos más, a juzgar por la longitud de las listas, y la sola idea de calcular una cifra le produjo vértigo.

Irritado, recordó conocer a un mayor del Ejército que meses arras había estado en maniobras con sus hombres cerca de Martinica. A raíz de que Roberto José les regalara una ternera para alimentarse, surgió cierta simpatía entre él y el oficial, que además resulto ser hermano menor de un condiscípulo suyo del colegio. Decidió entonces ir hasta la sede de la brigada y pidió hablar con él para explicarle el caso. Los uniformados siempre lo ponían nervioso, pero era razonable esperar que el Ejército, en cumplimiento de su deber, lo ayudase en el trance. El oficial surgió ante sus ojos tan amable como lo recordaba, pero ahora un tanto discante. Reprimiendo los bostezos tomó nota en una libre- tica y le ofreció un café al visitante, quien al sentirse en confianza quiso ir más allá del caso específico de los esposos Guzmán y le transmitió su percepción de que los militantes de la Unión Patriótica estaban siendo exterminados por alguna fuerza oscura. EJ trago de unto que

tenía en la boca lo ahogó cuando el uniformado le respondió que por supuesto en la brigada estaban al tanto del asunto, para agregar a renglón seguido:

—Pero al paso que van, nunca van a terminar con el trabajo.

Del ciclo al infierno

Regresé a Bogotá con unas ganas tremendas de renunciar a la revista nada más despachar el informe sobre el reinado de belleza. Pero con el paso de las horas y aconsejada por Lola, lo pensé mejor y decidí seguir la proverbial ley de Tarzán —es decir, no soltar un bejuco sin tener asegurado el siguiente— y quedarme al menos unas pocas semanas, hasta principios del año siguiente. Enero siempre es más propicio para salir en busca de trabajo, y de todos modos yo no quería cualquier empleo porque hasta cierto punto el que ya tenía era envidiable si consideraba la oferta laboral existente; en mi opinión, la única opción mejor que ser redactora de Placas era convertirme en reportera de La Tribuna del Pueblo, diario caracterizado por su independencia a pesar de estar siempre amenazado por el peligro de bancarrota. No obstante, se las arreglaba para circular sin apenas publicidad gracias al respaldo de un grupo de mecenas de mente liberal que no intervenían nunca en los contenidos, aunque periódicamente generaban crisis al reclamar buenos resultados económicos o, al menos, manifestar su deseo de no continuar perdiendo más plata. Yo conocía a varios de sus

periodistas, incluido el editor jefe, quien además había sido mi profesor en la universidad. Sin importar lo magro de los sueldos, muchos colegas de mi generación nos dábamos dos tropezones y un brinco por trabajar en su añosa sede, apeñuscados en unos cubículos mas parecidos a gallineros que a puestos de trabajo, rodeados de tai cantidad de papeles y documentos rancios que. en caso de ocurrir un apocalipsis nuclear, sin lugar a dudas sus ocupantes se mantendrían a salvo de la radiación.

Objetivamente, y bajo el supuesto de conseguir una plaza allí, a cualquiera que hiciera un análisis superficial del asunto le parecería un retroceso profesional. Pero por un lado a mí no me importaba el tema del dinero y por otro estaba hasta la coronilla de batallar con un perfil profesional dividido, hoy corresponsal de guerra y mañana cronista de eventos sociales, cosa que Víctor Garavito, el editor jefe de La Tribuna, consideraba una deformación rayana en la esquizofrenia. Su opinión al respecto era muy importante para mí. pues confiaba en que él me facilitaría la esperada oportunidad apenas surgiera una vacante.

Ese fin de año, al enterarme por radio del ataque del Farabundo Martí al cuartel de El Paraíso, pasé la Nochevieja buscando a mis jefes para que la revista me enviara a Chalatenango, donde evidentemente algo importante sucedía, pero resultó im-posible encontrarlos, perdidos como estaban en sus destinos vacacionales. Algo me decía que la correlación de fuerzas en El Salvador había cambiado porque no se trataba de otra incursión guerrillera más sino de una operación en gran escala, ¡y yo estaba perdiéndomela porque los burócratas de Placas celebraban las fiestas de año nuevo! Juré que si en el futuro manejaba un medio mantendría un equipo de periodistas en alerta permanente, en el improbable caso de conceder vacaciones generales a la redacción.

Cuando el año laboral arrancó en forma hacía mucho rato que las agencias de noticias y los periódicos daban cuenta de los combates en el norte salvadoreño, pero por ninguna parte aparecía un artículo que permitiera formarse una idea de la verdadera dimensión de lo que ocurría. El primer día de labores llegué antes que todos para hacerlos sentir culpables por su ausencia cuando los necesité, pero todavía sin que llegara alguien ya estaba riéndome yo por mi actitud infantil. Me miré a los ojos en el espejo del baño para decirme a mí misma que me convenía relajarme y apechugar mientras me llamaban a trabajar en el diario, y en el entretanto

Placas seguiría ofreciéndome tantas oportunidades de divertirme y lucirme como de aburrirme; así que lo importante era echar para adelante con nadadito de perro, como quien no quiere la cosa, y encontrarle el lado bueno a la realidad en que me encontraba, que como ya dije era hasta cieno punto envidiable.

Hice lo correcto, porque en esos primeros meses pude hacer dos o tres crónicas y una serie de trabajos menores que por lo visto no estaban nada mal, pues recibieron felicitaciones en los consejos de redacción de los limes en la mañana. Y en marzo, después de tanto joder con el tema, por fin Balaguera y la directora acordaron enviarme a cubrir las elecciones presidenciales en El Salvador, un gesto harto generoso y sorprendente por su parte porque su opinión era que ninguno de los dos candidatos principales, ambos alfiles de la CIA, haría nada para poner punto final a la guerra. Sin embargo volé hacia allá llena de entusiasmo porque además era probable que me encontrara con Toño, cuya agencia me proporcionaría respaldo gráfico igual que lo había hecho en Chile el año anterior.

Pero «el hombre más importante de mi vida», como le escribí en una notica que dejé en su casillero del Hotel Camino Real, donde él llegaba a dormir de vez en cuando, estaba ausente y nadie sabía dónde encontrarlo. En su lugar, otro reportero de Épsilon se me presentó como el encargado de ayudarme con cualquier foto específica que necesitara. De modo que olvidé los asuntos del corazón y me concentré en meterme en medio de algunos enfrentamientos menores que se daban en los alrededores de la capital entre el ejército y la guerrilla, y en registrar la primera vuelta electoral, que como estaba cantado ganaron los candidatos que todos sabíamos iban a ganar. Escribí la crónica y la mandé con un equipo de televisión colombiano que regresaba a Bogotá sin esperar la segunda y definitiva ronda, por considerar que cubrirla sería una pérdida de tiempo y dinero. Yo sí me quedé hasta entonces, y para lograr que la piara me alcanzara y evitar que me llamaran de regreso a Colombia por la misma razón que a los colegas de la revé, salí del hotel y me fui a una pensión barata en San Salvador. Igual, la mitad de los tiempos muertos la pasaba donde se alojaba la mayoría de los enviados y nadie me preguntaba si estaba registrada allí o no. de modo que gracias a que era vista con frecuencia en compañía de los colegas podía gozar de casi todas las instalaciones del lugar sin necesidad de firmar nada.

Fue en el lobby de ese hotel donde me encontré de sopetón

con Fuño el lunes siguiente a la segunda vuelta electoral. Me dio un abrazo tan efusivo que elevó mis pies por los aires y consiguió que mi mente se pusiera de nuevo a trabajar con la ilusión de dormir a su lado para demostrarle todo lo felices que podíamos ser. Él se dividía. Olía a bestia y su ropa, podrida por la combinación de humedad persistente y resolana, estaba a punto de rasgarse. Pero a mí me seguía pareciendo un hombre sumamente apuesto. Así se lo dije allí mismo, incluyendo el detalle de su olor, que lo hizo avergonzarse un tanto y dejar de abrazarme para dar un paso atrás como un niño pillado en falta. Mientras tomábamos una cerveza al lado de la piscina le conté que vos tenía reserva para el día siguiente en un vuelo a Panamá, donde esperaba conectar con Bogotá, así que estábamos de buenas al habernos encontrado, pues yo ya salía a descansar a mi hotel cuando él entraba al suyo. Me preguntó por qué no cancelaba mis planes y me quedaba unos días más. Prometí llevarme a ciertos sitios donde yo encontraría muy buen material de trabajo. Agregó entusiasmado y agarrándose de las manos en actitud de ruego. Me negué argumentando que mis fondos estaban agotados y que además —saqué a relucir mi orgullo profesional— tenía ya tal cantidad de buen material que incluso podría cederle algo en caso de que lo necesitara.

Rio abiertamente, cosa no muy habitual en él, que por otro lado y desde que lo conozco es capaz de sonreír todo el tiempo sin importar lo incómodo de la situación en que se encuentre; pero reír, lo que se dice reír, casi nunca.

—En serio, loquita. Quédate unos días más. Yo te presto la plata que necesites y puedes volver a dormir aquí en este hotel.

—Pero contigo —le respondí, más para sacármelo de encima que porque realmente creyera que iba a aceptar mi propuesta. No olvidaba el oso que había protagonizado yo aquella noche en Florencia.

Rio de nuevo, elevando sus brazos hacia el cielo con actitud entre resignada y piadosa, y contra todo pronóstico dijo que sí, que nada lo haría más feliz que pasar la noche en buena compañía. Pero estaba cansado, advirtió, y tan molido que no respondía si se dormía nada más salir de la ducha.

Le propuse un trato: yo no cancelaba la reserva de avión, pero me mudaba esa noche con él y al día siguiente cada uno tomaba su rumbo respectivo.

No puedo describir lo que sucedió en aquella habitación con pretensiones de suite, porque inevitablemente naufragaría en un mar de cursilería. Basta decir que para asegurarme de no sufrir la misma frustración vivida en Florencia lo asalté metiéndome en la bañera con él y tratándolo como al niño consentido que era en el fondo, igual que son todos los hombres, o casi todos. Y de la tina a la cama y de la noche a la madrugada, cuando salió el sol ambos estábamos de excelente humor pero ninguno hizo comentarios sobre lo que acabábamos de vivir. Es más. ninguno se atrevió a sugerir la prolongación de la magia, en mi caso por temor a romperla y en el de él... quién sabe.

Regresé a Bogotá sintiéndome un personaje novelesco, tan satisfecha y autosuficiente en el plano profesional como la Margaret Bourke-White de Candice Bergen en Gandhi. Me había permitido a mí misma involucrarme afectivamente sabiendo de antemano que corría el riesgo de enamorarme de un hombre inatrapable, un lince resbaloso y sensual del que siempre me separaría la geografía, porque yo no tenía la más mínima intención de dejar mi carrera en Colombia para seguir sus pasos, no sólo porque ello significaría sacrificar mis intereses sino porque, de los dos miembros de la pareja, la suscrita quedaría en desventaja y llevaría la peor parte.

Sin embargo en las semanas siguientes lo llamé varias veces al hotel, sin encontrarlo nunca. Me moría de celos, por lo que preferí pensar que estaba trabajando en el monte acompañado por guerrilleras feas y zaporritas, pegándose una curda de padre y señor mío en compañía de un asesor militar gringo en la sede del Batallón Atlacatl o en la escuela de comandos de San Francisco Gotera, fea costumbre que había adquirido en El Salvador y que él denominaba deporte de alto impacto, pues todos teníamos muy presente que los miembros de esa unidad habían perpetrado tres años antes la masacre del Mozote, ejecutando sumariamente a cerca de mil personas entre hombres, mujeres y niños. Emborrachar oficiales que por sus propias credenciales de lancero y paracaidista lo consideraban uno de los suyos le permitía sacarles información con la cual se movía de un lado a otro con la cadencia necesaria para estar siempre donde debía estar y en el momento justo. El muy descarado andaba por los cuarteles y con la misma prestancia con que lo hacía en los campamentos del FMLN, y en los mentideros informativos de San Salvador las malas lenguas aseguraban que también frecuentaba las casas de los oficiales en busca de esposas

solitarias, pues ellas, unas veces deliberada y otras inadvertidamente, también le proporcionaban información útil.

Pero realmente ninguna de esas mujeres representaba un obstáculo serio para mis intenciones amorosas. Eran distintas las razones que me hacían sentir que nuestro destino siempre sería estar separados, como comprobé unos días después, cuando me disponía a viajar a Panamá para pasar una semana con él. Me llamo para invitarme con el anzuelo de que conocía un hotelito discreto en Bocas del Toro y entusiasmada tracé en mi mente todo el cuadro del rencuentro, el abrazo y los días de playa en su compañía. Pedí vacaciones a partir del primero de mayo, escocí con sumo cuidado los libros que llevaría para leer y a él le compré Los relámpagos de agosto, El coqueto aerodinámico rocanrol color caramelo de ron y M.A.S.H., rogando que aún no los hubiese leído. Para despejar las dudas que pudiera tener en su mente quería dar muestras de estar interesada en cosas diferentes a los retozos de alcoba, así la cita tuviese implícito ese ingrediente, pues Toño me interesaba en serio en serio y quería convertirme en una mujer atractiva e imprescindible para él, no sólo como cómplice de alcoba sino como amiga.

La víspera de mi viaje salí temprano de la revista, fui a comprar unos bikinis y a visitar un salón de belleza para que me depilaran con cera las piernas y la ingle, una tortura a la que rara vez me había sometido pero que, dada la perspectiva, bien valía la pena. Iba a ser la novia perfecta aunque supiera que después del encuentro todo volvería a la normalidad; es decir, él allá y yo acá, separados por la geografía y el destino como enamorados de telenovela.

Regresé a la casa, me di un baño larguísimo para quitarme el olor a pachulí del salón de belleza, abrí una maleta de viaje encima de la cama y empecé a llenarla mientras me bebía un vaso de whisky con hielo para reducir la ansiedad. Cuando tuve completo el equipaje lo lleve hasta el lado de la puerta de salida, serví el segundo whisky y me senté en la sala a continuar con la lectora de todos los hombres son mortales hasta quedarme dormida por el efecto combinado del alcohol y una prosa pesada que, supuse, debía estar mal traducida porque la Beauvoir nunca antes me había aburrido.

Me despertó el timbre del teléfono y miré el reloj. Eran casi

las nueve de la noche y al otro lado de la línea sonó la voz de Lola:

—No creí que te encontrara en la casa. Llamé como por no dejar...

—¿Por qué no habría de estarlo? Sabes que mañana salgo de madrugada para el aeropuerto.

—¿Vas a irte de todas maneras? ¿A pesar de lo que está pasando?

—¿Y qué está pasando que yo no sepa?

—¿Ya estabas dormida?

—Pues sí...

—Despiértate, boba. Mataron a Lara Bonilla.

No dije nada. Ni siquiera me despedí antes de colgar. Me senté en el piso al lado de la mesita del teléfono, y lloré. Prendí el radio y la televisión, llamé al hotel de Panamá para cancelar mi reserva y dejarle un mensaje a Toño. Me bebí toda la botella yo sola, mirando por la ventana y sin volver a levantar la bocina del aparato, que sonó hasta bien entrada la madrugada. Como si necesitara más pruebas de que la realidad conspiraba en contra de la relación que había intentado establecer con el hombre que creía y quería amar, aquel horror no hacía más que confirmarlo.

La ruta del Pastor

La cita era en el balneario de Santa Verónica, situado en Cartagena y Barranquilla. Barracuda y yo debíamos presentarnos allí todos los días hasta que apareciera el Mocho, quien deseaba comunicarnos algo importante antes de continuar con operaciones. Después del sobresaltado primer viaje hasta Moñitos con previa escala en el Atrato habíamos hecho dos viajes uno hasta Saint Kitts y el otro hasta un punto de la costa nicaragüense al noroeste de San Andrés. En ambos el proveedor se mantuvo fiel a su método de embalar los fusiles y la munición respectiva en canecas de metal que una vez izadas a bordo, y gracias al malacate y a la grúa de la Karelia, eran fáciles de manipular y almacenar a pesar de su considerable peso.

Por desgracia en esos dos viajes estuvo a bordo Epifanio el oligofrénico, cada vez más confuso y más güevón, y montándola de compartimentación cuando la verdad era que a duras penas sabía

amarrarse los zapatos, cosa que incluso poníamos en duda si teníamos en cuenta su predilección por los mocasines de lona. Y en los puntos de descarga nos esperaba siempre un pequeño grupo de aquellos matones parcos e impecablemente equipados que tenían a su servicio un combo de pescadores, campesinos y unos desastrados guerrilleros como de menor categoría que daban muestras de estimación hacia Epifanio y descargaban las canecas en menos tiempo de lo que canta un gallo.

El caso es que no veíamos al idiota desde que nos despe-dimos de él a nuestro arribo a Cartagena, donde la Karelia quedó atracada mientras nos enfocábamos en buscar el encuentro con el Mocho, que nos tenía llenos de expectativa. Tras acudir a Santa Verónica dos días seguidos en un renolito alquilado sin que nuestro jefe diera señales de vida, Barra propuso que desde el día siguiente fuésemos acompañados por dos muchachas contratadas en una casa de citas muy lamosa, a la que acudían turistas y tipos de la Jai. De esa forma pasaríamos más desapercibidos y podríamos parrandear y pasarla bueno, pues basado en su conocimiento del Mocho creía que este era muy capaz de demorar semanas antes de aparecer. Eso en el mejor de los casos, porque también cabía la posibilidad de que no lo hiciera nunca y cambiara la fecha y el lugar del encuentro. Sobra decir que en mi interior yo rogaba que mi amigo tuviese razón, sobre todo porque quería tomar un descanso y porque la falta de mujer estaba llevándome por el camino de la amargura, pero le puse la condición de que las damas no fueran muy bofetudas sino más bien discreteas, de bajo perfil. La tarifa era lo de menos, pues después de todo trabajábamos para darnos gustos... ¿o no?

Y así fue como al tercer día salimos para la playa con Batí y Carmelita, dándoles instrucciones muy precisas de alejarse de nosotros sin hacer preguntas cuando así se los pidiéramos. Muy bonitas ambas, fácilmente habrían podido hacerse pasar por las que en la costa llaman «muchachas de sociedad» y su compañía nos costó una fortuna, pero ahora siento que ellas actuaron también como un conjuro que llegó a mi vida en un momento en que lo necesitaba. Todavía me faltaba andar mucho tiempo del timbo al tambo, pero esa temporada de playa siempre estará entre mis mejores recuerdos. Llegábamos todos los días como a las nueve, máximo diez de la mañana, y nos dedicábamos a caminar, asolearnos, conversar naderías con las chicas e incluso cometer con

ellas algunos pecaditos dentro del agua, si me entendés. En esa época la playa de Santa Verónica era muy frecuentada los fines de semana, pero en los días ordinarios recuperaba su condición de lugar poco concurrido y discreto donde uno podía permitirse esa clase de travesuras a plena luz del día. Sin embargo quizá no era tan discreto porque el dueño de la caseta en que todos los días almorzábamos mojarra y arroz con chipichipi nos ofreció alquilarnos una pequeña habitación en el segundo piso del local, donde según él tendríamos privacidad garantizada. Me agradó tanto aquel cuartico espartano con paredes de tabla y ventanas con postigos de madera abiertos hacia el horizonte que decidí no regresar a Cartagena y quedarme a dormir allí todas las noches hasta que el Mocho hiciera acto de presencia. Barra no podía hacer lo mismo porque sus obligaciones como patrón de la Karelia se lo impedían, de modo que cada tarde nos despedíamos y él regresaba a dormir en su camarote del barco mientras yo, gracias a Batí, intentaba olvidar en apenas unas noches toda la soledad vivida en el pasado, que sumada a la que me faltaba por vivir se convertía en la propia eternidad.

Cansada de las incomodidades y la pobreza espartana del lugar, al cabo de una semana Batí decidió regresar a su rutina en la casa de citas y prometió enviarme de remplazo una amiga suya acorde con mis gustos, pero yo preferí dejar que en lo sucesivo fuera Barra el encargado de escogermelo acompañante, y no todos los días sino sólo cuando yo se lo solicitara. La compañía de Batí había estado bien, salvo cuando actuaba con la clara intención de halagar mi masculinidad con una actitud que supongo ella consideraba muy profesional. Pero yo conocía muy bien mis alcances tanto físicos como mentales, de modo que no necesitaba que nadie intentara hacerme creer que era un macho superdotado porque me sentía ridículo y el efecto sobre mi ánimo resultaba exactamente el opuesto. Por eso le pedí a la muchacha que se abstuviera de hacerlo, pero ella insistía para mantenerse fiel a los protocolos de su oficio.

Cuando se despidió de mí sentí un gran alivio y enseguida me dediqué a la lectura y a caminar durante horas por la playa recogiendo palos, jugando con un perro vagabundo que me adoptó como su amo y pensando pendejadas, nada serio, nada que me confrontase con mi realidad de veterano madurito con un pasado impresentable y un futuro poco prometedor. Solitario en la vida, sin

un lugar que pudiera llamar mi casa, mis únicos bienes eran un fierro viejo y una cuenta de ahorros que se engrosaba con cada viaje sin que a mí me sirviera para un puto carajo. Lo bueno de la plata es poder gastarla, y yo no tenía en qué ni con quién, salvo con mujeres de la vida.

Y un buen día, mientras acababa de almorzar junto con Barra y Carmelita, que seguía como su dama de compañía, llegó a la caseta de palma donde estábamos una lujosa pick-up blanca manejada por el Mocho, que bajó la ventanilla y saludó alegre mientras parqueaba a la sombra de unos cocos. Vi que la puerta del pasajero se abría al otro lado del carro y temí lo peor al suponer la reaparición del inefable Epifanio, pero era un pelirrojo alto, flaco y pecoso al que jamás había visto y que rodeó el platón de la camioneta para acercarse hacia nosotros con una amistosa sonrisa en el rostro y la mano extendida en acritud de saludo.

No sé si fue debido a ese gesto o al hecho de comprobar que no era Epifanio, el tipo me cayó bien de entrada. Se le notaba que era más bueno que el pan y que no sería capaz de matar una mosca. La buena educación le brotaba por los poros y vestía normalmente, pero todo en él me hacía preguntarme cómo era que alguien tan decente podía terminar juntándose con individuos como nosotros.

Cuando el jefe nos lo presentó como Pastor, él enseguida apuntó que ese era su apodo e iba a pasar a explicar por qué lo había adoptado cuando el Mocho lo interrumpió con un gesto de impaciencia. Era evidente que el hombre se sentía como en un juego y no estaba acostumbrado a manejar seudónimos ni compartimentaciones ni ninguna de esas jodas. Lo más increíble de todo era que ni siquiera el mismísimo Mocho podía explicar las razones de su aparición en el engranaje de la operación que íbamos a emprender. Era una orden de arriba, y punto.

El paso del tiempo se ha llevado algunos recuerdos y por eso no puedo contarte en detalle qué fue lo que nos explicó esa tarde el jefe, armado con un palito con el que dibujaba en la arena diagramas, mapas y rutas mientras los cuatro bebíamos cerveza helada y Carmelita se asoleaba lejos, extendida sobre una silla perezosa hecha con bolillos de matarratón. En esencia, explicó, se trataba de lavar dólares, muchos dólares, trayéndolos físicamente a Colombia para ser cambiados aquí o para que sus dueños los

atesoraran. Entendía que en principio pudiera parecer raro aquello, pues se suponía que nosotros trabajábamos trayendo fierros para la guerrilla, pero debía ser franco y decirnos que se trataba de un servicio temporal prestado a nuestros clientes de siempre y a los proveedores de armas, justamente a cambio de que nos permitieran seguir trayéndolas, como de hecho ocurriría porque dentro de algunos meses, quizá semanas, las canecas empezarán a llegar con ambas clases de carga. En rigor no estaba en la obligación de contárnoslo, pero creía necesario hacerlo porque nosotros habíamos sido gente de fiar y, después de todo, aparte de trabajar con él éramos sus amigos, ¿o no?

Durante la conversación Barracuda asentía con indiferencia, el pelirrojo intentaba disimular la excitación que le producía todo el asunto y yo sencillamente intentaba asimilar lo que escuchaba. Cuando comenté que lo de la combinación de formas de lucha ya pasaba de castaño a oscuro, la ironía congeló la sonrisa en la cara del jefe, que no me mandó a comer mierda en ese momento porque evidentemente me necesitaba de verdad. Tenía planeadas para mí muchas cosas buenas, me dijo ya en privado, y no creía que la operación tuviese éxito si no contaba con mi cooperación.

Estaba previsto, aclaró para reforzar su argumento, que mi injerencia en la parte que manejaría Pastor sería gradual. Entretanto debía seguir navegando con Barra en busca de los cargamentos acostumbrados, y paulatinamente él iría mostrándome la otra parte del negocio, el extremo opuesto de la madeja; así yo no sólo tendría oportunidad de formarme una idea global de la operación sino de retirarme cuando quisiera, en caso de considerarlo necesario. Justamente por eso me necesitaba, para que yo fuera sus ojos y oídos, para darse cuenta a través mío de los niveles de riesgo que asumiríamos todos, porque lo que se venía era complicado, aunque no imposible.

Al principio yo estaría en el extremo colombiano de la ruta. En el otro, Pastor despacharía las canecas desde Nueva York por un circuito ya diseñado que ya había probado su eficiencia en unos envíos de prueba, pero como aún quedaban sin resolver varias dudas al respecto era necesario que yo recibiera los primeros envíos en la Karelia. Con el paso del tiempo y a medida que la operación se consolidara, mi principal labor consistiría en recorrer con atención la que llamó «línea de suministros» para comprobar su seguridad y hacer los ajustes necesarios hasta llegar a Nueva York, encontrarme

con Pastor y acompañarlo un tiempo. Miré a este último a los ojos para ver si decía algo o manifestaba alguna indecisión, pero sus ojos me miraban entre risueños y tranquilos, como si estuviese a punto de empezar un emocionante viaje de placer y no una operación delictiva en pleno corazón del imperio.

Lo que siguió fue cuadrar fechas y memorizar ciertas claves y santo y señas antes de pasar a tomar más cerveza y ponernos a conversar sobre otras cosas como si nos conociéramos de toda la vida. Dado el carácter abierto de Pastor tal cosa era fácil, y antes de que subiera a la camioneta del Mocho para regresar a Cartagena yo ya sabía que estaba casado, que toda la vida había trabajado en el campo, que no era hombre de armas aunque supiera usar escopetas de cacería, que hablaba perfecto inglés y conocía cada rincón de Nueva York como si hubiera nacido allí, razón por la cual lo habían reclutado. Encantado de hacer el trabajo, me garantizaba que estaría a la altura de las circunstancias. Podía ser un recién llegado al negocio, pero me juraba que se comportaría a la altura de las circunstancias.

Yo no lo sabía aún, pero para ese momento Pastor ya había estado en Nueva York y mandado un cargamento de canecas sin ninguna carga comprometedoras en su interior. Se trataba apenas de una prueba y el contenido consistía en cinco toneladas de un químico grasiento y muy espeso, utilizado como materia prima en la fabricación de lubricantes para bandas transportadoras y cadenas de producción industrial.

No volvería a ver al nuevo miembro del equipo durante un tiempo, pero el Mocho me informaría periódicamente acerca de los progresos alcanzados por el responsable de la oficina de Nueva York. Era innecesario que nadie me dijera nada al respecto, pues yo lo deducía cuando recogía los embarques, muchos de los cuales venían etiquetados con unas letras claras y nítidas, trazadas con marcador indeleble negro que muy probablemente eran escritas por él. A medida que pasaba el tiempo y yo cumplía citas con el Mocho, este iba dejando caer datos sueltos respecto a la vida de Pastor, a quien describió como un finquero fracasado y cercado por las deudas. Su acreedor principal era el hombre que nos contrataba, pero mi jefe juraba no tener ni la más remota idea de quién o quiénes eran realmente los dueños de los dólares o de los fusiles. En el caso de estos últimos, dudaba que estuvieran destinados al EPL, a pesar de lo que aseguraba Epifanio. Yo opinaba lo mismo,

primero que todo porque los matones mudos que recogían la carga no encajaban en el perfil guerrillero, y segundo porque si tal cosa fuera cierta ese movimiento, que a esas alturas estaba más aporreado que mesa de cantina, ya habría emprendido acciones importantes utilizando la cantidad de fierros recibidos durante los últimos tiempos. Mi principal sospecha era que estuviésemos haciendo de gancho ciego en una operación que terminaría perjudicándonos a nosotros, pero el Mocho rechazaba de plano esa posibilidad y me prometía darse la maña para asegurarse de que no fuera así. Él lo dudaba mucho porque tenía la certeza de que Pastor era familiar del gran jefe, del «dueño del aviso», como gustaba llamarlo cuando nos encontrábamos a solas, cosa que ocurría ahora con mayor frecuencia que antes. Era improbable que nuestro patrón en la sombra metiera a su pariente en una operación de gancho ciego, insistía.

En ese año hicimos con Barra siete viajes más transportando canecas por todo el Caribe, hasta que le pregunté al Mocho cuándo empezariamos en forma la operación con los dólares y se murió de la risa.

—¡Güevón! ¡Llevas seis meses trayéndolos por paqueteos!

Así era, en efecto. La mitad de los cargamentos va venían llenos de plata y ni Barra ni yo nos habíamos dado cuenta, pues a ninguno se le había ocurrido abrir una caneca para examinar su contenido, lo cual probaba que estábamos rutinizados y que en últimas nos importaba un culo qué transportábamos o para quién lo hacíamos. En mi caso, prefería seguir andando ese camino antes que permanecer en Colombia mirando a izquierda y derecha, en el sentido literal y en el político también, para ver en qué bando me alineaba. La situación era en extremo difícil debido a la guerra que los carteles habían declarado al gobierno para detener la extradición de nacionales hacia Estados Unidos, con la que yo tampoco estaba de acuerdo, pero no hasta el punto de secuestrar políticos y periodistas, o sorprender policías en la calle para matarlos por una tarifa, o sembrar bombas en las esquinas para destripar civiles. Me gustaba pensar que mi trabajo de contrabandista ayudaba a socavar el poder del imperio llevando el problema hasta su territorio. A pesar de no estar en contacto con el tráfico de drogas, no me cabía duda de que el dinero que sacábamos de las tierras del tío Sam era producto de ese negocio.

En alguno de los viajes de ese año estuvo Epifanio a bordo, pero en otros no, y ninguno de nosotros tuvo la más mínima intención de preguntar por qué a veces zarpábamos sin su com-pañía. Eso sí, la carga siempre nos la recibían los mismos vergajos de uniforme limpio, cada vez mejor armados y más numerosos.

En ese momento el Mocho me envió a Miami y allí pude ver cómo embalaban las canecas, ya marcadas con la letra de Pastor, en contenedores que salían para muelles en San Petersburgo y Pensacola. En Galveston y Nueva Orleans había otras estaciones donde ocurría lo mismo, y tras comprobar cómo llegaba la carga de canecas en camiones procedentes del norte, me encontré con Pastor en un hotel de Jacksonville, desde donde arrancamos un recorrido por la autopista interestatal 95 y sus carreteras aledañas a lo largo de toda la costa oriental de los Estados Unidos hasta llegar a Nueva York, el punto de origen de la ruta y el más crítico. Siempre había deseado conocer la ciudad, pero hubiese preferido visitarla como turista y no como bandolero, que era en lo que me había convertido por las circunstancias y también por mi impulso de sacarle el cuerpo a la guerra.

Drácula en la Sierra

Resultó ser verdad que Bernabé tenía hombres bajo su mando; y bastante eficientes, a juzgar por la forma en que nos escoltaron desde Fundación hasta Platea en una caravana de camionetas y camperos que se erizaba más y más de fusiles a medida que ascendíamos por las trochas de la Sierra. Para alguien acostumbrado a ver mucha gente armada no era un hecho extraordinario, pero en esa lejura y con todos vistiendo prendas civiles, el despliegue de cartucheras, cananas, granadas y armas largas no dejaba de generar inquietud.

Algo distinto fue el efecto del mencionado despliegue sobre Marisol, que miraba todo el tiempo a su alrededor sin conseguir disimular un sentimiento que pasó de la sorpresa inicial a la franca simpatía hacia aquellos muchachos que la trataban con la cortesía debida a una reina. En la práctica lo era, pues se trataba de la madre de su líder y amigo, a quien admiraban y seguían a ojo cerrado, confiados en la capacidad que él tenía para guiarlos en momentos difíciles y mantenerlos a salvo, siempre y cuando se limitaran a cumplir estrictamente las órdenes que les daba. Todo

aquel que no lo hiciera era desarmado y apartado del escudo protector del grupo, e incluso podía llegar a pagar con su vida si la desobediencia o desatención lo ameritaban.

Esa fue una de las primeras cosas de las que me enteré durante la primera mañana después de regresar a nuestra casa, donde el muchacho nos esperaba parado en la puerta para darnos una bienvenida con abrazos. Bernabé León, alias Mazo, podía ser el mejor comandante del mundo cuando sus órdenes eran obedecidas al milímetro. De lo contrario se desdoblaba hasta convertirse en un demonio que hacía honor al nombre de guerra que le habían endosado sus enemigos después de sufrirlo. Su Luna de sanguinario, porque eso era él y a estas alturas no voy a dejar de referirme a las cosas por su nombre, lo acompañaba desde sus primeros días de entrenamiento en un lugar del Magdalena Medio, a donde había ido como recomendado de algunos Finqueros vecinos de Platea, ya organizados en autodefensas por los días en que nosotros salimos hacia Santa Marta. Tras dejarnos en esa ciudad, no tuvo más que seguir las indicaciones que le habían dado ven cuestión de días ya recibía adiestramiento por parte de un equipo de instructores integrado por exparacaidistas israelíes y oficiales retirados del Ejército colombiano expertos en contrainsurgencia.

Advierto que lo anterior, y en general todo lo relacionado con su proceder posterior a mi vergonzosa huida de la Sierra, lo averigüé por mis propios medios y no porque él me haya contado nada, pues Bernabé nunca ha sido un tipo inclinado a abrir su alma ni siquiera con su madre, a la que venera y respeta sobre todas las demás personas, incluidas sus novias y amoríos. Lo que conozco de sus andanzas se lo debo a mis amistades y a lo poco que he logrado sonsacarle a Toscano, a pesar de que este se hace el loco diciendo que es apenas un mayordomo ajeno a cualquier tema relacionado con las autodefensas. También lo sé gracias a mi capacidad de observación y a lo que he deducido de mis breves charlas con el propio Bernabé, siempre parcas y llenas de va-guedades por su parte, pero no por la mía, pues he procurado ser incisivo y cuestionarle sus métodos de guerra, eso sí respetándolo porque también es cierto que ha hecho gala de una gran habilidad a la hora de hacerse fuerte en Platea, sin acatar órdenes de nadie ni dejarse absorber por ninguna otra estructura armada. El suyo ha sido un camino individualista para el que no espera aprobación o aplauso, y es allí donde radica la desenvoltura

con la que ha conducido a su gente en operaciones caracterizadas por un salvajismo medieval, calificativo en verdad benévolo si consideramos que él y sus hombres han recurrido a métodos inenarrables para mantener la vereda libre de intromisiones y contrariedades.

Al principio de su dominio sobre la zona, a los pocos días de regresar con un pequeño puñado de sus amigos más cercanos, fue apodado Diablo debido a la saña con que liquidó a un grupo de la guerrilla que se aproximaba a cobrar la vacuna mensual. Era una cuadrilla que ya antes había estado en la zona intimidando y amenazando, llegando incluso a matar a un cafetero que se negó de plano a pagar el diezmo exigido. A ese grupo no sólo lo emboscó sino que además él mismo ultimó con tiros de pistola a los heridos y a los sobrevivientes, tras lo cual ordenó decapitarlos y colgar las cabezas de un árbol con propósitos disuasivos. Los restos, enterrados en una fosa común, fueron cubiertos con una capa de cemento sobre la que escribió cuando aún estaba fresca: «Vereda Mirador de la Ciénaga. Zona libre de plagas».

Le pido perdón por el lugar común, señora, pero hay ocasiones en que uno debe ser estrictamente literal: la noticia de aquella masacre, porque no de otro modo podía ser calificada, se regó como pólvora hasta llegar a oídos de las autodefensas del área, que llevaban bastante tiempo sin asomar sus fusiles por allí para evitar la confrontación, en una tácita reparación del territorio entre dos enemigos en principio irreconciliables, un «hagámonos pasito» no declarado al que habían llegado con su adversario natural para poder concentrarse en su objetivo básico: traficar con droga. Supongo yo que muy intrigados por una derrota de la guerrilla que ellos no habían propiciado y podía significar el fin de un periodo tranquilo, los paras volvieron con cautela a las fincas vecinas a Platea para preguntar, al principio tímidos y después enfáticos, quiénes combatían al enemigo sin notificar antes a la comandancia. De paso, recordaron a los interrogados que si el negocio resultaba afectado por ese tipo de conducta salida de madre, todos saldrían perjudicados.

Les costó tiempo y paciencia recabar la información necesaria antes de poder empezar a preguntar por el Diablo con insistencia cada vez mayor, pero este no apareció para dar explicaciones ni envió la más mínima señal que diera a entender su intención de dar la cara a los mandos. En consecuencia, estos

decidieron dejar de lado la diplomacia y enviaron una fuerza de treinta hombres con la misión de buscarlo y obligarlo a dar explicaciones ante una suerte de junta de gobierno que patrocinaba con dinero las autodefensas regionales y les daba soporte político. Su discurso sonaba muy gerencial, digamos, pero era obvio que se trataba de una citación ante un tribunal o una corte, llámela usted como prefiera, en todo caso un proceso al final del cual lo esperaba una sentencia para nada favorable.

Cuando me enteré de que Bernabé había estado a punto de ser ultimado por quienes lo convirtieron en lo que me pareció era una paradoja enormemente injusta, a pesar de no comulgar con sus métodos. Pero lo concreto es que lo buscaron para acabarlo, no por su empleo desmedido de la fuerza sino por no acatar los dictados de una inidentificable y vaporosa jerarquía, constituida por gente pudiente y políticos venales, que para no darle más vueltas y hablar claro suelen arroparse bajo la misma cobija. El poder acompañado por la impunidad conduce a la desfachatez, y por eso aquellos matones, uniformados igual que nuestros soldados y contando incluso con mejores equipos y una privilegiada información de inteligencia, llegaron una mañana a Platea después de peinar la zona interrogando y hostilizando a todo el que encontraron. Nadie había soltado prenda y la familia Toscano tampoco lo hizo, no sólo para proteger a su patrón- citó sino porque en verdad no tenían ni la más remota idea acerca de su paradero.

Durante su incursión robaron ganado, hirieron malamente a un muchacho que intentó defender a su novia del manoseo del jefe del grupo, quemaron un beneficiadero de café y perpetraron mil tropelías que no hicieron otra cosa que cerrarles aún más las puertas. Frustrados, al cabo de tres días iniciaron el descenso hacia el plan de Fundación. A mitad de camino un disparo de RPG detuvo en seco la primera camioneta de su caravana. Debido a lo angosto de la trocha, flanqueada por un alto barranco y una pronunciada ladera al otro lado, el resto de los vehículos no tenía más opción que detenerse y los hombres ocultos debajo intentaron resistir el fuego de fusil que les llovía desde todas partes. Los que intentaron escurrirse por la ladera plagada de rastrojo fueron cazados por gente que los esperaba apostada en la parte baja. El resto quedó literalmente reventado al pie de las camionetas.

A los heridos los remataron y los pocos sobrevivientes ilesos fueron llevados al patio de juegos de una escuela cercana que se

encontraba en construcción. No voy a recurrir a ambigüedades para contar lo que siguió a continuación, porque la verdad monda y lironda es que Bernabé los obligó a alinearse sobre el suelo de tierra con los pantalones abajo. Mientras sacaba punta con un cuchillo a la rama que cortó de un árbol dijo que menos mal estaban en la escuela, porque ese era el mejor lugar para aprender algo de la historia del conde Drácuta, que empaló por el ano a treinta mil turcos. A renglón seguido amenazó con hacerles lo mismo, azotándolos en las nalgas con la estaca. Luego los hizo poner de nuevo en pie para preguntarles quiénes habían dado la orden de cazarlo, y al no recibir respuesta tomó una pistola para descerrajarle un tiro en la rótula al más cercano. Pero aparte de rogar por sus vidas, ninguno supo entregarle un nombre distinto a los ya sabidos, de modo que caminó frente a la fila y le rompió la rodilla a otro con una pesada maza de cantera que los albañiles de la escuela habían dejado recostada contra una pila de ladrillos. «Para economizar munición», dijo.

Sacudida por la brutalidad del acto, su propia gente enmudeció y dejó de hostilizar a los prisioneros. Bernabé les ordenó entonces traer una caja de whisky para brindar por la victoria, aprovechando que los vecinos empezaban a llegar desde todas partes para congratularse con los ganadores de la confrontación. Una vez tuvo a sus hombres lo suficientemente achispados y cantando a coro los vallenatos que transmitía una emisora, les ordenó empalar a los rehenes, tomando él mismo una de las estacas.

Los testigos recuerdan que alguien subió al máximo el volumen de la grabadora, como queriendo acallar los ruegos de los prisioneros, que permanecieron amarrados allí dos días, con los rabos expuestos al aire, humillados por todos y temblando ante la inminencia de una sentencia que finalmente no se produjo, pues Bernabé permitió que los desataran y los dejaran bajar a dar la noticia, pero aún sin pantalones y jalando los guandos en que llevaban a sus heridos.

Tres semanas después subieron agentes de la policía judicial, así como jueces de instrucción criminal que se encargaron del levantamiento de los cadáveres y de establecer, sin éxito, quién era el responsable de aquel horror. Debieron conformarse con anotar en sus librerías que era un hombre joven, en sus veinte años, cuya estatura y color de piel no recordaba ninguno de los testigos

interrogados, sin cicatrices visibles, al que nadie había visto nunca antes y al que algunos de sus subordinados llamaban Mazo y otros Estaca.

Brújula enloquecida

A cualquiera le habría sucedido lo mismo: tras varios años yendo de un lado a otro del mapamundi, era ingenuo pensar que Toño conservaría su naturaleza inalterable, inmune al paso del tiempo y de acontecimientos difíciles de asimilar desde todo punto de vista. Su cercanía con realidades desagradables terminó provocando sobre su espíritu un impacto continuado que en forma paulatina lo hizo desear un cambio de dirección para su vida. Sobre todo al darse cuenta de que había tomado demasiadas decisiones acorralado por las circunstancias, urgido por la falsa dicotomía del ahora o nunca, impulsado casi siempre por alguna razón absurda que le recordaba a Simón el Bobi- to sugiriendo abrir un hoyo para meter allí la tierra sacada de otro. La sucesión de sus tropezones a lo largo de la vida empezaba en la Barranquilla de su infancia, a donde regresaba de vez en cuando en busca de recuerdos en apariencia vanos como el sabor del jugo de níspero o del arroz de lisa, los olores emanados de la tierra antes y después de un aguacero, o el brillo incandescente de la superficie del mar a esa hora en que el sol busca ocultarse para convertirse en cómplice de la noche y sus pecados. En el caso de estos últimos, invariablemente los asociaba con mujeres, licor y por supuesto los amigos, quienes al verlo de regreso lo convertían en el pretexto ideal para escapar durante un rato de la maraña de convenciones y reglas sociales que los asfixiaban, pues no sólo veían en él al excondiscípulo invicto que aún no probaba matrimonio ni paternidad, sino al aventurero amoral a quien podían echar la culpa de sus ocasionales deslices hacia vicios de viejo y nuevo cuño, variados placeres con que homenajearan al visitante para reiterarle su estimación.

Lo que más contribuía a reforzar la percepción que sus amigos tenían de él era que al llegar de visita a Barranquilla hacía que la capa exterior de su personalidad, su cáscara, correspondiera a la de un tipo primario y superficial, familiarizado con la violencia y por ende capaz de ejercerla en caso necesario. Obsesionado además con el sexo y consecuentemente con las mujeres, completaba el retrato del perfecto machista con un amor hacia los deportes que, de no encontrarse absorbido permanentemente por su

trabajo, lo habría convertido en uno de aquellos especímenes capaces de asistir a los estadios o de parquearse frente al televisor durante días para seguir el desarrollo de un campeonato.

Al principio no le importaba proyectar esa misma imagen en todas partes y no sólo entre sus amigos de infancia, e incluso le agradaba que lo percibieran así, pero después decidió dejar salir a flote y no ocultar otras dos pasiones que, cultivadas desde la pubertad, revelaban a un individuo menos primario: la lectura y la música. Respecto a la primera era más bien ecléctico —omnívoro se definía a sí mismo— y se zampaba todo lo que se le atravesara. Siempre llevaba en el morral algo para leer y apenas terminaba un libro lo dejaba abandonado donde fuera visible para que otro lo aprovechara. Tenía la costumbre de marcar con firma y fecha los ejemplares ya leídos, añadiendo algún breve comentario crítico en la primera página como forma personal de lanzar botellas al mar de la estulticia. No decía estupidez o ignorancia o bobería sino estulticia, palabreja que de vez en cuando le gustaba esgrimir para humillar de frente y con elegancia a determinada persona, que solía quedar muda y desconcertada por no estar muy segura del significado exacto del término y encontrarse lejos del diccionario.

Asiduo visitante de las librerías de los aeropuertos, era capaz de despachar dos libros en un vuelo trasatlántico, pues su miedo a volar le impedía conciliar el sueño y las películas proyectadas a bordo no hacían más que incrementar su pánico ante la menor turbulencia, que también se le despertaba con la simple permanencia del FASTEN SEAT BELT en las consolas del avión, interpretada por él más como alarma que como recomendación de rutina a bordo. Hacía tiempo había abandonado la pretensión juvenil de mantenerse actualizado en sus lecturas y no compraba libros de autores en boga porque al cabo de no pocas frustraciones y decepciones terminó decidiendo que lo mejor era no pararle bolas a las modas bibliográficas y evadir las tendencias, ignorar las ediciones que seguían al anuncio de cada premio Nobel, no leer ningún libro ganador de concurso con menos de cinco años de publicado y una serie de prerrequisitos risibles que revelaban su neurastenia al respecto.

Casi nunca citaba autores y tampoco era posible establecer si alguno de ellos era de su predilección, pero ciertas opiniones suyas me condujeron a deducir erróneamente que le resultaba muy difícil trascender la literatura del siglo xix. Y digo que era un error

mío porque, aparte de los autores obligados del boom y quizás algunas cosas de Borges, yo creía que él no conocía nada más, pero después me llevaría una que otra sorpresa al descubrirlo enteradísimo de la obra de autores que yo jamás habría asociado con sus gustos. Hablo de gente como Mann, Caballero Calderón, Alfonso Reyes, Gómez Valderrama o, en cualquier caso, nombres no pertenecientes a la era dorada de la novela decimonónica, donde yo creía que se encontraba encallado desde su adolescencia.

Su otra pasión era la música, que también lo acompañaba desde siempre. De ser esencialmente un rockero declarado, de aquellos que no desperdician la menor oportunidad de aplicarse una buena dosis de vatios, sus gustos se expandieron hacia la salsa, el jazz y la música clásica. En este último terreno su inclinación lo llevó a alcanzar cotas de refinamiento que le permitían distinguir sutilezas sonoras con la misma facilidad con que un catador profesional distingue cepas, años de cosecha y nacionalidad del vino. Si bien no alardeaba con su cultura libresca, no ocurría lo mismo con sus conocimientos de música, en especial si era clásica. En esa materia se preciaba de poder distinguir si el intérprete de determinada partita de Bach era Arrau, Horowitz o Rubinstein, y durante una de sus visitas a Bogotá lo encontré en una cena sosteniendo una discusión con un reputado crítico y erudito acerca de si Dina Lipatti o Daniel Barenboim imprimían más o menos sentimiento a la hora de tocar a Chopin. Más que la altura de la conversación, para los allí presentes lo llamativo del debate se debía al hecho de que uno de los dos contendientes era apenas un fotógrafo de prensa, profesión a la que en Colombia se asocia más con el servicio doméstico que con el periodismo.

Consideraciones gremiales aparte, Toño vivía prácticamente todo el tiempo con los oídos conectados a un Walkman del que sólo se desprendía cuando quería concentrarse en su trabajo sin cometer torpezas. Sus conversaciones estaban plagadas de citas extraídas de versos de salsa y el rock, como en una carta que me remitió desde Guatemala, a donde había ido en busca de un reportaje sobre los kaibiles, un batallón de élite del ejército. En ella me decía que el horror no era patrimonio exclusivo de Colombia y que para el estallido de una guerra bastaba apenas con el primer disparo. Estaba cansado de aquello, agregaba, y no propiamente porque el horror de la contienda guatemalteca lo afectara más allá de lo previsible, sino por simple hastío, por estar hasta la coronilla de ver

a los seres humanos insistiendo en imponer sus puntos de vista a punta de plomo. Sus consideraciones al respecto eran tan deprimentes que me dejaron preocupada hasta el punto de releer dos veces más la carta. En la siguiente llamada telefónica, que me hizo una vez llegó a su apartamento de Nueva York, retomé el tema citándole Gimme Shelter, mi himno personal, que habla de lo mismo pero también dice que el amor está a solo un beso de distancia, animándole enseguida a que intentara distraerse con sus amigas, pero cortó el tema de tajo pasando a otro asunto.

Entonces era imposible adivinarlo, pero en ese momento mi recomendación de relacionarse con mujeres le produjo muchísima incomodidad porque, no obstante importarle un comino que sus amigos estuviéramos al tanto de su predilección por las casadas infieles y del placer que obtenía al involucrarse en aventuras adúlteras, en tiempos recientes y en secreto se había dedicado también a fotografiar mujeres desnudas, una afición que sí prefería mantener oculta. Comenzó como una broma, sólo unas tomas hechas al azar durante su encuentro con una mujer a la que le pareció divertido ser fotografiada y colaboró asumiendo el papel de modelo, «just for fun». Cercana a cumplir los cuarenta años y húngara de segunda generación, era dependiente de una tienda de productos fotográficos ubicada en el distrito neoyorquino donde se concentra ese tipo de negocios, los laboratorios de revelado, los almacenes de cámaras y lentes, así como los estudios de fotógrafos prestigiosos. Por tanto estaba familiarizada con el tema y, aunque no era modelo ni tuvo jamás entre sus planes convertirse en una, accedió con entusiasmo cada vez que Toño, durante sus cortas temporadas de descanso en la ciudad, le pidió que posara para él en sesiones que invariablemente terminaron yendo más allá de lo profesional.

La cámara como falo, citaría de memoria algún cultor de Susan Sontag, con lo cual se ajustaría estrictamente a la forma como evolucionó una afición vergonzante que tiempo después Toño terminaría por confesarme. Una vez la húngara pasó a la historia hizo la misma propuesta a otra amiga y luego a otra, no sólo en Nueva York sino en algunos de los sitios que visitaba, incluidas Colombia, Panamá y República Dominicana, que terminaron siendo sus lugares favoritos de casting. Una vez abandonó la práctica de buscar modelos entre sus amigas y amantes. La experiencia le dictó que lo mejor era reclutarlas en los burdeles, lo cual resultaba

bastante costoso en términos de dinero pero muy económico en cuanto a malentendidos y complicaciones posteriores. Además, las meretrices eran más proclives a complacer sus requerimientos, que cada vez se tornaban más extravagantes y complicados porque lo suyo rendía a trascender la simple pose erótica para ir hacia el terreno de lo pornográfico.

Ni mucho menos pretendía justificarse, aclaró el día en que me reveló esa faceta de sus intereses, pero afirmaba estar con-vencido de que en el mundo en general, y no únicamente en fo-tografía, los límites entre lo moral y lo inmoral eran difíciles de establecer, lo mismo que entre la verdad y la mentira. Tal cosa era tan válida para las fotos que tomaba en sus días libres como para las que lograba en sus asignaciones periodísticas, y en ninguno de los dos casos estaba dicha la última palabra. Obligado a escoger, le parecía mucho más obscena la foto de un niño famélico en un campo de refugiados que un desnudo, por vulgar y crudo que este fuese.

Quizás empezó a exteriorizar esas reflexiones conmigo por haberme conservado siempre cerca de él, esperando la reaparición de la magia de aquella noche en San Salvador, o a lo mejor por considerarme la única persona capaz de escucharlo dada mi condición de colega. El caso es que él acababa de llegar de Sudán, donde había cumplido una asignación voluntaria de seis meses en un país que, decía, era muy parecido al nuestro en la medida en la que allí se libraba un conflicto civil disfrazado de guerra en la que gobierno e insurgencia recurrían a expedientes inenarrables. Salvo alguna referencia al trabajo de los enviados de la Cruz Roja o a Médicos sin Fronteras, únicas organizaciones por las que aún sentía algún respeto, su relato no llegaba más allá y se negaba de plano a contar en detalle las experiencias en el África subsahariana que habían llenado la copa de su aguante. Sencillamente no podía más. Pidió y obtuvo una licencia de un año para dedicarse a descansar, pero en realidad salió para Colombia apenas pudo, otra vez en busca de Lola, pues no descartaba que ella hubiese cambiado de parecer y fuera menos reacia a que ensayaran de nuevo a establecer una relación. Era francamente increíble que cada vez que chocaba contra el rechazo de ella emprendiera la retirada para volver después a insistir, como si el paso del tiempo disminuyera la contundencia de la negativa.

Esta vez la necesidad de ser aceptado se le notó hasta un

punto en que Lola se asustó y decidió desaparecer durante un rato, adoptando una actitud exactamente opuesta a la que yo habría asumido. Preparó entonces su equipaje y el de las niñas y se fue unos días a Cartagena con la esperanza de que a Toño le pasara la ventolera. En realidad la actitud de nuestro amigo, que a todas luces tenía un componente menesterozo, estaba relacionada más con esa crisis anímica que en los seres humanos suele presentarse en edades más tempranas, pero que en el caso de Toño había sido postergada por el prolongado servicio militar y la violencia.

Cada vez más ensimismado, casi mudo, vivía una suerte de segunda adolescencia. Se relacionaba con los amigos que lo buscaban pero no tomaba jamás la iniciativa, y se sumergió en un universo personal casi autista al que pude asomarme por ser la persona de su pasado con la que más se encontraba. Sin embargo estaba lejos de haberse convertido en un ser oscuro y triste, porque aún reía, recibía en su casa visitas que frecuentemente terminaban en fiestas, escuchaba música y leía, afirmándose en esa fortaleza tan suya que siempre lo sacó de apuros. Vivía las leerás de las canciones y recuerdo que una noche, borrachitos ambos en un bar de la calle 84 donde tocaban grupos de reggae, me recitó la letra de Eiti Leda y de Misguided Angel, el tema de un grupo que hasta ese momento yo desconocía, diciéndome que ambas canciones se ajustaban a lo que sentía.

Creo que fue a partir de allí que empecé a tener claro que a pesar de nuestra cercanía física y de la amistad que con el tiempo habíamos consolidado, yo había perdido la oportunidad de conquistarlo para mí, lo cual no condujo a que en adelante dejara de prestarle atención, aunque mi deseo por él fue remplazado eventualmente por otro tipo de sentimientos. Y cuando esa noche me dejó en mi casa y se fue en el taxi quién sabe con qué rumbo, su mirada de despedida a través de la ventanilla del vehículo mostraba a las claras que la brújula de Antonio Almanzor andaba loca. O, como él mismo acababa de decir al fusionar los versos de Sui Generis con los de los Cowboy Junkies, era un ángel extraviado en busca de su sombra, probablemente perdida en algún subterráneo.

Manhattan business

Muy pronto me di cuenta de que si llevar la guerra al corazón del imperio era un acto de audacia y soberbia, no era

menos cierro que con un poco de malicia los riesgos podían reducirse considerablemente. Los Estados Unidos son un país de dimensiones tan enormes en todos los sentidos, que sus fortalezas son también sus debilidades. Digamos que esa fue una de las conclusiones derivadas de mi experiencia durante las primeras semanas de mi incursión en territorio hostil. Cualquier peleador callejero sabe que con una mezcla de movilidad y paciencia se puede vencer a un gigante, girando a su alrededor a la espera de que abra la guardia para lanzarle a través de la brecha una rápida y contundente andanada de golpes. Y para el caso, nosotros éramos peleadores callejeros.

El ejemplo claro de lo que digo estaba en la autopista interestatal 95, que a bordo de un carro alquilado nos llevó desde Florida hasta la capital del mundo. La ruta era en la práctica un eje alrededor del cual se entorchaba una maraña de carreteras secundarias que permitían evitar la vía principal, algo que para mí resultaba clave, acostumbrado como estaba a los retenes colombianos impasables, plantados en medio de caminos que casi siempre eran la única ruta posible. Llegué a los Estados Unidos imaginando que allá sería lo mismo, pero Pastor me sacó rápido del error, muerto de la risa porque la policía de carreteras no indagaba nunca por el contenido de un camión a menos que sufriera un accidente o alguien reportara una carga ilegal. Y como teníamos que enviar nuestras canecas a través de la mencionada maraña, sentíamos una cierta tranquilidad que yo esperaba no se convirtiera en negligencia.

Al principio de aquel viaje, y debido a mis nulos conocimientos de inglés, me sentía huérfano al separarme de Pastor cuando este iba al baño o entraba al almacén de una bomba de gasolina a comprar algo. Solo, muerto de miedo, creía ver policías encubiertos basta debajo de las piedras y en consecuencia no me atrevía a dirigirle la palabra a nadie por temor a ponerme en evidencia, pero muy pronto descubrí que ni siquiera necesitaba el idioma local, pues buena parte de las personas con las que me relacionaba eran trabajadores latinos de los moteles y restaurantes donde paramos a dormir y comer. Yo ya sabía que la migración desde nuestros paisitos era numerosa, pero no por ello dejaba de impresionarme la gran cantidad de personas procedentes del sur del río Bravo, casi todas dedicadas a cumplir con las labores más humildes. Daban ganas de decirles que se devolvieran para su tierra

porque su estatura, su color de piel y su inglés de tercera los condenaban para siempre a ser incongruencias culturales a las que no se les daría oportunidad de hacer algo más que limpiar sanitarios. El sueño americano escurriéndose por la caza de un orinal desportillado, pensé al entrar a un baño y ver a un indio bajito y canoso que aseaba el lugar transmitiendo en sus movimientos una mezcla de rutina y resignación.

No obstante, esa presencia latina —hispana, dicen los gringos— era tan nutrida que constituía un tejido social bastante favorable para nuestros propósitos. Si el sistema de carreteras era una coladera a través de la cual podía pasar todo, esa multitud de piel marrón y trigo en la que resultaba imposible saber quién era legal y quién ilegal, quiénes tenían permiso de trabajo y quiénes no, constituía una especie de manto protector, un muy conveniente camuflaje que permitía mover de un lado a otros enormes volúmenes de cualquier tipo de contrabando. Con razón entraba tanta droga a los Estados Unidos, le dije a Pastor. Y con razón nosotros podíamos sacar de la manera más impune armas y dólares en rama del país con los sistemas de seguridad más sofisticados del mundo.

Sonriendo al escucharme, mientras encendía un Camel y buscaba Ja desviación hacia Nueva York, Pastor me aclaró:

—Hermano: has visto muchas películas. No hay tal seguridad. En realidad los Estados Unidos también son el país de la impunidad. Los gringos son ingenuos y, al contrario de lo que ocurre en Colombia, por razones culturales presumen la buena fe de los demás, cosa que en este caso nos conviene. Lo de la seguridad es un mito porque aquí (o que prima es la tendencia a que cada persona se ocupe de sus propios asuntos, *mind your own business*, delegando el trabajo de vigilancia en la tecnología. Pero aún no se inventan la cámara ni el detector que pueda vencer nuestra malicia indígena. De modo que si no damos papaya, no van a pillarnos jamás...

No alcanzaba yo a imaginar cuánta razón tenía aquel hombre pleno de confianza que me llevó de la mano durante mis primeros días en la enorme ciudad, a la que entramos a través de un túnel construido bajo el lecho del río Hudson que nos metió de Heno en la parte baja de Manhattan, donde Pastor había alquilado un pequeño apartamento como vivienda para mí. Antes de viajar yo

había investigado un poco y sabía que los colombianos se concentraban en el condado de Queens, y supuse que ese era el lugar más lógico para vivir porque, aparte de simplificarme las cosas ante la falta del idioma, me permitiría camuflarme mejor. Sin embargo, Pastor opinaba distinto:

—Error, hermanito. No me consta, pero por simple lógica es fácil deducir que Queens está lleno de policías y sapos. En cambio aquí en Chelsea, en medio del mierdero de Manhattan, nadie va a reparar en ti. Acuérdate: *mind your own businesses* el lema que cada neoyorquino lleva tallado en la frente. Ahora que si lo que quieres es conocer Queens, si te da nostalgia de la tierrita y añoras los sabores del sancocho, las arepitas, los tamales y demás, te prometo que un día de estos te llevo por allá.

En efecto, mi paranoia del principio desapareció rápido, en cuestión de horas. El súper de mi edificio era un portorriqueño buenísima gente con el que nos caímos bien de entrada, y el y los miembros de su familia, que ocupaban un apartamento del primer piso, me dieron las primeras guías para desenvolverse en el barrio, saber dónde estaban los mercados más cercanos, los restaurantes sabrosos y baratos, las estaciones del metro y las paradas de bus. El aporte de Pastor a mi educación ciudadana fue mostrarme los restaurantes un poco más caros, ciertas cafeterías donde nos encontrábamos para desacañar huevos revueltos con papas, y las nunca bien ponderadas salas de cine, en cuya penumbra me sentía supremamente cómodo y a salvo de cualquier peligro potencial, pues por simple reflejo me la pasaba imaginando que algún policía en alguna oficina anónima estaba al tanto de nuestra presencia y de lo que hacíamos. Entonces me tranquilizaba sentarme en la última fila mientras intentaba entender la película y mantenía en la visual a todos los espectadores de la sala.

Mi rutina diaria, aparte de encontrarme con Pastaren los lugares más disímiles que podas imaginar, era caminar de arriba abajo la ciudad, especialmente hacia la parte sur, y al poco tiempo me desenvolvía con propiedad a través del laberinto de calleas y diagonales de Soho, el Village, Lower East Side, Alphabet City y en general la parte de la isla de Manhattan ocupada originalmente por los holandeses y los primeros habitantes anglófonos, una zona que me generaba sensaciones ambivalentes, pues por un lado era un paisaje nuevo para mí, pero por otro me producía la extraña sensación de haber estado allí antes, no una sino varias veces.

Los días de trabajo propiamente dicho Pastor me citaba a través de un bíper, nos encontrábamos e íbamos en metro o en taxi hasta otro lugar donde un personaje nos entregaba las llaves de un carro. Ese carro llevaba en el baúl armas, dinero o ambas cosas, y nosotros lo llevábamos hasta otro punto de la ciudad, siempre distinto al anterior, donde uno de los nuestros recibía las llaves y se lo llevaba para empacar la mercancía.

Más o menos cada dos semanas, Pastor me ponía cita por el bíper en alguna esquina, me recogía en su carro y juntos íbamos hasta una bodega alquilada por él en Nueva Jersey, donde recogíamos un pequeño camioncito ya cargado con canecas. Nuestra labor consistía en etiquetarlas de acuerdo con un código que cada una de ellas tenía escrito sobre la tapa estipulando, por supuesto en clave, quiénes eran los remitentes y destinatarios de la mercancía, que nosotros llevábamos hasta las terminales de empresas de transporte, esas sí legales, que a su vez las tras-ladaban hacia alguno de los cuatro puertos donde nuestra gente las esperaba para llevarlas a Colombia o, después me enteraría, a las Bahamas o las Islas Caimán, que también constituían destinos alternativos de esa otra parte del negocio. Empleábamos indistintamente diversas empresas de carga terrestre, todas de reconocido prestigio y que movían enormes volúmenes de mercancía, de modo que nuestras remisiones pasaran inadvertidas en medio de toneladas y toneladas de otras canecas y contenedores con toda clase de materiales.

Si alguien llegaba a desasegurar y retirar por curiosidad la tapa de una de las canecas, encontraría una especie de pasta grasosa muy espesa de color verde y que despedía un olor picante. Y si tenía hígados para hurgar la superficie, se toparía con una capa de rodamientos y chumaceras. En medio de aquello iban acomodados los fusiles y bolsas con atados de billetes, que no se veían porque la grasa era realmente muy oscura. La tapa y los costados lucían etiquetas autoadhesivas con el destino de cada una escrito por la clara letra de Pastor, quien las había mandado imprimir con un lema en el cual se leía: Engine Parts & Supplies Inc. Dueño de sí en todo momento, moviéndose como pez en el agua, él bromeaba con los empleados de las transportadoras como si se conocieran desde siempre, y estos lo llamaban indistintamente Bobby, o Robert, o mister Casasbuenas, que era como firmaba en el renglón correspondiente al remitente: Roberto J. Casasbuenas, y

agregaba el número de su teléfono celular, uno de los primeros modelos Motorola que salieron a la venta, tan pesado que debía llevarlo colgado del hombro en una especie de maleta.

El día en que me di cuenta del nombre con que firmaba se volteó hacia mí con una sonrisa en el rostro para decirme que esa era su verdadera identidad. Tenía instrucciones del Mocho para fabricarse una falsa, pero había decidido desobedecerlo porque consideraba que, ya entrado en gastos, daba lo mismo el nombre. De cualquier modo, si aparecían los federales de la DEA, de la ATF, de la aduana o de lo que fuera, lo encontrarían untado hasta la médula y no se salvaría de un cañazo que le significaría veinte años en prisión como mínimo.

—Lo de las armas vaya y venga, es un delito grave. Pero si nos pillan sacando la plata, ahí sí que se nos va hondo porque no hay nada que más les duela a estos gringos, que la quieren roda para ellos. Lo que más les revienta las pelotas no es el narcotráfico en sí, sino que el producido se escape hacia Colombia.

Esa reflexión me hizo caer en cuenta de que la relación se había invertido y que si bien al principio agregábamos fajos de billetes en las canecas de los fusiles, ahora las armas eran la ñapa en las canecas del dinero. Ese hecho cambiaba las cosas para mí, le dije a Pastor-Roberto, que me pidió no apresurarme a tomar decisiones hasta tanto él no me explicara bien el asunto. Entendía que mi ética personal me dificultaba involucrarme en una operación en gran escala de lavado de dinero, pero si lo pensaba bien no había mucha diferencia entre lavar poca o mucha plata. Lavado era lavado, y de paso contribuía con la insurgencia gracias a los envíos de armas que, me garantizaba, continuarían haciéndose y regresarían a sus volúmenes anteriores.

Objetivamente tenía razón, pero yo no conseguí salir del mar de dudas en que me sumergí en los siguientes días, durante los cuales Roberto trabajó en solitario para permitirme pensar en paz. Decidí que regresaría a Colombia en unos días y le pedí encontrarnos para decírselo a él antes de informar al Mocho. Me citó en una cafetería ubicada en el Upper East Side donde solíamos encontrarnos y hacia allá salí, vestido con traje de paño, un fino abrigo y unos zapatos costosísimos. Era invierno y aunque no nevaba hacía un frío de la puta madre. Un sombrero de fieltro, orejeras y guantes completaban mi pinta, que me parecía de lo más

elegante. Al bajar del metro noté que llevaba como quince minutos de adelanto y decidí caminar lento hasta detenerme en una esquina para admirar un edificio bellísimo, de los primeros construidos en el barrio donde habita la gente más adinerada del planeta, personas que en cuestión de segundos, mientras se lavan los dientes o echan comida en la pecera, toman decisiones cuyas consecuencias afectan el destino de millones de seres.

Cuando bajé la vista del artesonado de la construcción vi a un señor de unos sesenta años que llevaba atado a una cadena un perro grande, flaco y evidentemente finísimo. Sus ojos azules se clavaron en los míos con insistente desprecio, como preguntándome qué hacía yo allí, por qué me atrevía a pisar su vecindario con mi aspecto de latino que la ropa cara no conseguía ocultar. ¿Qué esperas parado allí, delincuente?, parecía gritarme con un mohín displicente de su boca. Me dio tanta rabia sentirme examinado por aquel ricacho que lo miré con odio, mandándole también mudos mensajes amenazadores. La cosa funcionó porque reanudó su camino y yo me quedé mirando su nuca, viendo en él la viva imagen de una clase acostumbrada a mandar sobre el mundo y a incrementar su fortuna en progresión geométrica mientras nosotros nos matamos en su patio trasero por mil y una razones resumidas en una sola: la puta pobreza.

Aquel racista seguramente era socio de alguna de esas empresas que manipulan los precios de los alimentos, desarrollan tecnología de punta para armas y naves espaciales, o simplemente especulan en el mercado financiero para tragarse a los peces chicos sin generar durante el proceso ni una sola plaza de trabajo. La plata generando plata por el simple hecho de ser plata.

Agradecí mi encuentro con él porque despejé mis dudas y recordé las razones de fondo por las cuales yo había vivido lo vivido, y decidí decirle a Roberto que me quedaba en Nueva York sin importarme un soberano qué carga mandábamos ni quién era el destinatario. Lo importante era patearle las bolas al imperio. Suele suceder que los peleadores callejeros sean algo impulsivos.

De herbicidas y demás yerbas

En ocasiones pienso que la letra del himno Nacional bien pudo ser cambiada a partir del asesinato de Rodrigo Lara Bonilla. En lugar de «cesó la horrible noche» ahora debería cantarse «llegó la horrible noche», porque ese suceso marcó el inicio de una y

tenebrosa época cuyas consecuencias aún persisten.

Belisario Betancur, presidente conservador con empaques de poeta al igual que Rafael Núñez, el autor de la esperpéntica parrafada del himno, ha debido tomarse la molestia de a su antecesor en el cargo para honrar la memoria de su ministro de Justicia con un par de versos, aunque muy probablemente le hubiesen resultado igual de malos. Pero hablando en serio y en honor a la verdad, al menos B. B. tuvo la decencia de pronunciar un discurso en el que anunciaba el fin de la tolerancia frente a la mafia, que había conseguido permear todas las rapas de la sociedad. Recuerdo que entonces me pregunté cuán untada de porquería estaría la clase dirigente si el propio presidente anunciaba durante el sepelio que la permisividad con K» traficantes tocaba a su fin. ¿Qué tanto sabía él? ¿Qué políticos tendrían componendas con los carteles? ¿Cuáles, aparte de los hasta hacía poco anónimos personajes ya reconocidos en el Congreso, eran socios de los caciques de los partidos? Vistas en perspectiva, hoy parecen preguntas bastante candorosas, pero debe tenerse en cuenta que en ese entonces nadie, o casi nadie, podía medir las dimensiones reales de la enfermedad que carcomía el alma del país, así como ninguno era capaz de predecir lo que vendría después.

Lo cierto es que sin duda el eje del conflicto colombiano giró a partir de entonces al ritmo impuesto por la lucha contra los carteles, al menos de boca para afuera, pues en aquel discurso el presidente también habló de revivir la extradición de nacionales, un mensaje que tácitamente involucraba a los gringos como aliados v. de paso, reconocía que el estrangulamiento de nuestra justicia le impedía enfrentar el problema por sí sola.

Parte de la nueva estrategia consistió en incrementarlas fumigaciones sobre los cultivos de marihuana, que de tiempo atrás venían siendo asperjados con un potente herbicida llamado Paraquat. Como las mafias compraban en Perú y Bolivia la pasta de coca para procesar la cocaína que después exportaban, aún no se contemplaba la posibilidad de fumigar los cultivos locales de este arbusto, que con el tiempo dejarían de ser escasos para extenderse por todo el país.

Escribir de estas cosas es un poco cargante porque al ser temas archiconocidos se corre el peligro de ofender la inteligencia del lector del presente, pero en aquel entonces constituían un

terreno relativamente nuevo en el que iríamos adentrándonos a medida que sufriéramos las consecuencias del creciente tráfico de drogas. De momento el enemigo más visible era la marihuana, la pobre y sabrosa Mary Jane que ni siquiera entraba en la clasificación de los narcóticos, y en menos tiempo del que se tarda en decir Cannabis indica me encontré a bordo de un avión Twin Otter de la policía que nos descargó a un grupo de reporteros en el aeropuerto de Santa Marta, donde nos esperaba un helicóptero para llevarnos hasta un remoto lugar de la Sierra Nevada y mostrarnos las pruebas con un químico llamado glifosato, destinado a remplazar eventualmente al Paraquat.

En presencia de personalidades del alto gobierno y una variada fauna de las denominadas fuerzas vivas de la nación, dos helicópteros adaptados para el efecto dejaron caer en calidad de experimento miles de litros de la nueva sustancia sobre dos hectáreas sembradas con marihuana. Nosotros registramos la operación desde una cima también sembrada de marimba y algunos aprovechamos para cortar moños que metimos camuflados en nuestros maletines de trabajo. Tras regresar a Bogotá, de nuevo a bordo del avión policial, cada cual dio buena cuenta del botín o lo repartió entre sus amigos. En casa de herrero cuchillo de palo: de haberse encontrado presente durante nuestro desembarco en la terminal de la policía en Eldorado, un perro entrenado habría enloquecido de dicha al detectar nuestro contrabando.

El punto es que el tránsito de Paraquat a glifosato se dio con inusitada rapidez y sin divulgar debidamente, ni mucho menos debatir, los resultados de las pruebas de laboratorio que demostrarían la conveniencia o inconveniencia de rociarlo sobre un santuario ecológico y cultural. Como si el gobierno tuviese prisa y no le importara hacerles daño a la naturaleza y a las comunidades indígenas que habitaban la Sierra, el nuevo herbicida se convirtió desde entonces en una de las principales armas en la lucha contra el narcotráfico, logrando que el remedio fuera peor que la enfermedad porque los campos fumigados, como por generación espontánea, solían aparecer en otro lado y nunca había suficientes químicos ni aviones para erradicarlos. En los dieciocho meses que siguieron, varios periodistas realizamos investigaciones y escribimos sesudos informes que intentaban señalar el hecho, pero ni entonces ni después hubo poder humano que lograra hacer entender a las autoridades que estaban llevando a cabo su guerra en el frente

menos indicado. Un grafito escrito de madrugada sobre una pared cercana a la sede de Placas resumía el punto de vista de quienes no estaban de acuerdo con las fumigaciones: «Belisaurio glifosfacho».

En un plano muy personal, me parecía un chiste algo arbitrario y quizás injusto con la persona del presidente, pero las fumigaciones sobre la Sierra Nevada tenían tal carga de iniquidad que habrían sido el recuerdo más vergonzoso y triste de su gobierno si no fuera por la debacle del Palacio de Justicia, ocurrida más de un año después y que acabó por desmoralizarme del todo al hacerme ver que aunque Belisario no fuese tacho de corazón sí había permanecido trémulo, paralizado por el pánico en medio de su acobardado gabinete ministerial mientras los milicos retomaban a sangre y fuego el edificio de las cortes, irrespetando las vidas de los civiles atrapados entre dos fuegos.

Pero antes de que ocurriera tan fatal desenlace, recuerdo que el día de la toma llegué cuando apenas empezaba el despelote y me parapeté en una de las esquinas de la plaza. Como aún no veía a ninguno de los fotógrafos de Placas saqué mi humilde Olympus tic pequeño formato que llevaba en la mochila y durante un buen rato tomé fotos de los soldados apostados en las esquinas, de la llegada a la Plaza de Bolívar de los blindados de la Escuela de Caballería, de la evacuación de civiles, de la fachada de la Casa del Florero convertida en improvisado centro de operaciones militares y de los rostros de estupor de los transeúntes. Al rato, me pareció extraño que mi cámara siguiera funcionando y decidí rebobinar el rollo por temor a reventarlo, pero la falta de tensión en la palanca me hizo caer en cuenta de que nunca la había cargado con película, de modo que al abatimiento que me producían los hechos debí agregar la frustración profesional. Probablemente las más no hubiesen sido fotos merecedoras de premios, pero al menos habrían tenido frescura y sentido de la oportunidad.

Fue tan profunda la depresión en la que quedé setenta y dos horas después, una vez se apagó el incendio y escribimos a los trompicones una edición extra de la revista, que al día siguiente de aquel cierre no conseguí ponerme en pie para llegar al trabajo. Permanecí en la cama llorando como una magdalena, con el alma tan hundida que ni siquiera podía leer. Para acabar de rematar me atacó una violenta gripa con dolor de huesos, fiebre y la consecuente visita de un médico traído por Lola, que me prescribió reposo absoluto durante una semana. No bien transcurrieron unos

cuantos días de mi tratamiento ocurrió la avalancha que sepultó Armero, de la que me enteré a través de la radio y la televisión hasta llegar a un estado casi catatónico, no sé si producido por el horror de lo que escuchaba y veía o por el efecto del coctel de medicamentos que tenía entre pecho y espalda. A lo mejor influyó en mí la vergüenza al saberme colega de algunos que usaron la tragedia para su lucimiento personal, actitud normal en otro tipo de cubrimientos periodísticos pero que en medio de semejante tragedia provocaba náuseas. De esos días a duras penas me queda el recuerdo de la presencia de Lola y sus reconfortantes abrazos, que eran el mejor paliativo para una melancolía sin remedio posible.

Mi amiga opinaba que yo debía cambiar de especialidad, dejar de jugar a la reportera audaz y dedicarme a cubrir la cultura o la ecología, en las que podría encontrar temas más edificantes y gratificantes.

—Tú sensibilidad no está diseñada para soportar las cosas que ocurren en este país de locos. Hay cosas mucho más importantes a largo plazo que la política practicada a bala.

Yo no estaba de acuerdo, pero igual decidí renunciar a Placas sin esperar a tener otro trabajo, y con los ahorros me fui a pasar una temporada a la playa de Salgar, en una casa alquilada que mi exmarido me consiguió por un precio bastante razonable. Tan barato era el alquiler que pude estirar mi presupuesto y en lugar del mes inicialmente planeado me quedé tres. Únicamente veía a Maní, que me llevaba cada tres o cuatro días un mercadito para surtir la nevera, y a Lola, que vino con las niñas algunos fines de semana desde Bogotá para acompañarme.

Yo había supuesto que ante la magnitud de los acontecimientos de aquella semana de principios de noviembre Toño abandonaría su reticencia a volver a trabajar en Colombia, pero como no ocurrió así le pedí a Lola que lo ubicara y lo invitara a venir, sabiendo de antemano que en caso de aceptar el llamado él sólo tendría ojos para ella y yo quedaría ninguneada, pero eso no me importaba en lo más mínimo con tal de verlo. Hacía ya tiempo de nuestra frustrada cita en Panamá, y si bien él me escribía y en ocasiones conseguíamos hablar por teléfono, yo deseaba encontrármelo de nuevo. A lo mejor podría aconsejarme sobre cuál camino tomar ahora que estaba en el asfalto, pero llevaba desaparecido casi tres meses, su cabeza absorta en alguna guerrita

de mierda, de esas que sólo interesan a los traficantes de armas, a los especuladores financieros y a las agencias de noticias. Con el pesimismo exacerbado a causa de los recientes acontecimientos, temí por él y lamenté no profesar alguna fe para poder rezar, rogar a Dios que lo salvara de la muerte.

El caso es que Toño no murió, pero tampoco visitó al país por aquel entonces. Yo debería esperar todavía antes de volver a verlo y poco a poco, a sorbitos, mi depresión fue quedando atrás gracias a los cuidados de Lola y Maní, que en ningún momento dejaron de prestarme la atención necesaria. Regresé a Bogotá renovada, resuelta a escuchar los consejos de mi amiga en lo referente a trabajar temas sobre ecología o cultura, suponiendo que así me resultaría más fácil entrar a trabajar en La Tribuna del Pueblo bajo la tutela de mi profe Garavito.

En efecto. lograr una plaza en esas áreas de la redacción era menos difícil pero tampoco había vacante en el momento. No obstante Garavito me aconsejó que por mi cuenta hiciera reportajes. crónicas, entrevistas, lo que deseara, que él me las publicaría reconociéndome algunos honorarios, aunque no muchos, pues como era su costumbre La Tribuna seguía caminando por el borde del precipicio financiero. Acepté encantada el traro propuesto y llamé a Mani y a Lola para darles la buena noticia, teniendo en cuenta que su mayor preocupación era un eventual retroceso mío hacia el socavón de la melancolía. Lola se presentó de inmediato en mi casa y las dos, sentadas frente a una botella de vodka y con una buena provisión de varilles, elaboramos una lista de temas que eventualmente podrían llamar la atención del editor del periódico.

Esa noche ella trajo a colación el nombre del doctor Héctor Javier Retamoso. médico obsesionado con la biotecnología, doctorado en ingeniería genética y además experto en electrónica. uno de esos personajes que como dijo Lola ya achispada, medio en serio medio en broma, tienen más carrones que un tugurio. Extrañamente, el tipo no era uno de los pretendientes con que había topado en su vida de divorciada, aunque la visitaba con cierta periodicidad pero sin intenciones distintas al simple interés de conversar y estar un rato en el mundano ambiente de tertulia artística que la rodeaba, bastante alejado del rigor de los laboratorios, las aulas y los salones de conferencias en los que habitualmente él se movía.

Retamoso y yo habíamos coincidido e intercambiado atropellados saludos en muy pocas oportunidades, pero como es fácil suponer él no se acordaba de mí y yo apenas tenía una idea muy vaga de su trabajo. Según entendía, en el pasado había formado parte de un grupo de investigación médica adjunto a la Nasa que desarrollaba técnicas de mejoramiento de la capacidad pulmonar y cardíaca. Además integraba comités y juntas médicas de hospitales desperdigados alrededor del mundo, aparte de dictar cada año un apreciable número de conferencias y seminarios. Con semejantes credenciales, no dudé mucho cuando latía ofreció ponernos en contacto, pues hacía poco tiempo él había manifestado interés en divulgar una investigación que muy probablemente revolucionaría el planeta científico. Era un trabajo con tortugas marinas que, según argumentaba, el país necesitaba conocer para sentirse orgulloso de que en materia de ciencia Colombia no se quedaba atrás respecto a los avances alcanzados en otras latitudes.

En principio el asunto me sonó a historia repetida por aquello de la ciencia como inductora del orgullo nacional, viejísimo tópico que aparece recurrentemente en los titulares de prensa y que sin embargo continúa siendo atractivo para el público y por supuesto para los editores, razón por la cual me presenté lo más rápido posible en la oficina que el doctor Retamoso tenía en Bogotá. No había tiempo que perder, pues él ya llevaba semanas preparando un viaje a la costa del Pacífico en dos lanchas equipadas para realizar sus estudios y el cupo era limitado. Llegué vestida con esmero, con pinta de chica aventurera que se le mide a todo, pero al mismo tiempo con suficiente coquetería para dejar ver todo lo agradable que podía llegar a ser como compañera de viaje. Sé que es una estupidez creer que todos los hombres pueden ser seducidos de manera tan ramplona, pero las excepciones a la regla son pocas. Algo así como un cero coma cero cinco por ciento dentro del cual no estaba incluido el científico de marras.

La caballería, esa obsolescencia

Cuando era joven escuché decir a mi padre que con la d los hombres adquirimos sabiduría para tomar decisiones y Memos a regular nuestros movimientos, de modo que no empleamos más brío del necesario cuando vamos en busca de alcanzar nuestros propósitos, sean estos grandes o chicos, ambiciosos o humildes. Eran otros tiempos y aunque yo respetaba mucho sus opiniones las asumía como consejos no pedidos, quizá debido a que el ímpetu

juvenil jamás ha sido proclive a escuchar lecciones o a reflexionar acerca de las sentencias emitidas por otros. Pero con los años tales palabras, a las que en su momento no otorgué valor, adquirieron inmensa importancia para mí.

Mi padre y sus hermanos eran hombres que juzgados bajo los raseros actuales, proclives a medir todo en función del dinero, podrían ser considerados exitosos en la carrera o actividad abrazada por cada uno, fuese esta la agricultura, la abogacía, la ingeniería, la medicina o la milicia, que en todas las profesiones y oficios había un Almanzor. Sin embargo también tengo presente que a partir de cierto momento todos ellos adquirieron un aire cansado, como si les diera trabajo continuar hacia adelante con sus vidas, obviamente por causa de la edad, que no perdona y aprieta con crueldad a los hombres hasta hacerles entender que en su caso lo más conveniente es la resignación.

En otras palabras, el conformismo también puede ser talante de sabios y uno de los principales valores de la edad ma-dura, por no mencionar la palabra vejez. Supongo que eso me permitió asimilar el golpe sufrido al darme cuenta de que mi nieto, la persona a quien más he querido en el mundo, no sentía un mínimo de respeto hacia otros valores, los que yo había defendido toda la vida y que bien podían resumirse en una sola palabra: honor.

Voy a intentar explicarme: aunque mi padre era abogado Y comerciante, en su familia siempre hubo tradición castrense y sólidos vínculos con el Ejército. No estoy hablando de años sino de muchas décadas, más de dos siglos durante los cuales el apellido Almanzor peleó en Colombia y en el extranjero con el uniforme puesto y por las causas más diversas, desde las que pretendían mantener el orden establecido hasta las revolucionarias. Menciono lo de la variedad de ideales y propósitos para hacerle notar que en todas aquellas luchas del pasado no es posible encontrar en mis antepasados acuerdo alrededor de un credo político y mucho menos religioso, pero sí unanimidad respecto a la lealtad, a la capacidad de entregar la vida por la causa o el ideal escogido, llámese este justicia, libertad, orden, democracia o cualquiera de los valores ubicados en la cumbre de la pirámide ética, donde el que más destaca por su brillo es el honor, palabra que para mí debería escribirse siempre con mayúsculas.

Ese sentimiento llenó mi cuerpo y mi alma desde que adquirí

uso de razón y fue reforzado en la adolescencia por la lectura de las novelas de Enrique Sienkiewicz y Walter Scott que me regalaron dos tíos militares, tan deseosos ambos de reclutar émulos entre los parientes de la siguiente generación que competían a la hora de hacerme ver las bondades de la milicia. Así las cosas, hacia el final del bachillerato yo percibía el ejercicio de las armas como la meta más alta a la que podía aspirar un hombre y hasta soñaba con encabezar cargas de caballería, ya sabe usted: docenas, centenares de caballos lanzados al galope para aplastar bajo sus herraduras todas las iniquidades que aquejan a la humanidad, jinetes impecablemente ataviados levantando hacia el sol sus sables para que el enemigo viera cómo se le venía encima la cólera de Dios materializada en acero de Toledo, ante el cual su única salida posible era rezar, rogar misericordia mientras corría en busca de refugio.

Sobra decir que para mí nunca fue posible vivir tal cosa, pues me hice cadete y llegué a la milicia tras la desaparición de la caballería con caballos. Después vinieron los blindados y las aeronaves, en ese orden, y de los inspiradores lanceros de la In-dependencia a duras penas quedó un vago recuerdo, avivado por obsoletos escuadrones que desfilan cada 20 de julio y el nombre de un curso para especialistas en guerra irregular. En el Ejército de Colombia que me tocó en suerte sólo podía servir en la infantería y dejar de lado los sueños de novela juveniles, cosa que logré sin mayor dificultad porque a los pocos días de ingresar en la milicia me sentí en mi elemento, como si esta hubiese sido diseñada para mí.

Yo entendería si tales pensamientos le sonaran vanos a una dama enmarcada en la modernidad, y casi podría adivinar que en este mismo instante usted intenta ocultar la risa que le produce comprobar que eso que llaman machismo no se cura con la edad, pero no me avergüenza para nada hablarle de unos ideales que, reconozco, no sólo son infantiles sino también rancios. Después de todo yo era poco más que un niño cuando ingresé a la academia militar, donde la instrucción hacía énfasis en asuntos cuyos matices eran bastante distintos de los que un jovencito podía aprender en los libros de aventuras, pero en el fondo los aludidos conceptos heroicos permanecían intactos, por lo que se puede decir que de todas maneras fui educado con ellos como referencia. Es un hecho incontrovertible que las formas de pensar y de ver el mundo no desaparecen así no más de la noche a la mañana. Los verdaderos

cambios de mentalidad pueden tardar siglos en producirse y otro tanto en tener un influjo real sobre la sociedad.

No obstante debo reconocer que frente a mis dos hijos varones nunca intenté ser portador y transmisor de la mentada estafeta, pues no me preocupé en lo más mínimo por inducirlos a la milicia, asumiendo que ellos emprenderían los caminos que desearan, vistiendo o no uniforme. Ya le dije que al no vivir con ellos bajo el mismo techo me resultaba imposible no delegar en mi esposa las funciones que en realidad me correspondían, y lo hice cerrando los ojos de la misma manera en que uno se lanza a las aguas de un río. Por fortuna todo terminó bien, incluso en el incierto y convulso caso de Antonio, quien en lugar de malograrse consiguió levantar cabeza, pero dentro de mí permaneció una espinita que intenté sacarme apenas nació Bernabé. Me propuse, y esto también se lo dije a usted antes, que con mi nieto sería distinto nada más tomar conciencia de que yo sería el principal responsable de su educación, la cual intenté impartirle de la mejor manera posible para no repetir mi anterior fracaso como pedagogo.

A medida que él iba haciéndose hombre, tanto su madre como yo confirmábamos no estar del todo descaminados al valorar el innegable el cansina que el muchacho proyectaba gracias a su generosidad con los demás y a su manera desparpajada de ver el mundo y relacionarse con los demás. Pero supongo que su alma debió sufrir cambios muy importantes cuando la guerra dejó de tener lugar más allá de la vereda y llegó hasta nuestra puerta obligándonos a emprender las de Villadiego. En aquel momento descendió hacia el plan de Fundación con una rabia y un dolor inmensos que disimuló muy bien, supongo que por consideración hacia nosotros, pero una vez estuvo seguro de que Marisol y yo quedábamos a salvo, empezó a buscar su desquite.

En otro país o en otra época su talento natural para el liderazgo, demostrado a edad tan temprana, seguro le hubiesen granjeado la gloria y el éxito en cualquier campo. Pero había nacido en Colombia y sufrido la guerra, que todo lo trastoca y en vez de convertir el carbón en diamante lo vuelve cisco. Su manera de combatir le granjeó el cariño y la obediencia ciega de su gente, pero no propiamente por pelear limpio sino por todo lo contrario, porque cuando se lanzaba al ataque no tenía miramiento alguno y usaba la fuerza en forma desmedida, como si no le bastara la victoria militar, sino que quisiera ir más allá, dejando constancia de las cotas de

maldad que él y sus hombres eran capaces de alcanzar.

Desconcertado ante una evidencia que contradecía todos mis esquemas mentales, yo no sabía a qué atribuir comportamiento tan salvaje, y cuando le comenté a Marisol al respecto fue ella la que me hizo caer en cuenta de que la explicación era el miedo. Bernabé sentía tanto miedo que pretendía protegerse con todo lo que tenía a mano, y por eso actuaba sin piedad y le costaba trabajo dejar vivos a sus enemigos. Él era, aseguró con convicción de madre, apenas un muchacho como cualquier otro, bueno en el fondo pero acorralado por unas circunstancias que no permitían muchas opciones. «Además la gente habla más de la cuenta y exagera», agregó. Tenía claro que él no era ninguna perita en dulce, pero dudaba mucho de la veracidad de los relatos que describían las acciones de su hijo como matanzas y actos de barbarie inenarrable. Y lo dudaba porque ella se lo había preguntado expresamente y él había negado que tales cosas fueran cierras.

De contera Bernabé se las arreglaba cada tanto para recordarnos a todos que su propósito era garantizar la tranquilidad en ese lado de la Sierra. Sabido es que de buenas intenciones está empedrado el camino hacia el infierno, pero ni por asomo iba yo a contradecir el sentir de una mujer que veía en su hijo a un ser especial, distinto de los demás a pesar de parecerse mucho a ellos. No era un asesino cruel sino un luchador por la libertad empujado por el destino a ejercer la violencia. La mejor prueba de ello era que ahora estábamos de vuelta en nuestra casa y que en los alrededores empezaban a notarse signos de paz y de progreso, con gentes que regresaban a sus fincas y parcelas a retomar sus vidas gracias a las garantías de Bernabé León.

Ante hechos cumplidos de forma tan contundente yo debía tomar una decisión respecto a mi permanencia en aquel lugar, la cual implicaría una tácita aprobación a la conducta del muchacho. La alternativa era volver a bajar en busca de la relativa tranquilidad de la cabaña cerca del río Buritaca, cosa que en la práctica no sólo significaría un acto de censura hacia él y su gente sino una estupidez, porque si por acá llovía por allá no escampaba. Se trataba de un territorio también controlado por autodefensas que cobraban cumplidamente las vacunas y, para ser franco, una vez puesto a escoger prefería pagarlas en la zona donde estaban mis intereses. Pero por desgracia lo que enfrentaba no era un asunto de dinero sino fundamentalmente un problema de principios, un

quebradero de cabeza con múltiples implicaciones de tipo ético.

En ese momento necesité ayuda, escuchar otras voces que me ayudaran a decidir qué camino tomar en lo personal, pues estaba claro que no tenía sentido intentar que Marisol y Bernabé cambiaran, cada uno a su manera: ella, su percepción de las autodefensas; y él, su manera de hacer la guerra. Entonces se me ocurrió que si Antonio supiera realmente cuál era su verdadero parentesco con quien aún seguía considerando su medio hermano, podría ayudarme a pensar en algo y a lo mejor darle algún consejo que partiera de su propia experiencia y no de mí. que era visto por el comandante Mazo como un carcamal obsoleto sin la más mínima idea acerca de cómo se adelantaban operaciones en la guerra moderna.

De modo que estaba de nuevo sobre el tapete la posibilidad de contarle a Antonio la verdad sobre su paternidad, decisión que siempre aplacé por una u otra razón, al principio porque él era muy joven para enfrentarlo y después porque sencillamente se fue a buscar su destino en otras tierras y desapareció de nuestras vidas. Marisol siempre se negó de plano a contar la verdad a cualquiera de los dos implicados, y yo nunca hice un esfuerzo realmente importante en ese sentido porque además ella me había hecho jurar que jamás lo intentaría.

Lo concreto era que Antonio no estaba presente y que yo debía decidir en solitario qué rumbo tomar, no sin antes sostener con Bernabé una última conversación en los términos más serios. Ya habíamos tenido dos o tres encuentros en los que intenté hacerle ver mi punto de vista respecto a sus métodos, y estaba claro que no quería entender bien mis objeciones, pero eso no significaba que yo no pudiera continuar intentándolo.

Pero cuando quise confrontarlo y fui en busca suya a una finca cercana donde me dijeron podría estar, no lo encontré. En los meses siguientes hice otros intentos, siempre con el mismo resultado. Le mandaba razones y él siempre respondía dándome largas, hasta que terminé convencido de que él deseaba evitar cualquier encuentro conmigo. Dejé de verlo y Marisol también, aunque se carteaban mucho entre los dos. Y durante los años siguientes la única señal de su existencia era que por la vereda no volvieron a aparecer factores de perturbación de ninguna clase, salvo uno que otro letrero pintado a los brochazos sobre alguna

pared exhortando a «combatir las plagas», firmado por un tal Mazo.

Sabático

Historia, filosofía, ingeniería civil, arquitectura, incluso artes plásticas. Cualquiera de esas carreras hubiera podido escoger Toño en el momento de pasar a la vida civil, pues todas le llamaban mucho la atención, pero no lo hizo por pensar que la ley de prensa le impediría convertirse en reportero y obtener ¡a tarjeta profesional si no se graduaba en una facultad de comunicación social. En forma simultánea y paralela, al ver los caminos tomados por sus camaradas de juventud también barajó la posibilidad de casarse, tener hijos y dedicarse a criarlos, educarlos y mantenerlos, pero a la postre las circunstancias lo condujeron a desechar ese destino porque le parecía el menos atractivo de todos, si bien encontraba que no resultaba tan terrible para algunos de sus amigos, que afianzaban sobre el matrimonio sus vidas prósperas, estables y felices, al menos en apariencia.

Ya matriculado en la universidad, una vez conoció y se enamoró de Lola, acarició de nuevo la idea de una pareja estable, pero como ella no lo tomaba en serio ni siquiera cuando parecía que le paraba bolas, y prefería tomar otros rumbos cada vez que le daba

la gana, esa opción quedó cerrada de nuevo, igual que le había ocurrido antes con Marisol. La diferencia entre las dos mujeres era que con Lola sí podía verse periódicamente, pero tal cosa resultaba imposible en el caso de la que lo había ayudado a descubrir su hombría, porque una vez enterado de que aparre de ser la concubina de su padre le había dado un hijo, su medio hermano, no tuvo la más mínima intención de perdonarla. Estaba lejos de ser un moralista, pero la conducta de aquella mujer le parecía realmente desconcertante por lo retorcida.

Claro que, vistas en perspectiva, por fortuna las cosas se habían resuelto de esa manera, pues de haberse quedado a vivir en Platea rodas sus experiencias como ciudadano del mundo y fotógrafo no hubiesen sido posibles, ni tampoco esas inolvidables pausas en Nueva York durante las cuales sostenía un tren de vida a todo uro. gastándose hasta el último centavo del dinero ganado. Restaurantes, cines, abigarradas fiestas con amigos y colegas. compras de equipos de sonido y de óptica que en realidad no necesitaba, alquiler de amores que sí necesitaba en Santo Domingo o en San Juan y viajes a las Bahamas para practicar buceo de profundidad, invariablemente bajo los efectos de ganjaháe óptima calidad circulando por su torrente sanguíneo y exacerbando sus percepciones de la selva coralina.

Pero todo aquello había terminado por cansarlo. La vida como neuyorker acomodado y consumista, las dóciles prostitutas caribeñas y las regresiones adolescentes en medio de los bancos de coral fueron tornándose cada vez menos placenteras, lo cual en realidad no representaba para él una pérdida mayormente significativa comparada con el sinsentido que iba adquiriendo su trabajo. Objetivamente, encontraba que la importancia de la labor de la prensa no podía discutirse, pero a él ya no lo llenaba tanto ir de un lado a otro oficiando como apóstol de la libertad de información. Estaba hastiado o, para no plantear las cosas en términos tan dramáticos, saturado. Quizás le convendría una temporada de descanso, un periodo sabático durante el cual no tuviese que estar sumergido todo el tiempo en mierda.

Decidió que la asignación en Sudán sería una buena des-pedida antes de plantearle a Delpierre su retiro temporal, y calculó una permanencia de un mes en aquel infierno subsahariano donde la fiebre asesina alcanzaba niveles de delirio, pero terminó quedándose seis, al cabo de los cuales entendió que jamás iba a

comprender lo que ocurría allí y no solicitó licencia sino que renunció al trabajo sin esperar respuesta. Abandonó su apartamento, pero no lo cerró definitivamente sino que lo dejó en manos de un colega por si acaso decidía echar reversa y regresar a la brega, y viajó a Colombia con la imagen de Lola tan metida entre ceja y ceja que al llegar la asedió hasta el punto de conseguir ahuyentarla.

Y ahí estaba yo, encantada de hacer de nuevo el papel de bateadora emergente, de segundo plato en la mesa, chiste que le hice en alguna de las varias conversaciones de borrachos que sostuvimos durante las primeras semanas de su repatriación, periodo en que percibí el hundimiento anímico en que se encontraba y que, para ser franca, lo hacía menos atractivo ante mis ojos, motivo por el cual entendí a cabalidad las razones de Lola para sacarle el cuerpo. En su caso y en el mío, la fragilidad en un hombre no es un rasgo muy seductor que digamos.

Adicionalmente, informada por él mismo de su afición a la fotografía erótica, le pedí que me dejara ver algo de ese trabajo, pero se negó de plano con el argumento de que no sentía aún la suficiente seguridad respecto a la calidad de las fotos, y menos aún tenía claro si estas eran eróticas o pornográficas. Para mis adentros pensé que debían ser lo segundo, basada en el recuerdo de aquellos piropos un tanto subidos de tono que me susurraba al oído al hacerme el amor, y sin mucho esfuerzo podía imaginarlo persuadiendo modelos o convenciendo puticas para hacerlas adoptar poses raras, quizás admisibles en la intimidad de pareja pero pasadas de revoluciones una vez quedaban registradas en un negativo. A la larga era mejor no ver nada de aquello.

Desinflado mi ánimo porque el Toño repatriado era más decepcionante que prometedor como pareja, me embargó un desencanto que marcó un periodo de distancia entre los dos, paradójicamente más prolongado que cuando él vivía en el extranjero. En términos de geografía estábamos más cerca, pero nuestros encuentros, en persona o por teléfono, se volvieron bastante esporádicos. Tenía referencias suyas a través de conocidos comunes que sin estar advertidos de mis sentimientos me hablaban de él y de sus amigos de la época de estudiante, varios de los cuales continuaban llevando una vida bohemia, asumida como una cruzada de excesos en contra del aburrimiento y en favor del amor libre, que para el caso realmente quería decir sexo

sin límites ni ataduras.

Supe que se las había arreglado para engancharse como fotógrafo publicitario, no porque le llamara particularmente la atención probar sus talentos en ese campo sino porque los ahorros se le acabaron rápido y necesitaba ganarse la vida de algún modo. Conociéndolo, le pronostiqué una efímera permanencia en un gremio que él despreciaba visceral mente, pero la realidad se encargó de llevarme la contraria porque duró un buen tiempo fotografiando frascos de perfume, cajas de medicamentos, platos de comida, juguetes y prendas de vestir para catálogos, encargos que le aburrían sobremanera pero por los cuales recibía una remuneración que, supuse, le permitía vivir bien y simultáneamente financiar su secreta búsqueda del límite entre lo delicadamente sensual y lo crudamente obsceno.

Tal como yo lo veía, Antonio Almanzor estaba más perdido que el hijo de Lindbergh. De aquel reportero echado para adelante no quedaban sino el recuerdo y una cierta molicie bastante antipática para quienes lo conocíamos en otro plan y con otra actitud. Debió darse cuenta de los sentimientos que nos generaba porque desapareció casi por completo de nuestras vidas, aunque a mí me llamaba de cuando en cuando a reportarse, pero se notaba a leguas que lo hacía como por cumplir, prometiendo siempre que la próxima vez aparecería en persona para invitarme a comer o a tomarnos un trago. En el fondo de mi corazón esperaba que tal cosa no ocurriese, porque a través del teléfono sólo lograba percibir al mismo conformista cuyo nihilismo me repelía. Mejor guardar el recuerdo de aquel felino que me había atraído hasta sorberme el seso que verlo desvanecerse ante mis ojos llevándose consigo todo su encanto.

Por otro lado, Lola me contaba que a ella sí la llamaba con más regularidad, en plan de amistad entre artistas plásticos, pidiéndole consejos y solidarizándose con ella en sus cruzadas ecológicas, lo cual era una hipocresía evidente para mí, conocedora como era del desprecio que él sentía hacia los ecologistas, a quienes consideraba seres funestos, obstáculos hacia la meta de un estado de bienestar general para la humanidad. Creía que en su mayoría se trataba de personajes con perfiles mesiánicos que asumían su papel de salvadores del planeta con fundamentalismo fascista y que, basados en el pasado, despreciaban los logros y las posibilidades del hombre como especie y lo consideraban incapaz

de enmendar la plana. En su opinión el planeta era desde siempre, desde su primitivo estado de sopa cósmica, un gran organismo vivo y mutante al cual indudablemente convenía cuidar, pero sin rasgarse las vestiduras porque la historia estaba jalonada por especies extintas, y una más o una menos no marcaría diferencias sustanciales. En no pocas ocasiones argumentaba que la supervivencia de nuestra especie y su progreso habrían sido imposibles si, como ocurría en la posmodernidad, unos hipotéticos ecólogos del pasado se hubiesen atravesado en los planes de la gente emprendedora. Creía que tanta fiebre conservacionista era en realidad un conservadurismo de nuevo cuño, fruto de la incapacidad para crear un mundo mejor. En términos prácticos, decía no dudar de que en un futuro próximo la electricidad remplazaría a los combustibles fósiles para mover los carros, creía que la energía atómica bien manejada era una opción válida y justificaba los cultivos transgénicos si ellos se destinaban a combatir la hambruna mundial y a combatir las plagas.

Lola también lo había escuchado argumentar de esa manera, e incluso resultaba divertido verla retorcerse en su silla mientras aquel bárbaro la emprendía contra verdades consideradas por ella axiomas que, en su caso, eran lo más parecido a un credo, una superestructura mental y ética sin la cual todo, su cartera, sus intentos de establecer una cultura ecológica en el campo, incluso su condición de madre, carecerían de sentido. Era difícil encontrar un ser más contradictorio que aquel salvaje, pues se trataba de la misma persona que mostraba una refinadísima sensibilidad musical, el mismo ser cuya ternura le permitía echarse al suelo para jugar con Carlota y Hannelore, el hombre civilizado capaz de soportar las calabazas de una dama con entereza y sin histerias y, en suma, el soldado profesional que desde su regreso a la vida civil se había consagrado a tratar de entender los porqués de la guerra y a divulgar sus realidades, convencido de que el público tenía derecho a saber las verdaderas dimensiones de las amenazas que enfrentaba.

En suma, era inevitable perdonarle sus rasgos bestiales, porque además de compensarlos con su lado más humano era un mister Hyde que no buscaba imponer sus argumentos sino que se limitaba a exponerlos con vehemencia, sin irrespetar nunca las opiniones y los modos de vida de los demás. Una actitud que para mí es fundamental porque si el respeto es condición sine qua non

del amor, y la amistad es una de las formas de amar, lo menos que puede esperarse de un amigo es que no se burle de las convicciones de uno. por las convicciones que puedan parecerle.

Por esa razón ni Lola ni yo lo sacamos definitivamente de nuestro llavero de amistades, y aunque nos parecía mejor no encontrárnoslo continuamos abiertas a la posibilidad de recibirlo en nuestras casas o donde fuera. Sólo que él optó por apartarse y, como tampoco se trataba de forzar encuentros, durante un tiempo ambas experimentamos una cierta sensación de pérdida. Al menos ese es el recuerdo que conservo, pues su alejamiento coincidió con la generalizada sensación de catástrofe que embargó a Colombia tras el asesinato de Luis Carlos Galán, el suceso que empezó a influir en el regreso de Tono al fotoperiodismo.

Un país capaz de continuar adelante a pesar del asedio del narcotráfico y encima soportar el asesinato de un candidato presidencial cuya bandera era la lucha anticorrupción es, por decirlo sin dramatismos, un país bastante *sui generis*. Y si a tales hechos se agregaban explosiones en las calles con docenas de bajas civiles, ejecuciones extrajudiciales, fusilamientos colectivos, masacres en comunidades campesinas y recompensas por cada policía muerto, ese país resulta un bocado de cardenal incluso para el editor más miope. Y si eres ese editor y sabes que en un lugar así vive retirado temporalmente un periodista en cuya eficiencia confías, lo menos que puedes hacer es intentar que vuelva a las andadas. Y eso fue exactamente lo que quiso lograr Natais Delpierre con Toño Almanzor: despertarle la vergüenza profesional para que desempolvara las cámaras y se metiera en el manicomio colectivo a registrar la lacerante cotidianidad de los colombianos.

Caleta en Queens

Fue el propio Roberto quien me habló por primera vez de Virginie. No podría precisar el día exacto, pero fue poco después de comunicarle mi decisión de continuar con el lavado de dólares y el contrabando de armas, asumidos ambos como mi particular manera de hacer la guerra contra el tío Sam. Lo planteé diciéndole con entusiasmo que echáramos pa'lante, que mis recientes dudas eran apenas el producto de la lógica tristeza de quien sufre el rigor del desarraigo en tierra extraña.

—Pues me alegra mucho—sonrió aliviado mientras terminaba su desayuno de papas doradas con huevo y café

negro—. Sobre todo por mí, lo reconozco, porque necesito tu ayuda para seguir con esto y conseguir plata, que es lo que en verdad estoy buscando para ver si algún día dejamos de saltar matones allá en mi casa.

Más tarde comprendería que cuando Roberto hablaba de saltar matones, con Fino humor negro empleaba el término en el sentido figurado y también en el literal, pues aparte de dificultades económicas en su finca enfrentaban la presión armada de aquellos que por entonces los politólogos ya denominaban «actores armados» y que para él, sin importar el bando al que pertenecieran o la sigla que llevasen cosida en el hombro de sus guerreras, eran simplemente sicarios.

—Todos son apaches, diría mi padre si aún estuviera vivo.

A esas alturas, con tantas reglas de la compartimentación violadas, decidí continuar en la misma tónica transgresora y en una pausa del trabajo me atreví a preguntarle dónde quedaba su casa. Así me enteré de la existencia de Martinica, de sus sueños de criador de caballos, de la intención de ayudar a su hermana a establecer una reserva ecológica privada en el piedemonte llanero y de su esposa Virginie. Describió con tal detalle la personalidad de ella que me llamaron poderosamente la atención sus vuelos mentales y esotéricos, y la que Roberto llamó su dromomanía, palabreja rebuscada que no era cosa distinta a tener un carácter andariego, en su caso atemperado por la circunstancia de una maternidad asumida con entereza y buen ánimo. Porque motu proprio, sin que nadie le dijera nada, se había hecho cargo de pro-teger y educar a los tres chiquitos puestos bajo su responsabilidad por los avatares de la violencia. Justamente ella, que toda la vida le había escurrido el bulto a los compromisos que involucraran niños.

Me llamó muchísimo la atención que aquella rubia de pelo cespado, que me miraba con desparpajo desde la foto que Roberto llevaba en la billetera, se le hubiese medido al reto de criar pelaos en contra de sus deseos y en un medio tan hostil. Porque al parecer aún no cesaban los hostigamientos hacia los habitantes de las fincas de esa región y sin embargo ella seguía firme, apropiada de sus papeles de madre adoptiva y de patrona, acudiendo ante las autoridades en busca de respuestas sobre el paradero de la pareja de mayordomos, escribiendo al respecto cartas de denuncia a las

organizaciones de derechos humanos, administrando Martinica de la mejor manera posible a pesar de los ahogos, y todavía con ánimos y tiempo para empeñarse en propiciar condiciones adecuadas para que el proyecto de reserva natural de su cuñada pudiera ponerse en marcha. Además de todo lo anterior mantenía abierto un consultorio al que acudían personas desde muchos kilómetros a la redonda en busca de amuletos, medicinas para los achaques más disímiles y, en general, ayuda y consejo que les permitieran aliviar el malestar espiritual ocasionado por la guerra. En ese mismo lugar, ubicado bajo una amplia ramada cercana a la casa, escribía cartas en nombre de analfabetas que le solicitaban ese servicio y, para acabar de completar su larga lista de diligencias y oficios, daba clases de inglés a sus hijos adoptivos y a todo aquel que quisiera recibirlas.

Era sin duda una mujer muy llamativa, tanto por su carácter doblemente especial en cuanto a valentía y sensibilidad, como por su aspecto físico de madurita con leves paticas de gallo en el borde de los ojos, probablemente producto de las resolanas soportadas a lo largo de su vida, pero también debido al amago de sonrisa que iluminaba su cara. Le hice jurar a Roberto que me la presentaría algún día, que yo esperaba no fuese muy lejano.

—Claro que sí, maestro. Cuente usted con eso —respondió orgulloso, supongo que por tener el privilegio de compartir su vida con semejante mujer y, también, por despertar mi envidia.

En realidad lo que Roberto me producía no era envidia sino cierta lástima, pues se le notaba a leguas que antes de su destino actual había tenido ante sí múltiples oportunidades de llevar una existencia plena y exenta de sobresaltos. Por lo visto las cosas le resultaron diferentes y ahora íbamos en la ruta siete del metro rumbo al suburbio de Corona, donde quería mostrarme algo que podía «resultar interesante». Le habían propuesto un nuevo negocio y tenía ciertas dudas, pues si bien era una operación muy parecida a la que ya adelantábamos, significaría mayor esfuerzo y mayor exposición al riesgo.

La cita era en una casa de aspecto tan corriente como el de muchas construidas en los suburbios neoyorquinos, habitados en un pasado no muy lejano por una clase media pudiente que las había cedido a prósperos inmigrantes provenientes de lugares tan disímiles como Pereira y Kiev, La Ceiba y Busán. Tenía dos pisos, paredes levantadas en ladrillo rojo quemado, puertas esmaltadas de

color crema, ventanales de aluminio, asador y minipiscina de fibra de vidrio en la parte de atrás, y dos garajes con puertas corredizas donde reposaban sendos carros de modelo reciente. Sobre la grama del antejardín, rala y quemada por el frío invernal, una pequeña bicicleta desvencijada y una pelota de baloncesto desinflada completaban el cuadro de la típica vivienda gringa suburbana.

—Somos los amigos de Albeiro —explicó Roberto cuando la puerta se entornó y dejó ver parcialmente la cara de un hombre de mediana edad, aspecto formal y ojos verdosos que nos miraban desconfiados.

—¿Qué hubiera pasado si Leonel Alvarez s ota el penalti?
—preguntó con inconfundible acento paisa, sin abrir del todo la pesada hoja de madera esmaltada.

—Pues que Nacional se quedaba sin Copa Libertadores —respondió Roberto antes de que yo volteara a mirarlo desconcertado por la referencia futbolística, que al principio me pareció fuera de contexto pero que enseguida entendí se trataba de un santo y seña, pues el hombre nos dejó seguir a un pequeño y cálido recibidor, de esos donde en invierno uno se quita o pone bufandas y abrigos, varios de los cuales colgaban de un perchero lateral. El espacio parecía reducirse aún más debido a la presencia de otro hombre como de un metro con noventa de estatura con una escopeta recortada en la mano, pero no en plan amenazador sino más bien con indolencia y, eso sí, su índice derecho cerca del gatillo. Nos saludó inclinando la cabeza mientras el primer hombre nos cacheaba para comprobar que íbamos desarmados.

Una vez se tranquilizaron, nos permitieron entrar a la casa propiamente dicha y el que había hecho de portero nos ofreció café mientras señalaba la sala para que nos sentáramos. Cuando mister escopeta desapareció tras una puerta de vaivén examinamos con los ojos el lugar, que era como cualquiera ocupado por latinos agringados, con mucha imitación madera, cuero falso a la vista, porcelanas enormes con caballos, cupidos y numerosos corazones, un altorrelieve fluorescente de la virgen de Chiquinquirá, un óleo original que representaba una chiva llegando a un mercado atestado de gente y una mesa de centro sobre la que una fuente de plástico intentaba suplantar al cuarzo.

El portero regresó en compañía de una mujer que quizás era su esposa y ella, tras saludarnos con amabilidad y el mismo acento

paisa, nos sirvió par cafés cerreros que bebimos con calma. En el rato empleado en ello hablamos con el anfitrión de güevonadas, del frío que estaba haciendo, de lo atiborrada que estaba la línea siete del metro a ciertas horas y cosas así. En algún momento dos jovencitos, un él y una ella en apariencia hermanos que pensé serían los dueños de la bicicleta y el balón de básquet, pasaron sin saludarnos rumbo a la cocina, lo cual hubiera acabado por confirmarme que nos encontrábamos en una casa de familia si no fuera porque llevaban sendas pistolas en sobaqueras de cuero. Empezaba a preguntarme qué carajos pasaría a continuación cuando oímos timbrar un teléfono. Nuestro anfitrión se excusó con un gesto de sus manos para salir de nuevo a través de la puerta de vaivén y regresar al minuto siguiente muy serio, llevando un pequeño manito de llaves en la mano. Nos pidió seguirlo y así lo hicimos por las escaleras que subían al segundo piso y a un largo pasillo flanqueado por ocho puertas, todas cerradas, cuyo número me hizo caer en cuenta de las verdaderas dimensiones de la casa. Al fondo del corredor, iluminado por una luz procedente de algún tragaluz fuera de nuestra vista, estaba parado el gigante de la escopeta con su juguete descansando sobre sus brazos cruzados. Nuestro guía caminó en esa dirección por el pasillo, pero no llegó hasta allá sino que se detuvo frente a una de las puertas y la abrió invitándonos a entrar a un cuarto que olía a una mezcla de insecticida y papel mojado, pero no tuve tiempo de pensar nada más porque reparé que contra las paredes se apilaban, desde el piso hasta el techo, unos fardos de mediano tamaño envueltos en plástico transparente. Eran billetes. Dólares. Miles de dólares en cada paquete, millones en ese cuarto, y lo mismo en el cuarto de al lado, y en un tercero en el cual no quise entrar porque el olor del principio comenzó a picarme en la nariz y se volvió desagradable, casi nauseabundo, la mierda del diablo. En ningún momento Roberto me miró, limitándose a asentir con la cabeza y a seguir a nuestro anfitrión en silencio, como si antes del recorrido ambos se hubieran puesto de acuerdo para no hablar.

Bajamos las escaleras de regreso a la sala, pero esta vez no nos sentamos sino que Roberto extendió la mano hacia el paisa, le agradeció el café y le deseó suerte, tras lo cual salimos caminando con calma y calladnos, los dos impactados por las dimensiones de esa caleta de dólares, muy seguramente cien por ciento producto del narcotráfico, protegida tras la fachada de una casa de familia. Rumbo a la estación del metro yo no podía dejar de pensar en aquel

lugar como un objetivo para atacarlo y apoderarme de todo ese platal. El hombretón de la escopeta y los sardinos maleducados no representarían obstáculo, y para mí no sería difícil darles chumbimba, pero probablemente habría más como ellos en otros lugares de la casa. Si yo tuviera que cuidar semejante tesoro eso sería lo que haría, pensé mientras examinaba atentamente el vecindario a medida que nos alejábamos y pasábamos frente a otras casas que bien podían ser caletas de dinero, de drogas o quién sabe de que cosas.

En lo personal, sentí que aquella casa y sus habitantes eran en cierta forma enemigos, y de hecho pensaba en ellos como objetivo militar casi que por puro reflejo de combatiente. No le comenté eso a Roberto durante el viaje de vuelta hasta Manhattan. pues sin que dijera esta boca es mía lo percibí entusiasmado tras la experiencia y creí mejor ser prudente. Pero al día siguiente, durante una cita para almorzar sopa de cebolla en un restaurantico de la Gran Estación Central, me atreví a decírselo. No pensaba atacar el sitio para robarme la plata, le dije a pesar de no considerar necesario aclararle nada, pero la experiencia me había dejado un mal sabor. Necesitaba que ahora sí me contara de qué demonios se trataba la propuesta de negocios de la que me había hablado.

—Están encartados con la plata, como podrás darte cuenca. Ganan tanta que los billetes se les pudren y quieren que nosotros diseñemos y operemos un sistema para sacarlos de Estados Unidos. Lo mismo que ya hacemos, pero con mayor ritmo y mayores volúmenes.

—Sí, claro. ¿Pero quiénes están encartados? ¿De quién es todo ese billetal? ¿Quiénes son ellos!

Dijo que no lo sabía y que en realidad no le importaba. Escobar o Rodríguez Gacha, le daba lo mismo. La propuesta no se la habían hecho directamente a él sino a nuestro jefe, la persona que estaba por encima del Mocho y que en últimas era para quien trabajábamos. Lo interesante del asunto, según él, no era a quién pertenecía la plata sino que nuestra red ganaría el diez por ciento de todo lo que lográramos hacer llegar hasta los puertos del sur. Una vez allí otros se encargarían de manejar la papa caliente. Literalmente, era una oportunidad de oro para todos.

Apenas habían pasado días desde mi decisión de quedar-me, pero ahora esta flaqueaba otra vez ante la nueva

circunstancia y me negué de plano. Una cosa era sostener una relación de algún modo tangencial con el narcotráfico y otra muy distinta convertirme en soldado suyo y además en su socio. Yo no podía perder de vista, y en mi opinión tampoco él, dadas sus experiencias en los Llanos, que los mañosos eran los mismos paramilitares de derecha que tenían jodido a Colombia y asesinaban a todo aquel que consideraran un adversario, así fuera potencial. No me atrevía siquiera a pensar en la posibilidad que algún día controlasen todos los poderes del país y yo me sintiera responsable por haber contribuido a su ascenso. Yo sí quería un cambio, pero no de esa manera, no aliado con el enemigo.

Dijo entender mi punto de vista, pero no se trataba de que nosotros escogiéramos entre un sí y un no, pues eso ya lo había decidido el dueño del aviso, y lo que a nosotros nos correspondía era facilitar las cosas para que la operación saliera bien. Por eso nos pagaban tanto.

—Sólo piensa en esto —insistió, persuasivo— ¿cuánto podría haber en esa casa? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Sesenta? En cualquier caso nuestra comisión, convertida a pesos colombianos, será una pequeña gran fortuna por cada cargamento. En cuestión de un año seremos multimillonarios, compañero.

Reí para mis adentros al oírlo emplear el término compañero como fórmula psicológica de persuasión hacia mí, pero no dije nada al respecto, le prometí darle al día siguiente una respuesta definitiva y me concentré en terminar la sopita de cebolla antes de que se enfriara, reafirmandome con cada cucharada en la convicción personal de buscar la salida de aquel embrollo lo antes posible, como pepa de guama.

¿Trajeron un chorrito?

En este punto del relato debo ser honesta y confesar que cuando empecé a escribir la crónica sobre la época que me tocó en suerte vivir sabía que iba a resultar imposible soslayar temas que marcaron o. para emplear un término más contemporáneo y más preciso. hicieron un rayón en nuestra alma nacional. Pero al misino tiempo tenía el secreto propósito de lograr dar relevancia a nuestro lado más humano, el que nos hace gregarios y poseedores de anhelos nobles, generosidad y solidaridad hacia los demás, buen humor, temperamento artístico y, qué sé yo, todas esas cosas que nos avadan a sobreaguar en el mar de las intolerancias y de los

fundamentalismos de toda índole que, bien miradas las cosas y en aras de la precisión, no son patrimonio exclusivo de los colombianos sino del género humano.

Nunca me resigné y aún no me resigno a guardar silencio frente a la idea fatalista según la cual somos un país de asesinos y delincuentes, maltratadores y violadores de niños y de mujeres. saqueadores del erario público e integrantes de una raza hipócrita acostumbrada a tirar la piedra y esconder la mano. Incluso en aquellos meses sombríos en que la mafia asesinó a don Guillermo Cano, el periodista que encarnaba la oposición al fatalismo al que me refería antes, siempre he preferido pensar que hay esperanza y que contra todo pronóstico y a pesar de la evidencia presente, al final de esta película, los hombres buenos y sus ideas prevalecerán aunque a ellos los maten.

Pero si bien al revisar lo escrito hasta ahora concluya que he fracasado en mi propósito de mostrar también nuestra cara menos visible y publicitada, en la segunda mitad de los años ochenta yo estaba muy segura de que éramos bastante viables como nación. Así, con palabras tan trascendentales, lo planteábamos algunos amigos cercanos y yo, quizá por no ser conscientes de nuestra prosopopeya y porque, eso sí es seguro, de todos los pecados propios de la juventud la grandilocuencia es el más difícil de detectar, sobre todo para quien la protagoniza. Menos mal. porque gracias a ello me embarqué en aquel viaje por la costa del Pacífico con el doctor Retamoso y su pequeño equipo de colaboradores en busca de hacer un informe sobre ciencia aplicada por parte de científicos colombianos, que yo esperaba resultase espectacular para poder usarlo como carta de presentación al entrar por fin a la planta de redacción de La Tribuna del Pueblo.

Íbamos en busca de la tortuga conocida como gogo, a la que Retamoso y su gente llamaban por su nombre científico, Caretta caretta, una especie capaz de mantener prolongados periodos de apnea. El doctor decía que en la configuración de los sistemas pulmonares y cardíacos de tan asombroso animal podían estar las claves para grandes desarrollos en los viajes espaciales y en las terapias de recuperación de pacientes sometidos a cuidado intensivo.

Para empezar, explicaba Retamoso, una vez la tortuga se sumerge su inspiración es activa y su expiración pasiva. En tierra

ocurre todo lo contrario, pues inspira pasivamente y expira activamente. Según entendí, si a tales características se suma el hecho de que su corazón tiene dos aurículas pero sólo un ventrículo encargado de bombear la sangre, entonces la tortuga gogo resultaba ser un animalito bastante sui generis y por tanto digno de estudiarse en pro de la Humanidad, así con mayúscula inicial, como le gustaba escribir la palabra al doctor Héctor Javier, quien se las arreglaba para pronunciarla de tal forma que uno casi podía ver la mayúscula en el aire, al igual que ocurría cuando decía Ciencia, o Universo. No cabía duda de que el hombre se tomaba muy en serio.

Con esas premisas la expedición buscó tortugas a lo largo de la costa comprendida entre Tumaco y Buenaventura, y a bordo de dos lanchas dio vueltas alrededor de la isla Gorgona capturando ejemplares a los que se les instalaban en el cuello sensores para medirles la temperatura y la del agua en que navegaban, la profundidad a la que lo hacían y por supuesto la cantidad de pulsaciones por minuto de su corazón, que de todos los datos por recopilar parecía ser el más relevante. La información era transmitida a través de ondas de radio hasta unos receptores instalados a bordo de la lancha ocupada por Retamoso y Esperanza, su ayudante principal, una simpática, bonita y gordezuela trigueña que actuaba como una extensión de su jefe al adivinar sus deseos antes de que él los expresara. Ambos llenaban todo el tiempo interminables planillas con las cifras obtenidas, y ella oficiaba además como una suerte de relacionista pública que nos mantenía informados a los cuatro reporteros presentes acerca del curso del experimento. A mis tres colegas masculinos los ojitos se les iban detrás de las tetas y el culo de Esperancita, vestida con shorts y camiseta ajustados y que de esa forma consiguió, a lo mejor sin proponérselo, amenizarles el trabajo porque no podía evitar que se le menearan con el vaivén de la navegación.

Me alegré por ellos porque era un viaje en verdad aburridísimo, casi todo el tiempo con las lanchas a la deriva y amarradas la una a la otra a la espera de que los pescadores locales capturaran ejemplares de tortugas para instalarles los sensores. Menos mal yo había llevado lectura, vestido de baño y protector solar, porque la mayor parte de aquellas tres semanas pude dedicarme a tomar el opaco sol de la costa Pacífica acostada sobre la proa de la lancha más grande, en una actitud muy poco profesional. Sin embargo mi mente se mantenía alerta porque había

algo en rodo el asunto que no acababa de convencerme, pues no entendía qué necesidad tenía Retamoso de invitar a la prensa para divulgar una investigación aún en proceso y cuyos resultados eran todavía inciertos. Esa duda, sumada al hecho de que su asistente y él mismo se desvivían por ser buenos anfitriones, me daban mala espina. Un científico, por exitoso que sea, no anda por ahí como una egocéntrica estrella de la tele en busca de publicidad para su trabajo, a menos que tenga algún interés, aspecto que en este caso permanecía bastante oculto a mis ojos.

De todos modos al regresar a Bogotá me esforcé al máximo para escribir un buen artículo, procurando tomar la mayor distancia posible respecto al tema, de modo que el reportaje que inicialmente consistiría en una serie por entregas que destacaba el desarrollo de la ciencia criolla se redujo a un informe escueto, ilustrado con gráficas y fotos facilitados por la oficina de Retamoso.

Por lo visto a Víctor Garavito le pareció que no estaba para nada mal, pues lo publicó con gran despliegue en la edición dominical de La Tribuna con un llamado en primera página que mezclaba hábilmente tecnología de punta con aspectos ecológicos. Pura paja. Un tiempo después comprobé que la metodología y los propósitos de nuestro científico nativo eran réplica exacta de otros experimentos realizados en distintas partes del mundo, sin que hasta el momento ninguno de ellos hubiese arrojado resultados palpables y útiles para la medicina, salvo un mejor conocimiento de la fisiología de la tortuga gogo.

El lunes siguiente a la publicación recibí una llamada de Esperancita en la que me manifestaba la sorpresa del profesor Retamoso por el tono lacónico y escéptico de mi artículo. No recuerdo con qué argumento respondí, pero lo cierto es que al año siguiente el mismo equipo repetiría el viaje sin invitarme, y periódicos y revistas registrarían alborozados el gran triunfo alcanzado por el científico, sin explicar en dónde estaba el meollo del asunto. Supongo que por esa razón la expedición se repitió una y otra vez, cada año por la misma época, hasta formar parte de la agenda noticiosa nacional con idéntica regularidad a la de los reinados de belleza y los torneos de fútbol. Ha pasado ya mucho tiempo y no he visto el trabajo de Retamoso registrado en ninguna revista científica seria, pero la foto de él con su cara de circunstancia sí que ha aparecido impresa por lo menos cada mes en las páginas sociales, invariablemente al lado de una Esperancita colgada de

su brazo y una leyenda en la que el anónimo redactor se refiere a él como Héctor Javier Retamoso, candidato al premio Nobel de Medicina y, como es bien sabido por todos, muy probable ganador del mismo.

De malas yo, en mi debut como reportera de ciencia y temas de la naturaleza coseché casi tanto desengaño como antes. Ahora sabía que la gente en apariencia más confiable también podía resultar igual de enojosa que los matones de uniforme, pero bajo ninguna circunstancia iba a echarme a llorar por eso ni a dejar que tal evidencia me sacara del oficio.

También estaba de buenas, porque la oportunidad de revancha vino de la mano de una periodista extranjera que llegó a Colombia con el propósito de entraren contacto con el Ejército deliberación Nacional. Española de nacimiento, de padre español y madre italiana, trabajaba en Italia como reportera del diario La Repubblica y, una vez se registró en el Hotel Dann de la calle Diecinueve, lo primero que hizo fue llamarme por teléfono siguiendo un consejo de su amigo Toño. A pesar de que ella era de un izquierdismo obstinado que chocaba con la irreverencia de mi amigo, ambos tenían una buena relación desde cuando se conocieron en La Habana cubriendo la conferencia sobre la deuda externa latinoamericana, convocada por Fidel Castro en busca de consenso alrededor del no pago. Toño le había dicho que podía confiar en mí porque aunque yo no fuera izquierdista era menos escéptica que él y todavía «creía en la justicia, la verdad y todas esas pendejadas».

Se llamaba Encarnación Bolívar Gotti, y como odiaba su nombre de pila prefería ser llamada Encarna. Su plan de trabajo consistía en viajar hasta el noreste de Antioquia, más concretamente a El Bagre, ir desde allí a Zaragoza y entrar en contacto con la columna Anorí del ELN, siempre de la mano de un enlace de ese grupo que nos esperaba en Medellín a ella, a mí y a un par de camarógrafos de la RAÍ con quienes trabajaba en simultánea un documental sobre la guerra en Colombia, pero con especial énfasis en el tema de los atentados dinamiteros al oleoducto. Iba a ser muy entretenido ver a Encarna intentando conciliar sus convicciones políticas con las ambientalistas, pensé durante una de las reuniones de preproducción anteriores al viaje.

La asignación no estaba para nada mal y me pagaban en

dólares por oficiar como productora de campo e intérprete de Andrea y Bendetto, los tipos de la tele. Aunque yo no hablaba italiano existía entre nosotros el puente del inglés y la mediación de la propia Encarna, quien me pidió relajarme con esa parte de mis funciones, pues ella misma se encargaría de evitar que sus compañeros se metieran en algún berenjenal por su ignorancia del español. Sólo necesitaba que yo también estuviese atenta para ayudarla en la tarea.

La mejor parte era que yo, al igual que la mayoría de los reporteros colombianos o de cualquier nacionalidad, jamás había podido acercarme ni por las curvas a los esquivos elenos, comprensiblemente resbaladizos desde que, a principios de los años setenta, un cerco del ejército acabó con sus líderes y los dejó reducidos apenas a una treintena. De modo que colincharme en aquel trabajo era una oportunidad de oro con probabilidades de convertirse en una buena exclusiva. Acepté la propuesta de Encarna con la condición de que me dejaran recopilar mi propio material, obviamente sin publicar nada hasta tanto sus artículos salieran en La Repubblica,

La espera de nuestro contacto en Medellín fue larga, a pesar de que en el aeropuerto se nos acercó una mujer menudita para decirnos que nos alojáramos en un hotel del centro, pues allí se comunicarían con nosotros cuando llegara el momento de emprender viaje al norte. Cuando pasaron dos, tres, cuatro días sin que tal cosa ocurriera, decidí relajarme y buscar al cineasta Víctor Gaviria para entrevistarle, pues se encontraba en la etapa de posproducción de su película Rodrigo D., filmada en medio de dificultades que hubieran bastado para descorazonar a alguien menos porfiado que él. El protagonista original, un actor natural, había sido asesinado horas antes de empezar a filmar, y a lo largo del rodaje otros actores murieron o fueron encarcelados, pues se trataba de muchachos enganchados en las comunas que se proclamaban a sí mismos la versión criolla del movimiento punk, ejercían la violencia al mejor postor, bebían una mezcla de gaseosa con alcohol metílico y cantaban sus adaptaciones al español de canciones de los Sex Pistols, Ramones, The Clash y otros grupos. Quienes entonces creían que esa era la generación del no futuro resultarían teniendo la razón con el tiempo, pues a pesar de su proclamada ideología punki aquellos muchachos eran carne de cañón, y no sólo los que habían participado en la película y seguían

a Gaviria como patitos huérfanos, sino la inmensa mayoría de los nacidos en las comunas de la ciudad.

Hasta que un día llegó por fin el aviso esperado y partimos hacia Zaragoza, donde nuestro contacto nos dejó en manos de Gonzalo, el guerrillero encargado de guiarnos hasta el campamento de la columna Anorí, un negrito de unos diecisiete años supremamente introvertido, de esas personas que tú no sabes si su parquedad de palabra es timidez o bobería. Era profundo el contraste entre aquel niño campesino, porque eso era, un niño, y los jóvenes guerreros urbanos que acabábamos de entrevistar en Medellín- En alguna pausa de nuestra larga caminata le pregunté cuánto tiempo llevaba con los elenos y se demoró más o menos una eternidad para responder que tres meses, pero que antes había estado con las Farc. Salvo esa respuesta y uno que otro monosílabo no escuchamos casi su voz. Por lo poco que alcancé a escucharlo, tenía acento costeño y un tono tan suave que costaba trabajo asociarlo con su militancia guerrillera o imaginarlo tratando de hacerse oír en medio de un combate. Después concluiría que por no ser un cuadro muy valioso era hasta cierto punto prescindible, razón por la cual le asignaron la misión de guiarnos a través de un territorio difícil por lo descampado y porque las patrullas del ejército y los helicópteros rondaban todo el tiempo.

No obstante conseguimos llegar a nuestro destino casi a las once de la noche, caminando en fila india al borde de un río angosto y guardando silencio a pedido de Gonzalo, quien con un gesto y una mirada nos hizo entender que entrábamos a terreno complicado. Su «ya casi llegamos, seño» me conmovió por lo servil y por fuera de lugar, pues parecía más propio de un guía turístico que de un guerrillero, y temí lo peor. Si llegáramos a toparnos de buenas a primeras con gente armada en aquella oscuridad... mejor ni pensar qué sucedería.

Mis temores resultaron premonitorios cuando de repente frente a nosotros, desde la espesura de unos matorrales donde terminaba la veredita que bordeaba el río, una voz de hombre potentísima gritó:

—¡CHINA!

Como si una gigantesca mano invisible nos hubiera barrido, los cinco caímos al suelo, aplastados por el terror. Miré hacia Gonzalo, que parecía de piedra, e iba a decirle algo para obligarlo a

reaccionar cuando la misma voz volvió a gritar en la oscuridad:

—¡CHINA!

Era evidente que se trataba de la primera parte de un santo y seña, y dado el silencio de nuestro guía y sus ojos que bailaban de terror, deduje que habíamos tropezado con una patrulla de la contraguerrilla. Estábamos fritos.

—¡CHINA! ¿Quién viene ahí? ¡Conteste o le va plomo!
—dijo la voz, en un último intento de prudencia.

—¡Soy yo! ¡El compa! —respondió por fin nuestro baquiano con voz tímida y temblorosa.

Me dieron ganas de ahorcarlo allí mismo porque en un entorno en el que todos se llamaban unos a otros compa, compa p'arriba y compa p'abajo, compa esto y compa lo otro, a él lo único que se le ocurría decir para identificarse plenamente era justamente compa.

—Traigo unos periodistas de Medellín... —argumentó milagrosamente.

Enseguida el matorral se abrió y de él surgieron tres guerrilleros, dos hombres y una mujer, que se acercaron a saludarnos con formalidad. Dios, el diablo o los ángeles, en todo caso una entidad de una dimensión superior, había hecho que los centinelas tuviesen el buen juicio de no abrir fuego a pesar de no escuchar la respuesta correcta por parte de Gonzalo, de quien por fortuna sí reconocieron la voz. Agradecí internamente y en todos los tonos aquel volver a nacer, y bendije la sensatez de los muchachos a quienes había tocado la guardia esa noche y que fueron los encargados de conducirnos hasta el cambuche acondicionado como enfermería donde dormiríamos.

Por aquel entonces la Anorí acogía en sus líneas comba-tientes del M-19 como parte de una estrategia de colaboración entre fuerzas guerrilleras, y en la enfermería estaba Lizardo, un hombre que comandaba el pequeño pelotón de ese movimiento enviado a recibir instrucción en explosivos y tácticas de camuflaje. Aquejado por la malaria, desvariaba en sueños sobre batallas perdidas, amores y comida. En el delirio producido por la fiebre hablaba tan fuerte que no pude dormir casi nada durante las pocas horas que faltaban para el amanecer, momento en que se

presentó un muchacho joven, armado con un fusil G-3 viejísimo, corte de pelo a lo mohicano y una pinta tan informal que no encajaba en el contexto guerrero. Era un punki de Medellín y militante del M-19 que venía a darle vuelta a Lizardo y que al vernos sonrió antes de preguntar:

—¿Entonces qué, país?! ¿Trajeron un chorrito?

Lamenté no tener una cantimplora con sacol o al menos con aguardiente, pues aquel pelao bien se merecía un trago y hubiera sido oportuno brindar por la mierda de realidad que nos había tocado en suerte. A él y a nosotros.

Dolce far niente y caos

Varios días después, con cientos de fotos tomadas y muchas horas de video grabadas con las entrevistas que el mando de la columna Anorí nos concedió, sentimos contar con suficiente material para varias semanas de edición. Aquel grupo de guerrilleros me había impresionado por el rigor de su talante insurgente, que traducido en disciplina y mística permitían entender por el ELN se consideraba a sí mismo un ejército y no una banda dispersa. Marchaban, cantaban, se entrenaban en tácticas de combate, estudiaban y adquirían destrezas con la convicción y el compromiso de quienes creen en lo que hacen. Yo hubiese querido que toda aquella energía estuviera consagrada a propósitos pacíficos, porque era francamente terrorífico verlos armar trampas explosivas o camuflarse cubriéndose los cuerpos con aceite quemado y barro para irse a reventar el oleoducto con cargas explosivas.

Salimos de aquel campamento a pleno sol, advertidos por la guerrilla y conscientes de que era una torpeza moverse a mediodía, pero debimos hacerlo porque Encama sufría un severo dolor de huesos, temblor y fiebres. Podía ser catarro, intoxicación estomacal o malaria, pero se puso tan irritable que no tuvimos más remedio que echarnos los bultos a la espalda y andar para llevarla en busca de un médico.

Esa mañana, después del desayuno, cuando los guerrilleros estaban formados en un terreno descubierto habilitado como campo de paradas, un helicóptero militar había sobrevolado el campamento provocando que todos se llevaran sus fusiles a la cara y lo saludaran con una descarga cerrada. Era una reacción inútil, pues la altura de vuelo del aparato y las planchas de blindaje que probablemente

llevaba atornilladas en la panza hacían inofensivas las balas, pero resultaba claro que los cienos querían demostrar ante la prensa que sabrían cómo comportarse en caso de un ataque aéreo.

El helicóptero y otro que llegó minutos después a hacerle compañía, como para dejar constancia de que conocían la ubicación del campamento, volaron retadores hasta cerca de las diez de la mañana, hora en que se retiraron y que nosotros aprovechamos para salir por el camino de regreso a Zaragoza. Nuestro guía era otra vez el Compa, a quien decidimos rebautizar de esa manera para recordarle y recordarnos el lapsus de duda que estuvo a punto de costarnos caro la noche de nuestra llegada. Una vez salimos del manto protector de los árboles cercanos a la orilla del río, caminamos por un extenso y yermo campo de tierra seca y dura que hacía tiempo, mucho tiempo y muchas sequías, había sido un potrero sembrado con forraje. El calor era cruel por sí solo, pero el hecho de que llevásemos equipos pesados auestas y la sensación de urgencia que imprimían los lamentos de Encarna multiplicaban nuestras dificultades. Al caminar yo miraba la punta de mis zapatillas de tenis en un intento por no desfallecer bajo el peso del morral, reflexionando acerca de lo dura que era la vida de soldados y guerrilleros, cuando el Compa gritó «¡a tierra!» casi al mismo tiempo que un helicóptero, salido quién sabe de dónde, se nos vino encima en vuelo rasante con la indudable intención de ametrallarnos.

Nuestro guía se clavó de cabeza en una acequia abandonada y seca, y los demás lo seguimos con las ráfagas de ametralladora levantando a nuestro alrededor cascotes de barro y boñiga secos por la exposición prolongada al sol. Confundiéndonos con guerrilleros, el piloto hizo dos rápidas pasadas más antes de desaparecer tras el horizonte tan de improvviso como había llegado, muy seguramente para ahorrar munición.

Salimos del hoyo cerca de tres horas después, cuando disminuyó en nosotros el miedo a que volvieran a dispararnos. Recuerdo como en un sueño comprimido el resto de nuestra caminata hasta Zaragoza, el vuelo de regreso a Medellín y mi llegada a Bogotá con una rara sensación de embriaguez por lo cerca que había estado de no echar el cuento. Ayudé a Encarna en la búsqueda de alivio para sus males y gracias a eso, y a lo que acabábamos de vivir juntas en aquel peladero del norte antioqueño, nuestro vínculo trascendió lo laboral para volverse franca y fuerte amistad.

También entendí, o creí entender, las razones de Toño para meterse en los bretes en los que se metía. 1.a profesión entendida como deporte de alto riesgo, carajo. Había que estar loco para sacarle gusto a aquello, le comenté en la primera ocasión en que nos encontramos. No obstante guardó silencio y calló como siempre que surgía el tema del riesgo profesional, quizá recelando que su pasado como periodista y como soldado saliera a relucir. Y es que nunca se le escuchaba hablar de sus experiencias, pero por su actitud y por ciertos giros que en ocasiones dejaba escapar era indudable que se sentía física y psicológicamente inmune frente a cualquier situación, por horrorosa o difícil que fuese. Su negativa a trabajar en Colombia obedecía más a la rabia y la vergüenza que le generaba el país donde vivían las personas que más quería, y donde según él cohabitaban las más absurdas combinaciones entre la modernidad y lo medieval, por no decir lo cavernícola, lo antediluviano.

Cuando ocurre el asesinato de Galán, Toño se mantiene en sus trece y trabaja en fotografía publicitaria, reacio ante la insistencia de Natalis Delpierre en que desempolva el equipo y se ponga al frente de un grupo de fotógrafos y camarógrafos que en ese preciso momento vuelan rumbo a Colombia. Reitera a su amigo que ha perdido todo interés en el periodismo, y que de momento no se cambia por nadie porque no sólo está ganándose la vida sin apuros sino que le queda tiempo para divertirse y disfrutar de Bogotá como nunca había podido hacerlo. No será Nueva York, pero la ciudad se las trae. Si los enviados especiales tienen algún problema o necesitan un contacto que él pueda conseguir, estará encantado de ayudarles, «pero con todo respeto, mon cher Natalis, de momento prefiero no untarme de mierda», le dice para poner punto final al ya dilatado debate telefónico.

Cuando intenta justificarse y endurecer su hirsuto nihilismo, Toño asegura que aunque el asesinato de Galán constituya el tope al que puede llegar la infamia nacional, la conmoción y el estupor posteriores al magnicidio pasarán, serán superados y todo seguirá igual que antes. De verdad no quiere saber de más conflictos, al menos durante un tiempo, y procura tener a mano sus dosis de ganjah, whisky de doce años y cocaína, a las que él y sus cómplices de rumba consideran la mejor fusión posible de Asia, Europa y América en un solo trancazo. La mayoría de las tardes, después del trabajo, sale en busca de compañía e indefectiblemente termina en

una fiesta salvaje con algunos viejos compinches y muchas mujeres, en una dieta de promiscuidad y relajamiento que no le produce la más mínima sensación de remordimiento. Al darme cuenta de sus andanzas se me ocurre que él ha estado varias veces a punto de perder la vida por montar el numerito de hombre responsable para venir a arrepentirse ahora si se permite un poco de relajó.

Él mismo es consciente de que su vida actual es un de-sastre si se la mira con objetividad, pero de momento le gusta tal como es y no desea cambiar de rumbo, ni siquiera cuando un sábado de septiembre, casi sin dormir por causa del fiestón de la víspera y a bordo de un taxi que lo lleva por la Veintiséis camino al aeropuerto donde tomará un vuelo hacia Barranquilla, la radio informa que una carga explosiva acaba de estallar hace minutos en la sede del diario El Espectador. Su primer impulso es cambiar de planes y pedir al taxista que se desvíe, pues después de todo lleva consigo una cámara con la que piensa tomarle fotos a una amiga que, tras mucho insistir, ha accedido a desnudarse para él sobre las piedras de Sabanilla. A medida que el carro se acerca a la intersección de la avenida 68, donde podría desviarse y tomar unas cuadras al sur, rumbo hacia el lugar del atentado, pone en un plato de la balanza la tragedia del periódico donde trabajan varios de sus amigos de universidad y en el otro la deliciosa diablura de dos días con su modelo de ocasión, la joven esposa de un médico que se ha ido de viaje para asistir a una convención de ortopedistas.

—Podrá acusárseme de cualquier cosa, menos de in-coherencia —dice en voz alta para justificar su decisión de continuar hacia Eldorado.

—¿Perdón? ¿Cómo dice sumercé? —pregunta el taxista lanzándole una mirada servicial a través del retrovisor.

—Nada, nada. No se preocupe, señor. Es que a veces con el guayabo me da por hablar solo.

Al pasar frente a las instalaciones de El Tiempo las ve tan dormidas en el amanecer sabatino que no tiene la menor duda: a pesar de encontrarse a pocas cuadras, no llegarán antes de media hora para ver qué sucedió en las instalaciones del diario colega. En cambio él, si se hubiera desviado en su momento, ya estaría afianzando su rodilla sobre los escombros del periódico para hacer fotos que se publicarían alrededor del mundo. No importa. Coherencia, coherencia frente a las propias decisiones, repite

men-talmente para que el taxista no se sienta interpelado de nuevo.

Pasa un fin de semana gozoso, alejado de las noticias y haciendo con su modelo de ocasión un tour de salsa por la Cien, La Troja, El Rico Vacilón y El Rincón del Babalao, donde intenta seguirle el ritmo a ella, excelente bailarina al lado de la cual el más eximio danzarín semejaría un tullido; y con mayor razón él, cuyo oído de artillero nunca le ha permitido ser un buen parejo de baile. Sin embargo la química estupefaciente está para ayudarle como siempre, y hace lo posible por jugar un papel decoroso con aquella hembra de fábula que el domingo por la tarde, cuando el sol pega de frente sobre las húmedas piedras que separan Sabanilla de Salgar, accede a posar cubierta únicamente con un pareo translúcido que la hace ver más incitante que si estuviera por completo desnuda.

En cuestión de minutos está tan seguro de haber logrado tantas fotos buenas que busca una excusa para desaparecer lo más rápido posible, en contra del deseo que ella tiene de pasar la noche juntos en el Hotel Pradomar de Puerto Colombia. En contraste con su comportamiento habitual en este tipo de situaciones, Toño no siente ninguna emoción ante la perspectiva, pero lo cierto es que no encuentra una excusa suficientemente convincente que le permita hacer mutis por el foro.

Una vez en la cabaña del hotel busca excitarse mediante el recurso de mirarla mientras se ducha y después se seca con lentitud, y para sostener su perezosa erección recorre con los labios aquellas curvas bronceadas por el sol. Hace lo posible por estar a la altura de una belleza que, para colmo, no demuestra mucha creatividad amatoria, acostumbrada como está a ser objeto de culto y a dejarse halagar con pasividad. Echada de espaldas sobre la cama, estira los brazos hacia atrás, ladea su cuello para mostrar la perfección de su perfil y abre las piernas para que el esclavo de turno cumpla con su deber de rendirle pleitesía y hacerle los honores. A duras penas lo acaricia y l o oño empieza entonces a comportarse como un salvaje, mordiéndola, pellizcándola y embistiéndola con toda la brusquedad de la que puede echar mano, pero consigue el efecto contrario porque ella, a pesar de mostrar cierra complacencia, en lugar de convertirse en una amante más activa prefiere mantener su reserva monárquica.

Al día siguiente Toño intenta dejar abandonada su depresión en la cafetería del aeropuerto de Soledad, pero el mal sabor de la

noche pasada sube con él al avión, donde en los periódicos que reparte la tripulación se enteran por primera vez de la verdadera magnitud del ataque a El Espectador. No se arrepiente de haber pasado cerca de la sede del diario sin hacer lo que se supone debía hacer casi que por reflejo, pero entra en un estado de ánimo extraño que no lo impresiona pero de alguna manera sí le incomoda porque lo pone a pensar. Y si algo quiere evitar, ese algo es pensar.

Consigue distraerse durante varias semanas trabajando por las noches en el laboratorio que ha montado en el baño de servicio de su apartamento, lejos de las fiestas y leyendo. Intenta no dejarse permea por el ambiente de velorio vivido en el país y apenas rompe su rutina para acercarse a la casa de Lola a tomar unos vinos, cocinar junto a ella alguna receta que guste a las niñas y charlar. Ella suele ponerlo al día en cuanto a las exposiciones de arte que valen la pena, evitándole tener que tragarse huesos disfrazados de plástica de vanguardia. Por su parte él intenta explicarle a Lola, cada vez que así se lo pide, lo que está sucediendo en el país. Con ella no rehúye esa clase de ejercicio porque quizá, quién quita, de esa manera él mismo terminará entendiendo a cabalidad cómo la degradación del conflicto hace posible que una y otra vez, amparados por la impunidad, grupos armados de todas las pelambres lleguen a las poblaciones y ejecuten a rodo el que les da la gana. Hechos así salen publicados en los diarios con indeseable frecuencia, y los noticieros de radio y televisión los cacarean con un tono que apenas difiere del usado para anunciar los goles de la fecha, que se suceden uno tras otro en las pantallas de televisión mientras aún persisten en la retina las imágenes de la sangre empapando el suelo. U reiteración infinita de tales sucesos demuestra que ni la sociedad ni el Estado pueden reaccionar con eficacia frente al desborde del horror.

Esa banalización de la muerte, y también del estupor colectivo ante la fatalidad, ha llegado a niveles de delirio, como podemos comprobarlo Lola, Toño y yo una noche cualquiera, cuando nos juntamos por casualidad y encendemos el televisor para ver el noticiero de las ocho. La locutora, una bella modelo que tras incursionar hace unos meses en la presentación de noticias ha sido elevada por la crítica y por la prensa de farándula al nivel de gurú mediática, faro informativo y líder de opinión, suelta una perla:

—En un lugar apartado de Urabá un grupo paramilitar asesinó esta madrugada a diecisiete personas que participaban en

las celebraciones de la Virgen de la...

Casi no podemos creer lo que oímos, pero es así. La chica ha leído mal el texto del telepronter o ha decidido, motu proprio, corregir al libretista del informativo, cambiando la puntuación y convirtiendo Apartado en un lugar apartado, cosa que en el fondo y en la práctica no deja de ser cierta.

Como conozco a varios periodistas de ese noticiero, al día siguiente comento con uno de ellos el asunto y me confirma que, en efecto, la presentadora decidió sobre la marcha reescribir el texto de la noticia. No es la primera vez que lo hace, complementa. Quizá la culpa sea del libreto, que se escribe en mayúsculas para facilitar la lectura en el telepronter, pero quince días atrás hizo lo mismo y donde decía « PARAM HITARES DEL MAGDALENA MEDIO MATARON A SEIS MIEMBROS DE UNA COOPERATIVA DE TRABAJO CAMPESINA» fue leído por ella con un tono neutro y una coma de su propia cosecha: «Paramilitares del Magdalena, medio mataron a los miembros de una cooperativa de trabajo campesina». Lo comento con Lola y Toño en la siguiente ocasión en que nos vemos y nos entristece darnos cuenta de que al leímos de la ineptitud de la presentadora estamos riéndonos de nuestra propia imposibilidad de sobreponernos a la tragedia. Igual, es mediodía de domingo y entre los tres hemos horneado pizzas para Dorotea y Hannelore, que nos alegran el rato revoloteando en la terraza y chapaleando en una pequeña piscina inflable. Amparados bajo un toldo de lona para escapar del sol sabanero, brindamos con vino y proclamamos que es por la vida y por el placer de estar juntos, pero en realidad sabemos que lo hacemos por habernos autoeximido, cada uno en su momento y a su manera, de permanecer cerca de aquella clase de sucesos.

Toño sigue haciendo trabajos de publicidad, cada vez más amañado a pesar de no conseguir integrarse del todo al gremio. y desentendido de todo lo que pueda llegar a estorbarle su hedonismo. Y yo por fin he conseguido entrar en La Tribuna del Pueblo como redactora de la sección cultural, que para mi sorpresa no es el paraíso de serenidad que imaginaba desde fuera sino un pequeño infiernito manejado por Luna María González, una editora perezosa y bastante ignara, característica esta que si bien puede encontrarse con cierta frecuencia en el gremio, no es de esperar en quien está a cargo de los temas culturales. Pero es que las cosas han cambiado y lo que ahora se conoce como cultura ha pasado a

ser entretenimiento, lo cual produce un sancocho informativo para el que me sirve mucho mi experiencia pasada en Ploras, donde todos escribíamos acerca de todo. Aquí es más limitado el espectro, pero debo estar atenta y preparada para entrevistar a un encumbrado escritor que pasa por Bogotá en la gira promocional de su último libro y enseguida salir de allí en busca de un compositor vallenato cuya canción está de moda porque sirve de banda sonora a una telenovela.

En mi opinión no estaría mal dedicarse a elaborar tales sancochos si la aproximación a los temas ligeros no se hiciera con aires de suficiencia intelectual, como si escribir un artículo sobre una comedia de café concierto estuviese en el mismo nivel que un ensayo sobre artes plásticas en la revista cultural del domingo. Pero así se han dado las cosas para mí, y deberé soportar a mi editora mientras ella se las arregla para que de alguna manera asome, en medio del cuidadosamente buscado desorden de su escritorio, un ejemplar del Ulises. Consciente de que los demás se han percatado de sus limitaciones, suele enviar esa clase de mensajes subliminales para dar a entender lo culta que es, y lo democrática, pues se ampara en el principio de que absolutamente todas las manifestaciones de la creatividad humana son cultura, con lo cual los más elementales criterios de selección de calidad se desvanecen por completo. Aunque después de todo sí conserva alguno: los artistas plásticos, autores o dramaturgos que son sus amigos, o que ella cree son sus amigos, tienen siempre abiertas las páginas de La Tribuna para lo que se les ofrezca, «ni más faltaba querido, ya sabes que esta es tu casa y que aquí estamos para ayudarte».

—Cómo llegó semejante bestia a editora cultural será uno de los grandes misterios que muy probablemente no conseguiré descubrir antes de irme a la tumba —les digo a Lola y Toño en la sobremesa, tomando buchecitos de vino blanco frío para combatir la seca producida por la baretta.

Los tres reímos, molemos chismes, nos alternamos para seguirles la corriente a las niñas en sus juegos y, al atardecer, Toño y yo nos despedimos de nuestra anfitriona y salimos juntos en mi carro con él al volante, pues quizás yo haya bebido un poco más de la cuenta. En el garaje lo invito a subir a mi apartamento y sonrío al jurarle que no tengo intenciones ocultas sino pocas ganas de quedarme a solas con la depresión de domingo por la tarde. Acepta de buen grado, se sienta en el sofá de la sala, preparo una jarra de

limonada y nos ponemos a conversar uno frente al otro. Es entonces cuando me cuenta sobre su experiencia en Barranquilla con la esposa del ortopedista e intenta sincerarse para explicarme que se siente a la deriva:

—Imagina que mi gozo de vivir es una taza de agua de-rramada. Alcancé a salvar una parte ahuecando la mano, pero se me escurre entre los dedos y cada vez hay menos. No sé qué me produce ese estado de ánimo permanente, si se trata de la aridez de mi trabajo, los amores de una noche, la situación del país, la vida sedentaria después de haber viajado durante tanto tiempo o qué sé yo, el caso es que la sensación de pérdida es permanente y se incrementa con el paso de los días, casi dina que de las horas. O mejor dicho, sí lo sé: Colombia no me sienta bien. Para mí es como estar enamorado y casado con una mujer her- mos,i que al mismo tiempo es una bruja déspota y cruel. No puedo dejarla, pero si me quedo acabará conmigo.

Sus palabras reflejan de alguna manera lo que me sucede a mí, y dejo mi sillón para ir a sentarme a su lado cu cl soft, abrazarlo y recostar mi frente en su cuello, contenta al sentir otra vez su olor tan cerca y darme cuenta de que no me rechaza sino que. todo lo contrario, rodea mis hombros con su brazo, me acaricia la moña con la que me he recogido el pelo y me da un suave beso en la frente cuando le confieso que estoy aterrada, que el miedo al futuro me tiene paralizada en el presente.

El doctor está en una junta

Virginie no encendía por qué los poderes supraterrénahles con los que mantenía contacto permanente no le advirtieron a tiempo sobre las dificultades que ahora atravesaba. Estaba lejos de sentirse tan importante como para pretender que los ángeles o los espíritus de la selva, las cartas del tarot o los hexagramas del I Ching tomaran la iniciativa de prevenirla a ella, que era apenas una brizna de hierba llevada por el viento, pero quizás un pequeño guiño en alguno de los momentos en que los invocaba hubiese resultado bastante útil, pues la profana realidad que hoy la tenía metida entre los palos no la habría atropellado tomándola tan de sorpresa.

La verdad monda y lironda era que estaba convenida en especialista en lidiar ausencias, experta en llenar vacíos. Hacía rato había dejado de esperar el regreso de los padres de los tres niños Guzmán, los cuales habían terminado inspirándole amor de madre.

Negada en el pasado para desempeñar ese papel, pensaba que quizá su karma consistía en responder por los hijos de Medardo y Delfilia. Bien miradas las cosas, la crianza de Martina y Esteban era tan absorbente y dispendiosa como gratificante, pues ambos hacían gala de un temperamento apacible que, en el caso de la niña, se manifestaba a través de preguntas cargadas de significados más poéticos que problemáticos. Pasaban mucho tiempo juntas, cepillándose el pelo o haciéndose trenzas la una a la otra mientras leían cuentos, atemorizaban canciones y versos o aprendían nombres de animales y plantas en los libros de láminas que la tía Lola les enviaba desde Bogotá, si es que ella misma no los traía, porque de vez en cuando llegaba a pasar uno o dos días en Martinica para ayudarlos a soñar despiertos y a mantener viva la idea de la reserva natural. Sus visitas eran los fines de semana o los días en que sus propias hijas se quedaban con su padre, pues el chofer y la servidumbre, acarando instrucciones precisas del doctor Dohm, se negaban a llevar a las niñas fuera de los límites de Bogotá. Cualquier viaje debía ser autorizado por el patrón y todos los empleados temían que el castigo por desobedecer esa orden iría mucho más allá del simple despido.

Por su parte Esteban pasaba mucho tiempo en cercanías de la casa, pero ocasionalmente acompañaba a su hermano mayor a cazar pájaros con una cerbatana o a escarbar en los playones en busca de huevos de tortuga. Como a su hermana, los libros de historia natural también le fascinaban, su mayor anhelo era llenar el álbum de las chocolatinas Jet y nada podía hacerlo más feliz que abrir una de esas tabletas forradas en papel azul eléctrico para ver si la lámina que venía dentro llenaba alguno de los rectángulos del cuadernillo aún vacíos. Era muy buen pintor y se las arreglaba para copiar a mayor escala las imágenes que más le gustaban, de modo que Lola y Virginie alimentaban su obsesión de coleccionista y hacían lo posible para mantenerlo surtido con chocolate, láminas y lápices de colores.

Cada uno a su manera, los niños procuraban superar la ausencia de los padres y conservaban su presencia de ánimo casi todo el tiempo. Salvo uno que otro sigiloso suspiro o lagrimón nocturno por parte de alguno de los menores, era imposible darse cuenta de lo que sentían frente a su condición de huérfanos no declarados. Juan José el mayor, a pesar de ser más hermético, conseguía disimular menos sus sentimientos porque lo suyo era la

rabia callada, lapsos de tiempo en que permanecía enajenado, con la mirada puesta en un punto fijo. Una vez superaba el en-simismamiento solía echar a andar hacia los morichales con su bodoquera o ensillaba el curtido alazán de Medardo para cabalgar llano adentro y desaparecer durante uno o dos días, un tiempo que para Virginie constituía un suplicio.

Incapaz de sermonearlo por carecer de temperamento para ello, cuando el muchacho regresó la primera vez se limitó a pedirle que por favor no fuera cruel con ella y sus hermanitos. Le dijo que en lo sucesivo dijera al menos hacia dónde se dirigía, pero Juan José, en lugar de obrar en consecuencia, más bien hizo lo posible por prolongar sus huidas. Amargarle la vida a la patrona era su manera de cobrarle al mundo su orfandad, y aunque era consciente de que ella era la única persona con la decencia suficiente como para cuidar de sus hermanos y de él mismo, tal cosa no pesaba mayormente frente al dolor de la pérdida de sus padres, exacerbado por el huracán de hormonas propio de la adolescencia.

Las noches en que pernoctaba fuera de la casa eran terribles para Virginie, que las pasaba en vela, rezando o entregada a alguno de sus ritos, o estudiando el tarot o el horóscopo chino antes de tomarse una tisana de yerbas, irse a acostar en su cama y clavar los ojos en el techo en busca de la mirada del güño. Si por casualidad la encontraba, entonces intentaba establecer comunicación espiritual con el animal para preguntarle por la suerte del niño ausente, la de Medardo y Delfilia y, por último, la de su B. J., que si bien era la separación que más la lastimaba al mismo tiempo era la que tenía menos presente, pues el sufrimiento que le producía no entraba en su umbral de dolor. Pensaba entonces que si su marido no se hubiera ido Juan José no sería tan rebelde y exhibiría un comportamiento diferente. Y en el supuesto caso de que el muchachito hubiese resultado igual de malcriado, seguro B. J. sabría dónde encontrarlo porque él siempre se salía con la suya a pesar de la fama de vago y bueno para nada que su familia se empeñaba en divulgar.

—Es más —le dijo a la culebra en una de esas noches de insomnio—, voy a hablar con Carlos Alfonso para buscar otra manera de pagarle la deuda y que él regrese pronto. Yo ya no puedo más sola.

Sin embargo los meses fueron pasando a un ritmo que

aveces parecía lento hasta la exacerbación, pero que al mirar hacia atrás en perspectiva provocaba vértigo. Dubitativa, aplazó una y otra vez el viaje a Bogotá con la excusa de que los niños, la administración de la finca y la gente que atendía en su consultorio no le daban oportunidad de ir en busca de Dohm, quien esporádicamente le hacía llegar dinero suficiente para sostener la finca y pagar jornales, junto con las carras que B. J. le escribía contándole de su trabajo como traductor, que implicaba invertir muchas horas asistiendo a tediosas juntas de negocios. En una de esas cartas, la cuarta o quinta que recibiera, le contaba que ya casi había conseguido lo suficiente para salir de deudas, pero que ahora deseaba continuar ahorrando para el huero de Martinica, de modo que sin necesidad de endeudarse de nuevo tuvieran suficiente musculó económico para adelantar cualquiera de sus proyectos, valiera la vieja idea de la escuela de equitación, la simple crianza de caballos, la reserva natural privada que quería Lola o los tres al mismo tiempo, por qué no. todo sería posible si ella se revestía de paciencia y continuaba esperándolo un tiempo más.

Como una buena porción del dinero que le llegaba a través de Dohm debía destinarlo a pagar la vacuna que los paras de la zona cobraban por mantener alejada a la guerrilla y una cantidad similar iba con destino a las Fare, que prometían alejar a los patacos. Virginie decidió que debía escoger a quién pagarle, pues si la presencia de una excluía a la otra, alguna de las dos partes mentía y eso no le parecía justo. ¿Dónde estaba la guerrilla cuando Medardo y Delfilia necesitaron protección? No sabía la respuesta. pero no dudaba de que suspender el pago a los paras alejaba la posibilidad de recuperar a la pareja, pues aún guardaba la esperanza de que ellos los tuvieran retenidos en alguna parte.

Así que la siguiente vez que recibió a la guerrillera que habitualmente iba a cobrar la cuota, le comunicó su decisión de no seguir aportando porque Martinica estaba literalmente en quiebra. Su esposo se mantenía fuera y la finca, ahora también sin mayordomo, andaba manga por hombro, produciendo apenas para pagar unos escasos jornales. La mujer no respondió sino que nada más terminar de beber la limonada que se le ofrecía subió a su motocicleta y salió del predio sin despedirse. A Virginie no le gustó esa actitud por considerarla agresiva, pero muy pronto olvidó el incidente y dedujo que el comandante de la zona había entendido el mensaje. Era de esperar que la guerrilla volviera a cobrar, pero ella

estaba dispuesta a salirse con la suya manteniendo firme su argumento de la bancarrota. En electo, durante unos meses no ocurrió nada, pero un día llegó un campero con cuatro ocupantes armados a bordo, entre los que se encontraba la guerrillera ya conocida. Tenían órdenes de llevada ante el comandante Buitrago, que necesitaba hablarle.

Juan José lúe el primero que se subió al jeep y, aferrado a las varillas que sostenían la carpa, se negó a ser apeado diciendo que acompañaría a su madre hasta donde Fuera, pues ella era responsabilidad de él. Gratamente sorprendida al escuchar que la graduaba de mamá, Virginie le pidió que por Favor se quedara, pues ella regresaría porque muy seguramente el comandante era un hombre razonable que entendería razones. Ni ese argumento ni los de los guerrilleros, que por fortuna no lo golpearon sino que se limitaron a intentar empujarlo con sus Fusiles, consiguieron hacerlo cambiar de opinión, y el carro partió con rumbo desconocido por una trocha que poco a poco trepó hasta a la zona de montaña donde ella y Lola tenían prevista la reserva natural.

El comandante la recibió asegurando no creer en su versión de la quiebra. Estaba seguro de que con un poco de buena voluntad podría responder por la contribución que se le pedía, agregó. Era sólo cuestión de hacer bien las cuentas y la plata saldría de alguna parte, aunque no fuera del presupuesto de la finca. Ellos, las Farc, sabían que la señora Virginia estaba relacionada con personas pudientes de Bogotá, las cuales bien podían hacerle un préstamo que le permitiera cumplir con sus obligaciones, so pena de perder la finca al tener que venderla a alguien que sí asumiera el compromiso de ayudar al ejército popular a mantener a raya las fuerzas reaccionarias. Si lo pensaba bien, vería que era un esfuerzo muy pequeño comparado con todo lo que arriesgaba.

Pero bien podían posponer la discusión de ese tema, porque la principal razón para mandarla llamar era que tenían informaciones según las cuales ella era una agente de la CIA enviada con la misión de catequizar a los indígenas, de modo que estos actuaran como informantes y zapearan los movimientos de la guerrilla. Había hecho averiguaciones para confirmar lo que al principio era apenas un chisme de vereda y todas las pistas conducían a pensar que el rumor tenía algo de cierto, si bien no podía confirmarlo del todo. En principio resultaba bastante sospechoso que por Martinica desfilara continuamente tanta gente

desde tantos sitios, pero para que se diera cuenta de lo equitativa que podía ser la justicia revolucionaria. no tomaría represalias con ella hasta tanto no tener plena certeza de su delito contra el pueblo. Le comunicaba que tenía dos salidas: la primera era permanecer en su finca trislando.se mucho de todo lo que hacía, y por supuesto aportando con puntualidad la suma de dinero habitual: la segunda consistía en que ella y los suyos abandonaran definitivamente la región, con la seguridad de que jamás podrían volver a poner los pies en ella, so pena de ser ajusticiados sumarísimamente, decretó al tiempo que miraba hacia Juan José, a quien habían marginado de la conversación manteniéndolo lejos, sentado con la espalda recostada en un árbol.

Virginie quiso volver a argumentar, pero el comandante hizo un categórico gesto con el brazo para significar que la conversación había terminado y, al mismo tiempo, ordenando a sus hombres conducirla a ella y a Juan José hasta el campero parqueado unos metros más abajo. Bajaron en silencio y no hablaron de la experiencia ni entre ellos ni con nadie, pero Virginie decidió no aplazar más el encuentro con Dohm. No abandonaría Martinica por nada del mundo, sin importar el precio que debiera pagar. Respecto a la acusación de espionaje, era evidente que el comandante trataba de disfrazar su ánimo de lucro bajo un argumento traído de los cabellos que ni él mismo se creía. Resultaba útil ponerla a ella bajo una espada de Damocles que podía dejar caer de acuerdo con su conveniencia. De cualquier modo lo más sensato era pagar la vacuna, eso sí demorándola unos días para que Buitrago no creyera que mantenía dinero guardado en la casa.

Junto con la plata mandó al comandante un mensaje: pararía temporalmente hacia Bogotá en busca de una solución que le permitiese seguir viviendo en Martinica, y por tanto le encomendaba el cuidado del predio y de su familia. Le pedía no confundir su ausencia pasajera con un abandono definitivo del Jugar donde pensaba pasar el resto de sus días, por supuesto si Dios, los ángeles y los poderes terrenales se lo permitían.

Más tranquila, emprendió el viaje y al llegar a Bogotá se registró en el viejo hotelito de Teusaquillo donde alguna vez se alojara con Roberto José. A su mente acudieron los recuerdos más agradables de la relación con su esposo, que desde su llegada a Colombia para casarse había permanecido más tiempo ausente que a su lado. Qué le iban a hacer, en alguna parte debía existir una

piedra con un texto labrado que los condenaba a la separación, se dijo mientras tomaba un baño caliente para sacarse el cansancio de diez horas a Bordo de un bus. Al salir de la ducha tuvo la tentación de llamar a Lola, pero desistió porque su objetivo era hablar con Dohm y no quería escuchar los consejos que ella seguro intentaría darle. Cabía también la posibilidad de que su cuñada llamara a su exesposo para mediar en la situación y eso le parecía inconveniente porque demasiado ruido alrededor podía llegar a arruinar una gestión que deseaba adelantar sin ayuda. Por derecho propio, B. J. y ella merecían ser escuchados por el hombre que los había apartado.

A la mañana siguiente, después de su rutina de ejercicios de yoga, llamó al teléfono de la oficina de Dohm y una secretaria le dijo que el doctor no llegaba todavía, pero que lo haría a media mañana pues tenía una junta al otro extremo de la ciudad. Virginie le pidió que por favor le dijera que la llamase, dejó el número telefónico del hotel y se dispuso a esperar con paciencia, meditando en posición flor de loto sobre la alfombra sintética de la habitación.

Al llegar el mediodía sin recibir la llamada, pidió para almorzar una ensalada de frutas de un restaurante vegetariano de la avenida Caracas. Tenía buen recuerdo de ella porque allí estuvieron con Roberto José en aquella ocasión ya lejana, pero el plato resultó tan decepcionante como el silencio de Carlos Alfonso Dohm, a quien volvió a llamar justo cuando el reloj despertador de su mesa de noche marcó las dos de la tarde. Nada, el doctor no está. Sí vino, informó la secretaria, pero tuvo que salir de urgencia y no sabe si regresará. Es semana de balances trimestrales y, ya sabe usted, el pobre debe estar aquí y allá porque forma parte de varias juntas directivas y no puede fallar a ninguna de ellas. Le aconseja que mejor lo llame al día siguiente.

—Dígale, por favor, señorita, que es de parte de Virginie y que tengo cierta urgencia de hablar con él. Es un asunto de la finca —dijo mordiéndose los labios por la molestia de dar explicaciones a una persona que no conocía—. No le quitaré mucho tiempo, se lo prometo.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Virginie, la misma que le dejó razón esta mañana.

—¡Ah, sí! Perdón, señora Virginia. Es que usted no se

imagina el ajeteo que tenemos aquí...

Al día siguiente llamó para reforzar la razón y le respondió una secretaria distinta a la anterior, con la cual debió empezar de nuevo el proceso de dejar registrados nombre y número telefónico, pero el día pasó y la noche la sorprendió mirando el techo, desvelada por una incredulidad que empezó a volvérsela mala espina, pues no había razón para que Dohm no correspondiera a la llamada.

Al amanecer del tercer día decidió ir en persona a montarle guardia en la sala de espera de la oficina donde B. J. se lo presentó la primera vez, pero no consiguió pasar más allá de la recepción del edificio, detenida por un cuerpo de seguridad implacable que daba y recibía órdenes a través de unos ruidosos radios que le crispaban los nervios. Sin embargo permaneció de pie frente al edificio para mirar a través de los vidrios de los carros que entraban y salían del parqueadero subterráneo. Hacía frío y una llovizna fina empapaba su ropa y le calaba los huesos, pero se mantuvo firme en su propósito hasta que de una patrulla se apearon varios policías que la conminaron a circular so pena de arresto. El que parecía ser el jefe del grupo exhibía los mismos aires de suficiencia y de señor de la guerra que el comandante guerrillero allá en la vereda, y Virginie echó a andar como atontada por un mazazo, sin poder creer que chocaba contra la indolencia de un hombre que suponía cercano a su esposo. Por primera vez sintió la necesidad de decir una frase escuchada a casi todos los colombianos que conocía y cuyo significado, tras varios años de permanencia en el país, sólo entendió a cabalidad en ese instante:

—País de mierda...

Padre sustituto

—Sólo te pido que me des un mes de plazo, mientras mandan a alguien que te remplace —me dijo un muy serio Roberto José. Estaba tan claro que en esta ocasión mi renuncia no tendría reversa que no hizo el más mínimo intento para pedirme reconsiderar. Durante un instante lo noté contrariado, pero casi enseguida continuó siendo el mismo tipo fresco de siempre, incluso un poco más relajado que antes.

Le dije que sí y me quedé no uno sino dos meses, durante los cuales despachamos tres cargamentos de canecas para la

Florida y uno para Texas. En todo ese tiempo no quise preguntarle en qué iba el montaje de la nueva operación y él no mencionó nada al respecto, pero empecé a verlo ojeroso y cansado, señales de que trabajaba en doble jornada, apenas sin dormir, ocupado en ambas maniobras al mismo tiempo. Eso sí, en dos o tres ocasiones se las arregló para lamentar mi desertión, que según dijo se me permitía únicamente por ser ficha del Mocho.

—Mi jefe se salió de la ropa cuando le conté de tu salida y todavía está que se muere de la piedra, pero contigo le tocó aguantarse el brinco —me contó sonriente—. En cambio, si yo quisiera hacer lo mismo no podría. Por lo menos no antes de varios años.

Al preguntarle si sabía eso en el momento de aceptar el trabajo me respondió que, si bien lo sospechaba, nunca imaginó que las reglas de permanencia resultaran tan rígidas. Llevaba ya casi tres años en Estados Unidos y ni siquiera había podido tomar unas vacaciones, lo cual podía darme una idea de lo estricto que era el jefe con tales asuntos. Su visa estaba ya vencida, lo cual suprimía de plano la posibilidad de ir a Colombia, pero lo consolaba haber amortizado ya la totalidad de sus deudas, saber que a su familia no le faltaba nada y que poco a poco, mes tras mes y carga tras carga, iba ahorrando una plata que después le serviría para echar la casa por la ventana si le daba la gana. Vivía una suerte de condena, pero estaba claro que no sería eterna y que va le llegaría el momento de regresar.

Un buen día llegó a nuestra cita habitual con la noticia de que mi sustituto va estaba instalado en Nueva York, y a partir de ese momento me pidió que lo llamara por su nombre real, cosa que hice durante el tiempo que dedique a pascar por la ciudad con parsimonia de turista. Lo asumí como una contraprestación por todas las horas invertidas a la espera de los avisos del biper que me ponían en movimiento, periodos muertos durante los cuales la tensión nerviosa dificultaba incluso la lectura. Visité entonces con toda la frescura del caso el Museo Metropolitano, el de Arte Moderno e innumerables galerías, fui mucho a cine, caminé el Parque Central de arriba abajo, me soplé un ciclo con las obras completas de Kurosawa y le di gusto a mi paladar recorriendo buenos restaurantes, especialmente los de comida india, concentrados en una calle olorosa a curry, cardamomo, cúrcuma, jengibre y otras delicias.

Por desgracia en esos días ociosos anduve casi siempre solo, lo cual menguó de alguna forma el placer, pero en ocasiones Roberto me acompañó y en cierto momento me preguntó si cuando yo regresara a Colombia tendría inconveniente en ir hasta su casa a llevar unos regalitos. Ese era apenas el pretexto para saber de primera mano cómo estaban Virginie, los niños y La finca, me dijo. Si yo detectaba que corrían algún tipo de peligro, me pedía encarecidamente que le avisara de inmediato a través del Mocho. Como la incertidumbre frente a las eventuales amenazas a su familia lo desvelaba y además temía por la salud emocional de su esposa, yo era la única persona en la que confiaba lo suficiente para encargarle la tarea de acabar con todas sus dudas, siempre y cuando me tomara la molestia de cerciorarme para contarle en detalle y con franqueza la verdadera situación vivida en Martinica.

Acepté el encargo y salí de Estados Unidos exactamente por el mismo lugar por donde había entrado, a través del aeropuerto de Miami. Mi falsa visa de turista también estaba vencida y temí que iba a pasar un mal rato en la ventanilla de migración, pero el agente que me tocó en suerte se limitó a señalarme el hecho con tina voz rutinaria, sin expresar la mis mínima hostilidad, por lo cual deduje que mi caso era apenas uno entre los muchos que él veía a diario, si bien yo no dudaba de que a partir de entonces mi nombre quedaría en algún tipo de lista negra de personas que jamás podrían regresar al país.

De todos modos cuando el avión despegó sentí una suerte de liberación, aun a sabiendas de que el panorama en Colombia no era el más halagador para mí, pues carecía de un proyecto de vida personal, no tenía un lugar a dónde ir ni un familiar cercano al cual quisiera ver. Lo más parecido a un pariente que tenía era Barracuda, pero en el remoto caso de que lo encontrara en su casita del Tayrona, no deseaba acercármele de momento porque seguro intentaría montarme en alguna componenda y yo no deseaba volver a las andadas, ni con la gente del Mocho ni con ninguna organización, por más identificado que me sintiera con ella. No más siglas cosidas en el hombro, no más vestimentas camufladas, no más seres humanos en la mira de mi fusil y no más conspiraciones. En adelante la única revolución significativa para mí sería aquella que me cambiara por dentro y me ayudara a convertirme en un tipo normal, con un trabajo digno y sosegado, lejos de cualquier foco de violencia o de incertidumbre; en suma, un modo de vida en el que

anhelos y fracasos no tuvieran dimensiones épicas, sino que fueran reales, humanos. Después de tantos años consagrados a la erre mayúscula me producían una envidia tremenda los tipos obligados a resolver problemas como pagar arriendo, levantar lo del mercado y ahorrar para las vacaciones. Ansiaba ser un miembro más de la pequeña burguesía y no me daba vergüenza reconocérmelo a mí mismo.

Todos esos eran temas y opciones que en rigor debí haber sopesado muchos años antes, pero mi entrada en la vida adulta se había dado de tal forma que sólo después de viejo pude plan-teármelos. Creo haberte hablado antes de eso y no voy a insistir porque parecería un lamento y lo que en realidad deseo es contarte que ese era mi estado de ánimo al embarcarme en la terminal de transportes de El Salitre con rumbo a los Llanos, hacia Martinica y Virginie, con la intención de llevar los regalos enviados por Roberto y al mismo tiempo cumplirle la promesa de formarme una idea cabal de las circunstancias en que vivían ella y sus hijos adoptivos.

Lo primero que me llamó la atención la tarde en que llegué —por cierto después de un viaje demoledor— fue ver en la porrada de la finca, labrado en altorrelieve sobre la mampostería, un letrero escrito en caracteres griegos: BPAEAC. Como sabía que el nombre de la finca era Martinica, tras las presentaciones iniciales le pregunté a ella por el significado de la palabra.

—Traduce abraxas, que es otra forma de decir abracadabra —me informó con la cara iluminada por una sonrisa antes de pasar a darme una explicación numerológica sobre el significado divino de un término que, según dijo, designaba también el curso del sol a lo largo del año. Se remitió al origen hebreo de abracadabra, que según recuerdo ahora significa algo así como enviar el fuego, y siguió dándome explicaciones durante un rato más, haciendo gala de la que me pareció una gran erudición en temas esotéricos, pero yo ya había perdido todo interés en lo que decía, fascinado con el sonido de su voz y concentrado en observar su rostro y su mirada, transmisores de esa serenidad que yo tanto ansiaba sentir.

No podía ser de otra forma porque aquella mujer tenía un ánimo inmejorable, como pude comprobarlo al ver que no flaqueó ni un segundo cuando la conversación pasó a terrenos más concretos y hablamos de Roberto, su adorado B. J., a quien dijo amaría hasta

la muerte, provocándome de inmediato unos celos bastante irracionales, si entendés lo que quiero decirte, pues desde el primer momento en que la vi sentí la necesidad de conquistarla para mí. No sabía muy bien cómo, porque en cualquier caso significaría traicionar la amistad y las promesas hechas en Nueva York cuando la única referencia que tenía de Virginie era una foto de billetera. Detectar en ella una fidelidad a toda prueba aumentaba las barreras que yo debía sortear para conseguir que me parara bolas, y maldije por lo bajo mientras se desvivía en agradecimientos hacia mí por haberle traído buenas noticias. Me contó de su fallido intento por conocer del paradero de Roberto y dijo que al principio interpretó que mi presencia obedecía a una orden impartida por un tai (¿Carlos Alfonso, el hombre a través del cual su esposo había conseguido el empleo en Estados Unidos).

Mi instinto me aconsejó no sacarla del equívoco al detectar la posibilidad de encermarme de asuntos que hasta ese momento ignoraba. En el campo de la conspiración, como en ningún otro, hay que saber callar, y esa era la primera pista que podía conducirme a conocer la identidad del aliado estratégico del Mocho. No sabía muy bien para qué podía servirme ese dato ahora que pensaba dedicarme a otros asuntos, pero digamos que aún conservaba intacta mi devoción por la conjura.

Independiente de lo que yo sintiera, la promesa que exigía un respeto más inmediato era enviarle a Roberto noticias sobre Martinica, su esposa y su muy particular familia. Al hacerlo yo cumplía con buena parte del mencionado juramento y tranquilizaba de alguna manera mi conciencia por ver un prospecto de pareja en su mujer. Así que permanecí unos cuantos días más en la finca antes de regresar a Bogotá para mandar una carta de aliento a un buzón de correo alquilado por él con ese propósito específico. También podría haberlo hecho desde Villavicencio, pero yo también deseaba hacerle llegar en forma paralela y a través de la red del Mocho una razón que acabara del todo sus temores. Como al fin y al cabo él ya estaba al tanto de las presiones enfrentadas por Virginie, no se trataba de alarmarlo sino más bien de decirle que a pesar de las circunstancias todo seguía bajo control. Igual, confieso que en caso de haber encontrado motivos de alarma que comunicarle habría mantenido la reserva por temor a precipitar su regreso apresurado, lo cual haría que mi presencia allí durante más tiempo no tuviera justificación alguna.

De paso quería aprovechar mi visita a Bogotá para comprar un paquete de libros que resultaran útiles a Virginie en su papel de maestra de los muchachos Guzmán. Eso me permitiría ganar puntos con ella y tener un muy buen pretexto para regresar, le dije en un raptó de franqueza cuando me pidió permanecer allí y aplazar el viaje, que finalmente hice sabiendo que sería Bien recibido al regreso.

Durante el siguiente año hice varias veces lo mismo y con doble propósito: enviar noticias tranquilizadoras al buzón de Roberto y comprar material didáctico para una Virginie cada vez más consagrada a la educación de sus tres muchachos y de media docena más, sumados de manera voluntaria a una espontánea e improvisada escuela rural cuya maestra renegaba de la academia por creer que era un invento capitalista, una aberración ideada por los patronos durante la Revolución Industrial para que los obreros no perdieran tiempo educando a sus hijos y se consagraran del todo a generar plusvalía. Te juro que yo no había escuchado discurso tan subversivo ni en las más delirantes células «inspirativas de mi juventud, y oírlo en boca de aquella hermosa loca me produjo un inmenso placer.

En su propósito de educarlos, Virginie echaba mano de todos los recursos y personas que renía a su alcance, e incluso yo mismo terminé involucrado sin saber a qué horas como informal profesor de historia universal y de Colombia, aparte de instructor de aritmética de los más pequeños y de álgebra en el caso de Juan José y dos peladas más. que acudían con puntualidad desde una finca vecina. Lo primero se me facilitaba porque las ciencias so-ciales eran mi fuerte en la universidad, y lo segundo porque con-servaba aún cierta familiaridad con los libros de Baldor, cuyos ejercicios me parecían y aún me parecen tan divertidos como los crucigramas o los problemas rompecocos de los periódicos.

Cada cierto tiempo llegaba Lola Casasbuenas para pasar cortas temporadas con nosotros, durante las cuales organizaba paseos con acampada incluida hacia una parte de la finca que se conservaba aún virgen y que le servía a ella como espacio donde impartía clases de botánica, zoología y dibujo. Yo iba atraído por la perspectiva de compartir unos días con aquellas dos mujeres que no demostraban ningún temor cuando en medio del bosque nos topábamos con huellas de muchas botas pantaneras, señales innegables de la presencia de gente poco recomendable. Ya para

ese momento yo estaba suficientemente informado de los forcejeos de la patrona con el comandante Buitrago y de sus tratos con los paracos, lo cual me impulsaba a permanecer aún más cerca de ella para protegerla de cualquier cosa que pudiera ocurrirle, consciente de que poco podría hacer la vieja escopeta de la finca para oponérsele a cualquiera que intentara hacernos daño.

Lo mejor de aquel tiempo fue sin duda ver a Virginie consagrada a esos niños, pendiente de todas sus preguntas y lista a responderlas en cualquier circunstancia, sin dar muestras de estar afectada por los desplantes adolescentes de Juan José o las preguntas que hacían los dos menores acerca del paradero de sus padres, ocasiones en que no era extraño ver surgir lágrimas en sus ojos. A pesar de sentirse entristecida por ser incapaz de llenar el vacío en los corazones de los muchachos, jamás dejaba que su estado de ánimo se le notara y, todo lo contrario, intentaba sonreír aún más y se inventaba sobre la marcha alguna actividad que los hiciera pensar en otra cosa.

Por lo que a mí respecta, nunca dejaré de agradecerle el hecho de haber dado sentido a mi vida en un momento en que creía haber perdido el norte, pues me convirtió en guardián, maestro y padre improvisado de aquella prole que me proporcionó coherencia y, por encima de todo eso, me permitió permanecer al pie del cañón, observándola y deseándola sin decírselo, aunque después de ver la forma en que yo la trataba resultaba imposible que ella dejara de notar mis sentimientos por más que los guardara en silencio.

Muecas a la pelona

No recuerda casi nada de lo ocurrido la noche anterior, pero juzgar por el estado en que se encuentra el apartamento, la fiesta debió alcanzar los usuales niveles de demencia generalizada. Sobre su cama duerme una mujer desnuda con un corazón en llamas tatuado a media distancia entre el ombligo y el pubis. Reconoce en la joven a una de las modelos que acostumbra contratar en los bárdelos del Chicó, y el ligero con medias de malla y su sexo depilado le traen a la memoria que ella accedió encantada a posar frente a la cámara.

Arrastrándose bajo el peso de la migraña, llega desnudo hasta el inodoro para aliviar la vejiga. También recuerda que la rumba empezó el viernes por la noche, luego de la celebración que hicieron en una agencia de publicidad por haber ganado un premio

internacional de creatividad. Envuelve una toalla alrededor de su cintura y al regresar a la habitación se detiene un momento junto a la cama para volver a mirar a la mujer en un intento de recordar su nombre, por qué está sobre su colchón y, lo más importante, hasta dónde llegó con ella en medio de la inconsciencia exacerbada por el ron blanco y la perica. Instintivamente se palpa el pene con preocupación, pero se tranquiliza un poco al ver un condón usado al lado de su mesa de noche, sobre la que reposan su Leica, dos chicharos, un vaso de ron en medio de un charquito, un filtro 80B con grasientas huellas dactilares, un pepino cohombro y un vibrador de plástico. Gajes de la rumba, piensa al revolver en el cajón del mueble en busca de cuatro aspirinas que traga ayudado por el cuncho de ron.

A medida que acuden a su mente los recuerdos de la fiesta sale con algo de alarma entre pecho y espalda a recorrer la sala y la habitación de huéspedes, donde en distintos grados de desnudez sueñan y roncan dos creativos de la agencia y tres mujeres que no recuerda haber visto antes, enmarcados en una escenografía de catástrofe que refleja el desmadre de un fin de semana a lo largo del cual debieron desfilar por el lugar entre cincuenta y setenta personas. Los discos de acetato han servido como bandejas para extender líneas de perica, hay cinco botellas vacías por metro cuadrado, prendas de ropa interior femenina envuelven las pantallas de las lámparas, el olor de los ceniceros rebosados de colillas atormenta su nariz y en la pequeña cocina, separada de la sala por un mostrador de madera, hay una pirámide de ollas sucias, cajas de cartón subidas desde la pizzería del primer piso y muchísimos envases vacíos de agua y jugo de naranja. Debe hacer un esfuerzo para tomar conciencia de que la música y los aullidos se prolongaron hasta bien entrada la noche del domingo, y que la luz grisácea que empieza a iluminar el apocalíptico escenario de su casa corresponde al amanecer de un lunes de noviembre. La depresión producida por la cocaína se intensifica cuando escucha el reclamo de las mirlas posadas en los urapanes del parque vecino.

Para colmo, dentro de cuatro horas deberá asistir a una reunión con uno de los clientes más importantes de una agencia, lo cual significará varias horas clavado en la sala de juntas escuchando ideas para la campaña de introducción de una nueva gaseosa, de modo que no tendrá tiempo de limpiar el mierdero a menos que la empleada que habitualmente hace el aseo acepte

venir hoy y no pasado mañana miércoles, como está previsto. Es imperativo que así sea porque tiene invitada a cenar a su colega Claudia Rubiales para celebrar su cumpleaños y le daría mucha vergüenza si ella, que vive en La Habana en medio de la mayor austeridad, encontrara pistas de lo sucedido el fin de semana. Co-mo le ha prometido preparar esa noche la receta de langostinos al ajillo que le ha ganado fama entre el gremio fotográfico, no existe la posibilidad de llevarla a un restaurante.

Así que con la intención de despertar de una buena vez a las visitas va hasta el equipo de sonido y pone a todo volumen In Through the Out Door logrando evacuar el apartamento antes de finalizar In the Evening. Apaga entonces el aparato, mastica otras cuatro aspirinas y camina hasta la ducha, donde sentado en el suelo se enjabona bajo el agua caliente hasta agotar la capacidad del calentador, momento en el cual se pone en pie y deja que el chorro frío le masajee la nuca, la espalda y el rostro, logrando de esa forma poner en segundo plano el dolor de cabeza que las pastillas ya han arrinconado.

Demora un rato escogiendo para la reunión una vestimenta que no insulte a los clientes pero que al mismo tiempo deje en claro que el fotógrafo es ante todo un artista ajeno a vanidades de moda. Se viste con calma, ordena un poco su habitación escondiendo o botando las evidencias más vergonzosas y llama por teléfono a la empleada doméstica para pedirle el favor de adelantar su visita. Nada más colgar, el aparato repica de nuevo y es la voz de Natalis Delpierre increpándolo:

—¡Egsta vez no puedes decigme que no, Antonio! ¡Tienes que ayudagme, aunque sólo sea por los viejos tiempos! ¡No seas miegda!

—¿Qué pasa, Nat? ¿Ahora cuál es tu urgencia?

—No me digas que no lo sabes.

—Mira: la verdad es que cada vez estoy menos enterado.

Y hoy, pues ni para qué te cuento...

—Hegmanito, volagon un avión de Avianca que iba de Bogotá a Cali... y no tengo allá a nadie que me cugra la espalda. Vladimir está en Medellín, John en el Cauca, y no tendgré co-municación con ninguno de los dos sino hasta dentgro de unos

días...

Los remanentes del guayabo que aún conserva a pesar de la sobredosis de analgésicos y agua fría desaparecen arrastrados por un escalofrío que le sube desde los talones hasta la nuca, erizándole los vellos del cuerpo. Delpierre, al otro lado de la línea, le informa sobre un avión que estalló en el aire y cuyos restos quedaron «en un barrio llamado Socha».

—¿Socha, Boyacá? Pero si eso es al oriente...

— No, idiota. Socha, Bogotá.

Toño diría después que con su voluntad doblegada por el abuso de sustancias y la falta de sueño no tuvo alternativa y que por eso se comprometió a ir hasta el potrero de los altos de Soacha donde quedaron esparcidos los restos del avión y el centenar de personas que iban a bordo. También aseguraría no recordar nada de aquel cubrimiento, cuántas fotos tomó ni si estaban bien o mal, pues sólo tenía presentes el olor que ofendió su mariz y los despojos humanos que redefinieron su percepción de la guerra. Tenía que pasarle a él. justo a él. que cree tener bastante claro todo lo referente al tema y que frente a todos sus amigos se precia de ser quien mejor le hace muecas a la pelona, retándola a venir a buscarlo sí es que de verdad tiene suficiente coraje.

Mientras remite por Aero mensajería a Nueva York los rollos de película sin revelar, pierde su contrato en la agencia de publicidad, pero solo se entera de ello dos días después, una vez termina el trabajo que marca su regreso al trabajo con Épsilon. En aquellos días de diciembre casi no lo veo porque viaja dos veces a El Salvador, donde la guerrilla está a punto de tomarse la capital y los combates se dan en las calles del barrio Mejicanos, pero escucho rumores poco favorables sobre su estabilidad mental. de modo que con la llegada del año nuevo me las arreglo para caer de risita en su apartamento en las dos o tres ocasiones y encuentro a un Toño muy dueño de sí mismo, en cierta forma aliviado con su regreso al oficio aunque no lo exprese verbal mente, y orgulloso por haber retomado la manija de su relación con las drogas, el alcohol y el sexo salvaje, a los que mantiene a prudente distancia.

—Claro está que esto es temporal, y sólo mientras Nat viene a Colombia a organizar sus cosas. Pero le debo ese favor —dice como si necesitara justificarse ante mí.

Lo cierto es que pasan las semanas sin que Épsilon le resuelva su interinidad laboral, y cuando llega el último fin de semana de febrero nos informa a Lola y a mí, que hemos ido juntas a visitarlo, su decisión de botar la toalla el lunes 26, víspera de cumplirse tres meses de la voladura del vuelo 203 de Avianca y de su vuelta al oficio que, nos recuerda por enésima vez, tiene carácter temporal. Íxis tres estamos de acuerdo en que entre el fin del año anterior y el comienzo de este han sucedido muchas cosas que nos sentimos como respirando un aire distinto. Se ha venido abajo el Muro de Berlín, nada menos, y yo me baso en ese hecho para sostener que en el mundo entero están cambiando los paradigmas, Comento que ojalá en el otro plato de la balanza ocurriese lo mismo, pero Lola se muestra escéptica porque cree que a este lado de la Cortina de Hierro no existe un Gorbachov o al menos un Walesa dedicado a dinamizar procesos equivalentes. Toño se ríe oyéndonos, nos llama ingenuas y apuesta lo que queramos a que en el fondo todo seguirá igual, gracias a que la historia tiene un movimiento de péndulo, impulsado por la veleidad de la gente, de las masas, «que es como decir las mareas». Prueba de ello es que hoy, apenas una década después del triunfo de la revolución sandinista, Violeta Chamorro, que representa a la antigua clase dominante de Nicaragua, acaba de resultar elegida presidenta de ese país.

Lola y yo no estamos de acuerdo con esta última afirmación, pues la señora, antes que la exponente de una clase dominante, es la viuda de un periodista asesinado por Somoza y, según creemos las dos, se trata de una mujer digna que sabrá mantener alejadas a las extremas. Se suscita entonces una cordial discusión, de esas que no tienen ni pies ni cabeza pero que resultan deliciosas/ muy apropiadas para ejercitar los pulmones y la capacidad de raciocinio de la mente cuando está entorpecida por el alcohol. Bien entrada la noche, ambas nos despedimos y Toño y yo nos citamos para almorzar al día siguiente en un restaurante cercano al periódico donde sirven una exquisita sobrecarga a la criolla. En broma le digo que ese será su premio por renunciar de nuevo a Épsilon y pedir cacao en la agencia de publicidad, donde podrá volver a disfrutar de la iluminadora compañía de los poetas que prestan sus musas para escribir odas al consumismo.

Sin embargo a la hora de nuestra cita él no aparece y, cansada de esperarlo, ordeno una ensalada para almorzar. Ha sido

un día triste y me pregunto si nuestra sensación compartida de la víspera era premonitoria del asesinato de Silvia Duzán. colega freelance muerta en Cimitarra por los paramilitares esta misma mañana cuando hacía trabajo de preproducción para un documental de la levé europea. No es mi tema, pero en el consejo de redacción de las nueve y media no se habló de otra cosa. Yo apenas la había visto tres o cuatro veces, y fue la primera colega a la que escuché mencionar el concepto de tribus urbanas, un área de abajo que la apasionaba; salvo saludos esporádicos. Toño apenas la había tratado, pero era una reportera que le caía simpática porque solía moverse por las mismas geografías difíciles frecuentadas por él.

La noticia de su muerte a través de la radio es la gota que rebosa su copa y deja de lado sus planes inmediatos, desconecta el teléfono y durante varios días iza el puente levadizo que tiene sobre su muy personal foso de aislamiento. Lola consigue entrar a su apartamento gracias a que el portero la deja subir hasta el piso y a que tiene la paciencia de sentarse con la espalda recostada en la puerta, golpeando con insistencia hasta que lo rinde por cansancio.

El caso es que el suceso aplaza de alguna manera su re-nuncia a Épsilon y no tiene hígados para negarse a cubrir un pro-ceso electoral candente, salpicado por tal cantidad de muertos anónimos que nos llenan a todos de una sensación de fin del mundo. de fatalidad, de pertenecer a una raza maldita «destinada a la purificación por el fuego», según gusta repetir él cada vez que le damos la oportunidad de protagonizar sus catarsis frente a nosotros. las únicas personas frente a las cuales es capaz de despojarse de su coraza de hombre duro y dejar ver que, después de todo, su descreimiento es sólo una pose para protegerse.

Junto con el envío de refuerzos, Delpierre le pide coordinados y decirles a dónde ir y cuándo, cuáles hechos vale la pena cubrir y cuáles no. En el argot del francés, valer la pena significa más o menos sangre, y eso es tan claro como que abstenerse de registrar las miserias de la condición humana resultaría ser un pecado mucho más grave que el sensacionalismo periodístico, así en el fondo este obedezca a propósitos comerciales. Ya está lo suficientemente madurito como para entenderlo de esa forma, y decide meterse de lleno en el trabajo sin plantear más reparos éticos ni sentir remilgos sentimentales; eso sí, hasta donde la paciencia le aguante.

Por fortuna ahora tiene la prerrogativa de poder mandar a otros fotógrafos a los lugares que a él no le llaman la atención, reservándose el seguimiento de los candidatos presidenciales en algunos viajes cortos. Los alterna a todos en su agenda y tiene dificultades para escoger entre Bernardo Jaramillo, el columnista de la Unión Patriótica, o Carlos Pizarro, el exguerrillero del M-19 cuyo pasado de combatiente, sumado a su carisma, seguramente le reportarán muchos votos en las elecciones de mayo próximo. Es seguro que ambos perderán ante César Gaviria, pero ahora que ha regresado al jaleo no le importa reconocer que las causas perdidas son sus favoritas, y escoge acompañar a Jaramillo porque recientemente ha tenido un enfrentamiento con el ministro de Gobierno, que los ha acusado a él y a su partido de mantener estrechos vínculos con las Farc.

—Probablemente sea cierto —me comenta una tarde a través del teléfono—, pero ¿no es de eso de lo que se trata? ¿De dejar que las guerrillas ensayen la ruta de las urnas?

Le respondo que su análisis es algo simplista, por no decir ramplón, pero apunta que de cualquier modo el paísa Jaramillo, a quien ha seguido a lo largo de la última semana, es el candidato que más llama su atención porque pronuncia frases poco ortodoxas desde la óptica de la izquierda tradicional, como que la guerra no va a ganarla nadie sino que la vamos a perder todos, o que la UP no necesita el apoyo de las Farc. No le interesa cubrir las giras de Gaviria porque en su opinión se trata de un tecnócrata que con algo de maquillaje representa al viejo establecimiento, y medio en broma dice no sentirse muy cómodo al lado de Pizarro, quizá porque en su alma aún quedan remanentes del paracaidista de contrainsurgencia que alguna vez fue.

Apenas un día después, y de nuevo por la radio, la maldita bendita radio que en este país ha asumido con coherencia digna de mejor causa el papel de ave de mal agüero, anuncia que Bernardo Jaramillo acaba de ser asesinado en el aeropuerto de Bogotá por un jovencito a sueldo del cartel de Medellín. Es curioso, me digo, la forma en que los intereses de la mafia y de la ultraderecha intersecan sus planos como en esos dibujos de la teoría de conjuntos del colegio. Indignada, levanto el teléfono para llamar a Toño, que me contesta con voz fría y distante. Le digo que necesito verlo, y me contesta que bueno, que aparezca cuando quieta por su apartamento, con la condición de no hablarle para nada de Bernardo

Jaramillo ni mencionar siquiera la palabra política.

Obedezco y me dejo caer por su casa con la determinación de sicario a ver una película, pero se niega de plano y conversamos sobre todo de libros recientes como la hoguera de las vanidades, que yo ya leí y él está leyendo por recomendación mía. y los versos satánicos, que a su vez él me ha recomendado. Está decepcionado con la novela de Wolfe, pero yo estoy fascinada con Rushdie, que a partir de la publicación ha debido esconderse de las amenazas del régimen del ayatolá Jomeini. El tema nos conduce inevitablemente a hablar de fundamentalismo religioso y por ahí derecho desembocamos en los fundamentalismos de toda clase.

Sin proponérselo, él mismo cae en el tema de la política y señala que los últimos sucesos, los que lo han obligado a retomar el oficio, han ocurrido en fechas similares: el vuelo de Avianca un día 27. el asesinato de Duzán un 26, y el de Jaramillo un 22. No se cumple aún el primer aniversario, pero el 25 de marzo del año anterior ametrallaron a José Antequera frente al mostrador del aeropuerto. Viniendo de un descreído, semejante ejercicio cabalístico es algo llamativo, pero me olvido de ello nada más regresar a mi casa.

Volveré a acordarme un tiempo después, al llegar al pe-ríódico y encontrar la redacción invadida por un frenesí que me resulta familiar como un déjà vu. Antes de preguntar qué pasa ya sé que la respuesta será otra fatalidad: acaban de asesinar a Carlos Pizarro y el calendario dice que hoy es 26 de abril.

Las generalidades del general

Quizá deba rectificar lo dicho respecto a que la vejez trae consigo la resignación, porque es una afirmación inexacta en la medida en la que puede ser interpretada como conformismo. Y me parece que lo que realmente surge en la gente de cierta edad es un oportuno sentido común, necesario a la hora de economizar movimientos y no malbaratar la cada vez más limitada energía del cuerpo. Lo digo porque de cualquier forma yo no estaba rendido del todo y me empeñaba en influir sobre Bernabé para hacerlo cambiar sus métodos indignos, aunque Marisol insistiera en que las historias tejidas alrededor de su accionar eran puras mentiras, invenciones que incluso él mismo provocaba para meterles miedo a sus enemigos y mantenerlos alejados, que en el fondo era de lo que se trataba. Aplicada recientemente a la lectura de la Biblia, ella intentó

reforzar su argumento citándome un pasaje del Cantar de los cantares según el cual los sesenta nobles escoltas del rey Salomón llevan cada uno «su espada sobre su muslo, por los temores de la noche».

Yo dudaba mucho de la validez de esa versión de los hechos y prefería creer que todas las barbaridades que se le atribuían a él y a su grupo eran verdades más que frutos de la imaginación popular. En gracia de discusión podía conceder que sólo una parte era cierta, pero la más mínima justificación de tales métodos de terror ya representaba para mí un asunto ignominioso e imposible de soportar.

Me encontraba tan aislado en ese sentimiento, sin poder compartirlo con nadie, que deseé la compañía de mis hijos a sabiendas de que ya no era hora de reaparecer en sus vidas con unas preocupaciones que además de estar pasadas de moda eran producto de mi propia torpeza. En toda mi existencia nunca me había metido en un callejón sin salida como aquel, y lo peor era que yo mismo había propiciado el montón de problemas que ahora enfrentaba. Pero una noche, sentado junto a la puerta de la casa intentando pescar emisoras internacionales en el radio de onda corta, llegué a la conclusión de que lo mejor era escuchar el atávico llamado del honor y retirarme del lugar, evacuar o, para que no sonara tan grave, efectuar un repliegue táctico mientras la situación se aclaraba o yo encontraba la forma de revertir tendencias y recuperar al menos el control sobre Platea, ya que el vecindario podía darlo por perdido para siempre.

Entonces preparé de inmediato una maleta con algunas prendas, resuelto a partir al amanecer hacia la casita en la desembocadura del Buritaca. Probablemente allí se me ocurriría algo, o a lo mejor no sucedía así, pero lo importante era evitar a toda costa que se asociara mi nombre con el horror de los sucesos vividos en el último tiempo en la vereda Mirador de la Sierra. Había llegado el momento de echar mano del sentido común para poner a buen recaudo mi dignidad de soldado.

La sensación de pérdida que me embargó durante todo el viaje hacia la casa de la playa era pesada y tan tangible que me recubrió, me llenó de coraje y me hizo reaccionar de tal forma que cuando llegué tenía ya tomada la decisión de no dejarme amedrentar ni siquiera un segundo, aunque me viera obligado a

empezar una nueva vida a pesar de la edad y de todos los inconvenientes que muy seguramente encontraría.

Me consolaba un poco pensar que yo no era el único que atravesaba un período de oscuridad, como podía deducirse con un simple vistazo a los titulares de la prensa nacional. Por supuesto era consciente de que en todas las épocas los viejos se han quejado porque el mundo no es el mismo de antes, pero simultáneamente tenía suficientes elementos de juicio para creer que lo mío no era queja por la juventud perdida, ni el eterno «todo tiempo pasado fue mejor» que tanta antipatía me ha producido siempre, sino una conclusión alcanzada después de analizar con objetividad mis propias vivencias y los sucesos planetarios, que parecían sucederse a un ritmo inédito y daban la impresión de ser una epidemia de chifladura.

Por un lado estaba el asunto de la caída de la Cortina de Hierro, el fin del comunismo, aquel enemigo que enfrente siendo apenas un joven oficial sin mayor formación académica. Probablemente las consecuencias de tamaño acontecimiento serían imprevisibles porque la simple lógica indicaba que, roto el equilibrio de poderes, la descompensación resultante daría nacimiento a fuerzas nuevas cuyo comportamiento aún estaba por verse. Era paradójico que la desaparición del enemigo generara en mí más incertidumbre que el hecho de saberlo todavía vivo y listo para la pelea, pero mucho me temía que la ausencia del peligro rojo incluso podía llegar a crear más problemas que cuando era una amenaza real, medible en número de tropas, aviones, submarinos y ojivas nucleares.

En mi caso tenía claro que la segunda paradoja asociada con suceso tan significativo era que la guerra de Corea, el primer y único choque convencional entre grandes potencias después de la Segunda Guerra Mundial, aún seguía activa. De hecho, era apenas un armisticio, no un tratado de paz, y me producía mucha curiosidad saber cómo solucionarían las dos partes sus diferencias tras casi cuatro décadas de mirarse con hostilidad desde ambos lados del paralelo 38. Probablemente ocurriese algo similar a lo del Muro de Berlín, pero todavía nada estaba escrito.

Y ya hablando de mi país, nuestra nación, mi patria, llámelo usted como prefiera, era un hecho que los múltiples enemigos que lo sitiaban y martirizaban eran en el fondo uno solo, porque entre ellos

las únicas diferencias eran de boca para afuera y sólo cambiaban las justificaciones, los emblemas que esgrimían en su propósito de suplantar al Estado y eliminar a sus antagonistas. Así las cosas, la conducta de mi nieto, si bien no era justificable, podía ser explicada a la luz de la realidad que lo rodeó una vez saltó del nido para echarse a volar. A pesar de los propósitos bienintencionados de su madre y míos. Bernabé había crecido en un escenario donde todo vale, enmarcado a su vez en un mundo en donde la lógica y el raciocinio ponderado intervienen poco a la hora de tomar la decisión de alinearse en este o aquel bando. finalmente los seres humanos utilizamos el cerebro con menos frecuencia de la que suponemos, y seguimos siendo apenas una taza evolucionada de simios supremamente majadero cuando actuamos empujados por fuerzas o creencias colectivas

Una vez inmersos en ese tipo de marca, tendemos a satanizar a nuestros rivales como preámbulo al siguiente [taso: borrarlos de la faz de la Tierra, exterminarlos hasta el último.

Llegado a esas conclusiones y va en perspectiva, atribuía a un milagro que mi hijo Antonio no se hubiese convertido en algún tipo de matón a sueldo de quien sabe qué intereses sino que. todo lo contrario, una vez retirado del Ejército fuera capaz de aproximarse a los conflictos con actitud desapasionada, casi analítica a juzgar por las frases que había escuchado en boca suya un tiempo atrás, cuando él, sus hermanos y yo nos reunimos de nuevo como familia con motivo del fallecimiento de la señora Patricia. En esa ocasión noté en él una actitud en cierta forma favorable hacia mí, que tácitamente dejaba en el pasado todos nuestros disgustos y diferencias, y entonces me dije que valía la pena tantear si tal percepción resultaba cierta. Usted pensará que ya para qué, pero fue en ese momento cuando vine a caer en cuenta del valor como persona de mi primogénito y sentí la necesidad de hablar con él para saldar cuentas. Quizás eso me acaldraría a entender qué demonios estaba sucediendo en el mundo, si lo que yo percibía era una distorsión debida a mis años o si realmente atravesábamos una época especialmente peliaguda. No tenía más opción que recurrir a él, pues ninguno de mis dos o tres amigos de generación que permanecían vivos parecía ser un interlocutor apropiado para el caso.

Mientras viajaba hacia Santa Marta con el propósito de llamarlo por teléfono e invitarlo a venir a la cabaña, volví a pensar

que quizá su visita sería un momento adecuado para enterarlo de su paternidad, pero deseché la idea de inmediato porque hacerlo implicaría romper la promesa hecha a Marisol, así fuese muy tentadora la posibilidad de librarme de un secreto que sólo me atormentaba en presencia del propio Antonio. De cualquier modo sería inevitable que él preguntara de nuevo por su «hermano de la Sierra» y sus andanzas, pero todas esas consideraciones perdieron importancia frente a la simple idea de compartir juntos unos días, o al menos unas horas, invitándolo a estar frente a ese mar que tanto quiso y frecuentó en su juventud y que en su momento fuera fuente de placer para él y sus compinches del colegio.

Pasé todo el día yendo y viniendo entre Telecom y los restaurantes y cafeterías cercanas al Paseo de Bastidas, pues nadie contestaba el teléfono en su apartamento. A través de sus hermanas supe que estaba en Bogotá y eso me animó a seguir insistiendo. Por fin, casi a las seis de la tarde, levantó la bocina con una voz entre cansada e irritada que suavizó una vez me identificó. Cuando lo invité a venir a la cabaña noté en él cierto sobresalto, pero disimuló muy bien y me preguntó el motivo, a lo que respondí que no había ninguno salvo las ganas de conversar con él, hacerle algunas consultas y darle la oportunidad de pasar unos días desconectado del ajetreo del periodismo, pues suponía que los últimos meses habían sido bastante agitados para él.

—Sí, señor. No se imagina el agite tan teso. Claro que acepto su invitación. Estaré allá dentro de dos semanas. ¿Puedo llevar compañía?

—Cómo no, mijo, cómo no. Sus amigos también serán bienvenidos. La casita es pequeña, pero hay manera de acomodar hasta seis personas y la comida no falta.

Al colgar la bocina me arrepentí de haberle dicho esto último, pues temía que llegara con invitados que sin duda interferirían en mi plan de acercármele, pero resultó que él tuvo el buen sentido de presentarse solo. Al principio de la temporada que pasamos juntos la relación fue incómoda por lo fría y distante, y hablábamos apenas lo indispensable porque ninguno de los dos quería medírsele a conversar. Al ser yo el de la idea de reunirnos me sentía en obligación a dar el primer paso, pero como cabía la posibilidad de que todo desembocara en los mismos mal-entendidos de antes, me hice el remolón para poder disfrutar un tiempo de su

compañía, así fuera muda.

No obstante el que rompió fuegos fue él, un atardecer en que encendíamos una hoguera con cortezas secas de coco para ahuyentar la mosquitera que a esas horas se abatía sobre la costa. Basándome en el calor húmedo que nos sofocaba desde el me-diodía y el rumor de unos truenos lejanos, comenté que proba-blemente esa noche llovería, a lo que respondió socarrón que tocar el tema del clima era síntoma inequívoco de no tener nada de qué hablar. Le concedí la razón y le dije que, en efecto, yo no tenía muchas cosas para decirle, pero que me encantaría intercambiar opiniones acerca de generalidades.

—Viniedo de usted, no podrán ser sino generalidades, señor —me dijo con una gran sonrisa en el rostro.

Entendí el chiste varios segundos después y me agradó corroborar que su agudeza era la misma de siempre y que conti-nuaba usando la cabeza para algo más que ponerse la gorra. Como estábamos muy cerca el uno del otro sentí la tentación de propinarle un puño de chacota en su brazo, que a lo largo de mi vida ha sido la máxima caricia que mis hijos han recibido de mi parte, pero me abstuve de hacerlo y le hice un ademán para que me siguiera hasta la casa, donde serví sendos tragos de vodka. Aceptó de buen grado y lo volvimos costumbre durante todo aquel tiempo en que él madrugaba a la playa, caminaba y trotaba a lo largo de la misma, daba unas brazadas en el mar, leía a la sombra de los uros y regresaba a media tarde para almorzar, tras lo cual echaba una siesta y despertaba yéndose a dar un chapuzón en medio del oleaje, a esa hora un poco más violento que en las mañanas. Después se sacaba la sal del cuerpo con agua dulce, encendíamos la hoguera de cortezas, comíamos algo ligero y nos sentábamos a conversar sobre lo divino y lo humano. Yo tenía interés en hablar con él de su infancia y adolescencia, un poco para tener la oportunidad de pedirle disculpas por mis ausencias y errores, pero al detectar mis intenciones me pidió el favor de abstenerme porque, según dijo, era innecesario hablar de tales cosas. Su infancia no podía haber sido más feliz y valoraba mucho haber crecido rodeado de buenos amigos en su «Barranquilla del alma».

Nunca había tenido la ocasión de decírmelo, pero me agradecía sinceramente haberlo llevado a vivir en Platea, hacerme el de las gafas frente a su relación con la mujer que, después se

enteraría, era para mí algo más que una empleada doméstica y propiciar las condiciones para que él lograra salir adelante en el Ejército. Durante años pensó que nuestra relación había sido poco menos que una comedia de equivocaciones, pero poco a poco fue dándose cuenta de que a la hora de tomar las decisiones que tomamos, ni él ni yo teníamos muchas opciones para escoger.

—Además, señor, nadie podía imaginar que las cosas iban a salirse de madre en la forma en que lo hicieron —me dijo haciendo un ademán con el brazo para invitarme a desechar mis sombríos pensamientos.

—Es verdad —respondí aliviado—. A mí me educaron con la idea de que debemos estar preparados para enfrentar imprevistos y superarlos, pero así como nunca he estado capacitado para ejercer la paternidad de una manera responsable, tampoco he contado con las herramientas necesarias para amoldarme a este talante nacional con el que pude apechugar durante años, pero que últimamente me tiene bastante desconcertado. Aquí no más, unos metros más allá de donde llega la luz de los mecheros, hay un ejército secreto acechando, no a sus enemigos, como debería ser, sino a sus víctimas, que en últimas somos todos los colombianos. En otros tiempos muy otra habría sido mi actitud frente a estos matones campestres que se creen con derecho a cobrarnos simplemente por respirar, por estar vivos sobre un terreno cuyo dominio se arrojan pasando por encima de la gente de bien.

Me sentía muy mal, machaqué, por abandonar Platea. No temía por Marisol y Bernabé, que al fin y al cabo se las arreglaban muy bien y no corrían ninguna clase de peligro, pero para mí resultaba insoportable vivir bajo el influjo de autoridades cuya legitimidad derivaba de la fuerza. Quería luchar contra ello, pero no tenía respaldo de nadie, y no podía sacarme de la cabeza unos versos de Tirteo de Esparta en que insta a pelear codo a codo, sin iniciar una huida vergonzosa ni ceder ante el espanto. Y si bien mi huida no necesariamente era ignominiosa, no tenía más remedio que reconocer, ante él o ante cualquiera, que aún a pesar de no temer a sus enemigos, el general Almanzor ya no era el mismo hombre de antes, pues había retrocedido ante el espanto.

Cerco y retirada

Desde la partida de su hermano hacia los Estados Unidos Lola sintió la obligación de proteger a Virginie. A diferencia, no había prometido a Roberto nada en ese sentido, como no hiera visitarla con la mayor frecuencia posible y acompañarla en el provecho de la reserva natural privada, asesorándola en su alianza con los vecinos para ejercer presión común sobre las autoridades ambientales. La primera vez que nos vimos en la finca ella andaba justamente en esas vueltas y nos hicimos amigos muy rápido porque además se me acercó con no disimulado interés al enterarse de que yo conocía a su hermano, «un ingrato por no comunicarse más seguido».

Me pareció simpática y detecté enseguida su intención de someterme a un minucioso cuestionario, basada en la suposición de que yo estaba enterado al detalle de los pasos de Roberto en Nueva York, pero igual que hice en su momento con Virginie corté por lo sano diciéndole que era poco lo que sabía del trabajo de su hermano propiamente dicho. Le conté que si bien habíamos congeniado apenas nos presentaron amigos comunes, nos limitábamos a vernos durante nuestros tiempos libres y yo sólo sabía que él asistía a muchas reuniones, que viajaba con frecuencia y que le iba bien económicamente. Frecuentábamos los mismos bares y restaurantes, y justo en uno de esos lugares nos habíamos conocido, contentos los dos al encontrar un paisano alejado de los negocios turbios en los que otros colombianos solían meterse.

Más joven que su cuñada, Lola me contó acerca de sus dos hijas y de la prohibición expresa de su exmarido, que le impedía llevarlas en sus visitas al llano. Dijo que si bien al principio lamentó mucho tal circunstancia, ahora agradecía que así fuera dado el reciente curso tomado por los acontecimientos. Su cuñada no se quejaba para nada y más bien procuraba restar importancia al deterioro de la situación, pero cualquiera podía darse cuenta de que las cosas no resultaban nada fáciles para ella y los habitantes de la finca. El simple hecho de permanecer apenas unas pocas horas en aquel lugar constituía ya un riesgo. Desde su óptica tenía toda la razón, y a juzgar por las historias que saltaban de una finca a otra y de caserío en caserío hasta llegar al consultorio de la dueña traídas por quienes acudían en busca de alivio para los males del espíritu o del cuerpo, lo más sensato era salir a perderse, alejarse del peligro y buscar seguridad.

Sin embargo Virginie seguía firme, serena y en apariencia indiferente ante una espiral de violencia que, según creía, de

ninguna manera afectaría a quienes estuvieran bajo la protección de los ángeles que invocaba todos los días y a los cuales consagraba sus acciones. Admirada ante tan inusual muestra de fortaleza espiritual, Lola empezó a creer firmemente no tanto en el poder de las divinidades celestiales como en la capacidad de resiliencia de su cuñada, que ahora contaba con la compañía y ayuda de este servidor, el hombre que un buen día se había quedado a vivir allí después de traer noticias sobre Roberto José y un paquete con regalos.

A mí no me comentó nada al respecto, pero como detectó casi enseguida que yo estaba enamorado de Virginie hasta los corvejones, le preguntó a ella por qué no me había despachado una vez recibió la encomienda. Con su pregunta no pretendía velar por los intereses de su hermano sino satisfacer su curiosidad. De la respuesta de Virginie me enteraría tiempo después por boca de la propia Lola:

—Porque es un buen amigo, no me ha hecho la más mínima insinuación y además la presencia de un hombre en la finca resulta de gran ayuda a la hora de enviar hacia afuera el mensaje de que no estoy sola.

Con los niños durmiendo en la casa principal, me instalé en la vivienda de los mayordomos, a la que dediqué tiempo y esfuerzo para embellecerla y realizarle mejoras que la hicieran más habitable. Nadie tenía por qué saberlo, pero se trataba de la primera casa que podía considerar mía, aunque en la práctica no lo fuera, razón por la cual en todas las pequeñas remodelaciones que le hice intenté tener en cuenta un eventual regreso de sus dueños y respeté sus espacios en la medida de lo posible.

Fue durante una de esas esporádicas visitas de Lola que Juan José se desvaneció. Era Semana Santa y como su exesposo estaba con las niñas en su casa de Cartagena, ella se encontró con que tenía diez días disponibles para trabajar en el proyecto de la reserva. Pensaba subir hasta la ladera boscosa en busca del nacimiento del río que pasaba por el lindero sur de la finca, invitando a una acampada bajo los árboles a todo aquel que quisiera sumarse, de modo que la gente local se apropiara de la idea de conservar la zona libre de explotación agrícola, tala y cacería de especies, en el entendido de que si los propios habitantes de la región no valoraban sus recursos y se encargaban de cuidarlos,

poco harían unas autoridades cuya presencia en aquellos andurriales era poco menos que virtual.

Todo estaba listo para partir el Domingo de Ramos, pero desde hacía cuatro días Juan José no aparecía por ninguna parte. Acostumbrada a sus prolongadas ausencias, lo normal habría sido que Virginie conservara la calma hasta que el jovencito apareciera de nuevo, orondo y satisfecho por haber demostrado una vez más su independencia, pero en esta ocasión ella insistió en que la escapada era distinta a las anteriores y que mejor los demás subieran a la reserva porque ella se quedaría esperándolo.

Lola y yo opinábamos que se trataba de otro acto más de reafirmación personal por parte del muchacho y en vano intentamos tranquilizarla, pero sus temores se incrementaban a medida que pasaba el tiempo. Optimismo y fortaleza de espíritu desaparecieron llevados por una ráfaga de tristeza que la hizo temer lo peor, no sólo en lo relacionado con Juan José sino con Martinica en general.

—Tengo un mal presentimiento porque vivimos una época muy oscura —repetía cada tanto, contagiándonos a los demás la sensación de pesadumbre, hasta el punto de suspender el viaje de acampada para dedicarnos a buscar al muchacho sin mucha convicción.

Terminadas sus vacaciones, Lola regresó a Bogotá sin enterarse de cuánta razón asistía a su cuñada, pues unos días después llegó a Martinica un mensaje de puño y letra de Juan José en el que aseguraba haber ingresado como voluntario a las Farc. Hacía tanto énfasis en esto último, que Virginie dijo estar segura de que lo habían reclinado a la fuerza, lo conocía muy bien y sabía que él no era la clase de persona que escribe mensajes, y algo en la forma de redactar le indicaba que 1c había sido dictado por alguien. Iría por él, dijo con énfasis al salir de la casa enfundada en un pantalón y rumbo a los corrales, donde pidió que le ensillaran la yegua vieja con la que mejor congeniaba.

A pesar de que mis habilidades como jinete siempre han sido bastante limitadas, no tuve más remedio que hacer lo propio y buscar una bestia mansa para no dejar sin compañía a la mujer que a esas alturas va me traía loquito. No creía que mi pasado guerrillero sirviera de gran cosa a la hora de argumentar con el comandante Buitrago, sino que más bien resultaría perjudicial, pero igual resolví acompañarla y decidir sobre la marcha si revelaba o no

mi antigua militancia. Iríamos hacia el sur, la zona donde nadie ponía en duda la autoridad de las Fare, que operaban en esos territorios a plena luz del día. No obstante, tras casi dos semanas de recorrer los caminos y dejar mensajes con las pocas personas que encontramos, regresamos derrotados a Martinica sin haber hecho contacto con la guerrilla.

Como durante la cabalgata estuvimos solos, durmiendo muy cerca el uno del otro en improvisados cambuches, la tentación de abrazarla y expresarle lo que sentía fue grande, sobre todo porque desde antes de la desaparición del muchacho yo había detectado en ella ciertos guiños leves hacia mí que me daban esperanzas. Pero yo sentía que cualquier acto donjuanesco, aparte de inoportuno, sería una deslealtad ni la berraca y me quedé quietecito.

Al amanecer de la jornada que nos llevaría de regreso a la casa Virginie se levantó con los malos presentimientos alborotados de nuevo y emprendimos el camino sin apenas cruzar palabra, con nuestras mentes llenas de reflexiones oscuras. Al llegar por la tarde nos recibió un veterano campo volante informándonos que durante nuestra ausencia los paramilitares habían incursionado para llevarse la mitad del hato, amenazando con volver después por el resto porque, según ellos, la finca era un nido de guerrilleros donde no iba a quedar títere con cabeza, «empezando por el tal Juan José». Se llamaba don Chucho y lo dejaban vivo a él en consideración a su edad, pero aconsejaban a los dueños que lo mejor para ellos sería irse.

Por fortuna en el momento del ataque Esteban y Martina se encontraban en compañía de los vaqueros más jóvenes localizando crías nuevas destinadas a la yerra, y quizás eso salvó las vidas de todos, pero después de las amenazas y del robo ninguno de los trabajadores quiso quedarse en Martinica. La señora Virginia era una buena patrona y lo mismo se podía decir del mayordomo que había llegado para ayudarla, pero las amenazas de las autodefensas eran palabras mayores y no hacerles caso era arriesgar demasiado a sus familias, que fueron partiendo una tras otra en un triste desfile que me recordó otros presenciados por mí en diferentes tiempos y en otras partes. Después nos enteraríamos de que buscaron empleo en las fincas vecinas, pero la situación era similar en todos lados y el éxodo no se detuvo hasta llegar a Villavicencio y en algunos casos a Bogotá.

Las noticias me entristecieron hasta el máximo porque debía irme del primer sitio al que había podido llamar hogar en toda una vida marcada por la trashumancia. Lo más lamentable era sentir, por demás sin mucho fundamento, dado que no era posible que mi identidad fuera conocida por nadie, que de alguna manera la presencia de Conrado Ulloa en el lugar estaba perjudicando severamente a la dueña, y por lo tanto no tenía opción diferente a ahuecar el ala y largarme de allí lo más rápido posible; pero como a la vez sentía que dejarla sola era un acto de suprema cobardía, durante varios días fui presa de una indecisión que me impidió ejecutar el más mínimo movimiento.

Por su parte Virginie, echando mano de una fortaleza de espíritu que aumentó aún más mi admiración hacia ella, pues yo estaba al tanto de la tristeza y la frustración que sentía, asumió serenamente las cosas con el propósito de evitar que Esteban y Martina reaccionaran de mala manera tras el alejamiento de Juan José. Con una dedicación y un amor que pocas veces he visto en una madre, durante los días que siguieron intentó como pudo llenarles los enormes vacíos dejados por la ausencia de sus padres y su hermano.

En un momento dado, con la finca apenas habitada por nosotros cuatro y don Chucho, decidí convencerla de que debíamos imitar a los demás y alejarnos del peligro yéndonos para Villavicencio o Bogotá. Los niños se merecían una mejor oportunidad de vivir, le dije, pero ella siguió en sus trece, argumentando una supuesta protección sobrenatural, basada en su fe en los ángeles y en su confianza en rezos y bebedizos chamánicos que alejarían de nosotros las amenazas.

Verla en plan de autoridad espiritual generaba en mí sensaciones encontradas, pues si bien me enternecía tanto candor en medio de la puta realidad, también me entraban serias dudas acerca de su capacidad de raciocinio. Su inteligencia era indiscutible, pero su apego a los rollazos esotéricos era tan porfiado como desesperante, razón por la cual preferí callar y esperar a que la dinámica de los acontecimientos se encargara de marcarnos el camino. En secreto y por si las moscas, limpié la vieja escopeta calibre dieciséis de la finca y recorrí de arriba abajo las dos casas rebuscando en alacenas, cajones, cómodas y altillos para hacer un acopio de cartuchos: encontré siete en total, con serias posibilidades de que cuatro de ellos estuviesen inutilizados por la

vejez y la humedad. Me prometí a mí mismo conseguirme un AK cuando fuera posible y fui a la casa de Virginie con la intención de plantearle por enésima vez el tema de la seguridad, sabiendo que no lograría convencerla de nada. La encontré bellísima, desenredando su cabellera después de lavarla y rodeada por un agradable olor a jabón de tierra que se incrementaba cada vez que su falda se agitaba con el movimiento.

Como los niños estaban con don Chucho en un playón del río, decidí no aguantarme más. A lo mejor mi decisión de mantener la compostura y no decirle cuánto me gustaba resultaba contraproducente, aventuré para mis adentros. Quizá si me decidía de una buena vez ella terminaría escuchando mis razones para salir de allí pitando, a buscar la felicidad en otro lado, pues mi experiencia me dictaba que a la hora de emprender una nueva vida no tenía sentido dejarse paralizar por la incertidumbre.

—Si no fuera por tu olor, por todas las cosas bonitas que siento cada vez que te veo, ya me habría largado de aquí, te lo juro —le dije después que ella se burló de mí por andar jodiendo con el asunto de la escopeta.

Enseguida me regaló una mejor sonrisa mientras me jalaba de las manos para chantarme un beso en la frente y decirme que agradecía al cielo haberme traído hasta allí, pues era lo mejor que le había pasado en años. A ese beso siguió otro en mi oreja que me pasó un corrientazo desde los talones hasta la coronilla. Caricia tras caricia terminé llevándola hasta mi casa, donde me hizo el amor con tal furia que parecía estar vengándose de todas las mortificaciones vividas, y así pasamos juntos la que tal vez haya sido la noche más memorable de mi vida, si omito mencionar la culpa que me acometió al despertar. Sin embargo hice lo que hice a conciencia plena, y no podría achacarle la culpa al licor o a cualquier factor distinto a mi propio deseo y al de ella, que al amanecer se levantó con la mayor naturalidad, me dio un beso y se fue a su casa a prepararles el desayuno a los niños mientras yo me quedaba mirando al techo, feliz por el enamoramiento que sentía y también avergonzado con un Roberto José que quién sabe dónde andaría a esas horas, ignorante de que su amigo era en realidad una rata traidora.

Mientras cepillaba mis dientes bajo la ducha intenté justificarme a mí mismo diciéndome que ella había tomado la iniciativa, algo perfectamente comprensible si se consideraban toda

la soledad que había vivido y las presiones a las que estaba sometida, pero con ello no logré hacer desaparecer la sensación agri-dulce que me poseía. Me prometí insistir para sacarlos a ella y a los niños de allí a la mayor brevedad, lo cual sería la mejor forma de reivindicarme, y pensaba decirselo cuando volviéramos a encontrarnos a la hora del almuerzo, pero don Chucho llegó antes con la noticia:

—Ñora Virginia: la plaga volvió para llevarse el ganadico que quedaba. No dejaron ni una sola res —informó presa de un abatimiento que partía el alma. Además, en otros lugares de la finca habían dañado acequias, cortado mangueras e inutilizado la motobomba que servía para llevar agua desde el río en tiempos de sequía. Guerrillero liberal en sus años mozos, viudo, abandonado por sus hijos y supremamente pobre, el anciano trabajaba en Martinica diciendo que allí moriría, fiel a don Roberto José, a quien idolatraba por ser la única persona conocida por el que aún daba importancia a los' caballos, cosa que en su opinión lo convenía en un hombre a carta cabal.

Enfrentada a la ruina absoluta. Virginie no tuvo más remedio que hacerme caso esta vez y nos fuimos para Bogotá apenas con lo que alcanzó a caber en nuestros morrales. Don Chucho. bajo la sombra de la enorme acacia que crecía en el centro del corral principal, nos despidió con la mano, determinado a permanecer allí contra viento y marea. Su cuerpo flaco y su perfil ganchudo fue la última visión que me llevé de aquel lugar, donde quedaron enterrados los sueños de las docenas de personas que por diversos motivos llegamos a considerarlo nuestro refugio en el mundo.

Paramilitar y planet, my dear friend

Llegó la hora de reorganizar los apuntes y las transcripciones con los cuales he venido montando esta crónica, porque de no hacerlo quedaría reducida a cuartillas y más cuartillas llenas de sucesos grandes y chicos que inevitablemente sembrarían la serpiente que se muerde la cola o, como en el popular cuento del gallo capón, que no conduce a ninguna parte.

Porque nada ha cambiado sustancialmente desde aquellos tiempos colmados de sucesos trágicos que retuvieron a Toño en Colombia. Salvo los macices, que se las arreglan para engañarnos y hacernos creer que las cosas se transforman en otras distintas, la verdad es que los únicos cambios apreciables desde entonces hasta

el presente representan, en el mejor de los casos, un estancamiento de la situación. Y en el peor de los casos todo este tropel que hemos presenciado no es más que un retroceso, una involución nacional hacia los tiempos en que ni siquiera éramos mamíferos sino una suerte de bichos primitivísimos que se devoraban los unos a los otros sin fórmula de juicio.

Sobreviví a ello de pura berraca, igual que todos los que sobrevivieron. Aguanté sin derrumbarme, como todos los que aguantaron, a pesar de la insensatez de nuestros gobernantes, a pesar de nosotros mismos, que somos nuestro mayor problema por nuestra capacidad de adaptarnos a este concurso de mentiras que a veces obliga a pensar en la posibilidad de que la verdad sea algo más que una palabra. Llegamos a este punto a pesar de los gavirías, samperes y pastearías que ganaron elecciones por sus-tracción de materia, y también a pesar de los pablos, mejicanos y castaños que retaron al sistema sustituyendo la vieja corrupción política con baños de sangre. El resultado es un país que soporta, traga saliva y tolera los abusos del poder al tiempo que practica la intolerancia hacia todo aquel que piense o sea distinto, que ai no encajar merezca ser sacrificado en el altar del unanimismo.

Suena amargo, como si yo hubiese sufrido todos y cada uno de los días transcurridos desde entonces, pero la verdad es que no es un regusto de amargura el que me quería en la boca sino una mezcla de sabores, buenos y malos, quizá por haber tenido la oportunidad de emigrar a tiempo hacia el área cultural del pe-riodismo, gracias a la cual fui conviniéndome poco a poco en una de esas bestias de carga que caracterizan las salas de redacción y son conocidas como editores. Ingresé a esa categoría tras cuatro años de sometimiento a la soberbia y la ignorancia de la mujer a la que luego remplazaría en el cargo, una vez la dirección de La Tribuna se dio cuenta de que ella, Luna María González, asumía su posición como un feudo privado, obteniendo prebendas de las editoriales y de las casas disqueras, por no hablar de obras de artistas en ciernes que juzgaban conveniente donarle alguna de sus creaciones con tal de mojar prensa y golpear las puertas de la fama—y aquí pido perdón por el uso de tan inevitable tópico—.

Una vez afincada en la apacible atalaya del periodismo cultural, en donde el riesgo más serio que se corre es chocar contra el ego inflado de algún artista, llámese pintor, escritor, músico o cineasta, durante todos estos años he tenido suficiente tiempo para

observar los acontecimientos desde una distancia prudente. Durante un buen tiempo me mantuve al tanto de todo lo que sucedía fuera de mi burbuja con la ayuda de Toño, que a partir de la sangrienta campaña presidencial que culminaría con el triunfo de César Gaviria dejó de coquetear con la idea de abandonar el fotoperiodismo y se mantuvo más activo que nunca como corresponsal de Épsilon en Bogotá, pero también con múltiples asignaciones en zonas complicadas de Colombia y el mundo. Como Ruanda, por ejemplo, donde por entonces empezaba a desencadenarse una matanza, soterrada al principio y francamente descarada después, en la que una tribu gobernante decidió emprender el exterminio de otra en una suena de venganza racial histórica. En apariencia las razones de aquel desenfreno asesino eran diferentes de las que vivíamos en nuestro propio platanal, o en Ja Yugoslavia desmoronada bajo el peso de los rencores ancestrales y las tensiones étnicas y religiosas, pero en el fondo eran las mismas, afirmaba él desde ese cinismo tan típico suyo que algunos confundían con melancolía pero no era más que un humor negro llevado hasta extremos, un talante acorde con aquello de 1280 Almas que dice «fosa en el platanal,/el aire huele mal./ Bala baja, bala viene,/ya no sabes ni de dónde./ La bala te va a alcanzar/ mejor corre y te escondes./Carne pal fuego cruzado/ pura va sangrientooo». Según decía, burlarse de la muerte le garantizaba conservar su tranquilidad y mantenerse lúcido para emprender trabajos cada vez más exigentes, pues aparte del riesgo de perder la cabeza en sentido literal podía perderla en sentido figurado por causa del alto voltaje de las imágenes procesadas a través de su visor.

—Paramilitary planet, my dear friend. There is no place for weakness—aseguraba con frialdad, como si el hecho de nombrar el horror en otro idioma anestesiará de alguna manera a quien lo escuchaba.

A pesar de que en ocasiones su actitud pesimista y sus pensamientos oscuros me resultaran antipáticos, hasta el punto de preguntarme cómo podía haberme enamorado de él alguna vez, siempre era refrescante volver a encontrármelo en las pocas pausas que se concedía en su ir y venir de una tragedia humana a otra, a ritmo tan endemoniado que era milagroso no verlo reventado bajo la presión y el estrés.

—No pasa nada, Raquerida. Imagina que el mundo es un inmenso corral de vacas. El secreto consiste entonces en caminar

mirando dónde pones los pies para no untarte de cagajón—dogmatizó categórico en una ocasión en que le manifesté preocupación por su salud mental.

No me constaba, pero era noventa por ciento seguro que para conservar su lucidez continuaba haciendo travesuras con casadas y tomando fotos non sanctas a personal ídem. Lo digo sin el más mínimo amago de moralismo sino como él mismo lo expresaría si estuviese aquí a mi lado, basada también en el hecho de que nuestros encuentros, de por sí ya escasos, se volvieron aún más esporádicos, en gran medida porque los trabajos de ambos nos lo impedían. Yo lamentaba mucho que las cosas se dieran de esa forma porque a pesar de los rasgos molestos de su carácter, la presencia de Toño Almanzor resultaba benéfica para mi espíritu, molido y vuelto a moler en la noria de una rutina laboral consistente en coordinar bandadas de reportemos, cada semestre más jos enes e ignaros, para que aprendieran a recabar información y a procesarla con el fin de convertir el periódico en el mejor de su clase, no sólo en Colombia sino en América Latina.

La mística es algo que nunca nos ha faltado en La Tribuna, y es allí donde radica la fortaleza de un diario que, a pesar de ello, no ha podido sustraerse a ciertos males endémicos de la prensa nacional y mundial, como el apresuramiento en los juicios, la tendencia a condenar entre líneas a los reos antes de que se emitan los fallos judiciales, la exaltación de los méritos artísticos y deportivos mediante el empleo de panegíricos, estos sí menos soterrados, la opinadera sobre lo humano y lo divino, y los titulares recurrentes, que pueden ser considerados las partes más humorísticas del oficio por su capacidad de hacer patente la inmutabilidad de los temas, la circularidad de la historia. Como profesional, me permito recomendar a todo aquel que desee conservar su optimismo y la esperanza en un futuro mejor que no compare los titulares de hoy con los de años anteriores, so pena de sumirse en el socavón anímico al cual conduce enterarse por enésima vez de que no hay acuerdo sobre salario mínimo dado de baja Tirofijo Barranquilla adelantó su carnaval, Pasto se vistió de negro Cali es feria ¿cómo nos ven desde el exterior? aumento en el número de cerebros fugados incentivos tributarios a importadores de capital A.R. C Gloria orgullo de Colombia en los mares Esparraguito de Jaén sale en hombros de la Santamaría inflación por debajo del equis por ciento meta del gobierno abstención del setenta por ciento

heroica hazaña de los escarabajos en los Alpes amnistía tributaria tragedia anunciada ramillete de beldades llega a Cartagena polémico fallo choque de trenes ruido de sables diez consejos para revivir la relación de pareja el país votó en paz récord de vacunación el domingo triunfó la democracia tres mil hombres garantizarán la seguridad el ilustre visitante se enamoró dc-1 corralito de piedra emergencia sanitaria déficit de camas hospitalarias sector salud requiere tratamiento de urgencia la tarde se tiñó de rojo en el Atanasio ganancias de la Banca superan las del año anterior éxito en operación retorno cae jefe de finanzas de las Farc atentado dinamitero crimen ecológico contratan estudios para metro de Bogotá alcalde de Medellín exige rectificación al Post apuñalado hincha del Pereira que tiemblen los corruptos voladura en oleoducto libre por vencimiento de términos guardia nacional venezolana incursiona en la frontera nuevo pozo en el piedemonte garantiza reservas petroleras durante varios años exención de impuestos para inversores justicia cojea pero llega junta del Banco reduce tasa de interés la aumenta y vuelve a reducirla Junior tu papá negociado en empresas públicas regalías del carbón esperanza guajira turismo parlamentario alcanza tope histórico y no continuó adelante para contribuir al ahorro de papel, tan escaso en esta nueva era que pretende poseer conciencia ecológica y mentiras, pura paja, nadie está dispuesto a renunciar a su modelo de vida.

A ese ritmo, día tras día y en jornadas de diez, doce y hasta dieciséis horas diarias, fui escalando en la jerarquía del diario hasta convertirme en una experta en reconocer obviedades, destreza que me valió integrar el escritorio central de La Tribuna, instancia en la que un reducido grupo de veteranos y no tan veteranos decidíamos los contenidos de cada edición. En una sola frase podría decir que en esa labor se me fueron más de diez años de vida hasta superar el Y2K del cambio de milenio y llegar al siglo xxi, porque parecería que fue una década rutinaria y sería injusto calificar de esa manera una época no exenta de sacudidas y emociones. Que el país no haya cambiado en su esencia es una cosa, pero otra muy otra sería decir que durante ese tiempo no pasó nada, afirmación fácilmente rebatible si se analiza el consumo per cápita de caté, cigarrillos y antiácidos de los miembros de la redacción.

Mi estreno como responsable de temas más serios —nunca como en este caso el término «serios» queda mejor entrecomillado, porque sabido es que Colombia no es un país serio sino pomposo,

lo cual es distinto— fue un diciembre, recién ascendida a editora del escritorio central. Acababa de regresar de unas vacaciones que pedí para llegar renovada a ejercer mis nuevas y más exigentes funciones. Feliz y en extremo excitada ante la perspectiva de ejercer una posición que creía haber ganado a punta de esfuerzo, llegue a mi escritorio de siempre porque el ascenso no implicaba tener oficina propia, dado que en La Tribuna los únicos con derecho a estar tras una puerta eran el director y el editor general. En el consejo de redacción de ese primer día me di cuenta de que estaba hecha para el cargo, pues mi relación con el grupo de editores fluyó naturalmente, sin los comentarios ásperos ni las situaciones incómodas que yo temía porque objetivamente ocupaba el lugar que otros merecían más, pero la elegida por el editor jefe Garavito había sido yo, quizá por haber sido su alumna en la universidad. No obstante, tras el nombramiento surgieron rumores que atribuían mi promoción a un supuesto romance entre él y yo o, en la versión menos cruel del chisme, a que don Víctor estaba enamorado de mí y pretendía acceder a mi cama ganándose mi agradecimiento. Pero una vez en ejercicio de mis funciones, los rumores irían desapareciendo y no volvería a escuchar más chismes ni insinuaciones al respecto.

Ese primer día salimos a almorzar como siempre en combos heterogéneos, gente de judiciales con otros de deportes o de la sección Bogotá y todo fluyó con naturalidad, así como el consejo editorial de la hora de cierre, en el que me sentí en mi salsa. Mal que bien, a la reunión de primera hora estaba acostumbrada como editora de cultura, pero en la del atardecer el grupo se reducía a quienes tomaban las decisiones finales antes de cerrar la edición y mandarla a la rotativa.

Terminé la jornada agotada, más por excitación que por cansancio físico, y regresé a mi casa feliz, aferrada al timón de mi carricoche y reflexionando acerca de la buena suerte que tenía. Como no podía dormir llamé a Toño para invitarlo a compartir una botella de Chivas que guardaba desde hacía varios meses a la espera de una ocasión especial, pero no levantó el teléfono de su apartamento y en la sede de Epsilon me dijeron que andaba por Medellín, la ciudad que en los últimos tiempos, desde la entrega de Pablo Escobar y su posterior fuga de la cárcel gobernada por él mismo, era el escenario de una espectacular cacería humana. Se trataba de otro apetitoso bocado para la prensa extranjera, que una

vez más seguía los acontecimientos de Colombia con las miradas sobradas y las sonrisas condescendientes de los enviados del hemisferio norte, atraídos por el olor de nuestra mierda como si ellos cagaran rosas y sus países no fueran corresponsables de nuestra tragedia.

Me bebí sola un tercio del litro de whisky y caí fundida alrededor de las dos de la mañana, después de aplicarme una sobredosis de National Geographic Channel esperando que los tiburones, los chimpancés y las manadas de leones obraran sobre mí el soporífero efecto de siempre. Desperté a las seis con un guayabo tremendo, otra vez excitada ante la perspectiva del nuevo cargo y llegué al periódico primero que todos, pero permanecí en el carro al darme cuenta de que si dejaba ver demasiado entusiasmo no faltaría quien bromeara diciendo que parecía marrana estrenando lazo.

Igual me lo dijeron —no podía ser de otra forma—. pero al mismo tiempo el grupo de editores me invitó a un almuerzo de bienvenida «no a las mieles del poder sino a su soledad», bromeó Víctor Garavito en el pousse-café. Charlamos animadamente un rato más y después de algunos brindis por la vida, por Santafecito lindo, por el próximo divorcio de uno de los colegas y por el más reciente estudio de circulación certificada, según el cual La Tribuna del Pueblo había crecido en lectores un cinco por ciento durante el último año, salimos de regreso a la sede apiñados en dos carritos, bromeando, dispuestos a tragarnos el mundo y a competir de igual a igual con El Tiempo y El Espectador echando mano de nuestros mejores recursos.

Eran como las tres y media de la tarde y, nada más llegar al parqueadero del diario, notamos cierta electricidad en el aire. A medida que entrábamos el portero y las recepcionistas nos informaban por turnos, repitiendo la noticia una y otra vez como si no se la creyeran:

-Mataron a Pablo Escobar, mataron a Pablo Escobar, mataron a Pablo Escobar.

Las piernas me flaquearon hasta el punto de obligarme, a tomar asiento en el desvencijado sota de la recepción, el destinado a los lagartos, y no sé si por el guayabo y la falta de sueño, o los vinos del almuerzo o qué demonios, no pude evitar ponerme a llorar, emocionada por una mezcla de sensaciones que iban desde el alivio

hasta la sed de revancha satisfecha. Llegaba el fin de una era. la de los asesinatos de personas valiosas, la de los periodistas discutiendo en los noticieros si debía dársele prioridad al informe sobre la bomba del teatro Olimpia o al atentado del barrio Quirigua, que tenía más muertos; la era de los policías a millón de pesos, de los jueces exiliados, de los curas con el perdón a flor de labios en busca de las limosnas calientes, de mis colegas Jorge Torres y Julio Chaparro sacrificados por la ley de la selva sin que a nadie pareciera importarle un soberano carajo.

Pero ahora la bestia estaba muerta, y con los ojos hin-chados ayudé a coordinar la edición extra que la pandilla de re-reporteros trabajaba a toda máquina, presa de un frenesí apenas proporcional a la felicidad que sentían. Viéndolos ir de un lado a otro, tan jóvenes y tan vitales, sentí un orgullo sentimentaloides que me hizo moquear de nuevo, pero sacudí la cabeza y asumí la parte que me tocaba con el entusiasmo del caso. No faltó una acalorada discusión sobre cuál sería el titular más adecuado para la circunstancia. Embargada por sentimientos que me impedían siquiera mencionar el nombre del capo en un tipo de letra mayor a veinte puntos, yo quería algo así como Fin del túnel negro o Termina una era, ya no recuerdo, pero por supuesto se impuso un Cae Pablo Escobar que vendió nuestra edición extra en formato tabloide hasta agotarla en cuestión de minutos.

Menos mal no me hicieron caso, pues estábamos bien lejos de llegar al fin de una era, aunque lo pareciera.

De la que nos salvamos, primo

La llegada de Virginie a Bogotá con su muy sui generis familia nos puso a todos en movimiento, como si una tormenta eléctrica hubiese descargado sus rayos sobre nosotros. Incluido Toño, a quien supuestamente nada lo alteraba, salvo la falta de una mujer a su lado en el momento de irse a dormir.

Una vez instalados los cuatro en un hotel del centro, Virginie llamó a Lola para informarla de su salida apresurada de Martinica, más que nada con la intención de que la ayudara a localizar a R. J. a través de Dohm, pero como era de esperar la cuñada la conminó para que fueran a alojarse en su casa. Había suficiente espacio y les resultaría más económico mientras pensaban en una solución de vivienda más permanente, le dijo enfática, e incluyó a Ramón en la invitación para hacerla más atractiva, pero este se negó de plano.

—Vete vos con los niños para allá, que yo soy cusumbo solo y me sentiría hacinado en un apartamento con tanta gente, por muy grande que sea —argumentó—. Yo tengo cosas que hacer y de cualquier manera te prometo que me mantendré en contacto todo el tiempo.

Dada la perspectiva de pagar por alojamiento en un hotel sin saber muy bien cuánto duraría aquello, aceptar el ofrecimiento era lo más sensato. Ambos estaban de acuerdo en que alquilar un sitio propio era impensable, no sólo porque no podían demostrar ingresos ante las agencias de finca raíz sino porque no consideraban a Bogotá un buen sitio para vivir. La capital era apenas una pausa, el lugar desde el cual podrían ponerse otra vez en movimiento hacia un escenario campestre donde pudieran esperar en paz y sin sobresaltos la oportunidad de regresar a Martinica una vez las condiciones volvieran a ser favorables. Ramón tenía ahorros suficientes como para soportar la situación con dignidad durante un buen tiempo, pero Virginie contaba apenas con las pertenencias que cabían en su maleta y en la de los niños, pues las extorsiones y los compromisos con los trabajadores habían agotado por completo sus reservas.

Por eso era urgente contactar a Dohm y a través de él a Roberto Iose. De paso, preguntarle la razón por la cual la consignación periódica de dinero ajustaba un retraso de dos meses, factor que acrecentaba en Virginie la sensación de naufragio y de vulnerabilidad. Ella recordaba con amargura la infructuosa experiencia de su anterior visita a Bogotá en busca de contactar a R. J. a través de su patrón, y por eso le pareció que mudarse donde Lola representaría también una sutil medida de presión. Quién sabe, a lo mejor se producía un encuentro fortuito con el resbaladizo empresario, pues podía darse el caso de que llegara a visitar a sus hijas, por ejemplo.

Así que se despidió de Ramón, quien se comprometió a seguir buscando a Roberto José a través de sus propios canales y a encontrar un lugar apropiado donde los cuatro pudieran pasar el temporal, pero también lo suficientemente atractivo como para iniciar una nueva vida si se daba el caso de que resultara imposible recuperar Martinica en un corto plazo, como parecía iba a ocurrir.

Empezó así el largo periodo durante el cual abundaron las visitas de Ramón al apartamento de Lola para encontrarse con su

familia adoptada, pero mucho de ese lapso transcurrió sin que pudiese traer noticias de Roberto José. Fue por entonces que lo conocí y emprendimos una amistad que propiciaría las conversaciones en que me contó buena parte de las historias vividas por él en su afán de «buscar tropel por el placer del tropel», frase suya que evidentemente ni él mismo se creía.

En cuanto a Dohm, a pesar del acoso de Lola para que diera explicaciones acerca del paradero de su hermano, sólo se dignó aparecer después de varias semanas. Ahora permanecía la mayor parte del tiempo en Panamá dedicado a negocios de hotelería y finca raíz, y según dijo esa era la razón para no haber podido hacer ninguna indagación que condujera a una respuesta satisfactoria. Si bien era verdad que había trabajado como empleado suyo en Nueva York, en vista de tanta insistencia debía sincerarse y decir que ya no era así porque Roberto José había renunciado sin dar mayores explicaciones, y ese era el motivo por el cual él mismo evitaba dar la cara, pues aunque no pudiera hacer nada al respecto no podía evitar sentir algún grado de responsabilidad. Respecto al dinero sin girar a Virginie pedía excusas y prometía ponerse al día próximamente, haciendo la salvedad de que al no existir ya vínculo alguno entre R. J. y su oficina, la suma que faltaba por saldar era más bien poca. No obstante, ofrecía ayudar en lo necesario porque confiaba en que R. J. respondería por sus obligaciones.

Como era apenas lógico, bastaron unos pocos días para que Ramón atara cabos y se diera cuenta del papel jugado por Dohm en la vida de Roberto y en la suya propia, y se le volvió imperativo buscar un encuentro con el Mocho a como diera lugar para terminar de formarse un panorama completo de la situación y, de paso, localizar a Roberto de una vez por todas. Necesitaba incluso sincerarse con él y hablarle acerca de su romance con Virginie, pero sin pedirle perdón porque después de todo su decisión de permanecer en Nueva York intentando convenirse en millonario era una de las principales causas de lo ocurrido. Cuando lo viera pensaba plantearle que si decidía volver con su esposa él se haría a un lado, pero en caso contrario de ninguna manera permitiría que ella y los niños quedaran solos. Ya suficiente carga llevaban encima, sobre todo en el caso de Martina y Esteban, que empezaban a dar preocupantes muestras de gran melancolía, sin duda provocada por estar limitados a permanecer dentro de las paredes de un apartamento. Eran niños campesinos y los lujos ciudadanos podían

embaucarlos un rato, pero inevitablemente extrañaban cada vez más el paisaje donde habían nacido, su casa, los animales, el río y la comida, sin contar con que los dos manifestaban ocasionalmente su deseo de volver a ver a sus padres, a los que nunca asociaban con la palabra muerte sino que, todo lo contrario, hablaban de ellos como personas reales y al hacerlo parecía como si Delfilia y Medardo pudiesen materializarse de un momento a otro cruzando la puerta.

Cuidándose muy bien de no revelar que había descubierto el verdadero papel de Dohm en aquel enredo, porque podría resultar peligroso para él. Para Virginie y para los niños, puso mayor empeño en contactar al Mocho, pero parecía como si se lo hubiese trabado la tierra. Durante ese tiempo fue tomando más confianza conmigo y estableció algún grado de sociabilidad con Toño, pues los dos se encontraban con cierta frecuencia en la casa de Lola y en varias ocasiones salieron juntos con los cuatro niños para llevarlos al parque, a cine o a comer helados.

Todos sabíamos que Ramón había sido del M-19, pero suponíamos que estaba desmovilizado desde el gobierno de Barco v. contrario a lo que yo temía, Toño no manifestaba ninguna clase de prevención o disgusto aunque se le notara cierta reserva a la hora de relacionarse con él. No dudaba de la veracidad de los recientes episodios de los Llanos y entendía las razones del escape hacia Bogotá, pero tenía una presunción según la cual las mismas Farc fabricaban mártires desapareciendo gente de la UP para justificar su negativa a dejar las armas, y creía que el caso de los mayordomos de Martinica encajaba en esa trama, que los demás encontrábamos en extremo repugnante, producida por mentes en extremo retorcidas.

Por eso nos sorprendió a todos el día en que propuso como solución de vida para los refugiados de Martinica que se fueran a la costa. Había explicado la situación a su padre el general, teniendo buen cuidado de no mencionarle para nada el pasado guerrillero de Ramón, y él estaba dispuesto a recibirlos en su finca de la Sierra o en la casa que alquilaba en una playa relativamente cercana a Santa Marta. Les mandaba decir que tenía sus propias razones para entender perfectamente su situación y que contaran con su apoyo incondicional y la seguridad de alguna de sus dos casas. Si así lo deseaban, podían ir a conocer ambos lugares antes de decidir dónde quedarse. No perdían nada si lo intentaban y en el peor de

los casos, en caso de que no les gustara ninguna de las opciones, de todos modos disfrutarían de unas vacaciones muy agradables.

Aceptaron de buen grado, sobre todo porque a Virginie le pareció sumamente atractiva la idea de que los niños conocieran el mar, y dispusieron viajar junto con Lola y las niñas aprovechando las vacaciones escolares. Con Toño dispuesto a sumarse también al paseo, la única que faltaba era yo, y me programé para acompañarlos durante tres o cuatro días en la casa de la playa, que me pareció una delicia de lugar rodeado de cocoteros y una enramada con techo de palma donde colgamos hamacas, y Martina y Esteban se sintieron en su elemento, corriendo descalzos y metidos en el agitado oleaje casi todo el tiempo a pesar de que la fuerza de las mareas les daba unos sacudones tremendos y la resaca intentaba arrastrarlos. Eran buenos nadadores, pero de río, y por eso Ramón y Toño debieron turnarse para cuidar que su temeridad no les jugara una mala pasada.

La víspera de mi regreso a Bogotá el general Almanzor bajó de la Sierra para conocer a sus huéspedes. Era un hombre en extremo educado que a pesar de sus canas proyectaba fortaleza debido a sus brazos, que parecían rejos de cuero trenzado, a la manera confiada con que movía su figura espigada y a esa mirada suya como de predador nocturno que escruta de arriba abajo al interlocutor como buscándole el pierde.

—... y ella es Raquel Arbeláez, señor —le dijo Toño cuando llegó mi turno en las presentaciones—. Es la persona indicada para aquello de lo que le hablé...

Un gesto y un parpadeo bastaron para cortarles el viaje a mi amigo y darle a entender que quedaba notificado antes de voltearse de nuevo hacia mí.

—Mucho gusto, mi señora. Es un placer tenerla por aquí. Siéntase como en su casa, aunque me dice Antonio que mañana se devuelve para Bogotá, cosa que lamento.

—Yo también, general, yo también. Pero le prometo que regresaré pronto.

No sabía que mi fórmula de buena educación iba a resultar cierta, pues el «aquello» a que hacía referencia mi amigo era la propuesta de convertirme en amanuense de las memorias de su padre, que consideraba valiosas por tratarse de un hombre cuya

vida abarcaba la mayor parte del siglo xx. Yo lo ignoraba en ese momento, pero cuando en la noche Toño me explicó bien el asunto, estuve encantada de aceptar la idea sin saber aún que de esa forma daba inicio, no tanto a las dichas memorias como a la presente crónica. Pasaría un buen tiempo hasta mi siguiente cita, durante la cual el general se mostró en principio reacio a dejar que yo indagara en su cajón de los recuerdos, más por falsa modestia que por otra razón, argumentando que para mí sería más interesante y productivo escarbar en los recuerdos de mi propia generación, la de los nacidos alrededor del meridiano del siglo xx. A medida que fue contándome entendí que su mayor temor consistía en dar explicaciones a Toño y a Bernabé sobre sus razones para asumir la paternidad de este último. No obstante accedió cuando me comprometí por escrito y ante notario a no publicar nada hasta que él leyera la versión final y diera su visto bueno o. como segunda alternativa, hasta que muriese. Claramente mi opción preferida era la segunda porque nunca me ha gustado que husmeen en mis textos antes de su publicación, pero con tal de que accediera a hablarme le hice creer que llegado el momento le daría a leer el material.

Tras aquel primer encuentro volví a Bogotá suponiendo que todos subirían con el general a su finca de la Sierra antes de tomar una decisión. Sin embargo, una vez pasó unos días en Platea. Ramón decidió jugar una carta diferente: al estar cerca de la casa de Barracuda en el Tayrona, le pareció de lo más lógico ir a buscarlo para explicarle la situación en la que se encontraba. Por supuesto el negro le dijo que su «amigazo» Conrado Ulloa siempre sería bienvenido, así como cualquiera que estuviera con él. A Ramón le pareció una solución perfecta vivir cerca de gentes ya conocidas, junto a las cuales se sentía más seguro y que, bien miradas las cosas y después de tanto traficar en compañía de Barra y algunos de sus primos, eran como su familia. Durante un tiempo los cuatro gozaron de la hospitalidad de aquella playa encajetada, desde la cual partirían a otra similar mucho más al norte, en La Guajira, donde aún viven.

Pero lo más importante del reencuentro con el marino no fue tomar la decisión de quedarse a vivir definitivamente allí, sino que Barra tenía noticias de Roberto. Muy malas, por cierto. Malas para Virginie, pero que a Ramón le produjeron una suerte de alivio que tuvo buen cuidado de no manifestar, ni siquiera ante el negro.

Barra contó que un grupo de detectives de una agencia no identificada había detectado alguna de las rutas de dinero o de armas, no se sabía bien cuál. El casto es que los federales no tuvieron más que sentarse a esperar su momento y jalar la punta de la madeja hasta poder dar su golpe en una de las caletas de dólares. Hubo disparos, los vecinos vieron salir algunos hombres esposados y durante los siguientes días los carros de los agentes iban y venían, pero sin precintar el lugar ni llamar gente uniformada. Nadie contestaba el teléfono celular de Pastor y ocurría lo mismo cuando intentaban localizar a través del biper a quienes trabajaban a su lado. Era como si se los hubiera tragado la tierra. En ninguno de los periódicos de la ciudad salieron noticias relacionadas con el hecho y poco a poco empezó a correr entre los traquetos de Nueva York un rumor según el cual unos tipos torcidos de la DEA se habían quedado con el billete sin reportarlo a sus superiores. Como no podían darse el lujo de dejar a nadie con vida, desaparecieron los cadáveres de los miembros de la red caídos en un operativo que se extendió por Queens, Brooklyn y Manhattan. Según la gente del Mocho que logró escapar, todos los muertos habían terminado hundidos en el río.

Mientras ocurría aquello Barra se encontraba a bordo de la Karelia en ruta hacia el golfo de México, donde le sería informado el puerto de los Estados Unidos donde recogería una carga, pero a través de la radio el Mocho le ordenó abortar el viaje y regresar de inmediato a Turbo, donde a los miembros de la tripulación los esperaba el conductor de una camioneta con instrucciones precisas de sacarlos de allí a la mayor brevedad. Una vez en su casa, el Mocho lo visitó para contarle lo ocurrido y pedirle permanecer alejado de cualquier tipo de problema. El trabajo se suspendía indefinidamente, pues en principio la red quedaba inservible por estar contaminada de una forma u otra y porque todos los miembros sobrevivientes corrían serio peligro. Según él no era descartable que la DEA, O quienes fuesen los autores del golpe a la caleta de dólares, reaparecieran para golpear de manera legal y tender de ese modo una cortina de humo que ocultara el lado turbio de sus operaciones. Como siempre, Barra creía a ojo cerrado todo lo que dijera el Mocho y acató sus instrucciones Y ahora recostado de medio lado en su chinchorro y levantando la botella de Buchanan's para brindar por la que llamó su jubilación anticipada, el negro zanjó el tema con Ramón.

—Mejor así. viejo man. De la que nos salvamos, primo.

Quitapesares

De Roberto José no volvió a saberse nada más. Ni una sola noticia grande o chica sobre su suerte, con lo cual el tiempo terminó confirmando la versión de Barra. Como yo apenas lo había tratado durante la época en que estuvo interno en la casa de rehabilitación, no tenía tantas razones para extrañarlo como los demás, pero una vez desaparecido fui testigo de primera mano del enorme vacío dejado por él y de la frustración que representaba para su familia no tener una instancia ante la cual acudir para reclamar aunque fueran sus restos. Era como si se hubiera evaporado, porque las gestiones adelantadas por Virginie y Lola en la embajada sólo produjeron una constancia verbal y escueta de un funcionario consular, según la cual el señor Casasbuenas había entrado a los Estados Unidos sin volver a salir por ninguno de sus puertos.

Desde aquellos días de duelo contenido han sido más bien escasas las ocasiones para estar cerca de Virginie, Ramón y los niños, dado que la llegada hasta su nuevo hogar debe hacerse en lancha, pero por las referencias del propio Ramón, que de vez en cuando aparece en Bogotá y me visita, sé que todos se adaptaron muy rápido a su nueva vida. En especial Martina y Esteban, que gracias a la distancia, al nuevo ambiente e incluso a la amistad de algunos habitantes de las finquitas cercanas a la suya, han ido espaciando cada vez más las preguntas acerca del paradero de sus padres y su hermano Juan José.

Respecto a este último, Ramón dice que su ausencia afecta a Virginie más que la muy probable muerte de Roberto José. Ella no pierde la esperanza de recuperarlo y tiene pesadillas en las que el cadáver del muchacho sale en una foto del periódico junto a los de otros guerrilleros abatidos en combate, en uno de esos escenarios preparados por el Ejército antes de llamar a la prensa para mostrar bajas y armamento incautado. A veces aparecen en su sueño Delfilia y Medardo para intentar tranquilizarla diciéndole que no se preocupe, que el niño ya está con ellos, que el de la foto no es él sino otro muy parecido. Invariablemente se despierta llorando, camina hasta el chinchorro donde duerme Ramón y se acuesta a su lado abrazándolo en busca de consuelo, lo llama «mi quitapesares» y él no puede ocultar el bienestar que le produce acompañarla y verla levantarse cada amanecer a rezar frente al pequeño altar

dispuesto en un rincón de la casita, donde un muñeco de trapo relleno con granos de mijo y erizado de agujas y alfileres la mira con sus ojos de botón como si suplicara misericordia. El monigote representa a las Farc, y el paso del tiempo no ha disminuido su decisión de continuar lanzándoles conjuros hasta que le devuelvan a Juan José sano y salvo. Entiendo que sube periódicamente a la Sierra en compañía de Ramón para visitar a los ruamos y hacer pagamentos con el mismo propósito, convencida de que cuando ese milagro ocurra el muchacho se las arreglará para venir a encontrarlos. Para el resto de nosotros resulta clarísimo que esa posibilidad está del todo descartada, pero después de cada romería ella desciende de regreso por las laderas a un ritmo endemoniado, como si fuese a encontrarlo esperándola bajo el palo de mango que sombreja la fachada de la casa. Al ver que no está, y a pesar del siempre efusivo saludo de bienvenida de Martina y Esteban, se entristece y busca a Ramón con la mirada.

En alguna de las ocasiones en las que subí a entrevistarme con el general pensé que ojalá pudiera cruzarme con ellos, pero la vertiente en que viven es otra y, si fuera la misma, sé de buena tinta que Ramón procuraría evitar el encuentro. No porque sienta algún tipo de animadversión hacia el viejo militar, a quien por el contrario asegura respetar mucho, sino porque en la ocasión en que fueron a visitar Platea para corresponder a su invitación detectó en el ambiente algo que no le gustó ni cinco. Todo era pacífico y el paisaje idílico le pareció incluso más atractivo que el de la casa de la playa, pero desde hace mucho su experiencia le indica que lograr tal grado de tranquilidad en un lugar tan alejado significa la existencia de controles invisibles cuya jdenudad prefiere no conocer porque le producen escalofríos.

En cambio el general vive en su querencia de Platea durante periodos cada vez más largos, pues en los últimos tiempos su energía ha sufrido una merma considerable. La que manda en el lugar es Marisol, a cuyos desvelos él atribuye el milagro de continuar vivo. Ama y señora de su casa, también lo es de la vereda, y es de suponer que periódicamente ambos se ven con Bernabé, convertido con el paso del tiempo en una leyenda que ni siquiera necesita hablar para que su voluntad sea acatada.

Siempre que pienso en la salud del general lo hago en relación con esta crónica, que como ya dije decidí no mostrarle. Supongo que en su momento, y una vez esté terminada, la llevaré a

una editorial cuando él haya pasado a la historia, con lo cual cumpliré con la parte que me corresponde de nuestro trato. Insisto: nunca he permitido que una fuente me haga acotaciones al margen, y no voy a empezar a hacerlo ahora.

Con Carlos Alfonso Dohm y Lola la cosa es a otro precio porque los gringos terminaron descubriendo los negocios de Herr Perviert. Capturado en algún lugar de Panamá y extraditado enseguida a los Estados Unidos, hizo un arreglo con los fiscales y cantó con más inspiración que Pavarotti. Sus declaraciones, dadas bajo el plan de protección de testigos, permitieron a la DEA y a la Policía Antinarcóticos de Colombia desarticular la red del Mocho, quien alcanzó a desvanecerse justo a tiempo. Los bienes de Dohm fueron incautados y aún hoy permanecen bajo control del Consejo Nacional de Estupefacientes, salvo unos pocos que, por fortuna para Lola y las niñas, estaban a nombre de ellas y hasta el momento les han garantizado una vida holgada. También fue afortunado que su detención se produjera en medio de cierto sigilo que, supongo, las autoridades consideraron necesario para seguir adelante con una gigantesca operación en contra del lavado de activos y el tráfico de drogas. De esa forma no se produjo el previsible huracán mediático y mi amiga pudo pasar relativamente de agache, agradecida porque entre los defectos de su ex no estuviese la tacañería.

A pedido de Dohm, Lola y las niñas también cambiaron de apellidos y de país, y por eso no me preocupa nombrarlas aquí. Si Hannelore y Dorotea leen esto alguna vez, espero que se sientan orgullosas de su madre. De momento tienen garantizada su tranquilidad. Su padre no me preocupa porque sé que en el fondo sería incapaz de hacerme daño, aparte de que este libro es mi mejor defensa frente a una posible retaliación suya. Todavía taha que corra mucha agua debajo del puente y creo que si todo sale según lo previsto, más o menos en cinco años estaré presentándome en una editorial con el manuscrito bajo el brazo, a menos que el general decida batir todos los récords de longevidad.

Y también bajo el supuesto de que mi trabajo me deje tiempo para terminarlo, cosa que francamente dudo muchísimo porque ser editora de un diario es una de las esclavitudes más despiadadas que conozco, con todo y que se trata de un oficio tan delicioso que espero me dejen ejercer hasta cuando esté mas-ticando el agua. La Tribuna del Pueblo y yo hemos cambiado y evolucionado juntas durante todos estos años, y no concibo la vida

fuera del bullicioso rumor de una sala de redacción donde he reído pocas veces, he llorado otras tantas y me he indignado muchas, siempre soñando con la posibilidad de tener un país donde hacer periodismo sea un oficio menos indignante y también menos arriesgado.

Lo de indignante lo digo porque durante mis años de ejercicio no creo haber vivido jamás un periodo de remanso superior a una semana. En Colombia los acontecimientos suelen atropellarse los unos a los otros, compitiendo por el primer lugar en el escalafón de la demencia. De los remedios resultan enfermedades peores y las cosas inauditas de hoy son la rutina de mañana en esta noria en la que los periodistas, obligados necesariamente a encajar en ella, ya no sabemos si reír o llorar en medio de tragedias que son como sainetes y sainetes que son como tragedias.

Así, después de la muerte de Escobar vino lo que se co-noció como el «proceso ocho mil», el juicio por la infiltración del dinero del narcotráfico en la campaña presidencial de Samper, que generó una indignación nacional revestida de una pátina de fariseísmo y doble moral, como si nunca antes los mafiosos criollos hubiesen incursionado en el mundo de la política, todos los medios se refocilaron en el caso igual que una jauría disputándose una chancleta, y surgió la cultura de la filtración de expedientes, de los funcionarios judiciales llevando datos frescos a la hora del cierre a las redacciones de los periódicos y de las revistas de actualidad. El ruido producido por todo aquello resultó tan ensordecedor como desconcertante y la verdad quedó sepultada para siempre bajo la avalancha de verdades a medias y rumores convertidos en certezas.

Obligado a mostrar resultados, el gobierno no tenía más salida que poner el mayor énfasis posible en el combate al narco y dedicó a ese propósito unidades militares de élite mientras el resto de nuestros lacras y problemas se desarrollaban sin apenas ser molestados. En el caso del orden público, por ejemplo, parecía como si de un momento a otro las guerrillas hubiesen dejado de ser grupúsculos que corrían de un lado a otro escapando del ejército para convertirse en fuerzas que ejercían control territorial y golpeaban fuerte, gracias a modernos armamentos y equipos de comunicaciones financiados con los secuestros y la extorsión a los cultivadores de coca.

En otras zonas geográficas, como para que nadie pudiera

decir que vivíamos en un país desequilibrado, los paras, amparados en justificaciones políticas y de seguridad, hacían lo propio en franca alianza con las mafias. El resultado en ambos casos fue la desaparición de la forma de vida campesina y un éxodo gota a gota hacia las ciudades, sin que a nadie le importara mayor cosa y sin que las fuerzas militares pusieran en el combate contra las autodefensas el mismo énfasis que en la lucha antisubversiva. El general Almanzor me explicaba entonces que no era falta de voluntad sino de recursos. Por lo que él sabía de las circunstancias del ejército, su apoyo aéreo era casi nulo, pocas unidades contaban con armamento y parque suficientes y, cuando los tenían, se limitaban a prestar servicios de seguridad en las ciudades y a la infraestructura petrolera.

Y mientras todo el país se convenía en esa inmensa tierra de nadie fragmentada en feudos controlados por gente armada que exigía diezmos, impartía justicia sumariamente y salía a las carreteras a buscar botín de guerra entre los viajeros, no pasaba una semana sin que en la Plaza de Bolívar se escenificaran protestas y performances que producían noticias para las agencias y significaban imágenes con el suficiente morbo periodístico como para resultar atractivas. Fono y sus colegas se mantenían todo el tiempo corriendo desde allí a los lugares donde ocurrían combates, se adelantaban operaciones militares en gran escala o, cada vez con mayor frecuencia, fuerzas irregulares de todos los pelambres masacraban campesinos para adquirir control sobre este o aquel territorio. Los cadáveres flotaban aguas abajo por los ríos, y cuando recalaban en alguna orilla los alcaldes de los pueblos ribereños ordenaban empujarlos de vuelta hacia la corriente, de modo que no quedaran contabilizados en las estadísticas de mortalidad municipales.

Ante la ausencia de Lola yo quedé prácticamente convertida en la única persona con la cual Toño podía hablar de todas estas cosas porque el resto de sus amistades eran sólo de parranda, según decía. Quizá por llevar esa vida un tanto estéril y desmoralizante fue sumergiéndose poco a poco en otra crisis en la que echaba la culpa de su tedio vital al país y a su gente, pero por otro lado no tomaba de una vez por todas la decisión de largarse en busca de un lugar que no le produjese tantas y tan desagradables sensaciones de futilidad y sinsentido.

Un buen día, cuando preparaba un viaje a Medellín para

cubrir el Festival Internacional de Poesía, se me ocurrió que sería buena idea invitarlo a acompañarme. Creí que el evento tenía la suficiente carga de rareza para la agencia Épsilon, porque además acudirían poetas de todo el planeta a leer o recitar sus versos en varias lenguas ante un público ansioso de escucharlos. Ese era un tema periodístico y, sobre todo, nuevo para él, argumenté para animarlo a aceptar.

Toño no lo creía así, pero accedió de buen grado al en-tender que mi invitación lo que pretendía en el fondo era des-conectarlo un rato del agite diario. Dijo que no llevaría cámaras sino que se concentraría en acompañarme a los recitales que más le llamaran la atención en el programa y a caminar por Medellín, ciudad a la que no conocía bien a pesar de haber pasado en ella buena parte del último tiempo, siempre pendiente del bloque de búsqueda conformado por los militares como punta de lanza en su lucha contra los carteles.

También quería dormir conmigo, cómo no, y para ello hizo reservas en el Hotel Intercontinental, pero de entrada debí cortarle su impulso de gallinazo optimista porque yo ya tenía comprometidas mis cuatro noches en la ciudad con un joven poeta que por entonces me gustaba mucho, más como hombre que como versificador. Parpadeó un poco ante mi negativa, pero no se desmontó del viaje sino que siguió adelante con el mismo, haciéndome prometer que al terminar el festival alquilaríamos un carro y regresaríamos a Bogotá por carretera. Nunca había hecho ese trayecto y le generaba curiosidad recorrer la ruta entre las dos ciudades, denominada autopista con bastante jactancia por parte del Ministerio de Obras.

Así que una vez culminado el festival alquilamos un Renault 9 con la idea de llegar ese día a La Dorada y dormir allí antes de emprender el segundo tramo. íbamos felices, con las ventanas del carro abiertas y bajo un sol esplendoroso que nos llenaba de buen humor. Bromeamos mucho porque al preguntarme él cómo me había ido en mi romance con el poeta le dije que me arrepentía de haberlo cambiado a él por aquel bardo ampuloso, cuyo ego apenas dejaba espacio en la cama donde soporté su desaseo, sus eyaculaciones precoces y sus ronquidos, características que en muchas ocasiones, por desgracia tal vez demasiadas, suelen ser propias de los hombres que presumen de ser buenos amantes.

—De modo, querido Toñito, que puedo considerar al sujeto

otro novio sepultado en el cajón de mis recuerdos. Suficiente ilustración con él, ya quedó chuleado —le dije metiendo tercera para frenar el carro en una curva con peralte traicionero que descendía la montaña en la zona de San Luis.

—Si le quitas la hache a la última palabra que dijiste la frase también funciona. ¿No te parece curioso? —respondió en un tono festivo, desquitándose por haberlo descartado a él como compañero de alojamiento.

—¡Idiota! —reí mientras salta de la cuna hasta casi estrellar el carro contra la parte trasera de un camión militar lleno de soldados. Era el último de una larga fila de vehículos de caballería mecanizada, la mayoría de ellos carros blindados y transportes de tropas que venían de maniobras con las carrocerías cubiertas por una greda seca y rojiza. El aroma a combustible quemado que dejaban tras ellos y entraba por las ventanas de nuestro carro era insoportable y quise detenerme para permitir que se alejaran, pero Toño me pidió seguir detrás del convoy un rato más. Aunque no llevara cámara, por puro reflejo profesional buscaba establecer cuántos hombres conformaban aquel destacamento y en qué tónica iban. Le seguí la corriente, un tanto excitada con la situación porque los soldados del camión de cola nos hacían señas absurdas: unos para que nos alejáramos y otros para que los rebasáramos.

—¡Ay, el Ejército! —suspiró impaciente a mi lado, con lo cual entendí de un solo tacazo parte del porqué de su retiro del servicio.

Frenocomio balcánico

Continuamos otro rato tras de la caravana militar antes de empezar a rebasar los carros uno por uno, utilizando los espacios que quedaban entre ellos. Pasé uno, dos, tres camiones, un transporte Urutú y después dos más hasta ubicarme detrás de un blindado Cascabel. Contado ahora suena fácil, pero era una maniobra complicada porque debía aprovechar las escasas y cortas rectas de la carretera que permitían tener visual sobre el carril contrario. Tras de nosotros, otros vehículos civiles hacían lo propio...

—Esta mierda no me está gustando nada —gruñó Toño en el asiento del pasajero. Nervioso, daba pequeños respingos cada vez que yo metía un cambio y aceleraba para adelantar. Se sentía impotente y estoy segura de que lamentaba no ser él quien tuviese el volante entre sus manos, pero le tocaba aguantarse el brinco

porque ya no había nada que hacer. Para colmo, las miradas que nos echaban los milicos cada vez que rebasábamos un vehículo lo tenían fuera de sí, con ganas de pendencia—. Terminemos de pasar de una buena vez, ¿quieres?

—Tranquilo, hermanito. Piano, piano, ahí vamos. Ten paciencia.

—Te digo que esto no me gusta para nada...

Impaciente y un poco contagiada de su mal genio iba a replicarle, pero callé al ver aparecer una recta donde podría rebasar al Cascabel. Cambié de nuevo la marcha y acelere hasta situarme paralela, momento en el que un microbus que venía en dirección contraria me hizo dudar y les anear el pie para volver a esconder el renolito tras el blindado, pero no tuve tiempo de hacerlo porque en ese momento sonó como si el cielo nos cayera encima con toda su estantería. Una lengua de fuego salió de la parte delantera riel Cascabel y pasó frente a nuestros ojos. Golpearlo tic mala manera por la explosión, el vehículo militar quedó sembrado sobre la berma, ladeado y perpendicular al borde la vía. con el cuerpo del operador de la ametralladora asomando inerme por la escotilla. A o no oía nada, salvo un chillido sordo que me taladraba la cabeza mientras Toño me sacaba a empujones del carro gritándome a pocos centímetros de la oreja:

—¡Sombrero chino!... ¡Muéstrame la cara!... ¿Estás bien?... ¿Estás bien?...

Ambos estábamos bien. Conmocionados pero ilesos, acostados sobre la cuneta de concreto que alinderaba la cinta negra de la carretera mientras del camión que precediera al Cascabel. con el eje trasero arrancado de tajo, saltaban soldados para ayudar a bajar a sus compañeros heridos e ir a tomar posiciones en los barrancos vecinos. El conductor del Urutú que iba tras nosotros en el momento del totazo intentaba darle arranque en vano con la intención de alejarlo del sitio de la explosión, y los demás vehículos se desplegaban de tal forma que servían como parapetos.

Ver reaccionar de esa forma a esos profesionales de la guerra me dio ciego sosiego y por eso no entendía por qué Toño, prácticamente acostado sobre mí, me empujaba la cabeza hacia abajo con tanta fuerza que el asfalto me raspaba los pómulos y la barbilla. Poco a poco, a medida que recuperaba el oído, empecé a

oír las ráfagas que los soldados disparaban contra las barrancas laterales, sembradas en su gran mayoría con café y hacia las cuales pretendí escapar porque los disparos rebotaban en las planchas de metal de los vehículos y descascaraban el asfalto de la carretera. Toño me lo impidió aferrándome con fuerza por la muñeca y nos puso a salvo a los dos metiéndonos en un colector de aguas de la cuneta. No me dejaba asomar la cabeza, pero yo aprovechaba cuando él lo hacía para echar vistazos a la situación, que se mantuvo igual durante unas dos horas. Con mi oído ya recuperado del todo escuchaba los disparos de ambos bandos, las confusas comunicaciones radiales de la tropa y los gritos de batalla de los guerrilleros que abrían fuego desplegados en las partes altas del paraje.

—Es el puto frente Carlos Alirio Buitrago —me informó Toño con rabia mal disimulada. No era necesario leerle la mente para darse cuenta de toda la frustración que sentía, sin cámara y metido en medio de tan tremendo verguero, término empleado por él como sinónimo de abaleo.

Atrapados, no nos quedaba más que esperar, pero pasaba el tiempo, los disparos no cesaban y los elenos no daban muestras de querer retirarse sino que por el contrario incrementaban el asedio. No conseguíamos verlos, salvo por los destellos de fuego que se producían bajo el sombrío del cafetal. Miré hacia la carrocería del renolito, sin ruedas sobre el asfalto como si una enorme guillotina lo hubiese tajado de las puertas hacia abajo. El baúl abierto dejaba ver parte de nuestro equipaje y recuerdo haber pensado que ojalá las balas no me dañaran la ropa que acababa de comprar en Medellín para renovar mi clóset.

De repente, como en La Bossa Nostra de Les Luthiers, um escurecimento, pero no visual sino auditivo, porque el ruido de los disparos pasó a segundo plano bajo el intenso rumor de las aspas de un helicóptero que volaba sobre el sitio de la emboscada localizando sus blancos. Otro aparato de mayor tamaño, que hacía aún más ruido, se mantenía estacionario muchos metros por encima del primero, pero el estruendo de sus motores nos obligaba a comunicarnos por señas o gritándonos mientras las ametralladoras pesadas de aquel avechucho de muerte no dejaban sin repasar ni un solo metro del cafetal, cortando troncos de diez centímetros de grosor como si friesen hierba tierna. Toño y yo nos abrazábamos inermes bajo ese infierno que durante algo así como quince minutos

hizo llover sobre nosotros tierra, pedazos de corteza y ramas, hasta que de un momento a otro, tal como había llegado, el ruido cesó y los disparos se hicieron más esporádicos y lejanos a medida que el helicóptero hostigaba el repliegue de los guerrilleros.

Las bajas de la caballería mecanizada contabilizaban tres muertos, una decena de heridos y el humor del coronel que los comandaba. Nos pidió papeles de identificación mirándonos como si fuéramos del ELN o hubiésemos ayudado a montar la emboscada. Por un momento temí lo peor, pero apenas Toño mostró sus credenciales, cruzo un par de frases con él y le aclaró que también tenía tazones para ponerse de mal genio, pudimos irnos a bordo de un carro que se ofreció amablemente a llevarnos hasta La Dorada.

Mientras Toño negociaba nuestra libertad —lo expreso de esa manera porque de verdad creí que aquel coronel iba a en-carnarnos para someternos a interrogatorio, tan altanero estuvo al principio— vi que tenía desgarrada la camisa a la altura del omoplato. Ya en camino hacia el hotel le pedí que me dejara examinarlo y descubrí un quemón largo y ancho, rodeado de un hematoma negro causado por el restregón de una bala. Le dije que quizás había sido en el momento en que se acostó sobre mí para protegerme, y la sonrisa muda que exhibió a continuación me pareció tan encantadora que me sedujo hasta un punto en que decidí pedirle dormir conmigo, aunque me diera vergüenza después de haberlo echado a un lado en Medellín. He debido proponérselo allí mismo, porque al llegar al hotel lo primero que hizo fue pedir habitaciones separadas y yo, un tanto cortada y sin atreverme a decir nada frente a las dos empleadas del mostrador, quizás haya cometido uno de los errores más grandes de mi vida al dejar las cosas así. Nuestras habitaciones ni siquiera resultaron vecinas, y cuando salí al restaurante para comer algo me dijeron que el señor había ordenado a su cuarto.

Me pareció grosero de su parte y por supuesto lo llamé para preguntarle si se sentía bien. Me dijo que sí, pero que estaba descansando en la bañera y no quería salir. Su tono no admitía reclamo alguno, por lo que me fui a dormir tan frustrada como intrigada.

—Has debido hablar a tiempo, imbécil —le dije a la ojerosa dama que se lavaba los dientes frente a mí en el baño de la habitación, que por cierto me pareció enorme. Se parecía a mí, pero

no era yo sino una mujer que había dejado atrás los años más lozanos para convertirse en una veterana incapaz de despertar la libido de un sátiro como Antonio Almanzor. Una muía de carga que en pocas horas estaría de nuevo en su cubículo, intentando evitar que en las secciones a su cargo se hiciera periodismo light revestido de seriedad; una editora atropellada por el carro de la historia, incapaz de evitar que convirtieran su adorada profesión en un prostíbulo donde los asuntos de dinero tenían la prioridad a la hora de las decisiones y en el que la palabra de los gerentes pesaba más que la de los reporteros curtidos. De verdad que hay momentos en que todo lo vemos negro, y esa noche fue uno de esos momentos.

Lo cierto es que después de regresar a Bogotá se produjo una suerte de corte entre Toño y yo, al que supongo ambos contribuimos con nuestra desidia y la ausencia de ese amor que es incondicional y perdona las faltas. Después de todo éramos amigos hasta el punto de poder soportar una negativa de parte del otro, como en efecto había ocurrido, pero algo sucedió en aquella balacera de San Luis que de alguna manera cambió nuestra relación, pues antes del estallido del sombrero chino todo parecía fluir entre nosotros. Supongo que debió ser una suerte de estrés postraumático o algo similar, materializado en una distancia y un silencio inexplicable que ninguno de los dos intentó contrarrestar. Para colmo, ya no estaban Lola ni su apartamento, que de alguna manera hubieran facilitado un rencuentro, y por otra parte el orgullo nos pudo.

El caso es que tras un buen tiempo en esa situación, un día supe por casualidad que Toño había salido del país, y entonces no me importó llamar a la sede de Epsilon en Bogotá, donde un colega suyo me contó que estaba en Bosnia, o en Croacia, o en Herzegovina, en alguno de esos lugares de la antigua Yugoslavia que para nosotros resultaban y aún resultan tan enigmáticos por su capacidad de confundirse y superponerse unos sobre otros en un mapa ya imposible de memorizar.

—¿Tú eres Raquel? —me preguntó su amigo al otro lado de la línea—. El Lince salió de prisa, pero dejó un sobre para ti.

Al final de mi jornada pasé a recoger la pequeña esquela, escrita sobre la hoja arrancada de una agenda con el membrete de Épsilon:

Raquerida:

Te llamé al periódico para avisarte que viajaba de urgencia, pero cuando por fin conseguí comunicarme con un ser humano y no con un contestador automático, me dijo que estabas en consejo de redacción y que no se atrevía a interrumpirte (creo que debes revisar tu mail genio para no meterles miedo a tus subalternos, ¡je, je!).

Me voy a la antigua Yugoslavia, a sacarme de las botas ¡as babas nacionales para untarlas con cagajón europeo. Nunca he estado allí antes y me produce bastante curiosidad saber cómo es la vaina en una guerra con implicaciones étnicas y religiosas, un frenocomio para locos peligrosos en el que cada uno de ellos nene un fusil de asalto, mucha, mucha munición y razones para gastarla. Esc es el tipo de güeña que mejor se ajusta a mis inquietudes del momento. De hecho, he tomado la decisión después de leer lo ocurrido en un lugar llamado Srebrenica, donde según parece intentaron aniquilar a toda la población musulmana. ¿Te imaginas? Limpieza étnica medio siglo después de Hitler. Ya te contaré.

Hubiera preferida despedirme de ti con la debida propiedad y pedirte disculpas por mi ingratitud, pero sé que sabrás perdonarme por haber permanecido tanto tiempo bajo la influencia del lado oscuro de la fuerza, dominado por el espíritu de Darth Vader. Prometo estar de mejor ánimo cuando regrese y podamos desquitarnos con un buen frasco de Old Parr.

Un abrazo y mil besos allí donde no te da el sol, Tu Toño

Suponiendo que todavía me consideres tuyo.

¡Idiota! ¡A la hora que venía a manifestarse con sinceridad.! Lo odié por permitir que el «lado oscuro de la fuerza» lo inhabilitara para las relaciones humanas civilizadas, pero sentí un gran alivio al saber que todavía me consideraba parte importante de su vida, y como en otras ocasiones había partido hacia el autoexilio para volver después con una perspectiva menos pesimista, quedé a la espera de su regreso, muy segura de que le haría más bien que mal pasar un tiempo en alguna alcantarilla bélica diferente a la colombiana.

Ese año lo esperé en vano, pero intentando adivinarle los pasos me convertí en experta en geopolítica de los Balcanes.

Como La Tribuna del Pueblo no está suscrita a Épsilon, más enfocada en generar material para magazines, no podía ver su

trabajo a menos que comprara publicaciones en otros idiomas, en las que muy de vez en cuando salían fotos suyas. Yo pasaba mucho tiempo sola, dedicada a la meditación alcohólica, y en ocasiones me daba por meterlo en mi mente haciendo sonar hasta el cansancio el Ay que dolor de La Derecha, que me servía como banda sonora para cantar a voz en cuello en busca de alcanzar la purificación a través del llanto.

En ese momento las directivas del diario decidieron cambiar de nuevo el organigrama, disolvieron el escritorio central y crearon el cargo de jefe de redacción para establecer un parachoques entre el siempre joven equipo de reporteros y Garavito. Esa responsabilidad recayó sobre mí, que a partir de entonces me convertí en «la jefa» encargada de imprimir dinámica a una serie de procesos internos que buscaban, por enésima vez, salvar al periódico de la quiebra. La carga laboral era tan intensa que casi no me quedaba tiempo para dormir y agradecí que Lola y Toño no estuvieran cerca porque de ese modo no se resentirían por mis prolongadas ausencias en las entrañas de La Tribuna, donde pasaba días y semanas enteras dándole respiración boca a boca a un muerto, en contacto con la realidad a través de las versiones que traían los reporteros a mi cargo, cada vez más penosas. Igual que los médicos, los periodistas terminamos por familiarizarnos con la muerte y sus derivados, especialmente cuando vivimos circunstancias como la mía en ese momento. No es que deje de afectarnos el dolor ajeno, sino que aprendemos a seguir adelante sin sentir que es el fin del mundo, salvo en casos excepcionales, como el de Elsa Alvarado y Mario Calderón, investigadores sociales y activistas ecológicos asesinados una madrugada por los para militares en su apartamento de Chapinero. Aparte de amigos, ellos eran la clase de colombianos que representan cambios no violentos, una manera de ver las cosas desde un ángulo siempre humano, pero por las características del crimen parecía como si justamente por eso los hubieran matado.

En ocasiones muy raras podía descansar de todo aquello y estar a solas en mi casa, dedicada a leer o a pensar en los ausentes. Con Lola debía limitarme a las conversaciones telefónicas. dado que ella no pensaba regresar y vivía feliz en una ciudad donde no necesitaba escoltas, sus hijas iban solas al colegio en transporte público, nadie sabía quién era ni estaba interesado en su vida y empezaba a forjar amistades entre gente sencilla. Había ideado un negocio de vajillas y piezas de cerámica pintadas a mano

por ella misma, le iba supremamente bien y no lo decía, pero era evidente que para ella ese pequeño triunfo significaba un desagravio personal, sobre todo porque al fin podía bastarse a sí misma sin depender de nadie. Viajé dos veces a visitarlas y confirmé que la felicidad transmitida por el teléfono no sólo era genuina sino que se quedaba corta frente a lo que uno podía atestiguar estando presente.

A Toño me quedé esperándolo, cada vez menos preo-cupada por su suerte pero al mismo tiempo más intrigada. A la hora de escribir esto han pasado años desde su breve esquila de despedida, que conservo en mi mesa de noche, pero de él no hay razón ni grande ni chica. El general, a quien desde entonces he visitado en dos ocasiones, cree firmemente que está en alguna fosa común de los Balcanes, o que literalmente a su muchacho lo volatilizaron en un bombardeo «por meterse donde no tocaba, como de costumbre». Me lo dijo en tono neutro y con calma, pero el brillo de sus ojos era acuoso al pedirme que por favor cerrara el apartamento de su hijo y le remitiera las cosas que yo considerara tenían algún valor. Le despaché todo, excepción hecha de los negativos y las ampliaciones de fotografía, de los cuales había cajas y más cajas llenas de imágenes de mujeres bastante fuertes, capaces de provocar un ataque cardíaco en un observador desprevenido. Como no quería que se deteriorara la imagen que el general Almanzor tenía de su hijo, opté por guardarlas en un clóset de mi apartamento por tiempo indefinido. Aún no sé qué hacer con ellas y muy probablemente acabarán arruinadas por los hongos, pero la idea de botarlas a la basura me produce el mismo rechazo que la de mostrarlas a alguien que pueda encontrarles algún valor. Quién quita, a lo mejor dentro de unos años me animo y algún crítico decide que son obras de arte.

Durante mucho tiempo y sin proponérmelo abandoné el proyecto de escribir este libro, pero ahora que el siglo xxi empieza a avanzar he decidido retomarlo. Para ello debí renunciar a mi cargo en La Tribuna, en la que pasé a ser columnista, y a ganarme la vida por los laditos, escribiendo como freelance. Me ayudó a tomar la decisión ver el fracaso de las conversaciones de paz del Caguán, en las que, como siempre, ninguna de las dos partes estuvo a la altura de una partida que se jugó con las cartas marcadas. En algún momento entre el fin de las negociaciones y el inicio del gobierno de Uribe Vélez sentí que, después de toda una vida dedicada a

contribuir desde mi pequeña parcela a la búsqueda de un mejor país, llegaba la hora de ser egoísta y trabajar en pro de mi salud mental. Hice bien, pues no bien acababan de suceder los atentados del 9-11, el clima político del planeta cambió y estuvo claro que se avecinaban los días en que el unanimismo, el culto a la personalidad del caudillo y la intolerancia frente a todo aquel que piense o sea distinto hacen temer lo peor. No hay marchas a paso de ganso ni pendones con esvásticas colgando de las paredes, pero como si las hubiera.

Y aquí estoy, con el borrador de la crónica en este punto, tratando de lavar con ella mi espíritu y más cansada que Sísifo. Hace pocos días llegué a la conclusión de que antes de seguir adelante necesito con urgencia un descanso, pero no unas vacaciones- citas de una semana en algún hotel de la costa sino unas de verdad. Por fortuna hice buenos ahorros en todos estos años y puedo darme el lujo de pagar una larga temporada en un lugar lejano. Iré a España dentro de unos días, el 3 de marzo, atendiendo por fin una vieja invitación de Encarna, de quien terminé volviéndome amiga en mis reiterados y frustrados intentos de establecer contacto con Toño. Sobra decir que si él estuviera le propondría pasear conmigo por España, pero en vista de las circunstancias me dejaré llevar de la mano de Encarna en un safari de rapas y restaurantes que empezará en Madrid y terminará en Galicia tras un recorrido por todo el norte de la península.

Sin embargo deberé esperar a que ella termine el cubrimiento de las elecciones generales del 14 de marzo. No importa; aparte de lindo, su apartamento es tan cómodo que la espera se me hará fácil porque pienso leer toda la obra de Patricia Highsmith y fumarme el material de Marruecos que Encarna guarda al lado de botellas con los mejores vinos europeos. Y si me aburro, siempre estará el recurso de salir a caminar y tomar el metro para sentirle el pulso a la ciudad.

Una vez terminadas esas vacaciones, que espero sean largas, regresaré para seguir insistiendo con esto. «Dios mediante» debería agregar, pero por lo que he visto hasta ahora, no encuentro razones para creer que Dios esté involucrado en algo distinto a sus asuntos celestiales.

Este libro

se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Nomos

Impresores, en el mes de abril de 2014, Bogotá, Colombia.

Otros títulos

publicados en esta colección:

Jota, caballo y rey

Daniel Samper Pizano

Migas de pan

Azriel Bibliowicz

Lo que no tiene nombre

Piedad Bonnett

El héroe discreto

Mario Vargas Llosa

El crimen del siglo

Miguel Torres

Érase una vez en Colombia

Ricardo Silva Romero

Temporal

Tomás González

Dulce enemiga mía

Marcela Serrano

Los hermanos Cuervo

Andrés Felipe Solano

Manglares

Tomás González

Las reputaciones

Juan Gabriel Vásquez

Múltiples voces interpretan a su manera la vida en el territorio de la guerra.

La guerra como escenario del fracaso humano y factor que determina la vida de las personas y banaliza la muerte; el conflicto armado como sepultura de sueños y azaroso motor de un cambio que nunca se produce. Ese es el fondo de el tema recurrente en las anteriores novelas de Rafael Baena, quien en esta oportunidad abandona el siglo xx de tanta sangre vista, ¡Vuelvan caras, carajo! y la bala vendida para viajar en el tiempo hasta la segunda mitad del xx, periodo en el que incluso los indiferentes o quienes se aferraron a la neutralidad fueron afectados por los hechos.

Lo conocimos cuando era un fotógrafo con una mirada inteligente e intuitiva, que después puso al servicio de las palabras: la narración fluida a la que nos acostumbró como novelista, las historias que fascinan e hipnotizan, se explican en parte por esa mirada excepcional. Pero a la hora de escribir Siempre fue ahora o nunca Rafael Baena renunció a la comodidad, a sabiendas de que la historia de su generación es un caleidoscopio, una multitud de voces divergentes, quebradas por los desencuentros, por las rupturas. El resultado es una novela que cuenta todo lo que conocemos de una manera que no conocíamos. siempre fue ahora o nunca deja

constancia de nuestra vida sin enjuiciamientos y sin mentiras.

MARGARITA VALENCIA

siempre fue ahora o nunca es una excelente novela.

Es impresioname cómo Rafael Baena logra contar la historia de este país comando historias individuales con el telón de fondo de la historia pública. Me corrijo: no, no es una excelente novela, es una gran novela que atrae la atención, absorbe en la lectura y de ningún

modo deja indiferente al lector acerca del país que le sirve de escenario,

DARÍO JARAMILLO AGUDELO